
3 1761 09546472 3


432·C.


EL SINO DE LOS HÉROES
POR
D. FLORENCIO LUIS PARREÑO
FELIPE GONZALEZ ROJAS
·EDITOR·
·Sn RAFAEL 9 MADRID·

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR

EL SINO DE LOS HÉROES

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO PRIMERO

MADRID

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚMERO 9

(Barrio de Pozas)

Teléfono número 1880

1890

Imprenta y Casa Editorial de Felipe González Rojas, San Rafael, 9

CAPITULO PRIMERO

Los dos invencibles.—Un padre desnaturalizado.—El egoismo y la maldad sintetizados en un solo hombre.—La víctima inocente entre dos verdugos.—El Santo.—La Inquisición.—La justicia de Dios.

¿Recuerda el lector algo ó mucho de lo que nosotros y varios otros autores hemos dicho sobre lo que era en el siglo XVII la hoy culta villa de Madrid?

Pues harán bien en traer á su memoria, si quieren seguirnos y comprender mejor las terribles escenas que van á presenciar, aquellas plazas y calles de difícil tránsito por el día, y tan oscuras; sinuosas y expuestas á toda clase de accidentes por las noches. Aquellos charcos, arroyos, altos y bajos que se interponían en la serena marcha del transeunte. Aquellas fachadas sin brillo ni blancura, con los maderos rotos y la carencia completa de cristales. Aquellos soplos del Guadarrama atentos y cortesanos con la débil luz y fieros y mortíferos con los fuertes madrileños. Aquellos alcázares y palacios pocos en número y extensos en opulencia y pode-

rio. Aquellas clases que se llamaban aristocracia, teocracia, burgués y pueblo, tan verdaderos, tan diáfanos, tan conocidos, que fueron poco á poco velándose hasta llegar hoy al abigarrado conjunto que sólo nos ofrece un problema hipócrita, disfrazado, sin colorido ni solución. Aquella fea, ruín y heterogénea villa que no presentaba grandeza siendo el pueblo más grande y poderoso de Europa; que parecia humilde y era dueño y señor de dos mundos, que no usaba de otra luz que la del sol porque éste jamás se ponía en sus Estados; que apareciendo pequeño era grande hasta en sus crímenes; que concluía su extensa bondad donde empezaba su invencible fiereza, retratada para que nadie lo ignorase, en el león de su arrogante escudo.

Aquella Inquisición que encerraba en el misterio y sepultaba en el silencio hasta lo justo y lo bueno que realizaba; que no era tan fiera como después la hemos pretendido ver, y por cuya causa empezaremos á conocerla con severa exactitud en este primer capítulo. Aquellos hombres llamados de capa y espada que se batían por una frase, por un signo, por una sonrisa, en el campo, en la plaza y hasta en medio de la vía pública. Aquellas dueñas quintañonas que todo lo escuchaban, todo lo oían, todo lo contaban, añadiendo hasta lo inverosímil. Aquellas largas y severas comunidades de frailes, monjes y clérigos de distintas especies que formaban interminables procesiones. Aquellos poderosos que principiaban á formar la antitesis de Guzman el *Bueno*, de Gonzalo de Córdoba y del marqués de Pescara. Aquél ejército que todavía asombra-

ba al mundo por su valor, por su arrogancia, por su bizarría, por su sobriedad, por su abnegación y por su fortaleza. Aquella admirable y encantadora red de bellezas madrileñas que cubrían con su rebocillo lo más perfecto de la creación y llevaban en pos más galanes que suspiros exhala un desgraciado. Aquellas cofradías que secuestraban con sus devotas oraciones á todos los santos de la corte celestial. Aquella oscuridad y silencio de la noche que sólo convidaba á rezar y dormir. Aquellos trovadores con pulmones de ángel y espalda de endiablado, que dirigían á su dama la más tierna trova y la estocada más fiera á aquel que les estorbaba. Aquellos soberbios que veían en el hijo del pueblo mísera plebe sin otro derecho que el de comer, trabajar y dormir. Aquellos bandidos que robaban en las calles de Madrid, en los barrios extramuros y entre los árboles que rodeaban la capital. Aquel *Mentidero* que escuchaba todas las verdades que sólo pueden decirse al oído, entre multiplicadas mentiras y dilatadas exageraciones que ora sembraban el pánico, ora provocaban la hilaridad y que desde las gradas de San Felipe, terreno propio del Mentidero, daban la vuelta á Madrid recorriéndolo calle por calle y casa por casa. Aquel continuo doblar de las campanas, tan lento, tan largo, tan contínuo; tan atormentador de la membrana auditiva. Aquella atracción de sermones, cánticos religiosos, plegarias, inciensos y coronas, que reinaban sin gobernar, tenidos por los asistentes como la antecámara de los cielos. Y aquella sociedad, en fin, retraída, alegre en parte, severa en general, que re-

zaba al despertar, al tirarse de la cama, á cada hora que daba el reloj, sin perdonar por la noche el rosario, la letanía, el Padre Nuestro y el Ave María por los pobres caminantes, la oración á San Rafael, las súplicas por las ánimas benditas del purgatorio y antes ó después de la cena con el mantel blanco y limpio, el vino de Valdepeñas, el guisado de carne y la ensalada de lechuga.

Si todo eso lo recuerda al amable lector, fácilmente comprenderá lo que era Madrid síntesis del pueblo español, y lo que se ocultaba en Madrid, que nosotros vamos á decirle ahora.

Ocupaba el trono de San Fernando Felipe III, y en su nombre gobernaba el vasto imperio español su favorito el duque de Uceda.

Los conoce bien el lector y no hemos de cansarle con noticias que en nada pueden aumentar su sabiduría. Pero sí le diremos que los cuatro hombres de más valer que existían entonces eran, Flaviano de Osorio, hijo y heredero del duque del Imperio, que era el segundo de los hombres grandes del reino, Julio de Silva, sucesor del príncipe de Italia, reputado por santo y tan grande, escondido debajo de su capucha, hábito y escapulario de religioso, como los tres anteriores.

Los hijos que llegarán á héroes se disponían á partir para Nueva España, el duque suspiraba sin que nadie lo advirtiese y el príncipe oraba en su celda; cuando fué interrumpido por su lego que le dió una carta diciendo:

—Señor, la Abadesa de San Pascual os manda este

escrito que dice el demandadero del convento ser urgentísimo.

El príncipe le leyó, y poniéndose en pié, le dijo con viveza:

—La capa, échame la capucha. Dios nuestro Señor, quede contigo.

Y salió primero de su celda y luego del convento.

Nadie le acompañaba ni se cuidó de la indispensable linterna de la época.

Llovía, y un cierzo frío y duro azotaba el rostro, El religioso trinitario continuaba adelante por entre barrizales, hoyos llenos de agua, hasta llegar mojado de piés á cabeza y temblando de frio desde la calle de Atocha, donde estaba situado su convento, al barrio de la Morería, término de la villa por aquella parte y formado por calles tan desiguales y estrechas que era preciso conocerlas bien para poder dar un paso por ellas á aquella hora de la noche.

El religioso resbaló varias veces, cayó al suelo dos y envuelto en sus hábitos, en agua y lodo, y aterido de frío se detuvo por fin junto á una carroza que se hallaba parada al pie de una modesta casa que sólo tenía piso bajo. En el portal y con hachas encendidas había dos pajes y dos embozados.

El anciano trinitario respiró; la carrera que había dado, los golpes que había recibido, el viento que lo había azotado y la debilidad propia de la edad, le imponían unos cuantos minutos de descanso. Sus pulmones y bronquios necesitaban aire reposado; la fatiga los

había agitado tanto, que al detenerse el profeso, funcionaban muy mal.

Tomó aliento, cruzó las manos y levantando los ojos al cielo, exclamó mentalmente:

—¡Dios mío, yo acudo á tu piedad en este supremo instante! ¡Padre celestial, no abandones á la infortunada novicia; compadécete de los dos desventurados que pretenden arrojarla al lodazal del vicio!

Sacó el príncipe acto continuo la carta que le había dirigido la abadesa, y después de asegurarse á la luz de las hachas de que las señas que el escrito le daba eran las mismas de la casa, á cuyo pie se detuvo, se echó abajo la capucha y entró.

Los cuatro que estaban en el portal lo reconocieron exclamando:

—¡El Santo!

Y se descubrieron.

En el interior de la casa daban voces, cuyo rumor llegaba hasta el portal.

El príncipe llamó con resolución, le preguntaron quién era, lo dijo y después de un diálogo breve le abrieron, presentándose á su vista un hombre que representaba cincuenta años de edad, pálido y descompuesto.

Era el dueño de la casa.

—¿Qué queréis á esta hora?—preguntó al religioso.

Este le contestó:

—Vedlo.

Y avanzó hasta llegar á la sala. En ella estaba un caballero sujetando por la muñeca una novicia del convento de San Pascual.

Al contemplar al fraile se echó él dos pasos atrás confuso, sorprendido y ella corrió al lado del príncipe exclamando:

—¡La Providencia! Salvadme, señor.

El dueño de la casa entró en la sala detrás del religioso, y aproximándose á él, le dijo:

—Os he preguntado qué queríais y no me habéis contestado, soltad á mi hija y salid, si no pretendéis que os eche de otro modo.

El príncipe se fijó en él hasta hacerle bajar la vista, contestándole:

—¿Queréis que me marche, Juan de Toledo, para que os deje consumar una iniquidad con esta sierva de Dios?

—Quiero y mando que te vayas porque soy el dueño de esta casa y el padre de esa dama. Y te irás de grado ó por fuerza.

—No, padre mío,—dijo la joven temblando y sin soltar el brazo del sacerdote.—Libradme, señor, de esas furias.

—Hija desnaturalizada, ¿furia llamas á tu padre?

—Sí, señor, me habeis vendido como á despreciable mercancía y pretendéis que sirva de pasto á ese conde italiano que detesto.

—Irás donde él te lleve; soy tu padre y te lo mando.

—Dios mío, Dios mío, libradme de la heshonra y de ese hombre tan perverso.

—Dios, hija mía,—añadió el principe,—te está librando ya, para eso estoy yo aquí, era necesario que me asesinaran y aun así la misericordia divina te salvaría.

—De cuando acá,—replicó el padre de la novicia —tú, que tanto blasonas de justo te metes en la casa agena y pisoteas el derecho de un padre?

—De vicio en vicio,—añadió el fraile, de escándalo en escándalo, llegásteis á la ruina y luego á la estafa, y ya en ésta, para libraros de prisión, y castigo, vendéis miserablemente el honor y la inmaculada virtud de un ángel. ¿Y á quién? á un extranjero que no tiene patria ni religión ni otra cosa que el oro robado á un caballero francés que se fió de él. Hago lo que suponéis, es decir, entro en esta casa de crímenes y maldades desde que hay padres más fieros que el tigre, más perversos que Lucifer.

—Y á tí, mal sacerdote, ¿qué te importa todo eso? ¿Eres autoridad ó víctima de estafa alguna?

—No, soy un humilde sacerdote que va donde el lastimero lamento de la caridad le llama.

—¿Quién te ha llamado aquí?

—Vais á oirlo: Dime, hija mía, ¿quién te ha traído á esta casa?

—Mi padre, que sabiendo iba á profesar mañana me arrastró contra mi voluntad.

—¿Cómo no se opuso la abadesa de San Pascual?

—La engañó, y á mí también, pero yo no lo creí y al sacarme reclamé el auxilio de toda la comunidad. Era mi padre y obedecí, pero no sucumbiré á ese hombre que me ha comprado.

—¿Cómo sabes tú eso?

—El mismo me lo ha dicho cuando yo me negaba á seguirlo.

—¿Me llamas para que te defienda?

—Si, señor: llamo á vuestra caridad, que sois un santo y no podéis abandonarme.

—¿Lo oís, Juan de Toledo? me trae aquí la caridad.

El conde italiano se había repuesto de la fatal impresión que recibió al ver al príncipe y luego del efecto de las frases acusándole de ladrón. Sereno ya y no queriendo perder una presa que tenía pagada, presa bellísima que anhelaba deshacer entre sus livianos brazos como las hojas de una hermosa flor entre los dedos de un loco furioso, se adelantó dos pasos diciendo al sacerdote:

—Es indispensable que te ausentes de esta casa; su dueño te lo manda.

—Ni debo, ni puedo.

—Piensa bien lo que estás diciendo.

—¿Habéis reflexionado vos lo que queréis hacer con la futura esposa de Jesús?

—Sí.

—¿Y no se rebela vuestra conciencia por el punible delito que intentáis cometer?

—No.

—Meditad en lo que acabo de decir; no hay mayor pecado en el mundo que ese: no hay maldad que pueda sobreponerse á lo que intentáis realizar.

—Guarda esos consejos para tus feligreses: á mí no me hacen falta.

—Desistid y yo entregaré á Juan de Toledo los doce mil ducados, y á vos otra cantidad igual ó mayor. Hacedlo por el amor de Dios.

—No queremos nada tuyo, deseamos únicamente que te alejes de una habitación donde no has debido entrar, de la que te ha echado su dueño.

—Me pedis un imposible; vine impelido por la caridad, ésta me retiene y no saldré ínterin pueda darle la aplicación que ella me pida.

—Saldrás, torpe religioso, porque yo lo mando y lo quiero, le dijo don Juan

—No.

—Me desespera tu tenacidad. Sal de mi casa,—y le empujó hacia la puerta.

—No saldré; mal padre.

El conde se acercó al príncipe y con ira y despecho mal comprimidos, añadió con voz balbuciente y mirada torba y sombría:

—Tiene razón don Juan de Toledo; ¿con qué derecho entras en su casa y te opones á su voluntad, tú, fraile hipócrita, arrepentido asesino de turcos en Malta, de italianos en Venecia, de indios en el Perú, de flamencos en Flandes y de franceses en las cercanías de París? Si no sales por tu pie, mis criados que esperan en el portal te echarán á palos y hasta saldrás de cabeza si se niegan tus piés.

—Eso último es posible, no lo es el que yo abandone á esta sierva del Señor.

—¿Pero no comprendes que con mis propias manos soy capaz de darte tormento y luego la muerte con...

Las frases del conde se apagaron por el ruido de muchas pisadas que oyeron desde la sala en que se hallaban.

Los dos palidecieron.

La novicia tiró del brazo del príncipe, diciéndole:

—¡Nos hemos salvado, señor! Pasa una ronda, pedid auxilio, ¡que se marcha! A vos nada os pueden negar.

—No.

—¡Hacedlo por mí, señor, por caridad!

—No, hija mía, nos ha de bastar con el auxilio de Dios.

—¡Ah, señor, no me queréis salvar!

Repuesto otra vez el conde, pues ya no se escuchaba el ruido de las pisadas, exclamó:

—No quiere alguaciles, desea ir solo contigo, pretende ser él el que te tenga en sus brazos, el que te ame, el que te sumerja en la liviandad del claustro, que es la peor de las liviandades.

—¡Jesús!—dijo el príncipe cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Te asustas, viejo hipócrita? ¿No bastándote con la ira que tu presencia y frases han inoculado en mí, excitas mis celos, viejo caduco? Por última vez te mandamos el dueño de esta casa y yo que huyas de este lugar sino quieres morir á nuestras manos.

—¿Me dejáis llevar á su convento á esta novicia?

—Primero te daba la vida que esta mujer, porque es mía y la quiero para mí.

—Entonces no salgo; la caridad me impone el deber de defenderla.

—¿Pero cómo la vas á defender sin armas, viejo y débil?

—No lo sé, pero la defenderé mientras aliente.

—Insensato; estés ó no enamorado de ella, piensa en lo que va á suceder si no rompes la terquedad y huyes de aquí. No quiero que empiece mi felicidad causando una víctima.

—¡Vuestra felicidad! Sería únicamente la continuación de vuestros vicios y maldades, pero no soñeis con el inicuo crimen de quitar á Dios una de sus mejores siervas ¿Os estorbo? Pues sufridlo ó pasad por encima de mí para llegar á ella.

—No es menester tanto; con mucho menos cerraré esa boca blasfema para que no vuelva á injuriarme. Don Juan, abrid la puerta para que pueda entrar mi gente.

Toledo le obedeció, diciéndole:

—Ya tienen el paso franco, llamadlos.

—¡Pedro, Alejandro:—gritó el italiano,—á mí!

El príncipe bajó la cabeza quedando inmóvil.

La hermosa novicia se cogió con sus dos manos al brazo izquierdo del trinitario, diciéndole:

—¡Salvadme, señor, salvadme!

Nada le contestó el profeso.

El conde dijo á los dos que acababan de entrar:

—Pedro, Alejandro, cojed á ese fraile, sacadlo de esta casa, aun cuando sea arrastrando, luego de esta calle y después del barrio. Cuando hayáis terminado volvéis á mi palacio. ¿Qué es eso?—añadió el conde,—¿no os movéis? ¡Canallas, voy á mandar que os den de palos!

—Señor conde,—le contestó Pedro,—yo no puedo

tocar á ese religioso, prefiero sufrir los palos que acabáis de ofrecerme.

—¿Por qué?

—Porque es un santo.

—¿También tú eres supersticioso y necio? Está bien, con uno solo basta. Alejandro arrastra á ese fraile á la calle y vamos á mi palacio.

—¿Tampoco tú te mueves? ¿Qué es esto? ¿Pensáis burlaros de mí? Bellacos, ¡ay de vosotros si mi furia llega á su colmo!

—Señor conde,—le contestó Alejandro,—el señor príncipe de Italia podrá no ser un santo, yo no lo sé, pero es el mejor de los nacidos, es la caridad que socorre á todo el mundo, es el tío de mi rey, y tanto vale por su estirpe y virtudes, que el causarle el menor daño es un tremendo crimen.

—Salid los dos de esta casa y no volváis á presentaros ante mí. ¡Fuera!

Los dos se inclinaron y desaparecieron sin contestar nada.

La puerta de la habitación que daba al portal quedó abierta

—Acabemos de una vez,—dijo el conde fuera de sí, descompuesto, é iracundo;—don Juan, apoderaos de vuestra hija y entraos con ella en mi carroza que tenéis junto al portal. Yo me entenderé con este fraile.

El padre obedeció, pero la novicia y el religioso se cogieron las manos tan fuertemente que no les era posible desunirlos.

Furioso el conde dió de bofetadas al príncipe, que las recibió con la cabeza baja y sin desplegar sus labios.

A la vez le tiró de los hábitos, rompiéndole el escapulario y hasta la tela de la sotana blanca. Pero las cuatro manos no se desunían.

Cada vez más furioso el conde, se abalanzó al pecho del sacerdote y lo castigó tan fuertemente con los puños y las uñas, que empezó á brotar sangre de su opidermis.

Por fin el padre logró arrancar á su hija de las manos del príncipe por haberse desmayado la hermosa joven y la arrastró hasta la carroza.

Todavía el conde seguía castigando cruelmente al sacerdote, no obstante la mucha sangre que vertían su rostro y pecho, cuando entró don Juan diciéndole:

—Ya la tenemos en el coche. ¡Partimos?

—¿Mato antes á este fraile?

—Sería lo mejor porque si habla... Ya conocéis su influencia y su poder.

—Pues le mato, pegamos fuego á la casa y lo ocurrido esta noche quedará sepultado en el arcano de lo desconocido.

—No tardemos.

—Pegad fuego á la casa, mientras yo acabo con el fraile.

Todo lo oía el príncipe sin moverse ni levantar la cabeza, casi inerte y con una indiferencia glacial.

El italiano tiró de su daga y la dirigió al corazón del príncipe.

Antes de llegar el golpe al pecho del Santo, se le cayó al conde el acero de la mano.

Como estaba la puerta abierta habían entrado varios embozados, enseñando uno de ellos la venera de la Inquisición, que colgaba de su cuello.

El italiano, ante aquellos hombres que concluían de llegar, quedó mudo, sin aliento y tan descolorido y trémulo que no pudo articular frase ni hacer movimiento alguno.

Los embozados tendieron una mirada por la habitación, vieron al príncipe y se descubrieron ante él, besando todos sus manos.

Al verlo herido y lastimado en el pecho y rostro, llevaron agua, y unos lo lavaban, para cortar la sangre que vertía y otros con cuerdas delgadas y fuertes maniataban al conde y á don Juan. Pero todo esto lo hacían en silencio y cual mudos fantasmas que se movían de un lado para otro sin desplegar los labios.

—No os cuideis de mí,—exclamó el trinitario;—traedme á la novicia que han llevado á la carroza que está en la calle. Abreviad.

Dos le obedecieron y entre ambos entraron á la joven, que aun seguía privada de la razón. A una seña del príncipe la sentaron en un sillón que había al lado del sacerdote.

Luego la dieron á oler vinagre, empaparon sus sienes con ese liquido y no tardaron en volverla á la razón.

Al abrir los ojos la novicia miró espantada á los que la rodeaban y fijándose en el príncipe, le dijo:

—¿Qué es esto, señor; quiénes son esos hombres?

—Nada temais, hija mía, es la Providencia que corrió en vuestro auxilio,—dijo el religioso.

—¡Mi padre maniatado, el conde sujeto con cuerdas y...! ¡Y la Inquisición entre nosotros! Vámonos, señor, vamos á mi convento.

—Os he dicho que nada temais, que está la Providencia con nosotros. Ahora os llevaré á la casa de Dios.

Más atentos los dependientes del Santo Oficio al príncipe que á todo lo demás, le fueron curando las lesiones todas, compusieron su hábito y escapulario y lo cubrieron con la capa, que cerraron por el cuello, echándole la capucha para mitigar el mucho frío que sentía el profeso.

Cuando hubieron acabado con el, cogió el príncipe de la mano á la monja, diciéndole:

—Sierva de Dios, vamos á tu convento.

Luego miró á los maniatados y fijándose después en el familiar del Santo Oficio, que enseñaba la venera, le dijo con tono imperativo:

—Que no den tormento á esos desgraciados; lo prohibo, Decídselo á vuestros jefes.

Y salió con la novicia de la mano en dirección del convento de San Pascual, que se hallaba situado al otro extremo de Madrid.

No obstante el frío de la noche, el viento fuerte que reinaba y los chaparrones que con cortos intervalos caían, el príncipe salió con la casta virgen que acompañaba, con paso lento para evitarle una caída.

CAPITULO II

La denuncia y sus causas.—Motivos de la sorpresa.—Lo que hizo la Inquisición con dos malvados cogidos infraganti.—El terror de los criminales.

Para que nuestros lectores puedan comprender bien las escenas que han presenciado y las que siguen al capítulo anterior, vamos á darles algunas explicaciones que juzgamos pertinentes en los actuales momentos.

Don Juan de Toledo era un noble que heredó de sus padres una regular fortuna, la cual gastó en vicios y en lujo, jugando además y perdiendo una gran parte de ella.

Antes de su ruina casó con una bella joven de modesta posición, se cansó de ella y poco á poco la fué abandonando, en unión de la única hija que resultó de aquel desventurado matrimonio.

Arruinado don Juan, recurrió al solo medio que podía discurrir su infeliz cerebro. Se fué con un pri-

mo suyo capitán á guerra, á los Países Bajos, tomando parte en las contiendas que allí sostenía España con los rebeldes.

Seis años estuvo en Flandes, en calidad de alférez, mataron á su primo y regresó á Madrid con la misma fortuna que había llevado. Es decir, sin dinero alguno.

Hizo averiguaciones, supo que su esposa é hija habitaban una modesta casa del barrio de la Morería, y no teniendo otra cosa mejor se fué á vivir con ellas.

No le recibieron mal, porque eran buenas con exceso, pero solo hallaba en aquella casa habitación, cama y una comida frugal. La infeliz esposa estaba atenida á lo que le daba su prima la abadesa de San Pascual, y no podía ofrecer otra cosa á su marido.

Don Juan se hizo baratero en una casa de juego y de mal vivir, acabando por conocer al conde de la Floresta, italiano, y un aventurero que hizo una gran fortuna en Francia, arruinando á su compañero de aventuras el vizconde de la Alameda.

Vino á España huyendo, después de realizar todo lo que le quitó al francés, luego que lo hubo envenenado, y necesitando de una espada que lo defendiera, compró la de don Juan de Toledo, que era larga y viva, y en calidad de amigo lo tenía á su lado, pagándole bien los servicios que le prestaba.

Un año más tarde vió á María de Toledo, hija de don Juan; se enamoró de ella y desde este instante empezó á visitar á su amigo don Juan casi diariamente. Pero una tarde fué á ver á la hija, pretextando visitar á los padres, y se halló con que el pájaro había volado.

La pobre madre de María, comprendiendo lo que el conde quería hacer con su hija, la encerró en el convento de San Pascual, su tía la hizo novicia y allí quedó resguardada de todas las asechanzas del mundo.

Mucho desesperó esta medida al conde, que se enamoró más y más ante la imposibilidad de ver al objeto de su pasión, y desde este día empezó á influir con el padre para que sacara á su hija del convento.

Don Juan quiso complacerle, pero ni aun logró que su cuñada y su hija bajaran al locutorio.

No se dió por convencido el conde; insistió más y mas, y por último sitió por hambre á su amigo Toledo.

Este, no pudiendo por sí solo hacer nada, quiso obligar á su mujer á que llevara su hija á la casa paterna, pero la tierna madre resistió valientemente sin que le obligaran á sucumbir las amenazas ni los malos tratos de su malvado esposo.

Don Juan entretenía al conde dándole esperanzas, supuso que su hija estaba enferma, y aquél, bien á su pesar, esperó.

No consiguiendo nada con malos tratos ni amenazas el de Toledo, se fué á vias de hecho y empezó á castigar cruelmente á su esposa.

La pegaba, la arrastraba por el suelo y hasta la mordía el mismo marido.

—Matadla,—le decia el conde;—se burla de vos y de mí; ¿qué derecho tiene una mala madre para oponerse á la voluntad de su marido?

Ahí teneis cien ducados, pero os advierto, que no

os vuelvo á dar un maravedí mientras no vea á vuestra hija en la casa.

Y así lo hizo.

Mientras le duró á don Juan aquel dinero, poco ó nada hizo contra su mujer; pero al encontrarse con la última moneda volvió de nuevo á castigarla, y no la dejó en paz hasta que la madre y esposa infeliz murió de tanto golpe y sufrimiento con que la estaban atormentando.

Lo supo el conde, brilló la alegría en su semblante y en el acto dió dinero á don Juan para que atendiera á los gastos de entierro.

Pasados los días de luto, y volviendo el conde á insistir con más empeño que nunca en su idea de hacerse dueño de la bella María, se encerró don Juan con él, diciéndole:

—Sed franco y decidme sin rodeos lo que quereis de mí y lo que voy ganando.

El conde meditó largo tiempo, contestándole al fin secamente:

—Quiero vuestra hija.

—Pero os vais á casar con ella.

—Eso no es cuenta vuestra.

—Pues no ha de ser. Si os casáis, mañana la saco del convento; de lo contrario, no.

—Vale más que viva algún tiempo conmigo, y luego la casamos con un hidalgo que la haga más feliz que yo.

—¿La dotareis?

—Se entiende.

—Con una condición.

—Hablad.

—Depositaréis su dote y á mí me dareis mi parte.

—No tengo incnveniente.

—En ese caso, tratemos de cantidades.

—Dejadlo á mi generosidad.

—No.

—Pues decid.

—Dote de mi hija, seis mil ducados, y á mí otros tantos.

—No tengo yo hoy disponible ese dinero. Comprended que es una suma muy elevada.

—Pues os quedáis sin María, la cual, según mis noticias, debe profesar antes de ocho días.

Otra vez volvió á meditar el conde, diciéndole:

—Hoy puedo depositar la dote de vuestra hija, pero la cantidad que vos quereis no la tengo.

—Entonces no hay trato.

—Puedo, no obstante hacer que un amigo os dé esa cantidad prestada, y yo en su día os daré el dinero para pagársela.

—No hallo inconveniente.

—Tendréis que garantir el empréstito con vuestra posesión de Tudela.

—¡Mi posesión! ¿Dónde está ya aquella finca?

—¿Qué fué de ella?

—Hace años que la vendí.

—Eso no importa.

—No os comprendo.

—Se trata de una fórmula, porque realmente soy yo el que ha de pagar ese empréstito.

—¿Qué fórmula?

—La que se emplea en todos los préstamos. Parece que no la sepáis.

—Está bién; pero con otra condición.

—Y van dos. ¿Qué es?

—Garantizo el pago de seis mil ducados con una posesión que no es mía, pero me habeis de dar á mí los seis mil ducados de la dote de María. Ningún depósitario mejor que su padre.

—No me importa; si se los gastáis y luego no se casa, vos os compondréis con ella como podáis.

—Es decir, que me entregareis entre vos y el prestamista doce mil ducados, y luego pagais al que hace el adelanto de los seis mil.

—Eso es.

—¿Cuándo los recibo?

—Los primeros seis mil al sacar á María del convento, y los otros, veinticuatro horas después.

—No hay más que hablar.

De esta manera don Juan se hacía dueño de los doce mil ducados, pues todo podía ocurrírsele á él menos dotar á su hija; y el conde quedaba en actitud de echar á galeras á don Juan, si éste le faltaba en algo, por haber garantido un empréstito con una finca que no era suya.

De todo lo cual resultaba que el conde iba á comprar la virtud de una casta doncella, y el inícuo padre iba á vender su honor y el de su hija como miserable mercancía.

Con toda la energía que la escasez de tiempo les reclamaba, hicieron á nombre de un servidor del conde la escritura de empréstito, y luego dieron los pasos necesarios á fin de arrancar de la autoridad competente una orden para que la abadesa de San Pascual entregase á su padre la novicia María de Toledo.

Solo dos días faltaban para que la joven pudiera profesar, y aún la autoridad competente no había extendido la orden, ni la entregaron hasta el último día cerca de anochecido.

Ya en poder de aquellos desalmados, arreglaron su plan, y el conde se fué á casa de Toledo para que nada extrañase la novicia al salir del convento, y el padre en la carroza de su cómplice fué por la desventurada novicia.

Llegó al locutorio, hizo pasar la orden á la abadesa, salió ésta y la engañó con mil mentiras, asegurándola, por último, que en cuanto María se despidiese del mundo, volvería al convento á profesar, si ese era su deseo.

Creyóle la sencilla monja, y no sólo se avino á cumplir la orden de la autoridad, sino que tardó más de una hora en convencer á María de la obligación en que estaba de seguir á su padre.

La infeliz novicia, temiendo lo que la iba á suceder, obedeció con repugnancia y disgusto.

El malvado é hipócrita autor de sus días, la halagó con besos y frases cariñosas, y se despidió de la abadesa llevando á su hija en la carroza del conde.

Aquel le dió los primeros seis mil ducados, y cogió

á María de una mano yéndose con ella al estrado de la casa,

Quiso estar atento, amoroso, decidido, apasionado, y buscó, al efecto, las palabras más dulces, tiernas y afectuosas.

La novicia le escuchaba con temor y sobresalto.

Hasta poeta quiso estar el liviano seductor.

Una hora empleó en frágiles galanterías. Después la cogió una mano, pero al sentir la joven el contacto de aquel hombre que aborrecía, se soltó rápidamente, y poniéndose en pie, le dijo:

—Soy la esposa de Jesús, y no consiento que ningún hombre me toque.

Desde este instante comenzaron á cuestionar, y teniendo él ya agotada la paciencia, la cogió por el brazo con furor é iba á obligarla á que sucumbiera, cuando se presentó el príncipe de Italia, como por encanto.

El conde fué verdaderamente sorprendido por el Santo, pues tan afectado estaba y tales voces daban los dos, que no oyó llamar á la puerta ni hablar á don Juan con el recien venido.

Toledo había ocupado todo ese tiempo en contar, moneda por moneda, todo el dinero, y acababa de guardarlo en su gabeta cuando oyó que golpeaban en la puerta, y abrió sin saber lo que hacía para que entrase el religioso.

Lo demás, hasta la llegada de los enviados del Santo Oficio, ya lo hemos visto.

Sepamos ahora el motivo que había tenido la abadesa de San Pascual para pedir al príncipe su podero-

so auxilio en favor de su sobrina, y para denunciar á la vez á la Inquisición los crímenes que se iban á cometer en el barrio de la Morería.

No había transcurrido un cuarto de hora desde que don Juan sacó del convento á su hija, cuando recibió la abadesa una carta reservada, escrita por un confidente del conde, en la cual le advertía que no dejase salir del convento á María de Toledo, porque la iba á deshonrar su señor.

Descubría todo el plan del conde contra el honor de la novicia, y en la cantidad porque el padre la había vendido, y terminaba manifestándole que hacía aquella declaración por un caso de conciencia y por temor á Dios.

La abadesa amaba á su sobrina como á hija, ofreció á su prima velar noche y día por el honor y la suerte de María, y viéndose burlada por la villanía de un padre tan malvado, escribió sin pérdida de tiempo al príncipe, é hizo la denuncia al Santo Oficio, mandando ésta con el capellán del convento, al que encargó que fuera volando y no abandonara la Inquisición hasta que salieran los que habían de impedir el crimen empezado á cometer.

Por milagro de Dios llegaron á tiempo, si bien la abadesa que era excelente sierva de Dios, no pudo hacer más de lo que hizo, ni obrar con más energía y rapidez.

Ahora, y antes de entrar en el verdadero asunto de esta novela, nos falta saber cuáles fueron las consecuencias de un atentado que llenó de indignación á cuantos de él tuvieron conocimiento.

CAPITULO III

La Inquisición por fuera y la Inquisición por dentro.—Los presos.—El sello fatal.—Una determinación acertada.—Un fin digno de un buen magistrado.

Recibida la denuncia hecha por la abadesa de San Pascual á la Inquisición, y leída por el inquisidor de turno, comprendió que se trataba de evitar la perpetración de un gran crimen, y con energía que sólo sabía desplegar el tribunal que nos ocupa, mandó que en el acto salieran los seis familiares que estaban de guardia con ocho soldados de la Fé y un notario para la casa de don Juan de Toledo, dando á los primeros instrucciones claras y concretas de cuanto debían hacer.

Partieron los quince con dos linternas, y sin temor al agua, al frío, ni al cierzo que los azotaba, corrieron por calles y plazas hasta entrar en la morada de Toledo.

En la calle encontraron á los dos servidores que el

conde acababa de despedir, y los hicieron volver atrás.

Pronto se apoderaron de la carroza, de los pajes, y entrando unos en las habitaciones del interior y otros en las del exterior, cogieron á Toledo, prendiendo fuego á la casa con la leña y el aceite que tenía, y al conde en el instante de ir á sepultar su daga en el corazón más noble y generoso que existía, en el del príncipe de Italia.

Apagado el fuego y sujetos con cuerdas los dos criminales, esperaron á que partiera el príncipe con la monja, para salir ellos en la forma siguiente. Entre cuatro familiares y seis soldados de la Fé cogieron enmedio á don Juan, al conde, los dos embozados, á los dos pajes y al cochero con la carroza, y con todos se marcharon al local de la Inquisición.

Los otros dos familiares, dos soldados y el notario fueron sellando cuanto había en la casa, la cerraron y marcando la puerta y cerradura, se fueron al palacio del conde donde hicieron lo mismo. No quedó mueble ni objeto que no fuese marcado con el sello fatal.

Allí encontraron al autor de la primera denuncia, éste les hizo algunas indicaciones y se lo llevaron con otros dos servidores del conde.

Pronto se hallaron todos en calabozos separados.

La Inquisición ni tenía dos presos juntos, ni jamás presenciaba testigo ni delincuente ó criminal la declaración de otro preso; á éstos sólo los escuchaba el tribunal, uno por uno.

En cuanto el inquisidor de turno oyó la orden que dió el príncipe, de que no se diera tormento, mandó la

carroza del Santo Oficio casa por casa y le fueron llevando á todos los indivíduos que componían el tribunal. Este se hallaba ya reunido un poco antes de las tres de la madrugada.

No habían perdido el tiempo.

En el acto empezaron la instrucción del expediente criminal.

Cuando llegó el momento hicieron declarar á los cinco servidores del conde, uno por uno, luego á los pajes y últimamente al cochero. Tambien prestaron declaración los familiares.

Después hicieron comparecer á don Juan de Toledo, el cual todo lo negó.

Y reemplazó á éste el conde, que hizo lo mismo que su compañero.

Un inquisidor preguntó:

—¿De quién es esa sangre que mancha vuestras uñas y dedos?

Nada contestó.

Otro le dijo:

—¿Y esas otras también de sangre que manchan vuestra ropa?

Continuó mudo.

El presidente, ó sea el inquisidor mayor, cogió la daga que se le cayó al conde de las manos cuando entraron los familiares y le interrogó:

—¿Conocéis esta arma homicida?

Aquel dijo con la boca que no.

—La habéis tenido alguna vez en vuestra mano.

El conde contestó con otro signo negativo.

—¿Qué cantidad habeis entregado esta noche á Juan de Toledo?

—Ninguna,—dijo.

—¿A quién le disteis seis mil ducados?

—A nadie.

—¿Conoceis á María de Toledo?

El reo se encogió de hombros.

—Teneis que hacer alguna revelación ó algo que decir al Santo Tribunal de la Inquisición.

—No. Nada.

—Llevaos á ese hombre al calabozo.

Y quedaron solos los que componían el tribunal.

Todos los servidores del conde habían declarado cuanto sabían, y los familiares lo que vieron é hicieron en la morada de don Juan de Toledo.

Con lo cual los dos reos resultaban convictos, pero no confesos, por haberlo negado todo, y la Inquisición depurada hasta el infinito.

Para estos casos de negativa empleaba el tormento, mas eso no podían mandarlo aplicar por la prohibición absoluta del príncipe y la circunstancia de que, aun cuando éste rechazó siempre el nombramiento de inquisidor, no había en la iglesia hombre alguno que se atreviera á desobedecerle. Su parentesco con el rey, sus maravillosos triunfos durante el reinado de Felipe II, su gerarquía y, más que todo, su inimitable conducta, su caridad, su desnudez de toda ambición y el olor de Santo, en que todos lo tenían, grandes y chicos, infundían un respecto y acatamiento que ni el Santo Tribunal osaba quebrantarlo.

Mas de media hora estuvieron debatiendo los inquisidores sin hallar solución al problema.

Por último, el inquisidor general hizo uso de la palabra para decirles:

—No os molesteis, señores, continuando un debate estéril y que á nada bueno conduce. Oid mi opinión, y si os parece bien, hacedla vuestra.

El caso presente debe resolverse con el tormento, porque todo debe emplearse para que los reos vayan al castigo á que se hayan hecho acreedores, convictos y confesos. Jamás tuvo más razón de ser el tormento que aplicándolo á unos hombres que todo lo niegan y hasta se atreven á callar las contestaciones más importantes.

Ese silencio es un desaire al tribunal y un nuevo delito por la intención que lo motiva. Aparecen, además, embusteros y quebrantadores de la verdad. Es, pues, necesario, indispensable, el tormento. ¿Lo creis así?

—Sí, sí.

Otro añadió:

—Pero ¿cómo se lo damos habiéndolo prohibido el príncipe de Italia? Su padre llevó más de una vez á la Inquisición á graves conflictos, y debemos impedir que el hijo nos lleve á nosotros.

—Pero si no es eso; á ninguno se nos puede ocurrir contrariar la voluntad del príncipe; por esta causa he buscado un medio que no quebrante la orden del príncipe, y nos permita á la vez cumplir con nuestro penoso deber.

—Hablad.

—Sepamos.

—Nada más fácil. Lo que nosotros no podemos hacer aquí pueden hacerlo los inquisidores de Valladolid, Burgos, Pamplona...

—Comprendido. Es una medida acertada.

—¿La aprobais?

—¡Todos, todos!

—Pues mientras preparan un carruaje de camino, vamos á ultimar la causa y que partan los reos con ocho soldados de la Fé y dos familiares de Valladolid. De la brevedad depende esta medida!

—Muy bien.

Dos horas después, el expediente se hallaba ultimado y los dos reos con grillos y esposas, en el carruaje de camino de la Inquisición.

Les acompañaban dos familiares dentro del coche y ocho soldados de á caballo.

Ni los reos ni los familiares debían salir del coche, hasta llegar á la Inquisición de Valladolid, dentro de él comían y dormían servidos por los soldados.

A los primeros los quitaban las esposas para sólo el acto de comer, y los mismos guardias que los vigilaban al pie del carruaje se las volvían á poner.

Ya en la capital de Castilla la Vieja, los entregaron al tribunal que debía juzgarlos, dándole el expediente formado en Madrid, justificando la causa que motivaba el envío de aquellos criminales, emitiendo su opinión sobre todo lo actuado.

Los familiares, recogieron el recibo y regresaron

á la corte en el mismo carruaje y con los ocho soldados.

El tribunal de Valladolid decretó el tormento, que abrió la boca de los reos y poco á poco fueron declarando la verdad.

Seis meses estuvieron enfermos por consecuencia del tormento y á los siete, que hubo un auto en la capital de Castilla, fueron sentenciados á galeras los dos reos por toda su vida.

Remando murieron ambos á los pocos años de hallarse sufriendo la condena.

Tal reserva usaba el tribunal, que nadie supo en Madrid lo que había acontecido á Toledo y al conde. Ni aún el príncipe averiguó jamás, por más empeño que demostró, cual había sido la suerte de aquellos desgraciados ni pudo saber, apesar de sus investigaciones, que habían sido conducidos y sentenciados de la manera que lo hicieron el tribunal de Madrid y el de Valladolid.

Lo más saliente de estos tribunales eclesiásticos era la gran reserva que envolvía todos sus actos.

Este misterio los hacía más temibles, y en verdad que sin tanta reserva y precaución, hoy se haría justicia á muchos de sus actos que llevaron, sin duda alguna, el sello de la rectitud.

Pero ese era su sistema, ese su modo de funcionar, y no podían ya obrar de otro modo.

CAPITULO IV

El príncipe y la novicia.—Una partida de ladrones y una ronda llovida del cielo.—El convento —La comunidad.—Los auxilios. —La profesión.—Una despedida en silencio.—El Santo.

Vimos salir de la casa de Toledo al príncipe, llevando de la mano á la novicia para sostenerla si resbalaba y conducirla bien.

Lo noche continuaba lluviosa, el cierzo seguía azotando el rostro y un frío intenso justificaba la proximidad del Guadarrama, cubierto de nieve y empapando en ella el viento que desde su altura mandaba esa noche á la regia villa el helado monte.

No alteraba por eso su paso el religioso, temía que pudiese caer la futura esposa de Jesús, como él había caído ya dos veces, en aquel mismo camino, que más era eso que calle, y no perdía por esta causa su estudiada lentitud.

La novicia que iba más abrigada interiormente que el sacerdote, se atrevió á decirle:

—Señor, yo puedo andar más deprisa.

—No es necesario,—la contestó el príncipe.

—Señor, vais aterido de frío.

—¿Qué importa eso?

—Mucho, porque sufris por mí lo que yo no merezco.

—¿Recordais lo que padeció nuestro amado Redentor al cruzar la calle de la Amargura?

—Sí, señor.

—Pues era mucho más que todo esto, lo hizo por nosotros y lo merecíamos ménos, que tú mereces lo que yo hago por tí.

—¡Ay!

—¿Qué es, María?

—Qué susto he llevado.

—¿Susto?

—Sí, señor; habeis resbalado y estuvo en poco que no caísteis.

—Porque tu no caigas, débil criatura, no quiero que vayamos deprisa.

—¡Pero ese frio, señor!

—Ya se me quitará.

—Temblais.

—Más vale temblar de frio que de los males causados.

—Es verdad, señor, pero vos no debeis temblar ni por lo uno ni por lo otro. Vos, señor, sois un Santo.

—Conque Dios, nuestro señor, me tenga en su gracia me doy por satisfecho, no aspiro á más.

—Todo sea por la vírgen.

—¿Qué ha sido?

—Que había un hoyo y como no se ve y estaba lleno de agua, me he mojado bastante.

—Para estar muy mojado basta con el agua que nos hechan las nubes.

—Es que había también mucho barro.

—Ya nos limpiarán en el convento.

—Sí, allí nos secaremos.

—¡Cuánto habeis sufrido esta noche, pobre hija mía!

—Mucho, señor, ya me juzgaba deshonrada y perdida para Nuestro Señor.

—¡Qué malvados! Dios se apiade de ellos y los lleve al arrepentimiento y la penitencia.

—También vos, señor, habeis sufrido mucho.

—No, yo no; estaba seguro de que la Providencia no nos abandonaba.

—Señor, ¿y esas heridas que os hicieron en el pecho, y los golpes que os han dado?

—Nada, eso no vale nada; lo único sensible era que peligrase vuestra virtud.

—Señor, ese conde hizo horrores con vos, con el sér que más vale en el mundo.

—¡Que más vale! No, lo bueno que hago me lo inspira el Señor y no tiene mérito alguno el que yo lo practique.

—Qué noche tan escura; no la ví igual.

—Tiemblas, hija.

—Sí, señor, no puedo negarlo.

—¿De miedo?

—No, estando con vos no tengo miedo; es frío, señor. Empiezo á aterirme de frío como vos.

—Todo sea por la virgen. Es una noche fatal.

—Y tan lejos como se halla el convento.

—Ya lo andaremos todo.

De esta manera y tropezando de contínuo, llegaron á Puerta Cerrada. Dejaron atrás el peor camino de su larga jornada.

Iban á entrar en la parte nueva de Madrid y el piso no era ya tan sinuoso.

El principe lo sabía muy bien y empezaba á animar á su pareja, cuando vieron los dos de pronto una luz y á varios hombres que les rodeaban exclamando:

—¡Alto: el dinero ó la vida!

A la hora que esto ocurría no era un accidente extraño ni anómalo en los barrios bajos de la coronada villa.

Los malhechores solían aparecer desde Puerta Cerrada, donde se hallaban ahora hasta los límites del barrio de la Morería, que era el más antiguo y mísero de Madrid.

Casi á la vez de dar esa voz, brillaron las hojas de varios puñales, dirigidas sus puntas á los pechos del religioso y de la novicia.

Ambos se habían detenido.

—Tomad, hijos tomad,—exclamó el Santo sin cuidar de los puñales,—no me queda más que este escudo; si os hace falta más, id mañana al convento y os daré.

Los ladrones eran cinco, cuatro de ellos habían sa-

cado los puñales y el quinto, que llevaba la linterna en una mano y en la otra una espada, dirigió la luz al fraile y al reconocerlo dió con su espada un golpe en la mano del bandido que iba á coger el escudo, diciéndole:

—¡Mal rayo te parta, miserable! por algo te llaman *Manolarga*. Si tomas esa moneda te atravieso el corazón.

—¿Por qué, Judas?

—Fuera esas gorras é imitarme.

Y cayendo de rodillas á los pies del profeso añadió:

—Pedonadnos; señor, somo unos pobres pecadores que no tuvieron la suerte de reconocer á vuestra alteza hasta este momento.

—¡El Santo!—exclamaron los ladrones cayendo de rodillas y besando todos la diestra del príncipe.

—Alzad, hijos míos,—gritaba el Santo levantándolos.

Yo os perdono la acción y os recomiendo que seais hombres de bien. Dios no cierra las puertas del cielo á ninguno de sus hijos; acordaos de Dimas é emitarle.

—¡Ah, señor,—le contestó Judas,—vuestra alteza ha socorrido muchas veces á nuestras mujeres é hijos y nosotros os pagábamos queriéndoos robar! ¡Qué malos somos, señor!

—Ya os he perdonado, hijos.

—Robar al padre de los pobres, al Santo, al hombre más bueno que existe. De hambre moriría yo cien ve-

ces antes que robar á la Providencia de Madrid. ¿Qué debemos hacer para merecer vuestro perdón?

—No volver á robar á nadie. Id mañana á las once á mi convento y yo os daré los medios de vivir con honradez; después os confesaré á los cinco, recibireis al Señor y ya nada tendreis que temer en este mundo ni en el otro.

—Iremos, señor.

—Tomad este escudo que yo os ofrezco generosamente y hasta mañana.

—Concedme una gracia, padre.

—¿Qué deseais?

—Que os lleveis esta linterna. A nosotros que vivimos cerca y nos son conocidos todos los inconvenientes de estas malditas calles no nos hace falta.

—La acepto, hijos, por esta pobre novicia que ya estuvo próxima á caer. Os lo agradezco mucho.

—¿Quereis, señor, que os acompañemos?

—Eso no, era demasiado y mi pobre hija iría asustada entre vosotros.

—Que Dios, señor, conserve vuestra preciosa vida.

Todos volvieron á besar su mano y continuaron con la gorra quitada hasta que perdieron de vista á la monja y al fraile.

—¿Os habeis asustado María?—preguntó el príncipe á la novicia.

—Al principio, sí; después, no.

—Creeríais que nos amenazaba un gran peligro y ya veis que ha sucedido todo lo contrario. Con esta luz ya no rodaremos por el suelo,

—Es verdad, padre: pero me asalta una idea cruel.

—¿A tí?

—Sí, señor.

—Dímela, hija mía.

—Pienso con amargura que mi padre y el conde son peores mil veces que esos ladrones.

—Unos y otros son muy desgraciados; compadece á los siete, María.

—¡Pero no son estos mejores, señor!

—Menos desgraciados los cinco, sí, porque mañana haré yo de ellos hombres de bien; de tu padre y del otro no podré.

—Es verdad.

—De aquellos se apoderó Lucifer.

Ambos continuaron su camino favorecidos ahora por la luz de la linterna, pero sufriendo los golpes del cierzo, del agua que caía con intérvalos á chaparrones y con el frío tan intenso que ambos iban ateridos.

De pronto se detuvo la novicia, exclamando:

—¡Muchos hombres, señor!

—Nada temas, María.

—¿Serán mi padre y el conde?

—No, es una ronda.

—Vienen hacia nosotros.

—No te dé cuidado.

—Qué embozados llegan y cuántas luces traen.

—La noche no está para otra cosa.

—No os movais,—gritaron los de la ronda, dirigiéndose al príncipe.—¡Qué escándalo, un fraile y una monja solos y á esta hora!

El jefe de la ronda se había adelantado, y reconociendo al fraile, exclamó:

—Es su alteza, el príncipe de Italia; descubríos todos.

Y con el mayor respeto se acercó á él diciendo:

—¿Dónde vais, señor, con esta noche?

—Al convento de San Pascual.

—¿Venís de la calle del Alamillo?

—Sí.

—Ah, señor, vuestra bondad no tiene límite. Ya sé lo ocurrido en ella; por salvar el honor de esta virgen os habeis expuesto á morir. Permitidme que dé varias órdenes.

Y dirigiéndose á los alguaciles, gritó:

—Lucio, parte al convento de San Pascual y que tengan abiertas las puertas y lumbre encendida para cuando llegue su alteza. Y tú Samuel, haz que el lego de su alteza te dé un traje completo, pues el que ahora lleva su jefe está calado y lo conduces al convento de San Pascual. Que te dé ropa interior y exterior. No pierdas tiempo. Vosotros formad dos filas y en medio el Santo y esa vírgen. Dadme, señor, esa linterna. Alumbrad todos al sitio que haya de pisar su alteza. Adelante, señor, que vais yerto de frío.

—Dios os lo pague, alcalde,—fué la única frase que pronunció el Santo.

Sin dejar la mano de María avivó un poco el paso el profeso cuando aun le quedaba que andar la mitad del camino.

El príncipe les obligó á que se cubrieran todos la

cabeza y ya no volvieron á hablar más hasta que llegaron al convento de San Pascual.

La abadesa y toda la comunidad esperaban la llegada del príncipe y de María, quedando asustadas del estado en que iban y del frío que ambos demostraban con el temblor y lo cárdeno de sus cutis.

El general trinitario dió las gracias al alcalde y despidió la ronda entrando en el convento entre la abadesa y María en medio de la comunidad.

Así los entraron en una habitación en que ardían varios leños; al príncipe lo sentaron delante de la lumbre en un sillón y á María junto á éste, de pie, como estaban la abadesa y restantes monjas.

De pronto exclamó una de ellas:

—Madre abadesa, el señor príncipe trae los hábitos rasgados y con manchas de sangre.

—Señor, ¿está herido vuestra alteza?

—No es nada, madre superiora; Dios, nuestro señor, nos permite depurarnos en el mundo y á la vez nos da fuerzas para sobrellevar con valentía todas las desgracias de la tierra.

—¡Venís, señor, calado de agua, todo lleno de lodo de las caídas que habeis dado, rotos los hábitos y herido! Yo he tenido la culpa de todo cuanto habeis sufrido, yo fuí una insensata al escribiros para que salváraís á mi pobre novicia.

—¿Y no es mejor que la haya salvado de las manos de aquellos pecadores, que no dejarla que sirviera de pasto al demonio?

—Sí, señor; pero... y vuestra alteza.

—Madre abadesa, ha querido Dios que la salve de ese modo y no de otro. Alegraos como yo de que haya sido así.

—¿Se os quita el frío?

—Sí, empiezo á sentirme bien; es decir, empieza á mejorar mi débil materia; en cuanto al espíritu, ese ha sido dichoso, porque le arrancó su presa al mismo Lucifer. Gracias, abadesa, por el buen rato que esta noche y cuando ya me retiraba á descansar, es decir, á no servir para nada, me habeis proporcionado. No lo olvidaré jamás.

—Sois un Santo, no me cabe duda. Pero vos lo habeis dicho, vuestra materia es débil, como la de todo mortal y es necesario darle fuerza. Tomad, señor, esa taza de caldo que os acerca la hermana tornera; dispuesta la tenía para cuando llegáseis.

—Gracias, hija, lo tomo porque me lo ofreceis en la casa de Dios.

Y lo bebió sin vacilar.

—¿Algo más deseais?

—Sí; que se retiren á sus celdas con María todas las hermanas, es muy tarde y deseo que descansen.

—Señor,—le dijo María,—concededme una gracia que necesito de vos, será la última que os pida que harto habeis hecho ya por mí.

—Habla, hija mía lo que tú quieras, que esta noche has sufrido mucho más que yo.

—Deseo, señor, profesar antes de que os marcheis y que se seais mi padrino.

—¿Cuándo cumplió el año de noviciado?

—A las doce de esta noche, cuando la Providencia me arrancaba del demonio.

—¿Qué decís, madre abadesa?

—Por mí no hay inconveniente, hija, profesarás y seré tu padrino.

—Gracias, señor, Dios os lo premie en la tierra y en el cielo.

—Que lo vayan preparando todo, superiora; no tardarán en llegar con un traje para mí, me cubriré con él y acto continuo ofreceremos á Dios una nueva sierva. Os advierto que también llega María con la ropa calada.

—¿Estais bien, señor?

—Muy bien.

—¿Podemos dejaros por un poco tiempo?

—Sí.

—Voy á disponerlo todo y no he de tardar en volver. Seguidme todas. María, cambia de ropa interior, de hábito y búscame en el coro.

—Quedó solo el príncipe con las manos cruzadas y la vista fija en un cuadro que representaba á Jesús en su ascensión al cielo.

En la misma actitud lo halló la abadesa cuando entró, media hora después.

—Ya están disponiéndolo todo. ¿Cómo os sentís?

—Nunca estaré mejor.

—¿Y vuestras heridas?

—Deben estar curadas porque yo nada siento.

En este instante llegó la tornera diciendo á la abadesa:

—Madre superiora, pide permiso para entrar el lego trinitario que sirve á su alteza.

—¿Para entrar?

—Si, señora; viene cargado de ropa y os ruega le permitais vestir á su alteza.

—Sí, que entre. Es contra regla, pero se trata de un santo que todo lo merece y por él todo puede y debe hacerse.

Y pasó el lego retirándose las monjas.

El trinitario halló á su señor con las manos cruzadas otra vez, mirando al Redentor y orando.

El lego calentó la ropa que traía, cerró bien la puerta de la habitación y desnudó á su superior por completo.

Después le fué variando toda la ropa interior y luego la exterior, cambiándole hasta la capa.

Hizo un lío con la que acababa de quitarle y dejándolo á un lado para llevárselo, cogió la mano del príncipe y la besó repetidas veces.

—¿Qué haces?—le preguntó el general trinitario.

—Os he cambiado todas vuestras vestiduras ¿me quedo ó me marcho?

—Vete, sí, ya no me haces falta.

—Parto porque deseo dar el último adios á vuestro hijo y á don Flaviano.

—Sí, hazlo por tí y por mí.

—Os advierto, señor, que os han herido? pero ya estais curado, apenas si se conocen las señales de vuestras heridas.

—Ya lo sé.

—¿Quién os lo dijo?

—¿Soy acaso insensible? Tengo buena encarnadura.

—No, es otra cosa.

—Vete.

—Siempre que os hieren ó lastiman sucede lo mismo. No es encarnadura, señor, es otra cosa.

—Vete.

—¿Os molesto?

—Jamás; pero no me gusta oir tus suposiciones. Cuando salgas, le dices á la superiora que el padrino espera á su ahijada.

—Hasta luego, señor.

—Dales un adios á mis dos hijos Julio y Flaviano en mi nombre.

—Muy pronto lo haré.

Salió el lego y fué reemplazado por la abadesa que le dijo:

—Señor, todo está preparado; la iglesia convertida en un ascua de oro, y la comunidad espera.

—¿Y mi ahijada?

—Ved á la que aspira á ser esposa de Jesús que hermosa está.

El príncipe se puso en pie, la miró y dándole á besar su mano, le dijo:

—He sido humilde instrumento de Dios esta noche, besa, hija mía, la mano que el Eterno eligió para salvarte y conducirte al pie de su sagrado altar.

De rodillas la besó María, contestando:

—Padre, yo agradezco á Dios, nuestro señor, sus bondades, siendo la mayor que le debo haberos desig-

nado para que apadrineis mi unión con el hijo del Eterno.

Luego la cogieron de una mano cada uno, la abadesa y el príncipe, y entre cánticos sagrados y melodías religiosas del órgano, profesó María, con gran placer de ella, del religioso, de su tía que la amaba como hija y de todas las que ya eran sus compañeras.

El príncipe oró media hora, se despidió de la comunidad después de besar su mano todas las monjas, y salió del convento de San Pascual cuando empezaba á amanecer.

Contra su costumbre, iba en esta ocasión con paso ménos lento del que acostumbraba.

La idea que le hacía andar de prisa, embargaba en aquellos instantes todo su espíritu.

Habían cesado el aire y los chubascos; la mañana estaba fría, pero el cielo se presentaba sin un solo celaje que palideciera el hermoso azul del firmamento.

Llegó el príncipe á la calle de Atocha, quedando parado en una esquina.

Un minuto después vió pasar á varios caballeros y criados por cerca de la esquina en que él estaba.

Dos lágrimas asomaron á sus párpados.

Eran los que partían, el ya célebre Flaviano de Osorio, hijo del duque del Imperio y Julio de Silva, heredero y sucesor del príncipe.

Iban á Nueva España á combatir por su patria, á morir acaso por ella. Eran dos héroes que valían tanto ó más que los padres, pero que habían de salirles al

encuentro tantos enemigos que el príncipe al verlos por última vez, sin que ellos lo supieran, se vió obligado á exclamar:

—Acaso no os vuelva á ver en la tierra, hijos míos; recibid mi bendición y que el Sumo Hacedor defienda vuestras vidas y conduzca al bien todas vuestras acciones.

¡Dios mío, mando á la India dos héroes, yo os suplico no me devuelva el sino fatal dos cadáveres!

Se limpió las dos lágrimas que asomaron á sus ojos y entró en su convento, cayendo de hinojos á los piés de una efigie de talla que tenía en su celda.

Ante el Redentor, permaneció una hora.

Después entró en el coro con su comunidad que ya le esperaban y todos comenzaron á dirigir cánticos dulces y amorosos al Soberano del universo.

Ese era el príncipe de Italia que hemos debido dar á conocer en los capítulos anteriores para que vean nuestros lectores á dónde y á qué condujo el destino al primer héroe del reinado de Felipe II; al hombre más valiente, más hábil y diestro que tuvo España en el siglo XVI, y para que vean justificadas las muchas escenas en que el caudillo arrogante de ayer y hoy el humilde religioso, el Santo, como la fama lo llamó en aquella época, aparecerá, como fué, en el último período de su vida ejemplar.

Y puesto que ya es bastante conocido de nuestros lectores, daremos principio al verdadero asunto de nuestra novela histórica, que hemos dejado en suspenso por la causa expuesta.

No puede ser el primer personaje de nuestro libre el príncipe, pero juega un papel tan importante, que merecía la pena de detallarlo, según acabamos de hacer.

CAPITULO V

La primera carta de los héroes.—La segunda carta y el asombro de la corte.—El asombro de Flaviano se eleva cuanto merece.

A la mañana siguiente el duque del Imperio se presentaba de distinto modo que el día anterior; su rostro bello aún y varonil no enseñaba aquel tinte de melancolía que lo cubrió veinticuatro horas antes.

Los acontecimientos de la noche pasada lo rehabilitaron.

El Santo había realizado otro milagro.

En cuanto á la duquesa de los Andes se la veía rebosar de satisfacción. Su boda era oculta; pero ella lo sabía y con eso le bastaba. Se había tranquilizado su conciencia y estaba ya unida á un hombre que supo hacerse amar de cuantas mujeres requebró.

Era india y su ardiente y poderosa sangre necesitaba para estar satisfecha, un hombre digno de la descendiente de los emperadores del Perú y el duque del

Imperio, viudo como ella, la merecía. Su primer marido valió mucho, pero no tanto como Osorio; ella lo comprendía así, empezó á amarle como hermano y ya viuda lo quiso con la pasión de una enamorada.

Hasta la circunstancia de ser el duque padre de Flaviano, era un mérito para la duquesa; casi lo había criado de niño y tanto llegó á quererlo y admirarlo que lo contemplaba con el éxtasis de la madre más apasionada por un hijo.

Ya hemos visto como veló por su vida, llegando el caso de convertirse hasta en una constante espía; no obstante, haber nacido reina y haber gobernado sus pueblos.

Ahora comprenderemos bien la causa del gran interés que Tolopalca se tomó por Flaviano, pues llegó hasta el caso de convertir á la esposa de Felipe III en instrumento suyo.

Tenía la duquesa cinco días de licencia dados por la reina para acompañar al duque, y aun cuando era su amiga y confidenta prescindió de ella ese corto plazo en gracia á la justificada causa que alegó la indiana y en verdad que la duquesa no había pensado separarse del lado del duque en ese tiempo, excepción hecha de las horas de descanso.

Llegó la tarde de este segundo día y ambos fueron sorprendidos en unión de parientes y amigos por una visita que no esperaban.

Un paje anunció:

—La señora hermana de su excelencia el Nuncio y la protegida de mi señor, señora Alice.

Las dos jóvenes entraron y después de los cumplidos de rúbrica, separado el duque con la prometida de su hijo, le preguntó:

—¿Vienes á consolarme, hija mía?

—No, padre amado, vengo á pediros un favor.

—Concedido, ¿qué es ello?

—Deseo que nos acompañeis al paseo en la carroza que nos espera en la puerta.

—¿Que te propones?

—Quiero ver quien es más fuerte de los dos, si vos ó yo; y quiero respirar el aire: ¡Ah, señor, yo no puedo ir al paseo con otra persona que vos y me voy á podrir en el palacio de la nunciatura si vos no sois amable conmigo.

—Saldremos juntos todas las tardes. ¿Te basta?

—Ya suponía yo que vuestro renombre de galante no era una quimera.

—En esta ocasión no lo hago por galantería, bella Alice, sino por egoísmo. Junto á tí me creo estar al lado de un pedazo de mi hijo Flaviano. Dí, ¿has llorado mucho?

—Qué disparate; no he vertido una sola lágrima.

—¿Qué dices, hija?

—La verdad, señor. Los dolores del alma no llevan lágrimas á los ojos; las mandan al corazón.

—¡Ah, qué verdad has expresado! Eso es, al corazón.

—Los débiles lloran; los fuertes sufrimos y lo que es peor, disimulamos.

—Muy bien, Alice; te encuentro como el deseo te pedía.

—¿Os molestará acompañarme y permanecer algunas horas á mi lado?

—Todo lo contrario, hija mía; basta y sobra con lo que amas á Flaviano para que tu presencia me sirva de consuelo y satisfacción. Y ya ves que prescindo de tu belleza que es la primera del mundo.

—Entiendo, mi amado protector, que podrá aventajaros en todo nuestro Flaviano menos en galantería. Vos sois el primero de la tierra en eso.

—No te extrañe que mi hijo sea poco galante, lo mismo le sucedía á mi hermano Julio; los genios emplean el tiempo de otro modo. Pero ya es hora de salir á paseo y no debo haceros esperar más.

El duque se disculpó con sus contertulios encargó á su hija que hiciera los honores de la casa é invitó á la duquesa de los Andes á que fuese con ellos al paseo. Telopalca no deseaba otra cosa y los cuatro salieron en la carroza del Nuncio.

Al concluir el paseo dió el duque la orden de dirigirse á la nunciatura, pero Alice replicó:

—No; al palacio del señor duque.

—¿Qué dices, hija?

—Que cenaremos con vos y á las diez nos retiraremos á nuestra casa, si vos y la señora duquesa lo teneis á bien.

—Con mucho gusto y honra. ¿No es cierto Telopalca?

—Sí, hermano; tengo en ello una grata satisfacción.

De este modo empezaba la ausencia de Julio y de Flaviano. Los parientes y amigos del duque le ofrecían

toda clase de distracciones; la verdadera víctima lo estaba siendo Alice, no obstante su gran disimulo, pero lo cierto es, que concluiría por sufrir más que todos juntos el noble duque del Imperio.

Al décimo día se recibieron las primeras comunicaciones de Cartagena y no fué pequeño el efecto que hizo la historia de Mendoza lo mismo en el palacio real que en el del duque. Felipe III celebró las fuerzas y hechos de Rogelio y aprobó con placer su nombramiento de capitán con todo lo demás que Julio habia dispuesto.

La duquesa, terminados los cinco días de licencia había vuelto á ser la amiga y compañera de la reina y el duque paseaba todas las tardes con Alice, besaba su hermosísima frente de continuo y mútuamente se consolaban de la terrible ausencia de Flaviano, el cual corría ya mar adentro en dirección de Cuba, en compañía de Julio y Mendoza.

Aun cuando supo Osorio las malas cualidades del comandante que mandaba el navío en que iban sus hijos nada temió. Al meditar sobre ese extremo, exclamó:

—Si ese marino les falta, Mendoza lo arrojará al mar de cabeza y Flaviano dirigirá el buque con tanto acierto como su maestro Roch. En lo relativo á eso debo estar tranquilo. Llevan buen barco que es lo principal.

Habían trascurrido cerca de tres meses sin tenerse noticia alguna de los ausentes. La impaciencia se retrataba en todos los semblantes inclusos los de los

reyes. De esta dura ley sólo se libraba el príncipe de Italia; éste no demostraba ansiedad alguna.

Cuando el duque le hacía alguna pregunta sobre el particular, contestaba:

—Nuestros hijos llenan la penosa misión que los lleva á América y no hay motivo alguno que deba alarmarte.

De eso no salía.

Por fin al anochecer de otro día, llegó un correo con pliegos para el rey. para el príncipe y para el duque, y con una carta para Alice. Leída que fué por esta degraciada joven, empezó á recobrar la vida que sintió huir de ella.

Con tanto interés como ansiedad abrió el rey el pliego y lo devoró con la vista. Después se enteró de un abultado expediente que acompañaba aquél, volviendo á leer el pliego que firmaba solo Julio.

La reina, la duquesa de los Andes y el duque de Uceda acudieron á la cámara del rey afanosos de saber que noticias tenía de los ausentes.

—¿Pero qué dice ese escrito?—preguntó la reina sin poderse contener.

Felipe la miró y apareciendo en sus labios la sonrisa le dijo:

—No me extraña tu impaciencia, Margarita; yo también la tuve y comprendo la tuya.

—Tan jóvenes, tan mimados por la suerte, sería cruel que les ocurriese alguna desgracia.

—Al firmar esos escritos se hallan completamente sanos. No es á ellos á los que les ha ocurrido desgracia alguna, son á otros.

—¡A quién, Felipe?

—Margarita, á los malvados que osaron hacer frente á mis dos queridos generales.

—¿Murieron todos?

—No; hasta ahora no pereció ninguno pero hubieran ganado con morir, pues sufrirán todo el castigo que merecen. No he de tener clemencia con ninguno de ellos. Pero hija, ¡qué Flaviano!

—¿Qué ha hecho? cuéntalo todo.

—Oid: Se hallaban en medio de los mares cuando fueron sorprendidos por un terrible ciclón; es decir todos no fueron sorprendidos, Flaviano lo vió llegar con gran anticipación, tomó las medidas que hubiera podido adoptar el más sabio marino y salvó la nave y á cuantos en ella iban.

—¿Y el comandante?

—El comandante, según dice Julio, estaba borracho; quiso oponerse al cumplimiento de las órdenes de Flaviano y éste encargó á Mendoza que lo sepultara en un calabozo, lo que hizo el gigante en el acto.

—¿Y luego, Felipe?

—Después repararon las pequeñas averías que el furioso huracán hizo en el barco y continuaron su camino sin otro incidente que el de haber cantado Osorio una romanza, á ruego de todos, y haber creido unos que era un angel y otros la sirena de los mares.

—¿Quién te da tantos detalles, Felipe?

—Un hombre que no mintió jamás ni exagera, Julio de Silva.

—¡A media noche y entre rugientes olas; aquella voz!... Sería una delicia, Felipe.

—Un sueño de hadas.

—¿Pero quién enseñó á Osorio á ser marino?

—El primer hombre del mundo en náutica; el célebre marino Roch.

—Mucho se habla todavía de él.

—Pues Flaviano aprendió todo lo que aquél sabía y lo que todos ignoran.

—¿Qué es eso?

—La inspiración del genio que Dios depositó en su frente.

—¡Gracias á Dios que te has convencido!

—Como mi padre, dudé al principio... No, dudar no; fué otra cosa, pero yo le hago la misma justicia que mi padre hizo al suyo.

—Continúa. ¿Llegaron?

—Con toda felicidad. Cogieron al gobernador infraganti, es un malvado, lo prendieron, destituyendo á la vez á todas las autoridades que se parecían á su jefe. Margarita, con esos hombres va el valor, la sabiduría, el talento y la más recta justicia. Dejaron la isla de Cuba como yo la soñaba, como yo la quería. Duque de Uceda, ahí tienes el expediente instruído, está admirable, todo lo apruebo, todo lo confirmo; que se haga solo lo que Julio y Flaviano disponen.

—Muy bien, señor; aplaudo con entusiasmo la conducta de mi señor.

—No puede ni debe ser otra cosa; si un día nos equivocamos los dos, respecto de esos héroes, hagá-

mosles justicia el resto de nuestra vida. Cuenta que son una perfecta reproducción de sus padres.

—No tan perfecta, señor; perdone vuestra majestad —murmuró la duquesa,—si me he atrevido...

—Yo también sostengo,—añadió la reina,—que no es perfecta la reproducción.

—Explicaos la una y la otra.

—Felipe, Osorio se eleva ya sobre Julio, sobre su padre y hasta sobre el príncipe de Italia.

—No quiero regatearle un átomo, que harto le quité un día aciago; vale Osorio más que el duque del Imperio con tanto valer éste y más aún que el Santo con tanta admiración como mi tío logró alcanzar en el mundo. ¿Es eso?

—Eso es,—contestaron á la vez Margarita y Tolopalca.

Y continuaron debatiendo sobre el mismo tema.

Hé ahí el efecto que hizo la primera comunicación de Julio en la corte. Más adelante llegaron hasta el asombro.

Julio y el duque recibieron copias de cuanto habían mandado al rey los dos generales desde América, y pronto circuló su contenido por todo Madrid.

Por la noche, después de haberse retirado Alice á su casa y Tolopalca á su alcoba, abrió el duque la puerta que comunicaba con el convento, entrando después en la celda del Santo.

Halló á éste leyendo en un libro religioso.

Era ya la media noche y el general trinitario alzó la vista para ver quien entraba, diciendo á Osorio:

—Acércate. Ocupa ese sillón y dime lo que quieras.

—¿Leiste, Julio, todo lo escrito por los dos generales, nuestros hijos?

—Todo.

—¿Qué opinas?

—Que están dentro de la justicia y de la rectitud.

—¿Nada más?

—Y que Flaviano vale más que nosotros, puesto que sabe luchar contra los elementos y nosotros no.

—¿Sólo eso?

—Sí.

—¿Te has fijado en lo que dice Julio respecto del hermano del que fué gobernador de Cuba?

—En todo.

—¿Y en la conducta de ese hombre funesto?

—Sí.

—¿En el mucho mal que puede hacer?

—Sí.

—¿En el mucho daño que sin duda causará?

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Nada.

—Yo creo que con ese traidor y malvado peligran las vidas de nuestros hijos.

—No se puede ir á la guerra ni vivir entre enemigos sin que la vida de los valientes se halle siempre amenazada.

—Es verdad; pero un traidor como aquél es peor que un ejército entero.

—Peor, sí.

—Julio, nuestros hijos son muy jóvenes y nuestra experiencia no estaría mal á su lado.

—¡Qué pretendes?

—Marchar á Nueva España.

—¿Qué piensas hacer allí?

—Velar por las vidas de ambos.

—¡De qué modo?

—De mil maneras; de todas las que sea posible.

—¿No es mejor que haga eso la Providencia?

—Si ella lo hace.

—Lo está haciendo ya.

—¿Crees eso?

—No, estoy seguro.

—¿Te niegas en absoluto á que parta á Méjico y vele por ellos?

—Sí.

—Está bien, no insisto y que se cumpla la voluntad de Dios.

—Eso es, que se cumpla la voluntud divina. Vete acostumbrando á la frase.

—¡Qué opinas de Alice?

—Es todo lo fuerte que puede ser una dama, pero han de venir para ella días amargos y debes consagrarle todos los cuidados que su sexo, su amor á Flaviano y su virtud merecen.

—Ya lo hago.

—Aún no es bastante.

—Redoblaré mis atenciones con ella. ¡Has estado hoy en palacio?

—No.

—Sabes lo que opina el rey sobre lo realizado por nuestros hijos.

—Sí. Oye, hermano, los castigos impuestos por Flaviano y Julio en la Habana, deben tener en Madrid resonancia.

—No te comprendo.

—Los parientes del marino que mandó el *Invencible* y los del ex gobernador intentarán vengarlos en Madrid.

—¿Qué debo hacer?

—Vivir prevenido.

—¿Nada más?

—Por ahora eso solo.

Todavía continuaron hablando cinco minutos. De pronto se le cayó de las manos al príncipe el libro religioso en que antes leía, y clavando las rodillas en el suelo quedó de hinojos al pie de la imágen del Redentor que tenía próxima. Empezó una oración, sus labios callaron, su sér no se movía, quedando como arrobado en un éxtasis que solía durarle más de una hora.

Al verlo el duque le besó una de sus manos sin expresar frase alguna. El príncipe no sentía ni sus ojos podían ver nada.

Osorio lo dejó en aquella actitud, que le era bien conocida, y por la puerta secreta que vimos abrir al religioso, salió sin detenerse hasta entrar en la alcoba de su esposa.

La duquesa no estaba aún dormida y al verlo se incorporó sobre el lecho preguntándole:

—¿Qué acontece, Flaviano? Yo te juzgaba dormido.

—No, estaba en la celda de mi hermano hablando co él.

—No te comprendo.

El duque le dijo el tema de la conservación que habían tenido, preguntándole después:

—¿Qué opinas tú de la negativa de mi hermano?

—Lo mismo que él.

—¿No debo partir á Méjico?

—No.

—Fatal unanimidad de pareceres.

—Entiendes, esposo, que no quieres tú más á Flaviano qee el príncipe y yo.

—No lo dudo, pero yo debiera ir y permanecer á su lado.

—No insistas, porque no lo conseguirás.

—Yo pensaba que hablaras al rey para que me obligase á partir, pretestando lo que él quisiera.

—¿Una intriga contra la opinión del Santo? Esta noche estás perturbado, esposo.

—Puede.

—Vete á dormir; deshecha esas ideas irrealizables y confía en Dios como el Santo, como yo.

—Lo haré, pero si algo aconteciese á mi hijo...

—Flaviano, que estás perturbado, no delires. Vete á dormir. Si yo comprendiera que debías partir te empujaría hacia Nueva España.

—Es decir, que soy yo solo el equivocado.

—Sí.

—Haga el cielo que no os equivoqueis.

Se despidió, estampando un beso en su frente y

desapareció de allí buscando su lecho tras breves instantes.

Ya en cama murmuró:

—¡Ah, tengo un presentimiento fatal! No es que dude yo de la misericordia divina, no; es que el padre presiente lo que va á suceder, lo que no pueden presentir los demás. ¡Dios mío, Dios mío, inspirad al joven más virtuoso que existe en la tierra; amparadlo, señor, yo os lo suplico, padre amado!

Y murmurando frases análogas cerró los ojos y se quedó dormido.

Tenía razón, su alma noble y generosa preveía una catástrofe mucho antes de que aquella tuviera lugar.

—¡Quién sabe si la idea que se había apoderado de su mente sería intuida por la madre de Flaviano desde el cielo!

El mundo de los muertos es incomprensible para los vivos.

Poco ó nada sabemos de él.

CAPITULO VI

Llegan los acontecimientos.—Dos hermanos que en nada se parecen.—Dos duelos que no se efectúan.—Una intriga y varios arrestos.

Habían transcurrido veinte días de aquel en que tuvo lugar la llegada de los correos de Cuba.

El duque del Imperio se había resignado á quedarse en Madrid y ya ni aun hablaba con nadie de esto.

Entre el público corrió la noticia de lo mucho que habían hecho nuestros héroes y con sus frases y entusiasmo levantó un pedestal para Flaviano y Julio. Los dos generales eran ya ídolos del pueblo.

Esto sucedía á los más; pero entre los menos ocurría cosa distinta. Los presos en la Habana llegaron con el anterior correo á Cartagena, y aun cuando todos fueron sepultados en calabozos, pudieron escribir á algunos de sus parientes allegados que residían en Madrid, y si bien la mayoría de estos callaron por temor

de indisponerse con la opinión pública claramente demostrada en plazas, hosterías y en reuniones altas y bajas, hubo dos, que creyendo lo que sus deudos les decían, cometieron la torpeza de combatir la creencia de los madrileños, refiriendo cuentos y calumnias inventadas por las víctimas de Julio y Flaviano.

A los veinte días de la llegada del correo, según hemos dicho, tuvo conocimiento el duque del Imperio de aquellos cuentos y calumnias por un hecho bien extraño que vamos á relatar.

Era cerca de la media noche, el duque leía por centésima vez la carta y expediente que recibió de la Habana, cuando apareció un paje en su estancia, diciéndole:

—Señor, el alférez Zalla desea hablar con V. E.

—¿Qué dices? ¿A esta hora?

—Sostiene que es importante el que lo reciba mi señor.

—Es hijo de mi protegido el maestre y es posible que algo grave ocurra. Que pase.

Y entró un joven de veintidos años, descolorido, flaco y casi trémulo.

—Avanza, hijo mío,—le dijo el duque con cariño.—¿Le ocurre algo á tu padre?

—Sí, señor, mi general.

—Habla.

—¿Me permite V. E...?

—Sí, dí lo que quieras.

—Mi padre, señor, tiene que batirse por la mañana con el maestre de campo don Raimundo de la Ilesia, y

si V. E. no evita ese lance está expuesto á que le maten.

—¿Qué motiva ese desafío?

—Señor, don Raimundo habló mal de don Julio de Silva y de don Flaviano de Osorio, y mi padre le dió en la boca con el puño cerrado.

—¿Dónde ha ocurrido eso?

—En casa de mi tío Andrés.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Quién te lo ha referido?

—Lo he presenciado yo.

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Evitar ese lance para que no maten á mi padre.

—¿Cómo he de evitarlo yo?

—Mandando prender al maestre.

—Tu padre lo es también, y entre militares es imposible evitar esos lances.

—Si matan á mi padre por culpa de otro será una iniquidad.

Con la mayor calma le preguntó el duque:

—¿Temes que maten á tu padre?

—Mucho, y si tuviera esa desgracia maldeciría al que tiene la culpa.

El rostro del duque se contrajo, pero disimuló, volviendo á preguntarle:

—¿No era alférez?

—Sí, señor.

—Pues mata tú al que quiere matar á tu padre.

—¿Cómo, señor?

—Desafiándolo, y si es preciso hasta pegándole.

—Dios me libre, el maestre me aplastaría.

El duque oprimió un timbre, y dijo al paje que se presentó:

—Que venga el capitán San Martín.

El alférez añadió:

—Señor, ¿me dá V. E. palabra de salvar la vida de mi padre?

Nada le contestó el duque.

Se presentó el capitán y á éste le dijo:

—San Martín, queda arrestado el alférez Zalla. Que le den buena cama en el piso bajo, pero si murmura ó se opone, encerradlo en un calabozo sin cama ni asiento.

Calló el alférez en tanto que el capitán lo cogió por debajo de un brazo y casi en bilo lo sacó de la habitación.

Quedó Osorio meditando.

A los diez minutos volvió á aparecer el paje, diciéndole:

—Señor; desea ver á V. E. el teniente Zalla.

—Es el hermano mayor y vendrá á lo mismo.

Y añadió fuerte:

—Que pase.

El hermano del alférez era alto, fornido, robusto, un retrato de su padre don Alvaro. Su mirade era ardiente y provocativa.

Entró, hizo un respetuoso saludo al duque y quedó parado en actitud humilde.

Osorio le miró con interés preguntándole.

—¿Qué te trae por aquí á hora tan avanzada de la noche?

—La honra de ver á V. E.

—¿Nada más?

—¿Parece poco á V. E.?

—Te he dicho varias veces que no me des tratamiento.

—Señor, sois mi general, mi padrino, el protector de mi padre.

—Por todo eso.

—Es que vengo de oficio, señor.

—¿Pues no decías que viniste solo á verme?

—Primero á ver á V. E.; después á pedirle un permiso.

—¡Un permiso á esta hora?

—Si, señor.

—¿Por qué?

—Para batirme.

—Chiquillo, ¿qué estás diciendo?

—Digo, señor, que deseo y puedo imitar á mi padrino en alguna cosa, ya que en todo no es posible á nadie. Mi padrino, señor, se había batido á mi edad infinitas veces.

El duque lo miraba cada vez con más interés, replicándole:

—¿Con quién pretendes batirme?

—Con el mayorazgo don Luis Alejandre.

—¿Quién es ese hombre?

—Un primo y cuñado del gobernador de la Habana.

El rostro del duque se encendió, pere procuró dominarse, diciendo:

—¿Qué te ha hecho á tí ese caballero?

—La ofensa más grande que puede hacerse á hombre.

—¿Qué ofensa es esa?

—Habló mal de dos cumplidos caballeros delante de mí, y yo sin poderme contener le hice algo en el rostro.

—¿Qué le hiciste?

—Casi nada. Se lo humedecí.

—¿Con saliva?

—Como no tenía otra cosa...

—¿Y después?

—Me llamó villano.

—¿Qué le valió ese frase?

—Sólo una bofetada y un puntapié.

—¿Había mucha gente delante?

—Bastante, toda la que concurre al anochecido al *Mentidero*.

—¿Ningún otro te dijo nada?

—Casi todos los que allí estaban lo han desafiado, pero él les contestó que hasta que se batiera conmigo no podía hacerlo con otro. Como soy el más joven... pero no sabe él lo que va á sucederle.

—Dímelo á mí, hombre.

—Qué lo voy á matar.

—¿Tiras bien?

—Lo mismo que mi padre; no, mejor aún; me enseñó últimamente don Flaviano dos estocadas que aún desconoce mi padre.

—Perfectamente. Pero antes de concederte ó negarte el permiso que me has pedido necesito saber qué ha dicho ese mayorazco de los dos caballeros y quiénes son éstos.

—Señor, permítame V. E. que lo reserve; es una nueva gracia que le pido.

—Me es imposible concedértela, te mando que me lo digas.

—No puedo negarme y en verdad que lo siento. Los caballeros son don Flaviano y don Julio, vuestros hijos y dijo ese miserable que sorprendieron traidoramente á su cuñado y lo mandaron maniatado al fondo de un buque por sólo quitarle el gobierno de Cuba. Añadió, que al otro cuñado lo martirizaron después hasta hacerlo perder un ojo. La indignación, señor, fué general, pero yo me adelanté á todos, haciendo lo que he dicho á V. E., y ahora me resta matarlo, porque no dudo que vos tan valiente y caballero me concedereis el permiso que os he pedido.

—Muchacho, tú no te pareces á tu hermano.

—En nada, señor; parecemos hijos de distintos padres. No debo molestar más á V. E.; me retiro, quedándoos muy reconocido y obligado por la gracia...

—No te he concedido nada todavía.

—Yo creí...

—Sepamos antes: tu padre es maestre de campo, y estás á sus inmediatas órdenes, ¿le has pedido á él permiso?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo?

—Cuando pude hallarlo, que fué muy tarde, se encontraba ocupado con no se qué duelo, y me contestó de tal modo; que él bastaba para todos, y que me fuera á dormir.

—Insté, le hablé del compromiso de honor en que estaba, y apagando mis frases, me rechazó diciendo: Te prohibo que te batas con ese hombre; yo lo haré. Y me encerró en mi habitación.

—¿Qué hiciste después?

—Descolgarme por el balcón y apelar á V. E., como general mio, contra una sentencia injusta.

—Con lo cual has faltado á tu jefe y á tu padre.

—Señor, yo...

—Silencio, ñiño. Hola, paje, que venga el capitán San Martín.

Cuando entró aquél, le dijo:

—Queda arrestado el teniente Zalla, que duerma en vuestra alcoba y no perderlo de vista de día ni de noche. Oid, si no ha cenado que le sirvan lo que quiera. Muchas atenciones con él, pero á la vez mucho cuidado.

El teniente inclinó la cabeza y salió en pos de San Martín.

Acto continuo mandó llamar Osorio á su secretario el capitán Urrutia, diciéndole:

—Partid inmediatamente á casa del maestre don Alvaro Zalla y lo traeis á mi presencia. Si no estuviese en su morada, buscadlo donde se halle y que os siga. No perdais un momento; el asunto es importante y urgente. Qué os acompañen dos criados.

—Salgo ahora mismo, señor duque.

—No me muevo de aquí hasta que vea á Zalla.

Salió el secretario, y llamando Osorio á su paje le preguntó:

—¿A qué hora regresó de Palacio la señora duquesa de los Andes?

—A ninguna, señor; no ha vuelto aún.

—Es extraño. En cuanto llegue, avísame.

—Salió el paje, y el duque quedó pensando.

A la vez murmuraba:

—Era natural que los parientes de las víctimas se revolvieran contra mis hijos, pero juro á Dios que he de enmudecer sus lenguas para siempre. Con media docena de estocadas no habrá boca que se atreva á vomitar veneno.

Meditó algunos minutos y añadió:

—Con unos cuantos escarmientos habrá bastante para que los parientes de las muchas víctimas que seguirán á las ya hechas no se atrevan á respirar. Muchas más, sí; Julio y Flaviano llevan trazas de hacer una limpia completa en todos los países que recorran. Solo así se puede imponer el orden, la justicia y la moralidad indispensables en las lejanas tierras sometidas al dominio de España. ¡Mandó allí el rey tanto miserable! Y es lo peor, que los buenos son allí medianos, malos los regulares y perversos los malos.

Media hora permaneció paseando.

Al cabo de este tiempo se descorrió una cortina, oyéndose la voz del paje que anunciaba:

—El maestre Zalla y el capitán Urrutia.

—Retiraos á descansar,—dijo Osorio al capitan; —vos Zalla, acercaos. Ocupad ese asiento. ¿Estábais acostado?

—Y dormido; pero me hallo á la completa disposición de mi general.

—¿Tan pronto dormiais?

—Tengo que madrugar y por esa causa procuré quedarme dormido lo antes posible.

—¿A qué hora pensábais levantaros?

—A las cinco de la madrugada.

—¡Tan temprano! ¿Ocurre algo extraordinario?

—No, señor; nos hallamos en la primavera é iba á dar un paseo por el campo.

—¿Solo?

—No, señor; con unos amigos.

—¿Un paseo de recreo?

—Eso es.

—Me alegro; de esa manera dormiréis esta noche en mi casa y mañana hablaremos.

—No os comprendo, señor duque.

—Pues es cosa fácil, necesito de vos esta noche y mañana

—No podreis prescindir desde las cinco á las seis de la mañana.

—Imposible, es la hora en que más necesito de vos.

—Señor duque, de cinco á seis tengo un lance de honor y vos, que sois tan caballero, me habreis de permitir que concurra á él.

—¡Un lance de honor! ¿y con quien, Alvaro?

—Señor duque; es un secreto.

—Para vos soy otra casa que duque, Zalla.

—Es cierto; mi general,

—Vuestro general os manda, os impone que no salgais de este palacio hasta después que hayais recibido órdenes mías mañana.

—Señor, van á creer que tengo miedo, que soy cobarde.

—¿No fuí siempre vuestro protector?

—Siempre y os debo hasta la vida.

—Ea ese caso no podeis quedar mal por culpa mía.

—Es decir, que me dejareis partir.

—No, no digo eso; digo sólo que nadie achacará á miedo lo que es otra cosa. Y que no sois cobarde lo sabe todo el mundo.

—Señor, ¿estais enterado?

—El señor duque de Uceda;—exclamó el paje volviendo á descorrer la cortina.

Los dos se pusieron en pie; el favorito estrechó sus manos y dirigiéndose á Osorio, le dijo:

—Puesto que solo nos oye tu protegido Alvaro Zalla, lleno á su presencia la misión que me ha ordenado su majestad, si tú no te opones.

—Ocupa ese sillón y dí lo que quieras. Alvaro puede oirlo.

—Falta me hacía; pues he andado por calles y callejuelas hasta sentirme fatigado.

—¿Y tu carroza?

—No me dió tiempo el rey para mandar por ella, ni era conveniente.

—Muy bien; descansa el tiempo que quieras, que en tu casa estás.

—Gracias, no será mucho que aún me queda algo que hacer y acabó la noche por ser reemplazada por la madrugada. Vengo de orden de su magestad, primo.

—¿Qué desea de mí el monarca?

—Quiere que no abandones este palacio hasta que yo vuelva á verte.

—Eso es un arresto.

—Casi, casi.

—¿Qué delito he cometido, duque?

—Ninguno; y el rey con gran complacencia de la reina y mía, continúa queriéndote mucho, Flaviano.

—¿Entonces cómo se explica?...

—No hay explicación posible hasta mañana.

—Pero convéncele, primo, que lo que no ocurra mañana, ocurrirá al día siguiente.

—No lo creas; se trata de que nada ocurra hoy, ni mañana, ni nunca.

—¿Y la honra de nuestro nombre?

—Más limpia que el agua cristalina. Buenos son los Osorios para tolerar manchas.

—Pues nos han infamado.

—No; son calumnias que se volverán contra el autor como daga envenenada.

—¿Quién me responde de eso?

—El rey y yo.

—En ese caso no hablemos más de eso. Pero no tardes en volver.

—Mañana antes de la hora de paseo estaré aquí.

—¿Puedes darme noticias de la duquesa de los Andes, qne aún no ha parecido.

—Sí, está muy buena y trabajando mucho.

—¿Ayuda á la reina á bordar?

—No, es otra clase de trabajo.

—¿Cenó en palacio?

—Todos hemos cenado allí esta noche.

—¿Ya te levantas?

—Sí, que es tarde,

—Tráeme mañana un nombramiento de capitán para el teniente don Ricardo Zalla y una orden destinándole á Méjico á las órdenes de mí hijo.

—Buena elección es. ¿Qué más deseas?

—Una beca ó prebenda para su hermano Matías. Le dedico á la carrera de la iglesia desde mañana. Que lo borren de las listas del ejército.

—Eso es dar á los hombres lo que merecen. En efecto, no os ofendais Zalla, vuestro hijo menor solo merece una beca. Adios, primo, mañana te traeré ambas cosas. Adios, Zalla. Dormid ambos tranquilos y dejad á su majestad que arregle vuestros asuntos.

—Ya serás tú y no el rey.

—Te equivocas, Flaviano, en esta ocasión; somos el rey, la reina, la duquesa de los Andes y yo.

—Que Dios te acompañe.

El duque fué con él hasta el zaguán, regresando donde estaba Zalla. Este miraba ahora al duque con ojos espantados.

—¿Pero qué ocurre, señor?—se atrevió á preguntarle.

—Poca cosa, Alvaro; os arresté en mi palacio á tus dos hijos y á tí, y el rey, como has oido, me arresta á mí; de lo cual deducireis que vais á estar bien acompañados.

—¿A mis hijos?

—Sí; al uno por demasiado valiente y al otro por excesivamente cobarde.

—¿Y á mí?

—Por lo que el rey á mí; cuando sepamos mañana por qué lo hace él, sabreis por qué lo he hecho yo.

—Está bien mi general; si al patíbulo me mandáseis á él iria bendiciéndoos.

—¿Os parece mala idea lo de la beca para vuestro hijo?

—Como vuestra, es sabia; pero ignoro la última razón que habeis tenido para decidiros á hacerlo cura.

—Figuraos que vino hace más de una hora pidiendo por la vida de su padre que se iba á batir y podían matarlo.

—¡El! Sí, señor, merece á lo sumo una beca. ¿Y el otro, señor?

—El otro vino á pedirme el permiso que vos le negásteis.

—¿Para batirse?

—Sí.

—Qué terco es.

—No; es muy valiente y estará bien al lado de Flaviano.

—Qué alegría le vais á proporcionar; la mitad de

su vida hubiera dado por seguir á ese joven é inimitable general. Es para él un semidios.

—Pues lo ha conseguido de balde.

Continuaron hablando los dos hasta después de la una de la madrugada, que llegó la duquesa de los Andes.

Ambos la recibieron en el salón donde se hallaban.

—¿Cómo tan tarde?—le preguntó el duque.

—Buena noche, señores. No te extrañe, hermano, la hora en que me retiro; estuve trabajando con la reina.

—¿Bordábais?

—No, hablábamos.

—¿A eso llamas trabajar?

—Sin duda alguna. Debatíamos, dimos órdenes y hasta que empezaron á cumplirse no nos retiramos.

—¡Dábais órdenes! ¿Era el rey quien las daba ó vosotras?

—Los tres estábamos juntos.

—¿A quién dábais esas órdenes, se puede saber?

—Sí; al corregidor y al maestre Alcántara.

—¿Al fiero Alcántara?

—Fiero para otros; para nosotros es un cordero.

—¿Y qué hicieron el maestre y el corregidor?

—Obedecernos.

—Eso lo dí por hecho. ¿Qué era ello?

—Mañana lo sabrás.

—Muy reservada vienes esta noche.

—Lo que debo nada más.

—¿Sabes que estoy arrestado de orden del rey?

—Sí, lo dispusimos los tres. También fueron á hacerlo con el maertre Zalla y con su hijo mayor, pero como tú te adelantaste...

—Pues os divierten, Alvaro, si yo no me adelanto.

—Ya lo veo.

—No; hubiera estado en una de las habitaciones del alcázar.

—Pero solo.

—Sí, incomunicado y con un vigilante que lo hubiera estado observando.

—¡Ni aun con su hijo!

—Claro es.

—Duquesa, voy á rogar al rey que me destine á Méjico, aun cuando sea á las ordenes de mis dos hijos Flaviano y Julio.

—¿Para qué?

—Para que no vuelva á arrestar á nadie.

—Te guardarás muy bien.

—¿Quién me lo impedirá?

—Primero yo, y luego la reina y el rey.

—¿Por qué?

—Porque nos haces falta aquí, y en Nueva España estorbas.

—¿A quién puedo estorbar?

—Al brillante porvenir de nuestros hijos; á la aureola que están conquistando, la cual tendrían que partir contigo, y á tí te debe bastar con la que ya tienes.

—Y para que no la aumente hasta me habeis arrestado.

—Parece que te duele.

—Es la primera vez de mi vida que me sucede.

—Pues este arresto te honra.

—¿A mí?

—Sí.

—No te comprendo.

—Te han arrestado las dos damas principales de la corte.

—Sí; una reina y una exreina. Es decir, la esposa de Felipe III y tú.

—Lo has acertado. ¿Y ahora qué dices?

—Que no me honreis á menudo.

—Siempre que des motivo.

—¿Qué hice yo en esta ocasión?

—Nada, pero ibas á hacer y hemos prevenido el mal. Y buena noche, señores, que ya es hora de retirarse á dormir.

Los dos besaron su mano y poco después dormian en sus respectivos lechos.

Pronto conoceremos en todos sus detalles la intriga que venía fraguándose.

CAPITULO VII

—

Desenlace de la intriga.—Los consejos de Osorio.—El nuevo capitán.—Por fin hay duelo y muerte.

A las doce del siguiente día se presentó en el palacio del duque el favorito de Felipe III.

Uceda llegaba satisfecho y complacido.

—Primo,—le dijo:—aquí tienes el nombramiento de capitán para don Ricardo Zalla. Aquí la concesión de la prebenda y la orden para que sea admitido en el seminario de nobles el otro hermano. ¿Qué más deseas?

—Gracias primo. ¿Qué ha dicho S. M.?

—Tuvimos ambos un gran placer en acceder á tu deseo. Tus méritos y servicios, y los que ahora debemos á tu hijo, te hacen acreedor á todo.

—Pues si eso es cierto levántame el arresto y refiéreme la causa que lo ha motivado.

—Haré más, te contaré cuanto aconteció y cuanto dispuso don Felipe inspirado por la reina y por la duquesa de los Andes.

—Ya te escucho.

—Lo que supongo yo que ya sabes lo pasaré por alto, concretándome á lo siguiente: Antes que á tí nos participaron las injurias y calumnias inferidas á tus dos hijos por Alejandre y por la Iglesia. Poco después supimos que ambos habían sido abofeteados, el uno por Zalla padre y el otro por el hijo mayor. Lo último debía producir dos duelos, y si los ofendidos ó alguno de ellos salía bien, varios otros, toda vez que no tardaron los calumniadores en recibir varias esquelas de desafíos de quince ó dieciseis amigos de Julio y de Flaviano. Todavía llegan á sus casas nuevas esquelas de amigos y protegidos tuyos análogas á las otras. Entre los cuatro discurrimos que no eran esos señores ni tú los encargados de vengar tan menguadas ofensas, sino la ley, que castiga como merece el que injuria y calumnia. Enteramos al corregidor, le pareció excelente nuestra idea y en el acto fueron ambos encerrados en dos calabozos del alcázar.

—¿Del alcázar?

—Sí; ¿olvidas que Julio es primo de S. M?

—Ciertamente.

—Pues fueron por primera providencia declarados reos de Estado.

—¿De Estado?

—Claro es.

—¡Desgraciados!

—¿Librarían mejor con los aceros que ya se alzaba contra ellos, siendo uno el del invencible duque del Imperio?

—Mucho mejor. Yo los hubiera muerto, en tanto que vosotros les vais á estar haciendo sufrir cuanto vivan.

—Primo, correspondía al rey entender en las ofensas hechas á su primo y á su general en jefe, y su majestad no tiene otras armas que las que la ley le presta.

—¿Y luego?

—Después se llamaron á declarar á varios caballeros que escucharon las calumnias é injurias y dió principio la instrucción del expediente.

—Doy por hecho que han de tardar poco en ultimarle.

—Muy poco. Ha dispuesto S. M. que antes de declarar los reos lean y examinen los calumniadores los expedientes instruídos en la Habana y cuantos datos y justificantes llegaron de la India.

—¿Qué se propone con eso?

—Que reconozcan lo grave de su delito y vean en su día justificada la sentencia.

—Eso me parece muy bien. ¿Puedes suponer la pena que el tribunal les impondrá?

—Creo que sí.

—¿Quieres decírmela?

—Es de creer que el maestro no volverá á pertenecer al ejército español, y ambos serán por lo menos desterrados de España y sus dominios.

—¿No tendrá eso otras consecuencias?

—¡Quién sabe!; tienen parientes, y es posible que alguno ó algunos dejen correr la lengua más de lo que les convenga.

—¿Sin temor al castigo?

—Lo harán, si es que alguno se adelanta, antes de conocer el fallo del tribunal; después imposible.

—¿Y mi arresto?

—Ha terminado; pero conste que no fué arresto, primo, sino el ruego del monarca, para que en su obsequio permanecieses en tu palacio unas cuantas horas.

—A todos os doy las gracias por el interés que mis hijos y yo os hemos inspirado.

Con esas frases y algunos cumplidos terminó esta entrevista, siendo reemplazado el favorito por Zalla y sus dos hijos.

El duque hizo sentar á los tres diciéndoles:

—Terminó el arresto y volveis á quedar en completa libertad. El rey anteponiéndose á nosotros, mandó prender á La Iglesia y á Alejandre, y los han encausado criminalmente por la injuria y calumnia inferidas á su primo don Julio de Silva y á su general don Flaviano de Osorio. El castigo será duro y ejemplar, y nuestro deber es inclinarnos ante la voluntad del soberano. ¿Teneis algo que exponer sobre este particular?

—Nada,—contestó don Alvaro;—lo ha mandado su Majestad, vos, mi general, lo aprobais, y nosotros aceptamos siempre lo dispuesto por ambos.

—Alvaro,—añadio el duque,—vuestro hijo menor ni tiene vocación para militar ni sirve para la guerra; he determinado que lo encerreis en el seminario de Nobles, y hé aquí la orden de entrada y la prebenda que el rey le regala. Hoy mismo ha de quedar en el seminario.

—Hoy quedará en él.

—Tú, que tienes vocación distinta,—dijo el duque dirigiéndose al hijo mayor de Zalla,—acepta ese nombramiento de capitán y esa orden que te destina á las órdenes de mi hijo Flaviano. Partirás á Méjico en el primer buque que salga para la India. Eso hace el rey; yo añado esta banda, que fué una de las que usé cuando era capitán. ¿La aceptas?

—Con orgullo, con honra, con más placer que el ascenso,—dijo el mayor de los dos hermanos.

—¿Sabes á lo que te obliga?

—A imitar en cuanto me sea posible al insigne caudillo que la estrenó.

—Oye, Zalla, con que imites á mi hijo Flaviano me daré por satisfecho.

—Eso es imposible, señor.

—¿Puedes imitarme á mí y á Flaviano no?

—Sí, señor.

—¿Cómo explicas eso?

—Puedo, señor, tomaros por modelo é imitaros en algo, pero á mi protector don Flaviano repito que es imposible. ¿Quién sin tenerlo puede imitar al genio, á la más austera virtud y á la sabiduría personificada?

—Está bien, imita al que fué dueño de esa banda. Pero oye, me imitas desde que me casé en adelante.

—Señor, yo soy soltero.

—No importa.

—¿Que no importa? Perdone V. E., pero siendo soltero yo no puedo obrar como casado.

—Pues te caso antes de que marches.

—Como quiera V. E. pero no tengo más que veinticinco años, será una boda prematura, tendré que dejar á mi esposa á más de dos mil leguas de distancia y sobre V. E. recaeran mis culpas y pecados.

—Pues no te casas.

—Es lo mejor, excelencia.

—Pero no hagas lo que el dueño de esa banda dejó por hacer.

—Conozco toda su historia admirablemente y procuraré imitarlo en todo.

—Alvaro, vos que sois su padre, ¿qué decís á eso?

—¿Qué he de decir yo á un hijo que se propone imitar á uno de los hombres más grandes que han existido?

—Es que de soltero cometió algunas faltas.

—Señor; si él que tan fuerte era y que tanto valía y vale no pudo dominarse en algunas ocasiones, ¿cómo ha de hacerlo mi pobre hijo? Recordad, señor, las frases del Redentor cuando unos cuantos judíos querían apedrear á la adúltera: «El que tenga,—dijo,—la conciencia tranquila que levante la mano y arroje la primera piedra».

—Es verdad, Alvaro.

—Señor,—interrumpió Ricardo,—¿me permite V. E. que á los dos os enmiende la plana.

—Habla.

—Hay,—añadió el novel capitán,—quienes pueden levantar la mano y tirar la piedra.

—No lo creo. Sólo el hijo de Dios.

—Por lo menos, señor, don Flaviano, don Julio y su padre, que tambien son hijos de Dios.

—Alvaro, vuestro hijo, con su hermosa figura que le concedió la Providencia, y con el talento que va demostrando, se elevará bastante; pero temo que á la vez nos dé algunos disgustos.

—Ya lo he provisto, mi general, y por esa causa lo mandó al lado de Flaviano.

—Si basta con eso. En fin ello dirá. Ponedle la banda; quiero que salga de aquí con ella puesta.

—Al momento. Ved, señor, que bien le está; tiene vuestra misma estatura.

—Partid los tres y venid á verme cuando querais.

El duque se despidió de los tres, viendo al volverse á la duquesa de los Andes, que llegaba de palacio en aquel momento.

Solo con ella, la preguntó:

—¿Es la hora de comer?

—Sí.

—Pues vamos.

—¿No tienes que preguntar nada?

—Sólo darte las gracias por la independencia con que has obrado en un asunto sério.

—¿Te refieres á lo de esos calumniadores?

—Exactamente.

—Debía obrar de la manera que lo hice.

—¿Temiste que me dieran una estocada?

—No, á fé mía; pero ni el santo, ni los reyes, ni yo queremos que te batas con nadie.

—¿Por qué?

—Porque no debemos consentir asesinatos.

—¿Quién asesina?

—El que reune el valor, la sangre fría, la práctica, el arte y la habilidad en sumo grado. ¿Qué trabajo te hubiera costado matar á La Iglesia y á Alejandre?

—El mismo que á ellos les costó calumniar á mis hijos.

—No era esa razón bastante, y por eso lo evitamos.

—Y me tuviste arrestado.

—Debiste agradecernos que no te encerramos en un calabozo.

—¿Quién es capaz de hacer eso conmigo?

—Yo.

—Tú, sí; porque todavía eres una de las mujeres más bellas que existen. Todavía, á pesar de tus cuarenta y cinco años, despiden tus negros y rasgados ojos el fuego que robaron al sol que abrasaba los Andes. Todavía seduces con tu figura, encantas con tu rostro y enajenas con tu talento y sabiduría. ¡Ah, aquella reina del Perú, que al verla por vez primera me fascinó con sus mil hechizos, aun hace de su esposo un rendido esclavo!

—¿Quieres que te sea franca, Flaviano?

—Sé lo que tú quieras, lo aplaudo antes de saberlo, porque es tuyo.

—Esposo mío, tus galanterías resultan contraproducentes.

—¿Por qué, dueño mío?

—Porque me recuerdan lo que se cuenta de tus mocedades. Eres el hombre más galante, el más apuesto, pero desgraciada la que se fijaba en tí; y es lo peor,

que se fijaban todas aquellas á quienes te dirigías.

—Parece imposible, que unos labios tan perfectos murmuren unas frases tan chavacanas; y un cerebro tan hermoso dé cabida á antiguallas olvidadas por todos.

—Flaviano, no me seduces.

—¿Quién es capaz de intentarlo? Yo no tengo medio alguno de seducción ni pretendería seducirte; el seducido soy yo, por la majestad y belleza de tu rostro, por la elegancia de tu forma, de tus modales, de todos tus movimientos. Dejaste el trono del Perú para remontarte al de la hermosura. Tolopalca, todas aquellas bellezas que yo admiré entre los Andes y el imponente río de las Amazonas; aquellas flores más brillantes que las ondas del rio que bañaba sus raices; aquellas aves de plumaje celestial y trino de ángel; aquel verdor de los poéticos árboles y plantas matizadas de brillantes, aquellas fajas de plata que en forma de arroyo murmuraban cánticos dulces al Altísimo; aquel cielo azul que se trasparentaba en las fieras corrientes de los ríos y de los lagos, para formar dos cielos impalpables; aquella brisa dulce, monótona, saturada de mil perfumes embriagadores; aquellas noches que engalanaban la incomparable vejetación, el firmamento y la luna, aquel conjunto que trocaba en paraiso un privilegiado lugar de la tierra, todo él quedó grabado en tu encantador semblante, en el conjunto de tu sér.

—¡Ah, terrible Flaviano! ¿Qué débil mujer podría resistir á tu figura, á tu canto sin igual; á tus multiplicadas bellezas y á unas galanterías que perturban el cerebro y lo enloquecen. Te reconozco aun terrible, se-

ductor; aun dicen tus frases lo que has sido... ¡Cuántas desgraciadas contarán la historia de tus amores! Pero así fuiste y asi te quiero; aun sabiendo de lo que fuíste capaz, me dejaria seducir por tí, siendo soltera. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre!

—¿No son tus frases, Tolopalca mia, hijas de la más elevada galantería?

—No; son de la sinceridad y del amor. ¡Qué feliz debía ser siempre tu primera esposa!

—¿Eres tu desgraciada?

—No; tan feliz como ella.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí; ¿qué deseas?

—Que no vuelvas á hablarme de la madre de mí hijo Flaviano. De los ángeles que están en el cielo, no debemos ocuparnos los mortales.

—¡La madre de Flaviano! Sólo ese título le hace acreedora al respeto y admiración de todos. Pero tienes razón, dejemos en paz á los ángeles, que moran junto al trono del Señor. ¿Por qué no habías de parecerte tú á tu hijo?

—Desgraciada de tí si tal sucediera.

—¿Por qué?

—Tolopalca, mi Flaviano no amó en el mundo más mujeres que á su madre primera y á su segunda, que eres tú.

—¿No ama á Alice?

—¡Qué locura! La quiere, la admira por su belleza y virtud, y se unirá á ella por no matarla con su desvío. Para que conozcas bien á Flaviano te diré, que

entra en una reunión donde se hallan las más jóvenes y bellas mujeres; todas las miradas según habrás observado se dirigen á él, pero mi hijo, sin faltar á la urbanidad, responde al fuego de los ojos femeniles con la nieve de los suyos. Las contempla, habla con ellas, está atento, cortés y hasta galante, pero no pasa de ahi; ninguna enciende en el duro corazón de Flaviano un átomo de amor ni la más ténue chispa de fuego.

—¿Cómo se explica eso?

—Mi hijo, Tolopalca, tiene en su hermosa y varonil frente un genio superior al de mi hermano Julio, y esos privilegiados seres juzgan el amor como un acontecimiento trivial que solo les inspira desdén. No nació para amar, nació para ejercer sobre los nacidos un dominio poderoso é incontrastable. Por último; te diré que sólo dos seres, entre tantos reyes, príncipes y magnates como he tratado, me infundieron respeto en el mundo, mi hijo y mi hermano Julio. De los restantes me he creido superior de ellos. Deseas aún que en eso me parezca á mi hijo?

—No, esposo mio; vale más Flaviano que tú, su inteligencia y genio se eleva hasta sobre Julio, padre é hijo, pero como esposa te quiero como eres; no como lo será nuestro hijo.

—La idea merece un beso y si me lo permites...

—Cambiaremos por otro, hijo del amor.

—No ha de ser más ardiente y apasionado que el mio.

Ambos se besaron y cogidos del brazo pasaron al comedor.

En los amores y matrimonio incógnitos de los duques había el dulce sabor del misterio y esa poesía que brota de la abstinencia y el sigilo.

Pasaron el dia y la noche sin que acontecimiento alguno viniera á perturbar la paz y dicha que reinaban en el palacio del duque del Imperio. Este hasta se había olvidado de los calumniadores y de cuanto á éstos se refería.

A las once del siguiente dia se disponía á salir el duque cuando fué sorprendido por la severa y grave figura del principe de Italia.

El duque le extrechó con fraternal cariño preguntándole:

—¿Ocurre algo á nuestros hijos?

—No, nada nuevo sé.

—Algo acontece para dejar tu convento y venir á esta hora á visitarme.

—Algo ocurre, si.

—Habla por Dios qué me pones en cuidado.

—¿Conoces bien al joven Ricardo Zalla, hecho capitan por influencia tuya?

—Creo que si.

—Me parece que no.

—Pues dame otra lección, Julio; de mi hermano estoy acostumbrado á recibirlas.

—Ricardo es un hombre de mucho cuidado.

—Así lo creo.

—Pero como tú tambien lo fuiste no lo ves mal.

—No te comprendo, Julio.

—Le has dejado salir ayer sin darle consejos, sin

imponerle condiciones y él se ha batido ya y ha muerto á un sér humano.

—¿Tan pronto?

—Le han bastado dos minutos para cruzar el acero y echarle á fondo. A tí te basta con uno.

—Quieres darme detables, hermano?

—Oyelos. Ayer fué al *Mentidero* en busca de uno ó de cuantos pudiera hallar capaces de calumniar á nuestros hijos. No halló ninguno, y fué de casa en casa buscando lo que deseaba, no parando hasta que dió con el que deseaba. Era éste el capitán La Iglesia, sobrino carnal del maestro; le arrancó las frases que deseaba, y delante de varios jefes lo insultó, llenándole de improperios á cual más denigrantes. Se desafiaron y esta mañana se han batido.

—¿Salió herido Ricardo?

—No; pero has podido evitar ese lance. Procura que en lo sucesivo no tenga más consecuencia esa desgracia. Te repito que Zalla es hombre de cuidado, de mucho cuidado. Su valor, su serenidad, su fria calma en el combate y su destreza, toda la que le enseñó Flaviano, le hacen peligroso.

—Yo evitaré la repetición.

—Haga el cielo que no llegues tarde.

Y le volvió la espalda, saliendo del salon con paso lento y mesurado.

En el acto mandó llamar el duque á Ricardo Zalla.

Cuando hubo llegado, se encerró con él, mirándole con disgusto y recelo.

El joven capitan recibió la mirada del duque con cierta humildad, pero sereno y tranquilo.

Aquél le dijo después.

—Contesta á mis preguntas con toda exactitud y sin omitir detalle, concepto ni frase alguna. ¿Es cierto que te has batido?

—Sí, señor.

—¿Con quién?

—Con el capitán La Iglesia.

—¿Qué parentesco tiene con el maestre?

—Sobrino carnal.

—¿Por qué te has batido con él?

—Porque hizo suyos los insu tos que su tío dirigió á mi protector don Flaviano de Osorio, por dar á vuestra banda de capitán puesta en mi pecho un bauti zo digno de su historia, y por llevar á la práctica alguna de las lecciones que recibí de mi protector.

—Muchas causas son. Sepamos. ¿Mataste á tu contrario?

—No, señor; quedó muerto, pero no fuí yo quien le mató.

—¿Pues quién ha sido?

—Vuestro hijo y heredero, señor.

—¿Desde Méjico?

—Desde Nueva España en Madrid.

—No te comprendo.

—Yo dí la estocada; pero estaba dirigida por don Flaviano.

—Todavía no lo entiendo.

—Cuando quieras matar,—me dijo mi protector y

maestro,—haces esto y esto... V. E. sabe lo que es el quite en quinta, la inclinación á la derecha, la estocada en cuarta y el fondo rápido y completo.

—Vi á mi hijo ese juego admirable, que casi no tiene teoría, pero que en la práctica es mortal.

—Pues bien, yo hice eso y eso, y cayó muerto el capitán por causa de lo infalible que es el juego inventado por mi general y protector.

—¿Por qué no me avisaste con tiempo?

—Lo habríais impedido, y mi banda no hubiera recibido nuevo y pronto bautizo.

—Pase por esta vez, pero te prohibo que vuelvas á batirte sin permiso mío.

—Siento no poder obedecer á V. E. De lo contrario lo haría con mucho gusto y honra.

—¿Qué no puedes?

—No, señor.

—¿Por qué causa?

—Señor duque, por real orden que V. E. tuvo la bondad de entregarme, me hallo destinado á las órdenes del valiente é incomparable general en jefe, el excelentísimo señor don Flaviano de Osorio.

—Desde mañana estarás á las mías.

—¡Bueno es saberlo!

—¿Por qué?

—Por la nueva honra, que no es menor que la anterior.

—Puede que lo sientas.

—No veo el motivo.

—Como faltes en el tiempo que permanezcas en Es-

paña lo vas á pasar mal, y te advierto que luego junto á Flaviano te sucederá lo mismo, es tan rígido como yo.

—No me extrañará, tiene la misma sangre, idéntico temple de alma y tanto talento y sabiduría que no cabe comparación.

—¿Ni conmigo?

—Tampoco, señor.

—Me admira tu franqueza.

—Primero me atravesaría el corazón que engañar al protector de mi padre, al invicto general, duque del Imperio.

—Podrás no engañarme, pero has disimulado, por lo menos, al contestarme, bueno es saberlo, refiriéndote al hecho de estar desde mañana á mis órdenes.

—V. E. adivina, señor, y en verdad que ha acertado: ¡Quién es capaz de saber lo que puede ocurrir hoy y mañana antes de ponerme á vuestras órdenes!

—¿Qué supones tú?

—Nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo no adivino.

—Está bien: mañana te buscarán de mi parte.

—¿A qué hora, señor?

—A cualquiera ¿para qué quieres saberlo en este momento?

—Para estar en mi casa y no hacer esperar.

—¡Ah, Zalla, que algo me ocultas!

—Adivinad, señor, campo ancho tiene V. E.

—Adios y hasta mañana.

—El cielo vele por el más noble y generoso de los hombres.

—¿Más que mi hijo?

—Eso no, pero mi joven general es una excepción y todas las reglas la tienen.

Con una humilde reverencia salió Zalla del salón.

El duque al perderlo de vista exclamó para sí:

—Por Cristo que el hijo vale más que el padre y los tíos. Antes le protegía por el apellido que lleva; desde hoy lo haré por sus méritos propios. Sino lo matan le aguarda al lado de mi hijo un brillante porvenir.

No tenía Ricardo Zalla la elegante figura de los Osorios, ni sus finísimos modales, pero era gallardo, varonil y agraciado. Solo, era interesante; junto á Flaviano perdía mucho.

Esto en lo relativo á la materia. Moralmente era valeroso, frío ante el peligro, todo lo audaz que su clara inteligencia le permitía, no le faltaba talento y su protector Flaviano le había enseñado bastante. Su maestro lo estimaba mucho por su lealtad y resolución. Zalla no quería á Flaviano, lo adoraba y las frases que aquél le dirigía eran preceptos para él, á ninguno de los cuales faltaba jamás. Tal era su fanatismo por el joven Osorio que lo juzgaba el hombre más valiente de la tierra, el más sabio, el genio que viene al mundo á vencer y á triunfar de la humanidad entera.

Su virtud se parecía más á la del padre que á la del hijo.

CAPITULO VIII

Empiezan nuevos acontecimientos en Madrid.—Efecto producido por la ausencia de los héroes.—El duque del Imperio, la duquesa de los Andes y el príncipe de Italia.—Lo que piensan los reyes y el favorito.—Un casamiento misterioso.

Hemos puesto de relieve la figura del príncipe de Italia, no buscando en su austera vida, santa abnegación y hechos que de tan santos parecen inverosímiles, lo más saliente ni enseñando las más grandes amarguras que de contínuo sufría; solo hemos tomado de su vida lo ejemplar, casi lo normal que de contínuo hacía.

Y terminado ese trabajo, pasamos á presentar al *Invencible* duque del Imperio, que ni era religioso ni ofrecía desdeñosa indiferencia á las cosas del mundo. Lejos de eso, se hallaba muy dispuesto á pasar de sus cincuenta ó más años, á pelear, si á ello le obligaban los acontecimientos y á hacer cuanto le era permitido á un caballero, grande de España y con tal renombre que era conocido en Europa y América, la India decían entonces, como un ser privilegiado en talento, va-

lor, y en muchas otras bellas cualidades, de las que tenía dadas innumerables pruebas.

No estaba el poderoso duque muy satisfecho en los momentos actuales. Acababan de partir su hijo Flaviano y Julio de Silva, heredero del Santo, al cual quería casi tanto como á su propio hijo, los juzgaba héroes, pero iban á la India y el corazón del tierno padre se hallaba afligido por más que su semblante no lo revelara.

Toda la grandeza de alma y la mayor fortaleza de corazón menguan mucho cuando se trata de un hijo. Como hombre, jamás había impuesto nada ni había hecho temblar al duque acontecimiento alguno, pero como padre no sucedía lo mismo, creía ver á Flaviano rodeado de traidores, de malvados que atentaban contra su vida y á su pesar sentía opresión en su noble pecho y gran ansiedad en su espíritu.

Concretemos los hechos.

Al desaparecer Julio de Silva y Flaviano de Osorio, se vió el duquo del Imperio rodeado de sus parientes más cercanos de la duquesa de los Andes y de infinitos amigos, todos los que procuraban con cariñoso afán mitigar en el tierno padre los crueles efectos de una ausencia que debía martirizar su corazón. Eran Flaviano y Julio los seres que más amaba en el mundo, después ó al lado del príncipe de Italia, y claro es que su espiritu fuerte y varonil debía estar quebrantado á pesar de su gran fortaleza.

Ninguno se cuidaba del Santo; Julio tenia bastante con sus rezos, la práctica de todas las virtudes, sobre-

saliendo la caridad, y esto unido á que el príncipe no estaba la mayor parte del tiempo en este mundo, comprendía que de nadie necesitaba en trance alguno de la vida.

El duque del Imperio disimulaba su pena cuanto era posible, pero algo dejaba traslucir en lo vago de su mirada y en lo absorto que parecía quedar muchos instantes.

Su querida hermana, como él llamaba á la duquesa de los Andes, y su hija, todo lo abandonaron para sentarse al lado del tierno padre y distraerlo con sus cariñosas miradas y afectuosas frases. Los dos tenían talento, el duque las amaba y era éste el mejor remedio que Osorio podía aplicar contra su amargura.

Los restantes parientes y amigos le hablaban de asuntos de estado, de sociedad, hacían críticas y procuraban distraerlo para palidecer en lo posible la funesta ausencia de Osorio y Silva.

Así continuaron todo el día y hasta las diez de la noche en que se fueron retirando.

Quedó solo el duque con su hija y la duquesa de los Andes.

Minutos después anunció un paje:

—Su majestad el rey y su excelencia el duque de Uceda.

Los tres dejaron sus asientos, y un segundo más tarde entraron el monarca y su favorito.

El primero les dió á besar su mano y se sentó obligando á los cuatro á que hicieran lo mismo.

El rey parecía satisfecho.

El valido demostraba alegría y una complacencia extraordinaria.

Felipe contempló un minuto al duque del Imperio, exclamando después.

—Osorio, empiezo á creer que mi tío Julio no se equivoca jamás.

—Jamás, señor; mi hermano el príncipe de Italia parece infalible.

—He recibido hoy un correo de Méjico, y me dicen que allí reina la anarquía más completa.

—Es verdad, señor; mi hermano Julio lo asegura también.

—La inmoralidad y corrupción de costumbres imperan de un modo funesto.

—Cierto, señor.

—También acontece algo de eso en Cuba,—añadió el rey.

—Lo ignoraba, pero será así.

—La partida de tu hijo y de mi primo Julio parecen providenciales.

—Es posible que lo sean.

—Aun cuando son muy jóvenes tienen talento, y acaso logren encauzar aquellos lejanos países.

—¡Jóvenes! Señor, á la edad de ellos contaba yo varias batallas y reñidos encuentros.

—¿Quién maudaba las primeras?

—Mi padre.

—Sabio general, que al lado de mi tío Alberto y del conde de Santomera aprendió el arte de la guerra como pocos.

—Señor, mis dos hijos lo conocen todavía mejor que mi padre y que yo.

—¿Cómo se explica eso, duque?

—Julio y yo les hemos enseñado cuanto sabíamos, y el célebre marino Roch completó nuestra obra.

—¿Y la experiencia, madre de la sabiduría?

—El genio, señor, no necesita de ella.

—¿Tanto valen esos jóvenes?

—¿No lo ha comprendido aún el claro talento de V. M.?

—Del uno, sí; bien caro me costó. Del otro dudo.

—Si el segundo es Julio, sabe tanto como mi hijo.

—¿Y el genio?

—También lo tiene; pero en último caso, con que lo lleve uno solo basta. Nosotros éramos seis y sólo teníamos el genio del príncipe de Italia, heredado de su padre Alberto.

—¿El vuestro, no?

—La antorcha de mi hermano apagaba toda otra luz.

—¿De quién lo heredó Flaviano?

—De Dios que se dignó ponerlo en su frente.

—¿Podrán hacer esos jóvenes lo que pudieron hacer sus padres?

—Más, señor, mucho más.

—¿Más qne el príncipe de Italia?

—Sí, señor.

—¿Lo dice Julio?

—Lo asegura y responde de ello.

—¡Afortunado mortal, cuánto debe á la Providencia!

—No debe ser desgraciado el monarca que dispone de un hombre como ese, señor.

—Dispongo de él hasta cierto punto, duque.

—El genio, señor, se rebela contra todo lo injusto. Eso mismo le sucedió á vuestro augusto padre con el príncipe de Italia, y acabó amándolo como á un hermano.

—Espero hacer lo mismo con vuestro hijo.

—Ya puede empezar V. E.; Flaviano dejó en Madrid á sus padres, parientes y amigos; sus riquezas sus amores, cuanto estima en la tierra, para cruzar ásperos caminos, rugientes mares, desiertos, cuanto hay de peligroso y molesto en la tierra, y para vivir entre enemigos, entre traidores, entre salvajes, y todo ello por servir á V. M.

—Es verdad, y ya empiezo á quererle mucho.

—Gracias, señor.

Después se hizo general la conversación, y á las once se fueron retirando el rey, su favorito, la hija de Osorio y hasta la duquesa de los Andes.

Quedó solo el duque, y sepultado en un sillón, parecía abismado en sus tristes pensamientos, víctima de amarga pena que ocultó durante el día, y á la que ahora le daba rienda suelta.

No lloraba, pero encendido su semblante y apagada su vista, brotaba de su rostro el más fiero dolor.

—¡Flaviano, Julio!—murmuraron sus labios, y empezó á revolverse en el sillón con desasiego y pena.

En el mismo instante se abrió la puerta que tenía en-

frente, apareciendo la grave y severa figura del príncipe de Italia.

El duque no se movió; pero el venerable religioso avanzó lentamente, hasta quedar á media vara de distancia de Osorio.

—Flaviano,—le dijo,—sufres y no hay causa bastante para esa amargura.

—Hermano,—le contestó Osorio,—sin mis hijos Julio y Flaviano, es para mí la vida muy amarga.

—Eres injusto, duque; también nosotros abandonamos á nuestros padres; también nosotros nos sacrificamos por nuestra patria y rey.

—Eso no aminora mi sentimiento.

—Hermano, debe aminorar la voluntad divina.

—No estoy conforme, pero ya ves que me hallo resignado.

—Debes estar conforme, como yo.

—¿Qué razón hay, Julio?

—El genio que brilla en la frente de Flaviano.

—Con genio ó sin él, quería tener á los dos á mi lado.

—El genio lo concede Dios para algo, y es ciertamente para que brille y se apague en el hogar doméstico. Viene á la tierra cuando aparece en la frente de un Osorio ó de un Silva para dominar, para arrancar triunfos, para defender la virtud, para imponer la justicia, para destruir la maldad, y para dar razón en el mando del poder Eterno. ¿No te queda una hija, no me tienes á mí, no cuentas con el amor y con las públicas y privadas carícias de la duquesa de los Andes?

¡Las privadas caricias de la duquesa! No te comprendo, hermano.

—Tu conciencia te dice lo contrario.

—¡Tú supones!...

—No, afirmo lo que sé.

—¿Tú sabes?...

—Que existen relaciones amorosas entre la ex-reina Tolopalca y tú.

—¿Quién te ha dicho eso, Julio?

—Es un secreto que solo poseemos cuatro personas; ella, tú, Flaviano y yo.

—¡También mi hijo!

—Lo penetró como yo, pero á nadie hemos dicho nada ninguno de los dos.

—Grande es vuestro talento y profunda vuestra penetración.

—¿Ahora los conoces?

—La tuya no, la de mi hijo sí; es con el que más cuidado tuve para cerrar bien ese arcano.

—Flaviano lee en las miradas; Flaviano adivina.

—Como tú.

—Mejor que yo, como mi padre.

—¿No te asombran mis ocultas relaciones con la duquesa?

—Si así fuese, no las hubiera tolerado.

—¿No merecen tu anatema, santo hermano mío?

—Quedasteis viudos muy jóvenes, particularmente ella, tenéis los dos gran talento y belleza, y eso era lo menos malo que podíais hacer viviendo la duquesa en la corte y tú en medio de una sociedad corrompida.

—Pero nuestro amor es clandestino, pecador y tú...

—Yo he venido esta noche á santificarlo.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

Y el príncipe tocó un disimulado botón, abriendo luego una puerta secreta desconocida para casi todos. Con el primero llamaba á Tolopalca por medio de las vibraciones de un alambre que concluía en la alcoba de la duquesa y empezaba en otro oculto botón igual al del duque. Iba por el centro de las paredes y nadie podía conocer su existencia. Con la segunda dejaba franca la entrada por donde debía llegar la ex-reina.

El duque retrocedió sorprendido.

—¿También conoces esos secretos? dijo lleno de admiración.

—Sí, hermano, y tu hijo también.

—¡Qué hombres, señor!

—Eso dicen de tí los más.

—Junto á vosotros poco valgo yo.

—Junto ó lejos vales más que la inmensa mayoría de los séres humanos.

Poco después se precipitó la duquesa en el salón en que se hallaban el duque y el príncipe. Iba cubierta con una ligera bata de raso blanco, despeinada y en un desorden completo su traje y rostro. Era en estos momentos su antítesis, pues no había en la corte dama más elegante y entendida.

Creyó que al duque le ocurría algo grave al ser llamada de una manera misteriosa y se tiró de la cama para acudir en su auxilio con toda la presteza posible;

pere al ver al santo junto á Flaviano quedó inmóvil, apoyada en el quicio de la puerta y como estatua de mármol.

—Adelante, hermana,—le dijo Julio tendiéndole una mirada paternal.

La duquesa le obedeció maquinalmente.

—Cojeos los dos de las manos,—añadió.—Ahora postraos ante la imagen de nuestro Señor. No tan cerca para que pueda yo estar entre Dios y vosotros. Basta.

Y echándoles la bendición les dijo:

—Dios os une en la tierra, El os bendice por mi mano, El os perdona vuestra falta: probadle el resto de vuestra existencia que no sois desagradecidos.

Y alzando la voz añadió mirando al cielo:

—Duquesa del Imperio, vuestro esposo en la tierra fué leal mientras no le abandonásteis para volar al cielo. Era todo lo más que se le podía pedir. Acaba como empezó. Ambos obedecísteis á vuestro destino. Y vos, duque de los Andes, aplaudid una unión que yo impongo á vuestro hermano y esposa y rogad por ellos á nuestro excelso padre común. Levantaos, hermanos, mis brazos os esperan.

Y permanecieron un minuto estrechamente unidos.

La duquesa había asentido á todo sin desplegar sus labios, pero encendido su rostro, ruborosa, avergonzada. Por fin exclamó:

—Gracias, señor, eres para nosotros más que un padre, y como padre te respetamos. Tú, señor, supones para mí más que los reyes y que todos los poderes del mundo.

Sin fijarse, al parecer, Julio en las frases de la duquesa, añadió:

—Esta unión continuará oculta á todos, de nada sirve darle publicidad y algo podía perjudicaros lo contrario. Hermana, si veis triste ó melancólico á Flaviano rechazadlo como al más débil mortal. Tu frente duquesa, tus manos duque.

La besó, estrechó al esposo y desapareció lentamente de la estancia.

Cuando se vieron solos preguntó Tolopalca.

¿Qué ha pasado aquí, Flaviano, esta noche?

—Que el Santo todo lo sabía, todo lo había adivinado y con su inmenso talento esperó á que me echase en brazos de la desesperación para consumar un acto que me ha librado de ella.

—Tú estabas desesperado ¿y por qué?

Mi hijo, mis hijos... pero ya no ocurre nada, el Santo me ha curado.

—¿Qué le dijiste tú?

—Nada, ese hombre lee en mi corazón como en un libro. Fué él quien me lo dijo todo; hasta adivinó esos botones y te llamó con el uno y te abrió la puerta con el otro.

¡El mismo de siempre!

—Lo grave es, esposa mía, que nuestro hijo Flaviano sabe todo lo que él.

—¿Se lo dijo el Santo?

—No; nuestro hijo adivina tanto ó más que nuestro hermano Julio.

—Más aún, esposo, pero no importa, Flaviano.

aplaude nuestra conducta porque es la de los dos seres que más le aman en este mundo.

—Lo dudo, Tolopalca. Creo que lo aman tanto ó mas el Santo y su hijo.

—Es posible. Qué feliz me hizo esta noche.

—Y á mí.

—Por qué nos habrá impuesto el secreto.

—Sea por lo que quiera le obedeceremos.

—Como en todo.

—No cabe otra cosa.

—¿Qué diremos á Flaviano?

—Nada. El Santo lo hará todo.

—Es que nuestro hijo es la suma virtud; es la perfección y nosotros...

—Amor mío, nos ha perdonado Dios por boca del mejor representante que tiene en el mundo y debemos estar satisfechos.

—Sí, yo ya lo estoy.

—Si nuestro hijo es mejor que nosotros, más virtuoso, no es motivo para entristecernos, sino para alegrarnos y bendecir á Dios por la gran merced de concedernos un sucesor superior á sus padres.

—Es verdad.

—Hace tiempo dieron las doce y debes estar fatigada. ¿Quieres retirarte ę descansar?

—Tengo cinco días de licencia ofrecida por la reina y en ellos sólo pienso cuidarme de tí, afligido padre.

—Ya no, todos mis males desaparecieron, gracias á nuestro hermano. Desde mañana volveré á sonreir y tranquila mi conciencia seré feliz á tu lado.

Y yo la más dichosa de las mujeres.

—Nuestra ventura será coronada con las cartas de nuestros hijos.

—A mí me recordarán los días de mi juventud transcurrida entre las florestas, bosques y dilatadas campiñas de América, mi patria querida

—Y á mí mis campañas, intrigas, sorpresas, dichas y desdichas de los campamentos.

Pero no tus calaveradas de la juventud.

—Han exagerado mucho.

—No, ni él tiene que recordarte nada en ese terreno.

—Verdad es.

—Ni abusa de su hermosa voz, ni de su bella figura, ni de su ingenio, ni de su incomparable valor. Por el contrario, todo eso lo emplea en defender la virtud, á la casta joven, á los desvalidos, á los que sufren y tú...

—Continúa, Tolopalca; por Dios que me haces el más feliz de los hombres sobreponiendo á mi hijo y hablándome de su perfección. Si es mi encanto.

—Por eso lo hago.

—Por eso ó por lo que tú quieras. El que mi hijo valga más que yo es, creedlo, mi mayor ventura.

—Y la mía, no lo dudes.

—No es posible otra cosa.

Así continuaron media hora más retirándose á descansar á sus respectivas habitaciones.

La savia del Santo cayó sobre los duques como rocío del cielo.

—¡Ay! cuánto sufrirá en adelante el hoy dichoso y más tarde infortunado padre.

Lo mismo la dicha que la desgracia se ceban en el hombre con gran exageración.

Y la verdad es, que al noble y tierno padre le reserva el destino días tan penosos como la más cruel agonía.

Fuerte es, muy fuerte, pero ha de llegar instante en que toda su fortaleza no sea bastante á conjurar sus inmensos males.

CAPITULO IX

Otro duelo con el que nadie contaba.—Diálogo vivo.—La primera carta de Méjico.—Efecto del escrito de Julio.

En cuanto el duque del Imperio terminó su comida y pudo disponer de algunos minutos, escribió á Uceda pidiéndole una orden del rey disponiendo que ínterin estuviera el capitán don Ricardo Zalla en Madrid, permaneciese á las órdenes del general, duque del Imperio.

Las frases del joven ascendido, cuando Osorio le dijo que desde el dia siguiente quedaría á sus órdenes, y él contestó con intención: «bueno es saberlo», le parecieron al duque que envolvían alguna segunda intención y la verdad es que al mandar la carta á su primo Uceda, encargó al emisario la entregase con urgencia para que la contestación no se hiciera esperar; á las veinticuatro horas la recibió el duque y con ella estaba en la mano cuando un paje le anunció la presencia de don Álvaro Zalla.

—A tiempo llega,—contestó Osorio;—el padre le dará esto á su hijo.

Aludía á la real orden que oprimían sus dedos. Y añadió fuerte:

—Que pase el maestre.

Poco después apareció don Alvaro algo encendido su rostro y como disgustado y pesaroso.

—Adelante,—le dijo el general;—sentaos y hablad, que algo grave venís á decirme, según indica vuestro semblante.

—Adivinais, señor. Mi hijo Ricardo está herido.

—¿Qué decís?

—Que Rodolfo Alejandre, maestro de esgrima y el único hombre de corazón que había en esa malhadada familia, ha herido en la parte superior del brazo derecho á mi hijo Ricardo.

—¿Que había, decís?

—Sí, señor; porque mi hijo lo ha muerto.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Al amanecer de hoy.

—¿Es grave la herida de Ricardo?

—Creo que no; dice el facultativo que tardará en curar; pero que ni su vida ni aun el brazo peligran.

Muy disgustado el duque añadió:

—Referidme todo lo ocurrido sin omitir detalle ni frase alguna.

—Oid, señor: Ahora no fué Ricardo el que buscó un contrario en quien vengar las calumnias inferidas á vuestros hijos. Con las prisiones mandadas hacer por el rey y la muerte del capitán, los pocos labios maldi-

cientes que quedaban se cerraron y hasta los que no habían puesto mala cara á las injurias, se retraían de presentarse en público. Uno solo, Rodolfo Alejandre, primo hermano del exgobernador de Cuba y del que está preso en el alcázar, sin expresar á nadie su pensamiento, buscó á mi hijo y lo desafió pretendiendo vengar la ofensa hecha á su familia con lo que Ricardo realizó con su primo en el Mentidero ante un público numeroso. Ricardo aceptó en el acto y con la mayor reserva se han batido no lejos de Madrid y en sitio oculto por los árboles.

—¿Pero cuándo fué eso, Zalla?

—Ayer, poco antes de haber estado en vuestro palacio mi hijo.

—Ahora comprendo ciertas frases suyas por las cuales le pedí explicación y no me la dió satisfactoria. Supuse que envolvían un secreto y no me he equivocado. Y el duelo ¿cuándo ha sido?

—Al amanecer de hoy.

—Dadme detalles.

—Salieron acompañados cada uno de su padrino y ya en sitio seguro cruzaron las espadas. A los tres minutos, más que desafío parecía un asalto el duelo que estaba realizándose. Como no habían mediado insultos ni ninguna de esas frases que encienden el coraje, permanecieron cinco minutos, demostrando ambos su destreza, pero sin echarse á fondo. Los dos resultaban hábiles, serenos y nobles en el combate. Los padrinos llegaron á creer que el duelo terminaría con algún incidente de poca importancia. Pero no sucedió así. De

pronto Alejandre, valiéndose de un medio reprobado, logró tocar con la punta de su acero el brazo de Ricardo, creyendo que había herido é inutilizado á mi hijo; pero éste, en el mismo instante, hizo uso de un endiablado juego que le enseñó su maestro Flaviano, y se echó á fondo, atravesando el pecho del hombre que acababa de herirle. Su espada entró por entre la cuarta y quinta costilla y llegó al corazón, cayendo muerto instantáneamente. Ya era tiempo, pues á la vez se le caía á Ricardo la espada de la mano por no poder sostenerla, efecto de la herida que acababa de recibir.

—¿Quién os ha referido esa historia?

—El capitán Bermúdez, padrino de mi hijo.

—Continuad.

—Muerto Alejandre, entre los dos padrinos cortaron la hemorragia del brazo de mi Ricardo, lo curaron con los bálsamos que llevaban en un botiquín y luego trasladaron el muerto á la carroza que mi hijo llevó, conduciendo á la que fué su morada al difunto.

—¡Y Ricardo?

—Acompañado de su padrino se fué á pié á mi casa, le obligó Bermúdez á que se acostase, y en el acto me dió cuenta de todo lo ocurrido.

—¿Qué habéis hecho vos?

—Encargarle la curación de su herida al mejor facultativo de Madrid.

—¿Le habéis reprendido?

—No me pareció conveniente; espero hacerlo cuanhaya curado.

—Os guardareis muy bien; á su edad ambos nos habíamos batido muchas veces y por menos causa que Ricardo.

—Es verdad.

—Le han desafiado y siendo ya capitán no podía en manera alguna rehusar el lance. Quedais relevado de todo servicio; sentaos á la cabecera de su cama y no moveos de allí sin causa justificada. Me enterareis por escrito ó de palabra dos veces al día del estado del enfermo. Procurad que nada le falte. Yo iré á verlo cuando pueda. Decidle de mi parte que apruebo su conducta. Cuando cure le ataremos corto para que no se repitan estos lances; ínterin no le disgusteis con frase alguna.

—Todo se hará como lo mandais, señor.

Y salió Zalla dispuesto á obedecer al duque. Solo que éste, exclamó para sí:

—Con lo bien que tira Ricardo, no debió tocarle Alejandre. Se olvidó de que su contrario perteneció á una familia de malvados y por eso se descuidó. El muerto empezaría muy noblemente para confiarlo y lograr de este modo la ocasión de matarlo. Pero la Providencia es justa; fué él el muerto y Ricardo sanará probablemente después de dar á La Iglesia y á Alejandre la lección que merecían. Esa última estocada acabará de cerrar todos los labios calumniadores.

Al día siguiente supo el duque que el capitán Zalla tenía bastante inflamación y alguna fiebre. Temió que la punta de la espada de su contrario estuviese envenenada y mandó reunir una inteligente junta de médi-

cos y á presencia suya hicieron al enfermo un reconocimiento científico, que dió por resultado el pronóstico de que ni el brazo ni la vida del herido peligraban, si bien sería larga la total curación.

Satisfecho el duque, se concretó á encargar de nuevo el mayor esmero y cuidado, y se retiró llevando la creencia de que el protegido de su hijo no sufriría contratiempo alguno en adelante.

Al sétimo día empezaron á bajar la inflamación y la fiebre, y de este modo continuó el enfermo sin sufrir recargo alguno el resto del mes, en que cesaron la inflamación y la fiebre, dando principio la cicatrización de la herida. El duque esperó este momento para llamar al facultativo de cabecera y preguntarle:

—¿Cuándo suponeis que el enfermo Zalla esté en disposición de darle de alta?

—Antes de diez días.

—No lo hagais, os lo prohibo; quiero que permanezca en casa convaleciente otro mes.

—¿Señor, quién lo va á sufrir?

—Vos.

—No me va á hacer caso. Hoy me ha llamado cobarde é ignorante porque le he prohibido comer manjares indigestos.

—No importa; sufridlo con paciencia.

—¿Y si al volver yo la espalda se viste y sale?

—¿Pero está ya en disposición de poder salir?

—Supone que dentro de dos ó tres días estará bueno; yo creo que necesito ocho ó diez para acabar bien su curación.

— Pues yo opino contra vos y contra él que le queda un mes lo menos que permanecer encerrado.

—Señor, es demasiado.

—¿Qué sabeis vos?

—Bien, señor duque, pero os advierto que no es bastante mi autoridad.

—¿Y la de su padre?

— Lo dudo.

— En ese caso interpondré la mía.

—Eso ya es otra cosa.

—Tomad, le dais de mi parte esta orden en la cual dispone el rey que quede á mis órdenes hasta que se embarque y todo lo injusto que le mandeis le decís que lo he dispuesto yo.

—Ahora es posible que me obedezca.

—Tenedlo por cierto. Dadme parte de todo lo que os ocurra con él.

A los ocho días volvió el facultativo diciendo al duque:

—Señor, don Ricardo Zalla tiene cicatrizada la herida, y se halla completamente bueno.

—¿Come?

—Todo lo que quiere.

—¿Se ha repuesto?

—Se halla mejor que antes de ser herido.

—¿Qué le hace falta?

—Ejercicio, movimiento, que le de el sol y el aire.

—Eso no puede ser aún.

—Pues me ha echado de su casa hoy y dice que no quiere volver á verme.

—Poca gratitud le habeis inspirado.

—Lo disculpa bien:

—¿Cómo?

—Exclama que soy un sabio, que casi me debe la vida, pero añade, que ejerzo con él una tiranía insufrible y que no me la ha de tolerar un día más.

—Esperad.

El duque escribió una orden y se la dió al galeno diciendo:

—Le dais esto de mi parte. Desde este instante queda arrestado en su casa.

—Es el único medio de que no salga. Pero va á hacer algo conmigo.

—Pues dad esa orden á su padre y no volvais si no os llaman.

El facultativo cobró de un mayordomo del duque el importe de la curación de Zalla, cumpliendo en el acto el encargo último que llevaba de Osorio.

Cuatro días transcurrieron sin que el general supiera nada de Zalla; pero al quinto se presentó el maestre don Alvaro, diciéndole:

—Mi general, Ricardo se halla completamente bueno.

—Lo sé hace cuatro días.

—Me ha rogado os suplique tengais á bien decirme, qué falta ha cometido para merecer un arresto que lo va á podrir.

—Se ha batido dos veces y ha muerto á dos hombres sin permiso de sus jefes.

—Señor, empieza á perder el apetito y no hay quien pueda sufrirlo en mi casa.

—¿Y vuestra autoridad?

—No la desconoce, pero cuando yo salgo no hay más que la suya.

—Eso era remediable, pero lo del apetito debe corregirse de otro modo.

—¿De qué modo, señor?

—Le permito que salga dos horas al día acompañado de vos.

—Me parece una medida acertada.

—No os separéis de su lado ni un minuto.

—¿Dos horas justas?

—O tres; lo dejo á vuestra discreción.

—Perfectamente.

—Venid ambos á comer conmigo mañana.

—Gracias, mi general.

A la una de la tarde del día siguiente volvió don Alvaro acompañado de su hijo. El duque le esperaba en su despacho y los hizo tomar asiento, preguntando al joven:

—¿Cómo está vuestra salud?

—Inmejorable, señor.

—¿Y el brazo?

—No siento nada en él.

—¿Y la fuerza?

—Recobrada por completo. Hoy he tirado con mi padre y no pudo conmigo. Llegó después mi primo Zacarías, quiso probar fortuna y lo desarmé.

—¿Y no te has resentido nada?

—No, señor.

—Me alegro.

—¿Mi general, cuando va á tener V. E. la bondad de levantarme el arresto?

—Cuando me olvide de las faltas que has cometido.

—La primera me la perdonó ya V. E.

—Pero no la segunda.

—¡María Santísima, cuando se olvide de mi falta, y es el hombre de más memoria que conozco!

—No haber faltado.

—Imponedme otro castigo, mi general.

—No puede ser.

—¿Cnándo saldrá un barco para Nueva España, señor?

—El primero que ha de salir lo están reparando y tardará más de un mes en hallarse listo.

—Qué desgracia. Pero mi general, tened en cuenta que yo no provoqué ese lance, me desafiaron y yo no hallé medio de rehusar.

—Pero sí de que no te hirieran.

—Creí que me batía con un caballero.

—Yo siempre que me he batido pensé que lo hacía con un contrario, sólo con un contrario.

—No lo olvidaré, señor. La idea es como vuestra.

—Cuanto más tiempo estés arrestado á medias, porque ya no es arresto, más se grabará en tu memoria esa idea.

—Como quiera mi general.

—No puede ser otra cosa Ricardo.

En este momento llegaron la duquesa de los Andes y Alice, que venía á comer con Osorio, y la conversa-sación se hizo general.

Después pasaron al comedor, y al quedar de sobremesa, dijo la hermosa italiana á Ricardo:

—Qué feliz sois Zalla.

—¿Por qué?

—Os mandan á Méjico.

—Sí, con mi maestro, protector y general; es una dicha, Alice, pero no sé si podré disfrutar de ella.

—¿Temeis ahogaros?

—Yo no temo nada en el mundo; pero juzgo que es posible me pudra antes de embarcarme.

—No os comprendo.

—Me han arrestado, Alice.

—¿Quién?

—Mi general que está presente.

—¿Por qué?

—Porque me he dejado herir.

—¿Pudisteis evitarlo?

—Sí, señora.

—Entonces está bien hecho. ¿A dónde os han arrestado?

—En mi casa.

—¿Desde cuando?

—Llevo ya muchos días.

—¡Vaya un arresto! Todos los días andais por la calle y hoy comeis aquí.

—Todos los días salgo, es verdad, pero con mi padre al lado.

—¿Con quién mejor?

—Cierto; pero hay muchas horas más que me pudro en mi casa.

—Pero ireis á Nueva España, vereis á Flaviano... ¡Sois muy dichoso!

—¡Cuándo llegará ese día!

Hablando así permanecieron los jóvenes hasta la hora de paseo que llegó la hermana del Nuncio y se llevó á los duques y á su amiga Alice.

Las cosas continuaron en el mismo estado algunos días más que tardó en llegar de Nueva España el primer correo que nuestros héroes mandaban al rey y á sus padres. A estos últimos le escribían una carta larga redactada por los dos y otra para Alice. Les decían que el rey tendría la amabilidad de dejarles leer el parte oficial de cuanto habían hecho y de cuanto les había ocurrido, y que por su extensión y falta de tiempo no les mandaron sacar una copia.

Aguardaron á redactar aquellos escritos, poco antes de salir para la capital; el sueño de Luisa les impuso la brevedad y carecieron en efecto de los días necesarios para las extensas copias, las cuales sólo podían confiar á uno de los Rós:

Las cartas remitidas á sus padres y á Alice se concretaban á hablarles de salud, de actividad, de energía, y del país que gobernaban, describiendo sus bellezas y lo admirablemente que les probaba la agitada existencia á que el destino les condenaba.

Al rey le mandaron un abultadísimo expediente, el parte oficial y muy detallado de cuanto habían hecho y les ocurrió desde su entrada en Nueva España hasta el momento de montar á caballo para dirigirse á la capital.

Por separado le mandaban una carta rogándole permitiera á sus padres leer todo lo oficial

Una hora después escribía Felipe á Julio y á Flaviano, citándolos para las ocho de la noche, hora en que debía abrirse todo lo oficial del correo de Méjico y deseaba su majestad que ambos asistieran á la lectura.

Un poco antes de esa hora subieron á la carroza el príncipe de Italia y el duque del Imperio para trasladarse al real alcázar.

Poco después se encerraban en una cámara los re yes, la duquesa de los Andes, los dos *Invencibles* y el favorito.

El monarca mandó abrir á Uceda el abultado legajo y le encargó que empezase á leer el detallado parte oficial.

Pasaron las primeras dos páginas describiendo la travesía y llegada á Veracruz, que no ofrecían gran interés. Seguía la descripción del estado de Nueva España y todas las frentes se plegaron al escuchar el cúmulo de maldades que Julio describía, pues solo él firmaba aquel parte.

Comenzaron luego las operaciones dictadas y dirigidas por Flaviano, y hasta el rey sonreía admirando el talento y valor de Osorio.

Cuando llegaron á la sorpresa del maestre gobernador de Veracruz, sonó un aplauso de la reina, la duquesa y el favorito.

El rey exclamó:

—¡Qué hijo tienes, duque, eso es un general! Así se vence, sin soldados.

—Eso todavía lo hicieron sus padres. Más adelante, señor, será otra cosa, —dijo el príncipe de Italia.—Guardad vuestra admiración para después, rey de España.

—¿Sabe acaso mi querido tío lo que sigue?—le preguntó el rey.

—No señor, pero lo deduzco y no creo equivocarme.

—Pues adelante, Uceda.

Continuó leyendo el favorito y temblaron ante la sorpresa de que pudo ser víctima Flaviano, quedando luego absortos y maravillados al saber la manera fácil que tuvo Flaviano de vencer y dominar el cacicazgo rebelde sin tener una sola baja. Ante aquellas disposiciones tan acertadas se oyó otro aplauso y la voz del rey que decía:

—Y esto, ¿lo hacían los padres?

El santo le contestó:

—No, ahí empiezan los hijos.

La sorpresa del cacique y sus hijos hizo temblar de nuevo á todos, pero al llegar al desenlace volvió á exclamar el monarca con alegría:

—Bien, Flaviano, muy bien. Pero de este triunfo que tanto nos alegra á todos, resultará una víctima.

—¿Quién?—le preguntó la reina.

—La desgraciada Alice. ¡Una esclava tan hermosa!

—No la injurieis, Felipe,—añadió la reina.—Ni Flaviano puede aceptar la esclavitud de una mujer ni profanar la belleza de una joven casta y pura. Hablad, príncipe de Italia; el rey no conoce á Flaviano, dádselo á conocer, señor, vos que tanto lo amais y nunca faltais á la verdad.

—Flaviano, señora, verá en Luisa una hermana, cuya honra defenderá con su propia vida. Y entiendo que esa incomparable dama merece eso y más; ya lo veréis.

—¿Qué dices, Felipe?—le preguntó Margarita con intención.

—Tan distante del hijo y tan cerca del padre equivoqué el uno con el otro. ¿No es cierto, duquesa?

—Cierto, señor; mi hermano dejó mucho que desear en su juventud.

—Pero fué luego un modelo,—añadió el Santo.

—Pero su hijo,—replicó la duquesa,—fué siempre modelo.

El rey y el príncipe de Italia sonrieron y continuó la lectura.

Llegaron al pasaje en que Luisa salva la vida de Flaviano y sonó otro aplauso dado á la valiente joven que con arrojo heroico libra de morir á su señor. Pero ninguno habló; sólo el príncipe dijo:

—Salvó la vida del héroe y no lo dice: señor, vida por vida, vos salvásteis la de mi padre y mía y yo he salvado la vuestra. Estamos en paz y acabó mi esclavitud. Quiere continuar esclava, quiere seguir á su señor, quiere admirarlo y quiere día y noche velar por la existencia del genio que tiene en la frente la gloria de las batallas, en la diestra la espada de la justicia y en el corazón uua nobleza é hidalguía desconocidas. Le seguirá á todas partes, irá con él, dormirá en su propia alcoba y continuará tan pura como los ángeles. Porque no es una mujer la que irá al lado de Flaviano,

sino un ángel que todavía salvará su vida varias veces. El pensamiento que abarca el portentoso cerebro de Flaviano no es para realizarlo un hombre solo, necesita un ángel que le ayude y Luisa lo es en forma de mujer.

Todo lo que sigue vino á confirmar las frases del Santo.

Luisa trocada en paje; Luisa sólo respetando á Flaviano era un ángel que le obedecía, imponiéndose á la vez á su señor y á todos.

Acabaron de leer y todos quedaron aturdidos, maravillados. El rey preguntó:

—¿Qué resta, Uceda?

—Las recompensas, nombramientos, causa y sentencia del tribunal que juzgó al maestre, y un ruego de Julio á V. M., para que impida ser reconocido por alguno más que nosotros el sexo del paje Luis.

Os prohibo á todos que lo descubrais y no necesitamos oir lo que resta, todo lo apruebo y lo confirmo. ¡Qué hombre, cielo santo! Al empezar los hijos achicaron á los padres. ¡Dios, nuestro Señor, defienda sus vidas! Sí, duque de Uceda, no leas más; deseo continuar saboreando las dulces ideas que he recibido de tan grata lectura.

De este modo despidió el rey á sus amigos y todos fueron retirándose á sus lechos.

Sólo el Santo en vez de ir á su convento, fué casa por casa en busca de desgraciados á quienes socorrer.

Esto lo hacía todas las noches en las cuatro estaciones del año.

CAPITULO X

Una complicación gravísima.—El amante desdeñado.—Impotencia de un «Invencible» —Salva la situación el más joven.

A la vez que los partes oficiales de Julio y por el mismo correo, llegaron cartas del nuevo gobernador de Veracruz y de algunos marinos y oficiales del ejército mejicano, dirigidas á sus parientes y amigos de Madrid, y no tardó en extenderse la noticia de las proezas de Flaviano y de los hechos de Julio, de Mendoza, y todas las clases sociales aplaudieron con loco entusiasmo á sus héroes que idealizaban hasta donde pueden llegar las cabezas meridionales.

Ya no había en la villa y corte quien osara ni aun dudar del heroismo, la justicia y el desmedido valor y talento de nuestros amigos.

El duque del Imperio estaba siendo aplaudido donde quiera se presentaba, y algo le tocó de esto á la bella Alice, si no por lo que ahora hacían, por lo que el hijo y amante realizaba.

Al duque le satisfacía más la gloria de su hijo y vítores que por esta causa le daban que los que un día recibió por sus méritos propios.

Cuán lejos estaba de sospechar el conflicto que ya se cernía sobre su cabeza.

Dos días después de aquel en que leyeron las cartas y parte oficial de Nueva España, siguiendo su costumbre, entró la duquesa de los Andes en la cámara de la reina, notando con sorpresa que se hallaba encerrada con su esposo. Como la augusta señora no tenía secreto alguno para su camarera mayor, mejor aún para su amiga, hubo, en efecto, de extrañarle mucho que la reina se encerrase con el rey para tratar, sin duda, de un asunto importante, del cual no tenía ella conocimiento alguno.

Preguntó á las restantes señoras de servicio, y sólo pudo averiguar que el día anterior recibió S. M. al príncipe de Capua, enviado extraordinario de Su Santidad, el cual, despues del acto oficial pidió al monarca una audiencia para hablarle á solas de un asunto que interesaba al príncipe, sólo al príncipe, que don Felipe lo citó para las diez de la mañana de este día y que habían permanecido eu la real cámara sin testigo alguno más de media hora.

Añadieron, que el príncipe se marchó y en el acto mandó llamar el rey á su esposa y encerrado seguía con ella sin que ninguna supiera lo que pasaba entre ellos.

—Está bien,—dijo la duquesa,—esperemos.

Y se sentó, dejando al tiempo que le abriese la puerta de aquel arcano.

Al cuarto de hora recibió la duquesa la orden de pasar á la regía cámara, donde se hallaban Felipe y Margarita, los cuales la recibieron con la sonrisa en los labios.

—Tolopalca,—le dijo el rey.—Vamos á enterarte de un asunto que á todos interesa, pero antes vas á contestar á varias preguntas que la reina y yo deseamos hacerte.

—Espero vuestras órdenes, señor,—replicó la duquesa sin poder comprender de lo que se trataba.

—¿Conoces al príncipe de Capua?

—Sí, señor, fué amigo de los *Invencibles*, y por lo tanto de mi esposo, que en gloria esté.

—¿Dónde le has conocido?

—Primero en Venecia; entonces mandaba un navío que auxiliaba á la escuadra de los caballeros de Malta, y después en Madrid. Visitó varias veces á mi marido y hermanos.

—¿Qué idea tienes formada de él?

—Oí á mi esposo que no es cobarde ni nadie contaba de él nada que pudiera humillarlo.

—¿Sabes que también es muy rico?

—Lo ignoraba.

—¿Y hermano del cardenal secretario de Su Santidad?

—Tampoco lo sabía.

La duquesa, desconociendo lo que el rey se proponía con aquellas preguntas, estaba contestando con la mayor ingenuidad.

Don Felipe continuó:

—El príncipe que nos ocupa casó con una romana poderosa que lo ha dejado por heredero, y se halla viudo desde hace dos años. Tiene la misma edad que tu esposo al morir.

La duquesa empezó á comprender y guardó silencio.

—¿Qué te parecen el trato y figura del príncipe?

—No me he fijado, señora; á mí sólo me gustaron mi esposo y sus hermanos, de los restantes hombres no puedo decir nada.

Ahora empezaba la duquesa á contestar de una manera indirecta á la oculta idea de los reyes.

—Ya sabes que con motivo de algunos acontecimientos, que no hay para qué citar, las relaciones del Pentífice con España se habían enfriado algo, pero su Santidad lo ha pensado mejor y me manda al príncipe de embajador extraordiuario para que dé calor á nucstras relaciones. Eso es muy conveniente á un país católico como el nuestro.

Nada contestó la duquesa.

El rey insistió:

—¿Qué te parece á tí eso?

—Señor, yo no entiendo de negocios de Estado.

La contestación no podía ser más discreta. Tolopalca estaba ya en guardia porque adivinaba por completo el pensamiento de los monarcas.

—Es,—dijo el rey,—que el príncipe con la autorización del Pontifice trae á Madrid una digna misión particular, que apoya y protege Su Santidad.

—No sabía nada.

—Ni nadie, hasta hace poco que me la confió á mí.

—No lo dudo, señor, y si se trata de un asunto de Estada ruego á V. M. no me entere de él, pues repito que de eso no entiendo nada.

—Casi asunto de Estado es, pero de éste eres la que más entiende.

—No comprendo á V. M.

—¿Quieres saberlo todo sin preámbulo ni distingos?

—Sí, señor.

—Pues bien, el príncipe de Capua se enamoró de tí cuando te vió, supo tu historia y conoció tu talento, tu valor, tu origen.

—Entonces era él casado, señor.

—A pesar de eso.

—Por lo visto el príncipe no amaba á su mujer. Debió ser así para enamorarse de otra.

—Es posible.

—Pues á mi esposo le dijo que amaba tiernamente á su mujer.

La duquesa, de un modo hábil é indirecto había encerrado al rey en un dilema que lo descompuso. Para salir de él cortó por lo sano diciendo á Tolopalca:

—Sea de eso lo que quiera, el príncipe te ama y el Pontífice me pide tu mano para él.

—¿Por qué no ha empezado Capua por declararme su pasión?

—Como media el Papa y yo iba á tomar parte...

El rey volvió á entrar en callejón sin salida. Tolopalca estaba en un grave aprieto, por eso descargaba los golpes sin piedad.

Margarita, como era natural, corrió en ayuda de su marido, diciendo á su amiga y camarera:

—Tolopalca, es necesario que se haga esa boda: lo aconsejan asuntos de Estado, tu edad que aún es muy buena y la brillante posición y tierno amor del príncipe.

La reina entraba en el combate descargando bala rasa.

—Señora,—le contestó la exreina,—por todos los príncipes del mundo, no dejo yo el servicio de V. M.

—¿Ves, Felipe,—añadió Margarita con aire de triunfo,—cómo va á hacerse esta boda? Te lo anuncié y no me he equivocado. Acepto tu idea, Tolopalca, y te aseguro que jamás te separarás de mi lado. El príncipe se establecerá en Madrid, yo te tendré junto á mí y el rey dispondrá de un nuevo servidor.

Sin descomponerse la duquesa por este golpe que parecía mortal, contestó:

—Señora, esa es la primera parte, en la cual ha logrado V. M. un triunfo completo; pero mi boda en proyecto tiene varias partes, y de la segunda es muy difícil que triunfe V. M.

—Sepamos.

—Señora: ni en vida ni en muerte puedo ser perjura al amor de mi esposo.

—Tu segunda boda será un acto santificado por la iglesia.

—No lo dudo, pero lo rechaza mi conciencia y sería desgraciada el resto de mi vida.

—Esa es una preocupación que el tiempo y las tiernas caricias de un caballero tan cumplido como el

príncipe de Capua, irán poco á poco destruyendo. Accede á mí deseo, Tolopalca, yo te lo ruego.

—Hay otra tercera parte, mi noble señora, que también forma un grave impedimento.

—Dila.

—¿Puedo yo, buena hermana, abandonar la compañía del duque del Imperio sin otra causa que la de contraer un segundo enlace con un extraño, con un extranjero que me es antipático y hasta repulsivo? ¿Qué dirían Osorio, el santo y hasta sus hijos que confiaban al marcharse en los cuidados y consuelos de ésta, su madre adoptiva. ¡Ah, señora, la sola idea me extremece!

—¿Y si el duque te lo aconsejase?

—Dudo que haga él eso; pero si Osorio se aviene á que me separe de su lado, entonces podía variar la cuestión.

—Pues no hablemos más de eso hasta que sepamos la opinión del duque.

—Perfectamente, señora.

La duquesa se despidió del rey y junto á la reina estuvo hasta las dos que se fué á comer.

Cuando entró en su palacio halló al duque hablando con Ricardo Zalla. Se iba aficionando mucho al joven capitán. Este estuvo con su padre y el general le invitó á que se quedara á comer, lo que él aceptó de buen grado.

La duquesa llegaba muy disgustada, encendido su rostro y algo nerviosa.

—¿Qué te ha ocurrido, hermana? —le preguntó

Osorio notando su estado.—Delante de Ricardo puedes hablar.

—¿Conoces al príncipe de Capua?—le preguntó la duquesa con viveza.

—Sí, mucho. Anteayer llegó y mañana pienso visitarle.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un caballero cumplido. Algo torpe, caprichoso, flojo en la guerra; pero extraordinariamente rico. La primer fortuna de Roma.

—¿Eres muy amigo de él?

—Mucho, no. Lo era íntimo del duque de los Andes. Con los cinco hermanos restantes, siempre hubo frialdad en las relaciones. ¿Le has visto en el alcázar?

—No, es otra cosa peor.

—Habla, que me tienes con cuidado.

—Quieren casarlo conmigo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y quién pretende ese disparate?

—El rey y la reina.

—Cuéntame lo ocurrido.

La duquesa refirió la escena que ya conocemos, añadiendo:

—El Padre Santo supo lo ocurrido en Madrid con motivo de los amores de don Felipe con Alice y desde entonces sólo ha sostenido con el monarca las relaciones de etiqueta y aun éstas frías y lentas. Esa boda las aviva y esta es la poderosa razón que tienen los dos para tomar con un decidido empeño la realización de ese enlace.

—El único medio de evitar tan gravísimo conflicto

era dando una estocada á ese príncipe, en lo cual tardaría yo segundos; pero ¿cómo hago yo eso sin exponerme?...

—No lo imagines. Recurramos á otro medio. Te llamará el rey y tú le dices que si el Santo aprueba la idea, tú no tendrás inconveniente en acceder.

—¡Todo lo malo ha de ir á parar á mi pobre hermano Julio!

—No tenemos otro medio.

—En fin, comamos y si te parece lo consultas con Julio.

—Es verdad. Vamos al comedor. Ricardo, ni una sola frase de lo que has oido.

—Seré mudo, mi general.

Dieron principio á la comida, los duques no tenían apetito; Zalla, por el contrario, comía bien, sin dejar de mirar los rostros tristes y contrariados de los duques.

Terminó la comida, la duquesa marchó á palacio cada vez más contrariada y el duque se encerró en su despacho para no hablar con nadie.

No tardó en recibir un recado del rey mandándole que fuese al alcázar; lo que no pensó hacer hasta el día siguiente, pretextando que se sentía indispuesto. Por lo menos muy desazonado estaba.

Zalla esperó á que su padre fuera por él, dieron un paseo por el campo y se retiraron á su casa, de la que no volvieron á salir en todo el día ni por la noche.

Ricardo cenó ligeramente á las ocho, y á las nueve, pretextando que tenía sueño, se retiró á sus habitaciones.

Se encerró en ellas y pasó largo tiempo meditando. Después escribió una carta dirigida á su padre que dejó sobre una mesa y se acostó.

Había madurado un plan en su mente y satisfecho de él se quedó dormido.

En la carta que acababa de escribir, decía:

«Padre amado: Quiero prestar al duque del Imperio, nuestro general y protector, un señalado servicio, que sólo vos y yo sabremos. No me busqueis ni deis paso alguno. Os aconsejo y ruego que no salgais hasta que yo vuelva. Es la única manera de no comprometer el éxito del plan que realizo, y de que podamos pagar al duque alguno de los muchos favores que nos tiene hechos.

»Vuestro hijo que os quiere mucho,

Ricardo.»

Antes de amanecer se vistió el joven capitán, se detuvo algo en su aseo, ciñó al pecho su banda, colocó al cinto su espada y cogiendo una cuerda que tenía dispuesta, se descolgó por un balcón, dando tirones á aquella hasta que la rompió por cerca de donde estuvo sujeta en la parte alta. Escondió el resto de la cuerda y desapareció por entre las tortuosas y estrechas calles de Madrid.

Se detuvo en casa de un primo, cuyo padre se hallaba ausente, y comenzó á llamar en la reja próxima á la cama en que aquél dormía hasta que lo despertó, y reconociéndolo le dió entrada en su vivienda.

Era teniente de uno de los tercios que mandaba su padre don Alvaro.

Ambos hablaron media hora, esperando luego á que saliera el sol.

Más tarde mandaron á un sirviente de la casa á que averiguase con habilidad y dinero á qué hora tenía pedida la carroza el príncipe de Capua.

Logrado esto, salieron en busca de varios amigos y compañeros de Zalla, con todos los cuales creía contar.

Ricardo se proponía nada menos que copiar en lo posible el lance que tuvo Flaviano con el francés que mató en los alrededores de Madrid, y el cual hubiera herido mortalmente al duque del Imperio sin la acertada determinación de Flaviano.

Bien comprendía Ricardo lo difícil de su empresa, porque el muerto por Osorio era un perdido y el que quería matar Zalla un príncipe, representante nada menos que del Santo Padre.

Pero, lo que él decía:—Yo no soy caballero de la orden de Santiago, pero soy un caballero capitán y tales cosas haré... En último caso lo intento y si me sale mal, nada se ha perdido; pues es indudable que tendrán que tomar por casual lo que es hijo del estudio y de la meditación.

Reunidos Zalla y su primo á dos capitanes jóvenes, dos tenientes y tres alféreces, total nueve, entraron en una hostería y almorzaron bien. Pagó Ricardo, les hizo beber bastante y luego se los llevó á casa de su primo. Allí les enteró de lo que no podía por menos de decirles, y habiéndole ofrecido todos que le ayudarían,

los juramentó en el cumplimiento de lo que le acababan de ofrecer y en la reserva completa á todo el mundo de lo que pudieran hacer.

Todavía esperaron media hora, saliendo luego en dirección á la casa del príncipe.

Cuando dieron vista á la calle, salía la carroza con Capua y un amigo que le acompañó de Roma y se dirigían al campo á dar un paseo antes de comer.

Ninguno de los nueve oficiales conocía al príncipe ni á su amigo ni á los servidores que llevaban.

Esto podía dar lugar á una equivocacion lamentable, pero Zalla se dijo: hay que dejar algo á la suerte y jugaba el todo por el todo.

La carroza se dirigió lentamente al campo, salió de Madrid y en pos de ella los nueve oficiales, llevando la misma lentitud, pero á respetable distancia.

De este modo anduvieron más de un cuarte de legua. fuera de la villa.

De pronto volvió la carroza y comenzó á andar frente á los oficiales. Estos iban por el centro de la carretera.

El lugar era solitario; parecia convidar á Ricardo y que realizara su pensamiento.

La carroza seguía marchando y nuestros oficiales también, pero llegó un momento en que los caballos debían atropellar á los jóvenes si no se echaban fuera del arrecife.

Este era el instante que esperaba Ricardo. Entre cuatro pararon los caballos, dieron varios gritos, lanzaron no pocos improperios y saltando al pescante

Zalla tiró el cochero de cabeza con lo cual le produjo una comoción que le privó del sentido.

Ligero como un corzo se bajó del pescante, abrió la portezuela y comenzó á dirigir insultos al que iba á la derecha, que supuso, con razón, sería el príncipe.

—Nos ha atropellado —le decía—vuestro carruaje; ese cochero es un bárbaro y otro el amo que lo tiene. Animales, brutos...

Iracundo el príncipe dió á Zalla una bofetada, llamándole villano y miserable.

Era lo que quería el capitán.

Lo cogió por un brazo y sacándolo fuera del coche, lo abofeteó, lo escupió y tales golpes le daba, que obligó al príncipe á que tirase de la espada y le acometiera con la rabia de la desesperación.

Zalla sonrió al verlo frente á él con el acero desnudo. Sacó también su espada, las cruzaron y empezó el combate.

El amigo del príncipe quiso ayudar á su compañero, pero le detuvieron dos capitanes, diciéndole:

—Eso no es permitido; eso es cobarde. Se baten dos, dejémosles y ninguno más tome parte en la pelea.

El italiano no podía con los ocho ni tenía mejor razón que alegar y quedó entre ellos mirando el duelo.

De pronto gritó Ricardo:

—Esto ha concluido. Ved, señor italiano, cómo obran los españoles cuando se ven atropellados. A Madrid, señores.

Y limpiando la espada y guardándola en la vaina corrió seguido de sus amigos.

Luego les gritó:

—Cada uno por su lado y que no entren dos juntos. Al llegar á la villa calma y cada uno á sus quehaceres. Mato al que algo diga.

Y tiró cada cual por su lado corriendo al principio y despacio al dar vista á Madrid.

Iban por entre árboles y bien pronto se perdieron de vista unos de otros.

Cada cual entró por sitio distinto en la corte, y fueron retirándose á sus casos sin que nadie les impidiera el paso ni les dijese nada

La muerte que acababa de hacer Ricardo les impuso, comprendieron que de conocerse el hecho tal como fué podía tenerles funestas consecuencias y se callaron, disimulando á la vez para que no recayese sospecha sobre ninguno.

Zalla fué á su vivienda por calles excusadas y entró en ella, hallando á su padre impaciente, desasosegado y hasta trémulo como no lo estuvo nunca.

Tanto quería á Ricardo, que al verlo le echó los brazos al cuello preguntándole:

—¿Te han herido, hijo mío, te sucede algo malo?

—No, padre amado; hemos prestado un gran servicio á nuestro general y protector, todo me salió bien y ya nada debemos temer. Perdonad que haya obrado con una independencia que se rebelan contra ella la autoridad de jefe y de padre. Pero no he podido prescindir, señor.

—Yo te hubiera ayudado, hijo.

—Imposible, padre mío.

—Cuéntame todo lo que has hecho, no tardes.

—Padre, creo que el duque no ha de tardar en venir ó en mandarnos llamar; comamos con calma y al referírselo á él, si como creo me obliga, lo escucharéis vos también

—Sea como quieras.

Pidieron la comida, y con tranquilidad admirable comenzó á comer Ricardo en unión de los restantes individuos de su familia,

El padre le miraba más que nunca. Aquel hijo tan valiente y sereno, tan despejado y cariñoso formaba el encanto de su vida.

Hasta las tres y media permanecieron comiendo. Después quedaron de sobremesa hablando de cosas de poco interés.

Así permanecieron hasta que el criado les participó que el señor duque del Imperio se hallaba en la sala esperando al padre y al hijo.

Uno y otro se miraron, sonrió Ricardo y muy quedo dijo á su padre:

—Nada temais, señor, empezará furioso para concluir manso y dulce como una paloma.

—Dios te oiga.

Y entraron en la sala.

CAPITULO XI

Suerte del duque del Imperio.—La policía de Madrid en el siglo XVII—Asombro de la corte.—Las consecuencias del último duelo de Zalla.

El duque del Imperio cumplió el mandato del rey y se presentó en el alcázar á las doce y media.

Le recibió don Felipe con mucha amabilidad, habló con él del ejército y de varios asuntos de Estado, y luego le dijo:

—Osorio, hacedme el favor de pasar á la cámara de la reina, que ella os enterará del asunto principal para que os he llamado.

—Muy bien, señor.

—Os recomiendo mucho ayudéis á la reina en lo que os tiene que pedir.

—Lo haré con mucho gusto, señor.

—No necesitais anunciaros, pasad, que os espera.

Nuestro general le hizo una reverencia y se trasladó á la cámara de S. M.

Margarita se hallaba sola, y después de hablarle de diferentes cosas le indicó su deseo y el del rey sobre la boda de la duquesa y el príncipe. Para convencer al duque pronució un largo discurso, pretendiendo imprimir en su alma la conveniencia de que la duquesa se uniera al príncipe de Capus.

Cuando hubo terminado le contestó Osorio:

—Señora, bien sabe V. M. que los seis hermanos, sus hijos y esposas formamos siempre una sola familia; dilatada antes y reducida ahora á tres solos séres en Madrid. Pues bien, antes como ahora hemos tenído y tenemos un jefe, al cual obedecemos con tanto cariño como sumisión. Este es el príncipe de Italia. Lo que diga, lo que él disponga eso queremos todos. Háblele V. M. y si él no halla inconveniente alguno yo tampoco lo tengo.

—Gracias, duque, muchas gracias; Julio no puede oponerse á una unión que la iglesia santifica y une nuestro país con la Sede apostólica. Mañana haremos venir á ese santo varón y estoy [segura que coronará nuestra obra con su aquiescencia.

Nada contestó el duque. La reina añadió:

—Deseo que vos y la duquesa comais hoy conmigo. ¿Aceptais?

—Con mucho gusto y honra, respecto de mí; en cuanto á Tolocalpa ignoro donde se halla.

—La tengo yo ocupada, y ahora la haré venir.

La reina mandó llamar á su esposo y á la duquesa, dijo al primero lo que el duque había contestado y los cuatro se fueron al regio comedor, alegres y satisfe-

chos los reyes y abrumados los duques por más que lo disimulasen.

Mucho hablaron en la comida, permaneciendo allí hasta que un gentil hombre avisó al rey que el corregidor quería hablarle con toda urgencia.

—Díle que sino es un secreto que entre aquí; si lo es que vaya á mi cámara de escribir.

Tres minutos después apareció el corregidor, hizo una reverencia quedando parado á la entrada.

—Avanzad, corregidor,—dijo don Felipe.—Decid lo que querais.

—Señor traigo una noticia muy mala.

—¿Hablad, qué acontece?

—A la una de la tarde proximamente han muerto al señor príncipe de Capua.

—¡Qué decís!—exclamaron á la vez el rey y el duque poniéndose en pie.

—Al representante de Su Santidad!—dijo el rey casi asombrado.

—Sí, señor, al representante extraordinario del Sumo Pontífice.

—¿Están presos los asesinos?

—No lo han asesinado, señor, murió en desafío.

—No importa; es preciso hacer un ejemplar castigo. ¿Se sabe quién es el matador y los padrinos?

—Hasta ahora y según declaración del duque de Verona que acompañaba al príncipe, parece que el desafío fué casnal.

—¿Cómo casual?

Y el corregidor refirió lo acontecido, creyendo é ,

el duque de Verona, el lacayo y el cochero cuando ésto volvió á la razón, que el hecho fué casual y la causa el haber atropellado la carroza del príncipe á unos oficialos que iban de paseo.

—¡Qué desgracia y qué fatalidad! Corregidor, el príncipo era representante del Papa y el futuro esposo de la duquesa de los Andes y es necesario un escarmiento. Que prendan á esos oficiales y que los juzguen inmediatamente.

—Señor como militares sería conveniante que la autoridad del señor Duque del Imperio...

—Teneis razón; Osorio, puesto que estais tan interesado como yo en este asunto, unido al corregidor, cumplid mi deseo con energía y brevedad.

—Haré más, señor; á la vez que eso, interesaré en nuestro favor al Nuncio, para que convencido por lo que vea y por lo que yo haga y del interés que nos anima, consiga del Padre Santo lo que merece todo lo que á España conviene.

—Muy bien; añadid que era cosa convenida ya la boda entre ese desgraciado y la duquesa de los Andes.

—Sin duda alguna.

—No perdais tiempo Corregidor, enterais de todo al duque y vos me dareis cuenta, Osorio, de cuanto se descubra y lleveis á cabo.

—Descuidad en mí, señor,—añadió el duque,—nada quedará por hacer.

—Vos teneis un gran prestigio en el ejército y entre la sociedad madrileña y os es muy fácil averiguar lo que os propongais, castigando después con todo el rigor de

la ley á los que de ese modo han faltado, para que la corte del Pontífice no pueda tener queja alguna de nosotros.

—No la tendrá, yo os lo aseguro.

—En es caso me tranquilizo; vos jamás faltais á vuestra palabra. Pero no perdais tiempo.

Osorio y el Corregidor se despidieron entrando ambos en la carroza del primero.

Los reyes quedaban tranquilos por el ofrecimiento de Osorio, y la duquesa de los Andes muy satisfecha de lo que acababa de acontecer, pero confusa y aturdida ante un acontecimiento que no podia explicarse.

—Sea lo que quiera,—se dijo,—no hay conflicto para mí, y lo demás no me importa.—El duque exclamó:—con una estocada se arreglaba esto perfectamente; la estocada se dió, y claro es que ha jugado en este asunto el talento de mi esposo, superior al de los reyes y al de todos los cortesanos juntos. Y ahora le encargan á él que averigüe y castigue. No puede pedir al destino nada, me concede cuanto me hace falta. La suerte del duque ha sido hoy grande, y ni él ni yo podemos quejarnos.

Ya dentro de la carroza Osorio y el Corregidor, preguntó este último.

—¿Qué vamos hacer?

—Pensando en eso estaba.

—¿Teneis ya idea?

—Señor Corregidor, el asunto es difícil y muy expuesto; debemos meditar mucho y obrar luego con la discreción y cordura que el caso requiere.

—Ciertamente.

—Debemos cumplir con la Sede Apostólica, pero á la vez no podemos indisponernos con el ejército que es de lo que más necesitan el rey y el país. Entre nosotros los militares hay unión y compañerismo, y si el hecho se concreta á un simple desafío entre el príncipe y un capitán español no podemos en manera alguna castigar en unos lo que en otros toleramos. Son nueve, según decís, los comprometidos en ese lance, y si resulta que la carroza del príncipe los atropelló y de este acto nació el duelo, yo no veo delito alguno; lo que aparece es una gran imprudencia en los unos y en los otros. Se comprende que un capitán joven, más valiente que entendido, tirase al momento de la espada, pero el príncipe no debió obrar con esa ligereza.

—Es verdad.

—Opino porque este asunto lo dejeis á mi sola dirección.

—Os lo iba á proponer.

—Sí; yo soy militar y conozco mejor que vos á todos mis compañeros.

—Teneis á la vez más talento, más poder, más influencia...

—No es tanto, pero en la ocasión presente y ante un conflicto de esa naturaleza debo ser yo el que todo lo haga.

—Me quitais un enorme peso. Es decir, que en este asunto me contraigo á...

—A no hacer nada; vuestra policía es mala por lo torpe y una de las cosas en que más cuidado debemos

poner será en huir de un choque entre el elemento civil y el militar. Dejadme en consecuencia que yo lo haga todo.

—Convenido y á vuestra disposición quedo para en cuanto podais necesitar de mí.

—A mi disposición, pero de esto ni aun hableis con nadie una sola frase.

—Os lo ofrezco.

En este momento llegó la carroza á la puerta del corregimiento, ambos se despidieron y el duque marchó á su palacio en el que dejó el carruaje, cambió de traje y como un simple particular se dirigió á la morada de Zalla.

Se hizo anunciar, según hemos visto, y no tardó hallarse frente á don Alvaro y á Ricardo Zalla.

El padre iba algo descompuesto, su hijo, por el contrario, aparecía tranquilo y hasta complacido.

Sin explicación alguna hubiera podido relatar el general cuanto había acontecido, pero quiso cerciorarse y conocer el hecho en todas sus partes y empezó preguntando al padre.

—¿Ha cumplido hoy vuestro hijo con el arresto que le tengo impuesto?

—No, señor; salió en la madrugada de hoy.

—¿Dónde fué?

—Lo ignoro, señor; aún no me lo ha dicho.

—¿A qué hora regresó?

—Sobre la una y media de la tarde, poco más ó menos.

—¿Qué os ha referido?

—Nada, mi general.

—¿No ha disculpado su falta?

—No, señor: esperaba que vos viniéseis ó nos mandáseis llamar.

—Vuestro hijo faltó á lo que yo le ordené para cometer el grave delito de matar al príncipe de Capua.

—¡Santo Dios!

Y Zalla retrocedió asombrado. Su hijo se concretó á encogerse de hombros.

—¿Me he equivocado? —añadió Osorio dirigiéndose á Ricardo.

—Mi amado general nunca se equivoca, ni aun ahora que supone lo que no consta.

—El príncipe de Capua era embajador extraordinario del Padre Santo y tiene pena de la vida el que atente contra su existencia.

—Si no es más que eso, dispuesto me hallo á ser arcabuceado.

—Y soy yo el encargado por el rey de la instrucción del sumario, de la sentencia y de que espie su delito con la muerte el que cometió ese atentado que tiene á Madrid absorto y horrorizado.

—Poco os va á molestar la instrucción del expediente, confieso el hecho, me declaro reo, y espero, con la indiferencia que ve V. E., mi castigo.

¿Por qué has cometido ese crimen?

—Llamadlo, señor, como tengais á bien; vuestras frases son para mí sagradas. Provoqué ese duelo por imitar á mi maestro don Flaviano en el que él tuvo con un francés que iba á asesinar á V. E. Y porque el

príncipe de Capua estorbaba á mi general y á la señora duquesa de los Andes.

—¿Quién te ha dicho lo último?

—Yo se lo oí á V. E. y á la duquesa.

—Bien guardas los secretos.

—Admirablemente; á nadie he dicho una palabra.

—¡Conque has querido copiar un cuadro poco edificante de mi hijo!

—Sí, señor; á mí me pareció tan bueno, que hasta la copia debía, á mi juicio, ser excelente. La mano de mi maestro y protector don Flaviano es incomparable. La mía vale porque es discípula de la suya. No tiene otro mérito.

—¿No sientes perder la vida tan joven?

—No señor. ¿Qué más da morir arcabuceado por el enemigo que por los soldados de mi compañía.

—¿Y el luto en que vas á sumir á tus padres y hermanos?

—Tampoco me apena. Por ahora no hay peligro de que eso suceda.

—Puede ser torpe tu confianza.

—En ese caso lo sentiré sinceramente por ellos y por V. E., que también ha de dolerle.

—Alvaro, vuestro hijo, es un león que debemos domesticar de grado ó por fuerza.

—Eso digo yo, mi general; y toda mi esperanza la fundo en vos.

—Lo haré; y sentémonos que el asunto es grave y necesita tiempo.

Después de ocupar tres sillones, añadió el duque:

—Ricardo Zalla, refiérenos cuanto has hecho desde que saliste esta madrugada de tu casa hasta este instante, añadiendo lo que también hicieran las personas á quienes has podido ver y hablar.

—¿No omito nada?

—Absolutamente nada.

—Oid, señor.

Ricardo empezó por el acto de descolgarse por el balcón, acabando por las frases que al regresar había dirigido á su padre. No suprimió detalle ni palabra, dando hasta los nombres de los ocho oficiales que le habían acompañado.

Supadre temblaba entre asombro y amarguras. El duque lo había escuchado sin demostrar su rostro impresión alguna desagradable.

Al concluir Zalla, meditó Osorio un minuto diciendo después:

—En pocos días has muerto á un capitán, á un gran tirador de esgrima y á un príncipe. Terrible banda te regalé en mal hora.

—Se conoce que ha conservado el calor de V. E.

—Lo que tú demuestras es una temeridad increíble, pero yo le daré aplicación.

—Como V. E, quiera; lo anhelo.

—Disimulando lo posible y siempre acompañado de tu padre, visitas á tus ocho compañeros y les dices al oido: el duque del Imperio ha impuesto pena de la vida al que diga una frase de lo ocurrido ayer.

—¿Nada más?

—Con eso basta.

—Esta noche cumpliré vuestra orden.

—Siempre acompañado de tu padre.

—Siempre.

—¿Y mañana, señor, qué haremos?—se atrevió á preguntarle el padre.

—Después de cumplir mi encargo hacéis lo que os dé la gana.

Estrechó la mano de Alvaro, y cogiendo la de Ricardo, se la oprimió fuertemente añadiendo:

—Si el rey ó algún tribunal intentase quitaros la vida, tendrán que pasar por encima de mí para conseguirlo.

Y desapareció.

—Gracias, señor,—le dijo el capitán viéndole partir. Volviéndose luego á su padre añadió:—Acabó mi arresto, padre mío.

—No dijo eso.

—Nos deja en actitud de que hagamos lo que nos dé la gana, y mi gana es no estar arrestado.

—¿Te estorba mi compañía?

—No, por Dios; al contrario, esta noche me es indispensable para dar á mis compañeros el recado del duque; de ese modo tendrán mis frases más resonancia en ellos. Y siempre, oidlo bien, siempre, la compañía de mi querido padre será para mí la más grata, la más hermosa del mundo. Y partamos, que ya es de noche.

El duque cambió otra vez de traje y mandó enganchar la carroza para ir á la nunciatura.

Un poco antes de montar en ella se halló frente al príncipe de Italia que le dijo:

—Te advertí que Ricardo Zalla era hombre de mucho cuidado.

—Es verdad, hermano; lo mismo creía yo.

—Lleva hechas tres muertes.

—Pero todas justificadas.

—¿Cómo se justifica la de hoy?

—Nos oyó hablar de la boda proyectada por Capua á mi esposa y á mí, y se ha sacrificado por nosotros.

—No, ha sacrificado al príncipe.

—Porque así lo dispuso la suerte de las armas.

—Las lecciones de Flaviano.

—Sí, sacó un buen discípulo.

—Poco te falta para aplaudir á Zalla.

—Nada, Julio, lo aplaudo, pero sin que él lo oiga.

—¿No hubiera sido más humano decir á los reyes que Capua quería casarse con Tolopalca para reponer su fortuna, porque se hallaba arruinado?

—¿Qué dices, hermano?

—La verdad. El príncipe perdió cuanto tenía al juego durante el invierno anterior en París.

—¿Quién sabía eso?

—Varias personas de Madrid.

—Yo lo oigo ahora.

—Pidió á los que todo se lo ganaron tiempo para realizar el importe de sus pérdidas y poder vender mejor.

—¡Qué malvado!

—Ha muerto ya, Flaviano.

—Respetaré su memoria.

—Tu esposa es muy rica, en dinero es la más po-

derosa de Europa, y con parte de él pretendía pagar lo perdido al juego para evitarse la vergüenza de hacer público su vicio y su ruina.

—Siento no haberlo sabido antes y acaso viviría.

—Dios lo ha permitido, y bien hecho está, por más que deba dolernos la desgracia de los infortunados. Ten mucho cuidado con Ricardo Zalla, Flaviano; te lo recomiendo mucho. Bastan las desgracias que lleva causadas. ¡Que Dios nuestro Señor te inspire!

Y desapareció, dejando triste y ensimismado al duque.

De repente exclamó:

—Terrible es el joven capitan, ¿pero qué he de hacer yo para contenerlo? Nada, yo no puedo hacer nada; mandarlo junto á mis hijos cuando haya buque. Si este tarda, tendremos que conformarnos con lo que haga Ricardo. ¿Qué remedio tiene? ¿Tan valiente y caballero lo he de encerrar en un calabozo? No, á fe mía, eso y más, pero mucho más hice yo á su edad, y nadie se atrevió á decirme nada. Que haga lo que quiera.

Bajó la escalera, al pie de ella subió á su carroza, diciendo al cochero:

—A la nunciatura.

Y partió.

CAPITULO XII

Continúan las consecuencias del duelo último.—Todo acabó en paz.—Un nuevo amante de Alice.

El duque del Imperio entró en la sala de confianza del Nuncio, hallando á éste, á su hermana y á la bella Alice conversando alegremente.

Aún no tenían conocimiento de la muerte del príncipe de Capua.

Después de terminados los cumplidos de etiqueta, dijo Osorio á Alice:

—Mucho he sentido, hija mía, no haberte acompañado esta tarde al paseo. Me obligaron los reyes á que comiera con ellos, y salí tan tarde del alcázar que pasó la hora del paseo.

—Mañana, señor; pero decidme: ¿Me traeis alguna noticia de Flaviano?

—No.

—Al veros entrar á esta hora temí algún siniestro...

—No te has equivocado, Alice; pero el siniestro ocurrido ahora no guarda relación con mi hijo.

—¿Pues qué es, señor?

—Que esta tarde ha muerto en desafío el príncipe de Capua.

—¿Qué decís?—exclamó el nuncio alarmado.

—Lo que habéis oido.

—Ha estado aquí esta mañana temprano.

—Lo cual no obsta para que á la una próximamente de la tarde le hayan atravesado el corazón.

—¡Oh, qué inmensa desgracia!

—El se lo ha querido.

—¿Quién lo ha muerto?

—Un capitán español.

—¿Se batió el príncipe con un simple capitán?

—Y lo que es peor, se dejó matar por él.

—¿Teneis la bondad de referirme el hecho?

—Sí, señor.

Y el duque lo enteró de todo lo acontecido, velando algo la forma que usó el matador y precipitando á Capua.

—Eso es muy grave. ¿Funciona ya el tribunal?

—Soy yo el encargado de formarlo, y aún no lo he verificado.

—Duque, debo dar cuenta á Su Santida, y demostrar la indignación de España y su interés grande por que se castigue á los malvados.

—¿Quiénes son esos, Gaetano?

—Los causantes, he querido decir.

—El verdadero causante lo fué el príncipe, y á ese

no se le puede hacer ya nada. Fué el primero que pegó, el primero que tiró de la espada, resultando que el capitán, os advierto que aún no se sabe quién es, mató en propia defensa.

—¿Está probado?

—¿Quién lo duda?

—De todos modos es necesario un castigo ejemplar, para que la corte de Roma quede desagraviada.

—¿Se desagravia á Su Santidad con injusticias?

—No, con castigos justos. La alta representación de Capua, su gerarquía social, su gran poder... Todo eso merece una reparación.

—No, lo que me pedís es una injusticia.

—La corte de Roma, si insistís en vuestra negativa, volverá la espalda de nuevo á Felipe III.

—Le conviene más á mi rey no disgustar con injusticias á su ejército, porque haciéndole justicia, todo está reducido á que en último resultado entren de nuevo los tercios españoles en Roma y al frente de ellos el duque del Imperio haga prisionero de guerra á todo el sacro colegio, como ocurrió con Carlos V.

—¡Qué recuerdo traeis á mi memoria!

Vos lo quereis, sea.

—Lo que yo deseo es que me saque mi buen amigo el duque del Imperio, del conflicto en que me coloca la muerte del embajador extraordinario de mi señor.

—Eso lo haré yo con mucho gusto, tanto más cuanto que la muerte de Capua ha sido casi providencial.

—Sepamos.

—Los reyes, yo, todos nosotros, y hasta la duquesa

de los Andes, estábamos decididos á que se uniera la última á Capua, por sólo complacer á el Pontífice.

Cuando ya habíamos acordado esto, matan al príncipe por causa de un injustificado arrebato de éste. Bien venida sea la muerte que nos evitó unir á una dama tan noble, tan severa, tan leal al arruinado jugador príncipe de Capua, el cual vino á pretender la fortuna de Tolopalca para jugarla, sepultado en el feo vicio que tantos escándalos dió no hace mucho en París.

—¿Qué decís, duque?

—Lo que oí de labios del príncipe de Italia.

—Capua era poderoso.

—Cierto, pero se había arruinado al juego en la capital de Francia, y sabiendo que la ex-reina Tolopalca es la mujer que posee más oro en Europa, vino por él, para reponerse y seguir jugando.

—Se puede eso probar?

—¿Más puebas quereis que oirlo de labios del príncipe de Italia?

—Es verdad.

—Cuando él lo afirma no le faltarán pruebas.

—Mañana lo visitaré.

—¿Y ahora, á cuántos capitanes quereis que mate?

—A ninguno: me bastan los datos que mañana pediré al Santo y una relación firmada por vos en la que conste todo lo ocurrido en el duelo. En lo demás, nada tenemos que ver nosotros, es cuestión de los tribunales españoles.

—Ahora estais dentro de la justicia y de la razón.

—Tanto ignoraba, que no ha debido extrañaros mi error, el cual le suplico me perdoneis.

—Con mucho gusto, Gaetano.

—Pues hablemos de otra cosa, que ese asunto lo terminaré mañana, inclinando la corte de Roma en favor de don Felipe III, digno ya de toda la consideración de Su Santidad.

—Yo os ruego además lo hagais así.

—Seréis complacido, siempre que me hagais la merced de aconsejar á vuestro rey que si alguna vez piensa mandar á Roma sus ejércitos, no vaya al frente de ellos el terrible duque del Imperio, ni su hijo, ni Julio de Silva.

—No irá soldado alguno mientras los dos seamos amigos.

—Pues lo seremos siempre.

—Ese es mi deseo.

—El de los dos. ¿Qué me decís de vuestro hijo Flaviano?

—Después de las últimas noticias nada he vuelto á saber. Supongo que será dueño de la capital de Nueva España, y estará imponiendo en todo aquel imperio la justicia, el orden y la moralidad.

—No lo dudo; ¡pero qué hombre, duque!

—Lo mismo era aquí y lo mismo será en todas partes, —dijo Alice.

—Tú no eres voto, niña.

—Porque le conozco mejor que vos, su padre y que el resto de los seres humanos.

Y continuaron hablando de Flaviano, hasta que die-

ron las nueve, hora en que la duquesa de los Andes se retiraba del alcázar ordinariamente.

No tardó Osorio en hallarse frente á frente de Tolopalca. La duquesa iba satisfecha y como si le hubieran arrancado de la mente un gran estorbo.

—Supongo, —dijo á Osorio,—que no castigarás al valiente capitán que ha muerto á Capua. Vaya un príncipe diestro y un hombre sesudo y reflexivo. No hubiera hecho más el último alférez de los tercios castellanos.

—¿Qué sabes tú lo que estás diciendo?

—¿Que no lo sé?

—No.

—Habla.

—¿Sabes tú qué capitán ha sido ese?

—Yo no.

—Pues le conoces mucho.

—¿Quién es?

—¿No lo adivinas?

—Dímelo, hombre.

—Es un joven que ha dispuesto con suma habilidad el atropello de los caballos, la actitud de sus compañeros y tantos insultos y tantos golpes dió al príncipe que le obligó á batirse, y luego lo mató.

—¡Con que era todo una farsa!

—Menos lo de la estocada que le dió en el corazón.

—¡Algún enemigo oculto!

—Tan oculto que ninguno de los dos se conocían.

Me estás contando una novela.

—No es más cierto el Evangelio.

—Qué fastidioso estás esta noche.



—¿Sabes tú qué capitán ha sido ese?

—Yo, no.

— Quién sabe si el matador será algún amante incógnito de mi señora esposa, incógnita también.

—¿Tienes gana de broma?

—No.

—Pues habla con formalidad. ¿Quién es ese capitán?

—¿Te interesa mucho ese hombre?

—Mucho, lo quiero sin conocerlo.

—¡Qué va á suceder cuando lo conozcas!

—¡Duque!

—Señora.

—¿Hablas?

—Sí. Ese capitán se llama Ricardo Zalla.

—¡Jesús! ¡Casi un niño!

—Es discípulo de Flaviano.

—¡Tres muertos lleva ya!

—Sí, tres.

—Ahora lo comprendo todo.

—Nos oyó ayer y eso le ha bastado... Recompénsalo Flaviano, sé espléndido con él.

—Supongo que no te habrá engreído el tierno amor de Capua.

—Ni ese ni otro alguno que el tuyo.

—Lo digo porque el príncipe se arruinó en París y buscaba tu mucho oro...

—El tuyo, ya lo es.

—Lo mismo da; para reponerse.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El Santo.

—Bien muerto está.

Y continuaron hablando hasta después de cenar.

Al día siguiente, como á las doce, se presentó en el alcázar el duque del Imperio.

Hizo al rey una relación exacta del duelo de Capua, culpando á éste de la causa que lo había motivado.

Le refirió después la ruina del príncipe y el motivo verdadero de su anhelado enlace con la duquesa.

Y acabó por manifestarle lo que opinaba el nuncio y la manera con que pensaba influir en el ánimo de Su Santidad.

—Pobre duquesa, —exclamó Felipe indignado.— Esas aves de rapiña querían... Duque, dejad las cosas en el mismo estado en que se hallan y que á nadie se castigue. A la vez me hacéis el favor de no volverme á hablar de ese asunto.

—Nada tan justo y digno como esa resolución de vuestra majestad.

—Bien hice en encargaros la solución de ese negocio. Pero hablemos de Flaviano, del héroe Flaviano.

Y ocuparon media hora más conversando sobre el heroismo del heredero del duque del Imperio.

Salió Osorio, y hallando al corregidor, le prohibió en nombre del rey hiciese nada en lo relativo al duelo y muerte de Capua, dando de este modo por terminado este asunto.

Después se reunió con la duquesa y se sentaron á la mesa.

No tardó un paje en annnciar.

—Don Ricardo Zalla desea ver á mi señor.

—Que pase al momento,—exclamó con viveza Tolopalca.

Al presentarse el joven capitán, añadió la duquesa:

—Tú no has comido. Siéntate á mi lado y come.

—Gracias, señora,—le contestó Ricardo aceptando el ofrecimiento sin cumplido alguno y con mucha soltura.

El duque le preguntó:

—¿Has venido solo?

—Sí, señor.

—¿Qué hace tu padre?

—Lo ignoro, mi general. Me he emancipado de él.

—¿No estás ya arrestado?

—No, señor.

—¿Quién te levantó el arresto?

—Vuecencia.

—No lo recordaba.

—Ayer.

—Creo que estás equivocado.

—No me atrevo á desmentir á vuecencia.

—Ricardo,—exclamó la duquesa.—Ni al duque ni á mí nos vuelvas á dar tratamiento; te lo prohibo.

—Gracias, señora.

—¿Querías hablarme?—le preguntó Osorio.

—Sí, señor.

—¿Cosa importante?

—Algo.

—¿Preparas el cuarto, capitán sepulturero?

—Yo, no señor, se prepara él.

—¿Quién es?

—El primogénito del conde de Alba.

—¿Ha calumniado?

—No, señor; á eso no se atreve ya ninguno.

—¿Qué hizo?

—Cuando me retiraba anoche con mi padre, lo sorprendí dándole una serenata á Alice.

—¡A Alice! ¿Qué intenta ese desgraciado?

—Enamorarla.

—Con su voz atiplada.

—Y con sus gallos.

—Pero si no sabe cantar.

—Nada hay más atrevido que la ignorancia.

—¿Estaba solo?

—No, señor, le rodeaban seis ó siete amigos.

—¿Cruzásteis palabras?

—Muchas.

—¿Y los aceros?

—Ayer no. Como no me dísteis permiso.

—¿Te lo dí para los tres anteriores?

—No tuve tiempo de pedirlo, pero para esto lo hay de sobra.

—Tiempo has tenido, pero careciste de voluntad.

—Es posible, señor. Me habré yo equivocado.

—Sí, eso es. ¿Qué ocurrió anoche?

—Oimos mi padre y yo la serenata y nos paramos cerca del grupo para oir cantar al trovador. Al acabar la estrofa que uno cantaba, se llegaron varios de ellos á nosotros, pregnntándonos:

—¿Quiénes sois?

—El maestre de campo y el capitán Zalla, padre é hijo.

—Sí, os conocemos. ¿Qué deseais?

—Lo que no os importa,—replicó mi padre.—Yo añadí: No escuchábamos al cantor, sino las carcajadas que se oían á la parte de adentro.

—¿Las carcajadas?

—Sí, señores. Serán la hermosa Alice, el señor nuncio y su hermana que se ríen del cantor al recordar la incomparable voz de don Flaviano de Osorio comparándola con esa atiplada, sin arte y con gallos.

—Parece que os reís de nuestra serenata.

—No, son los de adentro los que se han reído, nosotros ni aun hemos logrado divertirnos. Lo hace bastante mal ese cantor, según habreis notado.

No se atrevieron á embestirnos y nos volvieron la espalda, rodeando al desdichado trovador que volvió á entonar la última estrofa.

Al terminar, se despedía de Alice hasta mañana. Yo no pude contenerme y me fuí á ellos. Mi padre quiso detenerme, pero no pudo, llegó tarde y se contrajo á seguirme.

—Señor cantor,—le dije con énfasis.—No volvais á molestar más á la señora de Alice; os lo probibo.

—¿Qué derecho teneis para dirigirme esas frases?

—El de la razón y el de la fuerza. Alice no gusta oir vuestra voz y yo no quiero que la oiga. Os atreveis á cantarla porque no está en Madrid su prometido el general don Flaviano de Osorio, pero estoy yo que soy su discípulo y su protegido, y os advierto que mi espada sabe matar.

—¿Pretendeis asustarnos? Ya sabemos que acabais de tener dos desafíos.

—No tengo otra pretensión que la de impediros molestar á Alice.

—Por esta noche ya hemos concluído, mañana será otra cosa.

—Está bien, otra cosa será mañana.

—El cielo os guarde.

—Y á vosotros os defienda.

Se fueron, y nosotros esperamos por si volvían, pero no lo hicieron y nos retiramos también.

—¿A qué hora fué eso, Zalla?

—De once y media á doce de la noche.

—Sí, yo salí mucho antes de la nunciatura.

—¿Qué hago, señor duque?

—Espantar á esos majaderos.

—Muy bien, mañana no cantarán.

—Te advierto que es posible lleven á alguna ronda que los auxilie; Alba es pariente del corregidor.

—¿Me permitís que lleve yo unos cuantos amigos?

—Id diez ó doce.

—Entonces no hay ronda posible.

—De plano.

—Se entiende. ¿Digo algo á mi padre?

—Buena espada es, pero vale más que no lo sepa.

—Flaviano,—exclamó la duquesa.—Con esas alas que le das á este niño se va á remontar más de lo que conviene, y sentiría que volviesen á herirlo.

—Tolopalca, tú no entiendes de esto; los militares buenos están siempre en campaña. ¿Hay por ventura un solo día que no resulten dos ó tres muertos y varios heridos en Madrid?

—Qué hermosa frase, señor; los militares buenos están siempre en campaña. No lo olvidaré.

—Lo ves, dale alas.

—No veo nada; le gustó mi idea, la hace suya y nada más.

—Zalla, si te vuelven á herir me darás un gran disgusto.

—Señora, redoblaré el cuidado para que no suceda.

—Ten juicio, Ricardo.

—Lo tendré en obsequio de la bellísima dama que íba á ser la esposa del valiente y poderoso príncipe de Capua.

El duque tuvo que reir al escuchar las intencionadas frases de Ricardo.

La duquesa le preguntó:

—¿Ni aun á los muertos dejas en paz?

—Al contrario, recuerdo con gusto su memoria.

—Mañana vuelves á comer con nosotros.

En estos momentos entró Alice con la hermana del nuncio. Iban á salir de paseo con el duque. Este, después de haberla besado en la frente, le preguntó:

—Ya sé que no echas de menos á Flaviano, hija mía.

—¿Por qué me decís eso?

—Tienes un trovador más excelente que mi hijo.

La joven sonrió, contestándole:

—Me gustó oirle porque era la verdadera parodia de nuestro Flaviano.

—¿Quedó en volver esta noche?

—Eso dijo al final de su última estrofa.

—Pues no le esperes.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoces á ese joven que come con nosotros?

—Sí, señor, es Ricardo Zalla, protegido de Flaviano.

—Pues tiene la idea de espantar á esos grajos que van á molestarte.

—Que no se exponga por mí, señor. Dicen que es muy valiente y que nuestro Flaviano le enseñó á matar. ¡A matar! Me asusta la idea.

—Nada temais, señora,—le dijo Ricardo;—para amaros don Flaviano, para defenderos yo.

—No es mal defensor, Alice,—dijo la duquesa.

Aún cruzaron algunas frases más, saliendo después para el paseo unos, para el alcázar otra y para el Mentidero Zalla.

Nuestro joven quería aprovechar la tarde.

CAPITULO XIII

Una serenata con las hojas de las espadas.—La lección no es para repetida.—Llega el segundo correo de Nueva España.

Ricardo Zalla visitó á unos cuantos compañeros, y con ellos se fué á cenar á la mejor hostería de las que estaban más cerca de la calle del Nuncio. Se hallaba situada en Puerta Cerrada, que es seguramente donde empieza la calle del Nuncio, y en torno de una mesa redonda, grande y cubierta de manjares y botellas de vino; se sentaron diez oficiales del ejército, jóvenes, audaces, y entre los que se hallaba Ricardo Zalla que llevó allí, y era el anfitrión aquella noche.

Toda gente alegre, pendenciera y valiente, excusamos decir que los votos y las carcajadas se multiplicaban en escala abierta.

Eran los mismos que detuvieron la carroza del príncipe de Capua, con el aumento de un capitán más travieso que siete de ellos.

Sabían por Zalla para lo que se habían reunido allí, pero ninguno se cuidaba ahora de otra cosa que de comer y beber.

Cuando un mozo se retrasaba algo en llevar ó quitar platos, le mandaban una botella vacía, que iba á estrellarse contra su espalda, piernas ó frente

Cada hecho de esta naturaleza excitaba la hilaridad del público militar y el miedo de los mozos.

El dueño del establecimiento los veía impasible; sabía de antiguo que la más leve reprensión le valía un botellazo, y no quiso exponerse á que le rompieran la cabeza.

De este modo y cada vez más alegres continuaron hasta las diez y media de la noche.

Pagó Zalla y salieron. Ahora iban envueltos en el silencio más profundo.

No parecían los mismos.

Cuatro se situaron en el mismo sitio en que vió Zalla la noche anterior á los de la serenata, y los seis restantes andaban de un lado para otro, observando la entrada y salida de la calle.

Ricardo mandaba el primer grupo, el primo de éste y un capitán el segundo.

Poco después de las once aparecieron ocho, siendo uno el hijo del conde de Alba, el cual iba provisto de la lira con que tocó la noche anterior.

Los recien llegados vieron el grupo de los cuatro, reconocieron á Zalla y se colocaron cerca de ellcs. Iba el cantor á templar su lira, cuando se le acercó Zalla diciéndole:

—Aquí no se toca ni se canta más. No me obligueis á que os lo diga con la hoja de mi espada.

—¿Por qué?

—Ya os lo dije anoche y ahora os repito, que la bella Alice me dijo esta tarde que vuestro cant formaba parodia del de Flaviano de Osorio, su prometido, y no quiero tolerar que molesteis á la futura de mi maestro y protector.

—Yo puedo hacer en la calle lo que me dé la gana.

—Probad.

—¿Qué haríais, señor Zalla?

—Yo no amenazo jamás.

—Pues probaré.

Y quiso templar su lira, pero en el mismo instante Ricardo se la arrancó de la mano y la arrojó al suelo, haciéndola pedazos.

—Eso es provocar á un combate.

—No; es impedir que deis una serenata á quien no quiere oirla.

—Vosotros no podéis impedir eso.

—Si muero, tenéis razón, pero mientras viva, sí.

—Sois cuatro contra ocho.

—Si vos queréis que seamos uno contra otro, seremos sólo dos; vos y yo.

¡Un duelo!

—Claro es.

—No me bato yo con vos.

—Lo teneis á menos.

—Soy el primogénito de don Pedro de Alba, grande de España.

—Y yo descendiente de Adán, padre de todos los grandes y pequeños.

—¿Qué tenéis que ver vos con Alice?

—Con Alice nada, mucho con su futuro el general don Flaviano de Osorio.

—Dejad que á la novia la defienda su novio.

—Se halla cubriendo á su patria de gloria, no puede defenderla y lo hago yo por él.

—¿Con qué título?

—Ya os lo he dicho y añado: con el que á vos no os importa.

—Insolencia y osadía no os faltan.

—¿Sólo eso tengo?

—Sólo eso veo.

—¿Queréis ver algo más?

—Sepamos lo que es.

—Empezaré por deciros que sois cobarde y acabaré por echaros de aquí.

Y le empujó hasta derribarlo.

—¡A ellos!—gritó levantándose.—¡Mueran!

Los ocho tiraron de las espadas quedando en guardia, pero no avanzaron.

—Por lo visto,—dijo Ricardo,—no os ha bastado lo que hice con vos.

—Venid si quereis algo.

—Os obedezco, y ¡á ellos, compañeros!

Zalla cayó en medio de los ocho repartiendo golpes con la rapidez de un molino de viento.

Al minuto los ocho se declararon en derrota, huyendo despavoridos.

Alba llevaba la cabeza rota y varios chichones, con dos señales bien marcadas en el rostro. Los siete restantes iban magullados con los muchos golpes que recibieron.

Los fugitivos se encontraron con los siete restantes amigos de Zalla, que detenían á cuchilladas á una ronda que quiso avanzar para auxiliar á los otros y cruzaron por medio de ellos para colocarse detrás de los alguaciles, animarlos y si podían ayudarles.

Pero casi á la vez llegó Zalla con sus tres amigos, cargaron sobre la ronda, que se componía de doce alguaciles, tumbaron dos y acuchillaron á los diez restantes, pues entre unos y otros eran veinte, los siguieron hasta Puerta Cerrada dando golpes á los que no caían.

Nuestros diez oficiales tiraban á la cabeza, pero solían dar de canto.

Allí quedaron solos. El enemigo que no estaba en tierra había volado, desapareciendo como por encanto.

Los diez oficiales formaron un grupo, se reconocieron, ninguno estaba herido, y Zalla exclamó:

—Cada uno á su casa por sitio distinto. No contar á nadie lo ocurrido, y hasta mañana en mi casa á la una.

Se estrecharon, y partieron en la forma que expresó Ricardo.

A la mañana siguiente se contaba en el *Mentidero* y en todas partes donde se reunían curiosos, que la noche antes unos cuantos oficiales habían pegado y hecho correr á una ronda de ocho paisanos, la que unida á

otra de alguaciles que contaba con doce y que ya eran veinte, fué acometida por ocho ó diez oficiales, quedando tendidos en el suelo la mitad y en fuga precipitada los restantes.

Contra los alguaciles y paisanos llovieron epígramas y toda clase de sátiras.

Añadían, que las rondas las cspitaneaba el hijo del conde de Alba, y á los militares don Ricardo Zalla. Del primero se burlaba todo el mundo; del segundo decían que era discípulo del héroe Flaviano de Osorio, y por consiguiente un imitador de heroicidades.

Como de costumbre exageraron las cabezas meridionales hasta resultar los paisanos y alguaciles tímidos, cobardes y menguados, elevando al quinto cielo el valor de los otros.

Cuando se supo la verdadera causa cayó sobre el trovador, rival de Osorio el más humillante ridículo.

Hasta trovas bochornosas le cantaban.

Al medio día se presentaron en el palacio del duque del Imperio el corregidor y el conde de Alba.

Recibidos por el duque hizo la presentación de su primo el primero, añadiendo:

—El conde desea hablaros de lo ocurrido anoche en la calle del Nuncio, ¿tenéis la bondad de oirle?

—Vamos por partes, señor corregidor: ¿venís como autoridad ó como particular?

Creo, señor duque, que en vuestro palacio solo tiene entrada la autoridad del rey, por ser la única superior á la vuestra. Vengo como amigo vuestro.

—En ese caso, tened la bondad de ocupar un asiento y que exponga vuestro primo lo que guste.

Así lo hicieron tomando la palabra el conde para decir:

—Señor duque, no es posible que haya un solo hombre capaz de dudar de vuestra nobleza y caballerosidad. Yo recurro á ellas en este momento y tengo la seguridad de hallarlas.

—No lo dudeis, señor conde, jamás falté á los preceptos que ellas me imponen.

—Doy principio. Anoche fué mi hijo herido y bárbaramente apaleado por el capitán don Ricardo Zalla. Vengo, en consecuencia, á pediros justicia contra el agresor.

—¿Quién os ha contado esa historia?

—Mi hijo y los que le acompañaban.

—¿Y no les dió vergüenza referir que un hombre pegó de ese modo á otro, y que él lo toleró y sus amigos lo consintieron llevando todos su acero en el cinto?

—Algo se lo prohibiría, cuando siendo todos ellos nobles y caballeros no lo hicieron.

—¿No podría ser ese algo miedo ruboroso y femenil?

—No lo sé; pero si eran cobardes no resulta muy valiente el capitán que se atreve con los que no son valientes.

—Cuidado, señor conde, con lo que decís; ese capitán es muy valiente y tan diestro en el manejo de la espada, que lo envidian los más hábiles. Eso me consta á mí.

—Pues no dicen eso los que le vieron anoche.

—¿Podeis decirme quiénes dicen eso?

—Los amigos de mi hijo.

—Guay si Zalla lo sabe y los busca. Es mal enemigo, conde; cuando se echa á fondo, su espada toca siempre el corazón de su contrario. Pero haceis mal en atestiguar con personas interesadas, porque yo sé toda la verdad por el respetable nuncio de Su Santidad que vió lo acontecido desde uno de sus balcones, y relató todo lo contrario de lo que dicen vuestro hijo y sus amigos.

—¿Lo contrario?

—Sí, señor; y lo contrario cuentan los vecinos y comentan los curiosos de Madrid.

—¿Tenéis la bondad de decirme lo que le ha referido el Nuncio.

—Sí, señor. Oidlo todo.

Osorio le refirió con la mayor exactitud lo que pasó la noche última y la anterior, no ocultando las relaciones amorosas de su hijo y Alice, y hasta el aplazamiento de su boda.

Al acabar el duque se cubrió el corregidor la cara con las manos, exclamando:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación, conde! Teneis un hijo cobarde y se atreve, primero, á enamorar á una joven que ni el mismo rey logró de ella una sonrisa, porque como todos sabemos ama á un hombre que no tiene rival en talento y valor; y luego hace cara á un capitán que lleva varias muertes en desafío, y es digno discípulo de don Flaviano de Osorio.

—Yo no sabía nada de eso,—dijo el conde bajando la cabeza.

—Perdonad, señor duque,—añadió el corregidor,—la molestia que os hemos causado; yo ignoraba cuanto acabais de decirme, de lo contrario no hubiera acompañado al conde y hasta le hubiera aconsejado que él y su hijo salieran de Madrid por unos cuantos meses.

—¿Para qué huir de Madrid?—preguntó el conde admirado.

—Para no sufrir la befa y el escarnio con que se castiga en España á los cobardes.

—¿Quién es el cobarde?

—Tu hijo, los que le acompañaban y los alguaciles de la ronda que les prestaron auxilio.

—Es que los otros eran militares.

—El valiente, conde, no se fija en la calidad ni condición de su adversario para vencerlo. Eran además los militares diez contra veinte.

—Mi hijo Flaviano era paisano,—dijo el duque,—y se batió sólo contra catorce y hasta los venció. Y era grande de España y sus enemigos militares eran de poca graduación.

—¿Pues no es general vuestro hijo, señor duque?

—Entonces era paisano.

—En poco tiempo hizo la carrera.

Incomodado el duque le contestó:

—Porque no es cobarde como el vuestro.

—Verdad es,—añadió el corregidor.—Flaviano de Osorio es más que valiente, un genio que no hay frases con que encomiarlo.

—Pues á ese genio, como vos le llamais, quería el hijo del conde quitarle su amada.

—Disparate insigne que sólo puede intentar la ignorancia.

—Por eso, Zalla, discípulo y protegido de Flaviano, le dió una lección. Pero si incurre en otra le romperá la cabeza ó el corazón.

—¿No es posible ya enamorar á las jóvenes?

—A las jóvenes, sí, á las damas enamoradas y prometidas al objeto de su amor, no; porque tienen ya dueño y no se puede robar á éste lo que ya le pertenece.

—No os molesteis, señor duque, en defender lo que ello mismo se defiende. Os ruego que perdoneis nuestra visita, y si algo necesitais de mí, sabed que todo soy vuestro.

—Gracias, corregidor. Id con Dios y seguid aconsejando á vuestro primo que se ausente con su hijo, y en caso que no quiera, que prescinda de visitar el Mentidero y las reuniones públicas y privadas de la corte.

Con unas cuantas frases más desaparecieron; retirándose el duque con la sonrisa en los labios.

—El padre,—se decía,—es tan gallina como el hijo. Vaya unos rivales que le salen al hombre más entendido y valiente que tiene España. Y con la añadidura de un padre que perdería por él cien vidas que tuviera.

Pasó una hora escribiendo.

Después le anunciaron que la duquesa y Zalla le aguardaban en el comedor y no tardó en incorporarse con ellos.

—Adios Ricardo,—dijo al joven.—Cómo te fué anoche.

—Señor, cené muy bien con unos cuantos amigos y luego disputé con dos rondas que nos querían estorbar el paso.

—¿Cuántos eran?

—Veinte.

—¿Y vosotros?

—La mitad.

—Pocos erais.

—Sobraron las dos terceras partes.

—Valientes serían los otros.

—Cerraban los ojos para tirar cuchilladas.

—¿No había entre ellos doce alguaciles?

—Sí, señor.

—Esos no serían tan flojos.

—Lo mismo.

—Poco mérito tiene la hazaña.

—Ninguno; el mérito estaba en pretender quitar la novia el más cobarde de todos al hombre más valiente que existe, y con un padre y unos amigos capaces de...

—No seas pedante, Ricardo.

—Yo no me cuento, señor. Por desgracia no he ascendido aun á ser amigo del héroe.

—¿Pues qué eres?

—Su mal discípulo, su gran admirador.

—Pero en fin, ¿qué ocurrió?

—Qué dejamos tendidos en tierra catorce, y seis se convirtieron en gamos.

—¿Heridos los catorce?

—No, señor; lesionados y víctimas de la más funesta pavura... Les dábamos de plano ó con el canto grueso de la espada.

—¿No tiene rota la cabeza el hijo de Alba?

—Y muy desfigurado el rostro; pero de golpes, no del filo de los aceros. Nos vió y puede dar fé el señor Nuncio.

—¡Salió al balcón!

—Y sus criados con hachas á la calle.

—¿Para qué esas luces?

—Para que él y nosotros viéramos lo que hacíamos.

—¿Quién pagó la cena?

—Yo. Llevo ya pagadas algunas.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Poco señor; no me quedan ya más que noventa y dos ducados.

—¿Pues no te ha regalado la duquesa cien onzas de oro?

—¿Podría yo acaso tomarlas?

—Lo que tú no podrías era desairar á dama tan rica y principal de Madrid.

—Cierto, señor; pero no me las ha dado.

—Cuando vayas á salir te las entregará un mayordomo en un bolsillo que yo he bordado para tí.

—¡Señora, tanta bondad!

—La mereces.

—Señora duquesa, conquistaré Guatemala, si me lo permite mi protector don Flaviano.

—Zalla, se me figura que cuando salgas para Nueva España te lo has gastado en Madrid.

—También es posible. Como menudeen las cenas...

—Piensas dar muchas.

—Si hay necesidad, todas las que acepten mis compañeros, empezando por la de esta noche en celebridad de lo ocurrido ayer.

Esa era la época y ese el joven capitán Zalla.

Continuaron comiendo y hablando.

Acababan de comer cuando se presentó Alice con la hermana del nuncio.

Saludaron al duque, después á la duquesa, y quedando la hermosísima joven parada delante de Ricardo, le dijo:

—Creí que os habían muerto anoche.

—Me vísteis.

—Perfectamente desde una reja.

—No me mataron por milagro de Dios.

—Eran muchos más y tan valientes que debísteis perecer los diez.

—¿También los contásteis?

—También.

—¿Qué os pareció la pelea?

—Menguada. ¿Quién os ha facultado para espantar á mis trovadores?

—¿Aquello era trovador?

—Dicen eso.

—Pues me facultó el señor duque, mi amado jefe.

—Pero yo no.

—¿Os gusta aquella voz?

—Mucho; me recordaba la de Flaviano de Osorio.

—¿En qué se parecían?

—En lo que se parecen el pro y el contra.

—O lo grande y lo ruín.

—¿Con que también mi señor padre se mete en esas cosas?

—Sí, señora.

—Más valiera que fuese él á darme la serenata dentro de mi casa.

—Yo no canto, hija mía.

—Porque no quereis, aún os queda voz.

—Poca y mala.

—Mucha y buena.

—¿Te burlas de mí como de ese nuevo trovador que te ha salido?

—No, señor; á vos os lo digo muy seria. ¿Cuándo me cantais una romanza?

—Mal ó bien cuando tú quieras.

—Esta noche.

—¿Por qué ese empeño?

—Porque vuestra voz es la que más se parece á la de nuestro Flaviano.

—Estás en un error, la de Flaviano fué siempre mejor; ahora no admite comparación con la mía.

—Ya sé yo que la suya es la primera del mundo, y aunque no tan buena se parece á ella la de su padre.

—Pronto recibirás el desengaño.

—Lo veremos. Quedais convidada, señora duquesa y vos, Zalla.

—¿A qué hora?

—Cuando la reina Tolopalca salga del alcázar. Esta noche cenaremos juntos en la nunciatura.

—Ya no soy reina, hija mía.

—Para mí sí; por lo menos del talento y de la elegancia.

—Gracias, Alice.

—¿Salimos?

Y los cuatro se fueron en la carroza, en tanto que Ricardo provisto de un excelente bolsillo con cien onzas de oro, se dirigió á su casa creyéndose un potentado.

Luego se compró un traje de terciopelo negro, birrete con pluma encarnada, medias de seda y cuanto juzgó conveniente para presentarse en la nunciatura con lujo y elegancia.

Su padre le acompañó, después le ayudó á vestir y á la hora del convite, le dijo:

—Más suerte tienes que yo con haber sido tan afortunado, gracias á los Invencibles. Tú eres capitán mucho antes y ya alternas con los grandes de España. Eres mi ilusión, mi encanto.

Ricardo le dió un abrazo y salió de allí.

CAPITULO XIV

La serenata que se fustra y el concierto que la constituye.—La tregua.—Los castigos y la situación de todos.

Serían las diez de la noche cuando apareció un grupo en la calle del Nuncio.

Eran mercenarios, músicos y cantores, que, dirigidos por el conde de Alba, iban á dar una serenata á Alice.

Con ellos estaban varios espadachines y perdonavidas, mercenarios tambien de los muchos que abundaban entonces en Madrid.

La recompensa que recibían era expléndida. Alba quería vengar de una manera torpe y desastrosa la humillación y golpes que hicieron sufrir la noche antes en aquel mismo sitio á su primogénito.

A más distancia del palacio de la nunciatura se hallaba un venerable anciano, y no lejos de él se situó una ronda compuesta de treinta individuos.

Era el corregidor; que en persona iba á impedir la serenata que el conde de Alba quería dar, llevando á la carcel á todos los que intentasen realizar el torpe pensamiento.

En el instante de ir á templar los instrumentos se alumbró toda la calle con varias hachas que acompañaban á un coche lujoso. De él bajaron la reina, la duquesa de los Andes y dos gentiles hombres.

A la vez llegaba don Ricardo Zalla, vestido como ya sabemos.

Los músicos y espadachines quedaron inertes. El conde de Alba miraba á los que concluían de llegar con asombro que ni hablar le permitía.

Cuando todavía se hallaba subiendo la escalera la reina, seguida de su comitiva, nuevas hachas aparecieron en una carroza lujosísima que tambien paró á la puerta de la nunciatura.

Abrieron los lacayos y salió un elegante caballero.

Al verlo los músicos y espadachines exclamaron con terror:

—¡El duque del Imperio!

—¡El Invencible!

Y desaparecieron como águilas.

Quedó solo el conde de Alba, y confuso y aturdido fué á partir tambien, pero le asieron por una muñeca diciéndole:

—No te muevas ó te encierro en un calabozo.

Era el corregidor que lo estaba vigilando y no lo dejó marchar. La ronda había avanzado tambien y se situó á pocos pasos de su jefe.

Quedó Alba sin acción ni movimiento.

Llegaron nuevas carrozas entre hachas y subieron más personajes á la nunciatura.

La voz corrió por el barrio, contando lo que sucedia en la calle del Nuncio, y poco á poco fueron llenando de curiosos todas las avenidas del palacio.

Eran tantas las luces que en la calle habia, que el pueblo podía distinguir hasta el polvo del suelo.

Los balcones contiguos á la nunciatura aparecieron bien pronto y con profusión de luces.

La gente estaba apiñada, pero ninguno hablaba, esperando algo de lo que sus buenas imaginaciones le sugerían

Trascurrió un cuarto de hora sin que nadie turbara el respetuoso silencio que reinaba.

Después se oyeron los acordes de un instrumento de cuerdas, hábilmente manejado.

Y seguidamente escucharon todos con sumo placer la voz de un tenor algo gastado pero todavía su acento bello y sonoro como pocos.

Era el duque del Imperio que entonaba una romanza con arte y gusto sorprendentes.

¡Es el padre!—murmuró la multitud,—quedando pendiente de aquellas dulcísimas notas.

Todavía el duque conservaba su voz con alguna extensión, supliendo admirablemente lo que le faltaba de volumen con el arte y el buen gusto.

¡Qué perfección al imitar las notas, con qué acierto afinaba y con qué maestría prolongaba su acento!

Pero la sorpresa y admiración subieron de pronto

al oir un *do* de pecho agudo y vibrante que enloqueció á cuantos le escucharon.

—Casi como el hijo,—exclamaron:—se parece al *marica* que anteanoche gritaba en esta calle.

—¿Quién era?

—Ese tísico cobarde y enclenque, hijo del conde de Alba.

—¿Se atrevió ese niño tonto á cantar aquí?

—Sí, y sufrió anoche la paliza que merecía.

—¡Qué bellaco!

—¡Qué majadero!

—¡Qué necio!

El conde de Alba quiso huir, pero el corregidor seguía sujetándole, y ahora le decía:

—Quieto ó á un calabozo.

—Por Dios, primo...

—Ni por la Virgen. Tienes que oir todas las verdades que se le ocurren á esos plebeyos.

—¡Esto se hace con un grande de España!

—Esto se hace con los que se achican, é intentan barbaridades como la que ibas á cometer esta noche.

—Déjame, y te doy palabra de que mi hijo ni yo intentaremos nada.

—No.

—Si me reconoce el pueblo, me va á tirar piedras.

—De eso yo te libraré.

—¿Pero y el tormento que estoy sufriendo? ¿No oyes lo que dicen de mi hijo?

—¡Vaya si lo oigo! Hacen justicia á sus méritos personales.

—¡No tienes entrañas! Cuando esto realizas con tu primo ¿qué no serás capaz de hacer con los demás?

—¿No soy el corregidor? ¿No me ibas á comprometer esta noche, perturbando el orden, sacrificando víctimas y haciendo trabajar á la justicia que ningún daño te había hecho? Por tu hijo y por la mala educación que le has dado ¿no sacrificásteis anoche, valiéndote de mi parentesco, á doce infelices alguaciles que hoy sufren las consecuencias de haber recibido graves contusiones, y mañana perecerán por falta de alimento, puesto que todos han sido despedidos del corregimiento? Oye, oye lo que dicen: suponen que eres tonto y malo, y tu hijo, estúpido.

—¿Cómo toleras que esos plebeyos digan eso de mí y de mi hijo?

—Porque no puedo probarles lo contrario.

—Pero puedes evitarme la tortura que me estás dando.

—Si fuera eso solo.

—¿Queda aún más?

—Claro es. ¿De qué te ha servido la lección material que os dieron anoche diez oficiales, y de qué la que te hemos dado al medio día el duque del Imperio y yo? Me has engañado hoy para que te acompañase al palacio de tan noble y poderoso señor, y luego ibas á comprometer mi autoridad. ¡Ah, conde; yo te inutilizaré para impedir repeticiones análogas. Sólo á tu hijo y á tí puede ocurrírseles atentar contra el duque del Imperio, y lo que es peor, contra su hijo que vale más que el padre y es hoy la admiración del mundo y la

honra de España. Oye lo que el pueblo dice ahora: compara á Flaviano de Osorio con el león de España, lo juzgan ese mismo león, y á tu hijo con el reptil más asqueroso.

—¡Qué noche, Dios mío, qué noche! Déjame por la memoria de tu padre.

—Si te dejo é intentas cruzar por entre esa masa apiñada te reconoce alguno, y por lo menos te apedrean, primo.

Esta reflexión hizo callar al conde.

La multitud continuaba lanzando epígramas y apóstrofes al hijo del conde y á sus amigos.

Después de un paréntesis de veinte minutos, volvieron á oirse los preludios de dos instrumentos de cuerda, y poco después las voces del duque y de la hermosa hija de los duques de Pastrana. Empezaban á cantar un duo entre el silencio que sólo interrumpian las voces de la música.

La bella prometida de Julio de Silva era discípula de Flaviano; su voz de tiple dramática estaba bien educada y era excelente, y resultaba un canto delicioso.

Muda la multitud, los escuchaba con tanto entusiasmo como recogimiento.

Pero al terminar el duo no pudo contenerse; oyó otro *do* de pecho escapado al duque, tan sonoro y hermoso como el anterior, y un aplauso general, atronador, siguió á la admirable nota final.

Luego lo vitorearon, exclamando las mujeres del pueblo:

—El afortunado señor no envejece ni encuentra más rival que su hijo.

—¡Que el héroe; ese vale aún más!

Y gritaban y aplaudían hasta que volvieron á oir el mismo duo que repitieron á ruego de la reina.

Cenaron después y salió la reina, seguida del duque del imperio y de cuantos asistieron á la función, que la acompañaron hasta el alcázar.

La duquesa al llegar allí entró en la carroza del duque, y ambos se dirigieron á su palacio.

Por el camino decía Tolopalca:

—¡Y querian casarme con el príncipe de Capua! Sólo tú eres capaz de hacerme olvidar á mi primer marido. ¡Qué seducción, qué hombre! No me estraña que hayas hecho tantas víctimas en tu mocedad.

—Delirios. No me dejaban el padre Alberto y su hijo Julio.

—¡Pues si te hubieran dejado!

La verdad es, que los duques se amaban como pudieran hacerlo dos jóvenes de veinticinco años.

Ricardo Zalla fué esa noche presentado á la reina por la duquesa, como un discípulo, y protegido de Flaviano y de ella, y la augusta señora elogió su valor, que conocía por confidencias de Tolopalca, y le animó para que continuara sin temor su brillante carrera.

Nuestro joven se retiró á su casa, más ufano que un portugués al vencer á su contrario.

El corregidor llevó entre alguaciles al conde de Alba á su morada, diciéndole al llegar á ella:

—Primo, manda preparar el equipaje, pues te ha

desterrado S. M., en unión de tu hijo, á veinte leguas de Madrid.

—¿Era eso lo que aun quedaba?

—Eso, sí.

—Mi hijo se halla en cama con la cabeza rota.

—Lo llevarán en una camilla.

—¿Qué crueldad?

—Así lo ha dispuesto el rey.

—¿No hay remedio alguno?

—Imposible; sólo desobedeciendo las órdenes de su majestad, y entonces saldríais los dos desterrados de España y sus dominios.

—¡Qué amores tan desdichados!

—¡Qué hijo y qué padre!

—¿No podrás conseguir de S. M. un plazo suficiente á la curación de mi hijo?

—Manda el rey que salgais antes de la noche de mañana, y S. M. no puede retractarse.

—¿No se retractó con Flaviano de Osorio?

—Ese es tu mal, os comparais con el hombre de más talento y de más valor que existe en el mundo, y sois su antítesis. El rey no se retractó con ese héroe cuando lo conoció; le hizo justicia y eso es todo.

—Dicen otra cosa.

—Adios, primo; mañana te traerán la orden del rey, y nos volveremos á ver; pues debo presenciar tu partida y la de tu hijo.

—¡Esto más!

—Tú lo has querido.

—¿Por cuánto tiempo voy desterrado?

—Por cuatro años.

—¡Cuánto te debo!

—Todo te lo debes á tí.

Y desapareció de allí.

A las tres de la tarde del día siguiente, salieron el conde y su hijo en un carruaje de camino, seguidos de su servidumbre y equipaje. Iban á Valladolid, donde el conde tenía su casa solariega, y en dicha ciudad permanecieron cuatro años.

Al día siguiente salieron también desterrados de España y sus dominios el maestre de campo, que fué, don Raimundo de la Iglesia y el mayerazgo don Luis.

Los ex-gobernador de Cuba y comandante del navío *Invencible* salieron poco después para las islas Filipinas, donde debian acabar sus días entre azares, pobreza y enfermedades de aclimatación.

Lo mismo el rey que su favorito estaban tan de parte de Julio de Silva y de Flaviano de Osorio, que todo cuanto hacían por ellos les parecía poco.

Y el duque del Imperio y su incógnita esposa estaban siendo los séres más felices de la tierra.

¿Les durará mucho?

No lo creemos; antes por el contrario, les estaba ya preparando la fatalidad un cúmulo inmenso de amarguras.

En cuanto al príncipe de Italia, continuaba derramando el bien entre los necesitados, siendo un modelo de Santidad. También le esperaban días amargos.

CAPITULO XV

Llega el segundo correo de Nueva España.—Flaviano domina hasta en Madrid.—Los temores del duque del Imperio.—Los presentimientos del Santo.—Tolopalca no convence á su esposo, pero le presta valor y resignación.—A Cartagena.

El segnndo correo de Nueva España se hizo esperar algo, y ya la impaciencia empezaba á retratarse en los rostros de Alice, de los duques del Imperio y de otros parientes allegados de Julio y Flaviano, cuando fueron sorprendidos con cartas iguales á las anteriores, y otra súplica al rey para que dejase leer al príncipe de Italia y al duque del Imperio el parte oficial, que como los anteriores venía firmado por sólo Julio de Silva.

En las cartas que los jóvenes dirigían á sus padres y amadas sólo hablaban de su perfecto estado de salud, de la capital de Méjico y de lo adelantadas que tenían las operaciones.

En el parte oficial, Julio lo detallaba todo, como anteriormente, sin dejar cabo alguno suelto ni ocultar nada por poca importancia que tuviera.

Leida por el rey la carta que ambos le mandaban y accediendo á la súplica que le hacían, citó á los padres para las ocho de aquella noche.

Reunidos en la real cámara los reyes el príncipe de Ilalia, la duquesa de los Andes, el duque del imperio y el favorito, mandó el monarca al último que abriese el abultado paquete y leyera el parte oficial que esta vez contenía diez pliegos de manuscrito.

Uceda obedeció, y ahora el largo escrito empezó á llamar la atención desde la primera página.

Daba principio por la salida para la capital por el camino antiguo, burlando de este modo el encuentro con el ejército del sobrino menor del virrey, y tomando á Méjico por sorpresa y sin tirar un tiro.

Hasta aquí todos fueron aplausos y plácemes, pero al llegar al engaño del sobrino mayor del virrey y de la prisión del príncipe Julio, todos entristecieron mirando al Santo. Este les dijo sin demostrar pesar ni dolor:

— Continuad, vereis como el hijo es aún más hábil que lo fué su padre, que tan merecido renombre adquirió en sus mejores tiempos. Me refiero al duque del Imperio y á Flaviano.

El rey le preguntó:

—¿Juzga mi querido tío que lo va á salvar Flaviano?

—¿Quién lo duda?

—¿No pueden matarlo antes?

—Eso sería terrible; su hermano cometeria horrores en nueva España y no puede consentirlo la Providencia.

—Sepamos lo que sigue; mi alma se halla afligida. Continúa, duque.

Siguió la lectura, hubo un aplauso para el paje cuando detuvo el puñal de Flaviano y otro cuando amenazó á Fajardo y todo fué ya ansiedad, porque al hablar el héroe con el arzobispo y el general jesuíta no aclaraba su pensamiento.

Llegó la descripción de la célebre noche, la ansiedad creció, y según se iba desenlazando, respiraban con más facilidad, volviendo de nuevo á brillar la alegría en todos los semblantes. Al ver á Julio en la calle rodeado de amigos y á Flaviano que regresaba al gabinete de la hija del virrey, sonó un nutrido aplauso á Flaviano, exclamando el rey:

—Duque del Imperio, qué escena para vos en vuestros buenos tiempos. Elegante, morena, muy agraciada, una Elvira deliciosa.

—Es verdad, señor.

—Pero será posible que el héroe, tu hijo...

—No imaginéis, señor, nada que pueda velar la virtud de Flaviano. Ya que otra cosa no, hagamos justicia á sus merecimientos, —dijo Silva.

—Es verdad.

—Habrá, no obstante, una víctima, un mísero pecador que habrá muerto.

—¿Quién, el maestre?

—Sí, señor.

—Con cien vidas que tuviera no pagaba su delito.

—El perdón es más hermoso que el verdugo.

—Ahora soy yo el que defiende á Flaviano; lo ha

entregado á un tribunal, éste lo juzgará con arreglo á los preceptos de la ley. Es todo lo menos que podía hacer.

—Podía hacer todo lo más que era perdonarlo.

—No lo he mandado yo á Méjico á que perdone sino á que aplique la ley.

—Templada con la bondad.

—Si la ley es buena, resulta de un acero tan bien templado que no necesita de otro temple. Seguid, Uceda, que estamos en lo más importante.

Acabó toda esta escena y el Santo dijo:

—Lo mismo que yo había imaginado: el hijo es aún más hábil que el padre.

Continuó la lectura y claro es que la justicia, la moralidad y el orden que imprimían nuestros amigos en Méjico, llenaba los deseos de todos los oyentes.

De pronto exclamó el rey:

—Duque, otra aventura para tí. Esa Moctezuma debe ser hermosa.

—Fuí muy desgraciado, señor; yo me las buscaba y á mi hijo se le vienen á las manos.

—El no las necesita para nada,—dijo el Santo.

—Corriente,—añadió el rey;—pero el duque dirá:

—¡Quién hubiera tenido esa suerte!

La conducta de la Moctezuma y luego la de Elvira subieron al paje hasta elevarlo cerca de Osorio.

—Tenía razón mi querido tío,—exclamó el monarca. Luisa no es una mujer, es un ángel que Dios ha mandado á Flaviano.

De aplauso en aplauso y de sorpresa en sorpresa

llegaron á la cita que pidió á Osorio la hija del conde de Amaro.

Cuando Uceda acabó de leer la descripción hecha por Julio de aquella hermosísima mejicana, preguntó el rey.

—Duque del Imperio, ¿qué dices ahora?

—Señor, ni un santo.

Todos sonrieron, menos el príncipe que exclamó:

—Hermano; fíjate en lo que tiene cerca de él, Flaviano.

—¿El paje?

—El ángel que salvará su vida y su virtud.

De etapa en etapa llegaron á la batalla que dieron los jóvenes, mejor dicho, Flaviano, al sobrino menor del virrey.

Cuando acabó la descripción de aquella, todos se miraron sin atreverse á expresar la admiración que sintieron por Flaviano.

—Hace ese hombre,—dijo el rey,—milagros; pero milagros que se ven, que se explican, que se comprenden, es una maravilla. Con qué calma obra, con qué reflexión todo lo justifica, hasta la destitución y destierro del virrey llenan el sello de la justicia y de la más plausible rectitud. Jamás se le ve iracundo ni disgustado aun cuando atentan contra su vida.

—Y qué paje, Felipe,—dijo la reina.

—No es en efecto, paje; es un ángel. Le he de dar mucho más de lo que para él me proponga su señor.

—Todo será poco.

—Todo.

La lectura llegó hasta el momento de salir á campaña el resto del ejército y los dos jóvenes.

—¿Qué sigue?—preguntó el rey.

—Justificantes, concesiones y expedientes.

—Todo lo apruebo sin leerlo, todo; ¿lo oyes Uceda?

—Con aplauso de todos.

—¡Qué organización de ejército, qué entusiasmo por su general, qué de precauciones y qué régimen! Con esos soldados y ese sistema puede conquistar Flaviano el primer imperio del mundo.

—Sin perjuicio de que le mate un reptil, un salvaje ó uu traidor cualquiera,—dijo Julio.—¡Ah, señor; lo único que tenemos resguardada de nuestros enemigos es el alma, la materia no.

—En medio de unos soldados, oficiales y jefes que tanto le aman, ¿qué puede ocurrir al héroe?

—Lleva más que eso todavía; lleva un ángel y un santo.

—¿El padre Anselmo?

—Sí.

—¿Le conocéis?

—Le conozco.

—¿Y es un santo?

—Sí, señor.

—Me abonan esos dos privilegiados seres.

—Con ellos y con todo eso puede perecer un hombre que tan en poco estima su existencia, que tan grandes deseos tiene de abandonarla.

—¿Cuando tan alegres estábamos nos vais á entristecer, tío?

—No pensar en eso; lo que ha de ser, Dios lo tiene ya dispuesto y aquello será.

Algo palidecieron las frases del Santo los grandes efectos que había hecho los escritos de Julio; pero los reyes, el duque de Uceda y la duquesa de los Andes se reaccionaron, volviendo á su primer estado de alegría y satisfacción.

No así el príncipe de Italia y el duque del Imperio que continuaron tristes y poco comunicativos.

A las once terminaron y á esa hora se fueron retirando.

Osorio y Tolopalca entraron en su carroza y poco después en el comedor, donde cenó ella y apenas probó los manjares él.

—¿Tienes algo que te moleste, Flaviano?—preguntó aquélla.

—Carezco de apetito; cena tú y no te cuides de mí.

—Eso es imposible.

La duquesa abrevió é invitando á su esposo á que la siguiera, se fué con él á su cámara de vestir.

Ya solos y sentados, le preguntó:

—¿Qué tienes, Flaviano?

—¿No te has fijado en las frases de nuestro hermano?

—Sí.

—Sus palabras envuelven un misterio.

—Yo no lo alcanzo. Explícame lo que tú comprendes.

—No tiene explicación.

—El Santo dijo únicamente lo que puede suceder, no lo que va á suceder.

—Eso resulta de sus frases, no del misterio que éstas envuelven.

—No distingo el misterio.

—Yo sí.

—Flaviano, debo decirte que no quieres tú á nuestro hijo más que yo. Recuerda mi conducta con él desde que nació y verás comprobado lo que digo.

—Eso es cierto.

—No te lo he querido decir; pero llegó la ocasión y ahora te lo digo. Al mes de morir mi esposo hice testamento y lo dejé por único heredero.

—Lo creo.

—Pues bien; yo amo á Flaviano cuanto la mejor madre puede amar al más tierno hijo; pero este amor no me ofusca y á tí el tuyo sí.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que piensas de las frases del Santo.

—Recuerda Tolopalca que si no lo mataron en unión de Julio, el criado de éste y Alejandre, fué por un milagro de Dios.

—Lo cual prueba que tiene de su parte la Providencia y nada debemos temer de él.

—Temer, ¿quién no teme por la vida de su hijo cuando se halla en el caso que el nuestro?

—No seas débil; tú tan fuerte en lo que á tí se refiere y todo lo contrario cuando de Flaviano se trata.

—Es posible.

—¿Por qué le dejaste marchar?

—Porque no sé oponerme á nada de lo que Julio ordena.

—Ten confianza en Dios, Flaviano, y no me aflijas con tus amores.

—Lo haré, Tolopalca.

—Esta noche ve á la celda del Santo, pregúntale y si existe peligro, parte al momento á Méjico: si cree que no lo hay, tranquilízate y no sufras.

—La felicidad es una ráfaga que cruza por el espíritu como el rayo del sol por el espacio.

—Eso digo yo; hasta ayer tan felices y hoy...

—Retírate á descansar, mientras yo hablo con Julio.

—¿Habrá regresado de sus limosnas?

—No lo sé, pero si no ha venido le esperaré en su celda.

—Me dirás luego...

—Sí.

—¿Me despertarás si me he dormido?

—Te lo ofrezco.

—Pues hasta luego.

Triste, ensimismado y pesaroso se trasladó Osorio á la celda del Santo.

Los dos entraban á la vez cada uno por puerta distinta.

—¿Has despachado ya?—le preguntó Flaviano.

—Sí.

—Pronto acabaste hoy.

—Tengo mucho que hacer esta noche en la celda.

—¿Te molesto?

—Nunca, Flaviano; todo es cuestión de dormir un poco más ó menos. Contigo estoy siempre bien. ¿Quieres algo de mí?

—Sí, quiero mucho.

—Habla.

—Julio, tus frases en la cámara del rey envuelven un misterio que me hace sufrir.

—A eso hemos venido á este valle de amargura, á sufrir.

—¿Tienes fundamento bastante para suponer que á nuestros hijos les amenaza algún peligro?

—Sí.

—¿Quieres hablarme de él?

—A ti no quiero ni puedo negarte nada.

—Lo creo.

—Lee esa carta que hay sobre mi mesa.

Flaviano la cogió, diciendo:

—¡De Méjico!

—Sí.

—¿Llegada hoy?

—Sí.

—¿Quién es este Aselmo que la firma?

—Un santo.

—¿Del que habla Julio?

—El mismo.

Flaviano leyó con avidez:

Señor: Continúo por la senda que nos trazó el Hijo de Dios. No hay espinas ni abrojos superiores á mi voluntad ni más fuertes que mi espíritu. Como Jesús puso su pura frente para que le ciñesen la corona de espinas, así ofrezco yo mis carnes á todos los abrojos de la tierra.

Continúo al lado de Flaviano, todas mis oraciones

son por él. Es un ser privilegiado que lleva el bien y la justicia por donde va. Su muerte sería la ruina de Nueva España y las desgracias de millones de almas. Con él perecerían el príncipe Julio y el paje Luisa.

Os digo esto porque le amenaza un peligro inminente, del que yo no puedo librarle. Orad, señor, vos alcanzais más que yo porque vuestro espíritu es más elevado. Orad mucho; rogad á vuestro padre Alberto, suplicad á Dios. Aun es tiempo; pero llegará día en que sea tarde.

Señor:

Vuestro humilde hermano,

Anselmo de San Francisco.»

—Julio,—preguntó Flaviano con ronca voz, —¿has orado?

—Esa será mi ocupación de esta noche.

—¿Cuándo podré verte?

—A las ocho de la mañana.

—Adios, hermano; Dios, nuestro Señor, sea contigo.

—Hasta mañana.

Salió el duque, dijo á su esposa lo que el Santo le había participado y lo que expresaba la carta de Anselmo y se retiró á descansar, encargando que lo despertasen á las siete y media de la mañana.

Poco durmió; su espíritu harto preocupado rechazaba el descanso que el duque quería dar á su materia.

A las ocho en punto entró de nuevo en la celda de su hermano, preguntándole:

—¿Has orado?

—Sí.

—¿Sabes lo necesario?

—Sé más que Anselmo, sé bastante; pero todo lo necesario, no.

—¿Quieres enterarme?

—De lo que tú debes hacer, sí; de otra cosa no puedo.

—Dime lo que debo hacer.

—¿Me obedecerás en todo?

—Como siempre.

—¿Abandonarás á tu esposa para cruzar los mares?

—¿En dirección de Méjico?

—Sí.

—Es mi deseo.

—No te harán retroceder los peligros ni los sufrimientos de todas clases?

—No.

—Pues parte á Nueva España con la rapidez posible.

—¿Quienes me acompañan?

—Los que tú quieras.

—¿Poca gente?

—Sí.

—¿Qué hago en llegando á Nueva España?

—Buscas á Flaviano, cerca de él estará Anselmo y lo dejas hacer y haces todo lo que él disponga. Nada más.

—¿Qué lograré con eso?

—Si llegas á tiempo salvarás la vida de Flaviano, de Julio y de Luisa.

—¿Y si en el camino, por tierra ó mar hallo un inconveniente superior á la posibilidad humana?

—Te librarán de él.

—¿Quién?

—No lo sé aún. Pero, sea quien fuese, ¿qué te importa?

—Es verdad.

—Despídete de los reyes y de quienes tú quieras, pero pronto y á nadie digas á qué vas á Méjico ni quién te manda.

—¿Tienes que darme algunas instrucciones más?

—No. Puedes enterar de todo á tu esposa, encargándole la mayor reserva.

—Lo haré.

—Pues parte y ven á despedirte pronto.

—¿Tendré buque?

—Ya lo tienes.

Flaviano estrechó á su hermano llegando en el acto á su palacio.

Su esposa estaba aún en cama. Oyó cuanto el duque le dijo, y al concluir le contestó:

—Tenías razón anoche. Parte al momento.

—Cuánto siento dejarte.

—Nuestro hijo es antes que nosotros.

—No cabe duda.

—Empieza á despedirte que yo dispondré tu equipaje. ¿Qué causa vas á decir que te obliga á marchar?

—Mi deseo de ver á Flaviano.

—Yo diré lo mismo.

Salió el duque hallando en sus habitaciones á Ricardo Zalla que le esperaba ya.

—¿Qué ocurre, Ricardo?

—Que tengo buque para Méjico, señor.

—¿Qué clase de barco es?

—Un navío.

—¿Cuándo se hace á la mar?

—En la semana próxima

—¿Quién te ha enterado?

—Como me encargásteis que estuviera á la vista , se lo he venido preguntando casi todos los días al secretario del señor duque de Uceda.

—¿Montas bien á caballo?

—Sí, señor.

—Pues te advierto que saldremos pasado mañana para Cartagena.

—¿Vais á ese puerto?

—Sí, para embarcarme contigo.

—¿A Nueva España vais?

—Sí.

—Qué felicidad.

—Sí, una dicha.

—¿Hay malas nuevas?

—Es que no quiero estar separado por más tiempo de mi hijo.

—Teneis razón. Vamos á verlo.

—Estás aquí al amanecer de pasado mañana con tu equipaje.

—¿Traigo caballo?

—No, aquí te lo darán.

—¿Quereis mandarme algo?

—Nada se me ocurre hoy.

—Pues hasta pasado mañana, señor.

El duque mandó enganchar la carroza y en el acto dió principio á sus visitas de despedida, empezando por el duque de Uceda, que se quedó admirado al saber la resolución de su primo.

Le ofreció cuanto quisiera pero el duque no aceptó otra cosa que el envío de un correo que anunciase su llegada á los cartageneros.

Lo mismo el rey, la reina, los grandes, sus parientes y amigos, teniendo en cuenta lo que Osorio amaba á Flaviano y á Julio no pudieron suponer que era otra la causa de su partida que aquella que él decía.

Llegó el día señalado y á la salida del sol montaron á caballo, el duque, Ricardo y hasta veinte oficiales, entre los que había un maestre de campo y cuatro capitanes; les seguían cuarenta, entre criados, ordenanzas y soldados. Total 61 hombres.

Más de cien personas despidieron al duque en el zaguán de su casa. Allí estaban el favorito, el Nuncio, su hermana y Alice, la duquesa de los Andes y dos gentiles hombres, mandados por el rey y la reina.

La mayor parte del equipaje salió 24 horas antes.

Picó á su caballo el duque y todos le imitaron, no tardando en alejarse de Madrid.

Cartagena distaba de Madrid 77 leguas, y el duque se propuso cruzarlas en ocho días.

El correo que mandó el favorito iba avisando en todas las poblaciones por donde el duque tenía que pa-

sar, y hallaba los balcones colgados, y las autoridades salían á recibirle en unión de todos los nobles.

En los puntos en que pernoctaban tenían comida dispuesta, camas y cuanto podían necesitar cada uno con arreglo á su clase.

En Albacete y Murcia les salieron á recibir con músicas y cohetes, y era, en fin, el viaje del duque lo contrario de lo que fué el de Julio y Flaviano.

Hasta las campanas tocaban á vuelo. Era general en jefe de las fuerzas de mar y tierra y le hacían los mismos honores que al rey.

Al acercarse á Murcia mandó Osorio que Zalla se pusiera á su lado, lo examinó detenidamente, y luego le preguntó:

—Llevas bien la marcha.

—Perfectamente, señor.

—¿No te cansas ni fatigas?

—Nada.

—¿Viajas á caballo con gusto?

—Mucho, señor.

—Me alegro; ya falta poco, mañana dormiremos en Cartagena.

En efecto, cerca de anochecido entraron en Cartagena, entre repiques de campañas, músicas, colgaduras, y más tarde iluminación.

Todo el pueblo, grandes y pequeños, estaban en la carrera por donde cruzaba.

Se hospedó en el palacio del gobernador, y fué recibiendo á los grandes y autoridades de la ciudad.

El último á quien estrechó la mano fué al coman-

dante del navío «San Juan,» que iba á recibir órdenes de su jefe.

—Después de tener la honra de saludaros,—le dijo, —espero me mande mi general en jefe lo que á bien tenga.

—¿Cómo ha quedado el navío?

—Perfectamente.

—¿Cuándo podremos partir?

—Cuando vos lo mandeis.

—Pasado mañana. Enteraos de la gente que me acompaña, y procurad colocación cómoda para todos. Que no suprimais nada. En la mar se tiene lo que se lleva.

—Es verdad, señor, y nada faltará.

—¿Qué fuerza tiene el buque?

—Quinientos hombres y la marinería.

—¿Buenos?

—Sí, señor.

—¿Necesitais más tiempo?

—Me bastan las veinticuatro horas que me ofreceis para hacer los embarques que faltan.

—Comerán en mi mesa de capitán arriba todos los que vayan en el navío y no estén de servicio.

—Muy bien, señor.

—Toda la fuerza la mandaré yo; la marinería y el barco vos, que estareis á mis órdenes.

—Mucha honra es para todos que vos nos mandeis.

—Pues hasta pasado mañana á la salida del sol, si antes no teneis nada que preguntarme.

Salió el comandante que ostentaba la categoría de maestre de campo, y fué reemplazado por el gobernador nombrado por sus dos hijos.

Una hora le estuvo hablando de ellos y de Mendoza con gran contentamiento del duque.

Después, cenaron, buscando algo más tarde el descanso que necesitaban.

El día siguiente le ocupó Osorio en devolver algunas visitas de las que le habian hecho.

Y al siguiente se embarcó con todos los que sacó de Madrid.

CAPÍTULO XVI

Embarque.—Despedida.—El Mediterráneo.—El Océano.—Proa á los Trópicos.—Los accidentes de la navegación.—Canarias.

Desde el palacio al puerto se hallaban los balcones colgados, y en el muelle se apiñaba el público hasta convertirse en granos de una granada.

En cuando el duque pisó la tabla de su bote, comenzó la ciudad á despedirlo con salvas de artillería, con repiques de campanas y con cohetes, que eran entonces muy de moda.

Llegó al navio y los cañonazos del barco se confundieron con los de la plaza.

Todas las fuerzas estaban formadas, y lo recibieron como al mismo rey.

Más ganoso el duque de partir que de ovaciones,

hizo la señal de levar ancla; contestó dos veces con su pañuelo blanco á miles de estos que saludaban en el muelle, pasando luego á la cámara de popa.

Ningún cartagenero ni marino del navío «San Juan» le citaba como duque del Imperio; siempre que de él hablaban decían el Invencible.

Solían añadir el primero de los Invencibles después de Silva.

Al hablar de su hijo, decían los cartageneros:

—Dicen que vale más que el padre, pero nosotros no podemos creerlo; conque llegue á él puede darse por contento.

No conocían bien al joven Flaviano.

—Acércate, Ricardo,—dijo el duque á Zalla.—¿Te has embarcado alguna vez?

—Sí, señor; en el estanque del retiro de Madrid.

—Temo que en el mar te marees.

—Yo creo que no, mi general, pero si me equivoco tendré paciencia.

—¿Qué te parece á tí este barco?

—Un castillofl otante.

—Eso es. ¿Te hallas bien aquí?

—Junto á mí general y corriendo en busca de mi maestro y protector, mejor que en la gloria.

—¿Qué te dijo tu padre al despedirte?

—Hijo,—exclamó,—si no vuelves general debes ser muy torpe. Recibe mi último abrazo por ahora, y que Dios y don Flaviano de Osorio sea contigo.—Se le cayeron dos lágrimas y todo acabó, porque sufría mu-

cho y piqué á mi caballo para que terminase una escena dolorosa.

—¿Dejas alguna dama enamorada, ó tú lo estas de alguna?

—No señor.

—Ni más afecciones que las de parientes y amigos?

—Nada más.

—Entonces creo que irás contento.

—Más que lo estuve en mi vida.

—Dios nos lleva con bien, y en su gracia encontremos á mi hijo Flaviano.

—Amen, mil veces amen.

A la media hora de levar anclas, el novío, con velas hinchadas y viento vivo salía del puerto como gigante de los mares, que cortaba el agua con gallardía extremada.

Era un excelente barco.

El duque se recostó en un divan de la cámara, trajo á su memoria al hijo querido que ensimismó más de lo que convencía á su afligido espíritu.

Una hora despues entró el comandante del buque, diciéndole,

—Señor, estamos en pleno Mediterráneo.

—¿Qué viento?

—Vamos de bolina.

—¿Fresco?

—Mucho.

—¿Qué millas andaremos por hora con este tiempo?

—De siete á ocho.

—No son muchas.

—Si continúa este cuadrante, entrando en el Océano dejaremos otros diez.

—Eso ya es algo. ¿No es pesado este navío?

—No, señor; es que lleva mucha carga.

—¿Veinte cañones?

—No, señor, veinticinco.

—Mañana lo reconoceremos todo, hombres y barco.

—Cuando mandeis.

—¿Vuestra oficialidad es buena?

—Si, señor. Casi todos han hecho ya varios viajes redondos y dos á Filipinas.

—¿Y la marinería?

—Gallegos y catalanes.

—Buenos serán.

—Sí, señor; llevan más tiempo de su vida en el mar que en tierra.

—Se les debe algo.

—Poco señor.

—Mañana pagais á los oficiales soldados y marinería todo lo que alcancen. Si os falta dinero, pedidlo al jefe de mí escolta.

—Gracias, señor.

—Mientras yo navegue que á nadie se deba nada.

—Lo haré así. Ya nos era conocida vuestra esplendidez, y no me extraña la orden que acabais de darme.

—Haremos tres comidas; el desayudo temprano, á la una la comida, y á las ocho la cena.

—Muy bien.

—Reconoceré la comida de la tropa y de la marinería.

—Perfectamente.

—Y todos los servicios.

—Me complace saberlo.

—Cuando suba sobre cubierta no quiero distinción alguna.

—Señor.

—La prohibo.

—Obedeceremos.

Al siguiente día, acompañado el duque de Ontoria, jefe de su escolta, de Negrete, comandante del navío y de Ricardo Zalla, fué reconociendo el buque desde la cubierta hasta las bodegas del mismo.

Nada halló que reprender; el servicio se hacía bien y todo lo halló en el mejor estado. Al concluir dijo al comandante:

—Negrete, cada ocho días haré un reconocimiento igual.

—Muy bien, señor, me complace vuestra determinación. Una pregunta deseaba haceros.

—Hablad.

—¿Me permitís que ancle en Canarias por unas cuantas horas?

—¿Qué os proponeis?

—Renovar algunos víveres y saludar á mi madre que hace dos años no he visto.

—¿Sois canario?

—Sí, señor.

—¿Qué edad tiene vuestra madre?

—Setenta años.

—Vuestra pretensión es justa, anclad.

—Poco hemos de detenernos.

—El tiempo indispensable nada más.

El duque paseó un poco sobre la cubierta de popa y luego se bajó á la cámara, en la que permaneció hablando con Ontoria, San Martín, Zalla y Urrutia, que era un capitán que venía hacía tiempo sirviéndole de secretario.

Durante su reconocimiento y paseo no le hicieron otra distinción que la de quitarse la gorra ó sombrero cuando alguno pasaba por su lado, fuese oficial ó soldado.

Al reconocer la fuerza, quisieron vitorearlo algunos veteranos que habian servido á sus órdenes, pero á la primera voz que dieron les impuso silencio, rogándoles que en lo sucesivo sólo vieran en él un compañero de armas.

Siempre de bolína llegaron al estrecho de Gibraltar sin contratiempo alguno, entrando en el Océano Atlántico viento en popa y con aire fresco que les permitía andar diez millas por hora.

El duque iba ya satisfecho, en cuanto se refiere al viaje, pero recordaba á menudo el contenido de la carta de Anselmo, las frases del príncipe de Italia, y se nublaba su semblante, entregándose á una melancolía larga y molesta.

También aguijoneaba su corazón la ausencia á que condenaba á su querida esposa la duquesa de los Andes.

Triste es navegar, llevando el corazón transido como iba el del duque del Imperio.

Las largas y monótonas horas de á bordo se hacen

eternas, se multiplican los padecimientos morales, y desde la pena se llega á la angustia fácilmente.

Y consiste en la vida que hace el navegante y la falta de ocupación y de medios de distraerse.

El duque había cruzado los mares muchas veces, no le tenía miedo alguno ni era para él extraña ni cansada la vida de á bordo, pero iba tan lastimada su alma, que se sentía algunas veces hastiado de la vida. Hubiera querido volar ó de un salto trasladarse á Méjico, y aun cuando diez millas por hora era mucho andar para un buque de vela en aquella época, sentía torturada su alma ante lo que él llamaba eternas horas é inacabables días.

Se cansaba de hablar con el comandante de lances marítimos, de Roch, el célebre marino maestro de su hijo, y hasta de los hechos gloriosos de sus hijos.

—Lo mismo le sucedía con las conversaciones que le ofrecían Ontoria, Urrutia, San Martín y Zalla. Aun cuando lo disimulaba todo lo que era posible, todos llegaron á convencerse, de cuantos hablaban con él, de la impaciencia y desasosiego que agitaba su fuerte y varonil espíritu, comprendiendo desde luego, que algo grave le ocurría á su hijo cuando de aquella manera se presentaba el hombre más valiente y entendido de cuantos iban en el barco.

Un día se atrevió á decirle Zalla, que era el más osado y al que trataba el duque con más cariño:

—Señor, algo os pasa que no quereis decir, y á pesar vuestro revela ese noble semblante, que ni sabe fingir, ni miedo alguno se trasparentó en él jamás.

—Algo, sí, Ricardo; el deseo de ver pronto á mi hijo.

—¿Pero le ocurre alguna desgracia á mi maestro y protector?

—¡Sólo Dios lo sabe!

—Cuando mi general lo siente no hay duda que existe.

—La temo nada más.

—¡Oh, daría mi vida por arrancar de vuestro corazón el pesar que revela vuestro rostro.

—Gracias, Ricardo.

—Quien sabe, señor; es posible que el héroe se halle en estos momentos triunfando de todos sus contrarios. Lleva á su lado á don Julio que lo ama como vos; á don Rogelio, que lo adora, y en su frente un genio que todo lo prevée y hasta lo adivina. Es además tan noble, tan caballero, tan generoso, tan bueno, en fin, que no es posible lo abandone la Providencia.

—Tus frases, hijo mío, me han sido muy agradables.

—Creo que he dicho la verdad, señor.

—¡Si así fuera!

—¿Por qué no ha de ser? ¿Qué crimen, qué delito qué falta ha podido cometer mi maestro para que sobre él caiga desgracia alguna? Si á él se le castiga en el mundo, ¿qué va á ser de todos nosotros?

—Todo eso es cierto, Ricardo; pero los altos juicios de Dios son incomprensibles.

—Pero es innegable su justicia, cierta su bondad.

—Sí, pero á mi hijo le ha ocurrido algo.

—¿Pero lo sabemos de cierto?

—De cierto, no; ¡mas es tan probable!

—Mi general, vos os habeis olvidado de un antiguo amigo nuestro, por quien hicísteis mucho en este mundo, y al que amásteis con alma y vida.

—¿Quien es?

—¿El primer príncipe de Italia, el que os regaló el ducado del Imperio, que llevais con tanto gusto porque fué suyo, el padre Alberto, que yo no conocí, pero del que cuenta la historia proezas envidiables y luego una santidad que asombrará á las generaciones.

—¿Por qué me recuerdas á aquel héroe un día y santo después?

—He oído á persona que jamás mintió ni se presta á exageraciones, que el santo Alberto inspira y defiende á vuestro hijo.

—¿A quién se lo oistes?

—A vuestro hermano don Julio, al general Trinitario, á ese otro santo.

—Verdad es que lo asegura.

—¿No lo creeis vos?

—Si; de lo que afirma mi hermano no es posible dudar.

—¿No deducís la consecuencia?

—Ricardo, me estás prestando un consuelo que te agradezco.

—Os he dicho la verdad, señor.

—Es que mi hermano... pero no puedo decirlo. Gracias, Ricardo, por las frases que me has dirigido.

—¿Tengo ó no razón?

—Sí, acaso la tengas.

—¿Os sentís menos abrumado?

—Indudablemente.

—Señor, hacedme el honor de cogeros á mi brazo, y vamos á pasear por la cubierta. La mar rizada por una brisa fresca é impetuosa, las aves marinas que ya se ven anunciándonos que están cerca las islas Canarias, y ese círculo inmenso de agua y cielo que nos rodea, distraen y prestan al espíritu encantos que se desconocen en las poblaciones.

—Vamos.

Y se cogió al brazo de Ricardo, paseando con él dos horas por la cubierta de popa.

El duque preguntó á Zalla:

—¿No has llegado á marearte?

—La mar ni el movimiento del buque lograron eso de mí, pero me perturbó hasta llegar al mareo y la melancolía la pena de mi general.

—Gracias, hijo, siento decirte que no confíes en absoluto en tu falta de mareo; el movimiento del barco fué hasta ahora excelente; cuando lleguen las tormentas y los huracanes será otra cosa. Entonces es más que posible el mareo.

—No importa; si llega ese caso, me sobra valor para arrastrar todas las situaciones.

—¿Comprendes como yo lo que va á suceder en Méjico si hubiesen muerto á mi hijo?

—No comprendo, señor, que hayan podido cortar aquella vida tan necesaria á la pobre humani-

dad; pero si lo que ocurría si tuviéramos la desgracia en que yo no creo.

—¿Qué haríamos, Zalla?

—Formar otro Océano como éste, pero de sangre humana.

—Y una ciudad inmensa con cráneos y huesos de malvados.

—No estaríamos para distinguir, señor.

—Posible es que perturbados...

—Dadlo por hecho, señor.

En este momento se incorporarón con el duque y Zalla, Ontoria, Urrutia y San Martín, que concluían de hacer un reconocimiento que les había ocupado tres horas.

—¿Qué ocurre en el segundo puente?—le preguntó el duque.

—Nada de particular, señor; hemos revistado la tropa, y no hallamos motivo para reprender á nadie.

—¿Van todos contentos?

—Orgullosos de estar á vuestras órdenes.

—¿Bien alimentados?

—De nada se quejan, no obstante las preguntas que les hemos hecho.

—¿Se han mareado algunos individuos de los que componen la escolta?

—Dos, pero ya están bien.

—Esos, cuando el mar ruja, lo pasaron mal; decid al facultativo que los atienda bien.

—Lo haré, señor, y los vigilaremos nosotros.

—Eso es. ¿Qué hace el comandante?

—Estudia.

—No le he visto hoy.

—Rodeado de libros se encierra con ellos, ó pasea leyendo, según se lo permiten sus deberes.

—¿Tiene el genio fuerte?

—Todo lo contrario. Ese marino rara vez se incomoda, es capaz de disponer la muerte de quince sin alterarse.

—Una excepción en los de su clase.

—Este habla lo menos posible, pero es severo lo más posible.

—Su deber y la gran responsabilidad que tiene, le imponen esa conducta. ¿Bebe mucho?

—Bebe. señor, que es marino; pero mucho, no.

—Así nos convenía, y así nos lo ofrece el destino.

—El es el que más gana con eso, porque de lo contrario con colgarlo de una entena todo acabaría.

—Remedio enérgico, Ontoria.

Los cinco continuaron hablando hasta que los avisaron que era llegada la hora de comer, y todos bajaron á la cámara.

La mesa estaba presidida por el duque, pero tenía á su derecha el comandante, al cual dijo al dar principio la comida:

—Como el tiempo que llevamos, se dan pocos casos.

—Con el viento en popa y la mar rizada, por una brisa fresca y sostenida, no abundan señor los casos.

—¿Durará esto mucho?

—Por lo menos hasta llegar á los Trópicos.

—¿Y luego?

—Tendremos calma ó tormenta con huracanes.

—¿Siempre sucede eso en los mares tropicales?

—Siempre no, pero sí á menudo.

—No son de temer esas tormentas y huracanes tanto como los vientos alisios.

—Es verdad, señor. Aquellos suelen convertirse en ciclones.

—¡Cuántas naves habrán destrozado esos aires!

—Infinitas, y no son pocas las que echaron á pique.

—Posible es que en el golfo de Méjico nos saluden.

—Hasta Veracruz no suelen llegar á menudo.

—Pero llegan.

—Alguna vez, sí, señor.

—Entiendo que este navío les ha de ofrecer la suficiente resistencia.

—Sin duda alguna.

—Creo que donde más destrozos causa es en el Istmo que separa el golfo del Océano Pacífico.

—Así es verdad. Los departamentos en Méjico de Tabasco, Yucatan y otros sufren mucho con los alisios.

—Mala noticia me dais.

—¿Por qué, señor?

—Porque mis hijos Julio y Flaviano deben ahora estar en ellos.

—Para el genio de esos héroes no hay aire po· posible.

—Si todo le arrollan, ¿qué han de hacer ellos contra su fuerza incontrastable?

—Verlo venir con tiempo y prevenir los males.

—Sí, mi hijo Flaviano aprendió todo lo que sabía Roch y podrá prevenir el mal.

—Como previno un ciclón en el navío *Invencible*.

—¿Lo sabeis?

—¿Qué marino lo ignora?

—Mucho corrió la noticia.

—Todos los mares y los puertos.

Continuaron comiendo y hablando.

Al terminar gritó el vigía:

—¡Tierra!...

A esta entusiasta voz para los navegantes, todos subieron á cubierta, contemplando al poco tiempo la masa obscura que presentan los montes y las poblaciones cuando se miran á larga distancia.

La palabra tierra quiere decir para el que va embarcado, mundo, vida, satisfacción y alegría. Porque la existencia á bordo, por buena que sea, dista mucho de la tierra.

El duque miraba con indiferecencia; no era aquel volumen ceniciento el que él quería ver, era el de Nueva España, y éste distaba mucho de aquel sitio.

Pero los restantes, sin excepción, recibieron con aquella vista la más grata impresión.

Poco después gritó el comandante:

—Señor duque, tenemos en frente Santa Cruz de Tenerife, de las islas Canarias, donde con vuestro permiso nos detendremos veinticuatro horas.

—Está bien, comandante.

El último dijo al piloto:

—Proa al puerto y que preparen las anclas.

—Al puerto,—exclamaron todos.

CAPITULO XVII

Diálogo importante.—Resolución propia de la época.—Desembarco.—Una traición que se paga con la vida.—Los temores del Duque.—Su acierto.—A Santa Cruz con el triunfo.

Al anclar el navío en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, todos los que iban en el barco se hallaban sobre cubierta, excepción única del duque del Imperio, pues se bajó á la cámara y en ella permaneció.

Las señales del navío dijeron á las autoridades de la población quién iba en el barco, y los cañones saludaron al general en jefe de los ejércitos de mar y tierra.

Zalla, que también se hallaba sobre cubierta, cruzó unas cuantas frases con un alférez de navío, y en el mismo instante buscó nuestro capitán al duque, que halló en la cámara, diciéndole:

—No debo aumentar con un nuevo disgusto los pesares que os molestan, y aun cuando me cuesta traba-

jo hacerlo, por lo violento que me es, deseo hacerle una declaración para que después de oirla disponga el más acertado.

—Habla, dí lo que quieras.

—Señor, hace cuatro días presencié por casualidad un hecho indigno que mereció mi reprobación y hasta un castigo duro, pero merecido.

—Ya me extrañaba á mí que tú no hubieses hecho alguna entre tanto hombre.

—Yo no tuve la culpa de nada.

—Sepamos.

—Bajé al segundo puente y estaba hablando con el contramaestre, cuando llamó mi atención las voces de un alférez reprendiendo duramente á uno de vuestros criados, porque al pasar por delante de él no le había saludado. El sirviente le contestó que el no era soldado y desconocía las obligaciones de éstos. Añadió, que despreciaba sus amenazas y le suponía tanto su grado como una lenteja podrida. «Insolente», replicó el oficial, y le dió una bofetada. Tenía razón el sirviente, era además criado vuestro, no pude contenerme, y levantando en alto al oficial le arrojé contra un cañón, diciéndole:

—El que ofende á un criado del duque me ofende á mí. Toma. Ya era tiempo, pues vuestro sirviente tiró de la daga, y si yo no me interpongo, lo mata.

—¿Quién era el sirviente?

—López.

—Mi más valiente y mejor criado.

—¿Obré mal?

—No, adelante.

—Presenciaron la escena varios oficiales y doscientos soldados. El alférez se levantó magullado y con una contusión en el rostro, se acercó á mí y me dijo:

—Os desafío á muerte.

—Muy bien,—le contesté,—os mataré cuando querais.

—En el primer puerto que anclemos.

—Sea. Con eso concluyó aquella escena; pero hace un momento se acercó á mí y me dijo:

—Son las tres de la tarde, á las cinco os aguardo, si sois caballero, al pie de la torre del vigía.

—Le volví la espalda, con el desprecio que merecía un hombre que osó castigar sin motivo á un criado vuestro. Eso es todo. ¿Qué hago, mi general?

—Ir á la cita. No hay otro remedio.

—Gracias, señor, era mi deseo.

—Te acompañará Urrutia.

—No hablemos de padrinos.

—No importa, si él prescinde del suyo, tú no quieras dejar de llenar un requisito indispensable en esos lances. ¿Cómo se llama el alférez?

—Victoria.

—Muy bien. A las cuatro y media te vas con Urrutia al sitio de la cita, y das una lección á ese insensato. Se enteró mucha gente, esos marinos no te conocen, y es indispensable que tu apellido, tan honrado siempre, no descienda jamás. Si hallas medio de evitar su muerte lo haces, pero no fíes en las caballerosidades de tus enemigos.

—Me dieron ya una lección y me ha de bastar con ella.

—Dí al comandante que ocupe su segundo su puesto y venga al momento. Antes de saltar al bote ven á despedirte.

—Hasta después, señor.

Tres minutos más tarde se le presentó Negrete diciendo:

—Mi general, ¿qué mandáis?

—Decidme, ¿tenéis en el navío un alférez llamado Victoria?

—Sí, señor, paisano mío y muy recomendado por mi madre.

—¿Marino?

—Eso quería él, pero no sirve para mi carrera y lo he destinado á una compañía.

—¿Tenéis mucho interés por él?

—Ninguno. Me lleva dados dos disgustos, y al tercero se lo mando á sus padres.

—¿Es valiente?

—No he tenido ocasión de experimentarlo. Me consta, sí, que es iracundo y soberbio.

—¿Le habéis tenido que castigar?

—Dos veces estuvo arrestado.

—¿Conocéis á su familia?

—Muy poco. Salí de muy niño de Canarias, y mis visitas á mi madre son tardías y breves.

—¿Tenéis noticia de que haya ocurrido algo entre él y un capitán de mi escolta?

—No, señor.

—Muy bien, Negrete; continuad lo que estábais haciendo, y luego id á estrechar á vuestra madre.

—Hasta mañana, mi general.

Acto contínuo mandó llamar el duque al capitán Urrutia.

Cuando lo tuvo delante le dijo:

—Un alférez de la fuerza del navío ha desafiado á Ricardo Zalla. No puede por menos de aceptar, y yo os mando que le acompañéis como padrino y como protegido mío. Me interesa mucho la vida de Zalla, es valiente y hábil, pero muy joven, y quiero que tengais con él todo el interés que merece.

—Nada temáis, mi general, matará al alférez.

—No es eso; Victoria es natural de Santa Cruz, no tiene probado el valor y pudiera ser víctima Zalla de una emboscada. Sus parientes, sus amigos...

—¡Ah, comprendo!

—Tanto como el valor son necesarias en estos casos la sequedad y hasta la astucia.

—Es verdad, mi general, y estaré tan alerta como si se tratase de un hermano mío.

—Más aún, si es posible.

—Será más.

—Eso deseo.

—Descuidad, señor.

—Aun no me basta con todo eso; quiero que llevéis elementos para que en el caso de traición, podáis obrar con acierto y con los recursos indispensables.

—No comprendo, señor.

—El sitio elegido son los alrededores de la torre del vigía.

—¿De Santa Cruz?

—Claro está. El duelo es á las cinco de esta tarde. Pues bien vosotros dejais el navío á las cuatro y media, pero á las cuatro se van á la torre del vigía, mis criados López y Ramón, provistos de dos pistolas cada uno. Son excelentes tiradores, los enseñó Flaviano.

—Buenos serán.

— Se sitúan en una altura cerca de la torre y tendidos en el suelo observan. A ambos les dais de mi parte, las instrucciones que os sugiera vuestro entendimiento, para que os hagan señales, y en caso de necesidad para que hagan fuego.

—Basta, señor; tengo ya bastante.

—Son las tres y os queda tiempo suficiente.

—Hasta luego, mi general.

—Oid, dejais un bote del navío en el muelle con los remeros por si tuvieseis que venir huidos.

—Lo haremos.

—En el momento que concluyais, regresad al barco. Id con Dios.

Todavía sonaban los cañones del puerto y ya empezaban á presentarse autoridades y nobles á saludar y ofrecerse al duque. La guarnición mandó dos comisiones, una de jefes y otra de oficiales y el subgobernador disculpó la ausencia de su jefe, diciendo que ya estaba en la lancha cuando una indisposición repentina le había obligado á retirarse.

Esta noticia, unida á la calma del subgobernador, hicieron sospechar al duque, y con palabras corteses le despidió quedando solo á las cinco menos cuarto.

En el mismo instante cogió el mejor anteojo del

navío, y dirigió la vista favorecido por la óptica á la torre del vigía y sus alrededores.

Vió llegar á Urrutia y Zalla, y hasta distinguió á sus criados tendidos en el suelo sobre una altura no lejos de la torre.

A las cinco en punto aparecieron cuatro desconoci dos, se juntaron con los dos capitanes, hablaron diez minutos y se dirigieron los seis á una hondonada cerca de la torre.

Los dos criados se pusieron en pie, aproximándose al paraje donde estaban los otros.

Pero á la vez vió el duque que un oficial miraba con afán hacia el mismo sitio, y daba, al parecer, órdenes á los que tenía detrás, los cuales se hallaban ocultos á las miradas de Osorio.

—Imaginan una traición, estoy seguro, pero yo la evitaré,—dijo el duque,—y sin dejar de mirar, gritó:

—Ontoria, que venga Ontoria.

—A vuestras órdenes, mi general.

—Que echen todos los botes al agua, meted en ellos cuantos soldados quepan de mi escolta y de navío, y tomad en nombre del rey la torre del vigía. Volad.

—¿Si se resisten?

—Fuego entonces.

—Al momento.

—Mandadme los botes y cincuenta más de los que haya en el muelle. Partid.

—Comandante Negrete,—volvió á grita:—¿dónde está ese comandante?

—Ha partido, señor, —le dijo su segundo llegando: —¿qué mandais?

—Poned toda la tropa sobre las armas. Todos con un arcabuz y espada. Que formen al pie de la escala real.

—Al momento, mi general.

Dadas estas órdenes, el duque continuó mirando con su anteojo.

Pero nada veía; los dos criados y el oficial que estaba en la torre seguían en su anterior actitud, pero los seis restantes permanecían ocultos.

Trascurrieron diez minutos más de gran ansiedad é impaciencia para el duque.

De pronto vió correr á sus dos criados.

El oficial desapareció de la ventana, y se oyó un tiro de pistola, después otro.

La puerta de la torre se abrió, saliendo de ella muchos soldados, y al frente de ellos el oficial que antes observaba.

También aparecieron por muy cerca de la torre Zalla y Urruña solos, detrás iban los dos sirvientes con las pistolas en las manos.

Los cuatro se encontraron de frente con la tropa que los rodeó; al parecer hablaron, y todos entraron en la torre.

—¡Los han preso!—exclamó el duque:—no importa.

Buscó con la vista á Ontoria, que en estos momentos desembarcaba, y al frente de cincuenta hombre corría en dirección de la torre.

—Eso es,—dijo el duque.

Y alzando la voz gritó:

—Comandante interino.

—Señor.

—¿Está la tropa formada?

—Al pie de la escala real.

—¿Veis aquellos botes y lanchas que se dirigen hacia aquí?

—Sí, señor.

—Embarcad en ellos, según vayan llegando, toda la fuerza; que no quede uno.

—Bien, mi general.

—En un bote ó lancha irán los oficiales conmigo.

—Todo se hará como mandais.

Se retiró el comandante interino, y Osorio continuó mirando con impaciencia á favor de óptica.

—Llegan á la torre,—dijo,—ni los galgos. No llaman, echan la puerta abajo á culatazos, cedió. Entran; se precipitan, mejor dicho. Ontoria y mis oficiales van delante. San Martín sigue al maestre montando las dos pistolas que le regaló. Ya están todos dentro. Creo que Urrutia, Zalla y mis dos sirvientes se han salvado. Nada se ve. Es decir con la vista material ni con la óptica; pero yo sé lo que está ocurriendo.

Con más calma hizo que le pusieran una cota de malla, el resto del traje de terciopelo, birrete negro con pluma blanca, y subió á cubierta preguntando al comandante interino:

—¿Están todos en los botes y lanchas?

—Acaban de saltar los últimos.

Y sin decirle más, bajó la escala real, tomó una lancha grande, en la que iban todos los oficiales, y gritó:

—Remeros, al muelle lo más próximo al palacio del gobernador. Seguid todos los botes y lanchas. Quiero llegar pronto.

Los quinientos hombres próximamente que llevaba no sabían nada de lo que ocurría, pero iban orgullosos al ser mandados por el Invencible duque del Imperio.

Llegaron al muelle y desembarcaron, tomando el camino más corto para llegar más pronto al palacio del gobernador.

Siete minutos tardaron en dar frente al palacio.

—Vosotros seis,—dijo á otros tantos capitanes,—tomad ese edificio; desarmais la fuerza y la encerrais en una habitación. Los restantes seguidme.

Y mientras los unos sorprendían la guardia y obedecían la orden del duque, los otros en pos de su general subían los escalones de dos en dos, dando vivas al rey y al duque del Imperio.

De este modo, sin hacer pregunta alguna á los asustados sirvientes de la autoridad principal de Canarias, y corriendo salones, llegaron á uno, en el que estaba el subgobernador hablando con otro que parecía el jefe principal.

—Desarmad á esos hombres,—exclamó el duque,—y queden en pie delante de mí.

Los dos estaban aturdidos, confusos, pálidos, descompuestos.

Eran víctimas de una sorpresa tan inesperada como rápida é incomprensible para ellos.

Aun no habían podido decirles lo que ocurrió en la torre del vigía, ni tenían conocimiento del desembarco de Ontoria, ni supieron nada del duque hasta que le vieron.

Osorio volvió á exclamar:—«quédense en este edificio la guardia, y cincuenta hombres quédense en ese salón contiguo con dos capitanes; los restantes partan á la torre del vigía, y que se venga con ellos el maestre Otoria, la fuerza que llevó y cuantos hombres haya allí, presos estos últimos. Al que os haga resistencia fuego y adelante. Corred.

Hecho lo que acababa de mandar, y sentado en un mullido sillón, quedó mirando á las dos autoridades que con la cabeza inclinada hacia el suelo, permanecían sin vida ni aliento.

Fueron tan rápidas las operaciones mandadas y hasta hechas por el duque, que la sorpresa fué general. Y lo mismo en el palacio, que en el muelle y la ciudad todos estaban atónitos, temiendo que ocurriese algo grave, pero sin saber lo que era. Osorio seguía mandando á lo invencible.

Muy poco antes se había negado el duque á desembarcar; todos sabían que jamás faltaba á su palabra y aquel desembarco repentino, al frente de tanta fuerza, un hombre que tanto valía y tan respetado era en el mundo, les llevó necesariamente al temor, al sobresalto y al asombro.

Nuestros lectores habrán notado ya la diferen-

cia que existía entre el duque del Imperio y su hijo.

En el primero todo era rápido, acertado, eso sí, pero de resultados dudosos hasta su término.

En el segundo sucedía lo contrario: había unas veces viveza, otras calma, y al comprender sus operaciones nadie dudaba, por llevar todos el sello del triunfo y de la gloria.

Era, además, el hijo, más humano; el duque confiaba el éxito á su talento y á los esfuerzos de sus soldados; Flaviano á su genio; el que menos hacía era su ejército.

El uno era el hombre grande; el otro, el héroe, el genio de la guerra.

CAPITULO XVIII

En tropel.—Todo es sorpresa.—La historia de lo ocurrido.—Los castigos.—Causa, sentencia y aplicación de la pena casi á la vez.—Al navío.

También el duque meditó dos minutos. Alzó de pronto la cabeza, preguntando:

—¿Sois el gobernador de estas islas?

—Sí, señor,—murmuró el compañero del subgobernador.

—¡Pronto os habeis curado!

—Señor, me sentí de pronto enfermo, y aún tengo fiebre.

—Esa última es innegable, pero la motiva mi presencia aquí. ¿Por qué no fuísteis á saludar y á ofreceros al general en jefe de todos los ejércitos de mar y tierra del rey de España?

—Señor, podeis creerme...

—¿Ignorais quien os habla?

—Puede creerme V. E., me sentía enfermo.

—¿No os detuvo el alférez Victoria, que llegó al mismo tiempo que vos salíais?

—Me habló, señor, pero ya me sentía enfermo.

—Decidme, subgobernador, y ya sabéis lo que yo hago con el que engaña al duque del Imperio, ¿qué relaciones unen al gobernador con el alférez Victoria ó con la familia de éste?

—Mi jefe, señor, debe contraer matrimonio con una hermana de ese alférez.

—¿Suponéis como yo, que todo lo que haya podido hacer ese oficial ha sido de acuerdo con su futuro cuñado?

—Lo doy por hecho.

—¿Dais también por hecho que vuestro jefe ha puesto á disposición de Victoria sobre treinta hombres con su jefe á la cabeza?

—Sí, señor.

—¿A dónde los mandó?

—A la torre del vigía.

—¡Qué gobernadores tiene España en algunos puntos, pero el de Canarias no volverá á serlo!

—Señor, no es malo; pero lo tienen perturbado sus amores con la hermana de Victoria y su próximo enlace.

—No lo mandaron el rey y la patria á que amase á esa mujer, sino á que administrase justicia.

—Es verdad, señor; pero le disculpa, en parte, su loca pasión.

—Ahora lo veremos.

Se había oído un tropel que fué aumentando, á la

vez que infinitas voces daban vivas al rey y al duque del Imperio.

El tropel llegó hasta el mismo palacio, deteniéndose los que lo promovían en el salón contiguo al en que se hallaban el duque del Imperio y los dos gobernadores. Allí dieron el último viva á Osorio, llamándole *Invencible*, y quedaron mudos.

Eran Victoria, las fuerzas que llevó, los que fueron del palacio en busca de sus compañeros y todos los de la torre, incluso el vigía.

—¿Vienen con vosotros los capitanes Urrutia, Zalla y mis dós criados?—preguntó el duque.

—Sí, señor,—le contestó Victoria, que estaba delante de todos.

—Que entre el primero.

—A vuestras órdenes, mi general.

—Decidnos la causa de haber desembarcado en esta isla y quién os acompañaba.

—Señor, á mi compañero el capitán don Ricardo Zalla le había desafiado para esta tarde á las cinco, al pie de la torre del vigía, el alferez Victoria, y me hizo el honor de nombrarme padrino suyo. Fuimos al sitio designado, y á poco de llegar aparecieron el citado alferez y tres hombres más, perfectamente armados. Cruzamos algunas frases, y como ni mi compañero ni yo tememos á cuatro ni á seis, les seguimos á una hondonada próxima, sitio más retirado y oculto que aquel en que nos hallábamos. Yo seguía en la creencia de que sólo debían batirse Zalla y Victoria. En eso volvimos á convenir, hallándonos ya en el último sitio designado.

Ambos sacaron las espadas, y al cruzarlas, los tres compañeros de Victoria cayeron sobre Zalla con furia satánica. De un oportuno salto se echó atrás mi compañero, yo corrí á su lado, y unidos acometimos á los cuatro.

A los cinco minutos Victoria y uno de sus compañeros caían muertos, y los otros dos se batían en retirada, herido el uno en el pecho y el otro en un hombro; creo que las dos heridas eran mortales. Volvieron la espalda y huyeron, pero dos de vuestros criados que andaban por allí, presenciaron la escena, y al ver que se escapaban cobardemente les hicieron fuego, acabándolos de matar con dos certeras balas.

Reunidos los cnatro nos retirábamos al navío para dar cuenta á V. E. de lo que acababa de suceder, cuando fuimos sorprendidos por treinta soldados del rey con su oficial á la cabeza, que nos rodearon á los cuatro y prendieron en nombre de S. M. Pudimos habernos defendido, que los que sirven á vuestras órdenes jamás cuentan el número de sus contrarios cuando van á pelear, pero se invocaba el augusto nombre del rey; eran soldados de S. M. y nos entregamos sin expresar frase alguna. El resto se lo dirá á V. E. el maestre Ontoria.

—Que avance el capitán Zalla.

—¿Qué manda V. E.?

—¿Es cierto lo expuesto por vuestro compañero?

—Sí, señor.

—¿Deseais añadir algo?

—Nada en verdad me es posible añadir.

—Retiraos también, y que avance el maestre Ontoria.

—A la disposición de V. E., mi general.

—¿Por qué habéis desembarcado esta tarde y tomado la torre del vigía?

—Sospeché que en ese sitio peligraban las vidas de algunos compañeros míos, corrí en auxilio de ellos, tomé la torre á la carrera, y en efecto, llegué con tal oportunidad, que si tardo cinco minutos, arcabucean á los cuatro.

—¡A los cuatro! Sin formación de causa y hasta sin oirlos.

—Así es la verdad, señor.

—¿Hallásteis resistencia?

—Ninguna. Al vernos tomar la torre como leones sedientos de su presa se entregaron á discreción.

—¿Son españoles?

—Sólo el oficial, los soldados, canarios.

—¿Qué hicísteis después?

—Desarmarlos á todos y armar á mis dos compañeros Zalla y Urrutia y á los dos sirvientes.

—¿Y luego?

—Esperar las órdenes de V. E.

—Retiraos y que entre el vigía.

Obedecido que fué, le preguntó:

—¿Qué noticias tenías de lo que has escuchado?

—Ninguna, señor. Al ver llegar la tropa de orden del señor gobernador, ni opuse resistencia, que hubiera sido inútil, ni ayudé en nada. Me encerré con mi mujer en el mirador, y allí sin ver ni oir lo que

pasaba en la torre permanecí hasta que el soñor maestre de campo me mandó que le siguiera.

—¿Nada te dijo el oficial que llegó primero?

—Unicamente que tomaba posesión de la torre por orden del señor gobernador, á cuyas órdenes servía?

—Márchate y sigue cumpliendo con tu obligación. Que avance el capitán que ha venido desarmado y preso.

—¿Qué manda V. E.?

—¿Es cierto cuanto ha referido el capitán Urrutia? Vos lo habeis virto todo.

—Sí, señor, todo lo ví, y cuanto el capitán ha dicho es verdad.

—¿Quién os mandó ir á la torre?

—El alférez Victoria.

—¿Por qué obedecísteis á un inferior que no podía ni debía mandaros?

—Porque mi jefe me encargó que le obedeciera.

—¿Ibais á arcabucear á los cuatro que prendísteis?

—Sí, señor.

—¿Quién os lo mandó?

—Victoria.

—¿También os mandó prenderlos?

—También.

—Muerto ya Victoria, ¿cómo pudísteis obedecerle?

—En vida me dijo que si algo malo le sucedía con un duelo que iba á tener prendiera ó matara á los causantes.

—¿Sabeis quiénes eran los tres que acompañaban á Victoria?

—Sí, señor; sus hermanos.

—¿El terrible cumplimiento de ese atroz mandato era justo?

—Mi deber me imponia obedecer al que el señor gobernador me mandaba; no me metí en otras averiguaciones.

—No hubiera podido hacer más un idiota. Retiraos á ese salón inmediato.

Dirigiéndose después al gobernador, le preguntó:

—Defendeos, si podeis de los cargos que os acaban de hacer.

—No puedo, señor; una pasión funesta se apoderó de mi alma, y en alas de ella llegué hasta el mayor delito que puede cometer una autoridad. Nada niego; con los acontecimientos de hoy perdí á la mujer que amaba, y todo me sobra en el mundo.

—No basta eso, es necesario que deis explicaciones; vuestra abnegación de nada sirve á la justicia, necesita conocer la verdad, toda la verdad.

—Preguntadme, señor.

—¿Cuándo vísteis á Victoria?

—En los momentos en que me iba á embarcar para ir á ofrecerme á V E. Llegaba del navío y á mi lado estaban sus padres, tres hermanos y su bella hermana.

—¿Vuestra prometida?

—Sí, señor.

—¿Qué os pidió Victoria?

—Que aguardase unos cuantos minutos mientras hablaba con sus padres y hermana.

—¿Y luego?

—Después me dijeron los padres que su hijo tenía un desafío, y que para evitar que lo matasen pusiera á la disposición de Victoria alguna fuerza armada. Para complacerlos, rogué á mi sustituto que fuera por él y en mi nombre á saludar á V. E. y que me disculpara con vos, toda vez que me sentía enfermo. Sólo con los padres y cinco hermanos quise enterarme de lo que iban á hacer, contestándome el padre de Victoria: «Si deseais la mano de mi hija acceded á mi deseo, de lo contrario, y si á mi hijo menor le ocurre alguna desgracia, no os unireis á ella ni ahora ni nunca.» La madre y cuatro hermanos repitieron las mismas frases; la hija me rogó que accediera, no pude resistir, y en el acto le entregué treinta hombres con un oficial que merecía toda mi confianza, al cual mandé que obedeciera á Victoria como á mí mismo. Me dió palabra de hacerlo, y entonces me retiré al palacio sin que yo tomara parte alguna en lo que ellos hicieron, ni supiera hasta ahora lo descabellado del plan que en mal hora concibieron.

—¿Qué parte tomó el subgobernador en ese asunto?

—Ninguna; ese todo lo ignoraba.

—¿Ayudó algún otro á la familia Victoria directa ó indirectamente?

—No, señor.

—Diga el subgobernador todo lo que sepa sobre cuanto acaba de oir:

—Señor, creo que todos han expresado la verdad; pero nada he visto, nada me consta.

—¿Qué familia es esa, la de Victoria, que obró tan descabelladamente?

—Descienden de africanos, son ricos, tienen poca inteligencia, mucho orgullo y los padres una hija que es un portento de hermosura.

—¿Qué eran los hermanos de Victoria?

—Libertinos y pendencieros, y los cuatro muy mal educados. Contaban con la influencia y protección del gobernador, y amparados por ellos han cometido muchos abusos y hasta punibles delitos.

—Es decir, que están bien muertos.

—Creo que sí.

—¿Pero es posible, señores, que haya habido una autoridad que gobierne de ese modo un pueblo que tiene fama en el mundo de honrado, obediente y culto? El que hizo eso no debe volver á gobernar pueblo alguno; es lo menos que la justicia debe hacer contra él. Queda el subgobernador nombrado gobernador interino hasta que S. M. disponga lo más conveniente. Ya sois gobernador. Instruid esta misma noche ol expediente de todo lo ocurrido, teniendo en cuenta que vuestro antecesor irá á España bajo partida de registro, y ese oficial idiota dejará desde hoy de pertenecer al ejército español. Poneos á trabajar sin levantar mano, y que antes del medio día de mañana esté todo concluído. Con vos quedan el maestre Ontoria, la fuerza que él trajo del navío, los capitanes Urrutia y Zilla y mis dos criados, para que os ayuden en cuanto necesiteis de ellos.

—Muy bien, señor.

En este instante empezaron á llegar autoridades, jefes y oficiales del ejército y nobles de Santa Cruz á ofrecerse al duque en el conflicto que se decía acababa de tener lugar.

El duque los dió las gracias, estrechó sus manos y salió del palacio con toda la fuerza que había llevado.

Los botes y lanchas le esperaban en el muelle, se embarcaron, y á las diez de la noche entró en la cámara de popa. Cinco horas le habían bastado para hacer cuanto acabamos de ver. Su energía no había menguado por los años ni por causa alguna.

Al primero que halló sobre la cubierta del navío fué al comandante del barco, al cual dijo:

—Yo os creía entre los brazos de vuestra madre.

—En ellos estaba, señor, cuando me dijeron que algo grave ocurría en San Juan, y sin detenerme corrí á mi puesto de honor, y aquí continúo hasta que vos dispongais lo más conveniente.

—Regresad á la ciudad y proseguid haciendo lo que os habíais propuesto, pues quiero que partamos mañana á la hora convenida.

—Mi deseo de anclar y ver á mi madre.

—No continueis; lo ocurrido aquí debió ser en otra parte, y todo ha sido cuestión de adelanto. De nada sois culpable.

—¿Queda todo terminado, señor? Perdonad si me he atrevido á preguntaros...

—Todo ha terminado, y para satisfacer vuestra natural curiosidad, os diré que todo se ha reducido á cuatro muertos y un cambio de gobernador.

—¡Casi nada, señor!

—Poca cosa.

—Continuais siendo el mismo, y lo aplaudo y lo celebro. El rey y la patria siguen teniendo en vos el más firme baluarte...

—Yo no hice nada, Negrete.

—Nada. Desde esa baranda, mirando y comprendiendo lo imposible, no hizo nada mi general. Si no es por vuestro talento y energía... Si os matan á vuestros dos capitanes y criados...

—¿Qué hubiera sucedido?

—Que arcabuceamos al gobernador, á cuantos hubieran tomado parte y hasta los que simpatizasen con las vítimas que inmolábamos.

—¿Quién os lo ha contado?

—Que no sé yo cómo defendieron siempre los Invencibles á los que sirven á sus órdenes.

—¿No vais á seguir estrechando á vuestra madre?

—¿Os molesto?

—No á fe mía.

—En ese caso tendré la honra de cenar con vos, que ya es hora, y después marcharé con mi madre.

—Acepto Vamos á la cámara.

Cenaron, conversando á la vez, y después de las once, el comandante se fué con su madre, y el duque se retiró á descansar. Los del navío, que se quedaron en Santa Cruz, no durmieron.

La ciudad se alarmó al principio, pero tal confianza le inspiraba el duque del Imperio, que pronto se tranquilizaron y durmieron sin cuidado alguno.

CAPITULO XV

Más explicaciones sobre los hechos consumados. Todo acabó.— Continúa la travesía.—Los trópicos.—La Habana.

A las ocho de la mañana despertó el duque, viendo dormido á Zalla sobre una banqueta y apoyada su cabeza en los cantos de los colchones de su cama.

Osorió le miró con bondad y cariño. Luego llamó para que lo vistieran y al entrar el criado despertó Ricardo, al cual preguntó el general:

—¿Por qué te has echado ahí?

—Porque el perro debe dormir á los pies de su señor.

—Has debido desnudarte y descansar en tu cama.

—Acabamos de llegar y no pensaba dormir. Entré á veros, me senté á los pies de vuestra cama para contemplaros á mi placer, y contra mi voluntad se cerraron mis ojos, cayó la cabeza y me quedé dormido. Pero ya hasta la noche no me acuesto.

—¿Quiénes habeis venido?

—Todos, menos el maestre y su criado.

—Vístema, López. Y tú, Ricardo, espera en la cámara, que deseo hablar contigo.

—Yo tambien tengo algo que deciros.

Vistieron al duque, despidió al sirviente y entrando en la cámara dijo á Zalla.

—Bien has cumplido mi encargo.

—¿El de no matar á Victoria?

—Sí.

—Señor, eran miserables traidores, y tuve que batirme con dos á la vez. Fueron con cota de malla y coraza interior.

—¿Cómo los mataste yendo tan reguardados?

—Degollándolos.

—¿Fuiste tú el que mató á los primeros?

—Sí, señor.

—Me lo había figurado.

—Urrutia es muy valiente y sereno, pero no sabe matar á lo Flaviano.

—¿También te enseñó mi hijo á degollar?

—Quién lo duda. Bien sabeis que con esta cota y coraza, solo se mata bien y con brevedad acuchillando la garganta.

—Buenas cosas te enseñó Flaviano.

—Golpes suyos, originales, rápidos y tan seguros que hubiera podido matar yo solo á los cuatro.

—Pero hombre, tu no tienes caridad para el prójimo. Urrutia, ya es otra cosa.

—Pues se queja de no haber podido matar como yo.

Sólo hirió y á él le tocaron, rompiéndole la trusa.

—¿Pero lo han lastimado?

—No, señor, un arañazo que no tiene importancia.

—¿Quién hizo fuego contra los heridos que huían?

—López. No dió tiempo á su compañero. Descargó una pistola de dos cañones, tirando al vuelo, como dicen los cazadores.

—¿Qué es el vuelo?

—Que iban volando como pájaros. Bien tira ese sirviente.

—Tenía afición, su puntería era buena y le enseñó Flaviano.

¿Y á mi maestro, quién le enseñó á ser el primer tirador del mundo?

—Mucho aprendió de los seis hermanos y de Roch, pero aprendió solo mucho más. Ese inventa convirtiendo á los maestros en discípulos suyos.

—¡A quién se lo contais, señor! Las cuchilladas que yo dí ayer, defendiéndome á la vez de dos espadas, fué otro juego inventado por don Flaviano, que sólo conocemos el inventor, don Julio y yo.

—¿Cuántas cuchilladas tiraste?

—Dos, una á cada uno.

—¡Buenas serían!

—Infalibles.

—¿Qué tenías que decirme tú?

—Ah, sí, señor; queda en el navío otro alférez, canario también, que le sorpeendí al llegar esta mañana, condoliéndose de la muerte de Victoria y murmurando de nosotros.

—¿Con quién hablaba?

—Con un teniente que le reprendió, llamándole rinoceronte.

—¿Y tú, qué le digiste?

—Nada.

—¿Nada le hiciste?

—Eso ya es otra cosa. Lo cogí por una oreja y lo arrodillé á mis pies.

—¿Quién se quedó con ella, él ó tú?

—Se apresuró tanto á pedirme perdón, y tales protestas hacía, que se la dejé á él. Pero tiene mala mirada, señor.

—Y es además cobarde.

—¿Qué hago con él, señor.

—¿Querías matarle también?

—Si vos me lo mandais...

—¡Sanguinario!

—Deseo averiguar si puedo llegar á *Invencible.*

—Pues no eres poco ambicioso.

—Señor, al lado de don Flaviano todo es posible.

—Al lado de mi hijo trabajarás poco, Ricardo.

—¿Por qué, señor?

—Porque todo lo hacen él y su paje.

—¡Un paje!

—Sí, un paje que no tiene igual en el mundo.

—¿De dónde es?

—Mejicano.

—Lo echo y me pongo en su puesto.

—Dios te libre mirarlo con malos ojos. Le ama Flaviano tanto como á un hijo.

—¿Pero ¿qué hace ese paje, señor!

—Tener más talento que tú, tirar mejor, ser más valiente, más entendido y no aspirar en el mundo á otra cosa que á salvar la vida de su señor.

—¿Un criado?...

—Le llaman paje, pero es un amigo, un compañero inseparable de mi hijo.

—Habrá ascendido mucho.

—Salvó varias veces la vida de su señor, se ha batido infinitas y continúa de paje.

—¡Vaya un niño aprovechado! Pero don Flaviano le habrá hecho...

—No ha querido él que le haga nada.

—Ardo en deseos de conocerlo y abrazarlo.

—Te guardarás de tocarlo, no gusta de las caricias de los hombres.

—Lo mismo me sucede á mí, pero estrecharé su mano, seré su amigo y á su lado me convertiré en otro paje que velará como él por la vida del héroe.

—Avisa á Urrutia, si está levantado que venga aquí. Y al oficial de guardia que al llegar el comandante Negrete le haga bajar á esta cámara.

—Hasta después, señor.

Poco después llegó el capitán Urrutia, diciéndole:

—¿Mi general?

—¿Dormíais?

—No, señor, esta noche navegando lo haré.

—¿No os desvela el movimiento del barco?

—Al contrario, señor, me adormece.

—¿Cómo estáis de la herida que os hicieron ayer?

—¡Herida! ¡Ah, sí! Tan grave fué que ni me acordaba.

—¿Os curaron?

—Señor, fué un arañazo que ni aun llegó á dolerme.

—Me alegro que no fuese más.

—Gracias, mi general.

—¿Qué tal se batió Zalla?

—Es un demonio, señor, con la espada en la mano. ¡Qué destreza y qué agilidad!

—Creo eso.

—Les tiró dos cuchilladas que les hizo botar en el suelo al caer. Bien aprovechado es el discípulo de don Flaviano.

—Os he llamado para que estéis á la mira, y en el momento que se marche el nuevo gobernador, que estará aquí al mediodía, entrais, pues tenemos que escribir á Madrid.

—¿Nada más deseais?

—No.

Quedó el duque solo, empleando una hora en concluir dos cartas que quería fuesen de su letra, una para la duquesa de los Andes y otra para el príncipe de Italia

A las doce y media se le presentó el gobernador, llevando el expediente instruído, firmado y en toda regla. El duque lo leyó y dijo al gobernador interino:

—Todo está bien. Hoy mismo os mandaré vuestro nombramiento, la destitución de vuestro antecesor, y un paquete abultado que mandaréis á su majestad con el primer correo que salga para España.

—Gracias, excelentísimo señor.

—No me deis tratamiento. Contra mi costumbre lo impuse anoche por la solemnidad del acto. ¿Qué dice el exgobernador.

—Nada, señor.

—¿No se queja de su suerte?

—Calla y sufre las consecuencias de su loco amorío.

—Estrechad mi mano y retiraos, que aun me queda mucho que hacer.

Se despidieron, entró Urrutia y comenzaron á trabajar, continuando así hasta las tres de la tarde.

A esa hora apareció el comandante Negrete preguntándole:

—¿No habeis comido, señor?

—No, en este momento acabamos. Tomad, mandais al nuevo gobernador este nombramiento, ese abultado paquete para el rey y esas cartas. Basta con que le dejen ó entregue todo ese, ya sabe lo que ha de hacer con todo.

—¿Comemos seguidamente?

—Sí, pero oid antes. Queda en el navío otro alférez cobarde y torpe. Creo que es de Santa Cruz también. Que se vaya á su país y reemplazais á los dos que os van á faltar cuando podais hacerlo con hombros de corazón y de algún entendimiento.

—¿Quién es, señor?

—No lo sé, pero os lo dirá Zalla.

—¿Mandais algo más?

—En cuanto acabeis lo que concluyo de mandaros, la comida, que aún estoy en ayunas.

—Como lo siento, señor.

—Haceis mal, yo estoy acostumbrado á comer cuando se puede y se tiene qué.

—Despacharé lo antes posible.

—¿Sabeis si vino Ontoria, Urrutia?

—Sí, señor. Llegó con el gobernador.

Un cuarto de hora después se sentaron á la mesa y comían.

Las miradas en esta ocasión eran todas para Zalla. Se había batido con dos á la vez, ellos iban forrados de cuero, él de seda y lana y á los dos había muerto sin que le tocasen á su ropa. Aquellos guerreros que le rodeaban, no obstante su probado valor, empezaban á respetar á nuestro joven y hasta á mirarlo con algo de admiración.

A su espalda decía uno:

—Qué valor ha demostrado, qué serenidad y qué destreza.

Otro añadía:

—¡Entre buena gente está para que no salga un hombre extraordinario; digo, los Invencibles!

Aquél murmuraba:

—Su padre y dos tíos fueron lo mismo y dice el adagio que de casta le viene al galgo. Ahora me explico la estimación del duque.

—Tiene una cualidad,—añadía otro,—que supera á todas esas.

—¿A todas?

—Sí, señores, á todas.

—¿Cuál es?

—La de ser discípulo del héroe Flaviano.

—¿El que se burla y domina á los ciclones?

—Sí, el que se halla en Nueva España ganando batallas sin perder un soldado.

—No le va mal refuerzo con el duque y su escolta.

—¿Para qué lo necesita él? Flaviano de Osorio, según afirman los más peritos, vale él solo más que los seis Invencibles.

—Mucho valer es.

—Lo asegura el príncipe de Italia.

—Gran voto; él fué un héroe y su padre también.

—¿Y Zalla es discípulo de ese genio?

—Y protegido además.

—Buena carrera va á hacer.

—Ya hemos visto ayer que sostiene con honra la banda de capitán que cruza su pecho.

—¿Quién direis que llevó esa banda antes que él?

—Su padre.

—No.

—¿Alguno de sus tíos?

—Tampoco; el mismo duque del Imperio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El capitán Urrutia que lo vió.

—Algo haría él para merecer tan gran honra.

—Matar á dos que osaron hablar mal de los hijos de los Invencibles.

—¿En duelo?

—Sí; uno de ellos era maestro de esgrima y apro-

vechando un descuido de Zalla le hirió en el brazo derecho, pero herido y todo nuestro compañero se echó á fondo y le atravesó el corazón.

—Por lo visto el héroe le enseñó á matar:

—Es verdad, no cuenta heridos, solo muertos.

—Si alguno le hace algo ya lo sabe, tiene que matarlo ó morir.

—Mejor es no hacerle nada.

—Eso digo yo.

—Eso. Eso.

He ahí cómo hablaban ya de Zalla los valientes.

Terminó la comida y el comandante preguntó al duque.

—¿Podemos zarpar, señor?

—¿Está todo dispuesto?

—Todo y van transcurridas las veinticuatro horas que me dísteis.

—Pues mandar levar anclas, proa á los Trópicos y adelante. ¿Qué viento tenemos?

—Del Este, fresco y vivo.

—Lo llevaremos de popa como antes.

—Sí, señor.

—Pues dad principio.

No tardó mucho en empezar á moverse el navio San Juan.

La plaza lo despidió con los cañonazos de ordenanza, millares de pañuelos saludaban desde el muelle al duque del Imperio todo fué poco á poco apagándose por ir multiplicando el barco la distancia que lo separaba de tierra.

Una hora después solo veían los navegantes del San Juan el terrible pico de Tenerife que parecía salir majestuoso y formidable de entre la aguas del Océano.

Volvió á dejar atrás el navío diez millas por hora ó acaso más. El viento del Este iba siendo cada vez más fresco y vivo.

Durante la velada, ó con más propiedad, cuando aquella terminaba, se quedó solo Zalla con el duque preguntándole:

—La tarde de ayer y hasta el fin de la comida de hoy desechasteis la melancolía anterior, esta tarde le volveis á dar cabida con harto sentimiento mío. ¿Qué os pasa ahora, señor?

—Ricardo, lo ocurrido ayer y sus consecuencias hoy, absorbieron toda mi inteligencia. Concluyó el inesperado accidente y la idea de mi hijo ha vuelto á apoderarse de mi espíritu.

—Señor, que soy capaz de provocar otro acontecimiento análogo, para que no esteis triste.

—¿Con quién ibas á provocarlo?

—Con el maestre, con cualquiera de los capitanes. ¿Qué me importa á mí? ó con el primer oficial que encuentre y no sea cobarde.

—Dios te libre de hacerlo, porque perderías mi estimación.

—En mucho la tengo, señor, en tanto como la vida, pero prefiero perderla á veros tan triste y melancólico.

—Tengo una esperanza, Ricardo, pasamos por cerca de la Habana y daré orden para que nos detengamos allí unas cuantas horas.

—¿Qué conseguiremos con eso?

—Acaso mucho.

—No comprendo.

—El gobernador de Cuba es sobrino mío, le debe á Flaviano ese empleo y es natural que tenga noticias recientes de mi hijo, toda vez que sabe la guerra en que se halla y lo cerca que debe estar de la Habana.

—¿Tardaremos mucho en llegar á Cuba?

—Si continúa este tiempo, no.

—¿Qué dice el comandante?

—Que no hay señal alguna de cambio.

—Señor, vuestra esperanza no es ilusión, tened confianza en Dios y esperemos. ¿A qué sentir una desgracia que no es cierta?

—¡Las frases del Santo!...

—Señor, en este pícaro mundo se equivocan hasta las vírgenes.

—Julio, no.

—¿Pero sabe algo de cierto?

—Algo, pero no lo bastante.

—Yo creo, señor, que por esta vez se equivoca el Santo. El mucho amor que tiene á don Flaviano lo extravía.

—Ojalá y fuera cierto.

—A dormir, señor, y no sufrais, de lo contrario mato á cualquiera, aun cuando sea al comandante.

—¿Qué lograrías con eso?

—Que os entretuvierais en formarme causa y en mandarme ahorcar y no pensaseis durante ese tiempo en mi maestro y protector.

—¿Y si nos íbamos á pique?

—Vos dirigiríais la nave y no habría peligro alguno.

—Ricardo, no soy yo el que sabe hacer esas cosas, es mi hijo.

—Como fuera indispensable, también vos lo haríais. ¿Dormimos?

—Sí, que tú no lo hicíste anoche.

—¿Y vos?

—También lo haré.

—¿Menos melancólico?

—Veremos si puedo.

—Que os ve el padre Alberto; aquél es santo de veras, y si desconfiais de la protección y amparo que concede á don Flaviano puede daros por lo menos un susto.

—Esa es mi principal esperanza; que mi padre Alberto le proteja.

—Y Dios y toda la corte celestial; ¿pues no es mi maestro el mejor de los nacidos?

—Gracias, Ricardo, tus frases han reanimado mi decaido espíritu. Estrecha mi mano.

—Y la beso además. Esta, señor, si que mataba bien.

—Sí, que la tuya mata mal.

—Pero no como ésta que fué y aún puede ser un prodigio. Buena noche, señor.

—Dios te dé un sueño tranquilo y agradable.

—Y á vos una seguridad absoluta de que nuestro amado don Flaviano vive y triunfa como yo creo.

Ambos se acostaron.

El tiempo continuó en bonanza, pero el duque no podía, por más esfuerzos que hizo Zalla para arrancar de la mente de su general la idea de que á Flaviano le ocurría algo grave, volver al estado normal ni á tranquilizar su espíritu.

Siete días después entraron en los Trópicos.

Todos conocieron su llegada á la zona Tórrida; era otra la temperatura, otro el clima, pero el viento no cambió, ni una sola nube empañaba el firmamento.

El duque dijo al comandante del navío:

—Pienso, Negrete, que nos favorece la Providencia.

—¿Por qué, mi general?

—¿No estamos en los Trópicos?

—Ciertamente.

—Pues noto que continúa el mismo cuadrante y hasta me parece que el barco anda más.

—No os habeis equivocado, señor; arreció el aire, el choque en el velamen es más fuerte y puedo aseguraros que el navío deja atrás de once á doce millas por hora.

—Si continúa este tiempo, ¿cuánto tardaremos en arribar á la Habana?

—De cuatro á cinco días.

—Ya es ocasión que os diga que deseo nos detengamos en la Habana lo menos veinticuatro horas.

—Muy bien, señor; así podremos renovar víveres, coger frutas, que en ese país son excelentes, y agua, que también la hay mejor que la que ahora bebemos.

—Os advierto que pasaré todo el día en tierra, y que deseo guardar el más riguroso incógnito.

—Lo haré saber á todos.

—Conceded los permisos que querais para desembarcar en ese corto plazo.

—Todos querrán ir.

—Eso es cuenta vuestra; yo saldré el primero con el maestre Zalla, y desde ese instante sereis el jefe absoluto. De mi escolta concedeis permiso á todo el que os lo pida, pero recomendándoles que no rompan el incógnito que me he propuesto guardar.

Continuaron hablando de cosas de menos importancia.

Cinco días más tarde dieron vista á la Habana, sin que se notase otra cosa que la llegada de un navío de guerra.

Poco después de la salida del sol ancló el barco en el hermoso puerto, sin que nadie pudiera sospechar lo cerca que estaban de uno de los primeros personajes de España y hasta de la Europa culta.

CAPITULO XIX

La Habana con un buen gobernador.—Consecuencias del incógnito.—El tío y el sobrino.—El duque del Imperio se reanima.—Todo es en Cuba placentero.

Tal era la justificada ansiedad del duque que no tomó precaución alguna para partir. Mandó echar un bote y en él entró con el maestre Ontoria y Zalla.

Vestían zapato, media de seda, gregüescos y trusa de terciopelo negro, ferreruelo de lo mismo, la golilla de la época y un chambergo con pluma encarnada. Armas la espada.

Los tres iban iguales, y llegaron al muelle en el momento de abrirse el tráfico y la circulación.

El duque despidió á los del bote y avanzaron, pero á los pocos pasos los detuvo un funcionario público, diciéndoles:

—¿Dóude van los señores?

—Al palacio del gobernador.

—¿Quienes son los señores?

—Tres pasajeros del navío *San Juan*, que acaba de llegar de España.

—¿Traeis en regla todos los papeles?

—Sí.

—Pues venid á la oficina del registro y allí os darán el pase.

Los tres se miraron y sonrieron, pero el funcionario cumplía en aquel momento con sus deberes y ellos le obedecieron.

Entraron los cuatro en una caseta, en la que había una mesa con recado de escribir; dos empleados y tres solos taburetes; dos ocupados y uno vacío.

—Estos tres señores,—dijo el funcionario,—quieren entrar. Dadles pase si sus papeles están en regla.

Y desapareció.

El de más edad de los dos, preguntó:

—¿Traeis los documentos de embarque y desembarque?

—No, señor,—contestó el duque.—Todos los hemos dejado en el navío.

—Entonces no podeis entrar en la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque lo prohiben los reglamentos.

—Vamos á casa del señor gobernador, que venga uno de vosotros y la primera autoridad de Cuba responderá de los tres.

—Si es que vosotros no podeis pasar de esta casilla mientras no justifiqueis vuestra personalidad.

—¿Puede uno de los tres ir al navío á recoger los documentos?

—No, señor, de aquí no podeis moveros.

—¿Entonces cómo hemos de justificar nuestra personalidad?

—No lo sé, porque es un caso nuevo. Cuantos desembarcan van provistos de sus papeles.

El duque se mordió los labios; el empleado tenía razón en lo que expresaba.

Zalla le dijo:

—Discurrid algún medio para salir del apuro, porque de lo contrario no os sentaréis mañana en ese taburete.

—¿Quién me lo ha de impedir?

—El parentesco que estos señores tienen con el gobernador ó la punta de mi espada.

—Ni lo uno ni lo otro serán causa bastante para que yo falte á mi deber.

—Tiene razón este empleado,—añadió el duque,—yo os ruego discurrais el medio de salir del apuro.

—Eso es hablar en razón. ¿A quién conocéis en la Habana?

—No lo sé, pero ya os he dicho que soy pariente del gobernador.

—Su señoría no deja el lecho hasta las nueve ó las diez y son las seis.

—Discurrid otro medio.

—Vuestro porte es muy distinguido, pero yo no puedo hacer nada.

—¿Quién puede hacer?

—Nadie. Tened paciencia; ved si pasa por ahí alguna persona que responda por vosotros y entonces os daré el pase.

—Aquí no hay ni donde esperar sentados.

—De eso no tengo yo la culpa.

—Decidme; ¿hay por aquí cerca algún cuerpo de guardia?

—Sí, señor, muy cerca.

—¿Qué grado tiene el que la manda?

—Capitán.

—¿Sabéis cómo se llama el que hoy está de servicio?

—Don Juan Pérez de Guzmán.

—Sí, le conozco.

—No basta, es preciso que él os conozca á vos.

—Me conoce también. Tomad esa onza de oro y dádsela á un mozo para que avise á Pérez de Guzmán.

—¿Tanto dinero?

—Sí, soy muy rico.

—¿Qué le he de decir?

—Que un jefe de los que tuvo en Malta cuando estaba allí con los *Invencibles* desea y le ruega se llegue un momento.

—¿Me permitiréis que yo vaya?

—Con mucho gusto.

—Compañero, ya sabes la consigna.

—Sí, vete.

El otro empleado dejó de escribir, y fijo en nuestros tres amigos los observaba con atención.

A los cinco minutos regresó el otro empleado seguido de un capitán que representaba la edad

del duque, muy delgado y su cutis en completo deterioro:

Pérez de Guzmán entró, preguntando:

—¿Dónde está ese supuesto jefe, el cual si me engaña se vendrá conmigo á un calabozo?

—Vedlo,—le dijo el empleado.

—El capitán se fijó en él con gran desconfianza, pero de pronto retrocedió dos pasos, tiró el chambergo y cruzando las manos exclamó:

—¡Santiago me valga, lo que tengo delante! Señor...

El duque se fijó el índice en los labios, diciéndole á la vez:

Llego de incógnito, estaré pocas horas y el que me reconozca y descubra perderá...

—Ya lo sé; la vida. Yo se la quitaría. Bendito sea Dios que me permite volver á ver al... á... Vamos á... mi jefe, á mi señor... ¡Si yo pudiera hablar!

—Podéis responder por mí.

—Eso es poco; puedo y quiero dar por vos hasta mi vida. ¿Veis? yo tan fuerte lloro de alegría.

—Responded por nosotros y acompañadme á casa del gobernador no vuelvan á detenerme.

—¡Os han detenido! Bellacos, habeis cometido la mayor barbaridad.

—No les reprendáis, Guzmán; han cumplido con su deber.

—Está bien, señor; yo les ajustaré la cuenta después.

—Os prohibo que les hagais nada.

Los dos empleados se habían descubierto y estaban ahora de pie, muy descoloridos y casi temblando.

—No perdamos tiempo, Guzmán,—añadió el duque.

—Al momento.

Y salieron, entrando al poco tiempo en una calle estrecha y solitaria. El capitán cogió la mano derecha del duque y empezó á besarla humedeciéndola con sus lágrimas.

—Déjame Guzmán, estréchala y nada más.

—¡Qué dicha, qué ventura! Esto mismo hice con el héroe vuestro hijo cuando pasó por aquí.

—Poco habéis ascendido, Pérez.

—Yo no serví nunca más que para pelear. Me casé aquí, algo tenía mi mujer y con ella y mis tres hijos soy dichoso. Hoy más que dichosos porque os tengo á vos.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada, señor; veros, admiraros, besar la mano que me salvó la vida y deciros: tengo esposa é hijos, pero si necesitáis de mí, los dejo y voy donde me mandeis.

—Gracias, amigo mío.

—Ireis con el héroe.

—Sí.

—Qué dicha tener un hijo como ese. Otro padre.

—Dicen, y yo lo creo, que vale más que yo.

—¡Qué saben los que eso dicen! Si os hubieran visto en Malta y en todas partes. No diré yo que no os llegue, pero es imposible. Hasta se os parece en el aire, en la figura, en el rostro.

—¿Es ese el palacio?

—Sí, señor. Pero yo os acompañaré y entraré en

su alcoba sino nadie se atreverá á pasarle recado. Iré delante, seguidme los tres.

Subieron los cuatro, pero al llegar al primer salón un oficial les detuvo diciéndoles:

—No se puede pasar; el señor gobernador descansa.

—Vaya si se puede, aun cuando tuviera que pasar por cima de tí.

—Señor capitán, atrás.

—Señor badulaque, adelante.

El capitán corrió, dejando á los tres con el oficial, sin saber éste qué hacer ni qué decir.

El duque lo sacó del apuro, exclamando:

—Dejad al capitán que haga lo que quiera. Yo os respondo que no os parará perjuicio alguno.

—Si al menos supiera quién sois.

—Un tío del gobernador.

—¡Jesús!... como el señor duque...

—No forméis juicios temerarios, joven, que os puede ser funesto.

—Ya no digo nada, señor. Pero tomad asiento.

—Gracias, quiero esperar á mi sobrino de pie.

—Como gusteis, señor.

El oficial formó corro con el maestre y el capitán, y el duque pasaba mirando las pinturas y frescos de aquel salón.

A los cinco minutos de haber desaparecido Pérez de Guzmán, oyó el duque la voz de su sobrino que le decía:

—¡Tío del alma!

Y le echó los brazos al cuello.

El duque le estrechó también, contestándole:

—Tengo mucho gusto en hallarte en la Habana de gobernador, pero entremos en tu despacho porque vengo de incógnito y no quiero que nadie me reconozca.

—Así debía ser para que hayais podido sorprenderme en la cama. Venid.

—Señor,—exclamó Pérez de Guzmán,—¿me permitís que os vuelva á besar la mano?

—Eso no, valiente veterano, estrechadla como la de un amigo.

—El mismo de siempre, tan grande como bondadoso.

La estrechó y la besó.

—Sobrino, te recomiendo mucho, mucho, á este capitán.

—Haré por él cuanto me pida.

—Adios Guzmán. Vosotros Ontoria y Zalla esperad aquí.

—Ah, sí, el maestre y el alférez...

—No, el capitán Zalla.

—A los dos los conozco.

El gobernador estrechó sus manos y se fué con el duque.

Guzmán miró atentamente á Zalla y luego le preguntó:

—Compañero, sois hijo de Andrés ó de...

—De Álvaro.

—Abrazad al íntimo amigo de vuestro padre en Malta. Nos quisimos como hermanos. ¿Vive?

—Sí, señor.

—Será maestre de campo.

—Maestre es.

Y continuaron hablando.

Sigamos nosotros al duque y al gobernador.

Entraron en el despacho del segundo, se arrellanaron en dos sillones y ya aislados en aquel edificio preguntó el sobrino:

—Supongo, tío, que ireis á ver á mi primo Flaviano. ¿Me he equivocado?

—No.

—Lo he dado por hecho, ¡qué honra y qué dicha es tener un hijo como ese! No hay hombre en el mundo que pueda igualársele.

—¿Tienes noticias recientes de tu primo?

—Ya lo creo, de la semana anterior.

—¡De la anterior!

—No os admire, tío; tengo muchas relaciones en Méjico, todas las ocupé en recibir noticias y detalles y hasta he mandado emisarios que presencien sus hechos y me manden extensos relatos.

—¿Y dices que tus noticias son de la semana pasada?

—Sí, señor, las más recientes que puede haber. Ayer las recibí.

—Querido sobrino, las nuestras son atrasadas, no pasan de su salida al frente del ejército en dirección del Mediodía.

—Tienen más de dos meses; son muy antiguas.

—Y tres también. Hazme el favor de contarme esa historia desde su salida de la capital, hasta la semana pasada, pero á grandes rasgos y con las más breves frases por ahora.

—Con mucho gusto: Oid: Creó una sección de zapadores que salieron delante abriendo camino. Detrás iba una administración militar creada por él y tan perfecta, que nada puede faltarle al soldado se halle donde quiera. La organización de esos dos cuerpos se iguala á la de su ejército, que es el primero del mundo. De este modo entró en los estados de Oaxaca, Chiapas y Tabasco, y de triunfo en triunfo llegó á la capital del último estado. Detallaros la manera que tiene de atacar y vencer sería el cuento de nunca acabar. Basteos saber que en batallas que él manda, no tiene un muerto, ni un herido y que hasta el mismo Julio con su gran talento, su sabiduría y hasta el genio de su padre lo admira y obedece como pudiera hacer un recluta.

—¿Entró en San Juan Bautista de Tabasco?

—¿Pues no ha de entrar? Y donde él quiera. Sus soldados lo adoran, no es entusiasmo lo que tienen por él, es frenesí y los oficiales y jefes ven una divinidad que recibe del cielo la inspiración, porque solo de ese modo se puede hacer lo que realiza.

—¿Qué dicen de su paje?

—Es el único que comparte con él su gloria. Figuraos, un joven hermosísimo, valiente como el que más, entendido, discreto y más sagaz de cuanto imaginar podais y os acercareis un poco á la verdad de lo que es eses niño.

—Continúa.

—¿Siempre al lado de su señor, lo defiende, se bate junto á él, espone su vida á cada momento y no quiere otra recompensa que el placer de velar por su señor?

—¿Nada quiso aceptar?

—Ni el grado de alférez, porque solo de paje puede estar todo el día al lado de su señor.

—Vamos con lo más importante. Al recibirse las últimas noticias estaba dentro de la capital de Tabasco. ¿Es eso?

—Sí, señor.

—¿Y después?

—Debe haber salido para Yucatán ó Campeche.

—¿No han querido asesinarlo?

—Varias veces, pero él lo adivina y cuantos lo han querido intentar han muerto.

—¿Dí, sobrino, qué día es el último, según tus noticias, que estaba en San Juan Bautista? ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente, hace doce días.

—¿Nada más?

—No, señor.

—¿Se hallaba bueno?

—Ya lo creo.

—No tenía cerca enemigos que pudieran atentar contra su vida.

—Ninguno; y son tantos los escarmentados que es imposible haya quien se atreva á intentarlo ya. Son á cuidar de él, además de Julio, el paje, Mendoza, Fajardo, Almeida y otros valientes y hábiles capitanes, diez mil hombres que lo adoran. A su lado no puede haber un traidor.

—Gracias, por el buen rato que me estás dando.

—Lo creo y decidme: ¿cuánto tiempo vais á estar conmigo?

—Hasta la noche. Tengo imperiosa necesidad de marcharme lo más tarde á las nueve.

—Lo siento, pero si no puede ser otra cosa, me resigno. En ese caso comereis conmigo; luego pasearemos en mi carroza, para que contempleis la admirable vegetación de Cuba, que tanto llamó la atención de Flaviano y todo el día junto lo pasaremos hablando de mi primo. A mí es lo que más me gusta y á vos ha de sucederle lo mismo.

—Acepto sin vacilar. Vamos á desayunarnos, á reunirnos con Ontoria y Zalla y permaneceremos todo el día juntos. También á ellos les gusta oir hablar de mi hijo, tú nos detallaras sus últimos hechos y nada nos puedes ofrecer más agradable. Por eso entré de incógnito; solo quiero hablar contigo, solo oir historias de mi Flaviano.

—Como yo. Vamos al comedor.

Y pasaron el día como acababan de decir.

Y por la noche se embarcó el duque siendo despedido por su sobrino y el capitán Guzmán dentro del mismo navío.

CAPITULO XX

Reembarque en la Habana.—Todas son felicidades.—Arrecia el viento.—Se cambia en alisios.—El golfo de Méjico.—Vuela el navío.—Ni el ciclón.

Después de la despedida tierna y cariñosa del duque, su sobrino, Ontoria, Zalla y Pérez de Guzmán, que también estuvo en el barco, se acostaron, para ponerse en pie al toque de diana.

El duque parecía hallarse satisfecho de presente y todo era placentero en el interior del navío, pues hasta el tiempo le estaba favoreciendo.

Zarparon, dirigiendo la proa al golfo de Méjico para anclar en Veracruz.

Dos horas llevaban de navegación cuando el duque se levantó para desayunarse, hallando en la cámara á Zalla.

—¿Qué ocurre, capitán?—le preguntó.

—Nada de particular, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que zarpamos?

—Poco más de dos horas.

—¿Qué viento?

—Excelente, da en la popa y hace volar al navío. En cuanto desliaron el velamen, se hincharon los lienzos y salió el San Juan como escapado.

—No puedes quejarte de tu primer viaje marítimo.

—No, señor, hasta ahora no tuvimos el más ligero contratiempo.

—Ni una tormenta, tan comunes en los Trópicos, ni huracanes, ni eso que llaman los marineros mar de fondo.

—Es un encanto viajar de este modo.

—¡Ah, si siempre fuera lo mismo!

—¿Cuánto tardaremos en llegar á Veracruz?

—Con el tiempo este una semana.

—Poco falta ya.

—Ahora vamos á entrar en lo peor.

—Ya lo sé, en el golfo de Méjico.

—Eso es.

—Noto, mi general, que las noticias que tenemos de don Flaviano os han espantado la melancolía.

—Sí, y la rapidez con que navegamos.

—También.

—Antes de siete días probablemente sabremos de Flaviano y poco después haremos volar nuestros caballos para incorporarnos con él, ya no nos separaremos de su lado.

—Ese es mi mayor deseo.

—Y el mío.

—Señor, parece que el conjunto de cuanto sabemos y nos rodea casi os han curado.

—Sí, me hallo satisfecho y hasta contento, no lo niego.

—Y por lo visto con buen apetito.

—Desde ayer todo parece sonreirme.

—Eso es una fortuna para mí.

—¿Ves la vida tranquila que hacemos ahora?

—Sí, señor.

—Pues en llegando á Nueva España ha de variar por completo.

—Cuanto antes mejor.

—Allí estaremos siempre á caballo ó en las tiendas del campamento.

—Es lo que más me gusta.

Recordaré la vida que hacía con mis cinco hermanos, las batallas que dábamos, los peligros que corríamos y no se borrarán de mi mente las jornadas de Cartagena, de Lima, de los Andes, de Malta, de Venecia, de Francia, de Nápoles y de otros puntos. No los tendré á mi lado, pero estará mi hijo que vale...

—Por los seis.

—¡Muchacho!

—No me retracto, por los seis. Así lo dicen hasta vuestro sobrino el gobernador de Cuba.

—¿Tú sabes lo que fué el príncipe de Italia?

—Debe saberlo él más que vos y yo y dice...

—Modestias de mi hermano.

—Pues todo el mundo cree en las modestias del santo.

—Menos yo.

—Ya os obligaremos á que creais en ellas.

—¿De qué modo?

—Con hechos desconocidos para vosotros los *Invencibles*.

—¿Qué hechos son esos?

—Ganaremos batallas sin perder un soldado; presentaremos una administración, un cuerpo de sapadores y un ejército que no cupieron en los seis Invencibles cerebros; y tanto haremos que llegareis del asombro á la maravilla.

—Que bien has gravado en tu mente las frases de mi sobrino. Cuando estemos allí veremos si el hijo logra sobreponerse al padre.

—Es tarde para ver eso.

—¡Tarde?

—Sí, señor, porque ya lo hemos visto.

—Falta aun algo que ver.

—Sí, señor, á vos lo que no pudieron hacer los seis hermanos juntos.

—¡Conque toda aquella gloria, todos aquellos triunfos no valen nada.

—Valieron mucho; aun la trompeta de la fama los pregona y enaltece por el mundo; aun el duque del Imperio sigue siendo uno de los hombres más grandes que han existido. Pero con ser tan Invencibles, tan gigantes se han achicado ante un héroe, cuyos hechos formarán la maravilla de muchas generaciones.

Y continuaron su disputa, llevando Zalla la parte mejor de ella.

El duque todo se lo toleraba porque nada tan grato para él como oir hablar así de su hijo.

Por la tarde comieron, presentándose todos alegres y satisfechos. Sólo el comandante y su segundo callaban y sus rostros distaban mucho de demostrar la alegría de los restantes.

Terminado el acto aquel, el duque que habia notado lo que acabamos de expresar, dijo al comandante:

—Quedaos vos, Negrete, tenemos que hablar sin testigos.

Cuando estuvieron solos añadió el duque:

—He notado en vuestro semblante algo extraño que me indica disgusto y pesar, ¿qué ha ocurrido entre la gente de á bordo?

—Nada, señor.

—¿Y en los restantes del navío?

—Tampoco.

—Pues algo grave motiva vuestra tristeza.

—¿Quereis saberlo, señor?

—Os lo estoy preguntando.

—Empiezan á reinar los vientos alisios.

—Pues no lo he notado.

—No tardareis en sentirlos.

—Son también del Este.

—Siempre.

—Entonces es el mismo aire que hemos traído toda la navegación.

—Sin duda alguna.

—Es decir, que vuestro temor se funda en el aumento de fuerza que empiezan á adquirir.

—En eso, en las olas que levantarán y en que la atmósfera se cubre de partículas de agua que no permiten ver los objetos á media vara de distancia.

—¿Pero ofrecen peligro?

—Explicaos.

—Si aumentan, según es lo probable, no habrá timón posible é iremos donde los alisios quieran mandarnos.

—De lo cual deduzco que puede muy bien estrellarse el navío contra una roca.

—Lo más fácil, señor.

—¿Hay contra eso algún remedio?

—Según sea el desarrollo; si no fuese mucho, hasta podían llevarnos en muy poco tiempo sin peligro alguno á Veracruz.

—Eso sería mucha suerte.

—Pero si ya en el golfo de Méjico se desencadenan, como suelen hacerlo, entonces de nada respondo.

—Por lo que pueda ocurrir adoptad todas las precauciones que os dicte vuestra experiencia y sabiduría en contra de los males que puedan causar los alisios en completo desarrollo. Si no se desarrollan, nada habremos perdido, y si por desgracia sucede lo contrario, hecho con tiempo lo que la posibilidad humana alcanzaba, que suceda lo que al destino le plazca. De morir, no hemos de pasar, y la verdad es que la muerte solo puede asustar á las mujeres, á los niños y á los cobardes. No hay aquí ninguno de esos, pues adelante, Negrete, y que ocurra lo que quiera.

—En ese caso empiezo á tomar todas las medidas

que nuestra situación y la salvación del navío reclaman.

—Poneos en el peor caso.

—Así pensaba hacerlo.

—Id con Dios y nada economiceis.

Quedó solo el duque, y en verdad que el comandante no logró nublar aquel varonil rostro con alarmantes noticias.

Satisfecho estaba y satisfecho seguía.

Al duque jamás le impuso la idea de morir.

Una hora después entró Zalla diciéndole:

—Señor, esto va mal.

—¿Qué ocurre?

—Que están cubriendo las jaulas donde van las aves con hules muy fuertes.

—Es natural.

—Y sujetando dichas jaulas con alambres grueeos y clavos.

—No me extrañao.

—Los carneros los han bajado todos al tercer puente.

—Muy bien hecho.

—Y han subido varias cuerdas muy fuertes sujetando un extremo al piso del navío.

—Para atar á los marineros de la cubierta.

—Los cañones quedaron con sus cureñas tan bien sujetos que no hay miedo de que se escapen.

—Perfectamente.

—Quedó limpia la cubierta; todo se bajó al segundo y tercer puente menos los cañones y las jaulas.

—Me parece bien.

—Pero lo que más me ha llamado la atención es que solo han dejado una vela, y el navío anda más que cuando iban todas desliadas.

—La mayor fuerza del aire.

—Es decir que pronto oiremos truenos entre el resplandor de los relámpagos.

—No, lo que oiremos son los silbidos del huracán.

—Yo creí que íbamos á tener tormenta de truenos y me había alegrado.

—¿Por qué?

—Por saber lo que era una tormenta en medio del mar.

—Tormenta será, pero de viento y agua salada.

—Que venga cuando quiera; me ato á una de esas cuerdas y lo veo bien.

—No te vuelvas á mover de mi lado, ¿lo oyes?

—¿Por qué, señor?

—Porque para los inteligentes hay mucha exposición, y para los profanos como tú casi una muerte segura.

—Puesto que hemos de morir una vez, dejadme que admire ese fenómeno. Me sujetaré bien á la cuerda.

—No.

—¡Cómo se oyen los silbidos del huracán! Arrecia el aire, señor.

—Ya lo oigo, Ricardo.

—Pero el movimiento es bueno.

—Sí, después será otra cosa.

Poco á poco fueron entrando en la cámara, On-

toria, Urrutia, San Martín y todos las capitanes que comían en la mesa del duque.

—No temais, señores,—les dijo Zalla,—á ese fiero Eolo; nuestro general y yo estamos como si nada aconteciese.

—Esos fenómenos,—replicó Ontoria,—siempre imponen á los que no están acostumbrados á ellos. Y se me figura que el buen don Ricardo, no obstante su acreditado valor en tierra, no ha de estar en el mar muy seguro de su ardimiento.

—Os equivocais, Ontoria,—contestó el duque.—Estaba empeñado en quedarse sobre cubierta y hasta me ofreció que se ataría, cuando oyó mi negativa. Ese no le tiene miedo ni al mismo demonio.

—¿Qué os proponíais con eso, Zalla?

—Estudiar el fenómeno. Estamos dentro de él y nada podremos decir mañana si continuamos en este calabozo.

—Si lo hemos de ver á costa de servir de pasto á los tiburones, más vale quedarse aquí y no ver nada.

—Ah, señor maestre, no pensais como yo y lo siento.

—¿Por qué?

—Porque estos fenómenos deben verse, entre otras cosas, para probar la limpieza del espíritu.

—¿Qué limpieza es esa, capitán?

—Otra como la de la sangre. El espíritu completamente limpio de temores puede recorrer las cuatro partes del mundo y en todas ellas pelear y vencer. Vencer en todos los lances y contratiempos de la mísera vida humana.

—Eso no está en la mano del hombre. El cobarde á quien tanto se desprecia es el más digno de compasión.

De este modo continuaron hablando hasta la hora de cenar.

El comandante no se presentaba; mandó á decir que cenaría sobre cubierta.

El duque y sus compañeros cenaron, siguiendo de sobremesa hasta las diez que todos se acostaron.

Osorio prohibió por segunda vez á Ricardo que subiera á cubierta y ambos en sus respectivos lechos durmieron toda la noche sin oir otra cosa que los consejos de Morfeo.

Entre los restantes, hubo de todo; no basta el valor en tierra para sustraerse al temor de los grandes fenómenos marítimos. Algunos compañeros de Zalla no lograron conciliar el sueño y hasta se sintieron perturbados por el temor.

Creemos lógico y natural ese miedo. Separa á los seres humanos del terrible abismo una tabla que poco supone contra el embravecido mar.

Zalla se vistió á las siete, vió lo que pudo sin subir á cubierta y luego entró en la cámara del duque, el cual acababa de pedir el desayuno para él y después para Zalla.

—¿Qué hay Ricardo?—le preguntó.

—Otro fenómeno, mi general.

—Habla.

Son cerca de las ocho de la mañana y empieza á ser de noche.

—Sí, la bruma formada por el aire con las moléculas acuosas.

—Sobre cubierta no pueden ver nada.

—Poco verán.

—Pero ese comandante que no viene por aquí.

—Ya vendrá. Lo ocurrido hasta ahora me lo adelantó ayer. Te oyó sin duda y ahí lo tienes.

En efecto apareció el comandante mojadas sus ropas, muy empapado el capuchón que le cubría y con el semblante más apesadumbrado que el día anterior.

—Adelante, Negrete,—le dijo el duque,—¿cómo estamos?

—Mal, señor; empieza á desencadenarse el huracán y á picarse el Océano. Esos vientos alisios son fatales.

—¿Se formó la niebla?

—Se está formando, pero aun se ve algo.

—¿No teneis esperanza de que pase pronto este temporal?

—Ha de durar todavía más de cuarenta y ocho horas.

—¿Qué velas van desliadas?

—Ninguna, señor, y andamos más de veinte millas por hora.

—Furioso viento y qué fuerza tiene.

—Empuja nuestro navío con solo el choque en la popa y en la obra muerta, con potencia asombrosa.

—¿Hemos perdido algo?

—Todavía no, porque todo se aseguró cuanto era posible, pero ya perderemos.

—En donde nos hallamos.

—En pleno golfo de Méjico.

—¡Ya estamos en él!

—Con tanto correr, claro está.

—Veo que vuestros temores son por desgracia muy fundados.

—Señor duque, pienso ahora que el asunto es más grave de lo que pensaba ayer.

—¿Más aún?

—Sí, señor. Se empieza á desarrollar el temporal con una rapidez y una fuerza, desconocidas en la historia de los alisios.

—Contra un elemento como ese nada podemos; hay que resignarse y que suceda lo que quiera.

Mientras ellos hablaban del furioso temporal, el huracán rugía de una manera terrorífica, las olas seguían embraveciéndose y la oscuridad era tan grande que tuvieron que alumbrar interiormente, todas las cámaras y pasillos del navío, con luz artificial.

El movimiento del barco iba siendo cada vez más molesto.

Las tablas crugían ya y aquello parecía el presagio de la destrucción del barco.

El comandante volvió á subirse á cubierta, y á poco fueron llegando Ontoria y los capitanes.

Todos habían rodado por el suelo antes de llegar á la cámara del duque.

Todas las partes de luz y las escotillas estaban cerradas y cruzados los barrotes de hierro.

Hubo un momento de silencio en la cámara del duque, silencio que agrandaba la mala situación de los navegantes reunidos allí. Comprendiendo éste lo mis-

mo que nosotros, trató de infundir valor á sus compañeros, y al efecto preguntó á Zalla:

—Ricardo ¿te has quedado mudo?

—No, señor, mi general; contemplaba esos varoniles rostros, los de mis amigos, tan decaidos y temerosos. Parece imposible que gente tan brava con los hombres pongan esa cara al Océano.

Ninguno le contestó. Tuvieron el duque y Ricardo que hacer el gasto, y no cesaron hasta lograr distraer en lo poco que era posible á aquellos valientes militares.

No nos extraña la pavura que pudieran tener; los hemos visto nosotros temblar como niños, habiendo demostrado antes en el campo de batalla un valor heróico. El mar impone á todos.

CAPITULO XXI

La comida durante un temporal deshecho.—El día trocado en noche —A dormir el que pueda.—Sin obra muerta.—Casi el fin del mundo.

Llegó la hora de comer y los criados del duque y cuatro marineros llevaron á Osorio y acompañantes pan duro, unos fiambres, seis piñas, otras frutas secas y cuatro botellas de vino.

Los amos estaban sentados en un diván, y los criados de rodillas alargándoles los manjares, pues era imposible permanecer un minuto de pie. El movimiento del navío podía tumbar hasta un toro.

Con la mano y á bocados, pues no podía ser de otra manera, comenzaron el duque y Zalla á comer fiambres y pan. Los restantes cogieron cada uno un pedazo del último y lo mordían á intervalos. Verdad es que ninguno tenía hambre ni sed á pesar de no haberse desayunado.

Los que creen están próximos á perecer carecen de apetito.

El duque y Zalla comieron bastante para la amarga situación en que se hallaban, y se bebieron todo el vino de una botella entre los dos.

Los restantes no comieron entre todos lo que Zalla y el duque.

Volvieron á quedar solos los amos é intentaron hablar Osorio y Ricardo, pero no se entendían. El espantoso ruido del huracán, de las olas que se rompían en la popa del barco y de los crujidos de las tablas del navío hacía imposible toda conversación.

Así pasó la tarde y llegó la noche sin que lo notaran en otra cosa que en la aguja de los relojes.

A la hora de cenar sucedió lo mismo que á la de comer, con la sola diferencia de que solos el duque y Zalla comieron algo y bebieron vino.

La velocidad del navío era vertiginosa, posible es que anduviesen 25 millas por hora. Ya no era solo el viento el que empujaba, lo eran también los montes de agua en forma de olas.

Hasta el duque llegó á creer que aquella noche perecían todos.

Como á la media noche forzando mucho la voz exclamó el duque:

—No salgais de la cámara esta: el que pueda que duerma en el diván.

Osorio y Zalla se tendieron, apoyando la cabeza en un almohadón.

Los restantes se hallaban recostados para no caer, y así permanecieron sin cerrar los ojos.

Los dos primeros dormían.

Pasó la noche y tampoco se notó la llegada del día en otra cosa que en los relojes.

Aunque á oscuras no era poca suerte llegar al nuevo día.

Cuando el duque abrió los ojos, miró el reloj y se vió con vida, exclamó para sí:

—Me hallo en un nuevo día con el que no contaba, y así parecia la verdad.

Ninguno se desayunó. ¿Quién preparaba el alimento? Casi todos los individuos de la escolta del duque se hallaban mareados y todos, menos Zalla, creyendo que era aquel el último día de su vida.

—¡Qué horas tan amargas, qué minutos tan fieros! La vida que parece perderse cada segundo que llega es una agonía peor que la muerte.

Seguía la oscuridad completa, seguian los furiosos golpes de mar y continuaba sin intervalo alguno el estrépito desencadenado de un huracan movido por las fuerzas del infierno.

El conjunto aquel no era solo aterrador, era mortífero.

Y á la vez crugían las tablas del navío como si quisieran romperse y dejar al negro abismo que se tragara la nube.

Pues así continuron hasta las doce.

A esa hora se oyó el golpe de una monstruosa ola, seguidamente el de otra; y otra; á la cuarta el barco se extremeció, las tablas sonaron rotas, el ruido fué más espantoso que nunca, y todos creyeron que el navío se había abierto.

El que pudo se santiguó, el que menos, dijo para sí:

—¡Dios me valga!

Era que el cuarto golpe de mar se habia llevado toda la obra muerta del navio y á cuatro marineros de los que estaban atados sobre cubierta.

No quedó derecho un palo ni una tabla en la cubierta.

Los de la cámara se miraron con sorpresa.

Conservaban una vida que creían haber perdido.

¡Será por mucho tiempo!

Lo vamos á ver.

Llegó la hora de comer y el valiente Pérez se acercó al duque arrastrando, y le dió un gran pedazo de pan más duro que el del día anterior. Nadie quiso aceptar lo que Osorio les ofrecía y entonces éste dió la mitad á Zalla y lo comieron.

Pérez les dijo por señas, que no había otra cosa y arrastrando se retiró.

En nada menguaba el temporal, parecía crecer y desarrollarse por instantes.

Las olas pasaban ahora por encima de la cubierta sin hallar estorbo alguno, filtrando su agua que corría ya por todas las cámaras, y hasta llegaba al segundo puente.

Ya no era miedo lo que sentían casi todos los navegantes del navío, era ese terror que ni aún el que lo siente puede explicar.

Así continuaron hasta la media noche.

De pronto y con más furia que nunca, llegaban las olas, hasta levantar el barco moviéndole como á ligera

pluma. Una de estas la empujó, resultando un choque que tiró del diván al duque y á cuantos estaban en él.

El ruido fué espantoso, el barco parecía haberse abierto, pero el duque aplicó el oido, luego estudió los movimientos y poniéndose en pie y agarrándose á las paredes empezó á gritar:

—¡Rota la quilla por la proa! Cabos, carpinteros, todos á la bodega, marineros y soldados.

Las mismas veces daba Zalla y las mismas el comandante y otros marineros.

Luego añadían:

—Hachas encendidas á la bodega de proa, volad ó perecemos todos.

El duque y Zalla por un lado y el comandante y todos los oficiales por otro, corrían empujando á unos, arrastrando á otros y castigando á los más para obligarles á que se movieran y bajasen á la bodega de proa.

Aquellos infelices soldados estaban tendidos sobre las tablas, creyéndose algunos ahogados y otros á punto de ahogarse.

—Cubos,—repetían,—muchos cubos, hachas y los capinteros.

Y se oían los golpes que daban á los soldados y á la tripulación, formando un coro plañidero, con los silbidos del viento y el rugir de las olas.

Jefes, oficiales, marineros y tropa se iban precipitando á la bodega de proa con hachas unos, con cubos otros y con martillos y tablas los demás.

Al ver al duque, al comandante, á Zalla y á todos

los oficiales dando un admirable ejemplo de valor y de energía los soldados y marineros se reaccionaron y ya en la bodega empezaron á trabajar con toda la fuerza de la desesperación.

Digamos lo que había acontecido.

Unas tras otras cinco olas como montañas habían levantado el navío trasladándole á la parte opuesta de una cordillera, estrecha, baja y larga de un cortado de promontorios que corrían de Sur á Norte, formando bahias, lagos y ensenadas sin cuento.

Era el paraje llamado en aquella época *Cementerio de los mares* por los infinitos escollos, islotes y promontorios que allí había. Los marineros todos huían de aquellos parajes como de la muerte.

El navío debió haberse estrellado y convertido en astillas; su suerte fué, que tantas olas seguidas lo levantaron en alto al llegar á las rocas y el empuje de aquellas y el del huracán lo salvaron de éstas dejándolo á la parte opuesta. Chocó no obstante contra un pedazo de pico, cortando la quilla de la proa como hubiera podido hacerse con un pedazo de madera blanda, y un cuchillo manejado por el brazo más vigoroso.

El corte dado á la quilla era de tres varas de largo y de media en su anchura.

Por aquel boquete largo y estrecho, se precipitaba ahora el agua del mar que anegaría el buque sin un remedio pronto y enérgico.

La fortuna para ellos fué, que el comandante y el duque por su mayor inteligencia y por una intuición que nunca se explicaron, comprendieron lo que había

sucedido y corrieron en el mismo instante al sitio por donde el navío se anegaba, llevando hombres, luces, cubos y herramientas de todas clases con grandes pedazos de madera y planchas de hierro, cuyo depósito no estaba lejos.

Los primeros que se presentaron en la bodega fueron el comandante, varios oficiales marinos, la mitad de la tripulación y todos los carpinteros. Casi en estanque hallaron convertida la bodega.

Lo primero que hicieron fué arrojar grandes pedazos de hierro en formas de chapas al fondo de aquella balsa para impedir que entrase más agua.

Cuando vió el comandante que el líquido ya no subía, mandó hacer alto.

En aquel mismo momento llegaba el duque delante de trescientos soldados que conducían, unos los cubos que había en el barco y otros 20 hachas encendidas que acabaron de alumbrar cuanto era posible la bodega.

Detrás llegó Zalla dando cubos á otra masa de doscientos entre marineros y soldados que eran los más acobardados y tímidos.

—A sacar agua, —gritó el comandante, y el duque fué el primero que cogió un cubo y lo llenó.

En este instante se oyó un trueno desgarrador, luego otro y después otro continuando una horrible tormenta.

Hasta aquel momento el comandante y el duque se decían:

—Prolonguemos un poco nuestra agonía.

Al oir el primer trueno, exclamó el primero:

—Trabajar con fe, con energía que hay esperanza

de salvación, y formó tres cadenas ó filas de soldados que empezaban en la bodega é iban á concluir en la escotilla de proa.

Por las manos de estos pasaban tres filas de cubos llenos de agua que arrojaban los tres últimos á la cubierta y de esta se iba al mar por la falta de barandilla, ó borde que se llevaron las olas.

Unos llenando cubos y otros corriéndolos hasta llegar á cubierta y verterlos, pronto hicieron menguar el estanque de la bodega.

Por cada cubo lleno que subía bajaba otro vacío y la vara de Zalla siempre levantada subía nuestro joven y bajaba castigando al que no demostraba toda la energía indispensable.

Cincuenta hachas alumbraban ya todo el interior del navío desde la bodega hasta la cubierta de proa.

Puede asegurarse que estaban trabajando más de quinientos hombres y ninguno holgaba.

Hasta el comandante y el duque llenaban cubos.

Y todo esto lo hacían oyendo el estampido del trueno, los rugidos del huracán y los bramidos de las olas. A la vez veían muchos la aterradora brillantísima luz de los relámpagos que se sucedían con pasmosa rapidez.

—Esto es el fin del mundo,—decían algunos soldados,—y todo lo que hacemos es inútil; para morir no es necesario trabajar tanto.

Pero al que vacilaba y se detenía, la vara de Zalla se fijaba sobre sus costillas sin compasión y tenía que avivar sus esfuerzos si quería evitar el castigo.

Más de una hora tardaron en desaguar la bodega.

Habían sacado más de mil cubos de agua.

Ahora empezaban á trabajar los carpinteros. Estaban delante el duque, el comandante, todos los oficiales marinos y Zalla. Fueron clavando primero gruesos pedazos de madera encima de las chapas de hierro, y luego tablas más delgadas hasta que el boquete quedó perfectamente cubierto y con solidez completa.

—Ahora,—dijo el capitán,—á limpiar el navío.

Todo él estaba lleno de agua de las filtraciones de la cubierta y de la mucha que había entrado por la escotilla de proa en el tiempo que estuvieron funcionando los cubos.

La tormenta, último enemigo que les amenazó, empezaba á ceder, y según ella desaparecía iban cesando las olas y el huracán.

En estos instantes decía el comandante al duque y á Zalla:

—Señores, retiraos á la cámara á descansar. Ya no haceis falta y debeis estar los dos rendidos.

—¿Para qué, para morir?—le pregutó Ricardo.

—No, esa tormenta que desaparece se lleva el huracán y los golpes de mar. Ya se puede andar por el navío y no tardaremos en contemplar la luz del día que hemos estado setenta horas sin verla.

—¿Conque esto ha concluido?—volvió á preguntar Zalla.

—No, señor capitán, está concluyendo.

—¿Estáis seguro?—añadió el duque.

—Como de haber corrido el temporal más furioso que correrse puede.

—¿Hay peligro todavía?

—Por el tiempo no, pero ignoro cual es el estado del navío y qué es lo que ha sucedido al romperse la quilla de proa. De la obra muerta no queda ni la señal.

—¿Traeis bastante repuesto de madera y hierro?

—Viene mucho, pero ignoro si habrá bastante.

—¿Dónde nos hallamos, sabeis?

—Imposible. Descansad, señores, mientras yo reconozco todas las bodegas y el resto del navío. Después saldrá el sol y entonces os diré donde nos hallamos y cual va á ser nuestra suerte, dudosa aún, y por lo menos muy expuesta.

Así lo hicieron, toda vez que el duque comprendió lo inútiles que eran ya sus esfuerzos y los de Ricardo.

Llegaron á la cámara de Osorio, hallando á Ontoria y capitanes que le acompañaban tendidos en el suelo y magullados. Todos fueron arrojados desde el diván y ninguno pudo volverse á levantar.

—Hazlos subir al diván,—dijo el duque á Zalla.

Y Ricardo los empujaba y movía hasta que se levantaron.

—Al diván, cobardes,—les decía Zalla ayudándoles bruscamente á subir.—Pardiez, si tardais, os castigo como á esos pobres soldados, que se negaban á trabajar.

Repuesto algo Ontoria, le dijo:

—Señor capitán, ¿así tratais á vuestro jefe?

—Demasiado bien. Aquí no hay más jefe que el duque, el comandante del navío y yo. Arriba ú os aplasto.

—Señor duque, este chiquillo...

—Ontoria, ha probado que vale más que todos nosotros juntos.

—Maldito capitán; me ha estropeado este brazo...

—¿He sido yo, ó el golpe que os dísteis al caer del diván?

—Puede.

—Todos estamos contusos.

¡Buena campaña habeis hecho!

—¿Pero ya no hay peligro?

—Dormid y no cuidaos de otra cosa; para lo que valeis bien estais aquí tumbados.

—No te cuides de ellos ya, Ricardo. Coje aquel almohadón y vámonos á aquel extremo del diván, que ambos estamos rendidos.

—Ahora mi general, durmamos, y si vamos á despertar al otro mundo, poco habremos perdido.

—Nada. Durmamos.

Casi sin comer, sin dormir, y con cuatro horas de un trabajo ímprobo, al caer sobre el diván y el almohadón quedaron ambos profundamente dormidos.

Sus materias, fuertes como la roca, se habían sostenido en pie, en las dos últimas horas, sostenidas por sus indomables espíritus.

CAPITULO XXII

— —

El descanso.—Un diálogo que interesa.—Todo el trabajo es para los carpinteros.—Un bote improvisado.

El duque y Zalla quedaron dormidos á las cuatro de la madrugada, y en un sueño profundo continuaron hasta las nueve, que el comandante despertó al duque diciéndole:

—Señor, tomad el desayuno, que el día está ya muy entrado.

—¡El sol, una calma completa! Negrete ¿qué metamórfosis es ésta?

—Señor, que todo ha concluido, y el mar solo está rizado por una brisa del Sur fresca y agradable.

—Hemos salvado nuestras vidas por un milagro de Dios.

—Creedlo así.

—Porque Dios ha querido sin duda alguna, pero algo hicimos para salvarlas, para salvar el navío y á

tanto desgraciado, vos, Zalla, yo y luego más de quinientos hombres.

—Es verdad pero desayunaos y salid á cubierta; allí os daré cuenta de todo lo que he dispuesto, y os enteraré de nuestra verdadera situación.

Osorio despertó á Zalla, y ambos se sentaron junto á la mesa en la cual tenían dispuesto el desayuno.

—Esto va á ser almuerzo, señor,—decía Ricardo, comiendo con excelente apetito.

—Si, Zalla, lo hemos ganado. Pérez llena los vasos de vino, que falta nos hace recobrar las fuerzas perdidas. Cuando acabemos, que almuercen esos señores, que ya empiezan á levantar la cabeza, y luego que limpien bien esta cámara del agua que tiene. Con ese ardiente y hermoso sol, pronto se secará todo. Haceis lo mismo en las restantes cámaras.

—Todo el navío está limpio, señor, solo falta esta cámara. A vos y al capitán os he sacado ropa. Vuestros trajes estarán húmedos y debeis mudaros del todo.

—Sí, lo haremos en cuanto acabemos de almorzar.

Los dos comieron como en el día siguiente al deayuno, cambiaron de ropa interior, y subieron á cubierta ínterin Ontoria y compañeros se avalanzaban á las viandas del almuerzo como tigre hambriento sobre su presa.

Al entrar en la cubierta el duque y Zalla, quedaron sorprendidos. Era una planicie sin otro estorbo que un aprisco en el cual comían los carneros que habían subido del segundo puente. No tenía el navío palos, borda ni nada. Los carpinteros en este instante subían maderos para formar la última.

El buque se hallaba con dos anclas. No tenía movimiento alguno, y en toda su cubierta se extendía un sol tropical, caliente, abrasador. Se hallaba muy cerca del centro de la zona Tórrida ó línea ecuatorial.

El comandante estaba mirando con el anteojo, cuando vió al duque y á Zalla, preguntando al primero:

—¿Qué os parece, señor?

—Contestadme antes; ¿cómo está la parte interior?

—No obstante haber prevenido la catástrofe y sujetado todo cuanto fué posible, hemos perdido casi todo el cristal, bastante loza, parte del repuesto de víveres que se ha inutilizado y cuatro hombres de la tripulación que se llevó el mar.

—Os contesto, que me parece muy bien, porque hemos debido perderlo todo con nuestras vidas, Negrete, y nos hemos salvado por un milagro de la Providencia.

—Es verdad, señor.

—Estamos encerrados en un círculo de montañas, á excepción de aquel gran boquete, que se vé al Este.

—También ese boquete es montaña, mi general, aún cuando no se ve.

—¿Qué decís?

—Que por allí cruzamos rompiéndose la quilla de nuestro navío.

—¿No está el monte por ese costado más bajo que el calado del buque?

—Por donde nosotros pasamos no, señor, de lo contrario no se hubiera roto la quilla.

—Es verdad, pero es largo el boquete y será necesario sondearlo para saber por donde hemos de salir.

—¿Con qué bote, señor?

—Con el que harán nuestros operarios en cuanto acaben de fijar la borda. Si faltase madera, ahí teneis las cureñas, las puertas del interior y hasta los tabiques que dividen las cámaras y los camarotes.

—Lo funesto será si no hallamos en el boquete la bastante agua para salvar el calado del navío.

—Hasta saberlo es inútil que entremos en esa cuestión. ¿Qué dicen las cartas?

—Nada, aconsejan que se huya de estos parajes por los muchos escollos que nos rodean, fuera de ese círculo de agua y montes.

—Entonces sabreis en donde nos hallamos.

—Sí, señor; á doscientas millas de Tabasco y á cuatrocientas de Veracruz.

—¿Pasamos por frente de ese último punto?

—No cabe duda.

—La suerte me lleva junto á Flaviano, el cual debe hallarse en Tabasco. Pero no comprendo como hemos podido pasar por ese boquete, en el caso de estar el monte más alto que el calado del navío.

—Fácilmente, señor, el huracán y pricipalmente las olas, subían el barco á la vez que lo empujaban y aún así perdimos en el rozamiento una parte de la quilla.

—Que cortó el monte como pudiera haberlo hecho una sierra.

—Eso es.

—¿Y la causa de haber mejorado su movimiento desde que perdimos la quilla?

—Señor, esa cordillera que tenemos al Este conte-

nía los vientos alisios y hasta el furor de las olas. Notad, que antes del choque no podíamos andar por el barco y luego corríamos por él sin que diéramos una sola caída.

—Teneis razón.

—Otra prueba más. Nos hallamos á tres millas escasas del boquete; es lo único que anduvo el navío en tres horas que continuó después el temporal.

—Me habeis convencido,—y el duque añadió mirando con el anteojo:—Esas montañas forman una isla que en aquel lado del Oeste tiene vegetación y es posible que esté habitada por indios.

—No os equivocais, pero os advierto que todo esto debió ser un continente roto por acciones volcánicas. Formaron, sin duda alguna ese continente, el círculo de agua en que estamos, todas esas montañas, con las planicies que hay entre ellas y las cuatro islas más que tenemos cerca. Después siguen los bancos de Sisal y otras muchas islas y promontorios.

—Decid otra cosa, decid que el golfo de Méjico y todo el mar de las Antillas llamado también de Colón, eran una parte de la India que unía á lo que ahora llamamos Indias del Sur y del Norte.

—Sí, señor, eso es.

El duque continuaba mirando con el anteojo. De pronto exclamó:

—Mirad, comandante, al Oeste, ¿qué veis con el anteojo?

—Indios, señor. Es decir, antropófagos. Tienen piraguas.

—Falta nos hacía una para la sonda.

—¿Quién va por ella, señor?

—Es verdad.

—Necesitamos ese bote lo antes posible.

—Lo harán en cuanto se pueda.

—Para abreviar y puesto que este mar es casi un lago que no ofrece peligro alguno, dadle solo la cabidad indispensable para tres ó cuatro hombres y dos remeros.

—Eso pensaba.

—¿Habeis dormido algo?

—Lo suficiente hasta la noche, tres horas.

—¿Y los restantes?

—Los carpinteros cinco, y la tropa y marinería llevan ya cuatro y los dejaré otra más.

Aún siguieron hablando sobre cubierta algún tiempo más. Después reconocieron de nuevo todo el interior del navío y al concluir se retiraron á la cámara del duque, éste y Zalla.

Allí encontraron á Ontoria y á los capitanes comentando lo ocurrido durante la noche; lo que ellos no vieron y sintieron, lo escucharon de boca de los oficiales y de los criados.

Zalla se había elevado sobre todos ellos, era á uno de los tres que debían la vida. Sin los grandes esfuerzos de ellos el navío se hubiera anegado media hora después de haber perdido una parte de la quilla.

No comieron hasta las tres por la tarde y bien que se desayunaron.

En el interior del barco apenas se conocían los es-

tragos del temporal. Las cocinas funcionaban perfectamente; todo se había secado, y limpio y en el mayor orden nada se echaba de menos á excepción de lo que se había roto, cuyos pedazos fueron arrojados al mar.

La tropa, marinería, carpinteros y oficiales, comieron á las dos, y en este momento clavaban unos, aserraban otros, limpiaban los más las armas y los cañones y cantaban como si nada hubiera ocurrido.

Su alegría se igualaba ya en grandeza al sobrecogimiento y angustia que estuvieron sufriendo por espacio de setenta horas.

En tales momentos cantaban coplas á Zalla por los golpes que les había dado elogiando la bravura del joven capitán y riendo y burlándose de la pavura que ellos habían sentido sin causa ninguna, pues llamaban en sus coplas brisa al huracán, listos á los vientos alisios y bostezos á los suspiros que ellos habían exhalado.

Es decir, que se burlaban hasta de su propia debilidad.

Ese es el carácter español; llega el peligro, lo afrontan con el valor que cada cual tiene: el cobarde, llegando desde la aflicción á la congoja, y el valiente, sereno, impávido; pero unos y otros cantan y ríen, y hasta otra.

Con sus martillos, sus sierras y demás instrumentos del trabajo y la limpieza, unidos á sus voces, pretendían parodiar el estruendo de los aquilones, rugido del mar y truenos de la tormenta.

Nuestros amigos comieron y bebieron bien, quedando luego de sobremesa.

El duque recordaba á menudo lo cerca que creía hallarse de su hijo y aparecía en su semblante una ráfaga de alegría. Ignoraba que en el día anterior, cuando todos los navegantes del *San Juan* estuvieron á punto de perecer, Flaviano fué herido casi mortalmente por las agudas saetas de unos cuantos antropófagos de Méjico. ¡Oh, si el desgraciado padre hubiera podido adivinar el estado de su hijo, tendido en una gruta sobre hojas secas y acribillado de heridas, no le hubiera satisfecho el término del temporal, y la salvación de su vida!

Anselmo y el príncipe de Italia recibieron revelaciones importantes, pero tardías para evitar el mal por más que no fué lo mismo para contener la muerte.

Debía el héroe Flaviano pasar por aquel terrible trance, y la intuición de Silva y Anselmo no rebasaron el límite que el fiero destino les impuso.

Cenaron nuestros amigos á las nueve y poco después de las diez todos estaban acostados.

Ni un sólo vigía dejaron, ¿para qué? Ni los hombres ni los elementos podían hacerles nada en el extenso lago salado en que la suerte condujo á su bajel.

Antítesis esta noche de la anterior, no se escuchaba ni el más leve ruido; parecía que la naturaleza lo había gastado todo en los días anteriores.

Ocho horas seguidas durmieron los navegantes del *San Juan*.

A las seis se levantaron los primeros, dando principio al trabajo que tenían emprendido sobre cubierta.

Entre carpinteros, tripulantes, soldados y sirvien-

tes que algo entendían de carpintero y sabían manejar la herramienta, pasaban de cien los operarios que trabajaban, dirigidos por dos maestros, un contramaestre que era muy inteligente en la construcción de barcos y el comandante que no los perdía de vista.

Después de las nueve subieron el duque y Zalla, quedando el primero maravillado de la energía y laboriosidad de los carpinteros. Tenían ya fijada en la mitad de una banda la borda ó baranda. Y diez hombres estaban dando principio á la construcción del bote que debían terminar antes que el todo de la borda.

Cuando el duque se enteró de que todo lo que hacían llevaba la solidez y esmero necesarios, cogió el anteojo y ocupó dos horas en estudiar la isla que tenía de frente y las montañas que la rodeaban. En una de éstas existía un volcán; de su cráter salían torrentes de humo.

Cuando hubo acabado se le acercó el comandante, preguntándole:

—¿Habeis visto algo que os haya llamado la atención?

—Sí, Negrete, he visto varias piraguas que parecen bien construidas. He visto pescadores y he contemplado á la entrada del bosque que tenemos de frente gallinas silvestres, las cuales nos hacen falta.

—Las cazaremos, señor, si esos antropófagos no nos cazan á nosotros.

—Posible es que vos, tan valiente en el mar, seais cobarde en tierra. Se dan casos, Negrete.

—Sí, se darán, señor, pero no ahora; el verdadero marino tiene siempre jugada su vida y ni siente miedo

en tierra ni en la mar. Dije eso porque aseguran que esos cafres de enfrente son muy fieros y muy traidores.

—¿También traidores?

—Mucho.

—Pues has pronunciado su sentencia. Morirán algunos y se quedarán sin muchas cosas que nos hacen falta á nosotros.

—Cuidado con ellos, mi general.

—Iba á deciros que era posible que sólo fuese *invencible* en Europa y que viniera á morir á manos de esos pobres indios, pero no, el Perú es también india y no pudieron conmigo los indios cultos ni los antropófagos.

—Ni aquí podrán tampoco, y mis observaciones se contraen á preveniros que no os descuideis con ellos.

—Lo haré, y puesto que no os corre prisa el sondeo iremos á esa isla en cuanto esté listo el bote.

—Es posible que pasado mañana lo esté.

—Pues al día siguiente lo probaremos.

—Lo hago más grande de lo que acordamos.

—¿Habeis oido hablar de la raza á que pertenecen esos indios?

—Sí, señor, dicen que son aztecas.

—¿Habrá alguno en el navío que conozca ese idioma?

—Dejadme recordar... Sí, tengo dos marineros mejicanos que son aztecas.

—Perfectamente; irán de remeros.

—Bien discurrís, señor.

—Decid, Negrete, ¿este tiempo es seguro?

—Lo parece.

—Pues reina viento Sur.

—No os comprendo.

—Que es el que más os conviene para navegar en dirección de Veracruz.

—En el caso de que podamos saltar ese círculo de hierro que nos rodea.

—Si no puede salir el navío lo harán las lanchas y botes que se pueden construir.

—¿Con qué madera, señor?

—Eso me preguntais teniendo delante un extenso bosque?

—También teneis razón, pero navegar por el golfo de Méjico en bote ó lancha cuatrocientas millas es casi un suicidio.

Y continuaron debatiendo y mirando los operarios hasta la hora de la comida.

Lo mismo hicieron por la tarde y todo el día siguiente.

Al anochecer quedó listo el bote, fué reconocido y aprobado por todos. Tenía solidez y cuanto necesitaban.

CAPITULO XXIII

Prueba del bote.—A la acera de enfrente.—Los antropófagos.—La muerte.—Las piraguas.—Al navío.

El duque preguntó á Negrete después de cenar:

—¿Cuántos podremos ir en el bote?

—Con comodidad seis.

—Muy bien, los remeros, Zalla, mis dos criados y yo. Decid á los primeros que en el fondo del bote lleven dos arcabuces cargados, con veinte tiros de repuesto y cuerdas para traer piraguas á remolque.

Después llamó á Lope y le dijo: Nos embarcaremos mañana Zalla, Ramón, tú y yo.

—Muy bien, señor.

—Llevaremos dos pistolas cada uno cargadas y veintiocho tiros de repuesto. Debajo del traje, cota de malla y casco con visera, para evitar que una saeta envenenada se nos clave en la carne. También llevaremos manoplas y espada.

—Qué más, señor.

—Debemos estar sobre cubierta á las cinco.

—Muy bien.

Y se retiraron á descansar.

A la hora indicada los seis descendieron hasta el bote que ya estaba esperando.

Minutos después volaba el ligero esquife por la blanda superficie. Distaban de la acera de enfrente donde iban cuatro millas, que las cruzaron en menos de una hora.

Llegaron, amarraron el bote, luego sujetaron con cuerdas cuatro buenas piraguas á la popa del bote para reconocerlas, y echo esto saltaron en tierra.

A los quinientos pasos que dieron por la isla, vieron varios indios que estaban hablando y se dirigieron hacia ellos.

No huyeron, pero se prepararon con unas lanzas que tenían de madera, y la moharra de espina de pez.

Llegaron, quedándose parados junto á los indios.

Nuestros amigos tenían en cada mano una pistola montada, y los remeros su arcabuz preparado.

Los antropófagos los miraban con extrañeza y como cosa rara, nunca vista, pero sin miedo.

Uno de los remeros les dijo:

—Viene con nosotros un famoso general español, dueño de aquella embarcación, que habreis visto enfrente. Nos trajeron hasta allí la tormenta y los huracanes y en cuanto el barco esté compuesto nos iremos para no velver más.

Mi señor os ofrece dagas como ésta por cuatro piraguas y gallinas. ¿Quereis cambiar?

—¿No venís en guerra?

—No, en paz.

—Deme esa daga que la vea.

El marinero se la dió, la examinaron todos los indios, hablaron entre sí y luego uno de ellos escapó, llevándose el arma sin contestar nada.

—Se la ha llevado mi compañero, dame otra para verla bien,—dijo uno de los indios.

—¿Trae gallinas vivas?

—¿Cuántas quieres?

—Las que tengais.

Volvieron hablar entre si y fueron acercándose poco á poco.

El duque se puso delante de sus compañeros, como para recibir á los indios. Pero estos cuando estuvieron cerca levantaron las lanzas para atacarlos.

El duque derribó dos rompiéndoles los cráneos, con las balas de una pistola de dos cañones.

Sus compañeros al oir las detonaciones y ver muertos á dos de los suyos, dieron un grito y corrieron dando alaridos.

—Ya tenemos piraguas, vámonos que mañana volveremos por las gallinas.

La determinación fué acertada. Apenas hubieron cruzado cien brazas, oyeron una espantosa gritería no tardando en ver más de doscientos indios armados unos con flechas y otros con lanzas.

—Alto, remeros,—gritó el duque,—poneos detrás

de nosotros para que no os toque ninguna saeta. A nosotros que vamos forrados de hierro, nada pueden hacernos.

Los indios llegaron á la orilla y al ver que los españoles se llevaban sus cuatro grandes y mejores piraguas, dieron desaforados gritos, luego unos descargaron sus flechas y otros armados de la misma arma saltaron á dos piraguas para perseguir á nuestros amigos.

—Lopez, Ramón,—añadió el duque,—coged los arcabuces y cuando estén á tiro los de las piraguas hacedles fuego, asegurando bien la puntería. Con calma.

—Bien, señor.

El bote continuaba inmóvil.

Las dos piraguas con varios indios, remando unos y otros preparando sus flechas, se iban acercando.

López y Ramón, se pusieron de acuerdo, afinaron la puntería y los dos dispararon á la vez, hiriendo mortalmente á dos indios.

Los restantes sorprendidos por la gran detonación, se tiraron al agua y á nado se dirigieron á tierra. Los que no se habían embarcado, huyeron también.

—Remeros,—dijo el duque,—cojamos esas otras dos piraguas y remolquémoslas como las cuatro.

Volvieron á acercarse y obedeciendo al duque, amarraron los dos piraguas y empezaron á remolcar los seis, después de haber arrojado los dos indios.

—Cuántos remos vienen,—preguntó el duque.

—Dos más, señor.

—¿Pueden usarse en sitio diferente?

—Sí, señor, está el bote dispuesto para cuatro en un caso de apuro.

—López, Ramón, remad también vosotros, pues de lo contrario no llegaremos hoy con esa enorme fila de piraguas. Tú, Zalla, carga esa pistola y los dos arcabuces.

—Al momento, señor.

—Empieza por los últimos. Ahora avancemos.

Poco más de cien brazas llevarían andadas, cuando retrocediendo los indios volvieron á la orilla del mar disparando sus flechas entre gritos y alaridos.

—Alto,—volvió á exclamar Osorio.—¿Están cargados los arcabuces?

—Sí, señor.

—Venga uno.

Y distinguiendo al cacique, le tiró á tan larga distancia metiéndole la bala en el pecho.

—El otro arcabuz.

Se lo dió Zalla, lo descargó, tumbando á otro de los que huían.

—Al navío, que esto concluyó,—dijo Osorio,—y los cuatro remeros comenzaron á moverse con rapidez y fuerza extraordinaria.

Los indios volvieron, pero con precauciones. Viendo después á la larga distancia á que se hallaban los españoles, salieron todos. Uuos recogieron el cadáver del cacique y los restantes veían marchar á nuestros amigos con tanto dolor como rabia.

Poco á poco fueron perdiéndose de vista unos y otros hasta que la distancia confundió á los unos con sus árboles y á los otros con las ondas del mar.

Dos horas tardaron nuestros amigos en llegar al navío; las seis piraguas les impidieron andar más.

Llegaron, siendo recibidos por todos los oficiales y jefes. La conquista no había sido mala. Esto dijeron al duque, á lo que él contestó.

—No es mala, no; lo malo es que han costado seis vidas.

—¡Seis!

—Señores, son antropófagos, muy traidores y merecían una lección. Mañana iremos de caza á sus bosques y acaso huyan y nos eviten tener que matar ciento. Comandante, que suben las piraguas y el bote, reconocerlos y mandar hacer lo que necesitan para que mañana estén listas. Caben en cada una de quince á veinte hombres, pues son muy grandes, y al amanecer saldremos en ellas para traernos aves vivas y frutas. Irán todos los individuos de mi escolta con cota de malla y casco y cuatro ó seis cazadores que sepan como se cogen las gallinas vivas en este país. Para nuestro regreso tened jaulas preparadas. ¿Avanza la borda?

—Vedlo, señor.

—Sí, veo que ya falta poco. Bueno, mañana la caza, pasado mañana la sonda. No perdamos tiempo que anhelo llegar lo más pronto posible á Veracruz.

El día lo pasaron bien, si prescindimos del calor que en el centro del día sufrieron todos.

La noche la entretuvieron agradablemente, hablando de los antropófagos, á última hora dió el duque las postreras órdenes, para el viaje del siguiente día, y á las

diez de la noche estaban ya en cama los que tenían que madrugar.

Hombre de guerra el duque y muy precavido, mandó poner dos centinelas al pie de las cadenas de las anclas y un cuerpo de guardia situado cerca de los centinelas con orden al jefe de lo que debían hacer en el caso de que fueran los indios á vengar la muerte de su jefe y compañeros y á rescatar las piraguas.

La precaución no podía ser más acertada Serían las once cuando los dos centinelas se vieron acometidos por ocho ó diez indios cada uno.

Heridos los dos, hicieron fuego, gritaron, acudió la guardia y se entabló la lucha entre veinte indios que habían llegado en dos piraguas y los quince soldados con su jefe á la cabeza que formaban la guardia.

Tiraron varios tiros, acudieron más soldados y no tardaron en dar fin de los quince antropófagos.

Cuantos había en el navío se precipitaron á la cubierta, incluso el duque y todos los individuos de su escolta.

El comandante reconoció el campo de batalla hallando veinte indios muertos, tres soldados heridos y cinco contusos.

Enterado el duque exclamó:

—Esto ha sucedido por no hacer lo que yo he mandado. Encargué que los centinelas no perdieran de vista las cadenas. No lo hicieron, y por ellas han subido los antropófagos sorprendiendo é hiriendo con los primeros golpes. ¿Comandante?

—¿Señor?

—Que saban las dos piraguas que han traido esos desgraciados, que las reconozcan y si están útiles que las preparen para mañana. Que arrojen esos veinte cadáveres al mar y que el facultativo no se separe de los heridos hasta que sanen. La guardia montarla de nuevo y que los centinelas vigilen más, situándose al pie de las cadenas. Los restantes á dormir.

Así lo hicieron hasta las cuatro de la mañana que fueron poniéndose en pie todos los que tenían que partir.

Al pisar la cubierta tenían dispuestas ocho piraguas y el bote, en los cuales entraron sesenta y un guerreros, el duque, dieciseis remeros y ocho cazadores. Total ochenta y seis hombres armados hasta los dientes.

Salieron al amanecer, llegando después de la salida de sol.

Desembarcaron y después de haber amarrado bien las embarcaciones y de haher sacado de ellas todo lo que llevaban, comenzó el duque á dar disposiciones con objeto de evitar toda sorpresa y en el caso de no poder prever alguna, que hallasen los sorprendidos fácil auxilio.

Todos menos el duque llevaban arcabuz y además repartieron entre los mejores tiradores diez pares de pistolas, quedándose Osorio con dos que eran los doce pares que tenía el duque.

Para cuidar de las piraguas y defenderlas en caso de que el enemigo intentase rescatarlas, dejó el duque veinte hombres forrados de hierro y en sitio desde el cual podían defenderse bien, y defender las piraguas; luego dejó otros veinte á la entrada del bosque, frente

al sitio de las piraguas y él se internó con los cuarenta y cinco restantes en el bosque, si bien estacionó cinco hombres á la entrada, ocho más adelante, diez después, y él comenzó la caza y provisión de fruta con los restantes.

El vuelo de las gallinas era muy bajo y por esta causa las que no cogían en sus nidos las atraían para envolverlas en redes.

A las dos horas fueron reuniéndose con el duque todos los cazadores; traían buena provisión de frutas y cerca de ochenta entre gallinas y otras aves delicadas.

Ya iban á partir cuando uno de los cazadores dijo á Osorio:

—Mi general, no lejos de este sitio hay un lago que es un encanto y en los alrededores muchas aves acuáticas y terrestres. Anades hay muchas y hasta se pueden coger con las manos.

—Pues dejemos aquí esta carga y vamos á ver ese lago maravilloso.

Así lo hicieron quedando sorprendidos ante la belleza que ofrecía aquel paraíso.

Rodeaban el poético lago los árboles de más mérito que se conocen en América, el cedro, el ébano, la acacia odorífera, el arrayán y luego la caña, con un conjunto de plantas y flores que formaban otra maravilla. El lago era inmenso, y en su centro tenía islas, cascadas y plantas acuáticas con los más vistosos colores.

En aves había patos, ánades, cisnes blancos y ne-

gros y otras muchas clases desconocidas en Europa.

Absorto y mudo quedó el duque ante aquel prodigio de la naturaleza.

Nada más poético, más arrobador, más halagüeño.

—He aquí,—exclamó el duque después de larga contemplación,—un encanto de la naturaleza. ¡Qué árboles, que plantas y qué flores! ¡Qué aves, y qué lago tan maravilloso! Pero, señores, notad que se paraca á la flor más bella que esconde detrás al venenoso reptil. Recordad los seres que aquí nacen y se crían y me dareis la razón.

—Nada he visto más hermoso,—dijo Ontoria.

—Ni más admirable,—añadió Zalla.

—Ni más peligroso,—replicó Urrutia,—quedémonos aquí y poco á poco nos irán engullendo esos antropófagos, capaces de comerse crudo á su hermano menor.

—Y á su padre.

—Pues parece que hoy no dan señales de vida.

—Posible es,—añadió Ontoria,—que estén acobardados ante las veintiseis víctimas que ayer han perecido casi sin defensa.

—Contad con todo menos con la cobardía de esos cafres. ¿Cuántas aves habeis cogido en el lago y sus alrededores?—preguntó el duque á los cazadores.

—Más de ochenta, señor.

—¿Cómo las sujetais?

—Basta con atarles las patas.

—Pues cogedlas y vámonos, que el sol tropical empieza ya á molestarnos.

Así lo hicieron.

Llegaron al primer grupo y ninguno había visto un solo indio.

Fueron al segundo y le sucedió lo mismo.

Al tercero y ninguno distinguió ni la sola pluma de las muchas que llevaban en la cabeza los antropófagos.

Por fin se reunieron á la orilla del mar los ochenta y seis sin haber disparado un arcabuz.

La caza había sido excelente, la provisión de frutas inmejorable y para colmo de dichas cuatro de los veinte que quedaron defendiendo las piraguas vieron una red de los indios, la echaron y habían cogido una arroba de pescado.

Ufanos y satisfechos de su excursión iban á empezar el reembarque cuando oyeron al duque que exclamaba:

—A las armas; los que no traen cota córranse atrás.

CAPÍTULO XXIV

Casi una batalla. — Casi otra marítima. — La retirada. — Juegan los cañones del navío. — Todo acabó. — Pero falta lo más grave para el duque del Imperio.

¿Qué motivó las gravísimas frases de alarma que acababa de pronunciar el general Osorio?

Más práctico, más inteligente y más precavido que todos los que le acompañaban, vió antes que ningún otro un enjambre de indios, cuyo número no bajaría de mil, que unido y con su natural algarabía se precipitaban monte abajo provistos unos de flechas y otros de lanzas, con ademán guerrero y decidido.

El duque ordenó á su gente, puso detrás de todos y resguardados con los árboles á los que no llevaban cota de malla ni casco, y atentos á su voz y en la forma que acababa de ordenarles, mandó hacer fuego á los diez de los suyos que estaban delante.

Los arcabuces disparados iban con metralla y cada tiro derribaba tres ó cuatro antropófagos. Estos

retrocedieron, pero no tardaron en avanzar. Aquello no era valor era ferocidad.

Los que habían disparado se colocaron detrás para cargar y al llegar al mismo sitio los indios recibieron otra descarga de diez tiros, con otras treinta ó más bajas.

Nuevo retroceso y otro avance.

Los diez y nueve que no llevaban cota ni casco y se habían guarecido detrás de los árboles empezaron á hacer, por orden del duque, un fuego graneado más mortífero que el de las descargas de los diez, pues aquellos no perdían ni un solo pedazo de metralla por lo bien colocados que estaban.

Sonó otra descarga y unidos al montón de muertos y heridos de dichas descargas, los que hacían el fuego graneado obstruyeron el paso al enemigo.

Eran más de cien indios los derribados ya.

Ahora, más que retroceder, huían.

Como venían en masa cerrada, Osorio dispuso que las descargas, si el enemigo volvía, fuesen de veinte tiros. Es decir, que en vez de seis filas de diez fuesen tres de á veinte.

Los antropófagos desaparecieron por quince minutos, que empleó el duque en elegir sitio mejor y en disponer todo lo que creyó más conveniente.

Al cuarto de hora volvieron los indios con más osadía que antes; las grandes pérdidas que sufría aumentaban su coraje y valor.

Infelices, llegaban de nuevo en columna cerrada para que no se desperdiciara una sola posta y llovieron

sobre ellos entre la horrible descarga que ahora les hicieron veinte arcabuces y seis ó siete de los del fuego graneado más de cien proyectiles que barrieron todo el frente que presentaban.

Ahora no era montón de cadáveres y de heridos lo que se veía, era una muralla impenetrable. Fueron á huir y á la vez les hicieron otra descarga igual por la espalda que presentaban y cayeron otros tantos.

Muchos más de doscientos besaban ya el monte, muertos unos y dando lastimeros ayes los heridos.

Ahora desaparecieron en tropel, sin orden, yendo cada cual por su lado.

—Cargad y quietos,—dijo el duque.

Y así lo hicieron.

Trascurrió un cuarto de hora. A ninguno se oía.

El duque, con las precauciones debidas ordenó el reembarque en la forma siguiente: primero llenaron una piragua con la caza, frutas y objetos de caza que había llevado.

Luego fueron entrando en todas ellas los remeros, pero al ir á entrar los restantes, vieron bajar más de quinientos antropófagos diseminados hasta el punto de no presentar más blanco que el de un hombre.

El duque gritó:

—Todos los arcabuces á las piraguas, salgan los aceros y las pistolas. Remeros haced vosotros fuego con los arcabuces desde los esquifes y todos atentos á mi voz. ¡Ay del que no me obedezca!

Llegaron abajo los indios y entonces comenzó una lucha cuerpo á cuerpo desesperada por parte de los indios.

Las espadas de nuestros guerreros atravesaban sus carnes que iban desnudas, mientras que sus lanzas y saetas se estrellaban en el hierro que cubría á los españoles y á ninguno lograban herir.

Para mayor desdicha de ellos, diecinueve arcabuces vomitaban sin cesar metralla desde las piraguas, diezmando á los indios é infundiéndoles terror aquellas detonaciones que oían tan cerca.

El duque y Zalla, que estaba á su lado, parecían máquinas de muerte, movidas por fuerza eléctrica.

Esta pelea no podía durar mucho, los antropófagos cubrieron la parte baja con sus heridos y cadáveres como habían cubierto la parte alta y acabaron por emprender una retirada más espantosa y veloz que el huracán.

A los dos minutos no se veía un solo indio de pié; fueron separados unos de otros y se volvían en la dispersión más completa.

—Limpiad las espadas y á las lanchas,—tornó á gritar el duque, y en cinco minutos todos estaban embarcados.

No lo hacían por miedo ni por precaución, dió esa orden Osorio porque le daba lástima matar tanta gente casi indefensa.

—Una tras otra todas las piraguas. Sigamos á la primera,—volvió á exclamar Osorio, y los remeros comenzaron á bogar.

Salían de una pequeña ensenada para entrar de lleno en el Océano y tomar la recta del navío, cuando vieron á su izquierda cien piraguas que estuvieron

ocultas hasta aquel momento, las cuales conducían á quinientos indios, armados todos con lanzas y flechas.

Era la reserva del enemigo que entraba en acción en medio del mar.

En cuanto los vió el duque, gritó:

—Al fondo los que no lleven casco ni cota, los restantes á los arcabuces. Fuego graneado. Remeros, corramos hacia el navío que me duele matar tanto infeliz.

Así se expresó el duque, sus ocho piraguas y bote corrieron por aquella blanda y rizada superficie y un fuego graneado de metralla empezó á contener á los antropófagos que se le iban encima como lobos carnívoros que ansiaban devorar la anhelada presa.

Iban los españoles en la forma siguiente: Delante corría el bote, que era el de menos andar; después la primera piragua cargada con la caza, una red, las frutas, la pesca y los objetos que llevaron que no eran de guerra, y seguían las siete piraguas restantes una tras otra.

Los indios iban mejor porque en cada una de sus piraguas no metieron más que cinco hombres, uno para mover la embarcación y cuatro para pelear. Era una flota con cien naves y quinientos guerreros ansiosos de pelea, de sangre, de exterminio.

Su color era cobrizo, muy claro, su pelo suelto y crecido, un taparrabos cubría lo indispensable de sus carnes y el resto del cuerpo lo llevaban pintado con adornos y signos que su raza venía usando desde la antigüedad.

La cabellera la llevaban sujeta con un aro del cual pendían vistosas plumas de hermosísimas aves. Iban descalzos, largas y endurecidas las uñas de los pies y de las manos y sus dentaduras parecían de marfil.

El aspecto de estos hombres se presentaba verdaderamente fiero y su completa ignorancia los llevaba á la muerte con temeridad salvaje.

En la última pelea sostenida cuerpo á cuerpo ninguno de los españoles quiso hacer uso de sus pistolas; no había para todos y desde el duque hasta el último las guardaron en el cinto, jugando solo la espada para igualarse á los que carecían de aquellas raras armas de fuego. Este hecho generoso les fué ahora de mucha utilidad.

Las piraguas enemigas se abrieron en dos alas de cincuenta cada una para coger en medio las nueve españolas, pero la metralla que vomitaban los arcabuces y las muertes que causaban, las descompusieron varias veces, hiriendo ó matando á los remeros que eran sobre los que fijaban principalmente la puntería por orden del duque.

Varias veces se arremolinaron, dieron muchas voces, acabando por último por disparar todas las flechas que llevaban las puntas envenenadas.

Ningún efecto hizo esta descarga en los sesenta y uno que iban forrados de hierro, con las viseras echadas y las manoplas puestas, pero alcanzaron á tres de los que no llevaban defendido su cuerpo y pronto los dolores y la hinchazón demostraron los crueles efectos del mortífero veneno. Esta circunstancia que no pasó

desapercibida para el duque, hizo arder su sangre y dejó que varias piraguas se acercasen á la en que él iba.

Descargadas las flechas los antropófagos acomentieron á las piraguas del duque en número de cuarenta. Entonces Osorio comenzó á hacer uso de sus disparos de pistolas y derribó ocho indios. Los que le acompañaban hicieron lo mismo y los más atrevidos perecieron sin que uno solo pudiera salvarse.

Como á la vez continuaba el fuego graneado de los arcabuces, los indios se volvieron á arremolinar, los remeros tiraron los palos y los españoles pudieron adelantarse mil varas, teniendo tiempo de sobra para cargar los arcabuces, y pistolas que estaban vacíos.

Los indios se repusieron, y viendo que su atroz enemigo se escapaba, cargaron de nuevo sus flechas, animaron á los más débiles y ardiendo en coraje hicieron volar sus piraguas.

Venían otra vez en dos alas, si bien ahora en vez de cien piraguas sólo contaban con setenta y aun en éstas iba el personal mermado por la metralla de los arcabuces.

No conducían herido alguno, para evitarse estorbos en cuanto el compañero recibía una posta en sus carnes lo arrojaban al mar para no oir sus lamentos, tener más sitio para moverse y menos peso en la piragua. Treinta de éstas flotaban ya sobre el agua sin un solo indio que las defendiera. Cuando únicamente quedaban uno ó dos de éstos se trasladaban á otra abandonando la suya.

Nuestros valientes españoles llevaban ya andadas

dos millas, ó sea la mitad de la travesía, cuando fueron alcanzados otra vez por los antropófagos.

Hicieron éstos nueva descarga de flechas, logrando herir á dos de los que no iban resguardados; ya eran cinco y esto acabó de encender la sangre del duque.

—Fuego sin cesar,—gritó,—con arcabuz y pistola, afinar la puntería y mueran todos estos salvajes.

Seguidamente se fueron oyendo cuarenta y ocho tiros de pistola y sesenta de arcabuz.

La mortandad que causaron fué horrible.

Casi todos los remeros antropófagos perecieron.

Las piraguas quedaron como enclavadas en el agua, los indios muertos y heridos caían al mar y los españoles corrían como anteriormente.

Fueron cargados de nuevo los arcabuces y pistolas. El duque presentaba encendido su rostro é inyectados de sangre sus ojos. Sabía que sus cinco heridos pronto serían cadáveres y anhelaba vengarlos con la muerte de todos los salvajes que habían osado ofrecerle aquella formidable batalla.

Cuando todos acabaron de cargar, exclamó:

—Despacio, remeros; démosles tiempo á que vengan para que no quede uno vivo.

Cuando dijo esto, distaban del navío una sola milla.

La cubierta del *San Juan* estaba llena de guerreros, que se movían mucho. El comandante miraba con el anteojo, vió lo que ocurría y enteró á cuantos había en su barco.

Osorio, desde la proa de su piragua miraba las de

sus enemigos que volvieron á avanzar otra vez, pero con una lentitud desesperante para él.

No podía detenerse por hallar, si lo había, remedio para sus cinco heridos, y deseaba á la vez esperar á los salvajes para exterminarlos por completo.

Entre dudas y vacilaciones, dejó á la suerte que decidiera lo que le pareciese.

Menos de media milla faltaba para llegar al navío, cuando se acercaron á Osorio los indios; sólo volvían cuarenta piraguas y no completas en su número de guerreros.

—Preparad los mosquetes, —exclamó,—y fuego graneado como el anterior, afinando la puntería cuando estén á tiro. Que no se pierda una posta, dejadlos llegar. Avanzan con más rapidez; cada uno á una piragua enemiga. Apunten, fuego.

A la vez del fuego de los mosquetes, se oyó una detonación espantosa. El navío mandaba á las piraguas una bala rasa que tumbó dos, matando á sus diez defensores.

Eso bastó para poner término á la batalla. Los indios se habían acostumbrado al ruido de los tiros de arcabuz, pero les era desconocido el de los cañones. Negrete había mandado disparar el de más calibre, y el terrible estampido los aturdió, helando aquel feroz valor que venían demostrando.

Todas las piraguas retrocedieron y ahora volaban, huyendo de aquellos truenos que tan gran espanto les causó.

Aun el comandante del navío les mandó otra bala

rasa que alcanzó á una piragua y la volcó, matando á sus cinco defensores.

Muchos antropófagos se tiraron al mar, queriendo ganar á nado la orilla de sus bosques.

Los restantes hacían volar sus piraguas.

Salieron quinientos y no llegaban á doscientos cincuenta los que volvían, ni á cincuenta las piraguas que ahora corrían.

—Remeros,—gritó el duque,—forzar los palos, y al navío, que llevamos cinco heridos y deseo que hallen pronta curación.

Diez minutos después llegaban á la escala real del *San Juan*.

—Coged entre diez los cinco compañeros heridos y subidlos antes que todo,—exclamó el duque, añadiendo: —Negrete, que corran á la enfermería el facultativo y practicantes. Por cada uno que salven de esos infelices les regalaré doscientos ducados y un apretón de manos.

Así lo hicieron, no tardando en hallarse en la cubierta el duque frente al comandante de navío.

—¿Qué gente es esa, señor?—osó preguntar el segundo al primero.

—Son, Negrete, los hombres más hermosos, más valientes y más bárbaros que he visto en el mundo.

—¡Qué mortandad habéis hecho!

—Más de quinietos hemos tumbado, comandante; cara fué la caza que hicimos.

No tardó el facultativo en acercarse, diciendo al duque:

—Señor, tengo el sentimiento de participaros que

los cinco heridos de hoy están agonizando. El veneno inoculado en sus heridas es mortal. Los de anoche sanarán todos.

—Cómo ha de ser. ¡Por Dios que si los de mi escolta no hubieran ido forrados de hierro todos perecemos! No os volvais á separar del lado de los heridos, haced cuanto sea posible y que Dios disponga lo que tenga á bien.

Sin más explicaciones se bajó á la cámara para cambiar de traje y descansar.

Todos los de su escolta hicieron lo mismo.

Después se reunieron en la cámara del duque, éste, Ontoria, y todos los capitanes para comentar las peripecias de un sangriento combate, desconocido hasta aquel momento por todos ellos.

El comandante mandaba entregar la caza, pesca y frutas á los cocineros.

CAPÍTULO XXV

Comentarios. — La comida. — La muerte. — Noche tranquila. — El fenómeno más grande que podía ver el duque del Imperio.

—Señores,—decía el duque á Ontoria, al comandante y á los capitanes,—no he visto más valor en mi vida, mayor desprecio de la existencia ni tanta furia y rabía entre seres humanos. Me he batido en cien distintos puntos del globo, pero hasta hoy no contemplé el verdadero valor salvaje de la raza humana. Los indios esos retrocedían para ordenarse, para hacer coraje y para caer sobre nosotros pasando por montones de heridos y cadáveres suyos. Hubo momentos en que no podíamos juzgarlos como á seres humanos, sino como fieras infernales abortadas del averno. Llegó á dolerme el brazo derecho de matar, y hasta el dedo índice de oprimir el gatillo de mis pistolas. Cara fruta, pesca y caza; por Dios, que no habrá nadie en el mundo que la haya comido á tanta costa.

—Y gracias á que nos ha mandado uno de los primeros generales del mundo, si no es el primero,—dijo Ontoria,—porque de lo contrario, cuando luchamos cuerpo á cuerpo con esos cafres perecemos todos aun yendo forrados de hierro. Un indio, comprendiendo que sus armas no nos hacían efecto, me dió un puñetazo en la cabeza que á pesar del casco me derribó, haciéndome perder el sentido.

—Es verdad,—replicó el duque,—lo maté yo como á otros muchos que hicieron lo mismo con varios de vosotros. Y á mí no me sucedió también porque en lo más recio de la pelea hice que me siguiera Zalla, dándonos las espaldas, y de este modo pudimos librarnos él y yo de la bárbara fuerza de los cafres.

—Casi todas vuestras peleas las he visto,—añadió el comandante,—y en verdad que he sufrido mucho cuando luchásteis cuerpo á cuerpo. Más de dos veces retiré el anteojo de mi vista horrorizado. Creo que esa fué la pelea en que más matásteis.

—Sin duda alguna, como lo fueron siempre esos combates. Pero variando de conversación, ¿habeis comprendido, señor comandante, que estamos en ayunas y es ya el mediodía? Yo sólo he probado un plátano.

—Y yo una chirimolla.

—Y yo un poco de piña.

—Y yo nada.

—Había dispuesto la comida para la una,—expresó el comandante,—son las doce y voy á que la adelanten en cuanto sea posible.

—Sí, hacedlo.

Media hora después todos se sentaron á la mesa con excelente apetito. Empezaron por un pescado parecido á nuestra lubina, sabroso y bien condimentado.

A esto siguió un pato y al verlo tan dorado y hermoso dijo á Zalla:

—Mi general, hemos traido, según dice el comandante, ciento cincuenta aves, ¿cuántos indios costó la posesión de este sabroso pato?

—Lo menos siete, Ricardo.

—No fué caro.

—Para pagarlo ellos.

—Se entiende. Es gente bien educada, y nos dejaron pagar muy poco.

—Gracias á la previsión del general.

Luego comieron una pierna de carnero, después una gallina y seguidamente, dulce y frutas, de las cogidas por ellos en el bosque.

La sobremesa fué larga, y cuando iban á subir sobre cubierta entró el facultativo diciendo:

—Señor duque, el veneno inoculado en los cinco heridos, por las saetas de los indios, es un corrosivo que va al corazón y mata en pocas horas.

—Me lo había figurado; continuad.

—No he visto veneno más activo.

—Es decir que han muerto los cinco.

—Sí, señor.

—Y los otros heridos y contusos.

—Los primeros se hallan muy bien, los otros ya están curados.

—Bien, que hagan á los muertos los honores que les corresponde como fallecidos en función de guerra y los entierros en ese abismo que tenemos á los piés; para los navegantes, no hay otro cementerio.

—Esta tarde se hará, señor.

—Que presida el cortejo un capitán mientras dure el acto, que cubran de negro la parte de borda que está terminada.

—Por la noche asistirán todos al altar levantado en el segundo puente, donde el capellán y sus ayudantes hicieron honras fúnebres á los que habían perecido aquel día.

Después cenaron, disponiendo el general el sondeo para las ocho de la mañana próxima.

Durante la noche ningún indio se acercó al navío, pero á la mañana siguiente, poco después de la salida del sol, entró en la alcoba del duque, Ricardo Zalla, preguntando al general:

—¡Señor!

—¿Qué ocurre?

—¿Dormíais?

—No, desperté al entrar tú.

—Tenemos junto al navío, una piragua con tres indios, remeros dos y jefe, al parecer, el otro. Vienen sin armas

—¿Qué quieren?

—Dice el intérprete que desea hablar con vos para proponeros un cambio.

—¿Qué trazas tiene ese indio?

—Es muy joven, se expresa bien y no parece que trae doblez.

—No comprendo lo que podrá querer, pero hazlo subir por la escala, y enmedio del intérprete y de tí que espere mis órdenes. Que vigilen mucho interín permanezca la escala echada. Dí á López que venga á vestirme,

El duque se tiró de la cama, y cuando lo asearon lo suficiente, se sentó en el diván de la cámara, diciendo á López:

—Que baje ese indio.

Y se presentó aquél, mirando al duque fijamente.

—Sí, te conozco bien,—le dijo,—eres el que mataste á mi padre y á mi hermano mayor, los dos caciques más valientes de cuantos habitan aquella tierra hermosa de enfrente. Tú eres el más valiente y diestro de los tuyos, señor, el descendiente de cien caciques invencibles, te saluda, yo me inclino ante tí, porque vales más que yo.

El duque estudiaba detenidamente á este indio, en su figura, en su rostro y hasta en sus frases.

No iba igual á los otros; sólo tenía pintado en su pecho un sol, y además del taparrabo que era más alto y largo que el de sus compañeros, llevaba brazaletes de oro, pulsera y diadema, con preciosas plumas, todo del mismo metal, tobilleras, sandalias y un junco brillante en la mano como enseña de autoridad.

No era su color tan oscuro como el de los otros, estaba bien formado, y en su rostro no se dibujaba la ferocidad de su raza. En vez de los ojos vidriosos que tenían los antropófagos, los de éste brillaban como el fuego, si bien palidecian tomando un tinte melancólico que atraía, lejos de rechazar.

Era un indio hermoso.

El duque, después que lo hubo observado bien, le preguntó por mediación del intérprete azteca:

—¡Era tu padre el cacique que yo maté anteayer?

—Sí, y mi hermano y su heredero el que mataste ayer.

—No me fijé en ese.

—Iba mandando los piraguas, y antes las fuerzas del monte.

—¿Quien le ha heredado?

—Yo.

—¿Has peleado ayer y anteayer?

—No.

—¿Por qué?

—Os ví llegar, comprendí que érais hombres superiores á nosotros, y me concreté á observaros. No me equivoqué, ví que vuestras armas mataban y que las nuestras no os dañaban á vosotros.

—¿Qué fué lo primero que observaste en nosotros para creernos superiores?

—Que vuestra gran piragua cruzó por donde no han podido hacerlo otras más pequeñas.

—¿Te refieres al cortado que cubren las aguas por frente á vuestra isla?

—Sí.

—¿Han cruzado embarcaciones más pequeñas?

—Sí, y los que venían en ella han querido hacerse dueños de nuestra isla.

—¿Qué les ha sucedido?

—Que los vencimos y se los comió mi gente.

—¿Cuántos eran?

—Más que vosotros.

—De dónde venían?

—No lo sabemos.

—¿Cómo vestían?

—Parecido á vosotros.

—¿Qué armas usaban?

—Lanzas como las vuestras, pero más largas y con otra cosa más fuerte en la punta. También tenían eso que vosotros lleváis delante.

—¿Dagas?

—Será así.

—¿Qué hicísteis con sus barcos?

—Quemarlos como ofrenda al dios de la guerra.

—¿Y con sus ropas?

—Lo mismo.

—¡Y os comísteis sus cadáveres!

—Yo no, jamás probé la carne de los hombres.

—¿Por qué?

—Me repugna.

—Tú no te pareces á los que te obedecen.

—Ni á mis padres ni á mi hermano.

—¿Por qué causa?

—No lo sé.

—¿Qué te han predicho los dioses?

—No pregunté jamás al sacerdote, y de hoy en adelante le obligaré á que me pregunte él á mí.

—Eso prueba que no crees en tus dioses.

—No creo que hablen.

—¿Quién es entonces el que predice y lleva á la victoria?

—Predicen los que cuidan de ellos; deben llevar á la victoria los caciques.

—¿Tu padre y tu hermano creían en las predicciones de los dioses?

—Sí, y por eso los has muerto. Yo no creí y nada me hiciste, ni me haces, ni me harás.

—¿En qué te fundas para creer eso?

—En que eres muy superior á nosotros.

El duque miraba al indio asombrado. Cualquier desacato, cualquier abuso le hubiera perdonado con tal de realizar la gran idea que había concebido respecto de aquel hombre.

—Siéntate frente á mí,—le dijo,—yo te lo mando. Dadle un sillón igual al mío.

El joven indio se sentó con la mayor naturalidad y sin creer que le ofrecían un honor ni una merced.

—¿Qué edad tienes?

Por la cuenta que hizo dedujo el duque que tenía dieciocho años.

—¿Tienes mujer?

—No.

—¿Por qué?

—Porque enervan para la guera.

—¡Qué maravilla!—exclamó el duque para sí, y añadió fuerte:—¿Has peleado muchas veces?

—Infinitas, desde que tenía trece años.

—¿Viste todo lo que hicimos ayer y anteayer?

—Todo.

—¿Ibas en las piraguas?

—Fuí el primero que me embarqué y el último que salté en tierra.

—¿Ni una flecha disparaste contra nosotros?

—No llevaba flecha ni lanza con que haceros daño.

—¿Si hubieras sido el cacique qué hubieras hecho?

—Morir. No puedo con los míos y hubiera tenido que seguirles.

—¿Saben que has venido á verme?

—No, ni lo sabrán.

—¿Qué deseas de mí?

—Quiero que me des cien armas de esas que echan fuego, de lo que metéis dentro de ellas, y que me enseñen los tuyos á manejarlas. Por todo eso os daré cien arrobas de oro.

—¿Todo ese oro tienes?

—Me dejaron mi padre y hermano doble cantidad de esa.

—Te regalaré esas cien armas y muchas otras cosas por las cien arrobas de oro.

—También te daré yo perlas y piedras que brillan mucho.

—¿Y si te pido tres árboles sin ramas, me los traerás?

—Te traeré todo lo que tú quieras.

—Aguarda un poco. Intérprete, dí al comandante del navío que venga. Llámalo desde la escotilla.

Cuando bajó el marino, le dijo:

—Haced que el intérprete explique á ese indio la clase de árboles que necesitáis, con el largo y ancho que han de tener, para los tres palos que faltan al navío.

El comandante obedeció y después de varias explicaciones dijo el indio:

—Ya sé lo que tú quieres, y si tuviera con qué cortarlos mañana los tendrías aquí.

—Negrete, ofrecedle una hacha pero que la examine él.

El intérprete la trajo diciendo el duque al indio:

—Con eso cortamos nosotros los árboles y las ramas.

El indio la levantó en alto, vió el filo, la manejó en el aire, y tirándola en el suelo se sentó, preguntando á Osorio:

—Si me la prestas te traigo mañana los árboles.

—Te la regalo.

—Pues toma tú.

Y le dió un brillante que valía por cien árboles en donde más precio tienen.

—Retiraos, comandante; ¿mañana tendréis los árboles para los palos?

Solos otra vez los cuatro, dijo el duque al indio:

—Antes necesito me digas qué uso vas á hacer de esas armas.

—Con las pérdidas que nos habéis hecho sufrir, todos los caciques se atreverán conmigo, nos robarán nuestras mujeres, nuestros hijos, cuanto tenemos y deseo imponerme á todos y que nadie robe ni coma la carne de los hombres. A la vez me impondré á los míos y todos los habitantes de la isla me tendrán que obedecer y solo harán lo que yo les mande.

—Admirable,—exclamó el duque para sí deseando entrara entre esos infelices la civilización y la cultura de que carecen por completo.—Les quité algunas vidas y

les voy á dar un perfeccionamiento que no habrá con-que pagarlo. ¡Oh! parece que la civilización y la cultura llegan á los pueblos por entre guerras y exterminio. Si así lo dispuso el destino cúmplase aquí como en todas partes.

Y añadió fuerte:

—Yo te daré eso y mucho más para que puedas lograr tu deseo con facilidad; pero antes es necesario que te enseñen á manejar esas y otras armas que te regalaré, que conozcas el arte de la guerra, el mundo, y mucho más que te hace falta. ¿Puedes estar en mi navío una semana?

El indio meditó contestándole:

—Sí, mañana te traeré los árboles y el oro y permaneceré á tu lado día y noche siete días lo menos. Enséñame mucho y te bendeciré el resto de mi vida.

—Has de aprender más de lo que tú anhelas. No me hace falta el oro, si tú lo necesitas quédate con él.

—No, quiero que sea para tí.

Y se puso en pie.

—Aguarda; antes de marcharte quiero que veas mi piragua, pregunta lo que tú quieras que esos dos te contestarán á todo. Ahora parte.

—Antes de salir volveré á verte.

—Id con él, enseñarle, tú Zalla y tú azteca, todo el navío, y enterarle de cuanto quiera saber.

Y el duque quedó meditando largo rato en el gran fenómeno que le ofrecía aquel indio salido de entre la gente más ignorante y bárbara que había conocido en el mundo.

CAPÍTULO XXVI

Despedida del indio.—Su regreso.—Su educación.—El talento en bruto que empieza á ilustrarse.—El Hacedor tiene por todo el mundo los destellos de su sabiduría

Vino á distraer al duque en su profunda meditación la voz del comandante que le preguntó:

—¿Señor, preparan el bote para sondear?

—No, Negrete, iremos otro día.

—Prisa no corre, porque todavía tardará el navío doce ó más días en estar corriente para navegar.

—¡Ah, comandante, qué malas noticias tengo de la entrada y salida de ese cortado!

—¿Qué sabeis, señor?

—Que hasta ahora no pudo pasar ningún buque grande y el nuestro es de los mayores que se conocen.

—¿Os lo dijo el indio?

—Sí.

—¿Podemos fiarnos de ese antropófago?

—Ni es indio ni es antropófago. Ese indio es un bri-

llante en medio del salvajismo que tenemos enfrente.

—¿Es el hijo de algún magnate?

—Es el cacique.

—¿Tan joven?

—Les hemos muerto á su padre y hermano mayor.

—¿Qué os proponeis, señor?

—Negrete, como compensación á los muchos hombres que les hemos muerto, pienso por medio de ese joven llevar á esos bosques y montañas la civilización y cultura del mundo.

—Empresa digna de vos, pero tan difícil que la juzgo casi imposible.

—Y yo muy fácil.

—Sería una gloria para vos. Y un bien para todos si no podemos salir de este charco y tenemos que pasar el resto de nuestra vida en esta isla.

—Imposible, en lo que á mí se refiere; capaz era de irme en una piragua si no hubiera, que sí lo hay, medio de construír una embarcación grande y con poco calado que cruce ese cortado y me lleve á Veracruz. He venido á unirme á mi hijo, y lo consigo ó muero.

—Lo último sería una gran desgracia para la patria y para todos nosotros.

—Pues cerrado el dilema tiene que ser una cosa ú otra. ¿Adelanta la borda?

—Sí, señor, hacen á la vez las jaulas, los apriscos y el todo de la obra muerta que perdimos y esa es la causa de tardar más.

—¿Os faltará madera?

—Si el indio trae los tres palos mayores, me sobrará.

—Esperadlos mañana.

—¿No os desayunais?

—Ni me acordaba. Que me lo den.

Todavía continuaron hablando los dos cerca de tres horas.

Desapareció el comandante y aun tardaron bastante en entrar el indio, Zalla y el intérprete.

—¿Que os parece mi piragua?—le preguntó el duque.

—Señor, yo no puedo juzgar una obra que apenas alcanzo á comprender, solo puedo decirte que no he podido imaginar antes de verla una cosa tan grande y hermosa. ¡Cuánto he aprendido ya!

—Vuelve mañana y empezarás á saber lo que es el mundo que habitamos.

—Hasta mañana, señor.

Y besó la mano del duque con efusión.

Osorio le acompañó hasta la escala real y luego lo vió partir en una piragua que corría como no era posible imaginar.

El duque cogió el anteojo y continuó mirándolo hasta que llegó á la isla, se tiró de la piragua y cogiendo el hacha desapareció entre los árboles.

Los remeros sujetaron la piragua y corrieron en busca de él.

—Media hora escasa ha tardado en cruzar cuatro millas,—dijo el duque.—Es vivo, enérgico, inteligente y valeroso; la Providencia me lo envía para civilizar esa generación de indios y los que sucedan á ésta.

Y se retiró á la cámara donde le esperaban Ontoria y todos los capitanes para hacerle preguntas sobre

el joven indio, el cual logró excitar las simpatías de todos los del navío.

El duque les dijo:

—Zalla le acompañó cuatro horas y ese puede daros más razones de él que yo.

—Hablad, Ricardo.

—Os diré, amigos míos, que hallé en ese indio el verdadero talento en bruto. Todo lo ignora, pero todo desea saberlo, todo lo aprende y de todo se impone con suma facilidad. Preguntas se le ocurren que admiran y no parecen de un salvaje que aspira á dejar de serlo, sino de un hombre inteligente que sabe y aspira á saber más. Es, como dice muy bien el señor duque, un fenómeno, un brillante depositado por la Providencia en el lodazal de esa isla. Se parece á sus compañeros menos que á nosotros; siendo más valiente que ellos carece de la temeridad salvaje de los bárbaros. Y, admiraos, no es antropófago, por instinto rechaza la carne humana y aspira á que nadie en esa isla la coma.

—¿Como va á conseguir lo último?

—Imponiéndose á todos y haciéndose rey ó dueño de los doce cacicazgos que tiene la isla.

—Lo veo difícil.

—No lo creáis, Ontoria, va á armar é instruír á sus cien parientes más allegados y con cien arcabuces hará cuanto quiera en todos los cacicazgos.

—¿Quién le instruye á él?

—Nosotros.

—¿Y cuando le falten pólvora y balas?

—Sabrá hacerlas él.

—¿Y los cien arcabuces, quién se los hace?

—Se los regala nuestro general, con mucho más que todo eso. Habéis de saber que es el protegido del muy poderoso señor duque del Imperio, el cual le ofrecerá cuanto le haga falta.

—Entonces será rey y lo que quiera en esa isla.

—Ya lo ois, señor.

Sí, Ontoria; por cada indio que hemos muerto, dejaremos en esa isla una idea, una civilización, una cultura.

—Pensamiento digno del más noble y poderoso señor, del hombre más grande que existe. Esto es admirable; unas cuantas aves, cazadas en el bosque, costaron infinitas vidas, y van á producir lo incalculable. ¡Y hay quien asegura que vuestro hijo es superior á vos! Eso es una locura.

—Os equivocáis, Ontoria,—dijo Zalla con decisión. —Don Flaviano de Osorio es muy superior á su digno padre; lo dicen el príncipe de Italia y el mismo duque. Lo que nosotros hacemos aquí con un puñado de indios, lo hace él en Méjico con millones de seres, y tanto más hace que nosotros cuanto que nos supera en mucho.

—¿Qué dice á eso nuestro general?

—Que es cierto.

—Lo he conocido, lo he admirado en Madrid, pero no creí jamás que ni él ni otro hombre pudieran sobreponerse al señor duque.

—Decís eso porque no fué vuestro maestro, como lo es mío. Señores, creo que le debo el valor, la sereni-

dad y hasta el baño de cobre que tiene mi corazón con toda la luz que brilla en mi espíritu.

—El valor, la serenidad, ¿cómo puede ser eso, Zalla?

—Ontoria, habiendo respirado su aliento, habiendo sentido su calor, habiéndome connaturalizado con él en cuanto le es posible al hombre con el héroe.

—¿Y eso puede ser, señor duque?

—Yo lo creo, aun cuando no se pueda explicar.

—Quién pudiera estar cerca de un hombre así.

—Hacia él vamos, haga el cielo que podamos hablarlo,—dijo el duque, é inclinó la cabeza como abrumado por una idea que le atormentaba.

Ninguno se atrevió á distraerlo.

Al debate siguió un silencio que duró hasta que todos se sentaron á la mesa.

—La conversación volvió á recaer sobre el indio, y todo el resto del día lo entretuvieron hablando de él.

A la mañana siguiente avisaron al duque que estaba sobre cubierta el cacique y deseaba hablar con el general. Fué el comandante el que le llevó la noticia, y Osorio le preguntó:

—¿Con quién ha venido?

—Con diez indios y cinco piraguas.

—¿Qué trae en ellas?

—Tres árboles, que mis carpinteros trocarán en inmejorables palos para el navío. Ese hombre comprende á maravilla.

—¿Nada más ha traído?

—Otros pedazos de árboles que aumentarán nuestro repuesto de maderos.

—¿Sólo eso?

—Cien aves que nos son desconocidas, y asegura que han de gustarnos más que las gallinas y los patos. También trae frutas que yo desconozco, he probado una clase y es excelente.

—¿Cuánto hace que llegó?

—Poco, está mi gente descargando y subiendo todo lo que trae, ha encargado á los diez indios, según dice el intérprete, que se vayan, dejándole su piragua y que no vuelvan por aquí que él regresará cuando pueda.

—Unid su piragua á las nuestras, prohibo á todos que desconfieis de ese cacique, y decidle que baje cuando quiera.

Poco después entraron en la cámara el indio, el intérprete y Zalla.

El duque le recibió de pie, estrechó su mano, aquél besó la suya y lo hizo sentar á su lado.

Después le preguntó:

—¿Estás satisfecho de lo que te he enseñado ayer?

—Mucho.

—¿Deseas continuar aprendiendo?

—Sí, sí.

—Te doy gracias por los obsequios que me has traído.

—Eso no vale nada; tanto te he de traer que te admires.

—Tanto he de hacer por tí y tanto te he de dar que te asombres; pero nada te exijo; yo no cambio contigo otra cosa que el afecto, lo demás te lo regalo.

—Nos disputaremos la esplendidez, que yo entre los míos soy tan poderoso como tú entre los tuyos.

—Cacique, sin esplendidez, sin deseo de recompensa, y por solo el cumplimiento de mi voluntad y de mi deseo te enseñaré más de lo que te propones saber, te daré más de lo que tú me pidas, y por conseguir esto daría la mitad de mis riquezas.

—Pues empieza, duque, general de más soldados que indios hay en mi isla é invencible en todas partes, empieza, que el tiempo corre y el cacique espera.

—¿Ya has aprendido todos esos calificativos con que el mundo me favorece?

—Sí, y la palabra Dios, y las frases: el *Invencible* no miente nunca:

—Jamás. Disponte á comer en mi mesa, á dormir en blanda cama, cerca de mí, y á torturar tu entendimiento.

—Eso es secundario, ¿pero y lo primero?

—Lo primero ahora mismo. Zalla, que vengan el médico, el capellán, el comandante y los dos mejores tiradores que tengamos.

—Al momento, señor.

—Por ahí se empieza, señor.

Cuando estuvieron delante los que habia llamado añadió:

—Azteca, continúa traduciendo al cacique las órdenes que doy. Capellán, de seis á ocho de la mañana enseñais religión al cacique. Doctor, de ocho á diez inoculais en su espíritu ciencias, no ciencia, sino ciencias. Comandante, de diez á doce le enseñais náutica

y la manera de construir embarcaciones con la clase de madera más apropiada. Zalla, de doce á una le repasas y le instruyes en el manejo del arma blanca. De una á dos la comida, de dos á cuatro tiro, de cuatro á seis el modo de fabricar la pólvora y balas, de seis á ocho Historia Universal. De ocho á nueve la cena, y de nueve á once estudio conmigo del cielo, de la tierra, del aire, de la filosofía y de la moral del hombre. El resto de la noche le darás descanso á la materia. Decidle la hora que es y que empiece con el que corresponda. Zalla y el intérprete irán siempre á su lado, que algo pueden aprender también. Salid todos.

El duque se quedó solo, y subiendo sobre cubierta miró primero el horizonte y luego se entretuvo en examinar las obras que estaban haciendo en el navío.

El tiempo estaba en completa calma, rizada la mar por el soplo de una brisa del Sur que refrescaba el rostro, parecía el golfo de Méjico, tan temido entonces, un delicioso lago, incapaz de destrozar un solo buque. Y ¡cuántos llevaba echados á pique con los alisios!

Cuando el duque se hubo cansado de ver lo que hacían los carpinteros, cogió el anteojo, y dirigiéndolo á la isla, exclamó:

—No se ve á nadie. Pero tengo ante mi vista elevadas montañas, cuya base está abrasada por el candente fuego de la zona tórrida y las cimas cubiertas de nieve, imitando la blanca corona de las vírgenes. En el centro se halla la zona templada, la de Europa, la del mundo ilustrado. Y el conjunto representa la tierra en sus tres temperaturas más salientes. Entre esas

montañas, testigos eternos del tiempo que no vuelve y de cien revoluciones geológicas, aparecen montes bajos, cubiertos de lozana vejetación, de árboles sin cuento, expontáneos como sus plantas y sus flores Y por entre ellos se ve el principio de un bosque que se extiende como el paraíso. En él he visto las aves más lindas de la tierra, las flores más bellas, lagos más hermosos, las cascadas más poéticas y sonoras, y he sentido la brisa más perfumada y los arroyos de plata más melancólicos y armoniosos. Y entre tanta belleza, en ese innumerable conjunto de arrobadores encantos, se esconden los más fieros enemigos de la ilustración, de la cultura y de la humanidad que piensa, discurre y medita; el tigre, la hiena, el leopardo, la pantera, el oso, la puma, el cocodrilo, el jaguar, el rinoceronte, el león, la culebra boa, la amarilla de cascabel, la víbora y el peor de todos los animales, el antropófago con figura humana. Dios no quiere que continúe lo grande de su creación entre lo más ruín y por eso me ha mandado á ese cacique, para que yo de á conocer por su conducto sus eternas leyes y borre de ese mapa primitivo lo que hay en él de contrario á esas mismas leyes. Isla, eres un foco de encantos y de podredumbre, yo arrancaré la última para que solo queden los primeros.

Y volviéndose al lado opuesto añadió:

—¡Oh, cortado invisible de los mares! ¿cuál es tu profundidad? ¿Serás la muralla que me cierre el paso al resto del mundo ó un estorbo que me permitirá saltar por encima para caer sobre los brazos del más sa-

bio, del más inteligente de los hijos? ¿Por qué me dejaste llegar aquí y ahora me cierras el camino? ¿Por qué impides al tierno padre que estreche al hijo amado? ¿Querías que llevara á esos bosques toda la cultura y civilización que robé al mundo entero? Pues ya lo hago, ¿qué más quieres de mí? Lo comprendo; cuando haya concluído me dejarás pasar; si el monte sube mucho mis barrenos le bajarán, y si está bajo, mi navío ú otro barco más pequeño cruzarán por encima de tí. Gracias, bondad divina, idea celestial; poco después de haber regenerado al rey de esos bosques, apoyaré mi fatigada frente sobre el incomparable pecho del héroe.

Y dejando los anteojos sobre la borda recién hecha, comenzó á pasear por la cubierta, apareciendo en su varonil rostro ráfagas de un placer que venía siéndole desconocido.

Si de la dicha á la desgracia solo hay un segundo, de la última á la primera no hay más que una idea.

Poco después sonó la campana que llamaba al comedor.

Bajó el duque á su cámara, hallando al cacique entre Zalla y el intérprete con la cabeza inclinada meditando.

—¿Dónde come el indio?—le preguntó Zalla.

—En mi mesa.

—¿Qué sitio?

—Frente á mí.

Así lo hicieron.

El cacique alzó la cabeza y notando que todos se sentaban en torno de una mesa, miró á Zalla, éste le

enseñó el asiento que le estaba destinado y lo ocupó.

Desde aquel instante se fijó en el duque, empezando á hacer todo lo que aquel hacía. Cogió el cubierto lo mismo y principió á comer de la misma manera y de todo lo que le daban. Comía con apetito, pero sin glotonería, nada dejaba de hacer el duque que él lo hiciera.

Todos los de la mesa le miraban, admirando lo perfectamente que imitaba á Osorio.

El intérprete se había marchado á comer en su mesa, y el duque le preguntó por señas si estaba contento.

El cacique le contestó hablando:

—Muy contento.

—Ya lo oís, señores, nuestro indio aprende lo que le enseñan y lo que no.

—Continúa siendo un fenómeno.

—Es extraordinario su talento y maravilla su memoria.

—Lo van á matar los suyos.

—No,—contestó el indio,—no podrán.

—Asombra esto; cómo retiene algunas de nuestras frases y qué bien las aplica.

El cacique bebió vino y licores; en fin, no dejó de comer ni beber nada de lo que vió comer y beber al duque. Y todo lo hizo lo mismo que el general.

Al terminar la comida se presentó á la puerta de la cámara el intérprete y en el mismo instante se puso en pie el indio, hizo una reverencia al duque y desapareció seguido de Zalla.

Durante la cena sucedió lo mismo, con la sola diferencia de que ya no miraba tanto al duque para imitarlo, le bastó una lección para aprender á comer.

Al terminar aquel acto quedaron solos el duque, el cacique, Zalla y el intérprete

Osorio preguntó al indio:

—¿Cómo te llaman en tu país?

—Keisko,—contestó el cacique.

—¿Te han fatigado las lecciones de hoy?

—No, todas me son necesarias, pero creo que debía prolongar las de la mañana y achicar las de la tarde.

—¿Por qué?

—Porque las de la tarde son muy fáciles y las otras no.

—Está bien; distribuye el tiempo como tú quieras, os advierto á vosotros que le acompañais, que yo mando lo que él disponga. Keisko, pregúntame lo que tú quieras.

—¡Ah, sí, lo deseaba!

—¿Por qué?

—Porque tú sabes de todo.

—Pregunta.

—¿Un Dios sólo puede regir el Universo?

—Sólo uno puede hacerlo. Lo más grande de la creación es la armonía, y si hubiese más de un Dios no podría existir.

—¿Cómo comprendes tú á Dios?

—Infinitamente justo, poderoso y sabio.

—¿Bondadoso no?

—Justo.

—¡Ah!

—¿Cómo reparte sus recompensas y castigos?

—Con su absoluta justicia.

—¿Y el castigo del infierno?

—Con su infinita justicia.

—Hay contradicción...

—No busques contradicciones, sino verdades que puede muy bien distinguir tu entendimiento.

—Eso es, eso. Tú vales y sabes más que el capellán; tú haces con él lo que yo con mi gran sacerdote.

—Perdemos el tiempo Keisko.

—Es verdad. Pero no comprendo bien cómo el mundo esté girando en los espacios. ¿Puedes darme una prueba material que me lo haga comprender?

—Sí.

El duque pidió un pedazo de imán y varios de acero; eligió uno de los últimos, graduó su peso con la atracción del imán, se puso cada uno en una mano, encima el imán, debajo el acero, y quedó éste en el aire moviéndose todo lo que el otro se movía.

—¿Cuál es el mundo? —preguntó Keisko.

—El de abajo.

—¿Y el otro, que es?

—Otro mundo.

—¿La luna?

—Y el sol, y Venus, y Marte, y otros muchos que nos rodean.

—¿Y unos sostienen á otros?

—Sí.

—Ahora lo comprendo.

De este modo prosiguieron hasta las once de la noche en que se retiraron á descansar.

Keisko estaba destinado á ser discípulo de Osorio; aquel talento en bruto necesitaba para pulirse el del duque que perfeccionaba la obra de sus restantes maestros.

CAPITULO XXVII

Adelantos del discípulo.—Perfeccionamiento.—Término del estudio.—Los dos hermanos y la gran riqueza.

A los cinco días manejaba Keisko el arcabuz tan bien como el mejor soldado, comía con igual soltura que Zalla y jugaba la lanza, la espada y la daga perfectamente.

Ya sostenía diálogos cortos con el duque, en español y en el blanco afinaba la puntería muy bien.

En religión sabía ya lo bastante, para su fuero interno, y en ciencia y filosofía, que era lo más difícil para él, no estaba mal para tan poco tiempo como llevaba aprendiendo.

En estos momentos se fijaba principalmente en la manera de hacer las balas y pólvora, en la construcción de buques y en el manejo de éstos.

Pasaba estudiando y practicando diecisiete horas al día, y eran á enseñarle todos, no siendo el duque el

que menos lecciones le daba. Maravillados estaban todos de los adelantos que el aplicado discípulo hacía.

A los diez días dijo al duque:

—Señor, me precisa marchar; si tardase mucho más creerían mis súbditos que me había ausentado por miedo.

—Bien,—le contestó el duque;—mañana vamos á sondar el costado que tenemos al Este y después que veas la operación, que es muy importante para tí, te marcharás.

—Acepto. ¡Ah, todo lo que sea aprender me gusta mucho!

Al día siguiente prepararon la sonda, el bote y dos piraguas, y después de tomar el desayuno salieron el duque, Keisko y el comandante con dos remeros en el bote y diez más de la tripulación en dos piraguas.

Llegaron al cortado y emplearon cuatro horas en sondar todo el cortado.

Lo mas elevado del agua eran cuatro varas por un sitio en que el monte tenía de ancho solo cinco. El navío marcaba quince pies, resultando que cuando más favorecido estaba por la marea, le faltaba una vara de agua para poder atravesar el cortado.

Ninguno de los barcos de alto bordo que habían querido pasar por allí encontró ese sitio que el inteligente comandante halló, estudiando detenidamente todo el cortado en los momentos de mejor marea.

Luego fueron reconociendo la recta hasta llegar al navío, no hallando hasta veinte pies, escollo alguno que pudiera romper el navío.

El duque volvía satisfecho, casi satisfecho, Keisko hizo multitud de preguntas al comandante sobre las causas que motivaban el mucho calor de las embarcaciones y sobre otros asuntos marítimos.

Cuando llegaron al navío tenían embarcados en tres grandes piraguas cien arcabuces, cien cargas para cada uno, una daga, una espada, una rodela, dos cotas de malla y un casco con visera, dos lanzas, un par de pistolas del duque y cien cargas para cada una, y multitud de obsequios que el general regalaba al cacique que por si quería vestir, comer y beber á la europea. También le regaló una efigie del Redentor y otra de la Virgen.

Era ya la hora de comer y Osorio invitó al indio á que se quedase con él una hora más. Keisko aceptó y comieron.

Al concluir le dijo el duque:

—Tú solo no puedes con tu piragua remolcar las tres con los regalos que te hago; ¿podrán ir seis marineros contigo sin peligro á que los maten tus súbditos?

—Sí, nadie osará tocarlos.

—En ese caso despidámonos.

—No es necesario, volveré mañana para comer contigo.

—En ese caso estrecha mi mano y hasta mañana.

El indio la besó y la estrechó.

Diez minutos después salían las cuatro piraguas en dirección de la isla corriendo como centellas.

Delante iba el cacique guiando la suya.

Llegaron casi á la vez; uno de los marinos era el intérprete que ya conocemos, el cual dijo á Keisko:

—Danos tu piragua y ahí te dejamos esas tres. Nos ha ordenado vuestro general que no las llevemos.

—Muy bien,—contestó el cacique.—Ahí la tenéis; llevaos además las que os agrade.

—Con la tuya tenemos bastante.

—Partid y hasta mañana.

Los marineros regresaron sin haber visto un solo indio.

Keisko tocó un caracol que tenía entre varias plantas y á sus extraños sonidos acudieron cien indios que tenía por lo visto preparados. Habló con ellos media hora y luego dispuso el desembarco de los para él preciosos objetos que llevaba.

El duque quedó triste, le había cobrado afecto á Keisko y su partida le afectó.

Se hallaba sobre cubierta y viendo al comandante que estaba cerca de él, le preguntó:

—¿Cuándo estará el navío en disposición de navegar?

—Hoy quedan todos los palos colocados y pasado mañana al anochecer se hallará como todos deseamos.

—Pues al siguiente día partiremos. ¿Tendremos de nuestra parte la marea?

—A las ocho de la mañana.

—Levais ancla ese día al amanecer.

—¿Recordáis los tres pies de agua que nos faltan?

—Sí.

—¿Qué vamos á hacer?

—Tirar al agua cañones hasta que el navío suba los tres pies.

—No hay otro remedio, pero es una gran pérdida, irremediable en la India.

—Se remedia en Europa.

—Está bien, señor, se hará así.

A la mañana siguiente se fueron á cubierta Osorio y Zalla, viendo levantados los tres palos mayor, trinquete y mesana.

Eran iguales en grueso y altura á los llevados por el mar, pero de mejor madera. Ya estaban con las cofas, las entenas, baos y crucetas. Solo les faltaban las cuerdas y el velamen. Y á la cubierta de popa el toldo y los asientos de madera, pegados á la borda, con algunas otras cosas de menor importancia. El navío podía muy bien zarpar, después del anochecido del siguiente día.

Todo lo reconocieron Osorio y Zalla, sin tener nada que reprender.

Al mediodía se fueron los dos al segundo puente, donde debía revistar toda la fuerza armada del navío.

Los tres heridos y cinco contusos sorprendidos la primera noche por los indios estaban ya curados y en este momento formaban.

Pasando estaban la revista el duque y todos los jefes y oficiales, cuando llegaron varios piraguas; reconociendo á Keisko echaron la escala real y subió el joven por ella, llevando de la mano una bellísima joven de quince años.

Sin detenerse bajaron á la cámara; no estaba el ge-

neral, y la compañera del cacique se fijó en cuantos muebles y lujo le rodeaba, exclamando:

—¡Cuánta belleza!

Y quedó mirándose á un espejo que la retrataba perfectamente.

Hasta ese día no se vió la hermosa niña en otro espejo que en el que le formaban los lagos y ríos de su país.

El traje que usaba era un cuerpo de tela fina sin mangas, y con una faldita que le llegaba á las rodillas.

En los brazos y piernas tenía algunas pinturas, y el resto con adornos de oro en la cabeza, etc.

Era la hermana de Keisko de color mucho más claro que el de su raza, esbelta, los ojos negros, largas las pestañas y las facciones perfectas. Vestida á la europea hubieran podidr equivocarla con una de nuestras graciosas sevillanas.

El cacique soltó la mano de su hermana y se dejó caer en un diván, mientras ella reconocía mueble por mueble y cosa por cosa todo lo que había en la cámara, pero sin admirarse demasiado, no obstante ser la primera vez que veía cuanto tenía delante.

En este momento bajó el intérprete y les dijo:

—Cacique, el general está pasando revista á la tropa en el segundo puente, no sabe que habéis venido, ¿queréis que le avise?

—No.

—Puede que se incomode.

—¿Por qué?

—Por lo que os hace esperar.



—¡Cuánta belleza!

—No importa, te prohibo que le avises. Cuando le digas que yo lo he mandado no se incomodará.

—Está bien; lo haré así. ¿Deseais algo?

—No.

—¿Puedo retirarme?

—Sí.

—Habla como nosotros ese hombre, hermano,—dijo la joven después de haberse marchado el intérprete, con una voz dulce y sonora como pocas.

—No te extrañe, Líbana, ha nacido en estos mares cerca de nuestra isla,—le contestó Keisco con mucha amabilidad.

—El general será muy feo.

—Todo lo contrario es muy hermoso y el hombre que más sabe en el mundo.

—Tirano, déspota, soberbio, ¿es verdad?

—Tú juzgarás: jamás se incomoda, reprende con dulzura y oye todo lo que le dicen con afabilidad.

—¿Es viejo?

—No; está cerca, pero no es viejo aun.

—¿Qué defectos le has notado

—Ninguno, porque no los tiene.

—¿Como en las batallas es tan fiero?

—No es verdad. ¿Quién te ha dicho eso?

—Mató á nuestro padre y hermano mayor y luego á tantos hombres.

—Sí, es guerrero, pero sin fiereza. Cuando le veas y hables con él me darás la razón.

No tardó en llegar el duque, quedando sorprendido agradablemente con la presencia de los jóvenes. Man-

dó llamar al intérprete, que esperaba cerca estrechando luego la mano de Keisko.

Después le preguntó:

—¿Quién es esta hermosa joven que viene contigo?

—Mi única hermana, señor.

—Has hecho bien en traerla, que es muy bella.

El duque la dió un beso en la frente.

—Siéntate, hija mía, al lado de tu hermano: Keisko ¿vais á pasar el día conmigo?

—Sí, ¿cuando os vais?

—Pasado mañana al amanecer.

—Siento que sea tan pronto.

—No puedo esperar más.

—Te ruego que tú y los tuyos acepteis el presente que os traigo.

—No quisiera recibir nada de tí, porque los favores que te he hecho no tienen valor alguno ni yo vendo ni cambio nada.

—No dudo lo último, pero si despreciaras mis presentes me covertiría en más salvaje que lo fueron mi padre y hermano.

—Eso no; tengo empeño en que regeneres á todos los habitantes de esa isla. Por conseguir esto aceptaré todo lo que tú quieras.

—Sólo exijo de tí que me jures tomar lo que te traigo, sea bueno ó malo, te sirva ó no. Lo que no vale se tira, señor, pero no se desprecia.

—Está bien, te lo juro.

—Traigo en sacos bien sujetos una arroba de oro en cada uno, de arenas y granos.

—Con pocos tengo bastante.

—Vienen un saco para cada maestro que he tenido, otro para el intérprete y tiradores que me enseñaron á hacer puntería, diez para que se repartan entre todos los que te obedecen y cien para tí. Son ciento veinticinco, casi nada.

—Pardiez, que no he visto regalo mayor en el mundo.

—Pues has jurado aceptarlo. Para nosotros vale eso bien poco. No se puede decir que es regalo, pero tanto te debo y tanto te estimo, que á tí te traigo una cosa que vale mucho más.

—No abuses de mi juramento, Keisko.

—No es más que otra cosa y ya hemos concluido este asunto.

—¿Algún brillante?

—Sí, el más hermoso que hay en el mundo para mí. Míralo.

—¡Tu hermana!

—Sí, mi Líbana.

—¿Qué dices, cacique?

—Que te la lleves donde tu vayas y la defiendas. Su hermano pronto estará en guerra con todos los cacicazgos de la isla y tendría que abandonarla. Pronto me la robarían porque es la más hermosa que existe allí. Por tu Dios que ya es el mío, llévatela.

—¿Sabes lo que me pides?

—¿No eres caballero, como vosotros decís? Pues solo te pido que salves á un ángel.

—No puedo negarme, pero te impongo una condición.

—No la tiene tu juramento, pero dila.

—Que no la has de obligar, que ha de querer ella sin violencia de ninguna especie.

—Es muy justa la condición y la acepto. Pregúntale lo que quieras.

—Dí, hermosa Líbana, ¿quieres tú abandonar para siempre á tu hermano, á tus parientes y al bello país en que has nacido?

—Sí tú me llevas, sí.

—Pero tendrás que dejar tus dioses y amar solo al mío.

—Dice mi hermano, que nunca ha mentido, que el tuyo es el verdadero y los nuestros los falsos. Yo quiero el tuyo.

—Tendrás que quitarte esas pinturas de tus carnes, esas plumas de la cabeza y vestir de esta manera.

El duque sacó una miniatura de su primera esposa, de la madre de Flaviano que siempre llevó consigo y se la enseñó.

La india la miró con atención, exclamando:

—Qué bella es, qué buena, parece un ángel. Sí, me gusta ese traje más que el mío. La mujer no debe enseñar sus carnes. Quiero vestir como esa.

—Pues si no hay remedio: si para librar tu país de la barbarie y de la ignorancia es preciso que Líbana se venga conmigo, yo, duque del Imperio, la acepto por hija y juro defender su virtud y su vida á costa de la mía.

Al oir este juramento la india se echó en sus brazos, besó su rostro y le dijo:

—He ganado con que maten á mi padre; tú lo serás

como yo anhelo. Padre mío, te pertenezco como hija y si es demasiado como esclava.

—Borra esa frase de tus labios, como hija.

—Pues como hija.

—Señor, puesto que ya eres su padre, hazte cargo de lo que pertenece á tu hija. Su hermano la ha regalado veinticinco arrobas de oro, que vienen con las tuyas, y este saquito con perlas y brillantes; será lo que vosotros llamais su dote.

—Yo añadiré en su día algo más.

Miró en torno el duque, y viendo á su espalda á Zalla, le dijo:

—¿Has oido la distribución que ha hecho Keisko de los tesoros que trae en sus piraguas?

—Sí, señor.

—Que hagan el desembarque; guarda en mis arcas las cien arrobas de oro que me ha regalado; con ellas las veinticinco de Líbana, ese saco de piedras preciosas y de perlas y reparte lo demás como has oido. A tí, que tanto le has enseñado, te corresponde una arroba de oro.

Todo se realizó de esa manera.

El cacique hacía ricos á muchos del navío sin que su expléndida mano se hubiera olvidado de ninguno.

Ese hombre era un verdadero brillante.

Y su hermana otro.

CAPÍTULO XXVIII

Listo el navío.—Al cortado.—Despedida del cacique.—Sorpresa.—El santo.—Todo se ha ganado.

Encerradas las arrobas de oro y piedras preciosas de Líbana en las arcas del duque, y terminada la distribución de los sacos restantes, se sentaron á comer Osorio, Ontoria, los capitanes y los dos jóvenes indios.

Todas las miradas de los españoles se dirigieron ahora como gratitud á Keisko y como belleza á su hermana.

En cambio, los jóvenes sólo se fijaban en el duque al cual contemplaban con efectuoso afan y respetuoso interés.

Keisko decía á su hermana cómo se había de comer, y ésta, molestada con sus advertencias, le contestó:

—Me basta ver comer al general, á mi padre, para saber lo que me hago.

Hablaron más los dos hermanos, habló el duque con ellos y cuando concluyeron se levantó Osorio y señalando á Líbana, exclamó:

—Señor maestre y señores capitanes: Ya vísteis que acepté por hija á la hermana del noble cacique que tan expléndido estuvo con vosotros. Su virtud y su honor son la virtud y el honor de mi hija; juro matar al que la ofenda ó á cualquiera de vosotros que tolere la ofenda algún otro. Y tú, bella Líbana, déjame que te ciña este cinturón al costado, lleva un agudo puñal que clavarás en el pecho del que quiera atentar contra tu virtud, yo te faculto, yo defenderé tu acción. Ahora ya puedes andar por donde quieras; ese arma que he ceñido á tu cintura lleva en su mango mis armas y mi corona ducal; si hubiese un insensato que no las respetase que caiga muerto á tus piés. Ahora, repito, puedes andar por donde quieras; ya es muy difícil que peligre tu honor.

—Los dos jóvenes cayeron á sus piés, y cogido cada uno á una mano del duque, exclamó el cacique:

—Para eso te la he regalado. Gracias, señor.

—Para eso eres mi padre,-añadió ella. Gracias, señor.

—¿Quién de vosotros desea tirar conmigo al blanco? ¿Quién á la espada, á la lanza y la daga?—dijo Keisko mirando á cuantos le rodeaban.

—Yo—le contestó el duque;—las últimas lecciones las recibirás de mi mano.

—Es una nueva gracia que te voy á deber. ¿Vamos?

—Antes dejemos á tu hermana en compañía de un sacerdote para que empiece á instruirla.

—Sí, amado señor; pero roguémosle que no le hable del infierno, se va á asustar.

El duque sonrió y después de encargar al intérprete y al capellán que empezaran á instruirla, subió á cubierta con el cacique á darle las últimas lecciones que debía recibir de los españoles.

Al anochecer se despidió Keisko de todos para volver dos días después y se retiró con los indios que le habían acompañado.

Dispuso Osorio una cámara cerca de la suya para instalar en ella á la india, mandó al capellán que solo la abandonase en las horas de dormir, y desde aquel instante sólo se cuidó del nuevo viaje que iba á emprender.

Fija en su mente la idea de contemplar pronto á Flaviano no se cuidaba ya de otra cosa que de abreviar en lo posible la partida.

Al anochecer del siguiente día entró el comandante, diciéndole:

—Mi general, el navío puede zarpar cuando vos lo dispongais.

—¿Está completamente reparado?

—Puede llegar á Veracruz sin más inconveniente que el que pudiera oponernos un nuevo temporal.

—¿Lo temeis?

—No hay señal alguna que lo indique, pero estos mares, señor, son traidores y á veces se cambian de pronto en lo que nadie pudo prever.

—¿Cómo está la quilla?

—Resistirá muy bien hasta que lleguemos al puer-

to donde se compondrá hasta dejarla como antes de romperse.

—¿La asegurásteis más?

—Todo lo que ha sido posible.

—¿Habeis reconocido las bandas y todo el interior?

—Todo está en regla.

—Pues vamos á verlo todo.

El duque subió á cubierta é iba á dar principio á su reconocimiento, cuando sintió que le cogían una mano y se la besaban. Miró á su izquierda, contemplando á Líbana que después de besarla, se había quedado con su mano izquierda entre las dos suyas.

El duque la hizo una caricia, la miró sonriente y la preguntó:

—¿Qué quieres hija mía?

—Señor, ya he concluido mis lecciones y te he buscado para estar cerca de tí. Por hoy no necesito de ese sacerdote, solo de tí y del intérprete.

—Continúa á mi lado todo el tiempo que quieras.

—No me quites tu mano.

—No, sigue cogida á ella.

Fmpezó Osorio su reconocimento, diciendo según iba mirando:

—Más jaulas, mejor construidas y más provistas que antes de perder las otras. Los bancos están bien y perfectamente sujetos. Las escotillas nuevas y bien colocadas. Dos nuevos camarotes de cubierta inmejorables. Y los tres palos con sus cofas, vergas y todo el velamen nuevo. Muy bien, Negrete, habeis tardado, pero vuestra obra es perfecta.

—Señor, pues si hemos volado.

—Para vosotros, no para la impaciencia que me devora. Vamos al segundo puente y á las bodegas.

Y lo fue reconociendo todo no hallando motivo para la más leve reprensión.

El pedazo de quilla cortado por el monte había sido sustituido por hierro y madera quedando el boquete tapado y tan segura la quilla por aquella parte, como el resto del barco.

—Muy bien,—dijo el duque al terminar.—Estoy satisfecho y ahora solo falta que ese malhadado boquete nos deje pasar.

—Nos quedaremos sin un cañón, acaso sin un mosquete, pero pasaremos, señor.

—Eso deseo, pasemos y que se pierda todo.

El duque pasó á su cámara sin que Líbana hubiera dejado su mano.

Luego se quitó la diadema con las plumas, cogió un cojín de los que ponía á los pies del duque, se sentó en él apoyando su cabeza en el muslo del duque, se quedó dormida.

—Qué inocencia,—exclamó Osorio;—qué candor.

—Estará rendida, mi general,—le dijo Zalla.

—¡De qué, Ricardo?

—¿De lo que ha corrido por la cubierta é interior del navío. Cuando el sacerdote da tregua á sus lecciones desaparece de su lado y salta, corre, todo lo mira y reconoce convertida en galgo.

—¿Quién la sigue entonces?

—Yo.

—¿Qué dicen de ella los del navío?

—Que es muy hermosa, muy inocente y que en nada se parece á su padre y hermanos muertos.

—¿La respetan?

—Como cosa sagrada. Si no lo hicieran, mi mano y mi espada...

—Eso es, defiéndela, defiende su honor como el tuyo.

—Ni aún tolero que se figen demasiado en su belleza.

—Gracias, Ricardo, te lo agradezco.

A las ocho despertó el duque á Líbana y la sentó á su lado para cenar.

La joven pagaba con repetidas caricias todas las atenciones paternales que el general tenía con ella.

Al amanecer del día siguiente todos estaban de pie.

Cerca del navío vieron cuarenta piraguas llenas de indios, pero á la vez oyeron la voz de Keisko que decía:

—Son mis parientes que vienen á despedir al general, dejadlos.

El cacique había subido á la cubierta por una cadena de las anclas.

Luego desapareció, buscó á su hermana y abrazado á ella se fué junto al duque que ya subía á la cubierta.

En el acto y después de haber estrechado á Keisko dió la orden de zarpar.

Comenzaron á correr los marineros, las anclas á subir y el navío á moverse.

Keisko, sin soltar á su hermana, tenía la vista fija en todo lo que hacían los marineros, en la rapidez con

que los grumetes subían hasta las cofas y desliaban el velamen y en todas las operaciones que realizaban.

Pero su admiración creció de punto cuando las velas se hincharon y obedeciendo al timón, que ahora lo sujetaba el comandante, salió el navío majestuosamente sin otra fuerza que la del viento.

Iba de bolina y su movimiento era agradable.

Comprendiendo que pronto llegarían al cortado, preguntó á su hermana:

—¿Vas contenta Líbana?

—Si tú te vinieras sería la más dichosa de la tierra.

—¿Quieres quedarte?

—No, quiero irme con el general.

—¿Cómo te tratan todos?

—El principal como á hija y con un cuidado y una ternura que desconocía; el capitán Zalla como hermana, que no me pierde de vista y los restantes como á la hija de su jefe. Soy feliz, hermano.

—¿No te volverías á nuestros bosques si yo te lo rogaba?

—No.

—¿Por qué?

—Por las razones que tú diste al general, porque este es mejor que lo fué nuestro padre y porque quiero ver el mundo y las maravillas de que me habla el sacerdote.

—Tus palabras, hermana, me hacen ser dichoso.

Siempre abrazados continuaron hablando.

Cerca de ellos el duque, se fijó en la tierna escena de los dos hermanos, diciendo para sí:

—¡Cuán grande eres, Dios mío, hasta entre las fieras de esos bosques hay amor, hay ternura, hay corazón. Aún entre esos árboles, montes, fieras y reptiles está tu providencia! ¡Qué cuadro tan hermoso presentan esos dos hermanos; ni lo más culto de Europa podía mejorarlos.

Poco después comenzó el comandante á dar voces de mando, la marinería á maniobrar y no tardó el navío en quedar al pairo á cincuenta varas del cortado.

Pero Keisko nada de esto veía, estrechaba á su hermana con amoroso afán.

Vió que el barco no se movía y como fatigado y falto de respiración se desprendió de su hermana, abrazó al duque y á Zalla, estrechó la mano de los jefes que estaban sobre cubierta, y con rapidez vertiginosa descolgó una escala de cuerdas y por ella se precipitó, yendo á caer sobre una piragua de las cuarenta que habían seguido al navío.

Líbana, cogida ahora á la mano del duque, se asomó con éste y vieron á Keisko caer sobre la piragua y sentado en ella cubrirse el rostro con las manos.

Iba llorando.

A una voz suya se puso en marcha su pequeña flota. Sacaron del fondo de los piraguas infinitas aves de vistosos colores y las echaron al aire cantando todos una canción melancólica.

Era la despedida que hacían al duque y á su barco.

Poco después desaparecían en dirección de la isla envueltos en la bruma de la mañana.

Osorio miró á Líbana y viendo secos sus ojos le preguntó:

—¿No lloras tú, hija mía?

—No.

—Tu hermano va llorando.

—Es natural, perdió una hermana y un padre.

—¿Y tú no has perdido nada?

—Sí, el mejor de los hermanos, el que vale más que todos esos que juntos le acompañan; pero he ganado un padre que vale más que todos los hombres juntos. Por eso no lloro. Yo no puedo llorar yendo cogida á tu mano.

El duque besó su frente.

Todos cuanto iban sobre cubierta miraban las piraguas, las preciosas aves que echaron á volar y particularmente á Keisko que iba demostrando el más agudo sufrimiento.

Como todos le debían oro y halagos le comtemplaban con pena y sentimiento.

Al perder de vista los piraguas, preguntó el comandante al duque:

—Mi general, ¿qué hacemos?

—Tirar al agua cañones, sino basta, arcabuces, y si aún es poco, todo lo que no sea indispensable. ¿Qué viento reina?

—Sur; el mejor para ir á Veracruz.

—Cuatrocientas millas.

—Eso distamos.

—¿Cuántas podremos andar por hora?

—Lo menos ocho.

—Solo dos días de navegación.

—Y otro lo menos que hemos de perder en atravesar ese maldito cortado.

—Pues dad principio; ¿qué haceis?

—¿Señor, no veis nada?

—¿Dónde?

—A la derecha; dobla ese cabo próximo una galera española.

—Cierto; la cubría el mismo cabo.

—Qué bien salva los escollos. Buen capitán. Ved que admirablemente la dirige.

—Sí; mira hacia el cortado. Viene á nosotros. Dadle voces no vaya á estrellarse.

El comandante hizo las señales que el duque le mandaba; pero la galera sin hacer caso seguía corriendo.

—Está ya encima y se va á estrellar. Venga la bocina.

Y con ella comenzó á dar voces.

Sin contestarle nada el barco fué perdiendo su andar hasta quedar al pairo rozando su banda con el cortado.

De pronto exclamó el duque:

—¡La providencia! ¡Todo se ha salvado!

—¿Qué decis, señor?

—Torpe, ¿no ves lo que viene en esa galera?

—Gente de mar y un religioso.

—¿No lo conoces?

—No, señor.

Y el duque gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Descubríos todos, como yo, ante el príncipe de Italia.

—¡El santo!—exclamaron todos descubriéndose con respeto.

Cerca de la proa aparecía el santo vestido de religioso, con los brazos cruzados y la vista fija en Osorio.

Su hermosa y venerable figura en medio de los mares parecía la de un fantasma celestial.

El duque quiso tirarse á un bote para ir á estrecharlo, pero el religioso le hizo seña para que no se moviese y quedó inmóvil como estaba Julio.

Líbana tenía cogido del brazo al intérprete y le hacía traducir cuanto hablaban.

Tenía cerca á Zalla y por el intérprete le preguntó:

—¿Quién es ese hombre que viste de otro modo que vosotros y hasta el general se ha descubierto ante él?

—Es tío del rey de España, es el príncipe de Italia, es hermano del general.

La india le miró atentamente y luego le echó varios besos con los dedos.

El capitán de la galera había cogido la bocina y en estos momentos decía:

—¿El comandante del navío?

—Aquí está, ¿qué quereis?

—Manda S. A., mi señor, que pegueis al cortado la banda estribor del navío. Todo lo más pegada que pueda estar. No tardeis.

—¿Qué hago?—preguntó el comandante al duque.

—¡Obedeced á mi hermano antes que al rey y que á mí.

Negrete dió varias órdenes, el navío empezó á moverse y no tardó en quedar su banda pegada al cortado lo mismo que la galera; solo el cortado separaba ahora á los dos barcos; es decir, seis ó siete varas.

El capitán de la galera, ya con su voz natural y después de haber arrojado una maroma á la cubierta del navío, dijo:

—Comandante, que tiren de esa cuerda varios hombres, seguirá á ella un puente de madera, sujetadlo bien á la borda, y que pasen por el todos los hombres que trae vuestro barco, menos vos y los marineros que necesitáis para que muevan las velas. Manda el príncipe que los arcabuceros crucen con todas sus armas y municiones y los restantes traigan algún peso en las manos, lo más que puedan. Sed breves.

El duque dió órdenes para que se cumpliera todo lo mandado por el príncipe y luego encargó la mayor brevedad.

Llegó la maroma, el puente que tenía más de ocho varas, flotó sobre el agua, después le levantaron de uno y otro lado y lo fijaron bien á la borda de los dos buques.

En el acto cogió Osorio á la india y levantándola en alto la dejó sobre el puente, saltando él instantáneamente.

—Una escalera de mano al pie del puente,—exclamó:—Zalla, Negrete, Ontoria que crucen todos volando,

Y cogiendo de la mano á la india se trasladó á la galera.

Al pie del puente le esperaba el príncipe de Italia con los brazos abiertos.

—¿Qué es de mi hijo, hermano?—le preguntó Osorio abrazándole.

—Flaviano de triunfo en triunfo, siempre humano, siempre noble y generoso, siempre modelo de virtud, ha llegado á las puertas de la muerte y en ellas está.

—¿Podrá salvarse su vida?

—Confío en la misericordia divina que nos ayudará á salvarla.

—¿Quiénes?

—Tú y yo. También están amenazadas las de Julio y Luisa y también es posible que las salvemos.

—¿Cayeron en el campo de batalla?

—No, hermano; los héroes cuando son heridos ó muertos lo son siempre por la traición ó la maldad, únicas cosas que ellos no preven. ¿Pero qué es esto?

La india había caído á los piés del príncipe, cogió su mano derecha, cuando aquel la retiró de los hombros del duque y en este momento se la estaba besando con respetuoso cariño.

—¡Una india!—dijo el santo.

—Sí, hermano; un ángel transportado de un paraiso en que solo hallé fieras.

—Alza, hija mía,—le dijo el príncipe en azteca levantándola.—Si, es un ángel,—añadió contemplándola.

Líbana quedó sorprendida al oir á un español hablar en su idioma y ahora lo miraba con asombro y recogimiento.

—Tú eres muy bueno, señor,—le dijo,—tú no te pareces á los demás hombres; eres como mi padre el general, pero aún más bueno. ¿Eres sacerdote?

—Sí.

—Grande debe ser el Dios que tú adoras.

—El único que existe, el Dios de todo lo creado.

Mientras hablaban los tres pasaban por el puente arcabuceros, marinos, oficiales y soldados. El comandante había comprendido el pensamiento del príncipe y en estos momentos se decía:

—Seiscientos hombres con arcabuces y cargas unos y con objetos en la mano los otros, pesan mucho más que los treinta cañones. La idea es como del príncipe, es salvadora; pasaremos el cortado sin que se pierda un grano de pólvora.

Y no permitía que cruzara nadie por el puente sin llevar algún peso de consideración encima.

Zalla y Ontoria aceleraban el paso del puente, gritando á unos y hasta empujando á otros.

En poco tiempo se realizó el trasbordo, quedando solos en el navío su comandante y varios grumetes y marineros.

El capitán de la galera mandó retirar el puente dejando en el navío una larga maroma que mandó sujetar á la popa de la galera y á la proa del navío.

Después dijo al comandante:

—Virar á babor, proa al cortado y saldreis con la fuerza del navío y remolcado además por la galera.

—Comprendo, señor capitán, y seguiré todos vuestros movimientos. ¿Creeis que no chocará la quilla en el monte que tenemos debajo?

—No lo sé, me contraigo á obedecer las órdenes del príncipe.

—Pues si él lo ha mandado demos principio.

Los dos buques movieron el velamen, viraron hasta quedar el navío detrás de la galera formando una recta, se hincharon todas sus velas, jugaron los timones, con más rapidez la galera que el navío y avanzaron quinientas varas.

El San Juan había cruzado el peligroso paso sin rozar su quilla en el cortado.

Después quedaron los dos buques al pairo y juntos para hacer otro trasbordo y dejar á los del navío en su embarcación con todo lo que habían llevado.

Mientras hacían esta operación preguntaba Osorio á su hermano:

—Vamos á seguir juntos?

—No.

—¿Dónde vas tú?

—Donde el destino me lleve

—¿Donde voy yo?

—A Veracruz.

—¿Y luego?

—En busca de Flaviano.

—¿Quién me dirá donde he de hallarlo?

—El gobernador de Veracruz.

—¿Qué hago después de haberlo hallado?

—Lo que te mande el padre Anselmo.

—¿Nada más tienes que decirme?

—Que tengas confianza en Dios y no dudes nunca de su Providencia.

—Lo haré, hermano.

—En Veracruz hay un colegio en el cual pueden

educar á esa criatura. Cuéntame la causa de traerla contigo y lo que te aconteció desde que saliste de Madrid hasta ahora.

El duque le obedeció contestándole el príncipe:

—Fiero has estado en esa isla, pero dejaste en ella nuestra religión y la cultura que á los pueblos aleja de la barbarie. Nada más tengo que decirte; cuida de la virtud de ese ángel y entiende que no eres tú el llamado á redimir el pueblo de Méjico, lo es Flaviano, ayudado por Julio y Luisa. No olvides esta idea.

—No la olvidaré, Julio.

Continuaron hablando.

Las gentes del navío, según llegaban fueron besando todos sin excepción la mano del Santo; lo mismo hicieron al volver á su barco, continuando descubiertos hasta que las embarcaciones se separaron.

No era sólo respeto el que profesaban al príncipe, era veneración.

Las últimas frases del Santo fueron las siguientes:

—Te ofrecí en España deshacer todo inconveniente que te impidiera llegar con tiempo á donde está Flaviano y acabo de cumplirte mi palabra. Estréchame y parte que sólo tú y la india faltais en el navío.

—¿Te veré en Méjico?

—Es probable.

—¿Cuándo?

—Lo ignoro.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada

—Llevo cien arrobas de oro.

—Guarda el que puedas para los desgraciados.

—Te puedo dar...

—No, nada; llevo bastante.

—Julio, salva á mi hijo.

—Flaviano corre mucho y tú salvarás á los tres.

—Por ese golfo...

—Llevas buen barco, el viento favorable y en dos días puedes atravesar ese golfo. Luego corre, corre mucho.

—Adiós, hermano Julio.

—Adiós, hermano Flaviano.

Ambos volvieron á estrecharse, la india besó la mano de Silva y levantada en alto por Osorio saltó al navío seguida por Flaviano.

El príncipe corrió á un estrecho camarote en el que estaba la efigie del Redentor y cayó á sus pies murmurando:

—Padre mío, salvad al padre y al hijo, yo os lo suplico. Por mi amor, por vuestra pasión y muerte, por la buena intención y el buen deseo que anima á los dos; por los muchos sufrimientos que llevan padecidos y por el inmenso bien que aun pueden hacer á la mísera humanidad. La bondad y misericordia de Dios los cubra. Padre, padre, sed con ellos como el omnipotente Hacedor fué con vos en el Paraíso.

Y continuó orando y pidiendo hasta llegar al éxtasis que parecía alejar su espíritu del mundo.

Entonces abrió el lego la puerta del camarote, la cerró después de haber entrado, cruzó los brazos y quedó esperando á que su señor volviera á la vida.

Ese lego era la única servidumbre que el príncipe general de la Orden de Trinitarios y generalísimo aun de los ejércitos españoles de mar y tierra llevaban en su larga excursión.

Hemos dicho que el duque saltó al navío, en cuyo instante se le acercó el comandante preguntándole:

—¿Qué hacemos, señor?

—Negrete, proa á Veracruz, y á ser posible, volad hacia esa ciudad.

—¿Y la galera?

—De esa no os cuidéis para nada; posible es que no tardemos en verla desaparecer. Salid de ese pairo que tanto me desespera. Ved la galera, ya anda.

—La alcanzaremos si lleva la misma dirección.

—Señor,—le dijo la india por mediación del intérprete,—hoy no recibo lección de mi sacerdote.

—¿Por qué?

—Porque necesito olvidarme de ese que acaba de marchar para poder hacer caso á este otro.

—Tienes razón.

—¿Es vuestro hermano?

—Sí.

—Vale aún más que vos, señor.

—Sí.

—¿Le amais mucho?

—Como al más tierno padre, como al hermano más cariñoso.

—Lo comprendí.

—¿Por qué te parece á tí tan bueno?

—Porque lo dicen sus ojos, su frente, su rostro, to-

do y hasta su hermosa figura. Ese hombre no es como los demás.

—No hablemos de él, Líbana, que me entristece. Mira como nos vamos alejando de tus montes.

—¿Qué me importa?

—Pronto los perderemos de vista para siempre.

—¿Qué me importa?

—No volverás á ver tus árboles.

—Mejor.

—Ni tus flores.

—Mejor.

—Ni tus lagos arrobadores con sus islas, sus cascadas y sus ánades.

—Mejor.

—Ni te despertará el dulce cántico de las aves.

—Mejor.

—Ni verás salir el sol por entre las crestas de las montañas y sepultarse en su ocaso en las aguas del Océano.

—Mejor.

—No tendrás indios que canten tu virtud y tu belleza.

—Me alegro.

—Ni valientes indios que te enamoren.

—Me alegro.

—Ni á tu hermano que te acaricie.

—Señor, no volváis la espalda á la galera de vuestro hermano; mirad como corre; nos ha adelantado mucho.

—Es verdad.

—Y parece este barco mejor.

—Es verdad.

—Decidle que pare para que volvamos á ver el rostro de ese príncipe tan elevado.

—Si yo pudiera hacerlo...

—¿Hay cosas que tú no puedes hacer? Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque sirven de castigo á los tristes recuerdos que invocábais antes.

—¿Eres vengativa?

—No; contigo, no, que eres mi padre amado, pero merecías un castigo por los recuerdos que llevaste á mi memoria.

—Es, Líbana, que la ausencia de ese sacerdote que va en la galera ha enlutado mi alma y torturado mi corazón.

—Si me lo hubieras dicho yo te hubiese curado en lugar de atormentarte como tú á mí.

—¿Tú? ¿y de qué modo?

—¿No tienes un hijo?

—Sí, mi Flaviano.

—¿No es un héroe?

—Sí.

—¿No le amas?

—Más que á mi vida.

—¿No vas á buscarlo?

—Sí.

—Pues piensa en la manera de llegar antes, en el modo de abrazarle lo antes posible, en el modo de defenderlo, si su vida peligra, en conquistarle un trono para que á tan gentil caballero no le cubran los techos

sino los solios. Haz respecto de tu hermano, lo que yo hago respecto del mío, ámalo, pero al volverte la espalda déjalo partir, tú no eres su padre; tú eres el padre de Flaviano, de ese mancebo que se impone á los hombres y lo aplauden hasta los reyes. ¿Le admiras tú menos que los extraños? ¿Le amas menos? Debe ser así puesto que lo olvidas para suspirar por el hermano.

—¡Oh!—exclamó el duque para sí,—qué talento natural tan envidiable! Y qué memoria tan excelente; de todo lo que le han contado de mi hijo se acuerda. Y en todo tiene razón. La hermana vale tanto como el hermano. ¡Qué diferencia de los padres á los hijos!

Y no hallando nada que contestar á Líbana, la cogió de la mano y fué donde estaba el comandante diciéndola:

—¿No pretendíais adelantar á la galera?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha sucedido?

—Que ese barco lleva las alas del cóndor y no hay medio de igualarse á él.

—¿Consiste en eso, ó en que nosotros andamos poco?

—Poco decís y estoy asustado. ¿Cuánto os parece que andamos por hora?

—¿Siete millas?

—Nueve, señor.

—¿Pues cuántas anda la galera?

—Doce, lo menos.

—¿En qué consiste?

—No lo sé, señor.

—Yo, sí.

—¿Teneis la bondad de decírmelo?

—Que allí va un santo y aquí todos somos pecadores.

—Eso debe ser.

Ahora nuestros navegantes cruzaban el golfo de Méjico de distinta manera que anteriormente.

Pasaron por cerca de aquellos sitios con tormenta, un huracán deshecho y con olas como las montañas de la isla de Líbana, y en estos momentos llevaban un viento Sur bastante fresco, el mar estaba rizado y el navío corría con velocidad y buen movimiento.

Ya no encontraban islas ni escollos de consideración en la ruta que seguían. Veracruz lo tenían enfrente y á él se dirigían en las mejores condiciones.

A la hora de comer se sentaron todos á la mesa.

—¿No te mareas?—preguntó el duque á Líbana.

—No, señor.

—¿Andas con facilidad por este barco?

—Con facilidad, no, pero ya me acostumbraré como los marineros.

—¿Tienes ganas de llegar á tierra?

—Me es indiferente. Creo que allí veré cosas muy buenas, pero no mejores que las que aquí voy viendo.

—¿Qué ves aquí?

—Un círculo de agua y otro de cielo que no contemplé jamás. No hay un monte ni una ciudad, ni un árbol, todo es cielo y mar interrumpidos por nuestro navío y una paloma.

—¿Dónde está esa paloma?

—Delante de nosotros. Debe ser la galera del prín-

cipe que se alejó mucho y solo se percibían las puntas de sus velas y estas parecen las alas de las palomas.

—Eso es.

—Como no he visto ninguna población me ha de parecer buena y hasta bella la primera que vea.

—¿No hay casas en los bosques?

—Solo una, la de mi hermano.

—¿Grande?

—Muy grande pero de cañas y de barro.

—¿Dónde viven los demás?

—En cabañas y cuevas.

—Pronto hará tu hermano casas buenas y muchas otras cosas que ahora no tiene.

—Si, le enseñaron mucho en tu barco y ya sabía él más que mi padre y mi hermano mayor.

La comida empezó á animarse, tomaron parte en la conversación Ontoria, el comandante y Zalla, y la verdad es que todos los rostros se presentaban alegres y satisfechos.

Admirados estaban de oir á la india contestar á todos y muy especialmente á Zalla que era á excepción del duque, el que despertó en ella más simpatías.

Cuando acabaron, subieron á la cubierta, buscando inútilmente con la vista la galera del príncipe de Italia. Esta ni en forma de diminuto pájaro se veía. Había adelantado al navío más millas que lo que alcanza la vista para distinguir un barco grande.

CAPITULO XXIX

Temores.—Un reconocimiento en medio de los mares.—Alerta toda la noche.—En la mar llueven los peligros.

Paseando estaban nuestros amigos por la cubierta de popa en una tarde que se presentaba risueña y concluían de comer, según hemos visto, cuando oyeron gritar al vigía:

—Galeras inglesas al Este.

El comandante miró cinco minutos con el anteojo y acercándose luego al duque le dijo:

—Son en efecto tres galeras inglesas.

—¿Grandes?

—No, señor.

—¿Qué número de cañones?

—Diez cada una.

—¿Y gente?

—Mucha, parece que van á hacer un desembarco.

—Pues si no traen más que treinta cañones entre los tres, no tienen bastante contra el navío San Juan.

—Estamos en paz con ellos, señor.

—No fiaros de los ingleses en ninguna parte, Negrete, y menos en los mares.

—¿Qué determinación tomo, señor?

—¿Están cargados los cañones?

—Todos.

—Con carga distinta á la que llevaban durante el temporal.

—Sí, señor.

—Bien, pues con eso basta aquí arriba; en el segundo puente que carguen los arcabuces y esperen todos al pie de las armas. Que no suba ninguno y que queden sobre la cubierta los que estén de servicio únicamente, Zalla, el intérprete y Ontoria. Dadme el anteojo.

Y el duque se acercó á la borda fijándose con el anteojo en las galeras.

El navío navegaba viento en popa y las naves inglesas iban de bolina, pero efecto de cruzar la línea recta que describían las galeras á quinientos pasos por delante del navío, debían pasar cerca de éste.

Cuando el comandante trasmitió las órdenes del duque salió á la cubierta preguntándole:

—¿Mandais algo más, señor?

—Sí, traen los ingleses bandera de almirante como nosotros, deben ser ellos los primeros que saluden; si lo hacen contestad y si os pidiesen habla concedédsela. Todo menos que aparezca que tenemos miedo. Si después de todo quisieran pelea la tendrán en toda regla.

—Muy bien, señor.

—Las naves seguían avanzando.

Cuando los ingleses estuvieron á distancia conveniente saludaron y el San Juan les devolvió el saludo.

Después y á corta distancia pidieron el habla.

Concedida que les fué, preguntaron quien mandaba el navío.

—El duque del Imperio, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra,—les contestó el comandante preguntando:—¿Y las tres galeras del rey de Inglaterra?

—El almirante Yoon, el cual desea la honra de saludar personalmente al renombrado generalísimo español.

—Os aguarda,—contestó el comandante.

Acto contínuo dijo el duque:

—Al pairo; la marinería á sus sitios, que no quede nadie más sobre cubierta y suban los veinte jefes y oficiales de mi escolta.

—¿Y yo, mi general?—le preguntó el comandante.

—Vos esperáis entre la proa y la popa con los brazos cruzados.

—Ya están ellos al pairo también.

—Que echen la escala real.

Diez minutos después rodeaban al duque los veinte oficiales de su escolta.

No tardó en llegar el almirante inglés con quince oficiales.

Se estrecharon las manos los dos generales y luego el recien llegado fué presentando uno por uno los que le acompañaban. El duque hizo lo mismo invitando á sus huéspedes á que bajaran á la cámara.

Asi lo hicieron, sentándose en dos sillones los dos

generales; los restantes quedaron de pie, los de Osorio detrás de éste y los de Yoon lo mismo.

El almirante inglés dijo al duque:

—Señor, puesto que habláis el inglés lo mismo que yo, según he visto, y yo el español con mucha dificultad, os ruego que me hagáis el honor de permitirme me exprese en el idioma mío.

—Con mucho gusto, señor almirante.

—Tenéis fama de atento y galante y no miente lo que ella dice.

—Gracias.

—Tenía grandes deseos de conocer al primero de los seis *Invencibles*, y no es poca dicha haberlo conseguido.

—El primero de esos que por equivocación, sin duda, llamaron un día *Invencibles* fué el príncipe de Italia y yo fuí el último.

—Que me place; tan valiente, entendido y caballero como modesto. Yo creía que ya os habíais retirado de la vida activa de los combates.

—Así es la verdad.

—Como viajáis en un navío con treinta cañones, parece que cruzáis los mares en son de guerra.

—No, ciertamente; hago un viaje de recreo; pero suele haber tantos piratas disfrazados en el Océano, que viajo en castillo en vez de carroza por lo que pueda ocurrir.

—No es malo el símil; pero ¿quién se había de atrever con el famoso duque del Imperio?

—Bien armado como ahora está, muy pocos; si lo

hallaran indefenso, todos sus enemigos que son infinitos.

—Perdonad mi indiscreción, ¿venis de Colombia?

—No, señor.

—¿Vais á Nueva España?

—Es posible que toque mi navío en Veracruz.

—Me extraña no ver en torno de vos ningún individuo de la oficialidad de este hermoso barco.

—No he querido molestaros con aparatos guerreros que estorban, cuando se trata de dos paises amigos.

—¡Ah, perdonad si yo he venido acompañado de los que están á mis órdenes. De haber conocido vuestra intención hubiera venido solo.

—Es igual; las mismas merecidas atenciones hubiérais recibido de un modo que de otro.

—¿Cómo dejásteis vuestra patria al salir de ella?

—En paz con todo el mundo.

—¿Hace mucho?

—No, señor.

—¿Y Méjico, como se halla?

—También parece que está tranquilo.

—Ha corrido la voz de que una parte de él se había sublevado y que ardía la guerra entre indígenas y españoles.

—Creo exageradas vuestras noticias; hubo disensiones domésticas que nada suponen en un imperio tan vasto.

—Al veros en un navío tan grande, creía que ibais con refuerzos y órdenes de apagar la rebelión, como hicísteis en un tiempo en el Perú.

—Pues ya veis que os habeis equivocado; no llevo fuerzas ni voy á guerrear á Méjico.

—No he visto un soldado.

—¿Para qué lo quiero yo? Contra los piratas bastan los cañones de mi navío y mi escolta.

—¿Es numerosa?

—Sesenta y un individuos.

—Pocos son para la guerra.

—Sobran al que no piensa hacerla, pero recordad que con menos hombres tomamos á Lima y reconquistamos el Perú los seis hermanos.

—Perdonad, señor, sois un ser tan extraordinario, que me olvido á veces del gigante con quien tengo la honra de hablar. ¡Es tan raro hallarse frente á un hombre como vos!

—Tanto me estaís favoreciendo, milord, que no hallo frases bastantes con que expresar mi gratitud.

—Os hago justicia, la justicia que os hace todo el mundo. ¿Quereis decirme qué se hace vuestro hermano el señor príncipe de Italia? Perdonad tanta molestia. Lo motiva mi gran interés por las celebridades del mundo.

—Dispuesto me hallo á complaceros en todo cuanto me sea posible, y os advierto que aquello que honra no puede molestar jamás. Mi hermano el príncipe de Italia se hizo sacerdote y llena, á mi juicio, sus deberes de ministro del altar con admiración de propios y extraños.

—No lo sabía.

—Es, hace tiempo, el superior de la orden á que pertenece.

—S. M. el rey don Felipe III debe teneros en gran estima, poderoso duque.

—En su gracia y nada más. Como empiezo á envejecer voy sirviendo para poco.

—No creo yo eso; estais en lo mejor de la vida y muy bien acompañado de una experiencia y sabiduría que no tienen los jóvenes.

—Pero estoy cansado de guerras y batallas. Casi niño era cuando mi padre me llevaba á los combates.

—Eso dice la historia.

—Por esa razón me cansé antes de tiempo; es decir, antes del tiempo en que otros trabajan con más afán.

Convencido el almirante inglés de que el duque tenía más talento que él y que no quería dejarse envolver en la red inglesa, se puso en pie, y se despidió ofreciéndose de la manera más cortés.

Osorio le acompañó hasta la escala real, esperó á que cruzaran por delante del navío las tres galeras, se saludaron de nuevo los barcos y el San Juan continuó su ruta con gran sentimiento del general que se condolía del tiempo que ese acto de pura etiqueta le hizo perder.

Ya iba la nave navegando viento en popa cuando se acercó el comandante al duque, preguntándole:

—Señor, teneis la bondad de decirnos, si la visita del almirante inglés fué de pura etiqueta ó con intención doble que no ha podido pasar desapercibida para un hombre de vuestro talento? Todos los jefes de vuestra escolta ansían como yo tengais la bondad de contestar.

—Os diré en breves frases que ese lord quiso averiguar muchas cosas que no le dije; por el contrario, le extravié, y tanto se descubrió él con sus preguntas, pues yo nada le interrogué, que puedo aseguraros, sin temor de errar, que va al Sur de Méjico con ánimo de ayudar á la rebelión que combate mi hijo. ¡Oh, mucho ha perdido ese inglés con entrar en este navío y descubrirse bien á pesar suyo!

—Intentará algo esta noche contra nuestro navío.

—No. Va como os he dicho al Sur de Méjico y hará allí lo que pueda contra España, pero de una manera solapada é hipócrita.

—¿Qué hemos hecho nosotros contra esos piratas?

—Nosotros ahora nada; les hace la preponderancia española en la India, nuestra riqueza y ellos van donde sienten ruido de oro ó de plata y en nuestras posesiones hay mucho. En Nueva España serán tan falsos y diplomáticos como estuvo hace poco conmigo ese almirante.

—Pues debo deciros señor, que lleva pocos cañones, pero tanta gente que es posible intente un desembarco.

—¿Los habeis visto bien?

—Perfectamente.

—¿Qué fuerza armada llevará?

—De tres á cuatro mil hombres sin contar con la gente del mar.

—Ya lo sabemos y llevamos mucho andado con esto.

—¿No tomo precaución alguna por si volvieran esas galeras?

—No. Sería inútil. Basta con las precauciones ordinarias. ¿Son buenas galeras?

—Grandes y bien construidas pero de poco andar.

—Tendrán mucho calado.

—Bastante.

—¿Pero qué ha sido de Líbana, que no la veo hace tiempo?

—Señor, es todavía una niña y anda corriendo y saltando para desesperar á Zalla.

—¿Pero por dónde?

—Por el segundo puente, por todas las cámaras y hasta suele bajar á la bodega de proa.

—Llámala; no se lastime.

Pronto la trajo Urrutia. Llegaba en medio del intérprete y de Zalla, muy encarnada, pero grave.

—¿Dónde estabas,—le preguntó el duque

—Haciendo ejercicio, señor.

—¿En qué sitio?

—En todas partes.

—¿No te has lastimado?

—No; jamás me caigo.

—Tu país no se movía y este barco se mueve mucho.

—¿Qué no se movía? Cuando el volcán despedía fuego y piedras parecía un columpio.

—Pero no correrías entonces.

—Entonces no, pero antes y después, sí.

—El navío se está moviendo siempre.

—Pero poco, aquí no me caigo ya. Me enseñó á andar y á correr un marinero que habla como yo. Ese intérprete no quiso, fué un compañero suyo.

—Quiero que corras poco, hija mía, para evitar el que te caigas.

—Pues no correré nada, padre amado.

—Desde mañana te entiendes con el sacerdote.

—Muy bién, haré cuanto me mandes.

—Así te quiero, hija obediente y sumisa.

—¿Quiénes eran esos que han venido á verte?

—Unos extrajeros.

—¿Qué deseaban?

—Visitarme.

—¿En medio del mar?

—Sí.

—Pues me parece que tu navío es mejor que los tres suyos.

—Es verdad.

—Son esos hombres muy blancos y el pelo lo tienen de un color muy raro.

—De un color rubio.

—No lo conozco por ese nombre, pero lo aprenderé. Te advierto que me gusta hacer rabiar á Zalla.

—¿Por qué?

—Porque se toma por mí un interés que me fastidia.

—Porque te quiere.

—Todos me quieren en el navío y me respetan como hija tuya, pero ninguno me sigue á todas partes como él.

—Ven conmigo, vamos á la cámara que allí te voy á enseñar mucha cosas.

—Me alegro, dame tu mano. Síguenos, intérprete, y tú, Zalla, quédate contemplando el mar.

Nada ocurrió durante la noche.

CAPÍTULO XXX

La niebla.—Una galera pirata.—Ataque.—Defensa.—Abordaje. —Suçumbió el más debil.

Amaneció el día siguiente con viento del Oeste y una niebla tan espesa que tuvieron que encender todas las luces del navío después de haberlas apagado.

Ya no iba el San Juan viento en popa, sino de bolina y un poco ceñido.

Cuando se levantó el duque le dijo Zalla, el cual le esperaba en la cámara:

—Señor, esto no anda bien.

—¿Qué ocurre, Ricardo?

—Son cerca de las ocho de la mañana y no hay luz natural.

—¿Pero y el viento?

—No es fuerte, mas no se ve.

—¡Hay tormenta!

—Tampoco se oyen truenos, pero ignoro si nos cubren las nubes.

—¿Por qué?

—Hay una niebla tan densa que no deja ver nada.

—Acabaras. En los mares son muy comunes las nieblas, pero esas no ofrecen peligro cuando se va por aguas como estas, que raro es el buque que transita por ellas.

—Me alegro; la oscuridad me alarmó y temí otro contratiempo casi á las puertas de Méjico.

—Fatal hubiera sido.

—Aquí viene el comandante, que os dará mejores noticias.

Aquél entró, y á las preguntas de Osorio contestó:

—No hay peligro alguno al presente. Se trata de una niebla que irá desapareciendo según vaya entrando día.

—¿A qué distancia estamos de Veracruz?

—A ciento noventa millas próximamente; pero ahora andamos algo menos que antes.

—Como ha de ser, tendremos paciencia.

—Señor, he visto no hace mucho una galera que ha de ser pirata.

—¿Qué decís?

—No puedo asegurar nada, porque la densa niebla no me permitió ver bien. Tiene sin embargo la forma de una francesa de guerra, cuya tripulación se sublevó, mataron á todos los oficiales y se hizo pirata.

—¿Quién lo manda, sabeis?

—Un desertor bravo é inteligente, pero muy malo.

—¿Nos habrán reconocido?

—No ha podido; si es la que yo creo, de eso tratará para abordarnos si le es posible, y mandarnos á todos al otro mundo.

—¿Qué cañones monta?

—Diez.

—¿Qué personal tiene?

—Cien hombres próximamente.

—Dejadla que nos aborde.

—Mi general: la galera en cuestión lleva cometidos muchos crímenes en general, y muy particularmente con la marina mercante española. Sería en consecuencia muy humano echarla á pique. Pero para eso era preciso que el navío la sorprendiera, porque en cuanto ella nos conozca huirá cobardemente.

—Veamos si se le puede dar caza.

—Debemos intentarlo; de conseguirlo prestaríamos un gran servicio á todos lo países del mundo y especialmente al nuestro.

—¿La conoceis bien?

—Perfectamente. Antes de sublevarse estuve en ella dos veces.

—La habrán pintado de otro color y variado la forma.

—Pero no la estructura, y con eso la conoce un marino.

—Id sobre cubierta, y si la reconoceis mandadla una ó más andanadas. Todo lo que se haga contra esos malvados es poco.

—Con eso tengo bastante.

Subió el comandante, preguntando el duque á Zalla:

—¿Se ha levantado Líbana?

—Hace más de dos horas.

—¿Qué hace?

—Le enseña el capellán el idioma castellano.

—Muy bien; dí al sacerdote que se vaya con ella á un sitio en que no pueda llegar una bala. Pudiera ocurrir que no se hubiera equivocado Negrete, y es necesario evitar que maten á esa niña, y hasta que la asusten.

—Hasta luego, mi general.

Quedó tranquilo el duque y con calma, y como si nada fuera á ocurrir dió principio á su desayuno.

Sepamos qué hacía el comandante.

Mandó que los artilleros permaneciesen con las mechas encendidas al pié de los cañones, pero sentados en el suelo los de cubierta, para que los cubriera la borda y no los viesen los piratas, en el caso de que la niebla desapareciese.

Después se fijó en un punto del horizonte, y con su vista de marino pretendía distinguir á través de la niebla.

Así permaneció una hora.

—¿Qué habeis visto?—le preguntó el duque llegando.

—Dos veces distinguí el buque ese. Es una galera francesa de la misma estructura de la pirata y hasta me atrevo á asegurar que es la misma.

—¿Nos ha reconocido ella?

—No ha podido.

—¿A qué distancia viene?

—A poco más de un cuarto de milla á babor. Viene, á mi juicio, persiguiéndonos y espera solo reconocernos para abordarnos ó si llevamos pocos cañones hacernos fuego con los suyos y luego abordarnos.

—Pero en cuanto nos reconozca huirá de nosotros con el viento que más le convenga.

—Al reconocernos ella la he de reconocer yo y en el mismo instante le mando una ó dos andanadas, dirigiéndola á la vez la proa.

—Con tal que no os equivoqueis y vayais á echar á pique otro buque que no sea aquel.

—Eso es muy difícil, casi imposible.

—¿Teneis gente preparada para el abordaje, si lo hubiera?

—Doscientos soldados con arcabuz y cincuenta con hacha.

—Vaya un lujo de fuerza.

—Contra los piratas todo es poco. Verla, señor, á babor; ¿la distancia?

—Como una sombra.

—Sí, es necesaria nuestra vista de marinos para ver más claro.

—¿Desaparece?

—No, señor, se quedó atrás para tomar terreno y venir á cruzar cerca de nosotros. Conozco su intención y si eso hace, no hay duda alguna que es la galera pirata.

—Yo ya no veo nada.

—Os digo que se echó atrás; pues la niebla empieza á disiparse.

—Poco es.

—Para vuestra vista.

—Yo no noto la diferencia.

—Yo sí, y pronto la notareis vos.

—¿Seguís viendo la galera?

—No, ha desaparecido. Se quedó atrás, para caer de pronto sobre el navío. No puedo distinguir los palos, y nos ha tomado por mercaderes europeos ó americanos.

Creyendo comprender el comandante las intenciones de los que venían en la galera, dió algunas órdenes, el navío viró hacia el Oeste, y quedó inmóvil, pero los grumetes y marineros permanecieron en sus puestos, para variar el velamen en el momento que su jefe lo mandase.

Los artilleros seguían con las mechas encendidas, y los oficiales al pie de los cañones.

La tropa tenía cargados los arcabuces, á excepción de cincuenta que enarbolaban las hachas.

También la escolta del duque estaba preparada por lo que pudiera ocurrir.

Osorio llegó á participar de las ideas de Negrete, y se ciñó una cota é hizo que le imitasen todos los individuos de su escolta.

Los momentos eran críticos.

La mar estaba serena; un poco rizada con viento fresco y muy favorable.

La espesísima niebla parecía, como el comandante

había dicho, que empezaba á perder algo de su espesor.

Nadie hablaba en la cubierta del navío, pero todos ocupaban sus puestos, y la verdad es que anhelaban tener á tiro la galera, y hasta ansiaban un abordaje que librara á los mares de ladrones y asesinos tan peligrosos.

Se referían horrores cometidos por los sangrientos piratas, que habían empezado por degollar á sus nobles jefes y luego iban cogiendo buques mercantes que aprisionaban para robar cuanto llevaban, y mandar al fondo del mar el barco y todos sus navegantes.

Era una gloria, que merecería los aplausos del mundo entero, para el navío que tuviese la fortuna de apresar tan funesta nave.

Toda la tripulación del San Juan sospechaba que era en efecto aquella galera la pirata, pero dudaban, el único que parecía tener seguridad era el comandante, el cual se decía en estos momentos:

—Estoy seguro que no me equivoco; esos hombres son los temibles piratas que andan por el golfo y tienen aterrados á todos los marinos mercantes. Será una dicha para mí darles caza y una honra para el duque del Imperio.

Si he acertado, qué chasco se van á llevar, van á sorprendernos por la popa y nos van á encontrar primero de costado y luego de frente; mi banda de babor les dirá quienes somos, les hará ver su equivocación y luego nos hallarán de frente, bien á su pesar.

Fué á volverse y se halló con el duque que ya es-

aba armado y al frente de todos los individuos de su escolta.

—¿Qué es eso, señor?—le preguntó.

—Que os vamos á ayudar si no os habeis equivocado.

—Pero estais mal aquí: los piratas pueden darse á conocer mandándonos una andanada que destroce la mitad de los individuos de vuestra escolta. Que bajen á la cámara y allí esperen.

—Es decir, que se escondan, que huyan de las balas. No saben ellos hacer eso.

—Por Dios, señor.

—Ni por todos los santos. Yo no me separo de vuestro lado ni ellos quieren estar lejos de mí. Ved á Zalla como se rie de vuestra proposición. ¿Qué dices, Ricardo?

—Que no es cobarde ese comandante, pero que nosotros lo somos menos.

—¿Menos en la mar?

—Menos en todas partes, si no son los elementos nuestros enemigos. Ahora me refiero á ellos; en cuanto á mí, con elementos y sin ellos en todas partes tengo menos miedo que cualquier marino.

—¡Vos! Todo es posible... Pero dejadme mirar, no me distraigais ahora. Sí; viene por la popa, no me he equivocado. Señores, por favor, pasad á la otra banda, yo os lo ruego.

—Obedecedle,—exclamó el duque.

Y todos se pusieron en ala en la otra banda.

—No,—volvió á gritar el comandante.—Id á proa que por allí los abordaremos.

—A proa,—dijo el duque, pero él se quedó junto al comandante.

—Preparados los garfios,—tornó á exclamar.

—Haced puntería,—añadio;—babor, primero y segundo puente.

Y su voz llegó hasta las bodegas del navío.

En este momento empezó á desaparecer la niebla.

Un minuto después dijo con voz de trueno:

—Fuego, primero y segundo puente de babor.

Se oyó un estampido horroroso.

El espacio se cubrió de humo mezclado con la niebla. Los oídos ensordecieron por un instante.

Desliad todo el velamen; proa al Sur. Los garfios.

A esta última frase siguieron dos detonaciones de cañón.

El comandante no se había equivocado; tenía encima la galera pirata que creyó sorprender al navío por la popa, siendo ella sorprendida por la proa con diez balas rasas que le llevaron los dos palos, destrozaron su proa, y le mataron quince hombres.

Ella descargó dos cañones, que fueron los últimos que se oyeron; con una bala rompieron la borda de bavor y de estribor, pasando por entre el duque y el comandante; la otra cruzó por encima de las cabezas sin tocar al navío. No produjeron otra cosa que el desperfecto de la borda con dos agujeros de poca importancia.

La galera ¡sin palos y con el velamen inútil, quedó parada.

El navío se dirigió hacia ella, que solo distaba doscientas brazas.

La confusión y el espanto de los piratas fueron indescriptibles.

Tres minutos después llegó el navio se echaron los garfios, se puso al pairo y ambas embarcaciones quedaron juntas.

El primero que saltó á la galera fué el duque del Imperio, y en pos se precipitaron todos los individuos de su escolta armados unos de pistolas y todos con la espada desnuda.

Bien pronto comprendieron los piratas su error, cuando creyeron apresar un barco mercante y se disponían á robar cuanto llevaba y á sepultarlo después en el abismo con todos los desgraciados séres humanos que iban en él, se vieron sorprendidos por un navío de primer orden, con treinta cañones y más de seiscientos defensores.

Y acabó de helarles la sangre las voces que daban los individuos de la escolta de Osorio que entraron en la galera, gritando:

—¡Viva España!

—¡Viva el invencible duque del Imperio nuestro general!

Creyó aquel enjambre de asesinos, que todos iban á perecer y quisieron pagar caras sus vidas. A las voces del fugado del presidio, de galeras se decía entonces, que era el que mandaba aquella horda de foragidos, se armaron é iban subiendo á la cubierta de la galera resueltos á morir matando.

Los de la escolta del duque con su general á la cabeza cayeron sobre ellos como leones capaces de arrasar cuanto estorbaba su paso.

El duque con la espada mataba piratas, y con las cuatro pistolas que llevaba al cinto derribaba á mayor distancia de donde él estaba á todo el que pretendía herir á los suyos.

Frío, impávido, valiente como el más temerario, corriendo de un lado para otro, dando estocadas y tumbando con sus ocho tiros á los piratas que ponían en aprieto á alguno de sus amigos.

Iban á su lado, su criado López, con otras cuatro pistolas, que descargaba sólo cuando alguno se iba á acercar á su señor; y Zalla, que con sola la espada en forma de remolino, la tenía ya hasta el puño teñida en sangre enemiga ó pirata.

De pronto apagó el estridor del combate un grito unánime, terrorífico, expresado por quinientas bocas y seguida de una descarga que atronó el espacio.

—¡Viva el duque del imperio!—gritaron.

Eran el comandante y los quinientos soldados, seguidos de toda la tripulación, que saltaron á la galera y de la primera descarga barrieron la cubierta de piratas.

El que se libró de las balas de los arcabuces, cayó pronto á los golpes de las hachas y á los de las puntas de las espadas.

—Alto, compañeros,—gritó el duque.—Perdono la vida á los que queden y á todos los heridos. Comandante, Ontoria, cúmplase mi orden, componed los des-

trozos de los dos barcos, cúrense á los heridos y remolquemos la galera hasta Veracruz.

Y seguido de Zalla y de sus criados pasó al navío.

Al caer sobre cubierta le echó los brazos al cuello Líbana, prguntándole:

—¿Señor, qué es eso?

—Nada, hija, que nos querían matar esos hombres.

—¡Y tu los has muerto á todos!

—¿Qué había de hacer?

—Perdonarlos.

—No era posible; ya he perdonado los que cayeron en tierra heridos y los cobardes que irán apareciendo en las cámaras y bodegas de la galera.

—¿Serán muchos?

—Entre todos más de la mitad.

—Bendito seas.

De esa manera terminó una batalla ó zafarrancho que libró á los mares de los piratas más fieros y temibles.

Osorio no tuvo ningún muerto. Contaba solo diez heridos ninguno de consideración.

Entre los piratas se contaban treinta muertos. cincuenta heridos y once sanos que se presentaron pidiendo perdón y les fué concedido.

La cubierta de la galera era en estos momentos un campo de batalla en el acto de terminar un combate. Las tablas estaban manchadas de sangre que aun corria por algunos sitios, varios cadáveres mutilados por las balas de los cañones, otros yertos y multitud de heri-

dos, unos pidiendo perdón, otros sacerdote y algunos agua.

Nos resistimos á atormentar el espíritu de nuestros lectores con una descripción detallada de las escenas que siguieron al fiero combate.

Se ha dicho que la fiera más terrible de la tierra es el hombre y en esta ocasión, como en muchas otras, quedó demostrada esa verdad.

Todavía en la época de Felipe III hubo muchos rasgos, más propios de la Edad Media, que del siglo XVII.

De la misma manera que en nuestros días se ven salvajadas que nos hacen retirar la vista con horror.

CAPITULO XXXI

Curación de los heridos.—La mar teñida de sangre humana.—Reparación del navío y de la galera.—Explicaciones.—A Veracruz sin más inconveniente.

El navío y la galera habían quedado al pairo y en estos momentos trabajaban en ellos más de trescientos hombres.

Empezaron por formar dos enfermerías, una compuesta de todas las cámaras principales de la galera, y á ella trasladaban los heridos piratas. Y otra pequeña en el navío para los pocos heridos que tuvieran los del duque.

A la vez tiraban los cadáveres al mar para limpiar luego la cubierta de la galera en la cual corría la sangre humana.

Los ayes lastimeros de los heridos, los destrozos hechos por las balas en los dos barcos y el agua del mar, que rodeaba las naves teñida en sangre, forma-

ban un cuadro que la vista distinguía con pena y sentimiento.

Cogida Líbana á la mano del duque, todo lo miraba, y después de hacer su composición de lugar, le preguntaba:

—¿Señor, qué van á hacer con esos hombres ensangrentados? ¿Por qué no los tiran al mar como á los muertos?

—Entre nosotros no se hace esa barbaridad; aquí se curan.

—¿Del todo?

—Alguno se muere y á otros se les amputa un brazo, ó una pierna, pero los restantes todos sanan.

—Eso es mejor que lo que hacen en donde yo nací, los matan á todos para que no sufran.

—Es una curación radical, Líbana.

—¡Cómo matabas tú!

—¿Me has visto ó te lo han contado?

—Lo ví subida á ese banco.

—Mal hecho.

—¡Llevé un susto! Figúrate que nos hallábamos abajo el cura, el intérprete y yo dando lección. De pronto oimos un trueno largo, terrible, aterrador; tembló el navío, se levantaron olas, y ¡qué humo, señor, qué humo! Mis dos compañeros rodaron al suelo.

—¿Y tú?

—Yo subía lo escalones de tres en tres para buscarte y morir contigo, si había llegado nuestra última hora.

—¿Y luego?

—Salté á cubierta, vi que corríais hacia ese barco que habeis ganado y quise seguiros, pero me cogió aquel piloto, vedlo, es ese de la gorra azul y no me dejó.

—¿Te hubieras metido dentro del combate?

—Estando tú, ¿qué remedio tenía? Pero no me dejó ese piloto. Entonces me subí á aquel banco y desde él te vi matar con la espada y con la pistola. Por donde tú ibas caían todos; parecía que la muerte te acompañaba y la piedad huía lejos de tí.

—Durante la pelea no cabe la caridad; esa es para después.

—Ya lo he visto. También mataba muchos, aun cuando no tantos como tú, el buen Zaila. A tu lado parece un cordero, pero en la pelea se cambia en tigre.

—¿Todo lo vistes?

—Todo. Matásteis con arcabuz, con pistolas, con espadas y con hachas. ¡Qué fieras!

—¿No tuvistes miedo?

—No, por mi, no, por ti, y luego lástima. ¡Qué cuadro tan espantoso; cuánto infeliz cayó cubierto de sangre!

—De bastante me ha servido prohibir que no te dejaran salir.

—Mientras mis guardianes rodaban por el suelo del navío, yo me escapé. El intérprete salió pronto, pero el capellán aun no pareció.

—Estará auxiliando á los heridos que van á morir.

—No, me han dicho que se halla escondido en la bodega.

—¡Qué cobarde! Buscadle entre los dos y decirle de mi parte que vaya á la galera á auxiliar á los heraidos graves. Algunos de ellos pedían antes confesión.

—Vamos á llevarlo si es que damos con él.

Los barcos estaban ya limpios de sangre en sus cubiertas y no se veía en ellas ningún herido.

En este instante se acercó el comandante al duque deciéndole:

—Señor, hay que reparar la galera.

—¿No puede andar así?

—No, señor; tiene deshecha la proa y los golpes de mar podían inundarla.

—Que hagan solo lo preciso; el navío la remolcará hasta Veracruz.

—Eso pensaba.

—¿Qué tardaremos en poder continuar nuestro derrotero?

—No podrá ser hasta muy entrada la noche.

—Bien, que abrevien en lo posible.

—También taparán esos dos agujeros de la borda del navío.

—Sí, que lo hagan. Luego pasaré á reconocer los heridos. ¿Están bien asegurados los prisioneros?

—En la bodega amarrados.

—Que les den la misma alimentación que á la tropa.

—Perfectamente.

—¿Qué hacen vuestros escribientes?

—Ahora nada.

—Dirigidos por un contramaestre que formen un inventario completo de cuanto se ha cogido en la galera.

—Lo harán.

—Antes de que lleguemos á Veracruz, que me lo traigan.

—Lo tendreis.

—¿Vais á anclar?

—Lo haría con mucho gusto, pero no tengo fondo.

—Bueno, estad encima de los carpinteros, siempre que podais para que no se duerman.

—Hasta después, señor.

—Padre mío,—le dijo Líbana llegando,—¿dónde diras que hemos encontrado al capellán?

—No lo sé.

—En el último rincon de la bodega entre el carbón y los pedazos de madera.

—¿Qué hacía allí?

—Rezaba y pedía á Dios que nos librase de los piratas.

—A buena hora.

—Eso le dije yo, pero él me contestó que servirían para otro encuentro con los enemigos.

—Ese sueña con ellos.

—Le obligamos á que fuese con los heridos.

—¿Lo hizo?

—No pudo evadirse entre los dos tirando de él y lo llevamos á la galera.

—¿Qué dijo al ver los piratas?

—Estos son peores que renegados. Trabajo en balde.

—Puede que tenga razón, pero su deber le impone auxiliar á los que van á morir, sean lo que quieran.

—Ya lo está haciendo.

Las cubiertas del navío y de la galera acababan de sufrir una metamórfosis completa. Eran poco há campos de batalla en los que se libró una sangrienta lucha, en la cual jugaron toda clase de armas, desde el cañón del más grueso calibre hasta el hacha. Y ahora treinta ó cuarenta operarios trabajaban con martillos, con la sierra y otros instrumentos, cantando y luciendo habilidades y destrezas antitéticas de las anteriores; las unas se empleaban en matar á los hombres, las otras eran en bien de la humanidad. Por eso las unas se realizaban echando votos y maldiciones que se armonizaban terroríficamente con los lastimeros ayes del herido, y las otras cantando himnos y canciones marinas tan melodiosas como sentidas y agradables.

¿Por qué pudiendo el hombre servir siempre para el bien se entrega tan de contínuo al mal?

Unos lo hacen por ignorancia, otros porque les obligan y todos por torpeza.

¿Cuándo terminará esa funesta costumbre?

Sólo Dios lo sabe; pero todavía correrá mucho tiempo sin que la humanidad llegue á ese estado de perfeccionamiento.

Para las tristes escenas que había presenciado Líbana, la hallaba el duque poco impresionada y hasta parecía satisfecha. No creyendo Osorio que la causa fuese la falta de amor al prójimo, supuso que era desaplicada, causando su satisfacción lo ocupado que andaba el capellán y la falta de unas lecciones que la molestaban.

Fijo en esa idea preguntó á la joven:

—Líbana, ¿no te atormenta la idea de los infelices que han muerto en esa galera?

—No.

—¿Por qué?

—Porque veo que no te atormenta á tí que fuiste su matador.

—Yo no podía prescindir de hacerlo.

—Ni yo de creer que serían inútiles mis lamentos, toda vez que el mal no tiene ya remedio.

—Pero no estarás alegre y satisfecha porque hayan muerto los piratas.

—No, jamás me alegra que mueran de ese modo.

—En ese caso siento decirte que he formado mala idea de tu aplicación.

—¿Por qué?

—Porque tu satisfacción reconoce por causa la ausencia del capellán.

—No te has equivocado, señor.

—Luego eres desaplicada.

—Ahora sí te equivocas.

—¿Cómo explicas mi equivocación?

—No soy desaplicada, que anhelo saber mucho; pero has tenido tan mal tino que prefiero la ignorancia á que me de lecciones un torpe.

—¿Torpe llamas al capellán?

—Sí; y lo sabía antes de conocerlo.

—¿Quién te lo había dicho?

—Mi hermano. Pero fué inútil; el primer día lo noté yo.

—¿Se ha propasado contigo?

—Eso no, que es un bendito y no hubiera yo tolerarado tampoco que se propasara conmigo, teniendo este puñal en mi cintura.

—No me lo explico entonces.

—Que es tonto, que sabe poco, que no puede enseñar, que necesita aprender. ¿Lo comprendes ahora?

—Dame una prueba.

—Le he preguntado qué era amor, y me contestó que el que se tiene á Dios. Le he preguntado cómo se formó el mar, y me ha dicho que con la voluntad de Dios. Y le dije que si me quería y me contestó que no; que mientras fuese idólatra me aborrecía. ¿Continúo?

—No; basta. Ya falta poco y en Veracruz te enseñarán bien.

—Eso deseo; también hacerme cristiana, y vestir como las de tu país.

—Todo, en llegando á Veracruz.

Continuaron curando á los heridos, los carpinteros y ayudantes trabajando y las dos naves al pairo.

La mar seguía rizada.

A la una comieron y á las ocho de la noche cenaron.

Los carpinteros seguían trabajando con hachas encendidas que le prestaban bastante luz.

A las diez se retiró el duque á descansar, durmiendo en un sueño tranquilo toda la noche.

Abrió los ojos por la mañana, notando que el navío iba cruzando por el golfo de Méjico.

Poco después entró en su alcoba Zalla, diciéndole:

—Vamos navegando, mi amado general, de bolina.

—¿Mucho viento?

—Mucho no, pero bastante para andar seis millas por hora.

—Poco es.

—Señor, vamos remolcando á medias la galera.

—¿Cómo á medias?

—Porque lleva hinchada una vela que ayuda al navío.

—¿Continúa el viento de Oeste?

—Sí, señor.

—¿Vamos ceñidos?

—Un poco.

—¿Ha ocurrido algo con los prisioneros y heridos?

—Los primeros van bien sujetos. De los segundos, os diré que los nuestros se hallan mejor y ninguno ofrece cuidado. Los piratas se han muerto tres, á consecuencia de las graves heridas que recibieron; continúan mal seis, y los restantes se salvarán.

—¿Hubo amputaciones?

—Dos.

—¿Se porta bien la sanidad?

—Admirablemente.

—¿Qué hace Líbana?

—Cuestionar con el capellán.

—¿Por qué?

—Dice que no quiere recibir más lecciones hasta que llegue á Veracruz. El sacerdote la ha llamado desaplicada y gandula.

—¿Se calló ella?

—No, señor; le dijo que él era torpe é ignorante,

soltó una carrajada y se fué á la cubierta huyendo de él.

—No es tonta ni cobarde.

—Y qué hermosa es, señor.

—¿Qué más ocurre?

—¡Ah, sí! En lo más alto de la proa de la galera han colocado un cartel amarillo y encarnado con un gran letrero que dice: «La galera pirata *Hiena* aplastada por la garra del leon español.»

—Idea de marino.

—Pero que no es mala idea.

—¿Se distinguen naves?

—Ninguna.

—Pues sal, llama á López para que me vista, y después nos desayunaremos. Trae á Líbana para que lo haga con nosotros.

—Muy bien, señor.

Una hora después subió á cubierta el general, y luego que hubo reconocido los dos barcos, llamó al comandante y le dijo:

—Bien hechas están las reparaciones de la galera; dad las gracias en mi nombre á los que han dirigido las obras.

—Por cuestión de dos ó tres horas más de trabajo he preferido perder ese tiempo, y que llegue á Veracruz en el mejor estado posible.

—Lo apruebo.

—Fijaos, señor, en el navío.

—Ya lo hice y ni aun se conocen los pedazos con que han tapado los agujeros.

—Así es la verdad.

—¿Cuándo llegaremos á Veracruz?

—Sí continúa este aire á la salida del primer sol, por eso dejé que tardasen los carpinteros; nada hubiéramos conseguido con ganar las tres horas que perdimos.

—Vamos á reconocer todos los heridos.

Así lo hicieron, siendo de notar que al ver los piratas al duque, lejos de agradecerle la visita que les hacía y las frases de consuelo que les iba dirigiendo le volvían la espalda y hasta el rostro de algunos se encendió, demostrando de ese modo la ira y rabia que les causaba la presencia de su noble y generoso enemigo.

—Dejadlos, señor,—le dijo el comandante en francés para que todos lo comprendiesen,—esos malvados no merecen la visita que les haceis ni el cuidado que se tiene con ellos.

—No, Negrete, yo no lo hago ni aun porque me lo agradezcan, sino porque nací noble y he de obrar hasta morir como lo que he sido siempre.

—Mal os pagarán.

—¿Qué me importa á mí eso? No creais que al venir á esta enfermería pensé que me recibieran de otro modo. De lo que á estos les ha sucedido tienen ellos la culpa por hacerse piratas y asesinos. Veamos los otros que llevé yo al combate sin que ellos lo pidieran y vereis qué distinta conducta observan.

Y se trasladaron al navío, entrando en la enfermería donde se hallaban los heridos del duque.

Al oir ellos que llegaba el general todos se incorporaron para saludarle.

—Quietos, hijos,—exclamó Osorio,—no quiero que os agraveis por culpa mía.

—Al contrario, señor,—contestó uno de ellos,—la visita de V. E. nos alivia, nos cura.

—¿Qué os hace falta?

—Nada, señor, casi todos os debemos la vida y la poca que nos faltaba viene ahora con V. E. Que Dios os bendiga, señor.

—¿Qué decís, comandante?

—Digo, mi general, que la diferencia entre unos y otros es inmensa.

—Sí, la que hay entre el hombre de bien y el malvado.

El duque los quiso estrechar, pero ellos en vez de oprimir aquella noble y generosa mano la besaban, dándole vivas y aclamándolo.

Volvió el general á encargar al médico y practicantes los mayores esmeros y cuidados, que se les diera cuando pudieran comer, la alimentacion mas sana y exquisita y salió de allí afectado por las manifestaciones de que había sido objeto por parte de unos infelices heridos.

El día lo ocuparon en contemplar el círculo de agua y cielo y en hablar en la cámara de la vida agitada y activa que iban á hacer cuando llegasen á Veracruz.

Aun era mucho más de lo que ellos creian. No podían contar con todo lo que les esperaba.

CAPITULO XXXII

Veracruz.—Recibimiento.—Las sospechas del duque se convierten en realidad.—La amargura de un padre.

Nuestros navegantes dieron vista á Veracruz á la salida del sol.

El navío hizo las señales que debía y pronto los fuertes de la plaza empezaron á saludar al duque, que tenía allí los mismos honores que el rey.

Todos dejaron sus cámaras y camarotes presentándose sobre cubierta para ver la ciudad.

A la vez se fué poco á poco cubriendo el muelle de curiosos y al saber quién era el personaje que llegaba, todos los botes del puerto se llenaron para ver si podían distinguir al padre de Flaviano que era á la vez el renombrado *invencible*.

Pero cuál no sería la sorpresa de todos al contemplar la galera pirata, terror de aquellos mares, que lle-

gaba prisionera con todos los piratas que la habían defendido.

Los aplausos se sucedían sin interrupción y los vivas al duque atronaban el espacio.

—Viene á reemplazar al héroe su hijo,—decían.

—Infeliz, ya habrá muerto, pero su padre le vengará.

—Bien venido sea.

—Es una familia de héroes.

—Nadie pudo con ninguno de ellos.

Felizmente para el duque no podía oir lo que decían de Flaviano y solo escuchaba lo que podía halagarle; los aplausos y vítores entre el estampido del cañón.

No tardaron mucho en aparecer con colgaduras todos los balcones de Veracruz.

El general llegaba de un modo contrario á como lo hicieron sus hijos. Estos huían de toda ovación y recibimiento fastuoso.

También fué llenándose la cubierta del navío de autoridades y jefes militares que iban á saludar al invicto caudillo; muchos de los últimos habían servido á sus órdenes y aún alguno.

El general les recibió en la cámara de popa; de pie y si bien agradecía las lisonjeras frases de que era objeto le auguraba mal el que ninguno ni militar ni paisano le dijese una sola palabra de su hijo Flaviano. El corazón del padre empezaba á latir con violencia.

Líbana estaba cogida á su mano y lo miraba ahora con sentimiento. La alegría de la joven al contemplar una población que jamás vió y oir la ovación que le

hacían al duque fué cambiando en pesar. Ella no sabía la causa, pero adivinaba que á su protector le ocurría algo grave.

Bien pronto la satisfacción de Osorio debía trocarse en amarga pena.

Por el pronto se contrajo á contestar á las felicitaciones que le hacían y aún cuando ardía en deseo de quedarse solo con el gobernador de Veracruz ocultó su impaciencia, cumpliendo con el mayor rigor todos los deberes que le imponía la educación y el alto puesto á que se hallaba elevado.

Por fin empezaron á ofrecerse y á despedirse todos menos el gobernador, que pensaba llevárselo á su palacio, y esperó hasta que todos se fueron para decírselo. Pero se adelantó el duque, exclamando:

—Gracias á Dios que nos han dejado solos, gobernador. Ante todo decidme: ¿cómo está mi hijo Flaviano? No me oculteis la verdad.

—Mi general, me pedís una noticia que siento ser el primero en participárosla.

—Hablad pronto, Izquierdo. ¿Ha muerto Flaviano?

—No, señor.

—¿Pero esta herido?

—Sí, señor.

—El Santo no se equivoca jamás. ¿Dónde se halla mi hijo?

—En la gruta de Cacahuamilpa.

—Contadme todo lo que sepais, con las menos frases posibles.

La noticia de hallarse Flaviano herido, había cau-

sado en el duque un efecto desastroso; su noble y fuerte corazón, palpitaba con violencia, su rostro estaba encendido y sus ojos inyectados de sangre.

—Tanto sacrificio,—se decía,—para venir á caer herido de muerte, ó poco menos en una gruta, como el más desdichado mortal. ¡Oh, cuánta sangre va a costar la herida de Flaviano!

Estas ideas cruzaron por la mente de Osorio, rápidas como el pensamiento, sangrientas como el más terrible sino.

El gobernador las interrumpió con las siguientes frases:

—Señor, vuestro hijo y el príncipe Julio, pero muy particularmente el primero, que es sin duda alguna, el primer general que se ha conocido, el primer héroe de la tierra, desembarcaron en este puerto, y de victoria en victoria, de triunfo en triunfo, cruzaron Nueva España, venciendo sin dificultad á todos los enemigos de España, á todos los contrarios de nuestra veneranda religión. No distinguían clase ni condición, premiaban al indio, al castellano, al grande y al pequeño, que les ayudaban á moralizar este pais, á imponer la justicia y la rectitud. Al llegar ellos, yo era un mísero capitán, sin presente ni porvenir, y no tardaron en nombrarme maestre de campo y gobernador de este importante distrito.

—Abreviad, Izquierdo, todo eso lo sabía ya.

—Los aztecas de Chiapas, de Tabasco, de Campeche y de Yucatán, estaban en sublevación; son cuatro estados grandes, dominados por los aztecas y la mayoría

de estos dieron al traste con la dominación española, con la religión católica, degollaron cuantas autoridades y sacerdotes pudieron, y sustituyendo los ídolos á la cruz del Redentor, se sublevaron y se hicieron dueños de todo el Sur de Nueva España. Pues bien, señor, vuestro hijo, al frente del ejército más disciplinado y más valiente del mundo, formado por él, é instruido por él, corrió á Chiapas, y luego á Tabasco venciendo en todas partes, sin derramar mucha sangre y sin bajas en sus filas. Su heroismo, valor, inteligencia y superior talento asombraron al mundo.

—Abreviad, gobernador.

—Su bondad, su mucha bondad, perdonó la vida al virey y á muchos traidores que, después de haber intentado asesinar á vuestro hijo de varios modos, quisieron envenenar á todo el ejército, creyeron que lo habían conseguido, y levantaron la bandera de la rebelión en la capital. Pero don Flaviano, que descubrió esa conspiración, como tantos otros, no estaba ya en Tabasco muerto como ellos creían, sino vivo y entre ellos. Con solo su paje y dos criados y sin darse á conocer á nadie, cruzó las doscientas leguas que separan á Méjico de Tabasco, y al dar la voz de rebelión los traidores, se hallaron frente á frente de nuestro adorado general, rodeado de cañones, y todos encerrados entre una muralla de hierro, de la que no se escapó ninguno. Perecieron los principales en la corta pelea que hubo; y prisioneros los demás, quedaron inútiles para volver á sublevarse. Entonces don Flaviano, sin escolta y con solos su paje y los dos criados que le

habían seguido desde Tabasco, regresaban tranquilamente al campamento y ciudad de Tabasco, cuando una orda de salvajes antropófagos, tendieron á los cuatro una emboscada y les dispararon infinitas flechas, matando á los dos criados é hiriendo á vuestro hijo.

—¡Qué horror! ¡Unos salvajes! Continuad.

—Felizmente, quedó ileso el valiente paje, que ama á su señor tanto como vos. espantó á los salvajes á tiros con sus pistolas, mató á varios y aprovechándose del pánico de los antropófagos, en su caballo que había quedado ileso, corrió llevando á su querido general fuera del alcance de los salvajes. Lo más cerca era la gruta de Cacahuamilpa, y en ella se ocultó con él, dando principio á la curación de su herida. El paje, sólo aún, vengó el atentado de los salvajes, pegando fuego al aduar donde dormían, y perecieron todos. Algo aliviado su señor, corrió al pueblo de Cuernavaca, allí tiene parientes, y desde ese momento, tuvo el ilustre enfermo cama blanda, médico y cuanto necesitó, inclusa una fuerza armada, que tiene tomados los montes que rodean la gruta. No hay más, mi general.

—La última noticia que habeis recibido, ¿qué dice de mi hijo?

—Que seguía lo mismo.

—¿Opina bien el médico?

—Creo que sí.

—¿Cuántas leguas hay de aquí á esa gruta?

—Por el camino más corto, ochenta y una.

—¿Y de la misma á Méjico?

—De diez á quince. De esto no estoy seguro.

—¿Nada más ocurre, gobernador?

—Nada más, señor.

—¿Dónde se hallan el príncipe, el marqués de Abella y los maestres?

—En Tabasco, al frente del ejército.

—Cuando Julio no ha corrido al lado de su hermano, mi hijo no debe estar grave.

—Eso creo yo, señor.

—De todos modos, quiero verlo lo antes posible. Compradme hoy sesenta y dos caballos de la mejor sangre.

—Para antes de la noche los tendreis.

—Mi mayordomo os entregará cuanto le pidais. Necesito, además, seis ú ocho mulas que anden bien para trasportar los equipajes.

— Serán excelentes.

—Decid; hay en Veracruz un colegio en que puedan educar bien á esta pobre niña que llega medio salvaje?

—¿Qué idioma habla?

—El azteca algo corrompido.

—Sí, señor; lo hay muy bueno.

—¿Por quién está dirigido?

—Es un convento y la abadesa la directora.

—Después la llevaremos á el. Quedará á vuestro cuidado, la prohijé, es rica y le dareis cuanto os pida, cuanto necesite; quiero que la eduquen como si fuera mi propia hija sin que le falte nada.

—Será también hija mía.

—Eso deseo.

—¿Cuando pensais desembarcar?

—Tengo botes para todos los individuos de mi escolta.

—Diez esperan, señor, una carroza en el muelle y mi palacio.

—Daré algunas órdenes y seguidamente partiremos. Decidme, ¿teneis alguna noticia del príncipe de Italia?

—¿De vuestro hermano?

—Sí.

—No, señor.

—¿Han desembarcado religiosos estos días?

—Sí, señor; me dieron parte de que anteayer llegaron en una hermosa galera de guerra dos trinitarios.

—¿Anteayer, decís?

—Sí, señor.

—Mucho me han adelantado. Continuad.

—Desembarcaron, pero nadie sabe donde fueron ni quisieron hablar con persona alguna de Méjico.

—¿Qué edad tendrían?

—Los dos ancianos.

—¿Nada habeis vuelto á saber de ellos?

—Nada.

—¿Dónde está la galera?

—En el extremo del puente.

—¿Hablásteis con su capitán?

—Sí, señor.

—¿Qué os dijo de los religiosos?

—Que venían á llenar una misión santa y que él respondía de ellos.

—¿Nada más podeis decirme de esos santos varones?

—No, señor.

Seguidamente mandó llamar al comandante del navío, al cual dijo:

—Negrete, voy á desembarcar y puesto que el navío viene á mi disposición, os mando que ancleis en este puerto y espereis en él mis órdenes.

—Asi lo haré, señor.

—Dejo depositadas en él las ciento veinticinco arrobas de oro de Líbana y mías y las piedras preciosas que pertenecen solo á ella. Haceos cargo de las unas y de las otras y dejadlas á mi disposición. Si los azares de la guerra me llevaran al sepulcro, entregais la fortuna de Líbana al gobernador que está presente, el cual ha prohijado también á esta niña y le dará la aplicación que un padre da á los intereses de sus hijos. Mis cien arrobas de oro serán entonces para mis legítimos herederos. La galera apresada es para el rey, el botin cogido á los piratas para las arcas reales de Méjico. Ni yo ni ninguno de vosotros podemos aceptar ese producto del robo y del asesinato. Si los herederos de algunas víctimas reclamasen algo, lo entregais en cuanto justifique su derecho. Esto último lo haceis de acuerdo con el gobernador. Que lleven al arsenal el navío y la galera y los dejen lo mejor posible. Dotad la galera con la mejor gente que halleis en tripulación y soldados; gastad en ella cuanto sea necesario y dejadla también á mi disposición. ¿Cómo están los heridos?

—Muy bien, señor, los dos únicos que pertenecen á

vuestra escolta se han levantado hoy y quieren desembarcar con vos.

—¿Le habeis preguntado al facultativo si puede ser?

—Sí, señor.

—¿Y qué dice?

—Que son de hierro y pueden ir donde quiera.

—Formad toda la fuerza y dotación que ahora subo á despedirme de todos.

Salió el comandante y volviéndose el duque hacia Líbana, que tenía al lado y no soltaba su mano, le dijo:

—¡Pobre hija mía, tengo que abandonarte!

—¿Dónde vas, señor, que yo no pueda ir?

—A ver á mi hijo que está herido, y luego probablemente á la guerra. Salgo á caballo y correré cuanto pueda. Tu no puedes hacer esas marchas.

—Me quedaré donde vos mandeis y allí os esperaré, —dijo la india dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

—Te vamos á llevar á un convento en el que solo hay mujeres; en él te enseñarán á hablar como yo, te educarán bien y nada te faltará. El señor gobernador que hoy te ha prohijado también, irá á verte amenudo y te dará cuanto le pidas, cuanto quieras.

—Solo deseo aprender mucho, para que me saqueis de allí y me lleveis á vuestro lado.

—Lo haré en cuanto pueda, hija mía.

—¿Y no volveremos á separarnos?

—Jamás.

Un cuarto de hora después subió á la cubierta el duque en medio del gobernador y de Líbana que no soltaba su mano.

Pronunció un discurso breve, elocuente y dió un adiós á todo el personal del navío.

Se oyeron cien vivas que vinieron á interrumpir las descargas de los arcabuces y el fuego de los cañones de dos navíos y de dos galeras que eran los cuatro buques de guerra que había en el puerto.

El duque, Líbana, el gobernador y la escolta saltaron á los diez botes que tenían dispuestos y no tardaron en llegar al muelle.

La plaza les recibió con nuevas salvas de cañón. La tropa estaba tendida en la carrera y esta en los balcones atestados de gente.

El duque, el gobernador Líbana, y Onteria subieron á una carroza y en vez de seguir al palacio se dirigieron al convento de madres agustinas.

La carrera tenía millares de hojas de flores y de los balcones caían ramas á c.entos.

De este modo y entre aplausos y vitores llegaron al convento en el cual entraron.

Osorio hizo entrega de Líbana, pronunciando las siguientes frases:

—Superiora os entrego un ángel; no lo hay más puro ni más inocente en Méjico; sino me la devolveis lo mismo, costará la vida al que manche la honra de mi hija. Instruidla bien, empezando por el idioma, cuanto pidais se os dará, pero hay del que la obligue á exhalar un solo suspiro.

La abadesa le dió toda clase de seguridades y el duque se despidió de ella, diciendo á Líbana.

—Hija mía, si Dios dispone que Flaviano cure pronto no tardaré en volverte á estrechar. Abrázame y que la Providencia vele por tí.

A estas frases siguió una escena conmovedora, Líbana le echó los brazos al cuello y entre amargo llanto y tristes lamentos comenzó á besarlo en la cara, en la frente, en los ojos y en las manos.

Lo mismo hizo el duque con ella conmovido y bastante afectado.

Todos los presentes se sintieron también conmovidos, aquella virgen no era una india salvaje, era una joven de mucho corazón y de elevado espíritu.

Por fin Oserio se separó de ella. Líbana le miró por última vez y cayó sobre el pecho de la abadesa exclamando:

—¡Padre mío!

Había perdido la razón.

—Cerramos, señores,—dijo el duque tomando la escalera,—solo me faltaba esto.

Entró en la carroza y sepultado en uno de los rincones ni veía ni escuchaba las demostraciones y vítores de que era objeto.

Subió al palacio y ya en el estrado se dejó caer en un sillón, triste, abatido y lleno de angustia su afligido corazón.

Nadie se atrevió á interrumpir sus melancólicas reflexiones.

Al poco tiempo entró Zalla diciendo á Ontoria y al gobernador.

—Dejadme sólo con él.

—Sí,—dijo Ontoria al gobernador,—es el único que logra distraerle.

Y los dos se retiraron.

CAPITULO XXXIII

Diálogo interesante.—Las revelaciones del gobernador de Veracruz.—La situación empeora.—Los preparativos de marcha.—Una carta misteriosa.

En cuanto Zalla se quedó solo con el duque, le cogió una mano y comenzó á besársela.

Osorio le miró, diciéndole:

—¡Ah, Ricardo que desgraciados somos!

—Mucho, señor pero no es razón esa para que hombres como nosotros nos dejemos dominar por el dolor y la pena.

—¿Pues qué hemos de hacer, Zalla?

—Sobreponernos á la desgracia, demostrar al destino que no hay nada en el mundo que pueda con nosotros y ser fuertes, muy fuertes, como lo somos en el campo de batalla, lo mismo en la felicidad que en la mayor desgracia.

—Continúa: tus frases me interesan.

—Han herido á Flaviano, ya lo sé, su herida la ten-

go yo en mi alma como vos, pero no ha muerto, no sabemos haya muerto y si ha de vivir no debemos entristecernos, y si ha de morir en vez de gastar nuestras fuerzas en el abatimiento y la tortura debemos emplearlas en vengarlo.

—Eso es, en vengarlo.

—En no dejar con vida uno de sus enemigos.

—Sí, que corra la sangre humana hasta formar un arroyo.

—¡Si él nos oyera!

—El vale más que nosotros.

—Por eso le vengaremos como él merece. Pero no pensemos en su muerte sino en su vida. ¿No vive aun? Pues solo hablemos de su vida. El hecho de no haberse reunido don Julio con él, es una buena señal.

—Acaso no lo sepa, Ricardo.

—Esperemos, señor, y á la vez corramos á la gruta en que se halla. Tengamos calma con el pensamiento, con la materia una celeridad vertiginosa.

—Tienes razón, esperemos con la idea y volemos con la materia. ¿Han traido los equipajes?

—Están llegando ahora.

—En cuanto nos entreguen los caballos que los ensillen y partiremos.

—Sí, señor.

—Llevaremos un guía para ir por el camino más corto. Encargádselo al gobernador.

—Lo haré.

—También ha venido á darme tormento la despedida de esa cariñosa india.

—Qué hermosa es señor.

—Ricardo, no me he fijado en la belleza de su rostro, te puedo asegurar que solo conozco bien la de su alma.

—Es un ángel, señor.

—Es digna de su hermano. La misericordia infinita de Dios depositó entre aquel lodazal de salvajes esos dos admirables brillantes. No he conocido nada más puro, más inocente y más distante del vicio y de la corrupción. Honrado me creía cuando sentía el contacto de sus angelicales dedos que se enroscaban entre los míos. Pero cómo nos olvidamos de Flaviano; ¡hijo mío, cuanto se hallará sufriendo!

—Señor, es más fuerte aún que nosotros.

—Pero sus dolores no serán máa débiles que los nuestros.

—Mi general, no volvamos al mismo tema.

—Si no es posible otra cosa.

—¿Qué sabeis, señor, del príncipe de Italia?

—Llegó y nada más sé.

—Pues él no estará quieto.

—No, que ama á mi hijo tanto ó más que al suyo,

—Su silencio es un buen presagio.

—Acaso.

—¿No quereis conocer la primera población que hallamos en la India?

—No, pasea tú si quieres.

—Yo no vuelvo á separarme de vuestro lado hasta que os deje.

—¿Cuando me vas á dejar, Ricardo?

—En cuanto vea á mi amado maestro y protector don Flaviano.

—¿Y si yo necesito de tí?

—Me quedaré con él. Antes de hallarlo os pertenezco por completo, después á él solo.

—Lo apruebo.

—Qué recibimiento os han hecho en esta ciudad, señor.

—¿Qué me importa á mí eso? Solo me interesa la vida de Flaviano.

—Y la de Líbana, y la de don Julio y hasta la mía.

—Vosotros no estais heridos.

—Podemos no obstante perecer antes que el héroe.

Los dos continuaron hablando cuatro horas más.

La población de Veracruz seguía entusiasmada con la llegada del duque y le era tanto más interesante la presencia de aquel gigante general, cuanto que juzgaban muerto á su hijo y que el padre venía á reemplazarle por ser el único que podía hacerlo.

Sentían por el renombrado caudillo una mezcla de admiración, pena y sentimiento difícil de expresar.

Todos los balcones seguían colgados, todos los alrededores cubiertos de hojas de flores y los labios de todos los indios y españoles de Veracruz comentando las glorias del *Invencible* general.

Cuán distante se hallaba él de apreciar el gran efecto que su presencia había causado en la ciudad. Comprendía que el gobernador había ocultado mucho, en lo relativo á su hijo, y las frases de Zalla, cariñoso é inteligente, no eran otra cosa que un paliativo á sus

muchas penas. Y aún cuando lo disimulaba, su alma inquieta y agitada no por eso cesaba un solo momento su amargura.

—¡Aquel hijo,—se decía,—tan noble, tan caballero, tan inteligente, tan casto, tan incomparable, tendido sobre un mal colchón y cubierto de heridas en una gruta, en la morada de las fieras y de los reptiles! Dios mio ¿por qué tanta iniquidad con ese pedazo de mi corazón; con ese héroe que jamás os pudo ofender? ¡El que con todos podía, el que venció al monarca más poderoso de la tierra, herido y rodando por el suelo á manos de unos salvajes, de unos antropófagos! ¡Ah, señor, vuestros juicios son incomprensibles; la inteligencia más clara se pierde en esa bóbeda del infinito donde se mueve vuestra sabiduría, donde desplegais vuestro incomparable poder. ¡Misericordia, señor, para mi hijo Flaviano!

Esa era la constante meditación del duque, esas sus ideas fijas, inmutables.

Llegó la hora de comer y el gobernador no regresaba.

Se presentó media hora después, estaban esperando dos emisarios y permaneció una hora encerrado con ellos.

Vió luego al duque diciéndole:

—Perdonad, señor, si os he hecho esperar. Compré los sesenta y dos caballos y he querido reconocerlos uno por uno. Dos asuntos del servicio, de que os hablaré después, me ocuparon...

—No os disculpeis, Izquierdo, yo no tengo prisa

por comer. Mi deseo es únicamente partir. ¿Cuándo podré hacerlo?

—Pronto, señor, de eso hablaremos mas tarde. Si á bien lo teneis, comamos primero.

—Sea.

Y se sentaron á la mesa

A excepción de Libana y del cambio de comandante del navío San Juan por el gobernador de Veracruz, eran los mismos que se sentaban en la mesa del duque no obstante lo cual, ninguno hablaba ni sonreía.

El gobernador había vuelto cabizbajo y ensimismado, los otros todos sabían ya lo que al héroe le acontecía, estaban ya por esta causa pesarosos y el duque ni tenía gana de comer ni de hablar. En tal estado no interrumpía el silencio que reinaba otro ruido que el producido por el choque de los platos y de los cubiertos; en los restantes individuos de la escolta del duque sucedía poco más ó menos lo mismo; nadie hablaba ni reía. Sus rostros tristes y angustiados no ofrecían motivo alguno á la expansión y regocijo de los que no tienen penas.

Concluyó el duque de comer y acto continuo invitó al gobernador á una entrevista secreta.

Aquel lo deseaba y no tardaron en hallarse solos en una de las habitaciones del interior.

El duque rompió el silencio, diciendo á Izquierdo:

—¿Por qué me deteneis más tiempo sabiendo lo afligido que me hallo?

—No ha debido extrañaros.

—¿Murió mi hijo?

—No señor, pero he recibido, cuando regresaba de comprar los caballos, dos emisarios con noticias tan graves que ya no puedo ocultaros nada.

—Nada, eso deseo.

—Uno de los dos emisarios, que viene de Tabasco, me participa que el príncipe ha sabido la desgracia dé don Flaviano y corre ya para la gruta en que aquél está. Quedaron al frente del ejército los maestres Mendoza, Fajardo y Almeida, pero han dado al traste con las órdenes que les dió don Julio y siguen á éste en dirección de la gruta. Ha quedado el ejército en completo abandono.

—¿No es más que eso?

—Hay más; pero empiezo por eso para que como generalísimo dicteis las medidas que juzgueis oportunas. El ejército se halla en campaña y el hecho de abandonarlo todos sus jefes...

—Pero Izquierdo, si vos y yo hubiéramos hecho lo mismo ¿á qué ocuparnos de lo que yo encuentro justificado?

—Hay otra cosa más grave aún.

—Decidla pronto.

—Han abandonado la capital todas las primeras autoridades y queda la gran población á merced...

—Del demonio, ¿qué me importa á mí eso? ¿No hay otra cosa?

—Sí, señor; lo más grave de todo.

—Hablad.

—¿Teneis conocimiento del paje que sigue y defiende al héroe?

—Sí, Luis.

—Es hijo del corregidor Oaxacay.

—¿Bien y qué?

—Que el padre y los hermanos han marchado también á la gruta.

—Muy bien hecho.

—Señor, á lo que antes era cacicazgo, que hoy es una gran ciudad fué mandando vuestro hijo todos los caciques y revolucionarios influyentes para que estuviesen bajo la vigilancia de Oaxacay.

—Muy bien hecho.

—Corrió la voz entre los prisioneros de que habían herido mortalmente al héroe, conspiraron y la noche anterior; valiéndose de la ausencia del corregidor y jefe de todas las fuerzas han asesinado á los centinelas, al que se había hecho cargo del poder y han huido todos.

—Era natural.

—¿Cómo natural, señor?

—Tan natural como que se escape un pájaro cuando le dejan la puerta de la jaula abierta.

—¿Y las consecuencias?

—¿Qué me importan á mí?

—¿No?

—Nada; si mi hijo muere, yo los cazaré á todos y por Cristo que han de librar peor. Flaviano está educado por el Santo y es demasiado bondadoso y humano; y si mi hijo vive, como los cogió una vez los cogerá ciento. ¿Creeis por ventura que no hay ya quien defienda los intereses de España, la religión y la mora-

lidad? ¿Por qué me juzgais caduco, gobernador? No es tanto.

—Señor; yo os creo todavía el primer hombre del mundo, después de vuestro hijo, pero ese abandono en que está el imperio...

—¿Qué importa?—se reconquista de nuevo.

—Sea, en vos todo es posible. Pero oid, señor, la última noticia.

—¿Es como las anteriores?

—Juzgadla vos. Todos esos caciques, todos esos malvados que huyeron anoche, ¿sabeis dónde van perfectamente armados?

—No, hablad.

—A la gruta de Cacahuamilpa, á dar fin de vuestro hijo, del príncipe, de las autoridades de Méjico, de los jefes del ejército...

—¡Ira de Dios y me dais esa noticia la última!

El duque saltó del sillón para pronunciar las anteriores frases y tomó una actitud que impuso al gobernador y hubiera impuesto al hombre más arrogante.

Calló, se fué poco á poco serenando y volviendo á sentarse preguntó con calma al gobernador:

—¿Son muchos esos hombres?

—Cerca de quinientos.

—Pocos son.

—Son valientes.

—Sí, como los que hirieron á mi hijo. ¿Cuantas leguas andarán por día?

—De ocho á diez.

—¿Que distancia está Oaxacay de la gruta?

—Noventa leguas.

—¿A qué hora salieron anoche?

—A la madrugada.

—Entonces no hay prisa; tenemos tiempo de sobra.

—¿Para qué?

—Para alcanzarlos y no dejar uno vivo.

—¡Sesenta y uno!

—No, sesenta y dos y el guía que me deis.

—¡Qué hombre, santo cielo!

—¿Pues como creíais que fueron los *Invencibles*?

—De esa misma madera: de palo de hierro, que mata y no se encorva, ni aun por los años.

—Ahora me conoceis.

—¿Qué hago, señor? Os puedo dar los quinientos hombres que tengo á mis órdenes.

—¿Para qué?

—Para que no quede uno sólo de esos revolucionarios.

—Tengo yo más gente que esa en el San Juan Bautista, pero ni la una ni la otra me hace falta; me ha de sobrar con mi escolta.

—No exponer vuestra vida, señor.

—Izquierdo, traigo poca gente; bien comprendeis que para el generalísimo español no es una escolta digna por su exiguo número, pero es tal su calidad que puedo pasar con ella por medio de un ejército entero.

—No lo dudo, señor, á excepción de ese joven capitán que tanto quereis, todos son aguerridos y dicen sus rostros de lo que son capaces.

—¡Ese joven! Como valor, inteligencia y arte es el

primero de todos. Se bate á mi lado y no se queda atrás nunca.

—¿No se llama Zalla?

—Sí.

—¿Es hijo de aquellos?

—No digais disparates; lo es únicamente del maestre Alvaro, que fué mi protegido.

—¡Buena sangre!

—Ha mejorado en él.

—Entonces todo es natural.

—Eso barbilampiño es discípulo y protegido de mi hijo.

—Basta, señor, comprendo lo que será.

—Os lo digo porque es hombre de cuidado y debeis tener esto muy en cuenta.

—Vamos á lo importante, señor. Veamos si merece vuestra aprobación el plan que he concebido.

—Exponedlo.

—Irá delante de nosotros una descubierta de diez hombres, conocedores del terreno. Y cerca de vos dos guías que, de acuerdo con los de la descubierta os llevarán por buen camino, evitando á la vez toda sorpresa. Eso es todo.

—Bastaba con un solo guía, pero si teneis empeño sean los doce. ¿Qué más?

—Eso solo. ¿Cuándo quereis partir?

—Al amanecer.

—Queda todo á mi cuidado y si preferís salir por las calles de Veracruz á pie ó en la carroza que teneis dispuesta podeis hacerlo.

—No, saldré después de montar á caballo mañana.

—¿Podreis prescindir de mí?

—Sí, que entren Ontoria y los capitanes.

El duque les dió algunas órdenes, habló después con ellos hasta la hora de cenar, que vino el gobernador y se sentaron á la mesa.

La cena estuvo más animada que la comida.

A las diez de la noche se retiraba el duque á descansar cuando se le acercó López y con misterio y recato le dijo:

—Señor, ahí ha estado el lego.

—¿El lego de mi hermano?

—Sí, señor. Me dejó esta carta y desapareció sin darme lugar á que le hiciera una sola pregunta.

—Trae y déjame solo.

El duque leyó:

«Flaviano: pasado mañana romperás una muralla de hombres que te impiden ver á nuestro hijo Flaviano. Llevan un fin siniestro y sucumbirán. Hermano, ten piedad de los hijos de Dios.

»Tu hermano que te ama,

Julio.»

El duque sonrió por primera vez desde que llegó á Veracruz y se metió en el lecho.

CAPITULO XXXIV

El duque del Imperio vuelve á sus mejores tiempos.—Despedida —Primero al campo, después al monte y luego al combate.

Un poco antes de amanecer despertaron al duque y comenzaron á vestirlo.

Le fueron poniendo una cota de malla que empezaba en los pies para acabar en la cintura. Luego una coraza y espaldar ligeros, un casco también ligero, manoplas con chapas y un tabardo que lo cubría casi todo.

La cota era de plata, la coraza, espaldar, casco y chapas de oro.

En el ligero casco había una pluma negra.

Todos iban lo mismo que él con la diferencia de que el maestre y oficiales lo que en el duque era oro en ellos era acero y en criados y soldados, baqueta.

El duque llevaba, además, dos pistolas al cinto y dos pares más en el arzón.

Al amanecer entró el gobernador diciéndole:

—Señor, salieron los diez de la descubierta. Llevan un excelente itinerario del cual tienen una copia cada uno los dos guías que van agregados á vuestra escolta.

—Gracias por todo, gobernador. ¿Podemos montar?

—Sí, señor.

Sonó la voz de: ¡á caballo!

Y todos fueron montando en el zaguán.

El duque estrechó la mano de Izquierdo, volvió á recomendarle la india que quedaba en el convento y salió al trote, seguido de los sesenta y uno que componían su escolta y los dos guías que iban detrás de él.

Ontoria y Zalla lo cogieron en medio.

Salían con el primer crepúsculo matutino.

Anduvieron un poco más de media hora, siempre trotando.

En este instante salía el sol anunciando un día claro y sereno.

—Guías,—gritó el duque,—id delante.

Aquellos le obedecieron notando Osorio que eran dos indios de buen aspecto, perfectamente armados y con trazas de arrostrar todos los peligros.

Más adelante picó el duque hasta colocarse entre los dos guías.

—¿Se ve,—les preguntó,—desde el camino que llevamos el palacio que mandó construir el maestre que murió ajusticiado en Veracruz?

—Sí, señor, creo que se llamaba Pantoja y fué gobernador.

—Enseñádmelo cuando se pueda ver.

—Muy bien, excelencia.

—¿Qué delantera lleva la descubierta?

—Más de una hora, señor, pero se adelantarán ó se retrasarán, según las noticias que adquieran de los rebeldes escapados de Oaxacay.

—¿Seguiremos mucho tiempo por esta carretera?

—También depende, señor, del camino que hayan tomado los rebeldes.

—¿Qué hombres llevamos de descubierta?

—Diez.

—No es eso. Qué clase de hombres son.

—Los doce, señor, somos de Oaxacay.

—Entonces habreis conocido á mi hijo Flaviano.

—Nos hemos batido á sus órdenes en el cacicazgo de Balaco.

—¿Cuántas bajas tuvísteis?

—Ninguna.

—¿Y el enemigo?

—Los que no murieron quedaron prisioneros. Con aquel general no hay bajas, señor.

—¿Estais contentos con el corregidor de Oaxacay?

—Nosotros sus vasallos vemos en él un padre.

—Conoceis bien á su hija Luisa.

—Mucho, señor.

—Hablame de ella.

—Es la india más hermosa que ha nacido.

—¿Bien formada?

—Con cintura de mimbre.

—Creo que es valiente.

—Más que todos juntos.

—¿Buena?

—Como un ángel.

—¿Fuerte?

—Como el brillante.

—¿Ama á su padre?

—Sí.

—Lo decis de un modo.

—Lo ama mucho, cuanto merece un buen padre, pero ama más á otro hombre.

—Es natural, á su esposo.

—No, señor, es soltera.

—A su novio.

—No le tiene.

—A su amante.

—Tampoco lo tiene, es más pura que el agua cristalina.

—Qué retrato más extraño me haceis de ella.

—Es exacto, señor.

—Está en Oaxacay.

—No, señor.

—¿Dónde se halla?

—No puedo decirlo.

—¿La quereis mucho?

—La amamos todos los leales, la odian y maldicen todos los traidores.

—La vería de buen grado.

—Nada le será á vuecencia más fácil.

—¿De qué modo?

—Andando por el mundo.

—¿No hay otro medio?

—No, señor.

—Cómo la reconoceré.

—Por el brillo de sus ojos, por su perfecta hermosura y porque al reconoceros os besará la mano.

—¿Cómo sabeis eso último?

—Lo adivinamos, señor. Ved el palacio, excelencia, á la izquierda lo teneis.

El duque se detuvo, exclamando para sí:

—Aquí vivió mi hijo; aquí adiestró un pequeño ejército, aquí estaba y desde aquí empezó su carrera gloriosa. Yo te saludo, venerable depósito un día de lo que tanto vale.

Y volvió á clavar las estrellas de oro en los hijares de su caballo.

Sin descanso alguno prosiguieron hasta las doce que entraron en un pueblo pequeño y se detuvieron á descansar, comer y dar dos piensos á los caballos. Llevaban andadas ocho leguas.

Triste espectáculo se presentó á su vista al entrar en aquella población. Los rebeldes durmieron en ella la noche anterior y robaron cuanto tenían los vecinos en dinero ó de algún valor. No respetaron mujer alguna, y al esposo ó padre que se opuso á semejante barbaridad lo asesinaron.

Entraron en la iglesia, destrozando todas las imágenes que había en los altares, y no hay hecho vandálico que ellos no consumaran.

La descubierta, sin embargo, les tenía á todos dispuesto el almuerzo y dos piensos para cada caballo.

Cuando el duque se sentó á comer mandó llamar á

la autoridad y á doce ancianos de aquella población.

Ya delante de él les dijo:

—Soy el duque del Imperio, padre del general Flaviano, y he sabido con horror lo que han hecho los rebeldes con vosotros. Id á casa del cura, tasad aproximadamente el importe de lo que os han robado y volved aquí con ese sacerdote. No tardeis.

A las dos horas regresaron los mismos con el cura diciéndole:

—Señor duque, llega á mil ducados lo tasado aproximadamente. Es mucha cantidad...

—No prosigais, para mí es muy poca. ¿Está comprendido el valor de las imágenes rotas?

—Sí, señor, todo, todo.

—Zulla, que te dé mi mayordomo esa cantidad y entrégasela á estos desgraciados en nombre de mi hijo Flaviano.

Un cuarto de hora después recibieron en oro los mil ducados.

—Yo,—dijo el duque,—no os puedo devolver la honra que os quitaron esos miserables, pobres padres y esposos, pero os juro que hemos de matar uno por lo menos, á cuenta de cada mujer deshonrada. De eso estad seguros.

—Tan noble y valiente como su hijo,—exclamaron, dando principio á una ovación que duró hasta que los vecinos los perdieron de vista.

—¿Guías, suponeis como yo que en todas partes irán haciendo los rebeldes lo mismo?

—Téngalo vuecencia por seguro, señor.

—En ese caso es necesario correr para alcanzarlos lo antes posible.

—Sería contrario á lo que han acordado los de la descubierta y es posible que no nos diera tan buen resultado.

—¿Qué acuerdo es ese?

—Mañana á la caida de la tarde irán ya rendidos y en los llanos de la Cruz los cogeremos á todos. Antes y después hay mucho monte y no podrá maniobrar la caballería como en ese llano.

—Me has convencido; seguid al paso que hayais convenido con la descubierta.

—Es lo mejor, señor.

Y continuaron dejando á la derecha la carretera y entrando en sitio algo escabroso y por el cual sólo podían ir dos caballos en ala.

Al anochecer se detuvieron en una población grande y de buen aspecto.

Allí encontraron dispuestos, por la descubierta, cena excelente, camas para todos y lo necesario para dar tres ó cuatro piensos á los caballos.

Cenaron, y cuando ya se iban á retirar á sus habitaciones se presentó el alcalde diciendo al duque:

—Señor, tengo mucho gusto en saludar á vuecencia como un gran general y como padre del hombre que más vale en el mundo.

—¿Sois la autoridad de esta población?

—Sí, señor.

—¿No han entrado aquí los rebeldes?

—No, señor.

—¿Por qué motivo; lo sabeis?

—Sí, señor; se aproximaron, pero les hicimos una descarga de arcabuces y huyeron despavoridos.

—¿Son muchos?

—No, señor, y casi todos son jefes.

—¿De qué fuerza disponeis?

—Cien arcabuceros y descientas picas y lanzas,—añadió el alcalde.

—Cobardes. ¿En qué situación van?

—Completamente desmoralizados.

—¿Hacia dónde van?

—Primero á la gruta de Cacahuamilpa y luego á Tabasco.

—¿Qué hacen por el camino?

—Roban y arrastran á los aztecas idólatras.

—¿Quién os lo ha referido?

—Nuestros arcabuceros hirieron á once, sus compañeros los dejaron y nosotros los hemos recogido.

—¿Qué vais á hacer con ellos?

—El pueblo quiso matarlos, yo me opuse, y cuando estén curados pienso mandarlos á Oaxacay.

—Muy bien; hacedlo así. Decid, alcalde, ¿para los idólatras que arrastran llevan armas?

—No, señcr, piensan armarlos á todos en otras poblaciones.

—Gracias por vuestras noticias.

—¿Cuándo les dareis alcance, señor?

—Mañana.

—Son muchos más que vosotros.

—No importa; si no huyen morirán todos.

Poco después todos se acostaron para descansar de las fatigas del día.

Habían andado doce leguas sin cambiar de caballos no era posible andar más sin exponerse á grandes riesgos.

Al ser de día despertaron y no pasó media hora sin estar á caballo y trotando otra vez en dirección de la gruta.

Según marchaban, el duque les iba dando instrucciones para el ataque que debía tener lugar aquella tarde. Era el mismo día que le había anunciado el Santo.

A las siete leguas de camino se detuvieron para comer, dar pienso á los caballos y descansar tres horas.

Al concluir, se presentaron al duque dos individuos de la descubierta.

—Señor,—le dijo uno de ellos,—los rebeldes solo nos adelantan dos leguas, van fatigados y podremos alcanzarlos á media tarde.

—Muy bien. ¿Qué deseas?

—Enterar á V. E. del terreno y plan de combate.

—Habla.

—El terreno es una llanura que tiene más del una legua y nosotros creemos que, dando una pequeña vuelta se les puede atacar de frente.

—Me parece bien.

—Después de batirse, porque se batirán, es lo probable que se presenten en retirada y como los caballos corren más que los hombres, entonces será llegado el momento de matarlos á todos.

—¿Por la espalda?

—Como se pueda, son idólatras, traidores y perjuros.

—El duque del Imperio ni mata ni consiente que se mate por la espalda.

—En ese caso van á perecer pocos.

—¿No creeis que hagan poca resistencia?

—Lo intentarán, y no dejarán de hacer alguna, pero han arrastrado más de mil aztecas como ellos van casi todos indefensos y la dispersión de éstos que será pronta precipitará á los restantes.

—Eso es lógico, pero yo no mato á nadie que no me hace frente, á nadie que huye.

—Como el hijo.

—Tenemos la misma sangre.

—Sea como V. E. disponga.

—Lo de dar un corto rodeo y atacar de frente lo apruebo con entusiasmo, pero lo de castigar al que se entrega ó huye nunca lo haré.

—En ese caso, mi compañero partirá ahora mismo á dar cuenta al jefe de la descubierta de que habeis aceptado su plan y yo seguiré con V. E. para llevarlo al sitio elegido.

—Muy bien.

El de la descubierta salió á escape, y el duque, el que se había quedado y los restantes partieron poco después aligerando el paso para llegar mucho antes que los rebeldes al paraje convenido y por sitios en que éstos no pudieran verlos.

A las dos horas de camino dijo al duque el de la descubierta:

—Señor, pasamos á un cuarto de legua de los rebeldes y no tardaremos en dejarlos atrás. Concluído este bosque empieza el llano elegido.

—Silencio ahora,—mandó el duque, y todos callaron.

Media hora después entraron en el llano, corrieron por él media legua, ocultándose detrás de una colina única que se veía por allí.

—Pie á tierra,—exclamó Osorio,—y que descansen los caballos.

Todos obedecieron siendo él el primero que lo hizo.

Después los llamó en derredor suyo, diciéndoles:

—No ofendais á ninguno que esté indefenso, cargad sobre los armados y en particular sobre los jefes que podais distinguir por los trajes.

Estos guías os explicarán cómo van vestidos los unos y los otros.

Aquellos lo hicieron así, y el duque añadió:

—Formaremos una perfecta herradura, yendo en medio de ella Ontoria, Zalla y yo. Los dos guías y la descubierta que formen detrás de nosotros como reserva, toda vez que sus carnes van indefensas.

La herradura, debe cogerlos en medio y hasta encerrar á los que estén armados para que no puedan huir. Esto último se hará después que hayan huido los que vienen indefensos.

Oyeron la carrera de caballos.

Eran los de la descubierta.

CAPÍTULO XXXVI

Una batalla á lo *Invencible*.—Una derrota á lo cobarde.—aun Y huida á lo azteca.—El campo de batalla.—Todo ha concluído como lo pedía el deseo.

El jefe de la descubierta se acercó al duque, diciéndole:

—Señor, los rebeldes llegarán antes de un cuarto de hora.

—Lo deseo.

—Entre armados y desarmados vienen más de mil.

—Nosotros jamás contamos el número de nuestros enemigos cuando los tenemos en frente.

—Arrastraron muchos desde Oaxacay hasta aquí.

—Peor para ellos.

—Perfectamente, señor, si fué una honra grande para nosotros seguir al héroe, ó sea al hijo, un día no lejano, igual es la de seguir hoy al *Invencible*, al padre.

—Gracias, pero os mando que formeis á retaguardia. No dudo de vuestro valor, pero vuestras carnes vienen

indefensas, mientras que nosotros estamos forrados de metal.

—Como V. E. mande; decididos estamos á vencer ó morir.

—Deseo lo que os he dicho; á vosotros es muy fácil heriros, á nosotros muy difícil.

—Muy bien, señor.

—Puesto que todos hemos echado pie á tierra, que suba uno á la colina y avise en cuanto les vea llegar. Que sea de los vuestros para que llame menos la atención de esos malvados.

—Yo lo haré.

Diez minutos después, se bajó el de la colina, didiendo:

—Señor, ya están á la vista. Tardarán en llegar cinco minutos.

—A caballo,—exclamó el duque.—Dais vivas al rey, al general Osorio y mueras á los rebeldes. Fuera de la colina,—gritó.—La herradura. Al centro las corazas de acero, á los extremos las de vaqueta. Los de la descubierta y guías á la espalda. Carguen.

Y salieron los setenta y cuatro como saetas.

La sorpresa para los indios fué grande; no habían visto al enemigo que los sorprendió y sin darles tiempo para nada empezaba á acuchillarlos.

Y creció más su asombro y sorpresa al oir:

—¡Viva el general Osorio!

—¡Viva el rey de España!

—Viva el duque del Imperio, el *Invencible*.

Al oir estas voces los arrastrados en la marcha de los rebeldes, gritaban:

—¡Nos han engañado!

Los caciques y jefes añadían:

—¡A ellos, que son pocos!

Los restantes sólo decían:

—¡Traición! ¡Traición!

Y unos caían atropellados por los caballos, otros por los acuchillados, y algunos por las balas de las pistolas.

Llevaban los aztecas algunos arcabuces y los dispararon casi sin apuntar, los tiraron y corrieron.

Otros empuñaban picas y los más blandían espadas.

Sobre esos armados caían los caballos del duque los aceros y las balas de la pistolas.

Hubo un momento de verdadero pánico para los rebeldes. Los que estaban sin armas huían atropellando á los que las tenían, y gritando:

—¡A Tabasco! ¡A Tabasco!

En esos instantes disparó el duque cuatro pistolas de dos cañones, derribando ocho jefes de los principales y las detonaciones y los muertos que causaban acabaron de infundir el más grande terror á los que ya huían, hasta convertirlos en galgos que sólo sabían gritar:

—¡A Tabasco! ¡A Tabasco!

Quedaron solos unos ciento veinte moviéndose entre cadáveres y heridos.

Este fué el momento en que el duque gritó:

—Cerrad la herradura y acuchilladlos.

Los ciento veinte aztecas que habían quedado, eran

los más valientes, los más comprometidos, los más desesperados y los que necesariamente habían de oponer mayor resistencia.

Así lo comprendió el duque y esto era lo que él deseaba.

—Si no dejo uno de estos hombres,—se decía,—habré cortado la cabeza á la revolución.

Pero todavía casi doblaba el enemigo el número que componía la escolta de Osorio y aun cuando ni tenían tan buenas armas ni sus carnes iban defendidas, llevaban en su favor el valor de la desesperación.

Tenía necesidad el duque de toda su gran experiencia en los combates y de conocer teórica y prácticamente á la perfección el arte de la guerra para poder arrancar ahora un triunfo rápido á la suerte de las armas.

Necesario era además que los individuos de su escolta fuesen, como realmente eran, gente aguerrida y experimentada.

Encerrados los rebeldes en un círculo de hierro, pues eso era la herradura cerrada, no tenían otro remedio unos y otros que buscar el triunfo en las armas, en el arrojo y en el arte, ó morir sin otro auxilio ó remedio que el de sus propios esfuerzos.

Ni los indios podían cargar ya sus arcabuces ni los castellanos sus pistolas. La pelea era ya de arma blanca que fué siempre la más mortífera y cruel.

El círculo formado por el duque se había estrechado cuanto era posible para que no pudiese escapar ningún azteca y defenderse á la vez unos y otros cuando sobre uno caían cuatro ó seis indios.

El duque era el unico que avanzaba y retrocedía, costando á los rebeldes tres ó cuatro víctimas cada avance ó retroceso de los que él hacía. Su invencible espada estaba siendo ahora más potente que lo había sido nunca.

Los aztecas encerrados en el fiero dilema de tener que vencer ó morir, daban saltos, queriendo derribar á los jinetes, pero siempre hallaban la punta de una espada que se escondía en sus descubiertas carnes.

Otros se arrojaban sobre los caballos para herirlos y derribar á los jinetes.

Y los más buscaban el medio de romper aquel terrible círculo de acero para salir de él y atacar por la espalda.

Daban gritos desaforados, todos mandaban cosas distintas, no se entendían ni ya podían moverse bien por el gran número de heridos y cadáveres que obstruían el paso.

Como Osorio había dado con anterioridad todas las instrucciones necesarias á sus subordinados y éstos tenían ciega confianza en las acertadas disposiciones de aquél, nada tenía que ordenarles ya, pues sabían todo lo necesario y en tales momentos desplegaban un arte que sólo podía igualarse al desmedido valor de cada uno.

Pero lo que más desesperaba á los indios era la sangre fría, la calma conque los españoles esperaban las acometidas y la manera fácil con que los rechazaban, pereciendo siempre los que iban delante.

Daba compasión ver lo estéril que estaba siendo el

innegable valor de los indios. Ante tanta cota, coraza y casco, y ante un arte de la guerra tan elevado, todos sus esfuerzos se estrellaban.

A los quince minutos de aquella fiera lucha, había tendidos en tierra más de cincuenta entre muertos y heridos, que con los anteriores hacinados también en el círculo y que ya estaban al cerrarse la herradura, formaban un total de más de ciento que obstruían el paso y estaba siendo un verdadero inconveniente para los rebeldes.

Como la mayor parte eran heridos, sus ayes y lamentos aturdían á sus compañeros y agravaban su desesperante situación.

Por fin uno de ellos, habló á varios de los más valientes, y reunidos quince ó más cayeron sobre un lado del círculo, logrando derribar tres jinetes. Quedó momentáneamente un boquete abierto y por él se precipitaron los aztecas que lo habían abierto, gritado:

—A Tabasco, á Tabasco, volemos.

A la vez se oyó la voz del duque que exclamó:

—No cerreis el círculo; dejadlos huír á Tabasco.

Por él salieron los que quedaban con vida y muchos heridos que podían correr.

—No perseguirlos,—volvió á decir el duque.

Y todos sus amigos quedaron inmóviles.

De los aztecas habían entrado, primero en la herradura y luego en el fatal círculo ciento veinte, y salían cincuenta y ocho; la mitad próximamente eran ya cadáveres ó se movían entre la sangre que brotaba de sus heridas.

Un silencio grande reemplazó al estridor del combate y á la furia de los hombres, silencio interrumpido únicamente por los ayes ó maldiciones de los heridos.

Todos los que componían la escolta del duque, continuaban en sus puestos sin variar el círculo que formaron media hora antes.

Hasta el boquete continuaba en el mismo estado que lo dejaron los indios. Estos habían desaparecido como por encanto en dirección de Tabasco. Todo su valor y la indomable energía de que tantas pruebas dieron, las aplicaban ahora á dar la mayor velocidad posible á su carrera. Juzgaron que la caballería les iba á perseguir y su veloz huída no tenia igual.

Verdad es que si el duque los hubiera perseguido ni uno solo de los cincuenta y ocho que escaparon últimamente, se habrían salvado.

De este modo acabó una sorpresa y después una batalla, cuyo triunfo salvó la vida de Flaviano de Osorio, de Julio de Silva y de todos los jefes y autoridades españolas y mejicanas de Nueva España, como después demostraremos.

Acto contínuo empezó á reconocer el duque á todos los suyos, uno por uno. Cuando llegó al boquete, exclamó dirigiéndose á los de la descubierta:

—Ved lo que habeis hecho con no seguir mis instrucciones. Abrieron este boquete los aztecas por no haberse quedado detrás los doce, segun os previne. Mataron á tres de vosotros y dos estáis heridos.

—Es verdad, señor—le contestó el jefe de los

guías,—pero nos fué imposible permanecer pasivos ante una lucha tan sangrienta y desigual.

—Sangrienta y desigual para ellos. Y para ellos solos hubiera sido si vosotros doce me hubierais obedecido. ¿Hay cerca de aquí alguna población?

—Sí, señor.

—¿A qué distancia?

—A menos de un cuarto de legua.

—Partid inmediatamente los nueve, que en el acto curen á los dos heridos vuestros, que se queden allí, y vosotros siete me traeis á todos los hombres disponibles del pueblo con angarillas, para que recojan y curen á los heridos aztecas. No tardeis, pero anteponed la cura de esos dos compañeros nuestros.

Salieron con lentitud los nueve por el estado en que iban los dos heridos, y el duque continuó su reconocimiento.

Después exclamó:

—Muy bien, señores, os habeis portado como yo quería, como cumple á hombres tan bizarros y diestros. Teneis algunos rasguños, algunas contusiones, varias corazas y cascos con bolladuras y quince caballos heridos que van á dejar de servirnos. En tanto que el enemigo... Ved el campo y retirad la vista como yo con lástima y compasión. Rompamos el círculo y separémonos de ese cuadro de muerte y desolación.

Varios caballos cayeron á consecuencia de las heridas que habían recibido.

Todos se retiraron doscientas varas de allí.

Más de media hora esperaron los del duque.

Por fin llegaron los de la descubierta seguidos de cien mejicanos, trasportando parihuelas improvisadas con palos y con lienzos.

En ellas fueron colocando todos los heridos de dos en dos. Eran éstos ochenta y cinco.

Colocados ya, pegaron fuego á los cadáveres, que eran cuarenta y siete.

Entonces dió la orden el duque de partir. Delante iban los siete de Oaxacay, detrás los del pueblo próximo conduciendo los heridos, y cerraban la triste comitiva el duque y sus sesenta y dos subordinados. Algunos de éstos iban á pie llevando al hombro los arreos de sus caballos. Todos estos eran soldados.

Entraron en el pueblo, depositaron los heridos en una de las casas más grandes, se hizo cargo de ellos el cirujano que allí habia, y los restantes pasaron á sus alojamientos.

El duque llamó al jefe de los de la descubierta preguntándole:

—¿Cómo siguen nuestros dos heridos?

—Lo mejor que es posible, señor.

—¿Qué opina el cirujano?

—Que cree sacarlos adelante.

—¿Vos estais bien?

—Perfectamente, señor, recibí únicamente un golpe en el brazo izquierdo, con algún dolor y una contusión que ya no me molesta.

—¿Quién no habrá recibido hoy golpe alguno? Esos hombres parecían fieras como saltaban y corrían.

—El general no ha recibido ninguno; huían de él todos.

—Lo cual no ha impedido que sea el que más haya derribado.

—Qué asombro, señor; qué arte y qué manos tiene V. E.

—La práctica. Vamos á lo que importa: necesito quince caballos lo más pronto posible.

—Antes de una hora saldrá á comprarlos uno de mis compañeros, que es inteligente y conoce bien este país.

—¿Muy lejos?

—Dos leguas.

—No dilatadlo, pues quiero que salgamos mañana temprano.

—No habrá inconveniente.

—¿Tenemos cena?

—No ha de ser mala.

—¿La preparan?

—Sí, señor.

—¿Pienso para los caballos?

—Ya lo están comiendo. ¿No sobrarán caballos trayendo quince?

—No, son los necesarios. Entre muertos y heridos tenemos esas quince bajas.

—¿Qué más deseais, señor?

—Nada, que vengan á verme la autoridad de esta población y el cura.

—Lo harán antes de que os acosteis.

—Visitad á todos los individuos de mi escolta y dadles lo que necesiten para que se curen las contusiones que han recibido. Esos no necesitan de cirujano: saben ellos hacerlo mejor que un facultativo.

—¿Nada más, señor?

—Por ahora no.

Quedaron solos el duque, Ontoria y los capitanes.

En estos momentos anochecía.

El duque les dijo:

—Buena tarde hemos tenido, señores.

—Excelente, mi general,—dijo Ontoria.—Me duele el brazo derecho de tanto dar cuchilladas.

—Y á mí la mano de lo mismo,—añadió Urrutia.

—¿Y á tí, Ricardo, qué te duele?—preguntó Osorio á Zalla.

—Nada.

—¿No entraste en calor?

—Cuando empezaba se acabó la función.

—Puede que pronto tengamos otra.

—La deseo.

—¿Te has batido bien?

—Que lo diga Urrutia.

—Me ha salvado de morir y puedo asegurar que á excepción del señor duque no hubo mejor brazo entre todos nosotros.

—¿Qué habéis sacado?

—Bolladuras en las corazas y algunas contusiones sin importancia.

—Noto, señor, una cosa extraña que me ha llamado la atención muchas veces,—dijo Ontoria,—á vos llaman *Invencible*, y hasta ahora la frase es propia, muy propia, pero le falta algo.

—¿Qué le falta, maestre?

—Que explique la circunstancia de hacernos á la

vez invencibles á los que tenemos la honra de servir á vuestras órdenes.

—No, eso no es cierto,—replicó Zalla.—A nuestro querido general, si hoy no, en otras ocasiones, y aun hoy le han muerto á algunos de los que estaban á su lado. Díganlo hoy los tres de la descubierta. Se le puede llamar *Invencible* en toda la acepción de la frase, se le puede decir que es uno de los tres primeros tiradores del mundo en arma de fuego, solo don Julio y don Flaviano llegaron á él y hasta se puede añadir que es la segunda espada de Europa, pero nada más; porque el único en el mundo que no perdió hasta ahora un solo soldado de los que mandó, es su hijo don Flaviano.

—Es fuerte cosa,—añadió Ontoria,—que no hemos de hablar una sola vez del padre, que Zalla no saque á colación al hijo.

—No deis al uno lo que corresponde al otro, y jamás citaré yo á un héroe que, si honra hablar de él, lo empequeñecemos al llevar á nuestros labios su excelso nombre.

—Bien pagais á vuestro maestro y protector, capitán.

—¿Que le he de pagar? Si soy valiente es porque aspiré su aliento, y si mato, hiero y triunfo es porque él me enseñó. Con toda mi sangre no podré pagarle el más pequeño favor de los mil que me lleva hechos. Cuando queráis saber si le debo algo, traedme el más valiente, el más hábil, no siendo el señor duque ó don Julio de Silva; tiraremos con espada de madera ó de acero, me es igual, y antes de los cinco minutos le

marco el corazón fija mi espada entre la cuarta y quinta costilla.

—¿No exceptuáis á nadie?

—Pardiez, ya he exceptuado dos.

—¿Nada más podéis?

—No.

—¿Tampoco á mí?—le preguntó Ontoria.

—No.

—¿Sabéis quién fué mi maestro?

—Sí, el primer artillero del mundo en su época, uno de los seis *Invencibles*, el que tiraba casi tan bien como el señor duque, el conde de Santomera, que un día quiso jugar conmigo, convirtiendo mi cuerpo en pelota y me libró de sus manos don Flaviano, diciéndole: No le tocaréis porque os clavaré mi daga; con un niño no se puede hacer eso. Y era el que así hablaba tan niño como yo.

—¿Y sabiendo eso insistís?

—Sabiendo eso me afirmo más.

—¿Y qué apostais?

—La arroba de oro que me regaló el cacique Kiesko.

—No aposteis, Ontoria.

—¿Por qué, mi general?

—Porque os gana Zalla.

—¿Estais seguro?

—Sí.

—En ese caso no apuesto, capitán. Lástima es que el héroe no tenga más discípulo que vos.

—Con su gran talento comprendió que siendo todos los hombres, con solo alguna excepción, un depósito

de ingratitudes y de felonías no se debe levantar á ninguno de ellos á no ser como he dicho con una excepción.

El duque estaba escuchando á Zalla con cariñoso interés; Ontoria lo comprendió y siguió dando juego para distraer al afligido padre.

CAPÍTULO XXXVII

La cena.—Una reunión en que aparece un mísero sacerdote digno de una mitra.—El descanso.—Otra vez á caballo.

Nuestros amigos continuaron hablando hasta las ocho de la noche que les sirvieron una cena abundante y bien presentada.

Comieron perfectamente y hasta el duque se mostró expansivo contra su costumbre.

Pero ni brindaron ni hicieron alarde de nada. Cuando alguno tocaba la cuestión relativa á la batalla, que dieron por la tarde, pasaba por ella como por sobre ascuas y ningún otro le contestaba.

Estos valientes lo eran hasta para dominarse y huír de todo lo que pudiera engreirlos.

Cuando la cena terminaba se presentó el jefe de la descubierta con el cura del pueblo, el alcalde y dos propietarios del distrito, ricos y muy aficionados á los españoles.

El duque les hizo sentar, encargó á sus amigos que se quedaran, y volviéndose á los recien venidos, les dijo:

—Voy á dejar en esta población varios heridos, y deseo rogar á vuestra caridad, los trateis de la mejor manera posible. Tuvieron la desgracia de perder una batalla, de librar peor aun que sus compañeros vivos, y merecen por su triste situación, que se haga por ellos cuanto sea posible. Tomad, señor sacerdote, en ese bolsillo hallareis trescientos escudos en oro, repartidlos entre los que sobrevivan á sus males de hoy. Os quedais vos con el bolsillo, que lleva mi corona é iniciales como un recuerdo del duque del Imperio.

—Gracias, señor,—le contestó el cura,—lo depositaré en sitio en que pueda verlo contínuamente, para enorgullecerme con la honra que me habeis hecho, y para que su recuerdo me enseñe á imitar la manera de portarme con la nobleza del más hidalgo corazón.

—Os agradezco vuestras frases, digno ministro del altar.

—No he dicho nada, señor, para lo que vos mereceis. Os conocí en Madrid, estoy enterado de todos vuestros hechos, y sé todo lo que vale y todo lo que hizo al lado del primer guerrero del mundo, hoy el santo príncipe de Italia.

—¿Cómo os hallais, después de correr tanto, en esta mísera población?

—Señor, llegué de España como misionero, y cuando los años y las desgracias que sufrí, me imposibilitaron para continuar mi difícil y expuesta misión

me retiré á este pueblo, en el que todos me aman y me hacen feliz.

—Tengo mucho gusto en conoceros y en que no seais desgraciado.

—¡Qué admiración, qué dicha, cuando supe que érais vos el que dió la batalla á esos idólatras, á esos bandoleros y asesinos que vienen de Oaxacay, sembrando la muerte y la desolación por todas partes por donde pasan! Con unos cuantos hombres vencísteis á un pequeño ejército; debía suceder asi porque sois invencible, y porque el poder divino estaba á vuestro lado. ¡Y qué servicio tan grande habeis prestado, señor, eso no lo sabeis vos! ¿Me permitis que os lo diga?

—Eso y todo cuanto querais, ministro del altar.

—Oidme, señor; oidlo todos, señores. Los rebeldes hubieran podido llegar á la gruta donde está el héroe, en número de siete ú ocho mil hombres perfectamente armados. En las noventa leguas que tenían que recorrer hubieran hallado en hombres y armamentos lo que acabo de expresar.

Hay de sobra idólatras ricos, que eso y más les hubieran facilitado. Ya al frente de ese ejército, caerían sobre los encerrados y los que están fuera de la gruta de Cacahuamilpa y á todos los hubiera degollado. Allí sufre en lecho del dolor y de la amargura el héroe, á éste, á su paje y familia los hubieran hecho cuartos.

Allí hubieran cosido á lanzazos al principe Julio, al márqués de Abella, á los maestres del ejército, á Godínez, corregidor de Méjico y á todas las autoridades

importantes de Nueva España. Todos están allí casi indefensos.

Muertas todas las autoridades y jefes, no hubieran ido á Tabasco, como se ha dicho, sino á la capital, que hubieran tomado fácilmente, pasando á cuchillo á sus defensores, deshonrando á las vírgenes, saqueando la población y tocando luego á somaten idólatra para deshacer en el menos tiempo posible la obra de Hernán Cortés y la del ínclito don Flaviano de Osorio.

Ved ahora, señor, lo que habeis evitado. Vuestro hijo levantó el edificio de la grandeza en Méjico, vos, señor, lo habeis salvado con sólo vuestro talento, valor y una escolta por ejécito. Vuestro hijo fué el segundo Hernán Cortés, vos sois el tercero.

—Seguid hablando de mi hijo, señor sacerdote, me gusta oiros.

—Vuestro hijo, señor, se halla postrado en el lecho del sufrimiento y de la amargura, y tanto vale, que para que no perezca, ha tenido que venir su padre de Madrid á salvar su penosa vida.

—¿Creeis por ventura que ya no morirá?

—Lo creo.

—¿En qué os fundais?

—En que su muerte hubiera sido cierta, segura, si vos no venís y dais la batalla de esta tarde.

—Con salvar á Julio de Silva, bastaba para que Méjico no pereciese.

—No; el príncipe vale, vale mucho, pero vale más vuestro hijo, y el designado para la regeneración de este país es don Flaviano, no don Julio. Queda aún mucho

que hacer en este Imperio, y lo hará todo, como vosotros lo hicísteis en el Perú, vuestro admirable heredero.

—Gratas suposiciones, señor cura, que halagan el tierno corazón del padre. Pero ¡ay! no son más que suposiciones. Todo Méjico cree que mi hijo está herido de muerte.

—Todo Méjico se equivoca.

—¿No podeis darme una prueba? Os doy por ella todo lo que me pidais.

—Ya os la dí, señor; pero no la habeis querido comprender.

—No he podido.

—Creed en mi profecía, señor duque; horas de dolor y de amargura os costará la duda. No os puedo decir más.

—Por lo menos habeis dado á mi alma un dulce consuelo, que os agradezco mucho. Pedidme algo, noble sacerdote.

—Que creais en mis frases. Nada más puedo pediros.

—Si alguna vez necesitais de mí, buscadme.

—Lo haré.

—Siento que ahora no me pidais nada.

—Señor, cuando se cumpla mi profecía, acordaos de mi.

—Ojalá y pueda hacerlo.

El sacerdote se levantó, los que habín ido con él le imitaron, y el duque les alargó la mano, que ellos no osaron estrechar; todos la besaron.

—¿También vos?,—dijo el duque disgustado dirigiéndose al cura.

—Sí, es la mano del padre de don Flaviano de Osorio. Por eso la he besado.

—Y salieron, quedando el jefe de la descubierta.

—¿Han ido por los caballos?—le preguntó el duque.

—No, señor, están ya en la cuadra.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—Esplícate.

—Los cuatro señores que acaban de marcharse me los han dado.

—¿De dónde los han sacado ellos?

—No lo sé, pero retiraron nuestros dos heridos y en su defecto me dieron, no quince, sino diez y seis caballos, pues había otro lastimado, que lo dimos por bueno y no lo estaba.

—¿Has pagado?

—No han querido tomar un maravadí. Son ricos los cuatro.

—Eso no es una razón.

—Pero lo es, señor, la súplica que me hicieron. ¿Cómo desairar tan noble ofrecimiento?

—Está bien, quedaos con ellos.

—No es eso sólo.

—¿Hay más todavía?

—Sí, señor.

—¿Qué es ello?

—Para abreviar la marcha, han dispuesto que sigamos un camino que tiene más de doce leguas de de-

sierto. Mañana me darán comida para todos, pienso para los caballos y las señas del punto en que tenemos agua y podremos descansar. Es un dilatado bosque, y andaremos mañana por entre deliciosas enramadas, pájaros vistosos y millares de flores más de quince leguas, con el descanso de tres horas.

—Quedarse uno de vosotros para cuidar de los dos heridos nuestros, y los seis restantes adelantaos, para que mañana por la noche nada falte á mi escolta.

—Tampoco puede ser, señor.

—¿Qué dices?

—Que nuestros dos heridos se los ha llevado el cura á su casa, y dice que no necesitan de más cuidados que del suyo; entiende algo de medicina, y en su casa estarán mejor que en otra alguna.

—Bien, pero adelantaos los siete y dejadme descansar esta noche.

—Es tarde, señor.

—¿Por qué es tarde?

—Porque ha salido ya una comisión mandada por los cuatro que estuvieron aquí, y cuando lleguemos todo estará dispuesto y nada nos faltará.

—Por todos los santos del cielo, dame al menos un medio con el que pueda recompensar tanta bondad.

—Nada de dinero, señor, porque se ofenderían.

—Sea lo que quiera.

—Un retrato vuestro para el cura. Esa sortija que llevais para el alcalde y dos dagas con puño de oro, vuestras armas y corona ducal para los propietarios.

—¿Quedarán satisfechos?

—Locos de alegría.

—¿Habeis hablado?...

—Hemos convenido. Yo no podía tomar tanto como nos han dado sin condiciones.

—Toma la sortija, regalo es de la madre de Flaviano.

—Temo, señor, que al alcalde le suceda algo grave en su cerebro, cuando sepa ese origen.

—Pues se lo callas.

—No, que lo sepa, para que todo el pueblo vaya á besar esa piedra que fué de la madre de nuestro general.

—Que te entregue López las dos dagas mejores que traigo, y el único retrato que me queda, es una miniatura que mi esposa tenía siempre consigo.

—¡Pobre cura! Este sí que se vuelve loco. Hasta después, señor.

—Espera.

—¿Qué mandais?

—Falta lo principal.

—¿No os retirais al lecho?

—Te digo qne falta lo principal.

—¿No puedo yo hacerlo solo?

—No.

—Pues aguardo.

—Hoy estuviste valiente como pocos, te has batido casi sin defensa, nos vienes prestando servicios importantes todo el camino, y deseo recompensarte.

—Gracias, señor, ya estoy pagado.

—No. Pídeme lo que quieras.

—No se...
—¿Quieres servir á mis órdenes?
—Según.
—De mayordomo.
—Ah, no, señor.
—¿Te gusta la carrera militar?
—Mucho.
—Ya lo ví esta tarde.
—Y siempre lo he demostrado.
—Te nombro capitán.
—¿No es mucho?
—El rey de España es espléndido con los que le sirven bien.
—Acepto.
—Servirás á mis órdenes.
—Ah, eso no, señor.
—¿Querrás quedarte en Méjico?
—Todo lo contrario, deseo ir á Europa y ver mundo.
—¿Y no quieres ir á mi lado?
—No, señor.
—Cada vez te comprendo menos.
—Quiero ir al lado de otro.
—¿Quién es ese otro?
—Vuestro hijo.
—¿Cómo te llamas?
—Juan Oaxacay.
—¿Qué dices?
—Mi nombre.
—¿De la familia del paje de Flaviano?
—Primo hermano del paje, señor.

—¡Y lo tenías callado!

—¿Para qué decirlo?

—Estrecha mi mano y siéntate á mi lado, Juan.

—Lo primero con mucho gusto, y más honra; lo segundo, no.

—¿Por qué?

—Porque me queda bastante que hacer, y voy estando cansado.

—Ya se conoce que eres de la familia del paje.

—¿En qué, señor?

—En que mi hijo le manda una cosa y él hace lo que le parece.

—Pero siempre en favor de su señor.

—Te agrego á mi escolta hasta que nos hallemos al lado de mi hijo. Dí á López que te dé traje, una espada mía y banda de capitán. Desde mañana irás á mi lado.

—O más cerca ó más lejos, según convenga.

—Haz lo quieras, Juan.

—Lo mismo dice vuestro hijo á mi primo. Cómo os pareceis, señor.

—Me alegro, y deseo poder decir lo mismo de tí al compararte con el paje Luis.

—Lo direis.

Fué á despedirse y todos se pusieron en pié y estrecharon su mano.

Juan Oaxacay salió de allí sonriendo.

—La primera muestra que se nos presenta del célebre paje de mi hijo no puede ser mejor,—dijo el duque.

—Cierto,—añadió Zalla;—Juan Oaxacay se batió esta tarde admirablemente. Y no me extraña: peleó cerca de mi maestro y con eso le ha bastado.

—No es eso sólo: estuvo acertado en la elección del terreno para el combate, y cuanto ha dispuesto fué excelente.

—Su figura es además buena y no son groseros los modales,—replicó Ontoria.

—Al lado de don Flaviano será lo que él se proponga,—dijo Zalla.

—Sí,—replicó Ontoria sonriendo,—arzobispo de Toledo.

—No, esa plaza la guarda mi maestro para vos, Ontoria.

—Basta, señores,—dijo el duque, viendo que Ricardo se iba á fondo contra el maestre.—No quiero oiros cuestionar con acritud. Respeta, Zalla, las creencias del maestre, y vos, Ontoria, las de Ricardo, y entended que cuantos han visto á Flaviano en Méjico dicen lo mismo que Ricardo de mi hijo.

—No lo dudo y hasta creo que será así, pero eso de anteponerlo á vos no puedo sufrirlo.

—Haceis mal; yo voy siendo ya viejo y Flaviano empieza ahora. Y si yo llegué á general entendido, á él lo creen todos un héroe. Y cuestionar contra la verdad es muy expuesto. Retirémonos á descansar.

Así lo hicieron, durmiendo hasta las cinco que se vistieron, montaron á caballo y salieron de las casas donde habían descansado.

Ninguno se quejaba de las contusiones que recibie-

ron el día anterior ni se conocía en ellos la batalla que dieron, en otra cosa que en las abolladuras de las corazas y cascos.

Los diez y seis caballos que les habían regalado eran buenos.

No fué poca suerte la de encontrar al cura, al alcalde y á los propietarios de aquel lugar en vez de hallar salvajes, peores que los idólatras que acababan de vencer.

CAPÍTULO XXXVIII

Excelente despedida.—Ante Dios no hay duques ni grandes.—La marcha normal.—Aparición repentina.—El Santo otra vez.

Salieron nuestros amigos de sus casas y se reunieron en la plaza para seguir adelante cuando vieron abierta la puerta del templo y al cura que salía con palio para despedirlos.

Al verlo el duque, exclamó:

—Todos los oficiales pie á tierra y que me sigan.

Con todos entró en la iglesia y arrodillados ante su majestad divina oraron un cuarto de hora.

Después salieron, yendo el duque debajo del palio.

Ya en la plaza otra vez, estrechó Osorio la mano del sacerdote, la del alcalde y las de los dos propietarios que le visitaron la noche anterior, y partieron todos en la forma siguiente: Delante iban los seis de la descubierta mandados por Juan Oaxacay; seguían el duque, Ontoria y Zalla, y en pos iban todos los oficia-

les, soldados y sirvientes. Los últimos se batían como los anteriores.

Todos los habitantes del pueblo se hallaban á la salida de la población formando dos compactas filas que saludaban al duque, y hasta las madres levantaban el niño pequeño para que lo vieran, diciéndole:

—Ese es el salvador de Méjico, echarle besos.

Pronto dejaron atrás nuestros amigos las casas y las gentes, para trotar por una llanura no interrumpida en dos leguas.

Ahora hablaban y hasta reían.

Hasta el duque, animado por las frases del sacerdote, respecto de su hijo, iba más satisfecho y conversaba con Zalla y Ontoria.

Se acabó el llano y entraron en un monte bajo, teniendo que cruzarlo á un castellano sostenido.

Dos horas tardaron en abandonar el monte para penetrar en un poblado bosque, que era una maravilla en horticultura.

A cada paso hallaban los árboles más corpulentos, las plantas más lindas y las flores más bellas.

Los soldados, sin más que alargar la mano, cogían exquisitos plátanos que iban comiendo, y el duque decía:

—Esto es un paraíso terrenal; no vi nunca bosque más poblado ni hermoso. Reparad, señores, esos corpulentos árboles que cuentan siglos de existencia. ¡Ved esas flores espontáneas, qué colores tan vivos y qué belleza tan extraordinaria! No hay jardín en el mundo que pueda presentarlas tan hermosas. ¡Oh, mi hijo que

tan aficionado y tan inteligente es en botánica, tenía aquí estudio y recreo para mucho tiempo!

—¡Sí, señor,—le decía Ontoria,—es una maravilla que encanta.

Como si lo visto hasta entonces fuese poco, llegaron á paraje en cuyas copas de árboles se distinguían papagayos, loros, maricas y tantas otras aves cubiertas de las plumas más lindas que se conocen en el mundo.

Vieron otros más pequeños que cantaban y sus trinos formaban melodías gratísimas.

Debajo de aquel hermoso toldo de copas de árboles, aves y un cielo azul y brillante, echaron pie á tierra para comer y dar dos piensos á los caballos con tres horas de descanso.

Después de arreglar las caballerías ofrecieron al duque aves asadas, carne, embutidos, frutos recien cogidos, agua y vino, comiendo de pie con todos los oficiales de su escolta, incluso Juan Oaxacay.

Luego que éstos concluyeron, comieron la tropa y criados con la descubierta.

Al acabar de almorzar, Osorio dijo á Ontoria y Zalla:

—Demos un paseo por entre esta enramada encantadora.

—Excelente idea.

—Perdámonos entre esos árboles y plantas. No ví nada más hermoso,—dijeron Ontoria y Zalla.

El duque añadió:

—Notad qué brisa tan pura.

—Embalsamada con el aroma de las flores.

—Henchida de encantos con esas melodías de tantos pájaros desconocidos en Europa.

—Ved, señor, aquel conjunto de flores que empieza á la derecha y cuyo término no se distingue.

—Pero este edén no carece, amigos míos, de grandes peligros,—dijo el duque, mirando hacia la izquierda.

—¿Peligros?

—Sí.

—No veo nada.

—Ni yo.

—Fijaos á la derecha. ¿Y ahora que véis?

—Nada.

—Nada.

—Tenemos de frente una enorme culebra de cascabel.

—Ah, sí, ya la veo moverse.

—¡Pero es amarilla!

—Cierto; la peor de las serpientes.

—Avanza lentamente.

—Dejadla llegar.

—¡Qué gruesa y qué larga!

—Todo es en este país grandioso, hasta los reptiles.

—Se arrastra más ligera.

—Vamos á matarla. Dejadme delante.

Y el duque se adelantó, preparando una de sus pistolas.

El maestre y el capitán sacaron las espadas, por lo que pudiera ocurrir.

Seis pasos antes de llegar el enorme reptil á Osorio, levantó la mitad del cuerpo para caer sobre él.

—Tiene hambre y quiere sencillamente almorzarnos, Yo te daré la comida, fiero animal.

Y le apuntó á la cabeza, en la cual le metió una bala de sus pistolas.

Casi á la vez la atravesó con su espada Ricardo Zalla.

Al golpe del capitán cayó muerta la serpiente.

—Otra, mi general,—gritó Ontoria;—viene más deprisa.

—No moveos; dejadla que se acerque.

—Llega resuelta á partir con su compañera los manjares del festín que les ofrecíamos con nuestros cuerpos.

—El uno será el macho y la otra la hembra.

—Es lo probable.

—Se ha detenido.

—Reconoce el campo.

—No, mira á su amiga inmóvil y muerta.

—No le gusta el espectáculo.

—Tiene razón; no es de festín, es de muerte.

—Se agita. ¡Cómo se estremece!

—No pide ya almuerzo.

—¿Pues qué quiere, señor?

—Venganza.

—Vamos á dársela.

—Comprendió que su compañera estaba muerta por nosotros.

—¿Qué hace ahora?

—Discurre la manera de caer sobre nosotros.

El duque preparó el segundo cañón de su pistola.

Zalla le dijo:

—Se mueve, avanza; pero ved, señor, con qué lentitud se arrastra.

—Es que tiene ya plan.

—Bueno será él.

—Pues si discurrieran como nosotros, esos dos reptiles acabarían con una gran parte de los habitantes de esta comarca.

—¡Qué raro!

—¿Qué es lo raro?

—Avanza, se detiene y vuelve á arrastrarse.

—¿No conoces la causa, Ricardo?

—No, señor.

—Ese reptil quiere vengarse, pero nos tiene miedo.

—Debe tener la fuerza de un toro.

—Más aun.

—¿Más, señor?

—Sí.

—Corre.

—¡Qué barbaridad!

—Dejadme delante.

La serpiente ahora llegó á tres pasos del duque, se levantó y en el mismo instante rompió el duque su cabeza con una bala y las espadas de Ontoria y de Zalla la atravesaron.

Quedó la una junto á la otra.

Al acabar de sonar el segundo tiro se oyeron varias voces y carreras.

El duque comprendió lo que era y gritó:

—Aquí estamos; seguid de frente.

Todos, oficiales, soldados y sirvientes con los de la descubierta, corrían en busca de los ausentes, espada en mano, creyendo que algo le sucedía al oir los tiros.

Llegaron, quedando asombrados al ver las dos enormes serpientes tendidas en el suelo.

Oaxacay se adelantó diciendo:

—Señores, son dos culebras de cascabel, de la clase amarilla, que no las hay más fieras ni con más fuerza. Estos reptiles son muy temidos en Nueva España.

—Lo creo.

—No los ví mayores.

—Ni tan gruesos.

—¿Nos saldrán muchos más?—preguntó Ontoria al duque.

—No es probable. De estas fieras no hay muchas felizmente.

—En ese caso continuaremos nuestro paseo.

—Y en el otro lo mismo,—dijo Zalla á Ontoria.—¿Qué más da matar indios que reptiles?

—¿Os es igual?

—Para mí lo mismo.

—¿No son más humanos los indios?

—Es dudoso.

—¿Cómo dudoso?

—Los antropófagos y los cafres carecen de racionalidad.

—Pero los otros...

—Si se parecen á los de ayer, los mato con más

gusto que á las fieras. Son traidores, perjuros, asesinos y ladrones; no hay reptil ni tigre peor en el mundo.

—Indio es el paje Luis.

—Y Juan Oaxacay y millones de ellos que los acepté como hermanos.

—Adelante, señores,—gritó el duque,—y vosotros retiraos, que de este enemigo que pensó sorprendernos ya hemos dado fin con más facilidad que de los de ayer.

Los otros se retiraron y los tres continuaron adelante.

—Ved,—dijo el duque,—aquel sendero de la derecha; entremos en él y sigamos sin que nos moleste tanto el espeso ramaje.

—¿A dónde conducirá?

—Quién sabe...

—Probablemente á alguna población ó monasterio.

—Según avanzamos ensancha y mejora.

—Ciertamente.

Un cuarto de legua llevaban andando por el sendero, cuando se detuvo el duque, exclamando asombrado.

—¡Deteneos!

—¿Otra culebrita, señor?

—No, es lo contrario.

—Ah, sí, un religioso.

—¿En este bosque?

—Sí, el sendero conduce al monasterio.

—Señor, ese religioso que está de espaldas no es monje.

—¿Pues qué es?

—Fraile.

—Verdad es.

—¿Conocéis la orden?

—Sí. Hacedme el favor de no pasar de aquí. Me esperáis en este sitio vueltos de espaldas á ese religioso.

Y sin aguardar respuesta avanzó el duque acelera damente.

Ontoria y Zalla le obedecieron, quedando vueltos de espalda al general.

Osorio avanzó y un poco antes de llegar donde el religioso estaba, le oyó exclamar:

—¡Gracias, Dios mío!

—¡Hermano!—gritó el duque abriéndole los brazos.

Y ambos se estrecharon cariñosamente.

Era el príncipe de Italia.

Desprendido el religioso, miró al general atentamente, diciendo:

—Flaviano, al lado de tu padre y luego junto á mí, llegaste á ser el primer general del mundo; pero ni él ni yo te pudimos hacer humano.

—¿Lo dices por lo de ayer tarde?

—Sí.

—Julio, no cabe más humanidad de la que tuve. Aquellas fieras merecían todas la muerte.

—¿Lo ves? Sabes pelear, sabes dirigir combates, supiste enamorar, pero ni antes ni después has querido ser humano, caritativo.

—No te comprendo.

—No quieres comprenderme.



¡Gracias, Dios mío!

—Sepamos. Tú, que antes de ser religioso fuiste general como yo lo soy ahora, dime: ¿No ataqué al enemigo de frente?

—Sí.

—¿Estuvo bien hecho?

—Sí.

—¿No formé luego una herradura que juzgo hábil?

—Hábil fué.

—¿No eran más de veinte por cada uno de nosotros?

—Sí.

—¿No desprecié mi vida cayendo varias veces en medio de ellos?

—Sí.

—¿Pues qué más había de hacer?

—No cerrar la herradura, dejarla abierta para que huyera el que quisiera huir.

—Abierta la tuvieron más de media hora, y todo el que quiso huyó del combate. La inmensa mayoría desapareció.

—¿Y los restantes?

—Querían pelea y los encerré para darles gusto.

—Para matarlos. Tu hijo no los hubiera encerrado.

—Cuando quisieron ya se abrieron ellos una puerta.

—Ensangrentando el círculo y matándote tres infelices más leales que ellos traidores.

—Mucho lo sentí, pero yo no pude evitarlo.

—Flaviano, has prestado ayer á la patria, á Méjico y á la humanidad el servicio más importante que puede prestar el general más hábil. No lo hay más precavido, ni más valiente ni más leal, pero el círculo aquel

borró, entre tanta gloria, la frase caridad, y empequeñeció lo que tan grande era.

—Los encerrados, hermano, levantarán mañana el Mediodía de este país y causarán millares de víctimas.

—Ya lo impedirá tu hijo.

—Antes que pueda hacerlo, la cruz del Redentor y las imágenes sagrades rodarán por el suelo y las gargantas de los indefensos religiosos serán acuchilladas.

—Si Dios lo dispone así, debe cumplirse su divina voluntad.

—Como yo no la conozco procuraré evitar esas desgracias y profanaciones.

—No dejando uno con vida.

—¡Ojalá que hubiera podido dar fin de todos!

—Pides un acto inhumano.

—Lo mismo que yo ahora pensabas en Malta y cayeron á tus pies millares de turcos que eran mucho menos malos que estos aztecas.

El príncipe de Italia meditó unos cuantos segundos, añadiendo:

—¡Cómo ha de ser! Hiciste lo más y te equivocaste en lo menos. Yo te perdono y ruego á Dios que no te lo tome en cuenta.

—Amén.

—Has muerto dos serpientes que pudieran despedazarte, y no es ese el menor inconveniente que has de hallar hoy para continuar tu marcha.

—¿Qué otra cosa me espera?

—¿Ves aquella nubecita que apenas se distingue?

—¿Al Sur?

—Sí.

—Parece una mancha cenicienta.

—Eso es.

—¿Qué dice esa mancha diminuta?

—Que desconociéndola, todos hubiérais perecido esta tarde.

—Julio, ¿sabes que éste es un país delicioso?

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta en las manchas del cielo hallan los hombres enemigos.

—Los hombres no, la ignorancia de los hombres. Para tu hijo nada suponen esas manchas, porque las conoce y se libra de sus consecuencias.

—Pero ha desconocido á los salvajes que lo hirieron ó mataron, y esa es otra calamidad propia del país.

—Propia en esta época atrasada de la ignorancia de los indios. Tu hijo no pudo adivinar una emboscada que no cabe en ningún cerebro culto, ni se la dejaron adivinar.

—¿Quién?

—El sino.

—Pudo evitarla.

—Fácilmente, pero la buscó.

—¡La buscó él!

—Sí.

—¿Por qué la buscó él, hermano?

—Porque así convenía á su sino.

—¿Y ahora qué es de mi hijo, Julio?

—Ya te lo he dicho.

—No lo he comprendido.

—Cuando recuerdes todas las frases que te he dirigido esta tarde lo comprenderás. Y parte, aviva el paso y no te entretengas con nada; de lo contrario pereceréis todos.

—¿Por la mancha esa?

—Sí.

—¿Qué es esa mancha, hermano?

—Anuncia un terrible ciclón que devastará el país por donde pase.

—¡Un ciclón!

—Como el que dominó tu hijo en medio de los mares.

—¿Qué he de hacer yo para dominarlo?

—Contra eso no puedes hacer nada, pero te librarás de él si haces lo que te diga.

—Lo haré sin duda alguna.

—Llegará el ciclón antes que vosotros á la población donde vais á dormir esta noche. Oye lo que debes hacer: al terminar este bosque hallarás una cordillera que se extiende de Levante á Poniente, busca en ella un barranco que os cubra bien la parte Sur. En la hondonada podéis defender vuestra existencia y hasta la de vuestros caballos. Con eso te basta.

—¿Ya te vas?

—Sí. Si hallaseis cuevas, ocultaos en ellas.

—¿Me aguardabas aquí?

—Sí.

—¿Tienes paraje donde guarecerte del ciclón?

—Sí, un monasterio.

—¿Nada más me puedes decir de mi hijo?

—Mísero mortal, continúa tu camino, ten confian-

za en Dios y no dudes jamás de su providencia. Adiós, hermano.

—¿Cuándo volveré á verte?

—Pronto.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Ambos se estrecharon, el uno se fué al monasterio próximo y el otro se incorporó con Zalla y Ontoria, que se hallaban vueltos de espalda y cuestionando sobre la batalla del día anterior.

CAPÍTULO XXXIX

Marcha rápida.—El ciclón.—La Providencia.—Tepeaca.

—Adelante, señores,—dijo el duque de Ontoria y Zalla incorporándose con ellos;—no os detengais.

—¿Ocurre algo grave?

—Sí.

—¿Nos batiremos hoy?

—Hoy nos atacará un enemigo más poderoso que todos los hombres y no haremos poco con librarnos de su furia.

—¿Cómo se llama, señor?—le preguntó Zalla.

—Ciclón.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque no le conozco y deseaba conocerlo.

—¿Para qué?

—Para admirar á mi maestro, comprendiendo prác-

ticamente la grandeza de su talento al vencer á un enemigo tan poderoso.

—Valía más no conocerlo,—añadió Ontoria.

—Con aplausos lo he de recibir.

—Más os valiera pensar en la Virgen.

—Pensaré en mi Madre celestial antes; cuando llegue el ciclón no, porque entonces pensaré en él y en mi maestro.

A buen paso continuaron nuestros amigos, llegando á donde estaba la escolta al terminar las tres horas de descanso.

Los criados iban á botar sillas, cuando oyeron la voz del duque que les decía:

Abreviad cuanto podáis, y á caballo todos.

Después llamó á Juan Oaxacay, preguntándole:

—Capitán, ¿conoces el camino que vamos á seguir.

—Sí, señor.

—¿Después del bosque sigue una cordillera?

—Sí, señor.

—¿Habrá en ella algún barranco?

—Varios.

—¿Resguardados del Sur.

—Uno lo está perfectamente.

—Id con vuestros paisanos delante de nosotros en dirección de ese barranco, al cual bajaremos sin detenernos nada.

—¡Tenemos ciclón, mi general?

—Sí.

—Me lo había figurado.

—¿Los conoces?

—He presenciado varios.

—¿Grandes?

—Algunos terribles.

—¿En qué lo has conocido?

—En aquella nube cenicienta, pero no hice caso creyendo que no lo sería.

—Pues lo es.

—Sí, lo comprendo, y correra de Sur á Norte.

—Eso es.

—Ahora lo veo claro.

—¿Podemos montar?—preguntó el duque.

—Sí, señor.

—¿Todos?

—Todos.

—Pues á caballo, y trotemos.

Así lo hicieron tratando de cruzar el bosque á buen paso.

Al salir de aquél empezó á oscurecer, no obstante quedar todavía cerca de cuatro horas de luz.

Los que acompañaban al duque, menos Zalla, Ontoria y Oaxacay, iban admirados de aquel principio de oscuridad á una hora tan temprana.

Nada decía Osorio á Oaxacay, que iba delante, pues comprendía que era más conocedor que él de aquellos fenómenos, y lo dejaba que guiase.

Llegaron á una cuesta y Oaxacay picó á su caballo.

—A escape,—gritó el duque.

La subieron, y el nuevo capitán se salió del camino, torciendo á la derecha y dejando su caballo al paso.

Lo mismo mandó Osorio á los de su escolta.

Iban ahora por un terreno escabroso y expuesto á caídas. Por esta causa caminaban despacio.

La luz faltando por momentos.

Llegaron á un paraje en que Juan echó pie á tierra cogiendo su caballo del diestro.

Lo mismo hicieron todos, desde el duque hasta el último criado, comenzando á bajar una cuesta grande, sinuosa y de difícil descenso.

Aun cuando lucharon con grandes dificultades llegaron al fondo sin caer ninguno.

Estaban en los más hondo de un barranco que los resguardaba perfectamente del viento Sur.

Oaxacay se acercó al duque, diciéndole:

—Señor, es conveniente que quiten la silla y arreos á los caballos y que los dejen separados unos de otros.

En el acto lo mandó Osorio, preguntando á Juan:

—¿Y ahora?

—Sentémonos en el suelo ó sobre las sillas para presenciar el terrible fenómeno que va á cruzar por encima de nosotros.

—¡No lloverá?

—Se me había olvidado. A la izquierda hay una cueva: que lleven á ella las monturas y arreos. También nosotros podemos guarecernos en ella. Pero que abrevien, que como veis nos vamos á quedar sin luz.

—¿Y los caballos?

A esos los salvará su instinto. Ved como todos se echan en tierra.

Diez minutos después monturas y jinetes estaban dentro de la cueva.

La oscuridad era ya completa.

De pronto se oyó como un trueno que hizo temblar los montes y repitieron el eco por algunos segundos.

A ese trueno siguió otro continuado que extremecía hasta las montañas.

Zalla estaba á la puerta de la cueva y miraba hacia arriba diciendo:

—¡Qné atrocidadad, señor!

—¿Qué ves, Ricardo?

—La electricidad que arde, y á su luz veo cruzar por encima de nosotros árboles que vuelan, piedras grandes y una atmósfera de fuego y de ceniza. Esto se maravilloso, señor.

—¡Vaya una maravilla!—exclamó Ontoria.

—Una maravilla, sí; ¡qué grande es el poder de Dios! Las fuerzas que pasan por encima de nosotros, arrancan los árboles más corpulentos, arrastran peñascos inmensos, barren los campos; estoy seguro que derriban las casas y á su empuje perecen los animales. Señores, esto en medio del mar debe ser insostenible, destructor para todo barco que coja, mortal para todo infeliz que sólo se halle defendido por débiles tablas. Pues bien, de todo esto libró mi maéstro don Flaviano á su buque y á cuantos en él iban. Grande es la potencia de ese fenómeno, pero más grande es todavía el talento de Flaviano de Osorio.

—Bien, amigo mío, bien, haces justicia á mi hijo. Que te conteste el maestre Ontoria,—dijo el duque.

—Le contesto, señor, que si el hijo salvó en el mar á los que le acompañaban, el padre nos acaba de sal-

var á todos nosotros. Si no hubiéramos oprimido á los caballos y bajado aquí con el tiempo preciso, todos seríamos ya víctimas de esa furia que hierve sobre nosotros.

—No es cierto, maestre; yo no os he librado de estos fenómenos que me eran desconocidos y que este es el primero que veo: nos ha librado un santo, y nada más me preguntéis.

—¡Un santo!—exclamaron todos.

—Un santo,—añadió Zalla,—que hace milagros y lo merece por su ejemplar conducta. Pero mi maestro sin serlo hizo más hasta ahora como militar y como sabio.

—¿Qué ves, Zalla?—le preguntó el duque para hacerle variar de conversación.

—Entre los torbellinos del huracán y de la electricidad vienen ahora los de agua. ¡Pobres caballos, cómo se van á poner!

—¿No los ves?

—Sí, cuando brilla la electricidad.

—¿Y qué hacen?

—Se han puesto todos de pie y se están subiendo á uua meseta que hay en la bajada del barranco.

—¡Qué instinto tan sabio!

—Donde se están colocando no puede ahogarse ninguno á no coger el barranco más de veinte varas de agua, lo cual es imposible.

—¡Jesús!—exclamaron todos menos el duque y Zalla qae sacaron la cabeza para ver si podían distinguir algo.

Se escuchó otro trueno mayor que ninguno, rodaron varias piedras al barranco y las montañas temblaron como obedeciendo á la fuerza de un terremoto.

A aquel trueno seguían otros muchos con intervalos que dejaban escuchar el ruido de los árboles y piedras que el furioso ciclón arrastraba.

—¿Qué veis, Zalla?—se atrevió á preguntarle Ontoria.

—Maestre, yo no sé lo que pasa por encima de nosotros, porque aun cuando la electricidad me está proporcionando una luz clarísima, pasa todo con una rapidez que no puedo verlo bien. Creo que son árboles y hasta pedazos de monte.

—¿Será el fin del mundo?

—No, maestre, no temais eso; el fin de la tierra fué ayer para los indios que matásteis, que no fueron pocos.

—¡Qué remedio!

—El mejor para estos momentos en que la naturaleza parece querer destruir la obra sabia y poderosa de Dios; pero que le sucederá lo mismo que á los rebeldes con nosotros.

—Quien sabe.

—Cualquiera. ¡Qué falta os está haciendo aquí la presencia de mi maestro!

—¿Para qué?

—Él os explicaría lo que es este fenómeno que presenciamos, lo que va á durar y todo lo que está sucediendo desde este sitio interior en que os hallais.

—¿Con qué pruebas?

—Con las de la ciencia que vos desconocéis y él posee en alto grado.

—Me alegraría.

—Otro trueno que nos ha dejado sordos.

—Y otro

—Daos prisa y acabad pronto, señor ciclón.

—En el caso de que acabe.

—Yo os aseguro que antes de una hora ha terminado.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El sentido común. Estos cataclismos duran poco; ¿quién podía con ellos si sucediera lo contrario?

—Eso es verdad.

—Se vendría el mundo abajo y eso no lo permite Dios.

—Pero no mengua.

—No, estamos ahora en lo mejor de la función.

—No llaméis á esto función.

—Y muy divertida para los que no la tememos. Figuraos que veo pasar por encima de mí pedazos de mundo, impelidos por un poder casi mágico, y á mí nada me ocurre en esta bendita cueva donde nos ha metido mi compañero Oaxacay. Veo además volar árboles, lo cual no se puede creer sin tenerlo delante. Veo la electricidad inflamada que parece una luz divina sin que me caliente ni abrase. Y oigo, por último, truenos y ruidos que parece se abre el mundo y no es verdad; y nada sucede que pueda amedrentarnos con justa causa.

—¡Si nos hubiera cogido en el bosque, no diríais eso!

—Cierto; si nos coge allí, revueltos con pedazos de mundo, con árboles jóvenes y seculares y hasta con plantas y tierra, iríamos volando, yo á los cielos, y vos, señor maestre, sábelo Dios; es tan dudoso, que no se puede vaticinar donde iríais vos.

—¿Lo oís, mi general? ¿Qué respeto le tiene á su jefe, y para que no quede duda me llama maestre.

—Dejadlo, Ontoria, y aplaudid su valor como merece. ¿Dónde vas?

—No salgo, señor; es que se están abriendo las cataratas del cielo y quisiera ver qué suerte corren los caballos.

—¿Qué has visto?

—Nada; el torrente que cae me impide ver.

—Pero el aire no cede.

—¡El aire, mi querido maestre! No es mal aire. Ya para lo que falta llamadle brisa ó aura. Es un huracán que aterra á los que se asustan de esas cosas; pero estad seguro que como continúe esa lluvia torrencial pronto veremos el sol.

—Eso lo suponéis.

—No, lo dice la ciencia.

—¿Qué ciencia?

—La que me enseñó mi maestro.

—¿Lo creéis posible, Oaxacay?

—Sí, señor; de ese modo suelen terminar los ciclones.

—¿Y se sienten muy á menudo esos ciclones en este país?

—No, señor.

—Me alegro.

Poco á poco fueron tranquilizándose Ontoria y los que como él, que eran la mayoria, temían las consecuencias del imponente fenómeno.

Según aumentaban los torrentes de agua, parecía perder su fuerza el huracán, amenguando á la vez los fenómenos eléctricos.

Los truenos también cedían en estrépito, y media hora después todo calmaba. Hasta el agua que había caído en una abundancia desconocida.

A la hora y media de haber empezado el ciclón terminaba por completo su furia.

Nuestros amigos pudieron volver á ver el sol en aquel día, si bien velado por lo espeso de una atmósfera saturada de moléculas y átomos de la mucha tierra que el ciclón había levantado.

El barranco en que se hallaban había llegado á tener tres varas de agua en su parte más profunda; es decir, que si nuestros amigos no se meten en la cueva que se hallaba situada á más de veinte varas del fondo lo hubieran pasado mal.

Los caballos, con ese instinto noble que la Providencia les ha concedido, seguían en la parte alta en que se situaron; allí sufrieron toda el agua que había caído, pero sin que nada más les lastimase.

El primero que abandonó la cueva fué Zalla continuando al nivel de aquella hasta que llegó á los caballos y los reconoció.

Luego subió á la superficie mirando en torno cuanto alcanzaba la vista.

Seguidamente se volvió á la cueva.

—Hablad paloma de Noe,—le dijo Ontoria,—¿se puede andar ya por el mundo?

—Sí, señor, con trabajo.

—¿Cómo están los caballos?—le preguntó el duque.

—No falta ninguno ni están mal. Se mojaron mucho y nada más.

—¿Qué has visto?

—Arboles tronchados, arrancados otros de cuajo, montones de tierra donde había hoyos y de estos donde había otra cosa, con charcos de agua por el llano y eso es todo.

—¿Cuánto dista de aquí el pueblo donde debemos dormir, Oaxacay?

—Poco más de una legua.

—Quedará de luz media hora y todo el crepúsculo vespertino, y en ese caso debemos abreviar. Ensillad los caballos y salgamos lo antes posible.

Así lo hicieron llevando del diestro los potros hasta llegar al camino que apenas se conocía por el barro, hojas y ramas de árboles que lo cubrían en parte.

—No debemos ir deprisa, señor,—dijo Oaxacay al duque,—conozco el camino y no yendo deprisa nada malo debe ocurrirnos.

—Ve adelante, Juan, y te seguiremos al paso que quieras.

Rota la marcha comenzaron á ver los efectos del ciclón.

Sitios poblados quedaron sin un árbol y se presentaba el campo arrasado. Los montones de tierra de que

les había hablado Zalla lo eran de barro, puesto que el agua la había amasado.

Hoyos grandes que antes tuvieron arena, ofrecían peligro que evitaba la lentitud y cuidado con que marchaban.

Otras veces encontraban troncos y ramas de árboles que el fango los tenían medio enterrados y obligaban á los del duque á dar rodeos para poder cruzar con menos peligro aquel intransitable camino.

Llegó la noche y tuvieron que dejar las bridas flojas para que el instinto de los animales los llevara hacia el anhelado pueblo donde debían pernoctar aquella noche.

Por último, después de dos horas de caminar á campo atraviesa, distinguieron luces que eran la señal de su aproximación á la villa donde debían descansar.

Llegaban con agua y lodo hasta las barrigas de los caballos y cerca de la rodilla de ellos y salpicados de barro desde el casco hasta los pies.

CAPÍTULO XL

Continúan los estragos del ciclón.—Tepeaca.—Una denuncia —Un lago.—Una autoridad que quiere y puede.—Un pueblo que halla su Providencia.

Lo primero que se presentó á la vista del duque fué una laguna, cuyo líquido brillaba al resplandor de las luces de la próxima ciudad.

Luego vió que se adelantaban hacia él varios hombres con hachas encendidas y mandó hacer alto antes de entrar en la que parecía laguna.

Aquellos hombres se acercaron á Osorio preguntándole uno que iba á caballo:

—¿Es vuecencia el generalísimo, señor duque del Imperio?

—Sí,—le contestó aquél.

—Ah, señor, creimos que vuecencia y todos los que os acompañan habían perecido esta tarde.

—No; nada nos ha ocurrido.

—Casi un milagro debe haber sido.

—¿Quién sois?

—El segundo alcalde, y salgo á recibiros en nombre de mi jefe y mío.

—Gracias.

—Nos avisaron vuestra llegada y todo lo estábamos disponiendo para haceros un recibimiento digno de vuecencia, cuando se desencadenó el ciclón arruinando nuestra querida ciudad.

—No me deis tratamiento y contadme lo ocurrido aquí.

—Gracias, señor. El fin del mundo parecía. El ciclón, señor duque, derribó cuarenta casas, mató á varios desgraciados, y luego la hermosa campiña que teníamos la arrasó, convirtiéndola, como veis, en laguna.

—Gran desgracia ha sido, alcalde.

—Pasan de cincuenta los muertos y heridos que llevamos contados, y son incalculables las pérdidas que hemos sufrido en nuestros intereses.

—Lo siento mucho y contad con mi protección.

—Sabiendo con alguna anticipación que veníais, todo el pueblo se preparaba, llegó el ciclón, hizo lo que os he dicho, y temiendo por vos, mientras mi jefe se ocupa de remediar las necesidades más urgentes de la ciudad, yo salí á recibiros por si la Providencia se había dignado, como felizmente ha sucedido, salvar vuestra preciosa vida. La casa, señor, del primer alcalde está á vuestra disposición, para vos y el estado mayor; la mía para el resto de la escolta; os rogamos, señor, aceptéis.

—Con mucho gusto, alcalde.

—Señor, después de convenir con mi jefe en lo que acabo de exponer, pensé evitaros el espectáculo aflictivo que presenta la ciudad de Tepeaca, y mandé preguntar á la señora María Ramos, dueña de ese castillo que tenéis á la derecha, si quería tener el honor de recibiros. Pero es una mujer avara, de mala crianza y me mandó á decir que era mucha gente y no podía aceptarla en su castillo. Siento, señor, que presencieis el cuadro que pronto tendréis delante, pero no es posible otra cosa.

—¿Qué origen tiene María Ramos?

—Es una criolla que heredó de su padre una inmensa fortuna.

—¿Cómo la adquirió el padre?

—Señor, vino pobre de España y se enriqueció, no se sabe cómo.

—Pero debe sospecharse, ¿qué sospechais?

—Hay quien dice que hace ya bastantes años murió de repente una mujer poderosa, que estuvo casada con un cacique muy rico, la dejó por heredera, y nada se supo después del tesoro del cacique que debía poseer su viuda. Quien eso dice, añade que fué robada por Ramos, amante de dicha señora. Pero nada más se sabe ni eso se puede probar.

—Alcalde, id delante y llevadnos á casa de vuestro jefe. ¿Habitais cerca de donde él vive?

—Al lado, señor.

—Pues guiadnos.

Y entre hachas de viento atravesó el duque y des-

pués su escolta aquella laguna que rodeaba á Tepeaca

Era una desolación el aspecto de la ciudad.

Por todas partes se veían ruinas de casas, las calles de la ciudad parecían canales por las que el agua corría, y sólo se escuchaban lamentos y sollozos de los desgraciados que habían perdido una persona amada y cuanto tenían.

Condolido el duque de cuanto veía y escuchaba, entró en casa del alcalde primero, diciendo al segundo:

—Aposentadnos en las dos casas que me habéis ofrecido, y partid inmediatamente en busca de vuestro jefe: le reemplazáis en todo lo que esté haciendo y decidle de mi parte que venga al momento. Que no se cuiden de nuestra comida ó cena hasta que yo concluya lo que tengo que hacer con el primer alcalde.

—Vendrá al momento, señor.

Quedó el duque en el estrado de la casa con Ontoria y los capitanes, y los restantes oficiales pasaron al gabinete contiguo.

No hicieron otra cosa que quitarse el casco, la coraza, espaldar y manoplas, conservando encima de la cota de malla el largo tabardo que todos llevaban.

Seguían mojados y llenas de barro sus vestiduras.

Media hora después entró el primer alcalde, diciéndole:

—Señor, perdone vuecencia...

—Alcalde,—le dijo Osorio interrumpiéndole,—ni me deis tratamiento ni os disculpéis de nada. La misión que estáis desempeñando en este momento se antepone

á todo, ¿lo oís? á todo; y por Dios que no os llamo para separaros de ella, sino para ayudaros y contribuir con mi bolsillo, con mi autoridad, y si necesario fuese, con mi persona, á mitigar las degracias de tanto desventurado. Contestad ahora á mis preguntas: ¿Os estáis ocupando de los infelices que han quedado sin tener nada que comer ni albergue donde dormir?

—Eso hacía, señor.

—¿Dónde los mandáis?

—A la iglesia, á la sacristía, á la casa del cura y á la de algunos vecinos que se han ofrecido.

—Eso no puede ni debe ser. La iglesia es para adorar á Dios, y sólo en casos extremos debe recurrirse á ese medio. Tampoco debemos aumentar las pérdidas y molestias de los generosos vecinos que tanto habrán sufrido con el ciclón. ¿Cuántos creéis que serán los que han quedado á padecer?

—Sobre doscientos, señor.

—Caben muchos más en el castillo de María Ramos.

—¿Pero sabéis quién es esa señora?

—Lo he de avereguar, que me interesa su historia, pero hasta tanto que lo logre, decidme vos algo de ella.

—Es avara, inhumana, y tan soberbia que sólo cumple su voluntad.

—¿Soltera?

—Sí, señor, y fiada en la influencia que le dan sus muchas riquezas, avasalla y atropella á cuantos la rodean.

—Eso es una especie de fiera, alcalde.

—Eso la llaman, señor.

—Pues si es fiera vamos á domesticarla. Sentaos delante de esa mesa y escribid lo que yo os mande.

—¡Señor!

—Obedeced.

—Dictadme, señor.

«Por mandato del excelentísimo señor duque del Imperio, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de su majestad el rey nuestro señor, don Felipe III, ordeno y mando lo siguiente: Diez soldados del rey al mando del capitán don Ricardo Zalla, tomarán posesión del castillo de María Ramos y aposentarán en él á cuantos desgraciados quedaron hoy en esta ciudad sin casa ni hogar. La dueña de ese edificio dará á esos infortunados todos los colchones y ropas que tenga en el castillo y no use en estos momentos.

«El excelentísimo señor duque del Imperio impone pena de la vida á todo el que se oponga al cumplimiento de esta orden, ó dude ó vacile al cumplimentarla».

—Poned la fecha, firmar y yo le pondré el visto bueno.

—Ya está, señor.

—Capitán Zalla, id con diez soldados de mi escolta y tomad posesión de ese castillo, cumpliendo y haciendo cumplir esa orden.

—Al momento, señor.

—Que os acompañen con hachas encendidas, y si tardan en abriros las puertas del castillo las echais abajo. De aquí os llevarán la cena á las once, y cuando

innecesaria sea vuestra presencia allí, regreséis á mi lado. Salid.

Ahora, alcalde, empezad otro escrito.

—Cuando gustéis, señor.

Lista con los nombres y apellidos de la almas nobles y generosas que, condolidas de la suerte infortunada de tanto infeliz como ha quedado hoy expuesto á perecer por los efectos del ciclón, ofrecen entregar en el acto las cantidades señaladas al margen para que puedan ser socorridos por el alcalde y cura párroco de Tepeaca.

Excelentísimo señor duque del Imperio: dos mil ducados.

El maestre Ontoria: 100.

El capitán Zalla: 100.

—Que vayan poniendo lo que les parezca los restantes individuos de mi escolta.

Después vos, el segundo alcalde, el cura y todos los pudientes de esta ciudad. No os marchéis sin recoger mi donativo, que os entregará mi mayordomo en oro y el de todos los individuos de mi escolta. Continuad ahora vuestra penosa misión en la calle. Quiero que me digáis esta noche la hora en que habeis aposentado en el castillo á todos los que no tenían casa ni hogar. Y me enseñáis mañana la suma total que arroja esa lista. Adiós, alcalde. Ontoria, pedid la cena y vamos á la mesa.

—¿Me permitís, señor, que os diga sólo dos frases?

—Las que queráis, pero abreviad.

—Así se manda, señor; como vos, sólo como vos.

—Pues tomad la lección.

Salió el alcalde y nuestros amigos se sentaron á la mesa.

No era mala la cena que les ofrecían ni el apetito con que ellos la recibieron fué escaso.

Concluyeron aquel acto y quedaron en el comedor de sobremesa.

A la vez que ellos, habían cenado los restantes individuos de la escolta.

Allí permanecieron el duque, Ontoria, Oaxacay y demás capitanes hasta las doce de la noche que regresó Zalla.

—¿Qué ha ocurrido, capitán?

—Poca cosa, señor; entré en el castillo y mientras los soldados tomaban posesión de él, yo leí á María Ramos la orden del alcalde; fué á replicar y la interrumpí diciendo:

—Señora, al que me haga la menor objeción le arcabuceo en el acto, sea quien fuere y pertenezca á uno ú otro sexo.

—No iba á hacer objeción, señor capitán,—me dijo,—iba á deciros que quisiera merecer el honor de hospedar en mi castillo al excelentísimo señor duque del Imperio.

—Eso no es posible,—le contesté.—¿Cómo ha de haceros ese honor un grande de España y generalísimo de los ejércitos de mar y tierra? Pedís un disparate.

—Otros lo habían imaginado antes que yo,—replicó.

—Pues todo el que eso discurra,—añadí,—carece de sentido común. Mi generalísimo representa á su

majestad el rey en esta ciudad; es el mismo monarca aquí y era mucho rebajarse descender á la morada de una mujer que no tiene otro título que el de ser criolla.

—Soy muy rica,—murmuró.

—Quinientas veces más lo es el señor duque, que nada necesita de nadie,—repliqué.—Si sois en efecto rica, demostradlo á esos infelices que han quedado hoy pereciendo por causa del ciclón.

—Yo nada tengo que ver con ellos. Y puesto que traéis á mi castillo toda la pobretería de la ciudad y sucumbo ante el derecho de la fuerza, yo tampoco quiero alternar con esa canalla.

Y me volvió la espalda para marcharse, pero la obligué á que pusiera á mi disposición cuanto tenía en colchones, ropa de cama y utensilios de cocina y la dejé partir á la casa de uno de sus colonos, donde se fué con todos sus sirvientes. Dueño del castillo he hospedado en él más de doscientos infelices y allí quedaron perfectamente, pues remitió el alcalde las camas que faltaban, y me retiré dejándolos al cuidado de una guardia de diez hombres armados que mandó la autoridad.

—¿Has cenado?

—Sí, señor duque; mandó el alcalde alimento para todos cuantos estábamos en el castillo. Para mí fué una excelente comida. Ya le he entregado los cien ducados en oro que me correspondían con destino al socorro de los desgraciados.

—Muy bien, Zalla. Señores, todos estaréis cansados

como yo de la marcha de hoy y particularmente de la molestia de la noche por entre agua, barro y los mil estorbos que nos puso el ciclón, pero no debemos retirarnos hasta que regrese el alcalde, sepamos todo lo que ha hecho y le ayudaremos en la filantrópica misión que noblemente se ha impuesto.

—Haremos cuanto mandéis; yo ya he descansado bastante.

—Y todos.

—Sea en buen hora. ¿Qué noticias tienes del alcalde primero, Zalla?—dijo el duque con intención.

—Excelentes, señor. Se llama Angel Rubio, vino de España como alférez, casó en la capital con una india bien acomodada y se vino á esta ciudad en la que su esposa tiene casi toda su fortuna.

Después lo nombró el príncipe Julio alcalde perpétuo y está demostrando energía, talento y amor á la justicia.

—¿Dónde nació?

—En la Coruña. Antes de dedicarse á nuestra carrera estudió en Alcalá y sabe lo bastante para ser un buen magistrado.

—Me das noticias que me son muy gratas. La suerte nos ha traído á esta ciudad cuando era víctima de una gran desgracia y no saldremos de ella sin haber remediado todo cuanto sea posible.

Y continuaron hablando hasta la una de la madrugada que llegó el alcalde, rendido y con agua hasta las rodillas.

—Muy bien, Angel Rubio,—le dijo el duque,—sen-

taos á mi lado, os lo mando. ¿Quedan todos los desgraciados en sus camas y bajo cubierta?

—Todos, señor.

—¿Sacasteis también á los que se guarecían en edificios que amenazaban ruina?

—Más de trescientos tengo ya en el castillo; no temáis que ocurra nuevo siniestro por culpa de las autoridades ni por los vecinos.

—¿Todos los recogidos, han cenado?

—Todos y á ninguno les faltará nada en lo sucesivo.

—¿Qué recaudación habéis hecho?

—Asombrosa, señor: con el ejemplo que habéis dado ningún rico se negó y, admiraos, dispongo ya de veinte mil ducados para esos desgraciados. Casi hay lo bastante para reedificar la ciudad y socorrer á los más pobres, un mes. Al llegar aquí, no fuísteis un duque ni un general sino la Providencia disfrazada de grande de España.

—¿Traéis la lista de donativos?

—Sí, señor, conmigo viene.

—Dadmela.

El duque la leyó, diciéndole:

—Mi escolta ha dado mil ducados.

—Hasta los pobres soldados dieron algo.

—No hay á mi lado nadie pobre, alcalde.

—Ni era posible, señor, siendo vos rico.

—Vos disteis quinientos.

—Si, señor; todo lo que tenía en mi casa.

—Muy bien. Pero no veo en esta lista á la persona más rica de la ciudad.

—¿Quién, señor?

—María Ramos.

—No lo está.

—¿Pero se la mandasteis?

—Si, señor.

—¿Y qué contestó?

—Que daba de sobra con haber tenido que abandonar su castillo.

—¡De sobra! Ya lo veremos. Oidme con atención, alcalde.

—Con toda la que puedo, señor.

—Dicen que la fortuna de esa señora no tiene buen origen.

—Eso aseguran.

—¿Residió su padre en esta ciudad?

—Sí, señor.

—Y uno que fué cacique y la viuda de éste ¿qué representan en este asunto?

—De aquí era él y aquí murieron.

—¿Qué tenía el padre de esa señora cuando murió el cacique?

—Nada, vivía según cuentan del engaño y de la estafa. Creo que era fugado de galeras.

—Dicen que tuvo relaciones amorosas con la viuda del cacique.

—Las tuvo.

—¿En absoluto?

—Me consta.

—De que murió la viuda.

—De repente.

—¿Pero de qué enfermedad?

—Se ignora.

—Quién la heredó·

—Nadie. Porque solo se hallaron los muebles y ropas con lo cual hubo para pagar entierro y unas deudas que resultaron.

—¿Siendo tan rica?

—Sí, señor.

—Hizo testamento.

—No ha parecido.

—Angel Rubio, esa viuda murió envenenada robándole cuanto tenía.

—Eso parece, señor.

—Descansad esta noche y mañana antes de marchar, nos ocuparemos del descubrimiento de esos dos crímenes.

—¿Después de tanto tiempo trascurrido?

—¿Cuánto tiempo hace que falleció el cacique?

—Doce años.

—¿Y la viuda?

—¿Ocho.

—¿Y el padre de María Ramos?

—Cinco.

—Eso fué ayer, Rubio, y manda el rey que se descubran esos crímenes hoy ya que ayer no se hizo.

—Muerto el causante...

—Quedan los bienes robados.

—¿Qué os proponeis, señor?

—Decidme antes, ¿dejó herederos la viuda del cacique?

—No, señor, era de Guatemala y jamás se le conoció pariente alguno. Estando allí emigrado el cacique casó con ella y se la trajo como la mujer más hermosa del mundo.

—¿Pero venían casados?

—Ellos decían que sí.

—¿Eran católicos?

—Lo aparentaban.

—Rubio, me propongo descubrir ese crimen para que todo lo robado á la viuda del cacique se aplique á esta ciudad y vuelva á tener su hermosa campiña, sus casas levantadas de nuevo y no quede un pobre en ella.

—¡Qué pensamiento tan grande, señor!

—Esto en el caso de que no apareciese ningún legítimo heredero de la viuda.

—En cuanto amanezca empiezo la indagatoria. Cuando el pueblo sepa de lo que se trata, todos los que estén enterados de algo hablarán, y hasta algunos me han de dar documentos justificativos si los hay.

—Angel Rubio, debía marchar al amanecer, pero yo no hago las cosas á medias. Me quedo hasta dejar en buen camino ese asunto. Procurad no detenerme mucho.

—¿Puedo contar con vuestra autoridad en todo?

—Sí, desde ahora os firmaré las órdenes que juzgueis necesarias.

—Pues vamos á descansar y hasta mañana.

Media hora después dormían.

CAPÍTULO XLI

Se abre el arcano.—El castigo que merece la soberbia.—Un pueblo agradecido.—Continua la investigación

A las ocho se levantó el duque, tomó un ligero desayuno y montando á caballo salió con Ontoria y Zalla á recorrer la población.

Pena y dolor le causó el cuadro que se presentó á sus ojos. El ciclón había derribado cuarenta casas y más de sesenta amenazaban ruina.

Las calles estaban llenas de escombros y de árboles arracandos. Sitios había en que obstruía el paso una vara de lodo.

Pero ya nadie se quejaba, todos bendecían al ilustre general que estaba siendo la Providencia de Tepeaca.

Trabajaban en la ciudad más de mil hombres y hasta algunas mujeres y cuando reconocieron á Osorio daban gritos desaforados aclamándole como al salvador

de aquel pueblo. A los balcones y ventanas se asomaban los que estaban dentro de las casas y formaban coro con las de la calle.

Todas las mujeres y muchos hombres lloraban de gratitud.

El alcalde hacía justicia á lo mucho y bueno que el duque estaba realizando.

Ya nadie lo ignoraba.

Cuando Osorio reconoció las calles que pudo, salió fuera de la ciudad contemplando con amargura lo que fué hermosa y extensa campiña convertida en laguna.

El agua rebasaba los límites de lo que la vista alcanzaba.

Allí vió quinientos hombres dando salidas á las aguas y deshaciendo los grandes montones de lodo que había por todas partes.

—En veinticuatro horas,—dijo el duque,—una de las ciudades más ricas de Nueva España se ha convertido en un pueblo arruinado y mísero.

—Es verdad, señor,—le contestó Ontoria.

—Los campos son un yermo y la ciudad un montón de ruinas. ¡Qué dolor!

—Pronto,—dijo Zalla,—sufrirá una completa metamorfosis. Las casas quedarán todas levantadas y los árboles poblarán su hermoso campo.

—Eso quiero, Ricardo.

—Y eso será, queriéndolo vos.

—Tengo tanto empeño como el de ver á mi hijo sano. Para algo nos mandó aquí Dios, librándonos á la vez de los crueles efectos del ciclón.

Regresaron á la casa del alcalde al mediodía.

Una hora después, entró Angel Rubio, diciendo al duque:

—Señor, la comida está dispuesta.

—¿Y el descubrimiento, donde está?

—En Tepeaca.

—¿Cuándo lo veremos?

—Probablemente esta noche.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Al amanecer de mañana. Ya me he puesto de acuerdo con Oaxacay para mejorar el itineranio vuestro. Los efectos del ciclón acabaron para vos en este pueblo

—Vamos á comer.

—Antes firmad este escrito.

—¿Qué dice?

—Que me ordenais instruya en el término más breve un expediente en averiguación de la muerta del cacique Oxume, de su viuda y del paradero del tesoro que estos tenían; y que forme causa criminal, si apareciese delito, contra los que hubiesen sido causantes. Mandais además, bajo las penas más severas que declaren todos los que yo cite y se me entreguen los documentos que existan, se hallen donde quiera, y sin levantar mano falle y remita todas las actuaciones á la audiencia de Méjico dándoos parte de haber verificado todo lo expuesto.

—Está bien; firmo y no os descuideis, toda vez que este asunto no lo perderé de vista hasta que se haya terminado.

—¿No leeis esta orden?

—No.

—¿Por qué, señor?

—Porque el letrado de ayer, alférez luego y alcalde después, tiene el suficiente instinto de conservación para no engañarme.

—¿Eso sólo?

—Y que me merece confianza.

—¿Vamos al comedor?

—Ahora mismo.

Excelente comida ofrecía hoy el alcalde á sus valerosos huéspedes.

Durante la comida hablaron de los extragos del ciclón, añadiendo el alcalde el plan que tenía para remediar los males causados y que no pereciese ni aun sufriera hambre ningun desgraciado.

Y salió Rubio en cuanto acabó de comer.

Poco más tarde pidió permiso para ver al duque un indio alto, fornido, joven, de veinticinco años, pero de mirada torba y antipática.

Le concedieron la audiencia que pedía y entró en el estrado, diciendo al duque con resolución:

—Quería veros á solas.

—¿Qué decís?

—Que quería veros sin estos señores.

—¿Qué decís?

—Así no acabaremos en todo el día.

—Miserable,—le dijo Zalla empujándole;—á su excelencia el duque del Imperio se le habla de otro modo.

—Se me había olvidado. ¿Por qué me pegais?

—Hablad al señor duque como merece, estando delante nosotros, que somos jefes del ejército español, ó marchad de aquí.

—Hablaré, si señor que hablaré: ¿Por qué se ha echado de su castillo á doña María Ramos, si no ha cometido delito alguno?

—¿Qué os importa á vos?—le preguntó Zalla.

—Yo hablaba al señor duque.

—Y yo os contesto, por que toda vuestra raza no merece una sola frase de mi general.

—Me importa porque soy el ahijado de doña María.

—¿Desde cuándo?—le dijo el duque clavando en él una mirada que lo descompuso.

—Hace, no lo sé fijamente, hará cuatro años.

—¿Siendo soltera María Ramos ha prohijado á un hombre de veinte á treinta años?

—Sí, señor.

—¿Por qué causa?

—Porque era amigo de su padre.

—Decid la verdad ú os mando dar tomento. ¿Qué os proponeis con venir á verme?

—Que se nos devuelva el castillo.

—Sepamos antes: ¿Habeis conocido á la viuda del hombre...?

—No señor, no señor,—murmuró el indio sin dejar terminar al duque su pregunta.

—¿Por quién os iba á preguntar?

—Yo no lo sé.

—¿Entonces cómo decís que no conoceis á una persona que no me dejásteis citar?

—Tampoco lo sé.

—Urrutia,—añadió el duque;—escribid las preguntas que llevo hechas á ese hombre y lo que continuemos hablando.

Mientras el capitán secretario escribía, tuvo lugar la siguiente escena:

El indió les volvió las espaldas diciendo:

—Me voy, me voy.

Pero Zalla se le interpuso, exclamando:

—Deteneos. Si dais un paso más os mando poner grillos y esposas.

—Me habeis vuelto á pegar.

—Ahí quieto, inmóvil; contestad á la verdad ú os mando dar tormento.

—Señor duque, este hombre me pega. Como está aquí con tantos...

Todos sonrieron al oir esas frases. Zalla podía con cuantro indios como aquel y acaso con más.

Cuando Urrutia acabó de escribir lo ocurrido hasta entonces, preguntó el duque al indio:

—Decid con toda verdad y exactitud: ¿Por qué causa ó de que modo se hizo rico de pronto el padre de vuestra madrina siendo tan pobre?

El indio palideció, queriendo otra vez marcharse, pero tenía á Zalla á un lado y á Ontoria á otro y ambos le cogieron cada uno por un brazo y lo sacudieron con fuerza exclamando:

—Contestad al señor duque ó te darán tormento.

—Yo no sé. Señor me están castigando demasiado. ¿Por qué me habrán mandado á esta casa...?

—Continuad.

—Nada más.

—¿Quién os ha mandado?

—A mí; no lo sé.

—El padre de tu madrina, mató á la viuda del cacique y le robó cuanto tenía.

—Yo no tomé parte... yo no lo ví,—dijo el indio cada vez más pálido y temblando.

—Vos, añadió el duque,—sabíais dónde estaba el dinero, después os dieron una cantidad y...

—Perdón, señor, perdón, me engañó el padre de mi madrina.

—Vas á morir si no me dices lo verdad. ¿Quién dió el veneno á la viuda del cacique?

—Yo no, yo no.

—¿Pero quién fué?

—El padre de mi madrina.

—¿Qué veneno era?

—Unas yerbas que le trajeron del monte.

—¿Quién se las trajo?

—Calisca.

—¿Vive Calisca?

—Sí, señor, en Oaxaca.

—¿Cuánto dió por ellas?

—Doscientos ducados.

—¿Tardó mucho en morir la viuda del cacique?

—No, señor, una hora.

—¿Qué decía cuando estaba con las ansias de la muerte?

—Me has muerto para robarme. Y pedia auxilio.

—¿Nadie acudió?

—No lo oyeron, estaba encerrada y nadie había por allí cerca.

—Mientes, estabas tú y su hija.

—Si, pero los dos solos.

—Basta,—exclamó el duque.—Sabemos que el padre la envenenó siendo cómplices la hija y ese indio; acaso también resulta complicado ese Calisca, que está en Oaxaca.

Para que éste acabe de declarar y su madrina confiese lo necesario, tiene el alcalde el tormento. Ah, se me olvidaba una cosa importante:

—Decid, ¿desde cuando sois el amante de vuestra madrina?

—Yo no, yo no.

—Si prefieres decirlo en el tormento, sea.

—En el tormento no.

—¿Desde cuando duermes con tu madrina?

—Todas las noches, no.

—Bien, algunas.

—Algunas desde antes de morir su padre.

—¿Mucho antes?

—Sí, señor. Tenía yo diez y siete años y ahora tengo veintiocho.

—¿Cuántos hijos habéis tenido?

—Yo ninguno; ella dos.

—¿Dónde los tiene?

—No lo sabe nadie.

—Eso es que los mató.

—Me lo he figurado, pero no lo sé.

—También lo direis en el tormento.

—Ella podrá, yo no.

—Cerrad esa indagatoria, Urrutia,—dijo el duque:—Zalla,—añadió,—que se lleven á este hombre dos soldados y lo encierren hasta que regrese el alcalde. Que no lo pierdan de vista. ¿Decid, sabeis escribir?

—No, señor,—contestó el indio.

—Ontoria, firmad por él y os recomiendo su persona á vos y á Zalla; vigilad vosotros á los que vigilan á él.

—Descuidad, señor duque.

—Y vos, ahijado de María, seguid á esos caballeros.

—¿Dónde me llevan, señor?

—Cerca, á una de las habitaciones contiguas.

—Yo he dicho la verdad.

—Por eso, de lo contrario iríais al tormento.

—No he mentido. Lo de los hijos de mi madrina no lo sé yo; quisiera que pareciesen.

—Se hará lo posible. Salid.

Y se lo llevaron entre el maestre y el capitán.

El duque leyó toda la indagatoria y después la firmó guardándola.

Casi á la vez volvían Ontoria y Zalla. El primero exclamó:

—¡Qué hábil, que acertado estuvísteis, mi general! Os bastó una mirada para comprender que ese bárbaro era el amante de María Ramos y el cómplice de su padre.

—En efecto, leí en su rostro ambas cosas.

—Y luego, dando por hecho que eran realidades

vuestras sospechas; ¡con qué facilidad le sacásteis la verdad!

—No me fué difícil, no.

—Poco le queda que hacer al alcalde.

—Ahora se me ocurre otra idea; no es conveniente dar tiempo á los malvados para que piensen y realicen. Si esa mujer llega á sospechar algo, tan rica como es, puede huir, llevándose una parte de su tesoro, si todo no le es posible. Ontoria, Zalla, amigos míos, buscad á María Ramos y prendedla. Sobra motivo para justificar esa prisión con la declaración de su ahijado. Urrutia, poned la orden.

—¿Dónde la encerramos, señor?

—En su castillo, pero bien asegurada.

—Se va á resistir

—Claro es, por eso vais dos. Si no hubiese otro medio la llevais en brazos.

—¿Firmais, señor? —le preguntó Urrutia.

—Con mucho gusto. Tomad, Ontoria; partid al momento.

Salieron aquellos y el duque dijo á Urrutia:

—Tomad esa indagatoria y ampliadla. Decid que después de lo actuado se ha procedido á la prisión de María Ramos por la complicidad que resulta de las declaraciones de su ahijado. Y que la dejamos bien asegurada en el castillo que dice ser de su propiedad.

—¿Nada más?

—¿Tomásteis bien el nombre, apellido y filiación del ahijado?

—Sí, señor.

—Pues acabad; pondré otra firma y lo guardaremos.

—Positivamente va á quedar el alcalde sorprendido y admirado cuando lea ese escrito,—le dijo el capitán Oaxacay.

—Antes que eso suceda oiremos qué es lo que él hizo andando y requiriendo por la ciudad.

—Eso es.

—Poco habrá conseguido.

—¿No os ha sucedido á vos lo mismo?

—Lo nuestro no tiene mérito alguno, Oaxacay.

—¿Que no?

—Claro es. Si María Ramos me lleva á su castillo, como quería el segundo alcalde, no ocurre nada de lo que está sucediendo. Fué necesario su desaire y hasta que parásemos en casa de un buen español y muy entendido para que esto aconteciese.

—Es verdad.

—Por eso creo yo que todo es providencial.

—Parece así.

—Y me afirmo más en esa creencia, considerando la segunda y gran torpeza de esa mujer al mandarme un indio tan imbécil, pidiendo la devolución del castillo.

—Preciso es creer,—dijo Urrutia, que ya había puesto el último escrito,—que hubo algo providencial. No admite una criolla en su casa á un poderoso solicitado por las reinas.

—Eso fué un día, ahora no.

—Señor, no hace seis meses que pasando por Madrid la...

—Callad, no pronuncieis nombres sagrados.

—Bien, una reina os invitó...

—Silencio, ya lo recuerdo.

—En tanto que esa criolla ni conocer ha querido al que desdeña las reinas.

—Desdén no, es sólo cumplir con los deberes...

—Sí, eso es, con los deberes de buena educación.

Y continuaron hablando dos horas que tardaron en volver Ontoria y Zalla.

—Señor,—dijo el primero:—queda cumplida vuestra orden.

—¿Dónde la hallásteis?

—Cerca del castillo en la casa de un colono suyo.

—¿Opuso resistencia?

—Tenaz y larga.

—Y vosotros...

—Como se trataba de una señora con humos de feudal, obligamos á sus sirvientes á que cargaran con ella y la llevasen al castillo. ¿Como habíamos nosotros de tocar á una dama tan principal?

—¿Y luego?

—Despedimos á sus sirvientes y la encerramos en los sótanos del castillo.

—¡En los sótanos!

—Si, señor, daba tales gritos que estaba molestando á los nuevos inquilinos de aquel grandioso edificio.

—¡A los pobres recogidos allí!

—Sí, señor, sufrieron mucho anoche y necesitan silencio para reposar.

—¿Podrá escaparse?

—No es fácil. Antes de llegar á ella hay siete puertas cuyas llaves son éstas. Donde se halla, sólo Zalla y yo lo sabemos y nadie puede oir sus voces por mucho que grite.

—¿No será demasiado rigor?

—Todo es poco contra una envenenadora y ladrona.

—Sea.

—Estamos seguros que el alcalde aprueba vuestra determinación con entusiasmo.

—¿Le habeis visto?

—Desde muy lejos.

—¿No pudísteis hablarle?

—No, señor.

—Pues esperemos su vuelta, que no será hasta la hora de cenar.

Y quedaron hablando hasta las diez que regresó el alcalde.

CAPITULO XLII

La sorpresa de un alcalde listo.—Su alegría.—Triunfó la justicia. Continúa la marcha.

El alcalde regresaba mucho más contento de lo que salió por la tarde, pero el duque nada le dijo por el pronto. Se fueron todos al comedor y cenaron. Era la última comida que hacían, y Angel Rubio se la presentaba espléndida como lo fué en la comida. Hasta el rico, caro y difícil vino de Jerez en aquella apartada región lo había en la mesa.

Llegaron á los postres y hasta se permitió el alcalde dirigir un sentido y elocuente brindis al duque.

Todos menos el favorecido lo aplaudieron y terminó la cena con la expansión que había reinado en ella.

Entonces hizo uso de la palabra el duque para decir al alcalde:

—Parece que habéis regresado muy satisfecho, Angel Rubio.

Al hablar el duque, todos quedaron pendientes de sus frases.

Rubio le contestó:

—Sí, señor, lo estoy.

—Eso me prueba que habeis hecho algún gran descubrimiento relativo á María Ramos.

—Siento, señor, que os hayais equivocado; mi satisfacción reconoce otra causa.

—¿Quereis decírnosla?

—Con mucho gusto. Gracias al dinero vuestro y á su talento profundo, los estragos del ciclón irán poco á poco borrándose de nuestra ciudad.

—¿Nada más eso?

—Sí, señor; no obstante el peso de la desgracia que sufrimos creo que mañana os haremos una despedida digna de corazones agradecidos.

—¿Nada más eso?

—¿Os parece poco, señor?

—Si, muy poco; me refiero á la anterior; á lo de la despedida no doy importancia alguna y hasta me alegraría que la suprimiéseis.

—¿Poco es lo primero que dije?

—Sí. Todos los daños causados en la población y en la campiña podían repararse en un mes.

—¿Es posible hacer ese milagro, señor?

—Trayendo tres ó cuatro mil trabajadores de los pueblos inmediatos, comprando y trasplantando árboles grandes; desecando esa laguna y creando luego cuanto necesita una hermosa población para ser la primera ó una de las primeras de Méjico.

—Señor, tenemos veinte mil ducados que son una riqueza, mas para hacer eso que vos pedis eran necesario dos ó tres riquezas.

—Más que todo eso ha de tener María Ramos.

—Mucho más, pero es el caso que no quiere dar un maravedí.

—Si lo que posee fuera suyo, estaría en su perfecto derecho, pero siendo robado y vos autoridad, no veo la razón de que ella lo disfrute mientras los desgraciados de Tepeaca sufren las consecuencias de una horrible catástrofe.

—Tardaremos mucho en poder probar á esa señora que su tesoro es el producto de una usurpación.

—¿Cuánto calculais?

—Si es que se logra, lo cual es dudoso, dos ó tres años.

—Un mes.

—Señor.

—Rubio, vais entrando insensiblemente en la red que os he tendido y esta noche os cazo como á inocente ave.

—Torpe estoy poderoso señor, á fé que no logro comprenderos.

—Sepamos; ¿qué descúbrimiento habeis hecho, respecto de María Ramos?

—Ninguno.

—¿Pero lo habeis intentado?

—Si, señor.

—Pero anteponiendo la despedida y otras cosas de mucha menos importancia que ese descubrimiento.

—Señor, es tan difícil, que eso debe tomarse con calma y paciencia.

—¿Difícil y sabemos que el ladrón y asesino dejó dos cómplices, los cuales viven en esta ciudad y están sanos y robustos?

—¿Y quién lo sabe, señor?

—Todos los presentes y ya veis que somos algunos. Es decir, todos menos el alcalde, único que debiera haber sido el primero en averiguarlo.

—Perdonadme, señor, una pregunta. ¿Hablais con formalidad ahora?

—Con toda formalidad.

—¿Habeis salido esta tarde, señor?

—No me he movido de vuestra casa.

—Siendo así, declaro que estoy perturbado, entontecido.

—Sin duda alguna. En ese caso también ignorareis que María Ramos tiene en su casa un amante, que de él tuvo dos hijos y que estos desaparecieron dando motivo á creer que cometió dos infanticidios.

—También lo ignoraba, señor.

—Rubio. ¿Quién es el alcalde aqui, vos ó yo?

—Yo, pero declaro que todo lo ignoro y que vos todo lo sabeis.

—Lo cual no obsta para que dudeis esta noche de mis frases.

—Al principio las juzgué una broma con la que me hubiérais honrado extraordinariamente; después, señor, no sé lo que creo ni lo que pienso, como no lo sabe el

que se halla perturbado como yo lo estoy esta noche.

—¿Qué diríais si añadiese que todo cuanto acabo de deciros está probado, instruído el expediente y presos los reos?

—Me confundis, señor, nada digo, nada opino, si otro que vos me dijera esas cosas, lo llamaría loco y lo mandaría encerrar.

—Mal justiciero sois, Rubio; pero sepamos, si cuanto os he dicho es verdad, ¿qué mereceis?

—Un castigo, señor, el que vos quisiérais imponerme.

—Está bien, os lo impondré. Urrutia dad ese espediente al alcalde para que lo lea.

Rubio miraba ahora al general con ojos espantados.

Cogió el expediente y brilló en sus ojos una ráfaga de alegría, creyó que todo aquello era una broma. Ni la gravedad del duque ni la seriedad de los que le rodeaban pesaron en su ánimo, lo bastante para hacerle creer que era cierto lo que había escuchado.

Pero leyó la primera página y quedó confuso, perplejo y sin saber lo que hacía. Leyó la segunda y se fijó en el duque con asombro; lo miraba casi como á una divinidad.

Y lo acabó de leer todo, diciendo:

—Permitidme, señor, que bese esta sagrada mano. Más que invencible sois un sabio, una eminencia que no tiene igual en el mundo.

—Besad lo que os agrade alcalde, pero no es eso y

no os digo lo que es porque quiero imponeros el castigo que han merecido vuestras dudas.

—Lo que vos mandeis, tódo lo acepto con aplauso por venir de vos.

—Veamos: en un mes habeis de terminar ese sumario y en otro dejar la ciudad y sus alrededores como estaban antes del ciclón.

—Lo haré, señor, si me permitís que realice todo lo que yo crea conveniente.

—Eso es cuenta vuestra, yo no tomo más parte en eso que obligaros á que lo despacheis en un mes.

—Muy bien.

—Procurais averiguar si hubo infanticidio, asesinatos ó viven esos dos niños.

—Sí, señor.

—Confiscais todo lo que tiene esa señora. Os dirá donde esconde su tesoro el indio ese que ha declarado. Acaso basta con que le enseñeis el tormento.

—A ella se lo he de dar sino lo declara todo.

—No dirá nada.

—Todo el pueblo la odia por su avaricia y maldades y me han de aplaudir cuanto más haga contra ella.

—No salgais de la justicia.

—Se entiende.

—¿Sabeís donde están?

—No, señor.

—Una en el castillo y el otro en vuestra casa. Zalla os dirá la manera de hallarlos fácilmente. Procurad asegurarlos bien, que son muy ricos y las llaves de oro abren todas las puertas.

—Esta misma noche entrarán donde les será imposible toda evasión.

—¿Disteis á Oaxacay el itinerario?

—Sí, señor, y si me lo permitis me retiro; aun así es posible que no duerma esta noche.

—Hasta mañana, alcalde.

—Dios vele por quien tanto vale.

Y desapareció de allí.

—¡Qué bien le tendísteis la red, señor!—dijo Zalla.

—Era muy fácil, toda vez que hemos debido á la Providencia nos abriera el arcano que estaba cerrado há tantos años.

—Señor,—le dijo Oaxacay.—Nosotros partiremos al amanecer, permitidme que me retire. Con vos irán los dos mismos guías que llevásteis anteriormente.

—¿Con cuatro os vais?

—Bastan, señor.

—¿Quereis soldados?

—No son necesarios.

—Pues retiraos y si es posible ganemos lo perdido en el día de hoy.

Salió Oaxacay y todos se retiraron á descansar.

Antes de ser de día se levantaron y con los primeros resplandores montaron á caballo.

La mañana se presentaba serena, ni una sola nube empañaba la atmósfera.

Parecía que el ciclón había barrido el espacio y todo se presentaba más claro y despejado que anteriormente.

Rubio montó también á caballo y se situó detrás del duque.

Fueron á salir de la ciudad y quedaron sorprendidos. Durante la noche habían colocado un puente hecho con tablas que cruzaba toda la laguna; y en las dos orillas de dicho puente formaban fila todos los habitantes de Tepeaca apareciendo hombres y mujeres descubiertos, la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

Nuestros amigos entraron en el puente de dos en dos, pues no cabían de otro modo.

Según iba pasando el duque los que quedaban atrás prorrumpían en vivas y aplausos que duraron hasta que perdieron de vista á Osorio.

Era una manifestación humilde y á la vez tan entusiasta que enterneció á varios de la escolta.

Al entrar en el llano mandó hacer alto el duque, y se despidió del alcalde dándole á estrechar su mano.

Luego mandó picar á los caballos, desapareciendo del sitio donde el ciclón había barrido los campos y las poblaciones.

Otra vez volvió Osorio á inclinar la cabeza, y á pensar en la suerte de su hijo. El tierno padre suspiraba en silencio y en los actuales momentos se decía:

—Salí de Madrid á caballo; en Cartagena me embarqué; al llegar á Canarias inutilicé á un gobernador que convirtió su mando en instrumento de una familia de malvados.

Cruzo el Océano Atlántico, llego al golfo de Méjico y soy víctima de viento alisio tan malo ó peor que un

ciclón; ayudo á salvar al navío y como por encanto me hallo frente á una isla habitada por fieras.

Donde solo encuentro muerte, barbarie y destrucción dejo el germen de la religión, de la cultura y de los adelantos.

Vuelvo al golfo de Mejico y apreso una galera pirata que era el terror de los mares por los asesinatos y robos que llevaba cometidos.

Entro en Nueva España y tengo que batirme y derrotar á unos hombres que de haberles dejado seguir su camino hubieran sembrado la muerte y la destrucen todo este vasto imperio.

Continúo adelante, encuentro una ciudad grande y floreciente víctima de un ciclón que la arrasa y aniquila. A mis esfuerzos se deberá que antes de dos meses no se conozcan los estragos y todos sean felices.

Es decir, que vengo prestando una cadena de servicios á la humanidad tan larga como el camino que por tierra y mar he recorrido.

Y á mí, ¿quién me va á favorecer? ¿Qué mano amiga sanará las heridas de mi hijo? ¿Encontraré al llegar á esa malhadada gruta un cadáver yerto y frío que destrozará mi corazón nublando para siempre mi abatido espíritu? ¿Será esa la recompensa que me espera á tantos sinsabores, á tantas luchas como he tenido? Parece que no debe ser; ¿mas quién me lo asegura; quién sale al encuentro de este infeliz peregrino que va haciendo bien por todas partes para hallar al terminar su áspero camino la muerte más amarga que puede sufrir un caballero? La muerte de su hijo, del hijo que más vale

en el mundo; del héroe que llegó al sepulcro por el mismo camino que yo á su gruta. ¡Oh, si eso sucede, habrá concluído en el mundo el caballero y empezará el hombre; el hombre sin corazón, porque se lo destrozó el destino, y sin alma porque se le secaron las penas!

Y de sufrimiento en sufrimiento llegó el duque hasta el acibar de lo más amargo y cruel de la vida humana.

CAPÍTULO XLIII

Los accidentes del camino.—Casi en ayunas —Nada detiene á nuestros caminantes.—Las postrimerías.

Cinco leguas llevaban andadas cuando dirigiéndose al duque exclamó Ontoria.

—Señor, otro ciclón.

—No delíreis, maestre.

—Que nos quedamos á oscuras como la otra vez. Así empezó.

—Fijaos en el sol, Ontoria. ¿Qué veis?

—Una nube negra.

—Fijaos ahora en aquella montaña de la derecha. ¿Y allí, que se ve?

—Está bañada por el sol.

—Luego no es el ciclón el que oscurece el sol.

—Puede no llegar el ciclón á ese monte.

—Ni á ese ni á ninguno. Eso que tomais por nube

negra es una inmensa bandada de aguiluchos que van á la costa.

—¡Aguiluchos!

—Sí

—Pero tantos, señor, que no obstante lo ligeros que cruzan nublan el sol por mucho tiempo.

—Sí, son infinitos.

—¡Qué raro!

—En este pais es cosa natural.

—¿Y de qué se mantiene tanto pájaro?

—De insectos y particularmente de langostas.

—En ese caso serán beneficiosos á los sembrados.

—Mucho.

—Cierto, aguiluchos son, ya acaba la bandada.

—Sí, ya concluye.

—¿Y qué son aguiluchos?

—Aguilas pequeñas.

—Qué cosas tan extrañas se ven en este país.

—Os falta ver lo mejor.

—¿Qué es lo mejor, señor?

—Las fieras.

—Vale más no verlas.

—Yendo los que vamos no hay cuidado alguno.

—¿Suele haber muchas?

—Infinitas.

—¿Como en Africa?

—Sí, pero hay otras, las menos que allí se desconocen.

—Por algo dicen que este es el otro mundo.

—Más nuevo y más fiero que el nuestro.

—¿Y más grande también?

—¿Volveremos á ver el nuestro?

—Sábelo Dios. Trotemos un poco que este camino no es malo.

Y trotaron una hora.

Después continuaron al paso algo más y á las once llegaron al pueblo donde debían comer y descansar tres horas.

Todo lo tenían dispuesto por los de la descubierta y no fueron mal servidos para la pequeñez de la población.

Donde la necesidad no les obligaba ocultaban quiénes eran para evitar dilaciones que molestaban al duque.

Comieron dando dos piensos á los caballos y á las dos de la tarde continuaron su camino.

Cerca de anochecido pernoctaron en una villa grande en la que hallaron buenas camas y excelente cena.

También allí lo tenían todo dispuesto.

Al amanecer del siguiente día volvieron á correr hasta llegar á un terreno áspero y quebrado, que tuvieron que poner los caballos al paso y de este modo siguieron cinco horas.

Al entrar nuevamente en buen terreno, fueron sorprendidos con la presencia de los cinco que ahora componían la descubierta.

—¿Qué acontece?—preguntó el duque á Oaxacay.

—Una cosa muy grave, señor.

—Hablad.

—El pueblo donde debíamos comer y dar descanso

á los caballos, ha sido esta noche saqueado, muertos sus habitantes é incendiadas todas las casas.

—¿Qué ha motivado ese desastre?

—Dos pueblos estaban contínuamente en lucha; llevaba la peor parte uno y cansado de tanta derrota y sufrimientos fué reclutando montañeses, sorprendió á los habitantes del otro y no ha dejado hombre ni mujer.

—¿Ni á los ancianos?

—Ni á nadie.

—¿Y es el del incendio el destinado á que comiéramos en él?

—Sí, señor.

—¿Hay cerca algún otro?

—Dista cuatro leguas el más próximo y tenemos que perder ocho, descomponiendo el itinerario que traemos.

—Eso de ninguna manera.

—¿Qué hacemos, señor?

—¿No habeis discurrido nada?

—Señor, no tenemos otro remedio que el propuesto ó andar un poco más y en un bosque que hallaremos detenernos.

—¿No se pierde camino?

—No, señor.

—¿Qué vamos á comer en ese bosque?

—Frutas.

—¿Y los caballos?

—Forraje.

—Pues vamos al bosque, Oaxacay.

Y continuaron su camino, viendo al poco tiempo arder todavía dos ó tres casas que quedaban en pie en el pueblo que acababa de citar Oaxacay.

Todo ardió, casas, cabañas, cadáveres y animales.

—Esto, —dijo el duque deteniéndose,—será antes de media hora un montón de cenizas y de escombros.

—Sí, señor.

—¿Qué vecindario tenía?

—Ciento cincuenta vecinos.

—¿Nada dejaron del otro pueblo y de los montañeses?

—Nada.

—Pues continuemos nuestra ruta.

Sin dejar el camino siguieron adelante, entrando poco después en un bosque bastante poblado. Oaxacay lo conocía y rogó al duque mandara hacer alto en el sitio que creyó más conveniente.

Dejaron los caballos como están en la dehesa. Tenían buenos y abundantes pastos.

Criados, tropa y descubierta se extendieron luego por el bosque volviendo cargados con bastantes frutas.

El duque comió media piña y dos plátanos. No quiso más.

Con Zalla y Ontoria comenzó á pasear sin separarse mucho de los restantes.

—Qué accidentes de la vida, señor, vamos á andar catorce ó quince leguas casi en ayunas.

—Esto es común al soldado, Ricardo.

—Quiere decir que de ese modo comeremos con más apetito esta noche.

—Y añade que el que no se consuela es porque no quiere.

—No hay duda.

—Oaxacay, ¿qué tal es el camino que nos falta?

—Muy malo, no puede ser peor.

—Eso nos faltaba.

—Pero sólo nos faltan cinco leguas que podremos andar en cuatro horas.

—Lo último me agrada.

—Cómo se revuelcan los caballos.

—Ellos han ganado.

—Poco hemos perdido nosotros, la falta de una comida no es un grave mal.

—Señor,—dijo Zalla al duque,—veo varios pájaros en las copas de aquellos árboles; ¿quereis que derribe uno con la bala de una pistola?

—¿Para qué, Ricardo?

—Para que os lo asen y lo comais.

—Capitán, cuando no hay alimento para el soldado, el general no come.

—Pues no comamos; es decir, si puede llamarse no comer haber devorado dos piñas y cuatro plátanos.

—No vas en ayunas, Ricardo.

—No, señor.

—¿Quieres más?

—Todavía es posible que pruebe un par de plátanos.

—Sí, ó media docena.

—No hay otra cosa.

—Pero no los pruebas; te los comes.

—Eso es. He notado, señor, que en Cuba son mejor las piñas, y en Méjico los plátanos.

—No soy voto, Ricardo, las frutas me gustan poco.

—A mi mucho, señor.

—Hoy estás mejor que nosotros.

—No he librado mal. En cambio vos poco habeis comido. Lo siento.

—No lo sientas, resisto muy bien un día sin comer.

Hablando así entretuvieron nuestros amigos las tres horas que dieron de descanso y de pasto á los caballos.

Concluído ese plazo volvieron á montar á caballo y continuaron su marcha sin ningún incidente desagradable.

El camino era malo, pero á trozos pudieron trotar.

La descubierta se adelantó más de una hora, y al llegar todo lo tenían ya dispuesto para cenar y domir.

También los caballos encontraron buenos piensos.

Aquí tuvieron un incidente que vamos á relatar, por lo extraño y poco común, y que sirvió para distraer al duque media hora.

Cuando acababan de cenar entraron en el comedor, donde se hallaba Osorio, el alcalde seguido de veinte hombres armados de arcabuz.

—¿Quién es aquí el capitán?—preguntó el alcalde con énfasis.

El duque lo miró, y sonriendo al ver su facha y su actitud grotesca, le dijo:

—Aquí hay varios capitanes, ¿por cuál de ellos preguntais?

—Por el mayor.

—Entre capitanes no hay diferencia.

—El principal de todos los que han venido, ¿quién es?

—Con él estais hablando, alcalde.

—¿Sois vos?

—Sí.

—Pues daos preso.

Todos soltaron la carcajada.

El duque le preguntó con calma:

—¿Por qué, señor alcalde?

—Porque como fuerza armada habéis debido presentaros á mi autoridad.

—Teneis razón. Sepamos: ¿qué hombres armados hay en este pueblo?

—Ya lo veis, veinte.

—Pues hay un mal muy grave.

—¿Qué mal?

—Que nosotros somos setenta y os vamos á prender á vosotros.

—¿A la autoridad?

—Sí.

—Eso no puede ser en justicia.

—Obremos en justicia. ¿Os habeis enterado de si viene entre nosotros una autoridad mayor que la vuestra?

—No sé....

—¿Pero os habeis enterado?

—No creí...

—En qué quedamos, ¿me prendeis vos á mí ó yo á vosotros?

—A mí no, soy el alcalde.

—¿Y á mí?

—Eso ya es otra cosa.

—Pienso, alcalde, que os voy á destituír.

—No puede ser.

—No por malo sino por tonto.

—¿Por tonto?

—Sí, porque no teneis sentido común.

—Me estais insultando.

—Basta de ridiculeces. Maestre Ontoria, venid con los soldados suficientes y desarmad á esos hombres.

—No es necesario, mi general, basto yo solo,—dijo Zalla y se echó sobre los veinte armados de arcabuz empezando á quitárselos con suma rapidez.

Ontoria, Urrutia y los restantes capitanes le ayudaron, y en menos de un minuto formaron en el suelo un montón con los veinte arcabuces.

Los que los tenian huyeron despavoridos, lejos de oponer resistencia.

No contento con eso Zalla, quitó la vara al alcalde y se la rompió en la cabeza diciéndole:

—Delante de mi general nadie puede estar cubierto. De rodillas; así.

El desgraciado alcalde quedó de hinojos, mudo y sin aliento.

Cuando pudo, murmuró:

—Como yo no lo sabía... ¡Un general!

—¡Sí, el señor duque del Imperio!

—¡María Santísima, lo que yo hice, el padre del héroe! ¡Perdón, señor, perdón!

—Coged á este hombre y echadlo de aquí,—añadió Osorio.

Zalla lo levantó en alto y lo fué empujando hasta que salió á la calle.

—He ahí,—continuó el duque,—lo difícil en los imperios, el nombramiento de autoridades que no abusen de su poder; que tengan la suficiente inteligencia para administrar bien la justicia. Ahora se comprende bien lo ocurrido entre esas dos poblaciones que una pegó fuego á la otra no perdonando niños, ancianos ni mujeres.

—Ese alcalde,—dijo Ontoria,—merecía que lo echásemos á una isla habitada por salvajes.

—Nos es imposible hasta quitarle la vara que Zalla ha roto en su cabeza.

—¿Por qué, señor?

—¿A quién se la damos?

—Verdad es que á nadie conocemos aquí. Mandemos llamar al cura.

—¿Quién os ha dicho que no será otro ignorante como el alcalde?

—Probemos, señor; todo menos dejar en este mísero pueblo á ese malhadado alcalde.

—Que le avise uno de la descubierta.

En el acto mandaron llamar al cura, el cual contestó que se hallaba acostado y á aquella hora no daba ni los sacramentos.

—¿Qué os parece?

—Señor que el padre de las almas guarda aquí relación con la autoridad civil.

—En otras partes lo hemos hecho todo, aquí no podemos hacer nada; descansemos y lo menos malo es desaparecer de este lugar lo antes posible.

Y terminó el duque dando algunas órdenes para el día siguiente.

Se acostaron para levantarse al amanecer y salir de allí á un trote largo.

Ya en las afueras dijo Ontoria:

—Todas las calles de esa mísera población están llenas de basura é inmundicia.

—Sí,—replicó Zalla,—el tal pueblo es un lodazal completo.

—No obstante lo cual lo respetó el ciclón habiendo pasado tan cerca.

—Eso prueba, capitán, que está sentenciado á no ser barrido ni limpio por nadie ni por nada.

—Voy creyendo que hasta las poblaciones tienen su destino.

—Bien hicimos en dejarla como la hallamos. No ha de ser digna de otra cosa. El alcalde y el cura guardarán relación con el resto de los habitantes.

—Noto que según avanzamos se empeora nuestra suerte.

—Se la domina y mejora.

—¿Cómo?

—Si hallamos otro cura y alcalde como esos, los ahorcamos, y si alguien se opone, con las puntas de las espadas les hacemos entrar en razón.

—Remedio, Zalla, podemos llamar á ese sistema.

—Remedio radical, contra las barbaridades.

Hablando así continuaron su marcha trotando por el terreno que lo permitia, y yendo al paso por el áspero sendero.

A las doce entraron en una población más grande, la cual demostraba no parecerse en nada á la última en que estuvieron la noche anterior.

Comiendo estaban, cuando se les presentó el alcalde diciendo:

—Señores, he sabido que sois españoles, veo ante mí varios capitanes, y vengo á ofrecerme en cuanto podais necesitar de mí.

—Gracias, alcalde,—le contestó el duque.—¿Nos conoceis?

—No tengo ese honor; pero os juzgo, señor, un personaje, por vuestra presencia y actitud.

—Sentaos y decidme: ¿sabeis qué pueblo es en el que dormimos anoche?

—Sí, señor.

—¿Conoceis al alcalde y al cura?

—Sí, señor.

—¿Qué opinión teneis formada de ellos?

—Son muy ignorantes y muy torpes.

—¿Hay medio de reemplazarlos y quitar á ese pueblo las dos calamidades á que me refiero?

—No lo creo fácil.

—¿Por qué?

—Todos sus habitantes se hallan á la misma altura de inteligencia y saber, y de fuera no querrá ir ningu-

no, por lo propenso que es á epidemias, y por lo mísero y pobre; la mayor parte de sus habitantes se mantienen de las frutas que el bosque produce.

—¿Sabeis qué motiva esas epidemias?

—Lo mal sano de la población.

—No, la basura é inmundicias que hay en las calles. Esa población continúa como en tiempo de Adán.

—Mucho podrá contribuir eso también.

—Y la causa de alimentarse de frutos silvestres la motiva la indolencia y gandulería de sus habitantes.

—Señor, mucho hicieron hasta ahora el héroe don Flaviano y el señor príncipe Julio; tanto que llenaron de asombro al hombre pensador; pero están poco tiempo en Nueva España y les queda aun mucho que hacer.

—Es verdad, alcalde.

—Por algunas poblaciones de este distrito que es de los menos civilizados no llegó otra luz aún que la del sol que nos manda Dios.

El duque oía con mucho gusto al alcalde y todavía le hizo infinitas preguntas.

La autoridad aquella no llegó á saber quién era el personaje con quien había hablado, pero desde el principio comprendió que era uno de los más distinguidos que fueron de España á Méjico y por esta causa tuvo con él todas las consideraciones y cuidados que pudo.

Después se despidió ofreciéndose al duque para el presente y futuro.

Nuestros amigos volvieron á montar á caballo á las tres de la tarde, emprendiendo de nuevo su difícil y penosa marcha por la clase de caminos que andaban ahora.

Indudablemente, les hubiera sido imposible atravesar la distancia que separaba Veracruz de la gruta donde se hallaba Flaviano, sin los excelentes guías que llevaban.

En la posición del duque del Imperio, un viaje como aquel, era necesario para hacerlo, ser padre de un héroe, tenerlo moribundo y correr en busca de él.

¿Qué hará el desgraciado al terminar tan penosa marcha?

Pronto lo vamos á ver.

CAPÍTULO XLIV

— —

Prosigue la marcha.—La paciencia del duque.—A Roma por todo.—Ochenta y una eternas leguas.—Lo difícil que era en el siglo XVII andar por los caminos de Méjico.—Un eclipse.

Nuestros amigos atravesaban ahora un terreno tan pantanoso que iban los caballos mojados y con lodo hasta las rodillas.

Tres leguas anduvieron así en las cuales emplearon cinco horas.

—Guía,—dijo el duque á uno de los dos que llevaba cerca de él,—¿hay peor terreno que este en Méjico?

—Sí, señor, mi general, el que ha devastado el ciclón.

—¡Huyendo de aquel nos hemos venido por éste?

—Así es la verdad, señor.

—¿Nos queda mucho de mal camino?

—Casi todo el terreno que nos falta andar es malo.

—Buen consuelo.

—Ahora entraremos en el monte y aun cuando áspero no hay agua ni lodo.

—¿Podremos trotar?

—Señor, solo falta una legua.

—Pero ya es de noche.

—Tenemos una luna clara.

—Es decir, que seguiremos á este endiablado paso.

—La legua que falta tiene pasos difíciles y expuestos, pero es terreno duro y se cruza mejor que por esos pantanos que dejamos atrás.

Empezaron faldeando un cabezo y luego se metieron en el interior de un monte al que no le faltaban precipicios, cuestas ni otros sitios peligrosos.

Grande estaba siendo la paciencia del duque y extraordinario su interés por seguir adelante ganando tiempo.

Sin embargo de ir al paso ninguno hablaba, necesitaban toda su atención para evitar que cayera un caballo y se mataran la cabalgadura y el jinete.

Por fin vieron en lo alto de una loma varias luces que no podían ser de otra parte que del pueblo donde debían pernoctar.

Entraron en él á las diez de la noche.

Ninguno llevaba ganas de discutir ni aun de hablar.

Si allí se les hubiera presentado otro alcalde como el anterior, casi tonto, es seguro que Zalla lo echa por alguna ventana. Felizmente para él no osó acercarse ni aun á los alrededores de la casa donde estaban los jefes,

Al día siguiente cuando bajaban la loma en que estaba el pueblo de donde salían, supo el duque que en la

noche anterior sólo hubo colchones para siete, los restantes habían dormido sobre hojas secas y sin ropa de cama.

Después de andar cuatro horas por riscos y breñas entraron en un bosque delicioso, pero ninguno llevaba ganas de admirar otra cosa que su propia abnegación en un viaje tan largo y molesto.

Ya no dirigían la vista á los árboles frondosos, ni á las plantas y flores bellísimas, ni se fijaban en el alegre canto de las aves. Les costaba muy caro todo aquello para que tuviesen ganas de contemplarlo.

En medio de aquel hermoso bosque que no tendría menos de seis leguas, hallaron la población en que iban á comer.

Era antigua, del tiempo de los primeros emperadores indios, y no había en ella un solo español.

Comieron medianamente, descansaron jinetes y caballos, y á las tres de la tarde continuaban ya atravesando de nuevo el bosque.

Allí habían tenido los criados del duque que castigar á algunos indios por negarse á darles lo que necesitaban.

Osorio seguía triste, melancólico, era el que menos sentía las penalidades de aquel largo viaje. Su pensamiento estaba fijo en la gruta de Cacahuamilpa y en su hijo que juzgaba hallar moribundo, tendido sobre el lecho del dolor y de la agonía.

Tampoco ninguno de los de su escolta se hallaba con fuerzas ni gusto para hablarle; las últimas jornadas los tenían de un humor endiablado.

Acabaron de cruzar el bosque, entrando de nuevo en el monte; de un hermos valle se iban al infierno de los precipicios y de los malos pasos.

Volvieron á quedar á un castellano corto y lento, como no podía menos. Gracias al plenilunio con que viajaban ahora, no se mataron algunos de ellos.

Llegaron al pueblo donde pernoctaban aquella noche á las nueve, y hubo, aun cuando muy malas, camas para todos y cena abundante, aunque mediana en lo demás.

Comieron sin manteles y cubiertos.

Continuaba la paciencia del duque inconmensurable.

De nada se quejaba ni dió hasta ahora señales de disgusto ó impaciencia por el mal trato con que el destino le castigaba.

Su cabeza iba inclinada, triste su rostro y dentro de la gruta su pensamiento.

Salieron también al amanecer y se les presentaban seis leguas de mejor camino, según le dijeron los guias.

Zalla se animó bastante y hasta osó decir al duque:

—Señor, llevamos andando mucho más de la mitad del camino.

—Ya lo sé,—le contestó el duque.

—Y esta vereda es buena.

—Sí.

—¿No teneis gana de hablar?

—Di lo que quieras.

—Según avanzamos se siente más fresco.

—Eso prueba que vamos al Norte.

—Pero es un fresco agradable, primaveral.

—Algo habíamos de encontrar bueno.

—¡Teneis razón; qué malos alimentos, qué camino y qué camas!

—Todavía por muchos parajes de Europa se viaja lo mismo.

—¿También hay allí de esto?

—También, aun cuando no tanto como aquí.

—Creo, señor, que este Nuevo Mundo está á medio hacer.

—Existe en él poco más de lo que la Naturaleza creó.

—Pues si estos son los bosques vírgenes que tanto se comentan en España, las altas montañas frondosas y dignas de admiracion, los muchos ríos con márgenes encantadoras, los lagos poéticos, las aves celestiales y el conjunto sin igual, os digo que no merece ni un viaje de recreo, ni las molestias de una travesía marítima tan larga y expuesta.

—Pues si los jóvenes decís eso ¿qué diremos los que no lo somos?

—Tendremos paciencia hasta que lleguemos á la gruta. Yo todo lo daré por bien empleado cuando me halle junto á mi maestro.

—Sí, Flaviano todo lo merece.

—Con vos, y mejor aún con él, bajo yo al infierno y me bato con el mismo Lucifer.

—No lo dudo. Trotemos un poco.

Dejaron de hablar por el paso y ruido de las pisadas fuertes de los caballos.

A las doce llegaron á una población grande, en la que les dieron buena comida, y ellos se tomaron un largo descanso.

También fué allí el alcalde, que no era descendiente de Salomón, y quiso enterarse de quienes eran los huéspedes que habían llegado á su pueblo.

—¿Quereis, señor,—preguntó el alcalde,—decirme quienes sois?

—Soldados del rey don Felipe III—contestó el duque.

—Soldados; pues yo veo muchas bandas de capitán.

—Todos nos llamamos soldados del rey.

—No lo sabía. ¿Sois españoles?

—Y mejicanos.

—¿Donde vais?

—Donde no os importa.

—Lo digo por si algo necesitais...

—Gracias.

—O por si llevais equivocado el camino.

—No, vamos bien.

—¿Traéis guías?

—Sí.

—Si continuais de frente y por este mismo camino, malos pasos os esperan.

—No son buenos los que dejamos atrás.

—Hay de todo, de todo.

—¡Y qué alcaldes!

—Hay algunos muy cerriles.

—Sí, señor.

—¿Venís de Veracruz, caballero?

—Sí.

—Allí ya se sabrá que don Flaviano está herido de muerte.

—¿Quién os lo ha dicho que las heridas son de muerte?

—Todos los que vienen de allí. Cuentan además que se halla en una cueva.

—Se me está figurando, alcalde, que sois de esos cerriles de que antes hablabais,—le dijo Zalla tomando parte en la conversación.

—A vos no os he dicho nada, señor capitán.

—Pues yo os digo que sois estúpido.

—¡Estúpido! no sé lo que es.

—Lo mismo que cerril.

—¡Qué bromas teneis!

—¿No os gustan?

—No señor.

—Pues os advierto, que ya he roto á un alcalde la vara, como esa que teneis, en su misma cabeza.

—Yo no doy motivo para eso, y soy la autoridad del pueblo.

—Lo mismo dijo el otro.

—Pues no hablemos de eso. Decía que don Flaviano...

—El general.

—Bueno, el general estaba herido de muerte, y no podía por menos de sucederle eso.

—¿Por qué?

—Porque en todo se metía; mató al señor virrey é hizo más atrocidades...

El puño de Zalla chocó con la boca y nariz del alcalde rompiéndole ésta y los labios.

A la vez cayó al suelo gritando.

—¡Favor, que me matan!

Nadie le hizo caso.

El duque dió la orden de partir, montaron, y el alcalde quedó en el suelo pidiendo auxilio sin que nadie se llegara á él hasta que salieron del pueblo el duque y su escolta.

Zalla le dió un solo puñetazo, pero le hizo sufrir dos meses y lo dejó señalado para toda su vida, con algunas muelas ó dientes menos.

No era tampoco malo el primer trozo de camino que anduvieron por la tarde, pero cerca de anochecido entraron de nuevo en otro pantano peor que el anterior.

Sólo tenía legua y media y tardaron tres horas en cruzarlo.

A las nueve y media llegaron á otro pueblo, en el cual encontraron las camas, la comida y los piensos.

Nada dijo el duque, se resignó con lo que había; durmió en una mala cama y á las cinco de la mañana siguiente volvió á montar á caballo; era el penúltimo día de marcha y la jornada del siguiente debía terminar poco después del mediodía.

El total de leguas desde Veracruz era de 81, que empleaban ocho días, á casi 12 diarias y uno perdido en Tepeaca fueron los ocho calculados.

Esta idea los tenía á todos animados, menos al duque que anhelaba llegar y lo temía, por la causa que comprenderán nuestros lectores.

Ahora iban nuestros amigos atravesando una inmensa cordillera de montes, montañas, cerros y colinas que parecían no tener fin. Entre aquellos sitios ásperos veíanse valles deliciosos que apenas reparaban en ellos nuestros caminantes.

A las doce se detuvieron tres horas en otro pueblo situado en medio de aquellos montes y en el centro de un hermoso valle.

Comieron medianamente, descansaron y volvieron á montar á caballo.

Pronto dejaron atrás el valle y comenzaron á subir una empinada cuesta.

En estos momentos ladeaban una montaña que tenían que cruzar de uno á otro lado.

Llegaron á lo más alto de ella; Ontoria dijo al duque:

—Señor, yo noto algo extraño en la naturaleza.

—Sí, algo ocurre.

—Aquí hace más frío.

—Cuando salíamos del bosque noté que todas las aves se retiraban á sus nidos siendo la hora en que más brilla el sol.

—Pues parece velado.

—Sí.

—Ved, señor, este monte se halla poblado de plantas que cambian de color.

—Es verdad.

—Y en el fondo han dejado de pacer los ganados que allí hay.

—Sí, los pastores miran al sol.

—Qué cosas más raras se ven desde aquí.

—¿Qué veis?

—Ráfagas luminosas y sombras voladoras por todas partes.

—No hay duda.

—Señor, otro ciclón tenemos.

—Mucho los teméis, Ontoria.

—Por eso me persiguen.

—¿Sólo uno habéis presenciado, y á eso llamáis que os persiguen?

—Uno, y el que ya tenemos encima.

—¿Y en qué sitio, maestre?

—¡Corramos, señor!

—Buena cuesta tenemos á los piés para correr por ella.

—¡Busquemos una cueva!

—No hay ninguna por aquí.

—Pues dispongámonos á morir.

—No, Ontoria, á contemplar uno de los espectáculos más sublimes de la naturaleza.

—No os comprendo!

—Mirad al sol, ¿qué veis?

—¡Un eclipse!

—Eso es.

—Alto,—gritó Osorio,—nos hallamos en lo más elevado de esta montaña, y es un sitio excelente para ver ese grandioso espectáculo.

Antes de pasar adelante vamos á copiar un estudio hecho en la capital de Méjico el año de 1886, breve, conciso y que da una idea de lo que son los eclipses.

Acababa de publicarse cuando lo leímos y lo conservamos en nuestra biblioteca hasta hoy que tenemos el gusto de ofrecérselo á nuestros lectores.

Dice así:

EL ECLIPSE

I

»Uno de los espectáculos más grandiosos que el hombre puede contemplar, es sin duda un eclipse total del Sol, observado desde la cumbre de una montaña ó en la soledad inmensa del Océano. Difícilmente pueden las palabras servir, para que los que no han tenido la dicha de observar por sí mismos el fenómeno, comprendan su grandeza y magnificencia de esta indescriptible escena de la naturaleza.

»Todo indica á nuestro alrededor á medida que el eclipse avanza, que algo extraordinario ocurre; las aves buscan afanosas sus nidos, cambian de color las plantas y los ganados dejan de pacer; desciende con rapidez la temperatura, vénse correr por la superficie de la tierra ráfagas luminosas y sombras voladoras, la naturaleza, en fin, parece como desmayada y cadavérica al faltarle por breves instantes la luz del astro del día.

»Durante los primeros períodos de la historia, un eclipse total del Sol, era causa de grandes terrores,

pues en él se veía la cólera de la Divinidad ofendida, ó el presagio de alguna gran calamidad.

»En los tiempos modernos en que tanto interés despierta el conocimiento de la constitución física de los cuerpos celestes han servido los eclipses para revolver muchos problemas relativos á la composición y estructura del Sol y la Luna.

II

«El viernes 5 del actual verificóse un eclipse de Sol, que aunque visible en estas regiones, no pudimos contemplarlo sino breves instantes, á causa de las malas condiciones del Cielo; principió á las cuatro y cinco minutos y cuarenta y ocho segundos de la tarde, y tuvo su fin á las seis y treinta y dos minutos y veintitrés segundos de la misma.

»Vamos á dar una ligera idea de la causa de estos eclipses.

»La órbita de la Luna no coincidiendo exactamente con el plano de la órbita terrestre, sino que ambos planos forman un ángulo diedro que varía entre 4.°, 57, y 5.°, 20' y que por término medio puede tomarse 5.° 9' como valor angular. Los dos puntos que en su carrera corta á la eclíptica se llaman nodos. Cuando la Luna cruza la eclíptica de Sur á Norte pasa por su nodo ascendente, y el punto opuesto es el nodo descendente: si ocurre que la Luna pase por uno de sus nodos en la época de conjunción ó novilunio ó muy cerca de ella, necesariamente se interpondrá entre la Tierra y el Sol

y los tres cuerpos se encontrarán en línea recta, de donde se deduce que en algunos parajes de la Tierra se verá oscurecido el disco del Sol total ó parcialmente, y por lo tanto, habrá eclipse total ó parcial del Sol, siendo éste anular cuando el disco de la Luna no es bastante grande para cubrir el Sol, distinguiéndose un anillo luminoso alrededor del cuerpo obscuro de la Luna.

»Siendo la Tierra y la Luna cuerpos opacos han de proyectar sus sombras en el espacio y debido al mayor tamaño de nuestro planeta, tiene que ser su sombra más grande que la de Luna. Si ocurre que la Luna pasa por uno de sus nodoe en la época de plenilunio ú oposición, ó muy cerca de esta fecha, tendremos que los tres cuerpos se encontraron en línea recta; pero la Luna se hallará envuelta en el cono de sombra de la Tierra, y por tanto privada de la luz del sol; luego habrá eclipse de Luna.

»El número de eclipses en un período de diez y ocho años es de 70,41 de Sol y 29 de Luna. En un año pueden ocurrir todo lo más siete, todo lo menos dos: en el primer caso cinco serán solares y dos lunares, y en el segundo ambos solares; jamás podrá haber más de tres eclipses de Luna en un año, y ocurre también que en varios años no hay ninguno.

Los eclipses de Sol son más numerosos que los de Luna, en la proporción de 41 á 29 ó de 3 á 2; no obstante, en un lugar dado se observan más lunares que de Sol, y esto es debido á que los primeros son invisibles en un hemisferio entero de la tierra, mientras los

eclipses del Sol ya sean totales anuales, solo marcan en la superficie terrestre una línea ó banda que no pasa de 72 leguas.

»En un eclipse solar atraviesa la sombra de la Luna la superficie terrestre con una velocidad de más de dos kilómetros por segundo.

»La duración del eclipse varía según los lugares. Du Sejour calculó la duración de un eclipse de Sol en el Ecuador cuatro horas, veintisiete minutos y cuarenta y cuatro segundos, y en París tres horas, veintiseis minutos y veintidos segundos.

»El tiempo que dura la oscuridad total producida por un eclipse de Sol varía con la latitud del punto que se observa, siendo menor mientras más diste el lugar del Ecuador. Du Sejour halló en las circunstancias más favorables que la mayor duración posible en el Ecuador, era siete minutos y cincuenta y ocho segundos, y en París seis minutos y diez segundos.

»México, 6 de Marzo de 1886.—José Sanz y Zavala.»

(Correo de las doce.)

Osorio y todos los individuos de la escolta miraban el eclipse con todo el interés que el acto extraordinario requería.

El fenómeno era completo, pues el eclipse era total y nuestros amigos quedaron casi á oscuras, volviendo luego la luz, según pasaba la luna de uno á otro lado del sol.

Ninguno hablaba ni se movía.

Hasta los caballos tenían bajas las cabezas y estaban tristes y agoreros.

Según volvía, los pájaros salían de sus nidos, los carneros y objetos se alzaban del suelo y los caballos del duque levantaban la cabeza y parecían alegrarse.

La naturaleza suspendió sus funciones por un corto espacio de tiempo.

Luego el mundo que había adormecido su vida, la fué poco á poco recobrando hasta quedar á las cinco de la tarde como debía estar á su hora.

—Todo ha terminado,—dijo el duque,—continuemos nuestro camino.

Y comenzaron á bajar por la gran cuesta que teníam á los piés.

Con trabajo y exposición fueron descendiendo y más tarde cruzando riscos hasta el anochecido que salieron al llano empleando una hora más que tardaron en llegar al pueblo.

Era éste grande, bueno y hallaron excelentes camas y buena comida.

Era la última noche, por entonces, de marcha y la suerte no quiso seguir atormentándolos hasta el último momento.

Por lo menos les concedía una tregua grata.

Se hallaban á ocho leguas nada más de la gruta de Cacahuamilpa.

El duque no quiso preguntar nada á ninguno del pueblo; temía que le dieran una fatal noticia y el que á nada tuvo miedo en el mundo, casi temblaba al preguntarse á sí propio:

—¿Qué me espera en esa gruta?

Contestó á todo lo que le dijeron con monosílabos y se acostó antes de las diez de la noche para no hablar con nadie.

Su sueño empezó intranquilo y fatigoso y su respiración anhelosa.

Pero á la media noche se tranquilizó, durmiendo el resto profundamente.

Falta hacía á aquel infeliz padre un corto período de descanso; su torturado espíritu lo merecía.

CAPÍTULO XLV

—

La postrer jornada.—La gruta de Cacahuamilpa.—El dolor y las lágrimas.—La serenidad de un valiente en todos los trances de la vida.

Oaxacay y los cuatro indios que formaban con él la descubierta se quedaron con el duque en el pueblo donde pernoctaban esta última noche de marcha.

La misión de la descubierta había concluído.

Al ser de día todos se pusieron en pie, preguntando á Oaxacay:

—¿Vuestros subordinados, quieren volverse ó seguir? A mí me basta con vos.

—Señor, les conviene seguir para mejorar de camino aun cuando tengan que andar más.

—Muy bien, en llegando á la gruta ó cuando querais, que les pague mi mayordomo lo que á vos os parezca, que os entregue á vos cien ducados y que se ausenten. Les dais además las gracias en mi nombre.

—Muy bien, señor.

—¿Los dos heridos que dejamos en el camino quedaron pagados, y con auxilios suficientes?

—Sí, señor.

—Pues montemos y á la gruta sin descansar.

Y salieron de la población al trote.

El camino que seguían ahora era á trozos regular y el resto malo; así es que dejaron á los caballos en los sitios malos que fueran como pudiesen y en los otros los llevaban al trote.

Ninguno hablaba, parecían todos inoculados de la misma tristeza y melancolía que se encontraba sufriendo Osorio.

Hasta llevaban como él inclinada la cabeza sin fijarse en otra cosa que en el camino y en la cabeza de los caballos.

Más que valientes guerreros parecían el cortejo fúnebre que sigue á los cadáveres.

Sólo dejaban atrás una legua escasa por cada hora que trascurría.

Zalla, tan decidor siempre, tan sereno y arrogante, en nada se parecía al anterior Zalla. Llevaba la cabeza inclinada, la mano derecha caída, triste la mirada y ensimismado el espíritu.

Discurría en estos momentos las consecuencias que podía tener para todos la muerte de Flaviano, y se decía:

—Si el héroe ha fallecido ó muere á consecuencia de las heridas que recibió, á Méjico se lo lleva el demonio, el duque quedará inútil para todo y yo... lo que es yo no me voy de aquí hasta que me harte de matar

gente y lo deje vengado, ¡Pobre maestro mío, tan sabio, tan valiente, tan héroe y morir tan joven! La sola idea de que haya ocurrido ó pueda ocurrir, me espanta. Esperemos.

Es decir, continuemos sufriendo hasta llegar á la gruta y luego que sea lo que Dios quiera.

Poco más ó menos se decían lo mismo sus compañeros, á excepción del duque que se decía mucho más.

Siete leguas se dejaron atrás y ahora entraban ya en terreno de Cacahuamilpa.

Era la una del día y antes de dos horas debían contemplar la célebre gruta y averiguar de una manera positiva qué ocurría en su interior.

Antes de pasar adelante, me permitirán nuestros lectores que el autor les dirija dos palabras:

Para comprender bien el todo de esta obra, sería conveniente leer *El Héroe y el César*, *La Inquisición*, *el Rey y el Nuevo Mundo*, *Los Invencibles*, *El Monarca* y *La Hoguera*, y para el mismo fin y comprender las escenas á que vamos á dar principio, juzgamos indispensable la lectura de la primera parte de este libro que acaba de publicarse con el título de LOS HÉROES DEL SIGLO XVII.

Tienen tal relación estas obras unas con otras, cuanto que en las primeras figuran los abuelos, en las que siguen los hijos y en las dos últimas que son verdaderamente una sola, dividida en dos partes ó mitades, figuran los nietos.

Hecha esta advertencia importante, que creemos

de suma utilidad para los suscritores, continuamos nuestra interrumpida narración.

Poco después de las cinco de la tarde dieron vista al monte que escondía la gran gruta.

Oaxacay, que iba delante, exclamó:

—Cacahuamilpa.

Esa frase extremeció al duque y á todos los que componían su escolta.

Pero ninguno desplegó los labios; sólo sus rostros demostraron la profunda impresión que acababan de experimentar.

En estos instantes ya parecía el duque el más sereno y predispuesto á recibir con su eterna bravura la fatal noticia.

Es más, picó á su potro, se puso delante de todos y tendía ahora una mirada serena á los muchos bultos que veía en torno de la gruta. Al llegar al grave peligro se había reaccionado.

La cuesta que lo separaba de Cacahuamilpa la subió á escape, quedando parado en medio de los muchos que rodeaban la cueva.

Tendió una mirada investigadora. A nadie conocía; unos lloraban, otros estaban tendidos sobre el monte boca abajo, y no había un solo rostro que no demostrase el más profundo dolor, la más amarga pena.

A la puerta de la gruta había un grupo que no bajaría de cien personas, y de entre ellas salió una voz que entre tristes suspiros gritó:

—¡El señor duque del imperio!

Todas las miradas se fijaron en el recién llegado con esa amargura que quería decir:

—¡Padre infeliz!

El que dió la voz era Godínez, corregidor de Méjico, protejido antiguo del duque y ahora de su hijo.

Corrió al encuentro de Osorio, se abrazó á una de sus piernas, pues aun seguía á caballo, y dando un afligido suspiro, entre abundantes lágrimas le dijo:

—¡Ah, señor, todo se ha perdido. Solo nos resta morir!

Sereno el duque, siquiera en apariencia y con la mayor calma, echó pie á tierra dando las bridas de su caballo á López que ya á su lado las esperaba.

Después alargó la mano á Godínez, que se la cubrió de besos y de lágrimas y con paso mesurado se dirigió á la gruta.

El corro que había delante de la puerta, le abrió paso y Osorio se halló frente al padre Anselmo que gritó:

—Aquí está lo que yo esperaba. Vino de sobra con el sol que yo anuncié. ¡Bendito sea Dios! Todo se ha ganado cuando todo lo teníamos perdido.

—¿Quién sois?—le preguntó el duque.

—Anselmo, de la Orden de San Francisco.

—¡Ah!

—Ya sabía que mi nombre os era conocido.

—¿Qué hago, padre Anselmo?

—Que despejen esos hombres, que no haya á la puerta de la gruta más gente que los dos centinelas que

pondreis para que nadie pase. Después vereis á vuestros hijos.

—Ontoria, Zalla,—exclamó el duque,—haced despejar la puerta de la gruta, quedando los dos de centinela para que nadie entre ni aun se asome. Vosotros dos permaneceis vueltos de espaldas á la puerta de la cueva. Godínez,—añadió,—hazte cargo de los individuos de la escolta y de los caballos para que nada les falte.

Y volviéndose al padre Anselmo, le dijo:

—¿Qué más deseais?

—Dadme vuestra mano.

Y lo llevó al fondo de la entrada de la gruta diciéndole.

—Ved el cuadro que el destino os tenía preparado.

Miró el duque, contemplando á su hijo, á Julio de Silva y al célebre paje tendidos sobre el lecho de dolor del primero, inertes, del color de la cera sus rostros y al parecer cadáveres.

Sin desplegar sus labios ni verter una lágrima, se arrodilló el desventurado padre, besó el rostro de su hijo, después el de Julio y acto contínuo la frente del paje.

Los miró otra vez y preguntó al sacerdote:

—¿Qué más quereis, padre Anselmo?

—Quería lo que acabo de ver; anhelaba conocer el corazón más fuerte que hizo Dios, Nuestro Señor, y ya lo contemplo en vos con entusiasmo. ¿Qué veis vos, señor duque?

—Tres cadáveres.

—Os equivocais, Flaviano de Osorio, padece una catalepsia, grave enfermedad que se confunde con la muerte; muerte aparente la llaman. Y los otros dos sufren una parálisis de la vida causada por la más grande y terrible impresión que puede sentirse en la vida. Estos dos últimos, vos los sanareis pronto, el primero me corresponde á mí, ¿lo oís? á mí.

—No puedo oponerme á nada de lo que vos dispongais; aquí estoy para obedeceros y obligar á todo el mundo á que os obedezca.

—Eso es; no os pesará. Oid: cuando logré echar de esta gruta á más de cien personas que no me dejaban moverme ¡oh, cuánto luché con ellos! hice este licor que vais á dar á beber al príncipe y al paje en dos ó tres veces.

—Pero ¡si están inertes!

—No importa. Antes de una hora volverán á la razón. Os permito que les deis seguridad de que don Flaviano vive; pero sólo á esos dos, ¿lo oís?

—Sí, señor.

—Encargadles la reserva.

—Lo haré así.

—Luego que ellos estén bien, me ayudareis á velar á don Flaviano, entrando conmigo donde me lo voy á llevar. ¡Vos sólo! ¿Estais enterado de todo?

—Sí, señor.

—Me esperais aquí.

—No saldré de la gruta, estad seguro; pero decidme santo varón, ¿es cierto que mi hijo padece sólo un ataque de catalepsia!

—¿Acaso estoy yo loco?

Y sin decirle más, cogió el cuerpo de Flaviano y se entró en el interior de la gruta, llevándolo entre sus brazos.

El duque fué á seguirlo, pero recordó la orden terminante del príncipe de Italia, y se echó atrás exclamando:

—¡Volveré á verle!

Y osomaron á sus pupilas dos lágrimas, que deshizo con los dedos, añadiendo:

—Si continúas así te ahogo con mis propios puños, corazón mío.

Y comenzó á pasear por la gruta sin apartar la vista de Julio y del paje.

De pronto se detuvo exclamando:

—Hermoso paje tiene mi hijo; qué cabeza tan bien delineada, qué ángulo facial tan recto, qué fortaleza debe tener su espíritu.

Y volvió á dar un beso en el rostro de Julio y otro en la frente de Luisa.

—Creo,—añadió poniéndose en pie,—que vuelve á ellos el calor de la vida. ¡Oh! si con éstos no se ha equivocado Anselmo, tampoco con mi hijo. Julio, Luisa, volved pronto á la vida si no quereis matar á este infeliz padre.

Y volvió á caer de rodillas, cogiendo una mano de cada uno.

—Sí,—añadió,—no me he equivocado; la mano de Julio se templa, y con la de Luisa sucederá lo mismo. Ya empieza la circulación de la sangre de ambos.

¡Ah, padre Anselmo, sois otro Santo como mi hermano Julio!

Se sentó en la misma cama; pero de pronto se echó fuera diciendo:

—No deben estar juntos, que es distinto el sexo. Esta será la cama que tuvo mi hijo y aquella la del paje. Pues dejo en ésta á Luisa, para no tocarla, y me llevo á la otra á Julio.

Y lo trasladó, poniendo á ambos en la postura más cómoda.

—Este es el paje,—decía con éxtasis,—que tantas veces salvó la vida de mi hijo; este es el ángel que Dios puso á su lado, que él quiere como á cosa propia. ¡Ah, qué ansia tenía de conocerlo!

Y besaba su diestra una y diez veces.

Después se trasladó á la cama de Julio, cogiéndole una mano que dejó entre las suyas.

—¡Qué amigo tan leal!—dijo.—Se quieren como hermanos; más aún, casi como amantes. Desde muy niños se aman así. Su sangre va ya circulando y la vida vuelve á su pálido semblante.

El duque lo miraba con suma atención, é iba de una cama á otra sin dejar por eso de dirigir la vista con ternura hacia el sitio por donde salió Anselmo.

Media hora más tarde se movió Julio; el duque teniendo cerca el líquido que le dejó el religioso, le cogió las dos manos y quedó sin soltarlas.

Poco á poco fué tomando color su semblante, que antes era cadavérico.

La sangre circulaba ya bien. El mal se concretaba

al cerebro. Empezó en el corazón y luego pasó á la masa encefálica.

Por fin abrió los ojos Julio y se fijó con espanto en el duque. Este le preguntó:

—¿Comprendes?

Julio se encogió de hombros, queriéndole decir:

—Mal.

—¿Oyes?

Con la cabeza le dijo:

—Sí.

—Pues bebe; tú no hagas más que tragar.

Y le hizo beber la tercera parte del líquido dispuesto para él.

Luego le dijo:

—No temas nada por tu hermano Flaviano.

Julio movió la cabeza con incredulidad.

—Créelo, el duque del Imperio no miente nunca.

—¡Padre!—dijo el príncipe reconociendo entonces á Osorio.

—Espera un poco que voy á ver como está Luisa.

La joven tenía algún calor, pero la sangre circulaba mal. Tenía tiempo el duque para acabar de curar á Julio.

Volvió á cojerle las dos manos y á mirarlo con atención.

—Sí,—le dijo,—ese líquido te sana, bebe otra tercera parte.

Y la bebió.

—¿Me oyes bien?

—Sí,—le dijo el enfermo pronunciando apagada la frase.

—¡Me has creido?

—Sí.

—¡Te molesta la conversación?

—No.

—Por algo me mandó tu padre á Méjico.

Julio lo miró con cariño extremado.

Luego le dijo por señas que le quitase el puñal á Luisa.

—Vas discurriendo bien, me alegro.

Y le quitó al paje el puñal que llevaba en el cinto, retirando lejos de él las dos espadas y la daga de Flaviano. Después le pulsó diciendo:

—Va bien, pero con lentitud.

Y se volvió con Julio.

—Padre,—dijo el príncipe,—dadme el resto de ese líquido.

Osorio se lo dió y Silva tomando lo que quedaba tiró el vaso para quedarse con sus dos manos cogidas á una del duque. Cuatro ó cinco veces la besó diciéndole:

—¡Donde está mi hermano?

—En el interior de la gruta.

—¡Quién lo llevó allí?

—El padre Anselmo.

—Me cuesta trabajo hablar, pero á vos no; contadme qué es de mi padre el Santo.

—Está bueno, vela por nosotros y no temas nada por él. Contesta con lentitud.

—¿Qué sientes al costado izquierdo?

—Opresión.

—¿Y en la cabeza?

—Peso y desvanecimiento.

—¿Y en el resto de la economía?

—Nada y todo lo que me queda va desapareciendo. Cada vez hablo con más facilidad.

—Sí, ese sacerdote es otro santo como tu padre. Lo más extraño es que sin haberse visto nunca se conocen y se cartean. Él escribió á tu padre para que viniera yo.

—Lo que estais haciendo pudo haberlo hecho Godínez ó cualquier otro.

—Si no hubiera venido hoy os habrían muerto á todos y en estos momentos ardería Méjico como leña seca prendida con muchas teas.

—Yo llegué hoy, hace horas y nada he visto ni sabía.

—Cuando tú caminabas en busca de tu hermano, yo me batía y paraba el paso á más de mil hombres que venían á asesinarnos á todos. Cuando Flaviano pueda oirla os contaré esa historia.

—¿Quienes eran?

—Los que mandásteis á Oaxacay y muchos otros.

—Comprendo. Terrible hubiera sido. ¿De cuántos dísteis fin?

—De casi todos los armados.

—Terrible general.

—Los dejaría para que vinieran después y os asesinaran.

—Señor, ved que el paje se muere, corred.

Cuando el duque llegó ya estaba Luisa sentada y en este instante le miraba con ojos espantados.

—No me mires de ese modo, hija mía, soy el duque del Imperio.

—Ah, sí, lo sabía. Lo soñé anoche.

—Dame tu mano y tu frente.

El duque besó la una y se quedó con la otra alargándole á la vez el líquido compuesto por el sacerdote.

—Bebe la tercera parte, Luisa.

—Lo sé; también lo soñé. Esta bebida la ha compuesto el padre Anselmo.

—¿Nada me preguntas sobre mi hijo?

—Dejad que recuerde; ahí, si, lo tiene el padre Anselmo.

—¿Por qué no está conmigo?

—Sufre un ataque de catalepsia y quedó como un cadáver. Aún le queda mucho tiempo que estar así.

—¿Como tiene las heridas?

—Cicatrizadas.

—¿Y el resto de su materia?

—Bueno.

—No hableís más ninguno de los dos. Irse poco á poco tranquilizando, para que luego podamos comer, os advierto que aún estoy en ayunas y he corrido hoy ocho leguas.

Los tres se callaron. El duque miraba á Luisa con asombro por su belleza y la inteligencia con que Dios la había dotado.

¿Qué impresión había recibido el generalismo al

ver los rostros cadavéricos de su hijo, de Julio y de Luisa?

La más cruel y amarga que puede recibir un padre; la que más descompone y perturba al sér humano; no obstante lo cual se presentó en la gruta con más serenidad, con más sangre fría, con más aplomo que cuantos rodeaban la gruta ó estaban dentro de ella.

En esta ocasión daba el duque del Imperio la más grande prueba de valor de cuantas había dado en su vida.

Hasta su hijo Flaviano le hubiera admirado, de poder contemplar y comprender lo heróico de aquel acto.

Todavía el fiero destino ha de exigirle otras pruebas análogas ó parecidas.

CAPÍULO XLVI

—

El duque, el príncipe y el paje.—Flaviano continúa muerto ó sea cataléptico.—La alegría renace en el padre, el hermano y el paje.

Una hora los dejó reposar el duque.

En ese tiempo bebió Luisa lo que restaba del líquido y de un salto su puso en pié.

—Estoy buena, señor,—dijo al duque.

Julio se había incorporado en la cama y continuó sentado un poco de tiempo.

El duque le dijo:

—Hijo mío, cuando puedas salir fuera de la gruta me lo dices.

—¿Que deseais, señor?

—Que des algunas órdenes y que Luisa vea á su padre y hermano, los cuales han debido llegar esta tarde.

—Estoy ya bien y saldremos Luisa y yo cuando acabeis de darme esas órdenes.

—Te llevas, Julio, todos esos hombres que hay en el monte: para defender á Flaviano basta con mi escolta. Que ésta quede en las casas de madera que he visto construídas y que coman hoy que también están en ayunas. Diariamente les traerán cuanto puedan necesitar. Hallarás de centinela á la boca de la gruta al maestre Ontoria y á Zalla; que pongan dos soldados y se vayan ellos á una de esas casas con los capitanes. Los centinelas, uno quedará en la puerta de la gruta y el otro en sitio que domine y pueda dar la voz de alarma en el caso de que se acercase gente armada. Que no dejen aproximarse á nadie á la cueva y menos entrar en ella.

—¿Y nosotros dos, señor?

—Todos los días me haceis una visita, el resto lo pasais en Cuernavaca.

—No sé donde está esa población.

—Yo tampoco, pero me han dicho que se halla cerca y el paje debe saberlo bien.

—Sí, señor.

—Tú, Luisa, estás con tu padre el tiempo que quieras, pero le das la triste nueva de que se han fugado todos los prisioneros que tenía procedentes de Chiapas y Tabasco. Mas que no se asusten, que ya dí yo fin de casi todos. Julio, ¿llegastes hoy?

—Sí, señor, poco antes que vos.

—¿Cuántas leguas anduviste?

—Mas de diez.

—En ese caso, comereis los dos conmigo, si hay que comer, Luisa se vá con su padre y hermano á

Cuernavaca y tú te quedas esta noche aquí porque debes estar rendido.

Los dos salieron cumpliendo en el acto las órdenes del duque.

Al salir Julio y Luisa de la gruta fueron rodeados por cuantos allí había. Casi todos los creyeron muertos y al volverlos á ver sanos y salvos su admiración fué grande. Todos fueron besando la mano del príncipe y no quedó uno que no le preguntase por el general Flaviano.

A todos contestó las siguientes frases:

—Nada os puedo decir de mi hermano; su vida ó su muerte son un secreto que no me es dado revelar y os prohibo á todos que me pregunteis nada sobre el héroe.

Después dió las órdenes que le había encargado el duque y buscó á Luisa que hablaba con su padre y hermanos cerca de allí. A la vez mandó que le pusieran comida en una cesta y cogiendo á Luisa bajó con ambas á la cueva.

Los tres comieron, se armó el paje y cuando se hubo despedido del duque y del príncipe salió para Cuernavaca con su padre y seguido de todos los que allí había.

Empezaba á anochecer y pronto tuvieron que encender hachas para llegar á Cuernavaca sin dificultad alguna.

Habían quedado en los alrededores de la gruta únicamente los que componían la escolta del duque y del capitán Juan Oaxacay. De los que estuvieron anterior-

mente no quedó nadie; hasta el médico se tuvo que marchar.

Estaban los centinelas que mandó poner el duque, pero Ontoria y Zalla, no contentos con eso, montaron una guardia de prevención, que situaron en la casa de madera más próxima á la gruta, con orden de velar la mitad de los individuos que la componían media noche y la otra mitad el resto de aquella. Entraban dos oficiales y no se exceptuaba á ninguno. Hasta el maestre Ontoria alternaba para hacer este servicio.

En la gruta se hallaban el príncipe y el duque alumbrados con la luz que les había dejado encendida Luisa, y es de suponer que estuviera también el padre Anselmo velando al general Flaviano.

En estos momentos decía el duque á Julio:

—No es solo tu venida lo grave—hijo mio, es que también abandonaron el ejército los tres maestres Mendoza, Almeida y Fajardo.

—No importa.

—Yo creo que sí.

—Entiendo, padre mío, que allí no hay peligro alguno, por lo admirablemente que dejó Flaviano organizado aquel ejército y porque no hay indio capaz de sublevarse allí, después de tantas derrotas como han sufrido. Pero lo que interesa es que pueda montar á caballo mi hermano. Cuando suceda esto, si no hubiese ejército lo crearemos de nuevo y si se subleva todo el imperio lo dominaremos de nuevo. Cuando veais el brillo de la corona que ciñe la frente del héroe me dareis la razón.

—Te la doy antes; erais dos, pues ahora somos tres, y si el mundo entero quisiéramos conquistar, el mundo entero conquistaríamos. Cierto, hijo mío, lo único que ahora nos interesa es que Flaviano viva y yo creo que vivirá.

—Hágalo Dios ó todos moriremos; sin él no quiero la vida.

—Ni yo.

—¿Mucho habeis sufrido en vuestro largo viaje?

—Bastante, y tantos accidentes me asaltaron, que llamará tu atención cuando te lo refiera.

—Padre mío, estamos cómodamente y la ocasión convida á oir un relato por demás importante. Hablando con vos me parece que hablo con Flaviano, teneis la misma voz y teneis tantas cosas de él que ahora que no puede oirlo, nada me es tan grato como oiros á vos. ¿Quereis complacerme?

—Sí, hijo, ocuparemos la velada con ese relato.

Al acabar su historia el duque, historia que conocemos hasta en sus menores detalles, exclamó el príncipe:

—Padre mío, os he oído con un placer indecible. He sufrido, he gozado, he visto al invencible, al que se educó en los campos de batalla y al que nos ha salvado la vida á todos y ha asegurado nuestra conquista que debió, muertos nosotros, concluir hoy. ¡Ah, noble duque, teneis muchas cosas del héroe, vuestro hijo, de mi amado hermano! Él sabe más que vos, porque su educación fué distinta y nadie más aplicado que él en el mundo. Él tiene el genio que lo eleva más que á mi

mismo padre. Él es la virtud personificada, pero os pareceis á él en los arranques grandes, en la improvisación, en la sangre fría, en la indiferencia á todo lo pequeño, en la ambición á todo lo grande, en la voz, en la figura, en la mirada y si resultais menos humano, menos caritativo, más ambicioso de ensanchar los triunfos, consiste en que sois más hombre que mi hermano, así como él es más eepíritu que vos. Dejadme que bese vuestra mano, que es la mano del padre del héroe y tiene tan buena sangre que sólo de ella ha podido brotar un gigante como vuestro hijo.

Y besó varias veces la diestra del duque.

—No me envanecen tus elogios, Julio, son los de un hijo querido que se parece más á nuestro Flavíano que yo.

—Son más de las diez, quereis que nos retiremos á descansar?

—Con una condición, que me dejes ocupar la cama de Flaviano y duerme tú en la del paje.

—Os iba á pedir el mismo favor, padre mío.

—Entonces que decida la suerte.

—Sea.

—Echa tú.

—Dos nombres y vos sacais uno.

—Saco y leo: El padre.

—Vuestra es.

—Déjame que te abrace antes de desnudarme.

—¿No besais mi frente?

—Sí, dos besos, uno por Flaviano y otro por mí.

Media hora después los dos dormían tranquilamente.

A la media noche salió el padre Anselmo, observó el sueño de los dos y les echó su bendición.

Luego avanzó hasta llegar á la boca de la gruta, vió á los centinelas y se retiró diciendo:

—Muy bien; puedo dormir cuatro ó cinco horas con mi enfermo. ¡Pobre materia humana y que poca resistencia tiene!

Y desapareció de allí.

A las seis de la mañana abrió los ojos el duque exclamando:

—He dormido con un sosiego que hace tiempo me era desconocido. El día empieza tranquilo y sereno. Nada se oye; mi escolta cumple con la exactitud que logré imprimirla.

Y comenzó á vestirse.

Julio continuaba dormido.

Cuando hubo terminado su aseo el duque, dió un beso en la frente del príncipe.

Este abrió los ojos diciéndole:

—Buenos días, padre mío, habéis descansado?

—En un sueño dulce y tranquilo pasé toda la noche.

—¿Y tu?

—No he tenido jamás un sueño tan agradable.

—¿Te vas á vestir?

—Si. ¿Habeis sabido algo de mi hermano?

—Nada. No he vuelto á ver al padre Anselmo. ¿Te merece confianza absoluta ese religioso?

—Sí, señor, es un santo como mi padre.

—Entonces, esperemos tranquilos.

Cuando Julio acabó de vestirse le dijo el duque:

—Puesto que á los dos nos es permitido, ¿quieres acompañarme?

—Donde vos querais.

—Sólo deseo que veamos á los individuos de mi escolta, y que respiremos un poco de tiempo el aire libre del campo.

—Buena idea.

Y ambos salieron.

Al verlos el centinela exclamó:

—Su excelencia nuestro general y su alteza el príncipe.

No habían dado diez pasos cuando se vieron rodeados de todos los individuos de la escolta, con la sola excepción de los dos centinelas.

—Señor,—se adelantó á decir Zalla.—¿Volveré á ver á mi maestro?

El duque le miró con interés y afecto contestándole:

—Ricardo, yo no puedo decirte nada sobre ese particular, porque me lo ha prohibido quien tiene potestad para hacerlo, y si comprendiera que mi semblante y mi actitud nada te decían, tampoco expresaría frase alguna aun cuando pudiera hacerlo.

—Gracias, señor, ya sé cuanto el deseo, la ansiedad y el más fuerte anhelo me pedían.

—Me alegro. ¿Qué ha ocurrido esta noche en los alrededores de esta gruta?

—Nada, mi general,—le contestó Ontoria.—Poco después de amanecer llegaron algunas autoridades de poblaciones de Méjico, y pretendieron entrar en la gruta.

—¿Qué hicisteis?

—No les hemos permitido ni aún que se acerquen.

—¿Estuvieron inconvenientes?

—Al principio, si señor, pero cuando supieron quienes éramos inclinaron la cabeza y se fueron á Cuernavaca, que es el punto á donde se nos ha dicho que mandásemos á todos los que vengan y quieran ver á vuestro hijo.

—Serían admiradores de mis dos hijos.

—Sí, señor.

—A esos los tratais con la mayor consideración, pero sin permitirles que se acerquen á la gruta.

—Así lo haremos.

—Veamos ahora cómo os han alojado.

Y cogido al brazo de Julio fué recorriendo todas las casas de madera habitadas por los individuos de su escolta.

Nada de lo dispensable faltaba en ellas, y el duque quedó satisfecho.

Luego paseó por el monte con Julio, Ontoria y todos los capitanes.

Hablaron mucho de Nueva España, el príncipe les refirió las últimas campañas de Flaviano y de todos ellos.

Cuando hubo concluído exclamó Zalla:

—El príncipe Julio jamás ha mentido ni exagerado, y ya vísteis lo que dijo de mi maestro y protector. Resulta como yo había dicho antes, que mi maestro y protector es el primer general del mundo, ¿lo oís bien? del mundo.

—Nadie puede dudar eso, Zalla,—replicó Julio,—podeis asegurarlo, y al que lo niegue ó lo dude llamadle necio.

—Buena la has hecho, hijo,—añadió el duque dirigiéndose al príncipe,—da alas á ese gavilán y no habrá quien le resista.

—¿Por qué, padre mío?

—Porque es fanático por lo que hace y por lo que es su maestro y protector, y ahora con lo que tú le has dicho va á querer hacerle un altar.

—Todo lo que haga ó diga del héroe será siempre poco.

—Claro es, como que no vino al mundo hombre que se le parezca; el más alto queda á mil varas de él.

—Ricardo, no exageres.

—No exagera, padre mío.

—Hablaremos si os parece de otra cosa.

—De lo que vois querais.

—¿Nos harán comida aquí?

—No, señor, cena; la comida quedó en traerla todos los días el paje. Nos lo ha advertivo con tono tan imperativo que no parece paje.

—Ni lo es,—dijeron á la vez el duque y el príncipe,—y guardaos de él, que tira mejor que vosotros, puede matar impunemente, y el que osara tocarlo...

—Morirá; yo me encargo de matarlo,—dijo Zalla con energía.

—¿Quién era capaz de atentar contra ese privilegiado ser?

—Todos los que pertenecemos á la escolta del duque lo que defenderemos siempre, —exclamó Urrutia.

—Todos, sí.

—Me complace esa unanimidad,—replicó el duque.

Julio añadió:

—Él se concretó hasta ahora á defender y cuidar á su señor. A nadie ofende, con nadie se indispone, ¡desgraciado del que osara ofenderle!

Y continuaron conversando en la forma que acabamos de exponer.

Media hora más tarde entraban en la gruta el príncipe y el duque después ae haber paseado dos horas.

No era absoluta la confianza que tenían el padre y el hermano en que el héroe volviese á la vida; la catalepsia que sufría, dando por hecho que fuese esa enfermedad la que padecía Flaviano, era tan grave que no podía abrigarse completa confianza en su salvación. Pero tenían necesidad de aparentar completa creencia de que el joven general volvería á la vida, Julio por que el padre sufriera menos, y el duque para aminorar la pena del hermano.

El más tranquilo de los tres debía ser el paje; éste había soñado la verdad, y como de costumbre suponía que su sueño era una revelación justificada ya con la llegada del duque y con el medicamento preparado por el padre Anselmo. La inteligente joven creía haber visto á Flaviano en perfecto estado de salud correr á caballo por las campiñas del imperio mejicano.

Diremos, para conocimiento del lector, que el más

acertado en sus cálculos era el paje. Sus ensueños eran realmente revelaciones; eran la consecuencia de un don concedido á la joven hasta aquel momento; don que cesaba desde aquel día en adelante, pues le habían hecho la última revelación.

Hasta entonces Luisa fué virgen en cuanto constituía su ser; es decir, en sus acciones y pensamientos; pero iban á fijarse los últimos en un hombre, y desde aquel momento perdía la gracia que le fué concedida, como veremos más adelante.

CAPÍTULO XLVII

—

La marcha del paje y la opinión pública.—Actitud de Luisa.—Todo se puede ganar.—Continúa la catalepsia.—Los dos nuevos amigos.

Luisa salió de la gruta, y más grave y más severa que nunca empezó á dar órdenes, para que no quedara en los alrededores de la gruta más gente que su primo Juan y los individuos de la escolta del duque.

Ninguno se atrevió á preguntarle nada. En esta ocasión infundía respeto la hermosa cara de aquel ángel.

Antes de entrar en casa de su tío, ya en Cuernavaca, los reunió á todos en la plaza de la población diciéndoles:

—Godínez, al amanecer te vas á la capital. Aquí no haces falta ninguna, en Méjico sí, de allí eres corregidor.

—Te obedezco, Luis, pero son tantas las preguntas que me harán, que te ruego me digas...

—¿Qué?

—Si ha muerto ó no nuestro general, y...

—Nada tengo que decirte; contestas lo que te parezca, lo que sabes, lo que te se alcance.

Lo mismo fué diciendo á las restantes autoridades, y como no les permitió estar cerca de la gruta ni en Cuernavaca no podían saber nada, todos se fueron retirando á la mañana siguiente.

Al médico y á los hombres armados les dió las gracias, encargó á su tío que pagase todo lo que se debiera, tomando el dinero del mayordomo del duque y les despidió también.

Después entró con su padre, hermanos, primos y tío en la casa del último, encerrándose con ellos en el despacho que ya conocen nuestros lectores.

Su padre fué el primero que hizo uso de la palabra diciéndole:

—Supongo que á nosotros, que formamos tu familia, nos dirás cuál es la situación de tu señor, de nuestro señor, porque lo es de todos.

—Padre mío, antes de contestaros se me ocurre haceros una pregunta: ¿A qué habeis ido á la gruta?

—A saber si habian ó no muerto al héroe.

—¿Satisfacer ese deseo era antes que evitar con vuestra presencia la huida de los principales revolucionarios de este país?

—Cuando se recibe una noticia tan grave y que afecta á todo el imperio no se discurre, se busca la verdad.

—Tan subida fué la medida que ausentes el corregi-

dor y sus hijos, únicos que en su ausencia pudieran reemplazarle bien; todos los rebeldes se escaparon, quitando las armas á vuestros soldados y se vinieron hacia aquí, reclutande gente por el camino, resueltos á concluír de matar al héroe, asesinar al príncipe y dar fin de todos nosotros. Como nos acompañaban las principales autoridades de Méjico, las que también habrían asesinado, Nueva España sería de ellos, los muertos subirían á millares, las imágenes de Dios rodarían por el suelo, y el robo, el saqueo y los mayores crímenes debían reemplazar á la paz, el orden y la justicia impuestos por el general y el príncipe á costa de infinitos sacrificios.

Eso sólo puede ser una suposición.

—No, padre mío, eso es un hecho y nos ha librado de perecer á todos la casualidad de encontrarse en Méjico al señor duque del Imperio, que tiene la misma sangre que su hijo, y llevó á cabo la heroicidad de vencer con solo sesenta y dos hombres que componen su escolta á los mil y pico á que ascendían ya los huídos de Oaxacay. Este es el hecho, esta es la verdad.

—¡Quién se había de figurar!... Me impresionó tanto la noticia de las heridas mortales de don Flaviano, que me dejaron sin actitud para discurrir.

—En ese caso, á un señor que se perturba de ese modo no puedo yo revelarle un secreto.

—¿Es un secreto la vida ó la muerte del héroe?

—Sí, señor.

—Si es un secreto no quiero saberlo.

—Haceis bien, porque tampoco os lo había de decir.

—¡Ni á tu padre!

—Ni á nadie.

—Si, obré con ligereza, lo declaro; pude mandar á uno de tus hermanos, pude venir yo y dejar á ellos encargada la custodia de los prisioneros, mas para abandonar todos á Oaxacay, tienes razón, necesité perturbarme. ¡Cuántas desgracias han podido ocurrir!

—Muchas desgracias ha evitado el invencible señor que los ha derrotado y ha muerto á la mayoría de los más valientes y temerarios, pero os advierto que antes de hallar al duque robaban y asinaban en los pueblos en que entraron, y los escapados de las manos del duque, robando y asesinaudo siguieron.

—¡Qué desgracia tan grande!

—De todo teneis la culpa.

—Es verdad, y dispuesto me hallo á dejar de ser corregidor y encerrarme en mi casa como el más oscuro ignorante.

—Buen remedio aplicáis al inmenso mal que habéis hecho!

—¿Pues qué he de hacer?

—¿Hay en Oaxacay algún hombre que tenga el prestigio y la influencia vuestra?

—Allí no.

—Ni de fuera podrá ir tampoco.

—Es verdad.

—Padre, ¿continuais perturbado?

—No lo sé; pero es posible que siga hasta que sepa si ha muerto ó no el general Osorio.

—Mucho vais á tardar en saberlo, padre mío.

—Porque tú lo quieres.

—Después de haber faltado vos; después de haber faltado mis hermanos, ¿quereis que venda un secreto de Estado, para que no haya en vuestra familia uno solo que pueda alzar la frente con orgullo? ¿Es eso lo que deseais?

—No, no quiero eso; si es un secreto de Estado nada me digas. ¿Puedo hacer algo para remediar en parte el daño que involuntariamente hemos causado?

—Sí; al amanecer os vais á Oaxacay, allí sabréis el daño que hicísteis, estudiadlo bien y sírvaos de ejemplo para lo sucesivo. Una autoridad se debe á los pueblos que gobierna, no á sus hijos, ni á sus parientes, ni á sus amigos. Un descuido de un particular solo, lastima á los pocos que le rodean; el descuido de la autoridad compromete el distrito que manda, á cuantos le obedecen, y en ocasiones dadas á todo el imperio en que está enclavado su distrito. Don Flaviano depositó en vos toda su confianza; cuando sepa lo que habéis hecho exclamará: Fuí infalible hasta que me hallé frente á frente del cacique de Oaxacay. ¿Qué podré yo decirle entonces?

—La lección ha sido buena, yo te ruego no la prolongues, porque moriré de pena.

—Pues he concluído, y no sufrais más. Sírvaos de ejemplo para toda la vida, y hablemos de otra cosa.

Así lo hicieron.

Al amanecer todos, incluso el padre y los hermanos de Luisa, se fueron marchando de Cuernavaca.

Quedaron solos los del pueblo, Luisa y el criado

del príncipe, al que también echaron de los alrededores de la gruta.

La conducta del paje era admirable. Su severidad y lo grave que se presentaba hacían creer á todos que Flaviano había muerto, sin que ella lo dijese, sin que al volver á la vida el sabio general, si es que volvía, pudiera decir nadie que los había engañado.

¿Convenía aparentar que Flaviano había muerto? Indudablemente. Sin que nadie se lo dijera lo había comprendido asi Luisa, y por esta causa merecía elogios su conducta.

Que era conveniente aparentar que el héroe dormía el sueño eterno no cabe duda alguna. Si no existía, porque esa era la verdad; y si su catalepsia tenía un fin agradable, porque si recordamos lo que hizo en Madrid, muerto en la apariencia, podemos adivinar fácilmente lo que hará en la actualidad con tanto enemigo como en Méjico tenía.

Luisa para permitir que la noticia circulase, había tenido dos causas: primera, que le prohibió el duque que hablase de la curación de su hijo, y segunda, que por las razones expuestas se encerraba de ese modo en la lógica.

Era posible que la noticia de la muerte de Flaviano alentase á los aztecas revolucionarios y á todos los que con éstos simpatizasen, pero eso no le importaba al paje; sabía por experiencia que Osorio podía con todos, y en su buen sentido comprendió que un enemigo hipócrita es peor que cien sin careta.

Dejemos en consecuencia que la noticia de la muer-

te del héroe corra por el imperio de boca en boca, y que se subleven los que á bien lo tengan y sigamos nosotros al paje, que si no es héroe le falta poco; muchas heroinas hubo que no hicieron tanto como llevaba hecho la hija del corregidor de Oaxacay en tan poco tiempo.

Se levantó á las ocho y á las nueve montó á caballo y partió seguida del criado del príncipe, de dos primos suyos y de dos sirvientes que llevaban las cestas con la comida.

Llegaron á la gruta, y cien varas antes de llegar á la puerta todos echaron pié á tierra.

Un capitán joven y apuesto cogió las bridas del caballo de Luisa se las dió á su criado, que lo llevó para que retirase el potro, y quedando de frente al paje le dijo:

—¿No me conoceis?

—Sí, os he visto ayer;—contestó Luisa,—pero no se quien sois.

—¿Me permitis que os lo diga?

—Si teneis empeño os escucharé, suponiendo que perteneceis á la escolta del señor duque del Imperio.

—Vengo, paje querido, agregado á la escolta del duque, pero me manda el rey de España que me ponga á las órdenes de don Flaviano de Osorio.

—Es igual.

—Para mí, no; prefiero obedecer al héroe. Me llamo Zalla.

—¿Le conocéis mucho?

—Más aún que vos.

—Eso es difícil.

—No tanto.

—Zalla... Zalla. Ese apellido me recuerda á los seis *Invencibles.* En los gloriosos hechos que de éstos he oído relatar figuran más de un Zalla.

—Sí, mis dos tios y mi padre.

—¡Ah! Empezais á parecerme simpático.

—También vos á mí.

—¿Dónde ganásteis esa banda de capitán?

—En Madrid.

—¿Allí hubo guerra?

—Yo la tuve.

—¿Contra quién?

—Contra los enemigos del general Flaviano.

—¿Qué hicísteis con ellos?

—Poca cosa; matarlos.

—¿A todos?

—A cuantos se me presentaron.

—Ahora ya no sois simpático solamente.

—¿Qué soy?

—Interesante para mí

Eso y más me sucedió á mí estando con vos en Madrid.

—¿Por qué causa?

—Por lo que oía contar de vos junto á mi amado maestro y protector.

—¿Quién es ese?

—Don Flaviano.

—¡Ah! ¡vuestro maestro! Ya no me extraña que hayais muerto á todos los enemigos de nuestro general.

—Es lógica esa reflexión.

—Qué os proponeis al detenerme aquí.

—Haceros una proposición.

—Hacedla, Zalla.

—Si me concedeis vuestra amistad, os doy por ella toda la mía y la mitad de mi fortuna.

—¿En qué consiste la última?

—En una arroba de oro que me regaló un cacique por las lecciones que le di de orden del señor duque.

—¡Excelente proposición!

—¿La aceptais?

—¿Me concedeis cinco minutos?

—Cuantos querais.

—¿Juan?—llamó Luis.

—Qué quieres, Luis.

—¿Te permitirá esa banda de capitán obedecerme?

—Sí, me permite todo lo que tú quieras.

Zalla se había retirado cuatro ó seis pasos por urbanidad.

Luisa preguntó muy bajo á su primo:

—¿Quién es ese capitán que hablaba conmigo?

—Ricardo Zalla.

—¿Qué más?

—La primera espada de la escolta del duque.

—¿Qué más?

—El favorito del generalismo.

—¿Qué más?

—El hombre más valiente que conozco con tres ó cuatro excepciones. Ama con fanatismo á tú señor.

—¿Qué más?

—¡Pardiéz! ¿Aún quereis más?

—Sí.

—Pues no tengo más.

—¿Es vicioso?

—No.

—¿Qué defecto tiene?

—La mano muy larga y la lengua afilada.

—¿Qué qnieres decir con eso último?

—Que se burla hasta del maestre Ontoria.

—¿Nada más?

—No.

Luisa, añadió más fuerte:

—Juan, que calienten los criados del duque la comida que viene en esas cestas para dentro de media hora. Traen lo suficiente para el duque, el príncipe, para mí y para todos los individuos jefes y oficiales de la escolta del generalismo. Pueden comer á la vez que nosotros.

—Gracias,—le contestaron todos los oficiales que lo oyeron.

El paje se volvió, y alargando su pequeña mano á Zalla, le dijo:

—Acepto tu proposición, pero sin media arroba de oro, ó aceptando tú una mía por esa media.

—Gracias, mi querido paje, amistad por amistad para que sean eternas.

—Hasta luego.

—Que Dios defienda tu vida, como yo lo haré si hallo ocasión.

Luisa entró en la gruta poniendo su frente para que la besaran el príncipe y el duque.

—¿Te han aburrido á preguntas, hija mía?—le dijo el último.

Luisa les refirió cuanto le había ocurrido por la tarde y noche. El príncipe le dijo:

—Aun cuando todo lo merecía, has estado algo dura con el autor de tus días; el resto admirable como siempre, Luisa.

—Sin fijarse ella en la contestación les preguntó:

—¿Teneis la bondad de decirme si habeis visto al padre Anselmo?

—No ha parecido por esta parte de la gruta.

—¿Nada habeis visto aquí?

—Nada.

—Si, lo están velando dos; pero al otro no lo conozco.

—¿Qué dices, Luisa

—Nada, señor, son reminiscencias de un sueño.

—¿Quieres referirnos todo lo que soñaste?—le preguntó Julio.

—No.

—¿Por qué?

—Por que no puedo.

—A Flaviano todo se lo decías.

—Sí, á ese todo.

—¿Por qué á mí no?

—Si á otro se lo dijese no volvería á soñar.

—¿Te lo han prohibido?

—Sí, señor.

—Cállalo.

—No es posible otra cosa.

Continuaron hablando media hora que tardó el centinela en gritar.

—La comida para mi señor.

Luisa salió, cogiendo una cesta en que iba la parte de los tres y se sentaron á la mesa.

Una hora después dijo el príncipe al duque:

—Padre mío; me marcho con Luisa porque no quisiera que llegara la noche antes de entrar con ella en Cuernavaca.

—Tienes razón, Julio, y en verdad, que no os dejaré partir solos. Recordad que en ese mismo camino hirieron á Flaviano, matando dos criados y tres caballos. ¿Quereis partir ya?

—Sí, señor.

—Permitidme,—dijo Luisa,—que os arregle la cama y esta parte de la gruta.

Y le dejó hasta la luz encendida.

—Señor, nos duele dejaros solo, pero...

—No es posible otra cosa, ya lo sé. Puede que sea para bien.

—Explicaos.

—Viéndome sólo, quién sabe si me harán compañía y hasta puede que vea algo.

—Es verdad.

—Salgamos.

El duque dispuso que fueran con el príncipe y Luisa, delante Oaxacay que conocia bien el camino con dos soldados, y detrás Zalla con otros dos, el criado de Julio, uno del duque para que sirviera á Luisa, y los dos primos y sirvientes que llevó la joven.

—Os quedais con poca fuerza, señor,—le dijo Julio.

—Con los que me acompañarán esta noche tengo de sobra para vencer mil aztecas.

—Puesto que lo quereis, quedad con Dios.

Osorio los despidió á cien varas de la gruta, habló una hora con Ontoria y Urrutia y se entró en la cueva, creyendo que el padre Anselmo saldría aun cuando fuese poco.

Pero no fué así; ni el más leve ruido oyó el duque en el interior de la gruta.

Cansado de pasear y de estar sentado, fué poco á poco desnudándose, murmuró algunas oraciones y se quedó dormido un poco después de las diez.

A la media noche salió el religioso franciscano, lo observó atentamente y luego exclamó para sí:

—¡Desgraciado padre, cuánto sufre y yo no puedo consolarle hasta mañana! ¡Cómo ha de ser!

Luego llegó á la puerta de la gruta é hizo la misma observación que la noche anterior. Satisfecho de su reconocimiento tornó á murmurar:

—Descansaré cuatro horas; con eso me basta.

Y lentamente desapareció, perdiéndose entre las grandes grietas, estalactitas y estalagmitas que presentaba la gruta en todo el fondo de la misma.

Si el duque hubiera podido oir las frases que el religioso murmuraba, un rayo de esperanza hubiera brillado en su varonil semblante.

Pero el misterio sobre la catalepsia del héroe guardaba relación, más aún que con el presente con el

porvenir de Nueva España, y estaba todo lo que Anselmo hacía muy justificado.

En la presente ocasión no eran solas la inteligencia y santidad del profeso las que atendían á la salvación del héroe y de Méjico, pues los dos peligraban, otras superiores unidas á las de Anselmo defendían ambas cosas con un interés que nos ha de maravillar.

No hemos de tardar en convencernos de esa verdad.

CAPÍTULO XLVIII

Un choque cortado á tiempo.—Dos santos, un guerrero invencible y un cadáver.—La luz de la esperanza ilumina el rostro del duque.

Al amanecer del siguiente día despertó al duque del Imperio el ruído de armas y de voces que se oían próximos á la boca de la gruta.

A medio vestir, cubierto con su largo tabardo, salió fuera de la cueva, viendo á todos los individuos de su escolta con los aceros fuera de la vaina frente á doce guerreros, que espada en mano iban á cometer á Ontoria, y restantes individuos que le obedecían diciéndoles:

—Queremos pasar y cruzaremos por encima de vosotros si os obstinais en cerrarnos el paso.

Ontoria les contestaba:

—Somos la escolta del señor duque del Imperio, y por encima de nosotros no pasa nadie.

—Somos los parciales del general Flaviano y cruzamos por encima del universo entero.

—No lo hareis.

—Vedlo.

En ese momento se presentó el duque en medio de unos y de otros.

Todos bajaron las espadas.

—Osorio miró á los recién venidos y fué á hablar, pero no le dejó uno de ellos, el cual tiró la espada, y abrazándose á él le dijo.

—Padre mío, ¿qué es de mi hermano? Hablad por Dios.

Eran estos doce, el marqués de Abella, los maestres de campo Almeida y Fajardo, tres capitanes y los seis criados de ellos.

Osorio estrechó á Mendoza, y separándose dos pasos, le dijo:

—¿Qué es eso, señor maestre? Os concedió esa banda mi hijo para que viniérais á hacer armas contra su padre, contra vuestro generalísimo?

—Señor, las tres bandas que veis las hemos teñido en sangre enemiga en el campo de batalla, detrás ó al lado del héroe mi hermano; pero si os estorban, las arrojaremos lejos de nosotros. Todo, señor, menos dejar de entrar en esa gruta.

—¿Para qué queries entrar?

—Para ver á nuestro jefe.

—¿Y si está muerto?

—Para llorarlo, y después vengarle.

—¿Y si vive y no quiere recibiros?

—Para que sepa que lo amamos, aun cuando él nos odie.

—¿Y si soy yo el que cierro con mi cuerpo la tumba ó el lecho de mi hijo?

—Contra vos, señor, nada podemos hacer; contra vos, señor, que fuisteis el amigo, el maestro de mi padre y el hombre que, prescindiendo de su jerarquía y cien títulos más, solo respeto y admiración nos inspira, solo puede el marqués de Abella, el hijo y heredero de vuestro hermano, caer de rodillas á sus pies, como lo hago, diciéndole: Señor, dejadme que vea á mi hermano Flaviano.

El duque le echó los brazos al cuello, y después de obligarle á que se levantara, le dijo:

—¡Ay, Rogelio! me pides te conceda lo que no he podido lograr para mí. Tres días llevo en esa gruta, para llegar á ella he andado cerca dos mil leguas; he tenido que matar á cientos y cientos de seres humanos; he sufrido más que en toda mi vida anterior, y sin embargo, dentro de la gruta me hallo, dentró está mi hijo, y no he podido verlo más que una vez, y no he podido averiguar si está muerto ó si se halla vivo.

—¿Señor, qué horrible oposición es esa?

—No puedo decirte más Rogelio. Salvé á Julio y al paje; á mi hijo ni aun puedo verlo.

—Señor, nuestros aceros es poco, nuestras vidas os pertenecen, ¿qué hacemos?

—Hasta que el destino disponga otra cosa, quedais agregados á mi escolta. De ese modo os concedo más que han logrado el príncipe y el paje, los cuales me

hacen una visita al día, y se van á Cuernavaca, donde viven.

—¡Ni ellos pueden estar aquí!

—Ni ellos.

—Gracias, señor, estaremos cerca de él, ya que no es posible otra cosa, y á vuestras órdenes, que es la mayor honra á que puede aspirar un soldado.

—Ontoria, que os acompañen los tres maestres, y dad á todos habitación con arreglo á su clase; cuando yo no esté presente queda en mi lugar el señor marqués de Abella. Estréchame, Rogelio, y hasta luego. Mi mano, Almeida, mi mano, Fajardo. Quedad todos con Dios.

Y el duque se entró en la gruta.

Ontoria los aposentó á los doce, les señaló número para la guardia de prevención, enteró á Mendoza del servicio que hacían, y luego le entregó el mando de toda la fuerza, según dispuso el generalísimo, y quedaron los cuatro maestres hablando en la casa de madera destinada á Ontoria, el cual la compartía ya con sus tres compañeros recién venidos.

El duque concluyó de vestirse y quedó paseando por la entrada de la gran gruta.

Era la una de la tarde, cuando uno de los dos centinelas gritó:

—Fuerza armada por Levante.

—Todos abandonaron sus casas y casetas para dar frente á los que venían.

Pronto distinguieron, primero á Juan Oaxacay con dos soldados detrás, y luego al príncipe, al paje, á Zalla y á los soldados y sirvientes.

No hallaron impsdimento alguno.

Mendoza estrecho á su hermano Julio, diciéndole;

—Dime algo por Dios, hermano.

—Rogelio,—le contestó el príncipe:—tu que estás junto á la gruta, dinos lo que sepas, por la Virgen.

—No he visto más que al padre.

—Pues nosotros tampoco.

—¡Qué desgracia! Ah, Luis, no te había visto.

—Yo sí á vos y con harta pena.

—Pena, ¿por qué?

—¿Quién os dió permiso para abandonar el ejército y venir á la gruta?

—Nadie, hijo, nos lo hemos tomado nosotros.

—¿Quién os dió facultades para eso?

—El interés, el cariño que nos inspira el héroe.

—¿Son antes que la patria y que el rey?

—Para nosotros, sí. Y es estraño que tú nos hagas esa pregunta, queriéndolo tanto como nosotros.

—Es que yo sirvo sólo á mi señor, que ni es rey ni es patria.

—Déjame de cuentos que no estoy para oirlos.

—Pues tendreis que escucharlos por fuerza. ¿Sabeis las consecuencias que puede tener vuestro abandono?

—Ninguna.

—Pueden ser muchas y terribles.

—Las que tú inventes.

—Se empiezan á sublevar los aztecas y está sin jefes el ejército, con aquellos y con los muchos malos españoles que hay aquí puede entrar el conflicto que está ya á la puerta.

—Eso deseo, que entre y que venga contra nosotros, Ardo en sed de matar y me ahoga la inacción en que estoy.

—¿Con qué soldados contais?

—Yo solo cuento con la espada de mi hermano Julio, con la invencible de mi padre el duque del Imperio y con la mía.

—¿Con la del héroe, no?

—¿Pero vive? Dímelo por Dios.

—¡Quién sabe eso! Vos, señor Marqués, y vosotros Fajardo, Almeida y restantes hicisteis muy mal en dejar abandonado el ejército español. Si yo tuviera potestad, si fuera el duque del Imperio ó el príncipe Julio, ahora mismo os hacía volver á Tabasco.

—Pero como no la tienes ni lo eres....

—Se la pediré al generalísimo.

—No os la dará porque formamos ya parte de su escolta.

—Lo creo; esos guerreros invencibles, esos hombres tan grandes son en ocasiones dadas más débiles que una mujer.

—Como que son españoles y no se parecen en nada á los indios bravos como tú.

—Déjalo, Luis,—exclamó el príncipe.—Está afectado y no sabe lo que ha hecho ni lo que dice.

—Señor, mandadle regresar á Tabasco; allí se tranquilizará.

—No le conoces, Luis.

—Que se vaya lo antes posible, señor, que aquí estorba y allí es útil á la causa de España.

—No puedo, paje; debía yo darle el ejemplo y partir delante de él.

—¡Otro gran hombre!

—Juzgado por un chiquillo mal educado.

—Vedlo, señor; ese maestre de campo merecía estar de alférez.

—Y tú de verdadero paje.

—¿Vuestro?

—No, de Elvira la hija del virrey.

Luisa dió la orden referente á la comida y entró con el príncipe en la gruta.

Mendoza se volvió, hallando de frente á Zalla.

—Qué veo,—exclamó—¿aquel chiquillo tan pendenciero y revoltoso se ha trasladado á Nueva-España y nada menos que de capitán?

—Como vos, juntos íbamos á buscar riñas, pero me habeis adelantado, señor maestre.

—Me alegro veros; ¿perteneceis á la escolta de mi padre?

—No, señor;—dijo Zalla,—vine con el generalísimo, pero me manda el rey junto á mi maestro y protector.

—Sí, Flaviano. ¿Qué sabeis de él? Decidme algo y pedidme lo que querais.

—Ah señor, marqués, ninguno sabemos nada.

—¡Qué misterio!

—Es un arcano impenetrable.

—¿Qué opinas?

—Nada, no sé que pensar de ese secreto. Pero á todos nos conviene respetarlo y no hablar de él.

—¿Para eso he andado yo á mata caballo más de doscientas leguas?

—¡Para eso anduve yo más de dos mil?

—Teneis razón, hablemos de otra cosa. ¿Cómo están la duquesa de los Andes y vuestro padre?

Y continuaron ocupándose de cosas poco importantes.

Entremos en la gruta.

Después de hacerse los tres algunas preguntas y de haber hablado de Flaviano, se sentaron á la mesa con poco apetito y hasta con tristeza.

Luisa les decía:

—Yo tengo confianza, todos mis sueños fueron infalibles, pero esta tardanza...

—También,—añadió el duque,—tengo yo casi seguridad, pero vacilo y la incertidumbre tortura mi espíritu.

—Yo también creo que mi hermano sufre un ataque de catalepsia, por eso vivo yo; ¡pero quien os ha dicho que no puede morir en él? ¿Sería el primero?

—Es verdad,—contestó Osorio suspirando.

—No,—añadió Luisa,—yo lo ví en mi sueño cadavérico como quedó al caer y creerlo todos cadáver.

Y luego lo ví abrazado á un fraile que no conozco; estaba ya bueno y sano como antes de ser herido.

—Dame las señas de ese religioso.

—Alto, venerable, anciano y su traje talar era blanco en su parte inferior y negro en la parte exterior. Sobre el pecho tenía un escapulario con la cruz encarnada.

—El príncipe de Italia,—dijo el duque.

—Pero eso no puede ser,—replicó Julio.—Mi padre está en Madrid.

—No lo sabes tú eso, hijo mío.

—¿Qué decís, señor?

—Qué es posible lo que dice Luisa.

—¡Mi padre en Méjico?

—Julio, no me obligues á decirte lo que no puedo. Confórmate con saber, y no es poco, que es posible lo que dice Luisa y que el príncipe de Italia está donde hace falta, donde debe de estar. Para su valor y grandeza de alma no hay distancias ni peligros.

—Que dicha sería para mí verlo en Méjico.

—Todo eso está muy bien,—dijo Luisa pero nada vemos, ni puede llegar á nuestro espíritu otra cosa que la duda y la incertidumbre.

—Cómo ha de ser, tendremos paciencia.

Y continuaron comiendo, tan tristes y cabizbajos, que daba lástima contemplarlos.

A las tres se despidieron del duque, Julio y Luisa, montaron á caballo y partieron á Cuernavaca en la misma forma que habían ido y con la misma escolta.

El duque habló una hora con los cuatro maestres y se retiró á la gruta ensimismado y melancólico.

Serían las ocho de la noche; el duque continuaba en el mismo estado que anteriormente, cuando fué sorprendido por la presencia del padre Anselmo, que apareció en la entrada iuterior de la gruta.

Iba con los brazos cruzados y su actitud era la de siempre, grave y mesurada.

El duque se puso en pié y se aproximó á una vara de distancia del religioso.

El padre Anselmo le dijo:

—¿Se agota vuestra paciencia, señor?

—No, santo varón.

—Nuestro Señor os la pone á prueba. Fuerte sois, no debilitaros nunca, generalísimo.

—Lo haré.

—Vuestro hijo jamás dió una sola prueba de debilidad, lo mismo de niño que de hombre.

—Ni yo tampoco.

—Pero sufris mucho.

—¿Qué importa eso? ¿No hemos venido al mundo á sufrir?

—No teneis motivo ahora para los padecimientos que se retraten en nuestro rostro.

—Hablad, padre Anselmo.

—Sino basta lo que os he dicho, cuanto añadiera sería inútil.

—Acaso no.

—¿Os merezco confianza?

—Absoluta.

—Pues os repito que no hay motivo que justifique esos sufrimientos que leo en vuestro semblante.

—La impaciencia de padre perturba el alma.

—Dominadla, señor.

—¿Qué debo hacer?

—Nada, esperar confiado, con calma y con el valor que demostrásteis al entrar por primera vez en esta gruta.

—¿Qué más, santo varón?

—No os acosteis esta noche.

—Lo haré.

—Ni sufrais nada.

Y desapareció dejando al duque ensimismado y meditabundo.

Durante su largo viaje fué Osorio tan activo, tan energico y tan inteligente, como ahora estaba siendo apático, insuficiente y casi nulo para todo.

Como hombre, su arrogancia no tenía igual, como padre hacía lo que todos, sufrir las desgracias de su hijo mucho más que las suyas propias.

Cenó ligeramente como tenía de costumbre, tomando unos fiambres y dulces que le dejaba preparados Luisa y se volvió á su cuarto en el que permaneció inmóvil hasta las doce de la noche, que volvió á presentarse el padre Anselmo.

—¿Estais dispuesto á seguirme, señor duque? le preguntó.

—Donde querais.

—Vamos al interior de la gruta.

El religioso delante y el duque detrás, guiados por un resplandor que salía del fondo, cruzaron una cabidad bastante grande, llena de piedras y de fósiles que representaban, unos figuras humanas, otros santos y algunos animales.

Entraron en otra más pequeña llena de estalactitas y de estalagmitas que ofrecían figuras caprichosas que rara vez se ven, y luego pasaron á la tercera sala, con el piso igual y las paredes que parecían niveladas á pico.

La puerta ó avertura era estrecha, no tenía más entrada ni salida que aquella y en el techo se distinguía una grieta no muy ancha que iba agrandando hasta llegar á la superficie del monte. Por aquella grieta que parecía obra del ingenio y del arte, entraba por el día un rayo de sol, luz suave y melancolía, y por la noche una brisa agradable, perfumada por las plantas odoríferas del monte.

En aquel hueco hermoseado por la naturaleza en las entrañas de la sierra se podía habitar como en el gabinete de una elegante dama.

En la pared de enfrente había un crucifijo de piedra, á sus piés dos velas de cera ardiendo y postrado ante la sagrada imagen del Redentor oraba un religioso con tanta devoción que no pudo notar la entrada del duque y de su guía, y á la izquierda, frente á la entrada, dos montones de hojas secas que podían servir para asientos y juntándolos para cama.

Y á la derecha sobre media vara de hojas. recientemente arrancadas de un árbol, mezcladas con flores que prestaban belleza y aroma, se hallaba casi enterrado el inanimado cuerpo del general don Flaviano de Osorio. Sólo se le veía del cuello arriba; el resto del cuerpo que lo tenía completamente desnudo se hallaba enterrado entre las hojas de árboles y flores.

El rostro del joven héroe estaba pálido como el de los cadáveres, pero su hermoso semblante no había perdido nada de la perfección de sus facciones. Parecía una figura humana de cera, artística y hábilmente modelada.

El duque vió al religioso que oraba, desde la entrada, y luego á su hijo. Fijo en él quedó cinco minutos inmóvil, como estatua de piedra.

Cayó luego de rodillas y estampó en la frente de Flaviano un verdadero beso paternal. Parte de su espiritu había besado con él, quedando su fluído en la pura frente del inerte hijo.

Luego se puso en pie, cruzó los brazos y quedaron clavados sus ojos en aquel lecho vegetal.

Así permaneció media hora que tardó el religioso que oraba en acabar su rezo, levantarse y preguntarle:

—¿Qué ves, hermano?

Era el príncipe de Italia.

—Un cadáver ¡ay de mí!—le contestó el duque.

—No es eso; es el cuerpo de tu hijo en estado de catalepsia.

—Si es así, no existe nada tan parecido á la muerte.

—Es la paralización de la vida.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Quién sabe eso!

—¿Y su espíritu donde está?

—En algunos queda ligado á la materia, oyen cuanto se dice cerca de ellos, pero como la materia está inerte no pueden hacer el más leve movimiento ni aun con los labios ni los párpados de los ojos. Otros, como sucede á nuestro hijo, abandonan la materia, quedando pendientes de ella qor un fluído impalpable é invisible.

—Lo creo porque tú lo dices Julio y porque tú nunca has mentido, pero no lo comprendo.

—¿Quieres una prueba evidente de que tu hijo no ha muerto?

—Sí.

—¡Torpe padre, arrodíllate, besa á tu hijo y aplica el olfato á sus labios después de haberlos entreabierto. Fuerte y larga la olfacción. Más aún; huele cuanto puedas. Levanta ya. ¿A qué huele ese que llamas cadáver?

—A carne humana.

—No hay ser humano que á los tres días de haber muerto deje de oler su carne, porque sus entrañas están ya descompuestas y corrompidas.

—Es verdad.

—¿Y ahora qué dices?

—Que mi hijo no ha muerto, que mi hijo sufre una catalepsia, que tú, hermano, ni mientes, ni te equivocas.

—Espera como te dije, Flaviano, tu entereza de hombre, tu inquebrantable valor empléalos, como yo empleo los míos en todas las actitudes de la vida sea solo hombre, ó sea padre ó sea hermano.

—¿Quién puede igualarse á tí?

—Ese cataléptico es muy superior. Espera un poco.

El príncipe desapareció de allí.

El padre Anselmo discurría, el duque miraba ya á su hijo con la sonrisa en los labios.

En la historia de la medicina se cuentan ya infinitos casos de catalepsia que duró tres días, seis, doce y hasta meses, sin que al volver á la vida los que sufrieron esa enfermedad estuvieran en peor situación física que antes de sentir el ataque.

Todavía la ciencia no explica de una manera satisfactoria las causas de tan terrible mal ni nos dice otra cosa de él, que es una breve suspensión de la vida, un paréntesis de la actividad del Espíritu y materia del hombre.

Que es lo menos que puede decirse de una enfermedad.

Habrá que esperar mucho aún para poder resolver el problema.

CAPÍTULO XLIX

Las hojas de flores.—Dialógo entre un santo y un pecador.—La esperanza y la fe vivifican.

A los diez minutos regresó el príncipe, llevando muchas hojas de flores con las cuales cubrió casi todo el rostro y la cabeza del cataléptico.

El duque no veía ya del semblante de su hijo más que las pequeñas porciones debidas á cortísimos claros que había entre unas y otras hojas.

Osorio le preguntó:

—¿Qué efecto hacen en la economía esas flores?

—Conservan fresca la epidermis, no la dejan irse á la debilidad y espantan los reptiles pequeños que suele haber en el interior de esta gruta.

—¿Qué efecto le haría la picadura de un animal ponzoñoso, por ejemplo, el de la víbora de nuestro país?

—Por lo pronto, ninguno; pero al recobrar la vida, el veneno inoculado le sería nocivo.

—¿Tanto como si la mordedura fuese en aquel mismo acto?

—No, porque perdería algo de su fuerza, pero le haría bastante mal. Hay aquí un reptil que tiene la forma de un gusano, el cual posee una ponzoña peor que la de la víbora de España.

—¿Necesitarás de mí?

—No, en lo sucesivo entrarás todas las noches una ó dos horas; Anselmo irá por ti.

—Gracias, hermano.

—¿Vas satisfecho?

—Sí, Julio, ¿qué puedo decir de lo que he visto á tú hijo y al paje?

—Sé que sufren mucho y me amarga su dolor; ¡hijos míos! Flaviano, sé prudente y diles lo que tu quieras.

—¿Puedo también añadir que te he visto esta noche?

—Sí, también; dí á Julio que le veo de continuo, que velo por él y que no tardará en hablar conmigo.

—Mucho le haces esperar.

—Su hermano Flaviano tiene la culpa. Cuando sepa esto se dará por satisfecho.

—¿Te veré mañana?

—No lo sé.

—Dios, nuestro Señor, os pague el bien que me habéis hecho esta noche,

—Ha sido la recompensa que merecía tu conducta en Tepeaca.

—Infeliz población.

—Gracias á tu generosidad y á tu interés, todo el mal causado por el ciclón va desapareciendo de ella.

El duque fué lentamente caminando hasta que llegó al saloncito de entrada en la gruta.

Un cuarto de hora después dormía tranquilamente.

Anselmo lo vió y después de haber observado al centinela y alrededores de la cueva tornó á perderse entre las anchas grietas de la gruta.

El duque se quedó dormido á las dos de la madrugada y no despertó hasta las ocho.

Al abrir los ojos le pareció el sol más brillante, el aura más pura y fresca y el monte más pintoresco.

Eran sus ideas embellecidas con el recuerdo de lo que vió y escuchó la noche anterior.

En el acto se vistió, volviendo á ser sorprendido por la venerable figura del padre Anselmo, que apareció en el mismo sitio y en la misma forma que la noche anterior.

El duque corrió á su encuentro, preguntándole:

—¿Qué deseáis, padre Anselmo?

—Deciros que el criado más leal y menos hablador de los que traéis, puede entrar aquí, permaneciendo en la gruta el tiempo indispensable para el servicio de las comidas, hacer la cama y la limpieza. No quiere el príncipe que Luisa se ocupe de eso. Que hagan una casa de madera para el paje, cerca de la entrada de la gruta; ya os diré cuando puede venirse á ella. Desde el mismo día os acompañará el príncipe Julio.

—Gracias por tan agradables nuevas.

—Todas las noches vendré á buscaros á las once.

—Iré donde queráis.

Y le volvió la espalda sin decirle más.

Poco después salió el duque de la gruta y entrando en la casa de los maestres se sentó con ellos.

Mendoza, empleando las frases más dulces y cariñosas, volvió á insistir en que el duque le dijese algo sobre Flaviano.

—Rogelio,—le contestó.—No insistas en esa idea porque pierdes el tiempo. Día llegará en que todo lo sepamos, hoy continúa cerrado el arcano y nada podemos hablar sobre el secreto que encierra. ¿Tan mal te va agregado á mi escolta?

—No es eso, padre mío; nada para mí más grato y honroso que seguiros á todas partes, pero nada más fiero y torturador que ignorar lo que ha sido de mi hermano Flaviano, esa gloria española.

—Tu padre tenía más paciencia que tú.

—A mi padre no le sucedió con vos lo que á mí me sucede con Flaviano.

—Tu padre supo que me habían sentenciado á muerte los turcos en Malta, que me iban á martirizar y tuvo la suficiente calma para esperar el momento oportuno y correr á las órdenes de mi hermano Julio al campo enemigo, del cual me sacaron atravesando por entre veinte mil turcos.

—¿Guarda eso alguna resolución con lo que ahora sucede?

—Sí.

—Entonces no insistiré.

—Harás bien.

—Perdonad, señor, si en algo he podido molestaros.

—En nada, tu interés por mi hijo lo estimo yo en todo lo que se merece.

—Nos ha contado Ontoria vuestro viaje de Madrid á esta gruta y he vuelto á ver en uno sólo, á los seis *Invencibles* que tanto el mundo aplaudió.

Y continuaron hablando una hora.

El duque volvió á la gruta y estuvo paseando por ella hasta que oyó la voz de la gente armada. Entonces salió para dar algunas órdenes á su criado López.

Después se incorporó con Luisa y Julio. La primera volvió á emprenderla con Mendoza, al cual decia:

—Yo creí que ya os habíais vuelto al campamento.

—Si siempre das cabida en tu cerebro á ideas como esas, no acertarás jamás.

—¿Se está mejor aquí que enfrente del enemigo?

—No, se está mejor allí que no hay ningún niño tan mal educado como tú.

—Salid hoy para Tabasco con esos dignos compañeros que han desertado con vos.

—Basta que tú lo mandes para que no lo hagamos.

—Ya verás las conseeuencias.

—Lo deseo.

—Y comprometida la bandera española.

—Mejor; tú la sacarás del compromiso.

—Rogelio, ¿pero qué es eso?—preguntó el duque.

—Dejadlos, señor; por lo mismo que tanto se quieren están así siempre,—replicó Julio.

—Ah, no lo sabía y me había alarmado.

—Yo se lo digo de veras, señor duque; no han debido abandonar el ejército, y ya veréis las consecuencias que eso tiene.

—Dejadlo, Luis, yo hubiera hecho lo mismo. Si su venida fuese motivo de una sublevación, ¿no estoy yo aquí para vencerla?

—¿Y los que mueran, señor?.

—Que no se hubieran hecho revolucionarios.

—Qué alas les estáis dando; pronto os pesará.

—A la gruta, Luis y Julio.

Y entraron en ella los tres.

—Noto, padre mío,—dijo Silva á Osorio,—que estáis más satisfecho que ayer.

—Mucho más.

—¿Podéis decirme algo?

—Sí.

—Hablad, por Dios.

—No, que va á entrar López ha servirnos la comida y sólo á vosotros dos puedo deciros algo.

—¿Debe entrar aquí ese sirviente?

—Si. No queremos que Luisa sirva á nadie.

—Lo hacía con gusto, señor.

—No importa.

—Decidnos algo, interín llega López.

—Te diré á ti, Julio, que no tardarás en hacerme compañía de día y de doche.

—Lo anhelo.

—Que no tardarás en ver á tu padre el príncipe.

—Lo deseo.

—Y á ti, Luisa te diré, que al venirse Julio tú también te vendrás.

—Gracias, señor.

—Pero como no puedes dormir en esta cueva, en que tanto has sufrido, mandas mañana operarios que te hagan una casita de madera próxima á la puerta de la gruta.

—Muy bien.

—Que tenga dos habitaciones, una para dormir y otra para el aseo.

—Me traerán muebles.

—Pocos; Dios mediante no hemos de estar aquí mucho tiempo.

—Lo indispensable.

En este momento llegó López, puso la mesa para los tres y empezó á servirles la comida.

Durante aquel acto, hablaron los tres de cosas indiferentes.

Por fin se retiró López, y Julio preguntó al duque:

—¿Qué acontece, padre mío?

—He visto ha Flaviano.

—¿Dónde?

—En el interior de la gruta.

—¿Vive?

—Sí, padece una catalepsia, según sabíamos. Sus carnes no despiden mal olor alguno, y de estar muerto sus entrañas estarían ya en putrefacción

—Cierto.

—Nada temais, cuidan de él el príncipe de Italia y el padre Anselmo. No le dejan un solo momento.

—¿Y vos?

—Yo les ayudaré desde esta noche.

—¿Está demacrado?

—No.

—¿Pero muy pálido?

—Sí.

—Como dormido.

—No tanto; parece muerto, pero no lo está.

—Esas catalepsias suelen ser largas.

—Esperamos.

—¿Qué cama tiene?

—Compuesta de hojas de rosa y de un árbol que desconozco.

—Comprendo la idea,—añadió Julio.

—Está, hijos, sabiamente cuidado. ¿Quién se iguala en talento y sabiduría al príncipe de Italia?

—Nadie, padre mío á excepción de Flaviano que le aventaja.

—¿Crees tú eso?

—Es ciertísimo, señor.

—Pues no hablemos más de Flaviano, qus han dejado á mi discreción lo poco que debía deciros, y empiezo ya á sər indiscreto con vosotros.

—¿Lo veréis todas las noches?

—Creo que sí.

—¿Tiene buena atmósfera y buena temperatura?

—Excelentes.

—Qué gratas noticias nos dais.

—Consoladoras, ya lo sé.

—Entonces podemos haceros compañía hasta el anochecer.

—Eso no; que me sería doloroso que anduvieses de noche por esos malos caminos, Luisa.

—A mí me es igual, señor.

—A mí no.

A las tres, como en los días anteriores, partieron el príncipe y Luisa con la escolta que ya conocemos.

Se quedó únicamente López, siendo reemplazado por otro criado del duque.

López había sido el encargado de todos los servicios de la gruta en la sala habitación que ocupaba Osorio, con prohibición absoluta de pasar de allí ni perder tiempo alguno en la limpieza, para que estuviese en aquel sitio el menos tiempo posible.

El duque despidió á Luisa y Julio, y se entretuvo una hora con los cuatro maestres·

CAPITULO L

La guardia.—Ausencia del príncipe de Italia.—Filosofía.
—Cambia la situación de todos.

Terminó el duque su conversación con los maestres y regresó á la gruta comenzando á pasear y á ver detenidamente aquella bóveda sombría, desigual y triste como la cosa más bella del mundo. Más le gustaba ya en estos momentos que los lujosos salones de su palacio, los artesonados techos, las paredes cubiertas de ricos tapices y los muebles más elegantes de Europa. Allí había perdido un hijo adorado y allí lo iba á encontrar, y al meditar sobre esto último, cuanto le rodeaba le parecía delicioso, encantador, lo mejor del mundo.

Lo que más le importaba en la tierra era la vida de Flaviano, y esa creía hallarla entre aquellos muros de granito y pizarra que la naturaleza había colocado allí como testigos de todas las edades del mundo.

No hay duda que lo mismo lo poético que lo sombrío se embellece y se afea tanto ó más cuanto las ideas del hombre son alegres, risueñas ó melancólicas.

Tranquilo, y hasta cierto punto satisfecho, esperó Osorio las ocho de la noche, hora en que entró López, encendió dos luces, puso la mesa y le sirvió una excelente cena.

Era la primera que el generalísimo tomaba con apetito.

Terminada aquélla y recogido todo por López, le arregló la cama y se despidió hasta el día siguiente.

Quedó otra vez sólo el duque, murmurando:

—Dicen que esta gruta fué templo pagano de los aztecas en los siglos anteriores, y luego se convirtió en catacumba.

¡Cuánta ignorancia habrá demostrado aquí la humanidad! ¡Qué atraso! ¡Que de profanación de lo que hoy es más digno de respeto y de consideración!

¡Quién me había de decir á mí que entre estas grietas habría yo de tener los días más amargos de mi vida!

Como ha de ser, si logro salvar la vida de mi hijo y la de tanto infeliz como por interés á él se vinieron aquí, todo lo daré por bien empleado.

Reflexionando así esperó á que fueran las once, hora en que debía ir por él el padre Anselmo.

En efecto, á esa hora se presentó el religioso, diciéndole:

—¿Está el señor duque á mi disposición?

—Sí, señor.

—¿No sufre ya tanto?

—No.

—Cada día sufrirá menos.

—¿Está mi hermano?

—El señor príncipe de Italia, el santo, se ausentó al amanecer.

—¿Cuando volverá?

—Ni él lo sabe.

—¿Mi hijo está sólo?

—Poco ha de ser. ¿Me acompañais?

—Con el alma y la vida.

Y ambos desaparecieron como en la noche anterior.

Por el mismo sitio llegaron donde estaba Flaviano.

El duque se fijó en él con suma atención, notando que no había variado su postura ni su color; se hallaba lo mismo exactamente que él lo había dejado la noche anterior.

El padre se arrodilló besando su frente varias veces. Luego aplicó su olfato á los labios del cataléptico, y estuvo un minuto oliendo. No percibió nada que le indicase síntoma alguno de descomposición; por el contrario, de entre los labios del enfermo salía el grato olor de las flores con que lo cubrían ó de su equivalente.

El padre Anselmo separó un poco al duque, diciéndole:

—Ahí tenéis un asiento que os traje de los que hallé en vuestra habitación; sentaos y dejadme arreglar estas hojas y flores.

El duque le obedeció en tanto que el religioso fué quitando al cataléptico todas las hojas de árbol y de flores que le cubría. Cuando hubo terminado se las llevó todas diciendo al duque:

—Voy á cambiarlas, esperad.

Quedó Osorio con su hijo pudiendo ver ahora toda la parte de delante de su cuerpo que el fraile dejó descubierta. Ni una sola hoja de árbol ni de flor lo cubria.

El duque estudió atento toda la epidermis de su hijo; hallaba el mismo color, la misma rigidez, parecía todo él de cera con tanta exactitud, que ni los pies ni las manos ni el vientre, ni el rostro se diferenciaban en color.

Después lo fué palpando con mucho cuidado terminando por exclamar:

No hay diferencia alguna en todo su cuerpo. La misma rigidez, todo igual. ¡Qué enfermedad tan extraña y excepcional! Hasta las señales de sus heridas se notan con dificultad. Todas las tiene en el lado derecho, sí, por el que recibió la descarga de saetas. Muchas debieron ser para matar tres caballos, dos hombres y herir á otro. ¡Qué seres vienen á la tierra! ¡Oh, en poco se diferencian esos antropófagos y cafres de los tigres y las hienas; cuando tienen hambre unos y otros matan para alimentarse, para poder vivir á costa de la vida de otros séres! La creación es admirable, portentosa, pero tan llena de misterios que la mejor inteligencia humana se pierde y confunde en el laberinto que nos ofrecen sus secretos. ¿Qué distancia hay del hombre al mono? Pequeña, muy pequeña ¿Y del pri-

mero al sabio, al hombre de ciencia, al genio, al privilegiado ser que ilustra al mundo con sus ideas, que civiliza las generaciones con su omnipotente sabiduría? Inmensa, colosal. Pues un hotentote, menos aún, un antropófago ha convertido en cadáver al genio que todo lo podía, que todo lo avasallaba, que era el verdadero rey de la creación. ¡La hormiga pudo con el león! ¿Quién dió poder al último para que pudiera con el primero? La inteligencia humana se pierde y confunde en ese laberinto eterno de dudas y cavilaciones.

El duque, desplegando todo su gran talento, se fué á la filosofía, llegando hasta la metafísica sin poder sacar en limpio otra cosa que su hijo estaba muerto, ó como muerto á consecuencia de una catalepsia producida por los agujeros que causaron en su cuerpo las saetas de los atropófagos.

A la media hora regresó el padre Anselmo cargado con hojas de árbol y de flores, con las cuales volvió á cubrir el inerte cuerpo de Flaviano.

Cuando hubo concluído se sentó sobre un montón de hojas secas y quedó mirando al duque:

—¿Qué ideas,—le dijo,—os inspiran la situación y estado de vuestro hijo, noble señor?

—Ah, padre Anselmo, me he perdido entre los hierros de un arcano impenetrable.

—¿Qué arcano es ese?

—¿Por qué el último sér de la creación pudo con el primero? ¿Por qué un antropófago ha podido matar á mi hijo?

—¿No podéis resolver el problema?

—A fe mía que no.

—¿Queréis resolución?

—Sí, santo varón.

—Separad el espíritu inmortal de la materia fragil, débil, mortal, y hallaréis la solución.

—¿Cómo?

—¿Qué es la materia? Un instrumento del espíritu. Este es igual en todos los seres; se compone de los mismos órganos, con cortísima diferencia, de las mismas necesidades, de las mismas flaquezas. Es una jaula donde el espíritu se encierra. No adelanta ni hace otra cosa, ayudada por el espíritu, que satisfacer sus necesidades. ¿Qué vale ese instrumento, llamado carne, comparado con el espíritu que le da la vida? Nada. ¿Qué le sucede al espíritu que le rompen la jaula que le aprisiona? Que anda libre, henchido de su gran poder é impelido por su inmortalidad. Deducid ahora las consecuencias y sacareis en limpio que la materia es la nada, casi la nada, y que el espíritu es el todo. La grandeza del genio, del héroe, por más que se manifieste en la tierra, desplega su inmenso poder libre de la cárcel en que lo encierra su materia. Allí el espíritu del hotentote, del cafre, se humilla, y sufre las consecuencias de lo grosero que se alzó de la tierra al estado libre en el que sólo reinan los espíritus elevados. Hecha esta separación y deducidas las consecuencias, vuestro problema está resuelto.

—Es verdad, padre Anselmo; pero no estoy conforme con que en la tierra disponga de poder alguno el espíritu grosero.

—¡Qué egoísta sois, señor!

—¿Por qué?

—Os es dado á vos, espíritu elevado, dominar en la tierra á millares de espíritus y con ellos matar y descomponer ejércitos y países, y no queréis que otro más pequeño que vos pueda alimentarse con la materia de uno solo, sea éste superior é inferior. Quién sabe si el cafre al romper la cárcel de un espíritu elevado le hará un señalado favor.

—No puedo cuestionar con vos, santo varón, me venceis. Decidme ahora: ¿positivamente volverá el espíritu de mi hijo á esa cárcel que llamamos materia?

—Depende de su voluntad.

—¿Qué creeis vos?

—Que volverá.

—¿En qué os fundais?

—En que nos está oyendo y me ha inspirado la contestación.

—¡Oyendo!

—Oyendo, sí.

—¿Por qué tarda tanto?

—Porque le ocupan cosas de más importancia que los asuntos de la tierra.

—¿Qué cosas son esas?

—Ah, señor duque, reparad que mi espíritu sigue como el vuestro encerrado en la cárcel de carne, y no sabe más que aquello que le quieren decir por intuición.

—¿Volverá pronto?

—Es la misma pregunta con otra forma.

—¿Nada más me decís?

—Tened paciencia.

—Eso es un consejo.

—Tomadlo, que os hace falta.

—¿Creeis que debo ya retirarme?

—Sí.

—Una pregunta antes de partir.

—Hacedla.

—¿Qué motiva el secreto que guardamos con todo el mundo, respecto á la enfermedad de mi hijo?

—Uno muy poderoso.

—¿Podeis decírmelo?

—Sí.

—Hablad, por Dios.

—No podemos ni debemos engañar á nadie. Nuestro secreto hace creer á los enemigos de don Flaviano que éste ha muerto, y esa creencia salvará este imperio.

—¿Cómo?

—No teniendo héroe que combatir, todos los malvados se levantarán en armas, y de este modo el héroe muerto acabará con los malvados vivos.

—Cierto; sin negar ni afirmarlo nosotros sucede en efecto que hasta nuestros amigos creen y propalan la muerte de mi hijo.

—Aun así tendrá el genio de Flaviano que vencer muchas dificultades.

—Podrá con todas.

—Sí. Eso si.

—Tan en absoluto.

—Es predestinado. Este imperio le deberá su felicidad futura.

—Gracias, padre Anselmo, vuestras frases me han enseñado un nuevo horizonte que me era desconocido. Dios nuestro Señor os pague todo el bien que me habéis hecho.

Y el duque besó á su hijo, retirándose á su habitación.

Era más de la media noche cuando Osorio buscaba el reposo de su materia.

Tardó en dormirse; la idea del religioso germinaba en su cerebro como la semilla más fructífera en el mejor terreno.

Antes de las ocho de la mañana le despertaron los martillos, sierras y otros instrumentos de carpintería movidos por 20 operarios que ya en estos momentos improvisaban la casita que había de habitar el paje.

La mañana transcurrió sin incidente alguno que merezca relatarse.

A la una de la tarde entraban en la gruta Luisa y Silva.

Saludaron al duque preguntándole los dos á la vez:

—¿Visteis á Flaviano?

—Sí.

—¿Cómo se halla?

—Lo mismo. Es el color de un cádaver; la rigidez y la materia de un cataléptico.

—¿No huele?

—Sí, á hojas de flores.

—Oid, señor; se extiende por todo Méjico la noti-

cia de que mi señor ha muerto, y de que su padre, el príncipe, yo y todos los jefes del ejército quedamos anonadados é inútiles para todo.

—Mucho me complace que así sea.

—Es que la traición cunde y los sublevados aumentan sus filas.

—Mucho mejor.

—Me han asegurado que se citan á Tabasco y corren á millares.

—Alégrate como yo, Luisa.

—No puedo, señor.

—¿Por qué?

—Pueden dar fin á nuestro ejército, abandonado como está de todos sus principales jefes.

—Que lo den.

—Mandad, señor, que los maestres corran á Tabasco y contengan el movimiento revolucionario.

—Me guardaré muy bien.

—No lo comprendo, señor.

—Me basta conque no desmienta nadie las noticias que acabas de darme.

—¿Otro misterio?

—Otro.

—Pues nadie las desmentirá.

—Eso es lo importante.

—No lo comprendo; pero no pudiendo obedecer á mi señor, haré cuanto su digno padre me ordene.

—Así debe ser. Lo principal es que salvemos la vida de mi hijo; después aplastaremos entre los cuatro la revolución y á todos los revolucionarios. ¿Qué nuestro

abandono les envalentonará apareciendo muchos más y más fuertes? Eso conviene. ¿Qué nos veremos obligados á segar muchas cabezas? Así dejaremos este hermoso reino limpio de tanto bribón europeo é indio como había al llegar nosotros.

—A vuestro hijo, señor, no le gusta el derramamiento de mucha sangre humana.

—Será la indispensable nada más, hija mía; sólo la de los malvados que hay en este país.

—Asusta el número.

—Más asombran sus hechos.

—Va á correr un río de sangre.

—Poca cantidad le hemos de dar nosotros.

—¡Pero ellos?

—¿No quieren guerra? ¿Les ha bastado el centenar de lecciones que les llevamos dadas? Pues con una ejemplar han de tener bastante.

—¿Qué dice á esto mi señor el príncipe?—preguntó Luisa á Julio.

—No pretendas, paje, enmendar la plana á este invencible. Eran seis, como sabes, y nunca entre ellos hubo más que una opinión. ¿Crees por ventura que los hijos hemos de romper una ley que á ellos les hizo invencibles y les ofreció tantos triunfos como batallas dieron? Sólo hay un hombre en el mundo capaz de enmendar la plana al duque del Imperio.

—Sí, su hijo.

—Mi opinión será siempre la de Flaviano.

—Y la mía lo mismo,—dijo el príncipe.

—La mía no,—añadió el paje,—si hubiera tomado

mis consejos no se hubiera puesto á tiro de los cafres.

—Luisa, si mi hijo teniendo más talento que tú no te hizo caso y fué á servir de blanco á unos desgraciados antropófagos que se propusieron cazar al primero que pasara por allí, como hace el tirador con el inocente ciervo, no hay duda alguna que mi hijo debió ser cazado, y por lo menos, herido, como lo fué. De la misma manera que todos los cazadores, sus mujeres y sus hijos fueron carbonizados por el fuego que prendió tu terrible tea.

—¿Cómo se explica eso, señor?

—Creyendo en el sino de los héroes.

—Malhadado sino.

—Cuando pierden por él; excelente y hasta sublime cuando los lleva de triunfo en triunfo al elevado pedestal de la gloria.

—Tiene razón mi padre, Luisa, la vida humana,—dijo el príncipe,—forma una cadena de accidentes adversos unos, infelices otros, y de esta dura ley no se libra en la tierra ni aun el genio.

En estos momentos entró López, y puesta la mesa comenzó á servirles la comida.

Los tres la aceptaron con más placer que en los días anteriores.

El duque era ya el más comunicativo y el que daba solución á todas las cuestiones que Luisa y el príncipe le ofrecían.

A las cinco se retiraron los los jóvenes, seguidos de su escolta.

Poco después salía el duque para pasear por el

monte con los cuatro maestres, interín López le aseaba la única habitación de la gruta que servía al generalísimo de palacio, de casa, de alcoba, de comedor y de todo.

El tierno padre sólo anhelaba la hora en que podía contemplar la inerte materia del héroe.

Su pensamiento no veía ya otro horizonte en la tierra.

¡Cuánto amaba á su hijo!

CAPÍTULO LI

Regreso del príncipe de Italia.—Los compañeros del duque del Imperio.—La resurrección de Flaviano en lontananza.

A las once de la noche se llevó al duque el padre Anselmo, sucediendo en la habitación de Flaviano una escena igual á la de la noche anterior.

En doce días fué sucediendo lo mismo, sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la lúgubre paz que reinaba en los alrededores de la gruta.

La materia de Flaviano continuaba con el mismo calor, idéntica rigidez, pero sin despedir olor alguno ni dar señales de la más ténue descomposición.

Era indudable que el sabio general padecía una catalepsia larga, que si bien robustecía la esperanza del padre, del hermano y del paje, no era menos cierto que estaba dando fin á la vez de la paciencia de los tres.

Y si esto sucedía dentro de la gruta, figúrense nuestros lectores qué acontecería fuera, que nada sabían.

Los maestres votaban cada uno por diez, y el desgraciado marqués de Abella hasta había perdido el apetito.

Luisa llevaba noticias graves sobre sublevaciones parciales de Nueva España que iban á formar parte de la general, que tenía su centro en Tabasco. Pero es lo cierto, que ni el duque ni el príncipe le hacían caso cuando les hablaba de eso.

—No te molestes, Luisa,—le decía Osorio,—puede sublevarse el mundo entero si lo tiene por conveniente; ni hago nada, ni mando hacer nada hasta que mi hijo sane ó se quede en el cielo con su madre.

—Y con mi abuelo y madre,—añadía el príncipe.—Opino como mi padre; nada debemos ni queremos hacer hasta que se resuelva el problema de Flaviano.

—Muy bien,—les contestaba Luisa.—Yo os doy las noticias con tiempo. Conste esto para el porvenir.

—Pero Luisa, ¿si el duque ó yo te mandásemos ir á Tabasco, qué harías?

—Quedarme cerca, muy cerca de mi señor. Mas yo no sirvo á patria alguna ni á más rey que don Flaviano.

—¿Pero y si fueses militar?

—No sé lo que haría; no lo soy y hago lo que debo.

A eso quedaban reducidas todas las noticias que el paje les llevaba.

También el príncipe había recibido varios pliegos en que Godínez y otras autoridades le daban noticias que confirmaban las de Luisa, pero las leía, guardaba los escritos y nada hacía, nada participaba á nadie.

Llegó el día diez y ocho de la catalepsia de Flaviano. La impaciencia de los tres había tocado á su

límite. Fuera de la gruta ya ni se hablaba; allí todo era dolor y amargura.

Julio y Luisa comieron con Osorio, retirándose á Cuernavaca al concluir, para llegar muy entrada la noche, pues ambos llevaban sueltas las bridas de los caballos y éstos animales adelantaban poco. Parecían comprender la indiferencia de los amos.

A las once de la noche fué Anselmo por el duque y lo halló poco menos que desesperado.

—Señor,—le dijo el religioso,—dísteis fin de vuestra paciencia sin causa ni motivo justificado.

—Anselmo, llevo diez y ocho días esperando el maná que no baja del cielo.

—Ya bajará, señor duque.

—¿Pero cuándo?

—Cuando quiera vuestro hijo.

—Buena contestación.

—No existe otra mejor.

—¡Y no queréis que me desespere!

—Os digo que no tenéis motivos para ello. Si me he equivocado, probadlo.

—No tengo prueba ninguna: solo sé que mi hijo sigue como muerto.

—Eso no es causa bastante para que lleveis cuatro días sin salir á respirar el aire puro del monte, sin pasear, ni hacer ejercicio alguno. Vais á enfermar, señor duque.

—¿Qué me importa á mí?

—¿No os importa dejar de ver á don Flavino en la tierra?

—¡Si yo tuviera alguna seguridad!

—Mañana os la darán.

—¿Quién?

—El santo, el príncipe de Italia que, como decía muy bien, jamás mintió ni se equivoca.

—¿Ha venido?

—Mañana regresará para no partir de aquí hasta que vuestro hijo se levante de su lecho de flores.

—Eso ya es otra cosa.

—Venid, cambiemos las hojas del árbol y flores y vedlo bien porque vais á dejar de hacerlo hasta que su espíritu vuelva á la materia.

—Vamos, explicadme eso último.

Anselmo hizo lo que las noches anteriores, mientras el duque besaba, olía y luege contemplaba la materia de su hijo.

—Lo encuentro como el primer día,—dijo:—no es un cadáver, pero tampoco un viviente.

Cuando el religioso hubo concluído su colocación de hojas sobre aquella inerte materia, volvió á arrodillarse el duque, dió los tres últimos besos á su hijo, y poniéndose en pie, dijo al franciscano:

—¿Por qué me habéis dicho que no volveré á ver á Flaviano hasta que vaya á dejar ese lecho vegetal?

—Os quedáis ya con el príncipe y con Luisa. Desde mañana pueden permanecer en la gruta. A las nueve de la noche irá á veros el príncipe de Italia, y él os dará todas las explicaciones que le pidáis.

—¡Desde mañana! ¿Está cerca la resurrección de mi hijo?

—Sí.

—¿Nada más podéis decirme?

—¿Os parece poco? En vez de venir vos á esta parte de la gruta irá á veros todas las noches el príncipe de Italia. Ya lo sabéis, á las nueve de la noche.

—¿Puede quedar con nosotros el paje?

—Sí, hasta la hora del descanso.

—¿Queréis algo más?

—Pronto dejaréis de sufrir, afortunado padre.

—¡Afortunado!

—El más afortunado de los padres. ¿Olvidáis quién es vuestro hijo?

—Gracias, Anselmo; Dios nuestro Señor premie lo que hacéis con mi hijo.

Y se retiró á descansar menos impaciente de lo que esperaba antes.

A las doce salió de la gruta, y se fué paseando con Mendoza en dirección del camino por donde debían venir Julio y Luisa.

A la media hora les vieron llegar con la lentitud é indolencia que habían ido; al reconocer al duque los dos picaron, creyendo que algo ocurría cuando Osorio salía á recibirlos.

Príncipe y paje se tiraron de los caballos, preguntándole:

—¿Qué acontece, señor?

—Que no volvéis más á Cuernavaca por ahora.

—Grata noticia.

—Podéis encargar á los que conducen la comida, que mañana os traigan la ropa que os pueda hacer fal-

ta, y todo el alimento necesario para que mis criados hagan la comida de todos. Deben venir por las mañanas lo más temprano posible.

Los tres continuaron á pie hasta llegar á la puerta de la gruta. Luisa dió varias órdenes, reconoció su casa, en la que tenía hasta muebles, mandó poner velas de cera y entró en la gruta con el príncipe y el duque.

—Sí, hijo mío,—decía en aquellos momentos Osorio á Julio:—esta noche estrecharás en este palacio natural á tu amado padre.

—¡Qué dicha!—dijo el príncipe.

—¡Qué felicidad!—añadió el paje;—voy á conocer un santo que amo, sin haberlo visto nunca.

—Y no es eso solo,—continuó el duque,—no ha de tardar mucho en que mi hijo Flaviano salga al mundo y lo veamos, por lo menos, los tres que estamos aquí.

—Ese será el colmo de la ventura.

—Bendigamos á Dios que tras tanta desgracia, tanta angustia, nos lleva á la felicidad.

Poco después fueron interrumpidos por la llegada de López, que puso la mesa y empezó á servirles la comida.

Durante aquel acto hablaron de cosas indiferentes.

Concluyeron de comer y los tres se fueron al monte, por el cual pasearon hasta las cuatro de la tarde que se retiraron á la gruta.

—¿A qué hora cenaremos?—preguntó el duque.

—Padre mío,—le contestó Julio,—no pensemos ya en otra cosa que en recibir á mi padre. ¿Aprobais la idea?

—Con aplauso; eso deseaba yo.

—Y yo,—dijo Luisa.

—Ya esta noche no estaré solo como en las anteriores; me es igual cenar á una ú otra hora.

—Al contrario, esta noche todos estaremos muy bien acompañados. Voy á dar la orden para que López tenga la cena dispuesta para después de las nueve, y que aguarde á que yo se la pida.

Y salió Luisa, regresando muy poco después.

—Señor,—dijo al duque,—me causa lástima ver al desgraciado marqués; parece su rostro el de un enfermo.

—¿Y qué tiene, hija mía?

—Pena porque nada sabe de Flaviano y porque no le hacemos caso.

—Eso no, que es hijo de mi hermano Rogelio, y se parece á él mucho.

—¿Podemos hacer algo por él?

—Esta noche lo intentaremos.

Largas en extremo les parecieron á los tres las horas que transcurrieron.

A las ocho entró López, encendió las luces y se retiró.

A ninguno de nuestros amigos se le ocurría decir nada; y era que su pensamiento se hallaba fijo en el príncipe de Italia.

Cuando se aproximaba la hora de la llegada del Santo, los tres se pusieron en pie, fijando su mirada en la entrada interior de la gruta.

Nada oían, nada distinguieron.

Cinco minutos después vieron acercarse lentamente la grave y severa figura del príncipe de Italia.

Al llegar á la entrada, Julio le echó los brazos al cuello exclamando:

—¡Padre mío!

El Santo quiso estrecharlo, pero solo lo pudo hacer con una mano y un brazo. Luisa había caido á sus pies. le cogió la diestra, y en estos momentos la besaba con tanto respeto como cariño.

Cuando Julio se desasió de su padre, éste levantó al paje diciéndole:

—Alza, hija mía; Dios santo y poderoso siga defendiendo tu virtud.

—Sí,—contestó Luisa.—Sois el mismo que ví en mi sueño. Un santo que el mundo debe venerar.

—Solo Dios es grande y santo, hijo mío; ve solo en Dios la perfección y la sabiduría. Hermano Flaviano, ¿tú no me estrechas?

—Si, Julio, esperaba á que terminasen tu hijo y ese ángel. Te estrecho con amor que me ha de seguir, Dios mediante, hasta la eternidad.

Cuando el duque acabó de estrecharlo, añadió el príncipe de Italia:

—Hermanos, hijos, me faltó hoy tiempo para comer y hasta comida; ¡hay tanto infortunado en este país! Y vengo desfallecido. ¿Habeis cenado?

—No, señor.

—Cenaré con vosotros. Puede servir la mesa vuestro criado, imponiéndole la reserva.

—Voy al instante, señor.

Y desapareció el paje volviendo con López, que se apresuró á poner la mesa y servir la cena.

Poco hablaron durante ese acto.

Concluyeron; López retiró el servicio y marchó, en cuyo instante dijo al Santo:

—Todos los días que restan hasta que yo marche de la gruta comerá con vosotros Anselmo y yo cenaré.

—¿Cuántos días serán esos, hermano?—le preguntó con intención el duque.

Julio lo miró y después de una pausa de dos minutos le dijo:

—De cuatro á seis.

—¿Nada mas?

—No.

—La comida y la cena serán ahora para nosotros una dicha. Pero llenaría el colmo, si nos pudieras conceder una gracia, hermano.

—Pídela.

—Rogelio Mendoza sufre más que nosotros, se halla á cuatro pasos, todo lo ignora y lo menos que podemos hacer por él es traerlo á nuestra mesa por la tarde y la noche.

—Bien, que venga, pero que todo siga ignorándolo.

—Nada sabrá.

—Querrá entrar...

—Seremos tres á impedirlo.

—Ni una sola frase.

—No ha de sorprender una mirada.

—Eso es.

El príncipe de Italia cenó poco, pero se notaba en

él una satisfacción que rara vez demostraba su semblante.

Cuando hubo terminado se fijó más de un minuto en Luisa diciéndole:

—Desde pasado mañana, que tengan dos clases de caldos dispuestos uno sustancioso y otro claro.

Necesitaré además una botella de Jeréz lo más viejo posible. Si un día no uso el caldo lo mandas tirar y que hagan otro nuevo. Es para un enfermo y debe tomarlo fresco. Cada vez que os pida una taza me la mandais con una cucharada de vino y media de lo que contiene este frasco.

—¿Qué cantidad de caldo tengo dispuesta?

—Tres cuartillos.

—No faltarán, señor.

—Adios hermano, adios hijo, adios Luisa.

Los tres besaron su mano y el príncipe de Italia se entró lentamente en el interior de la gruta.

Los otros quedaron mirándolo hasta que lo perdieron de vista.

Entonces dijo el duque:

—Luisa, ¿encargaste á López que á nadie dijese lo que vió esta noche aquí?

—Le dije, señor, que le costaba la vida si alguien sabía que el príncipe de Italia se hallaba en Méjico.

—¿Qué contestó?

—Paje, callaré porque soy reservado, porque sirvo el duque por afecto y porque vos me lo mandais, que no ignoro cómo el niño mata.

—¿Cómo mato?—le pregunté.

—Como su señor don Flaviano, tirando siempre al corazón.

—Muy bien. ¿Os habeis fijado, Julio, Luisa, en el encargo del caldo hecho por mi hermano?

—Sí, padre, y más aun en vuestras preguntas. ¡Oh, creo que saldremos pronto de la ansiedad que nos devora!

—Ya no es posible dudarlo.

Todavia hablaron una hora.

Se despidió Luisa de los dos y fué á marchar, pero el duque la detuvo diciéndole:

—Luisa, tu mano.

—Mi frente querreis decir.

—Las dos cosas. Esta la besamos Julio y yo, tu mano es para mi solo, no te dejo hasta que te halles encerrada en tu casita.

—Señor, no puedo permitir...

—Déjalo, Luisa,—le dijo Julio,—es el caballero más galante que nació en España y no cederá de su empeño.

—Ya tengo noticias hasta el exceso de sus galanterías. Tomadla, señor, y haced con ella lo que queráis.

—Defenderla hasta con mi vida.

Y la fué acompañando hasta que oyó correr el pasador de la puerta del paje.

Durmieron tranquilamente y se levantaron á las siete.

Osorio fué por Luisa y la llevó de la mano á la gruta.

La esperanza brillaba ya en los rostros de aquellos tres séres que tanto habían sufrido.

A las diez fueron por Mendoza, al que hallaron más triste que lo había estado jamás.

Luego se lo llevaron al monte y al ofrecerle entrar en la gruta y comer con ellos y el padre Anselmo y luego cenar con el príncipe de Italia pareció que había salido de un sueño atormentador. Pero cuando todos creian haberle reaccionado, exclamó:

—¡Todos menos él! ¡Qué desdicha!

El paje le tiró de una mano y mirándolo fijamente le dijo:

—Hoy y mañana todos, después él.

—¡Luis!...

—Silencio, señor marqués; luego él, pero es necesario que todavía seais mudo y ciego.

—Lo seré, amigo mío. ¡Oh, qué paje, padre amado!

—¿Ahora lo conoces?

—No, señor, empecé á comprender lo que valía desde que mi hermano Flaviano lo eligió para paje suyo: Después lo fuí estudiando, y lo he conocido casi tanto como mis dos hermanos.

—Ya estais hablando de más, señor marqués.

—Si Flaviano hubiera podido mejorar tu educación de indio bravo, llegaría á quererte, Luis, más...

—Si en vez de ser castellano, llegais á nacer antropófago, no queda un indio en Méjico, los devorais á todos con vuestras mandíbulas.

—Padre mío, dejemos al paje con él, que pronto lo curará.

—Va á concluir...

—Dándole él un beso en la frente, y el paje mirándoles con ternura.

—Eso deseo.

Y formaron dos parejas, yendo la una delante y la otra detrás, y con los cuatro la más grata esperanza, batiendo sus brillantes alas en aquellas frentes tan mustias y plegadas hasta hace algunas horas.

Continuaba el destino haciéndoles sonreir una hora para torturarlos tres, lo mismo á éstos que á los restantes seres humanos.

Es una ley terrible impuesta á todos los mortales.

CAPITULO LII

—

Cuatro días antes.—Las primeras señales de vida de Flaviano.—Precauciones.—No tiene consecuencias la catalepsia.—Continúa el misterio.

Gran sorpresa fué para el marqués de Abella encontrar sentado á su lado en la mesa al reverendo Anselmo.

Y más le extrañó la tranquilidad que demostraban el duque, el príncipe, Luisa y el religioso. Su espíritu fué poco á poco tranquilizándose en parte, pero lo que perdía de intranquilidad lo sustituía con una admiración extraordinaria. A su inteligencia sin ser mala, le faltaba lo agudo y profundo que penetra más allá de lo que no se ve ni se oye.

Comió mejor que en los días anteriores, y luego demostró una expansión de lo que también había carecido desde el momento que supo lo desgracia de Flaviano.

Terminada la comida y la sobremesa, y en un momento en que sus tres compañeros despedían al religioso en la entrada de la segunda estancia de la gruta comenzó á mirar las estalactitas y estalagmitas de la bóveda en que se hallaba, trajo á su memoria lo que pensaba sobre los acontecimientos palpitantes y exclamó con admiración:

—¡Qué misterio!

Y anduvo de un lado para otro, viendo aquella parte de la gruta en que se hallaba, hasta que el paje, que no le perdía de vista, se acercó á él, preguntándole:

—Señor marqués, ¿miráis ó vuestra imaginación se pierde en conjeturas?

—Las dos cosas, Luis,—le contestó el gigante:—veo estos prodigios de la naturaleza, y á la vez reflexiono en los momentos en que nos rodean. ¿Quieres explicarme...?

—Nada, no se nada; en esta admirable cueva se ve, se oye y se calla.

—¿Es acaso una gruta de encantados?

—Vos lo habéis dicho, es una gruta ó cueva de encantamiento muy peligrosa.

—¿Cuándo se acabarán los misterios que nos rodean?

—Cuando el encantado cese de serlo.

—¿Tardará mucho?

—No, tened paciencia.

—¿Pero si eso de encantos es una creación fantástica, cómo ha de desencantarse le que no puede ser encantado?



—¡Qué misterio!

—Aceptando lo de encanto como una cosa parecida, aun cuando no sea idéntica.

—Luis, tú sabes más que yo en todo lo que se refiere á mi hermano Flaviano; dime, por Dios, si ha muerto ó vive.

—Si para cerrar vuestro labio y concluir con una curiosidad inconveniente, es indispensable que paséis el día entre vuestros compañeros los maestres, decidido estoy á rogar al señor duque que os mande entre ellos de nuevo.

—No, por Cristo.

—Pues no tratéis de averiguar lo que todos, con alguna rarísima excepción, ignoramoa.

—¿Y por qué lo ignoramos?

—Porque así conviene á la patria, al rey y á Méjico.

—¿Y por qué conviene?

—Señor duque...

—Calla, Luis; no volveré á preguntarte nada.

—Ay de vos si no me cumplís vuestra palabra.

—Juro cumplirla.

El marqués de Abella no faltó á su palabra.

Llegó la noche, fué sorprendido por la presencia del príncipe de Italia, que iba á cenar con ellos; lo estrechó y después de besar sus manos varias veces, se sentó á su lado, concretándose á contestar á las preguntas que le hicieron.

Desde este día sólo habló de la guerra del país y de cosas análogas, sin nembrar una vez á su hermano Flaviano.

Debemos decir que los tres, ó sean Osorio, el príncipe y Mendoza, se llamaban hermanos á imitación de sus padres los *Invencibles*, que hicieron lo mismo y todavía continuaban haciéndolo los dos únicos que quedaban, que eran el príncipe de Italia y el duque del Imperio.

Transcurrieron cuatro días. Osorio, el príncipe Julio y Luisa comenzaban á dar señales de nueva impaciencia. El padre no había vuelto á ver el cuerpo inanimado de Flaviano, ni nada les habían dicho ninguno de los dos religiosos.

A las nueve de la noche de este cuarto día, que era el veintidós de la catalepsia de Flaviano se presentó el príncipe de Italia como en los días anteriores, sentóse á la mesa y cenó con sus cuatro compañeros.

Jamás se había presentado el general de la orden de trinitarios tan grave y serio como en la presente ocasión. El duque, Julio y Luisa se alarmaron, y más de una vez dieron señales de hallarse mal impresionados; pero el religioso, si lo notó, nada les dijo. Al terminar alargó la mano al marqués diciéndole:

—Retírate, que ya es tarde.

Mendoza se la besó, y despidiéndose de los restantes, se fué á la casa donde dormía.

Solo el príncipe de Italia con los otros, preguntó á Luisa:

—Dí, hija mía, ¿han hecho hoy caldo?

—Sí, señor.

—¿Claro y sustancioso?

—De las dos clases.

—¿Dónde está?

—En aquellas dos vasijas que teneis á la derecha.

—¿Se puede calentar en ellas?

—Sí, señor.

—¿Tienes tazas preparadas?

—Junto á las vajillas están.

—Cuando venga López á retirar el servicio le encargas te traiga una hornilla portátil con lumbre y el combustible necesario para añadir otras dos veces. Deberá estar ardiendo toda la noche.

—Muy bien, señor.

—Cuando lo haya dejado todo que se retire y no vuelva.

—Lo hará.

—Dame una sábana y una colcha de cama.

—Iré por ellas á mi casa; que allí hay sobrantes.

—No tardes.

—Yo te acompañaré Luisa,—le dijo el duque y fué con ella.

Tres minutos después regresaron diciendo al príncipe:

—Aquí teneis, señor, la sábana y la colcha.

—Esta noche probablemente recibireis los tres una impresión profunda; estad preparados y no os acosteis ninguno; necesito de los tres.

Y se retiró sin añadir más frases.

Los tres quedaron mirándose.

—Sí,—exclamó por fin el duque.—Parece que esta noche acaba la catalepsia.

—¿Pero, bien ó mal?—preguntó Luisa, que era en extremo desconfiada.

—Paje, —exclamó Osorio,—á los muertos no se les da caldo ni se les amortaja con sábanas y colchas.

—Es verdad, señor.

—Veintidos días,—dijo Julio.

—Un segundo, hijo mío,—añadió el duque,—si, como parece lo probable, sale esta noche de la gran enfermedad que ha sufrido Flaviano.

—No lo sabeis bien,—replicó el paje;—yo que le he visto desde que fué herido, día por día y hora por hora, puedo aseguraros que para mí será una resurrección si vuelve al mundo. Cuánto hemos sufrido los dos; él con sus inmensos dolores y yo viéndolo padecer.

—Luisa, sé todo lo que has hecho por él, y en verdad que si mi hijo vuelve á la vida, te he de igualar á mí, y no te elevaré más porque es imposible.

—Señor, mi mayor gloria, mi única felicidad se concreta á ser siempre el paje de don Flaviano de Osorio. No aspiro á más.

—Lo creo; pero llegarás á una edad en que eso será imposible; no hay pajes con canas, Luisa; pero para entonces serás tanto como tu señor.

—Yo os ruego, señor duque, que no me ofrezcais nada por lo que hice con mi señor; renunciaría á seguir á su lado.

—Tú harás lo que debes, y yo también; pero no hablemos más de eso.

—No es conveniente,—añadió el principe.

Y los tres se sentaron fijos en el interior de la gruta. La lumbre ardía ya en un rincón de la entrada, y

los caldos estaban preparados cerca del fuego; pero á nadie se veía venir, nada se escuchaba, y en la inmensa gruta reinaba el silencio de los sepulcros.

Así permanecieron hasta las doce de la noche.

Llegada esa hora vieron á lo lejos como una sombra que se iba acercando lentamente.

Era el reverendo padre Anselmo, que llegó á la puerta ó boquete diciendo:

—Una taza de caldo templado, un poco más que templado pero no mucho; del claro, Luisa.

—Al momento, padre.

Luisa se lo dió y el religioso desapareció de allí sin expresar más frases.

Los tres quedaron mirándose sin dirigirse palabra alguna.

Por fin el duque exclamó:

—Ese caldo no puede ser para mi heamano ni para Anselmo.

—Ese caldo,—añadió Julio,—es sin duda alguna para Flaviano.

—Pero, ¿por qué tanto silencio?—Pregunió Luisa impaciente.

—Cuando mi padre lo dispone así, motivos de sobra tendrá para hacerlo.

—Es verdad,—añadió el duque.

Y volvieron á quedar en silencio.

Media hora después se acercó á ellos lentamente el príncipe de Italia, diciéndoles:

—Flaviano ha padecido una catalepsia que le tuvo inerte veintidos días. Es rara esta enfermedad, y tan

desconocida hoy por la ciencia, que no es posible afirmar si fué causada por las gravísimas heridas que sufrió, ó por otro motivo ignorado. La misericordia divina lo trae de nuevo entre nosotros, en bien de los que tanto le amamos y de este mísero país.

—Gracias, hermano, por la deliciosa noticia que nos das. ¿Podemos hacerte algunas preguntas?

—Sí.

—¿Ha vuelto mi hijo á la vida por completo?

—Sí.

—¿Podemos verlo?

—No.

—¿Por qué?

—Tu hijo sufrió antes de la catalepsia una enfermedad larga y gravísima, y como era natural, su materia quedó débil y tan quebrantada, que al volver su espíritu á habitar en su anterior cárcel de carne, la halló en el peor estado posible. La circulación de la sangre, la impresionalidad de sus sentidos y casi todas las funciones de la materia deben empezar con lentitud, sin violencia, y para el logro de este indispensable fin, se necesita mucho cuidado y hasta usar de grandes precauciones.

—¿Habla?

—No puede aún.

—¿Ve lo que le rodea?

—Al través de una gasa espesa.

—¿Siente?

—Muy poco. Tiene que ir de la inercia al movimiento y actividad con lentitud.

—¿Qué podrá tardar en concluir de normalizar todas sus funciones?

—Si al principio hay acierto, poco; si no lo hubiese, sábelo Dios.

—Julio, nada haremos, concretándonos desde ahora á obedecerte.

—Eso es lo conveniente.

—Permíteme otra pregunta.

—Habla.

—¿Al terminar esa última enfermedad podré regresar con él á España?

—No lo sé, hermano: es tu hijo el predestinado, y solo él puede decidir de su suerte. Dios nos libre á todos oponernos á nada de lo que él disponga.

—¿Qué opinas tú que nunca te equivocas?

—Flaviano: sólo el hijo de Dios vino al mundo infalible, ninguno más; yo mismo, falible como tú, también me equivoco.

—Falible ó infalible, dame tu opinión.

El Santo meditó un instante, contestándole:

—El general en jefe, don Flaviano de Osorio, vino á Méjico, y no hay hecho suyo que deje de ser digno de aplauso y hasta de la admiración de los más entendidos. Sabe más que tú, que eres uno de los generales más inteligentes de la tierra, y sabe más que yo, que empleé más de la mitad de mi vida en el estudio y la meditación. Y tiene además el genio en su frente; un genio que parece fijado allí por el soplo de la divinidad. Pero su incomparable obra en este imperio se hallaba tan reciente al caer en tierra herido por mano

alevosa, que bastó el esfuerzo de la maldad para balancearla y conmover sus cimientos. Sin Flaviano, ese colosal edificio se hubiera venido abajo, y esto no puede tolerarlo el héroe.

—¡Tu le llamas héroe!

—Yo, porque lo es; más que tú y que yo.

—Continúa.

—Cuando ha vuelto á la vida; cuando la Providencia lo devuelve al mundo, es, sin duda alguna, para que termine y asegure su portentosa obra.

—¿Lo que faltaba hacer en este país, no pudimos realizarlo tú y yo?

—No; hubiérais querido asegurar la conquista de Hernán Cortés y la cimentación de Flaviano y sólo hubiérais vengado la muerte de tu hijo. Sembrando la tierra de cadáveres, ni se convence á nadie ni se edifica con solidez. La obra de Flaviano era perfecta; la nuestra todo lo contrario. Con tres meses más sin herir á tu hijo, los cimientos levantados en Nueva España serían imperecederos. Pero le faltó tiempo, y desarrollados después el orgullo, la soberbia y la ambición, se ha hecho necesario su genio para refrenarlos y confundirlos.

—También mi hijo sembró, como tú y yo, de cadáveres el campo en ocasiones dadas.

—Tu hijo mató siempre en propia defensa, y en alas de su genio mató lo menos posible; y si después de los combates y las conjuraciones y las rebeldías murieron algunos, no fué él quien los mató, fué la ley. Sus hechos todos, sin excepción, se hallan justi-

ficados, tan justificados que causan asombro y admiración.

—Es verdad,—dijo el príncipe Julio.—Yo le he visto, y habiendo estudiado tanto como él, me juzgaba á su lado incapaz de todo.

—Yo lo he visto—añadió el paje,—y hubo muchas ocasiones en que lo creía una divinidad.

—Por Cristo, que si os oyera á los tres, aceptaría vuestras frases como la más grande recompensa á todos sus sacrificios.

—Basta por ahora, que hago falta á su lado. Cuando sea posible yo os iré llamando uno por uno para que lo veáis. Luisa, que no falte caldo en la forma que te he encargado, y para mañana por la tarde que le tengas dispuestas dos alas de ave cocidas, y todo lo necesario á un enfermo que desde la mayor gravedad pasa á la convalecencia con tanto mayor cuidado cuanto que nuestro Flaviano convalecerá poquísimo tiempo. Quedad con Dios.

Los tres besaron la mano del Santo, acompañándole con tanto amor como respeto hasta el boquete ó entrada en el interior de la gruta.

Cuando quedaron solos exclamó el duque:

—Creía á mi Flaviano muy alto, pero está mucho más elevado de lo que pensaba. ¡Cómo hablaba de él ese sabio y santo varón!

—Bendita la misericordia divina que nos lo devuelve.

—Gracias, Dios poderoso, por el inmenso bien que hacéis á este imperio y á nosotros tres.

Y continuaron en la misma actitud religiosa hasta que volvió el franciscano diciendo:

—Luisa, otra taza de caldo como la anterior, con Jeréz y medicamento.

—Al instante.

Poco después salía con ella.

Los tres quedaron sentados esperando.

A las dos horas volvió el franciscano diciendo:

—Luisa, una taza de caldo mitad claro y mitad espeso, con Jerez y medicamento:

Y se retiró con ella.

Una hora y media después amanecía.

A la salida del sol tornó á presentarse el religioso diciendo:

—Luisa, una taza de caldo espeso. Tirad el claro que ya no hace falta. Un poco más caliente que los anteriores, con Jerez y medicamento.

Cuando se la hubo dado el paje les dijo:

—Vais á entrar, primero Luisa que fué su enfermera, después el señor príncipe por haber venido llamado por él y el último su padre porque es el que más ha de impresionarle. Os lo digo para que conozcáis la causa de llamar á unos antes que á los otros. No quiere mi jefe, el príncipe de Italia, castigar su materia con emociones fuertes antes de poderlas sufrir.

Y se entró con la taza de caldo.

A la média hora llevó el religioso de la mano á Luisa.

Una hora después al príncipe Julio.

Dieron al enfermo otra taza de caldo y llevó el padre Anselmo taburetes para que se fueran sentando

junto á la cama del enfermo; y entró por último con el duque del Imperio.

Los seis formaron un cuadro en el interior de la gruta digno de especial mención.

Llegaba hasta el extremo superior de aquella cavidad un rayo tenue y purísimo de sol que alumbraba la estancia aquella de una manera fantástica. El perfume de las hojas de flores que cubrían el lecho del enfermo saturaba la dulce brisa que llegaba hasta allí por entre las grietas que formaban el piróxeno y el feldespato en unión con inmensas moles de basalto y granito.

Flaviano estaba en el lecho que ya conocemos cubierto con muchas hojas de flores, una sábana, y una colcha, viéndosele únicamente desde la barba á la frente. Su semblante se hallaba pálido, pero no amarillo; más que carne parecía su materia exteriormente una figura de blanco pórfido.

Tenía los ojos abiertos y la mirada fija en el príncipe de Italia que se hallaba de pie cerca de su cama.

Al entrar su paje volvió un poco la cabeza para mirarlo con interés.

Luisa cayó de rodillas junto á la cama vegetal exclamando:

—¡Gracias, Dios mío!

Y estampó un beso en la ropa que cubría el hombro izquierdo del joven general, dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

Flaviano la miró, asomando á sus labios una sonrisa casi imperceptible.

—Ven á mi lado, Luisa,—le dijo el príncipe de Ita-

lia y quedaron los tres al pie de la cama fijos en Flaviano. Este los miraba con cariño, pero con naturalidad.

Cuando el príncipe de Italia lo dispuso, salió Anselmo llevando de la mano al príncipe Julio. También éste cayó de rodillas en el mismo sitio que Luisa, pero no besó la ropa como aquella, besó á su hermano en la frente, en los ojos y en la cara.

—Julio, á mi lado,—le dijo su padre, y los cuatro quedaron de pie en el extremo inferior de la cama.

A la media hora volvió á decir el príncipe de Italia:

—Otra taza de caldo espeso sin vino ni medicamento.

Fué á obedecer el franciscano, pero se adelantó Luisa exclamando:

—No moveos, padre, soy yo su enfermera.

Y saltando por entre las rocas llegó á donde el duque estaba, diciéndole mientras preparaba el caldo:

—Vive, señor, vive; ¡qué felicidad!

—¿Pero habla?

—No.

—¿Mueve los ojos?

—Sí: y sonríe.

—¿Tiene color?

—Casi el del mármol.

—¿Y calor?

—Yo no puedo tocarlo, señor.

—Es verdad.

—Ahora que está bueno; cuando se hallaba herido

y casi muerto lo llevé pegado á mi cuerpo, lo desnudé, lo ví sus carnes, y por él ahogué por cortos intervalos mi vergüenza y mi rubor.

—Gracias, hija mía. Espera.

—Señor.

—Quiero besar tu pura frente con tanto amor paternal como pudiera hacerlo un padre.

Y el duque besó tres veces aquella casta frente con entusiasmo paternal.

La joven desapareció saltando, pero sin verter una sola gota del líquido.

Ella misma dió el caldo al enfermo con tal habilidad y rapidez, que admiró á los tres que la miraban.

Minutos después decía el príncipe de Italia á Flaviano:

—Hijo mio, disponte á recibir la más grata impresión de cuantas el destino te tiene preparadas.

Flaviano le miró con naturalidad, y como si ya estuviese preparado para recibirla.

El príncipe continuó:

—Un gravísimo peligro amenazaba las vidas de cuantos nos hallábamos en esta gruta. Estaban en los alrededores de esta cueva las principales autoridades de Méjico, todos los jefes del ejército y todos tus amigos. Ninguno debía salvarse; creían que habías muerto y que te habían seguido á la tumba Julio y tu paje. La ocasión les convidaba y venían dispuestos á matarnos algunos millares de rebeldes...

Flaviano miró al príncipe con asombro. El duque lo comprendió, añadiendo:

—No te admires; se vinieron también los hermanos y el padre de Luisa y huyeron de allí bien armados todos los prisioneros y muchos otros que se iban uniendo á ellos por el camino.

Flaviano hizo un pequeño movimiento de cabeza como indicando:

—Ahora lo comprendo todo.

El príncipe añadió:

—Velaba por tí la Providencia, hijo mío, velaba por todos vosotros y un guerrero que el mundo llama invencible se dirigía aquí, los halló y con sólo su escolta compuesta de sesenta y dos valientes, deshizo la masa rebelde y el que no murió tuvo que huir en vergonzosa derrota.

Flaviano sonrió ahora claramente y hasta movió la cabeza con satisfacción.

—¿Sabes tú quien era ese guerrero?

Flaviano dijo con un movimiento de cabeza:

—Sí.

—Era en efecto el invencible duque del Imperio.

Flaviano volvió á sonreir.

El príncipe de Italia lo miraba ahora con la mayor atención.

—Muy bien,—exclamó el príncipe.—Estoy satisfecho. Hermano Anselmo, dadle todo el medicamento que reste de aquel de los caldos y luego haremos lo demás.

—No,—gritó Luisa.—Yo.

Y volvió á saltar y á correr hasta que llegó donde estaba el duque.

—Señor,—dijo,—lo estamos preparando para que podáis entrar.

Y cogiendo el vaso con el medicamento desapareció sin esperar respuesta.

Entró de un salto y cayendo de rodillas preguntó al príncipe de Italia.

—¿Todo?

—Sí, todo.

Y se lo dió en la forma que hizo con el caldo.

Los cinco quedaron como mudas estatuas.

CAPITULO LIII

La primera frase del héroe.—El padre y el hijo.—Cuadro admirable.—
Lo que nadie esperaba.

A un movimiento de la mano del príncipe de Italia salió Anselmo llevando en dos veces cinco taburetes que colocó en torno de la cama del enfermo.

El general trinitario preguntó á Flaviano:

—¿Hijo mío, quieres ver al duque del Imperio?

—Sí,—contestó con un movimiento de cabeza el enfermo.

—¿Estas preparado?

—Sí,—volvió á decir del mismo modo.

—¿No te afectará la impresión?

Flaviano sonrió por única respuesta.

—Traedlo,—dijo el príncipe,—y que hable antes de entrar.

Saltó otra vez Luisa y cogiendo de la mano al duque lo llevó á la puerta de lo que servía de alcoba á

Flaviano, deteniéndole allí con las siguientes frases:

—Señor duque, ¿cuántos días habéis permanecido oculto en esta gruta?

—Con el de hoy veintitres.

—¿Deseáis salir de ella?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con mi hijo.

—Pues entrad, señor, y vedlo vivo, ya que solo lo vísteis haeta ahora eomo muerto.

El duque entró, y cayendo sobre el lecho, exclamó con voz ronca:

—¡Hijo mío!

Después le dió varios besos, dejando su rostro junto al de Flaviano.

Las frases del duque se confundieron con las de su hijo, que murmuró por vez primora desde que fué atacado de la catalepsia:

—¡Padre mío!

—Habla poco, pero habla si puedes,—le dijo el príncipe de Italia.

—No; habladme.

—¿De qué deseas que te hable, hijo mío?

—Del viaje.

—¿Mi venida desde Madrid?

—Sí.

—Puedo empezar desde el instante en que mi hermano Julio me mandó venir.

—¡Él!...

Y el enfermo, después de mirar con interés cre-

ciente al principe de Italia, le mandó un beso con los labios.

El Trinitario se acercó á él, y cayendo sobre el lecho, le besó en la frente diciéndole:

—¡Si tú pudieras decirme lo que has visto, lo que has hablado con mi padre Alberto!... Pero esto es imposible. Sentémonos, y tú, hermano, refiere cuanto te aconteció desde que saliste de Madrid hasta llegar á la gruta. No suprimas frase ni hecho alguno, para que vea tu hijo que su padre es digno del héroe á quien dió la existencia.

—No, esperad.

Flaviano hizo un esfuerzo y añadió:

—¿Cómo dejásteis... á mi querida madre... Tolopalca...?

El duque notó el grande esfuerzo que hizo Flaviano para pronunciar aquellas frases, el mucho trabajo que le costó articularlas, y como aquella pregunta era la que más podía halagar al incógnito esposo, miró á su hijo con ternura indescriptible, y luego contestó:

—Príncipe de Italia, te has equivocado: no hay en el mundo un padre digno de este hijo. Tolopalca tuvo tanto empeño como yo en que viniera á buscarle. La hallé nerviosa, casi fuera de sí, precipitándome para que no tardase en venir á verte.

—Si, vale tanto como mi... primera... madre.

—No hables más,—le dijo el príncipe de Italia,—hermano, empieza tu relato desde que un desgraciado quiso lastimar con calumnias á nuestros hijos. No te olvides de Ricardo Zalla ni de su duelo con el príncipe

de Capua. Todo, refiérelo todo; sin omitir nada. Sentados los cinco en torno de la cama, comenzó el duque su largo relato.

Flaviano oía con interés, Luisa y Anselmo con atención marcada, y al príncipe Julio con enojo cuando escuchaba las calumnias de que él y su hermano habían sido víctimas.

La conducta de Ricardo Zalla fué aplaudida por todos en silencio; Flaviano sonrió dos veces.

Acabaron los acontecimentos de Madrid y dió principio el relato de la travesía marítima.

Flaviano no hizo demostración alguna al oir los sucesos de Canarias; pero al escuchar la llegada de los vientos alisios y lo que había hecho el comandante del navío en que iba su padre, movió la cabeza con disgusto. Quería decir:

—Ese marino ignoraba bastante.

Cuando el navío, levantado por las olas y empujado por éstas y por el viento alisio, saltó el cortado rompiéndose una parte de la quilla, exclamó Flaviano:

—Providencial.

Llegó la lucha con los indios y la horrible mortandad, y al concluir la pelea dijo:

—¡Infelices!

Cuando su padre describió sus entrevistas con el cacique Keisco, lo que éste aprendió y el objeto de sus visitas é ilustraciones, añadía:

—Esa es la razón... del paso por el cortado. Veo la Providencia.

La llegada del príncipe de Italia le hizo sonreir.

El apresamiento de la galera pirata no le interesó y el depósito de la india Líbana en el colegio de Veracruz le arrancó dos afirmativos con la cabeza.

El relato del viaje de Veracruz á la gruta animó su semblante, y con voz clara y sonora, dijo Flaviano:

—Esa fué la manifestación... más terminante de lo... providencial de vuestra venida.

Durante ese largo relato de un viaje tan extenso y accidentado, le dieron otra taza de caldo espeso, y al terminarlo una nueva con Jeréz.

Había empezado á sombrearse con un rosa pálido su semblante.

El príncipe le preguntó:

—¿Te puedes mover, hijo mío?

—Un poco.

—¿Deseas dormir?

—No, más tarde.

—¿Recuerdas algo del tiempo en que has sufrido la catalepsia.

Flaviano meditó, contestando:

—Querían que viniese, y aún... cuando me molestaba accedí.

—¿Nada más?

—No.

—Eso fué lo mismo, y por lo mismo conservas reminiscencias. ¿Nada retiene tu memoria sobre mi padre Alberto?

—Creo haberlo visto, pero ignoro cuándo ni cómo.

—¿Qué figura tenía?

—La de un ángel que me miraba sonriendo... ¡Qué hermoso parecía, qué elevado!

—¿Quiénes querían que volvieses?

—Ese y otros que se le parecían.

—Basta de conversación. Duerme, Flaviano, yo te lo mando.

El joven general cerró los ojos al oir la orden del príncipe, y minutos después dormía tranquilamente.

—Es ya la hora de comer,—dijo el príncipe de Italia;—salid los cuatro; cuando hayais concluído traedme las alas y pechuga de un ave para Flaviano, y para mí, un poco de pan, un poco de dulce, caldo y media copa de Jerez. Flaviano necesita ahora reposo. Vas, Anselmo, y me traeis lo que he pedido; vosotros dormid; hasta la noche no podéis entrar aquí.

Todos le obedecieron.

Al llegar á la entrada de la gruta hallaron la mesa preparada y á Mendoza que paseaba de un lado para otro impaciente y desasosegado

—¡Gracias á Dios! —exclamó al verlos. — Temí que algo os hudiera ocurrido y empezaba á desesperarme.

—Algo nos ocurrió,—le contestó Luisa;—pero no hay motivo para vuestra impaciencia.

—Dime algo más, paje delicioso.

—Voy á complaceros. Comed hoy mucho, como en vuestros buenos tiempos; os lo aconsejo.

—¿Hay motivo para celebrar algún acontecimiento?

—Sí.

—¡Habla, por Dios!

—Debeis estar contento y comer mucho que es para vos una delicia.

—¿Nada más puedes decirme?

—Ni puedo, ni quiero.

—¡Ah, ingrato paje! Tanto como yo te quiero y tú tan desagradecido y esquivo.

Los cinco se sentaron á la mesa y dió principio la comida.

El duque, el príncipe y el padre Anselmo parecían ensimismados; no demostraban pesar, pero sí retraimiento. Sus pensamientos no se apartaban del fenómeno fisiológico que concluían de presenciar. Para hombres de menos inteligencia, de menos estudio y ciencia, el caso presente hubiera sido una resurrección como la de Lázaro, y con más mérito por haber permanecido veintidos días sin vida el héroe Flaviano.

Para nuestros amigos no era tanto; veían en el fenómeno un caso raro, aun cuando natural, pero el que no se explicaban de una manera terminante y satisfactoria. Y se preguntaban:

—¿Qué ha hecho ese espíritu en veintidos días que no dió señales de vida? Y nada podían contestarse.

Hoy hubieran dicho lo que nosotros; el espíritu queda ligado á la materia en algunos casos, en casi la totalidad, y en otros, los menos, huye de su cárcel de carne, quedando ligado á ésta por un fluído que le impide la total independencia.

¿Cómo se explica la catalepsia hoy que la fisiología se halla tan adelantada? Se preguntarán nuestros lectores.

A lo cual contestamos nosotros: Como la enfermedad que más se parece á la muerte. ¡Como el estado más próximo á la inercia.

¿Es poco? Pues no sabemos más.

Acaso sea esta la razón que tuvo el entendido paje para cerrar su entendimiento á las ideas fisiológicas y en alas de una alegría, de una satisfacción que no podía demostrar por la reserva que el príncipe de Italia les había impuesto sobre todo lo que se relacionase con Flaviano, se entretenía en conversar con Mendoza, y en estos momentos le decía:

—Os participo, señor marqués, que vuestro gran pecado abandonando el ejército para venir á esta gruta á comer, beber, dormir y pasear, os va á costar caro, porque un maestre de campo, hijo de un invencible y heredero de tantos timbres gloriosos no puede hacer eso.

—Claro es, lo realicé por cobarde.

—No, cobarde no sois ni mal caballero, es otra cosa.

—Dila, hombre.

—Poco previsor, poco entendido.

—Casi tonto.

—Tampoco; hoy no estais iluminado.

—¿Pues cómo estoy?

—Deficiente.

—¿Qué me va á suceder por el abandono del ejército y por la inercia á que el destino me condena?

—Que vais á tener que trabajar por cuatro.

—¿De qué modo?

—Como soldado, como gigante y como súbdito.

—¿Con tu señor?

—Esa pregunta es capciosa y no la contesto.

—¿Quién me va á mandar hacer todo eso?

—Yo.

—¡Un paje!

—Sí.

—¡Valiente general!

—Sin serlo.

—¿Estás de buen humor hoy?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Razonas como un indio.

—Lo que soy.

—Pero un indio de Oaxacay.

—Allí nací.

—Sin lógica.

—Hablando con vos no la necesito.

—Siempre hace falta cuando se habla en serio.

—¿Y quién habla con vos de ese modo?

—Luego es broma lo que me estás diciendo.

—Sí: pero yo digo la verdad hasta bromeando.

—¿Me dejas comer?

—¿Os quito acaso las viandas?

—No, el apetito.

—Pero deseais que no os dé conversación.

—Háblame de otra cosa y te oiré con gusto.

—¿De vuestros disparates en Cartagena?

—No.

—¿De vuestra desaplicación en Madrid?

—Tampoco.

—Dadme tema.

—De guerras futuras, de batallas, de accidentes inesperados, de conquistas, de triunfos y de asaltos.

—No sé nada de eso.

La comida terminó; Anselmo entró en el interior de la gruta llevando lo que le había encargado el príncipe de Italia; el paje se llevó á Mendoza, dejándolo entre los otros maestres, y acostándose los tres vestidos en sus respectivas camas.

Dejémosles descansar, que no han dormido durante la noche.

CAPÍTULO LIV

——

El león empieza á romper sus cadenas.—Preparativos. La reserva del héroe.

También el paje dió algún descanso á la materia, si bien los tres se echaron vestidos.

Serían las cinco cuando entre los dos religiosos dieron á Flaviano una taza de sopa y unos alones de pollo, con media copa de Jerez, un poco de dulce y un vaso de agua.

Después comió el religioso trinitario, hizo un poco de oración y durmió dos horas.

Al despertar se fijó en Flaviano preguntándole:

—¿Cómo sientes la materia?

—Cada vez mejor.

—Veo que hablas con facilidad.

—Sí, con bastante.

—¿Qué has sentido al despertar del sueño que anteriormente diste á tu materia?

—Mejoría.

—¿Y al hacer la digestión del alimento que te dimos?

—Facilidad.

—¿Quieres más caldo?

—No.

—¿Por qué?

—Necesito comer, tengo hambre.

—Luego comerás otra vez.

—Gracias.

—¿Te resientes de alguna herida?

—No parece que las he tenido.

—¿Qué deseas?

—Que entren mi padre, mi hermano y mi paje.

—¿Nadie más?

—No.

—Están los maestres Mendoza, Almeida y Fajardo.

—No quiero verlos hoy.

—Hermano Anselmo, avisad á los tres que vengan.

Poco después entraron, recibiéndolos Flaviano con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo estás, hijo mío? —le preguntó el duque.

—Muy bien, señor.

—¿Quieres hablar?

—Puedo, pero prefiero oir. Sentaos todo lo más cerca posible. Luisa, cuéntame todo lo que ocurre en Méjico. No me ocultes nada. Tú debes saberlo.

—En efecto, señor, todos los días recibo un parte de la capital y puedo aseguraros que la situación es grave y llegará á ser gravísima.

—Dilo todo.

—Oidlo, señor. Los idólatras, empujados por sus compañeros los aztecas, corren hacia Tabasco donde ya debe haber gran número de ellos. Van del Este, del Oeste y hasta del Norte. Se proponen asaltar la plaza de Tabasco, y después de tomada dejar en ese estado y en Chiapas las cosas como estaban antes de irnos. Pretenden además levantar y poner en armas todo el imperio, y proclamar emperador á un descendiente de Moctezuma. Lo más grave de todo es que son poderosamente ayudados por buques y soldados extranjeros. Esa es la síntesis de todo lo que ocurre. No me dan detalles.

Los cinco se fijaron en Flaviano, queriendo adivinar el efecto que habían causado en él las elocuentes frases del paje.

Flaviano oyó con mucha atención el relato de Luisa, pero sin demostrar sentimiento ni satisfacción. Parecía serle indiferente cuanto le habían referido.

Meditó unos segundos preguntando:

—¿Qué ocurre en la capital?

—Hay en ella alarma y temores; entre los indios hay la creencia de que hemos muerto los tres. En la capital suponen que solo vos habeis perecido, y que os reemplazan vuestro padre y el príncipe.

—¿Y creyendo eso están alarmados y temen?

—Sí, señor.

—No veo el motivo.

—Pues lo tienen.

—No te pregunto cuál es porque vas á crearlo fan-

tásticamente. Mi hermano Julio vale por lo menos tanto como yo, y el duque del Imperio mucho más.

—Será verdad, pero es el caso que nadie lo cree. Ni aun el señor príncipe de Italia.

—Hablemos de otra cosa, si á bien lo tenéis.

—Déjame antes reconocerte,—dijo el príncipe de Italia, y acercándose cuanto pudo á Flaviano, estudió la circulación de su sangre. Luego añadió:

—Te hallo bien, hijo mío; imposible parece el aumento de vida que has tenido en unas cuantas horas.

—Estoy completamente curado, padre mío; vuestro gran talento irradia como el sol y á todo alcanza; hasta llega á la medicina, como el entendimiento más ilustrado y potente de un Galeno.

—Luisa,—dijo el religioso,—Flaviano tomará después que nosotros una sopa substanciosa, las alas de dos pollos, dulce el que quiera, pan y Jerez con el agua que le pida su economía.

—Muy bien, señor; voy á dar la orden para que todo se lo preparen.

Y salió de la gruta.

—Padre mío,—dijo Flaviano al duque del Imperio,—¿me prestais dos criados?

—Sí, hijo amado; Pérez y Moreno.

—Excelentes: ¿os quedan bastantes?

—De sobra.

—Esto para en el caso de que vuelva á mandar ejércitos en Méjico.

—Te los cedo incondicionalmente hasta que tú los deseches.

—Gracias, señor; hace bien en amaros la reina Tolopalca, sois en unión del príncipe de Italia, el mejor de los hombres.

El duque lo miró fijamente preguntándole:

—¿Y por qué esa dama y no otra?, hijo mío.

—Porque es la que más os conoce y la que tiene más deberes para con vos.

—¿Qué deberes son esos, hijo mío?

—Los que se imprimen en el alma con la sanción divina.

El semblante del duque se cubrió de carmín é inclinó la cabeza sin hallar nada que contestar.

Flaviano le había dicho sin que ningún otro pudiera comprenderlo:

—Los deberes de esposa.

El joven general preguntó seguidamente al príncipe de Italia:

—¿Me he equivocado, señor?

—No, Flaviano, pero aprueba y calla.

—¿Pues no he de aprobar? con todo el amor del mejor de los hijos.

Ahora le había dicho á su padre:

—Adiviné hasta el sacerdote dignísimo que os echó la bendición.

El duque seguía con la cabeza inclinada; el talento y la adivinación de su hijo lo habían abrumado.

Así lo comprendió el joven y se apresuró á decirle:

—Vuestro es mi amor, padre mío, sin vos no existiría yo, cuanto hay en mí es vuestro, cuanto soy os

lo debo, cuanto vos hacéis lo venero, lo acato, lo sostengo y lo bendigo. ¿Queréis más de mí?

—Sí, Flaviano,—dijo por fin el duque alzando la cabeza;—quiero un beso de tus purísimos labios en la frente mía; es la mejor corona que puede ceñir un hombre, un padre y un cristiano.

—Con más amor no he de dar beso alguno en mi vida.

El duque se inclinó, recibiendo de su hijo el beso que el tierno padre le había pedido.

Esta conversación sólo pudieron comprenderla el príncipe de Italia, el duque del Imperio y Flaviano de Osorio.

Los tres restantes oyeron ideas profundas, tan profundas que ninguno de ellos pudo descifrar el enigma que escondían.

La voz de Flaviano era ya la misma que anteriormente, con el timbre algo mas fino y sonoro.

Su semblante aparecía ya un poco sonrosado y sólo se diferenciaba del héroe en los campos de batalla en la languidez y tinte melancólico que representaban la huella del muchísimo mal que había padecido.

¡Cuántas víctimas iba á causar aquel genio de la guerra que volvía al mundo por milagro de Dios, aquella dulcísima y argentina voz!

Méjico debía temblar, debía estremecerse hasta en las entrañas de sus montes al pisar el héroe castellano el suelo del privilegiado país americano.

A las nueve cenaron el príncipe y su hijo, el duque, Mendoza y el paje. Y á las diez Flaviano y Anselmo servidos por el paje.

Al terminar, cogió parte del servicio el franciscano para retirarlo; Luisa fué á ayudarle, pero un movimiento de cabeza de Flaviano le dijo que no se moviera, y la joven quedó inmóvil junto á la cama de su señor. Este la dijo:

—Para mañana á las nueve de la noche necesito un caballo de la mejor sangre y un casco con celada y pluma negra

—¡María Sentísima!

—¿Qué?

—Nada, señor, ¿y yo?

—Lo mismo, con pluma encarnada.

—¿Quiénes nos acompañan?

—Mendoza, Fajardo, Almeida, Zalla y los criados.

—¿Dónde vamos?

—A la capital.

—Vuestra escolta debe ser igual á la de vuestro padre.

—Ahora no es necesario, cuando vayamos á Tabasco será mayor.

—Muy bien, mi general.

—A las nueve montaremos todos á caballo.

—¿Y el príncipe y el duque?

—Se quedan aquí.

—Desgraciados.

—No será por mucho tiempo.

—Decidme algo más.

—No.

—Quiero que me digáis más.

—No debo.

—Señor, por favor...

—Ni quiero, ni debo, ni puedo. Mi misión, Luis, empezará sorprendiendo á todos ¿lo oyes? á todos.

—Está bien, mi general; no quiero saber más.

—El fraile; calla que llega.

Y los dos permanecieron mudos.

Poco después entraban los príncipes padre é hijo, el duque y Anselmo, sentándose en torno de la cama de Flaviano.

Después de cruzar entre ellos algunas frases, dijo Flaviano al príncipe de Italia:

—Que se retiren todos á descansar; anoche no durmieron, padre mío, y ya no es necesario su desvelo.

—Tienes razón, Flaviano; retiraos todos; también vos, hermano Anselmo, quiero quedarme solo con él. Mañana podeis entrar á la hora que gusteis, permaneciendo cerca de Flaviano todo el día.

Minutos después se hallaban solos el príncipe de Italia y Flaviano.

El príncipe hizo media hora de adoración al pie del crucifijo, y sentándose en un taburete junto á la cama, dijo al general:

—¿Estás bien del todo?

—Sí, padre mío. Puedo levantarme mañana.

—Sí, debes levantarte y empezar á hacer ejercicio.

—Era mi pensamiento. Señor, vos como ministro del altar y como caridad que á todos alcanza, os debeis á la sociedad entera. Es además la misión que vos os habeis impuesto. Sé que os debo la vida: si he ganado ó perdido, solo Dios lo sabe; pero mi gratitud

será eterna para con vos. Quiero deciros que prescindais de vuestro hijo adoptivo Flaviano, y desde mañana os consagrais al servicio de Dios y al bien de los desgraciados ¿Estais conforme?

—Sí, era mi propia idea.

—Siempre sucede lo mismo.

—Porque tus ideas y las mías son las del Santo que se llamó en la tierra Alberto de Silva.

—Padre mío, no dormiste anoche: echaos junto á mí; cubríos con mi ropa. ¿Qué mayor dicha para mí?

—Contigo sí; contigo todo, que eres en mi espíritu una reproducción de mi madre.

—Qué felicidad.

—Pero antes debo decirte algo.

—Lo que vos querais, señor.

—Flaviano, hijo mío, vas á volver á mandar solo en Méjico; te sobran talento, genio y sabiduría; pero vas á tener que herir á tus hermanos; vas á tener que mandar matar, y aun cuando eres tan caritativo como yo, quiero recomendarte otra vez que descanse tu mano de guerrear y no descanse un solo instante tu labio de perdonar. Esos infelices son idólatras, son rebeldes por ignorancia; los otros son ambiciosos por torpeza. Y unos y otros rechazan el bien que les ofreces porque no lo comprenden, porque son ignorantes. Ten piedad de ellos; sea tu misericordia el único defensor que hallen en la tierra.

—Son también mis propias ideas, señor.

—No lo dudo; te he aconsejado por un deber de sa-

cerdote, no porque te hiciese falta. Demos ahora á la materia el descanso que nos pide.

Y el príncipe de Italia se echó vestido junto á Flaviano de Osorio.

Media hora después ambos dormían.

En aquel momento el destino había juntado las dos almas más puras que había en Nueva España.

Al amanecer abrió los ojos el sacerdote, miró atentamente á Flaviano, le dió un beso en la frente, y sin hacer ruido alguno desapareció por la parte interior de la gruta.

Un cuarto de hora después entró el padre Anselmo, miró también atentamente á Flaviano, y satisfecho de su reconocimiento, se puso á orar delante del crucifijo que había á los pies de la cama.

Serían las siete de la mañana, cuando el héroe abrió los ojos, buscando con la mirada al príncipe. No lo halló y se dijo:

—Partió; era indispensable.

Luego se fijó en el sacerdote que oraba y comenzó á murmurar frases que nadie oía.

Oraba también.

A las ocho de la mañana entraron el príncipe Julio, el duque del Imperio y Luisa.

El rostro del enfermo era ya el mismo que presentaba en su estado normal.

Alselmo dejó de orar.

Enterados de la situación de Flaviano, le ofrecieron un desayuno que él aceptó y le fué servido por Luisa‘ si bien le acompañaron en aquel acto los cuatro.

Cuando hubieron terminado, dijo el general á su paje:

—Luisa, en pasando tres horas me hará Anselmo la gracia de lavar mis carnes, manchadas aún con sangre y medicamentos. Para cuando concluya me tienes preparado un traje. Entiende que me hallo completamente desnudo; para echarme en este lecho de hojas me quitaron todas las ropas interiores.

—¿Quereis cota?

—Sí.

—¿Tabardo?

—Tabardo, pero ligero.

—Todo estará dispuesto para antes de esa hora.

—Gracias, hija mía.

Terminado este corto diálogo hablaron de cosas de poco interés, hasta que Luisa y Anselmo entraron con el agua templada, salió la primera, y el religioso lavó perfectamente las carnes de Flaviano.

Luego lo fué vistiendo, y al terminar dió el héroe algunos paseos por la gruta, diciendo:

—De nada me resiento; se perturbó mi vista al principio, pero ya está bien. Puedo hasta montar á caballo y correr. Ahora, padre mío, Julio, Anselmo, llamad al paje, y sentémonos, pues tengo que hablar mucho con mi padre.

Sentados los cuatro en torno de Flaviano, dijo éste:

—Padre mío, sois generalísimo de los ejércitos, sois el más práctico y experimentado de cuantos estamos aquí y acaso fuera; Méjico se halla en completa rebelión, os corresponde el mando supremo en este país, y

mi hermano y yo seremos dichosos al concretarnos á obedeceros. ¿Me he equivocado, Julio?

—No, hermano mío.

El duque meditó, contestándole:

—Flaviano, tú empezaste con tu hermano Julio la regeneración de este país, y mi voluntad es que la concluyas. Yo no he venido á guerrear, que harto estoy de guerras; vine por tí, y lo único que deseo, á lo único que aspiro es á regresar en vuestra compañía. Para el logro de esto, si necesario fuese, te lo mando como padre y como generalísimo.

—¿Lo habéis meditado bien, padre mío?

—Sí.

—¿No os arrepentiréis?

—Jamás.

—Tened en cuenta, señor, que, ó mando á todos ó á ninguno.

—Seré el primero en obedecerte.

—¿Contais con mis reservas, mis incógnitas y mi retraimiento cuando se me pidan explicaciones?

—Con todo eso y más.

—¿Y si después os parece dura mi conducta?

—Tendré paciencia.

—Pues hemos concluído.

—Me alegro. ¿Qué debo hacer, mi general?

—Esperar mis órdenes.

—¿Y yo qué hago, hermano?—le preguntó Julio.

—¿Tú, con potestad real me haces esa pregunta?

—Sí.

—¿También quieres que te mande así?

—Sí.

—Espera como el generalísimo mis órdenes.

—Te ruego únicamente que no me condenes á la inacción.

—Trabajarás, que para todos hay.

Desde este momento volvió el héroe á su anterior reserva, adquiriendo su rostro una gravedad casi imponente hasta para con su padre y hermano adoptivo.

No hemos de tardar en conocer la causa.

CAPÍTULO LV

El incógnito.—Marcha acelerada.—Flaviano se descubre únicamente á aquellos de quien no puede prescindir.—Los accidentes de un viaje breve.

Flaviano comió en la estancia de la gruta en que había sufrido la catalepsia, servido por el padre Anselmo.

Cuando hubo terminado le dijo:

—¿Comieron mi padre, mi hermano y el paje?

—Todos hemos comido antes que vos.

—¿Qué hacen?

—El paje ha desaparecido y no sé de él. Los otros dos hablan con el señor marqués de Abella.

—Decidme, padre Anselmo, ¿habrá en Nueva España quien sepa mejor que el padre Juan de Dios lo que ocurre hoy en este Imperio?

—No, señor.

—¿Y quien conozca mejor los caminos?

—Tampoco.

—¿Creen en ese convento que he muerto?

—Sí, señor. Son contadísimas las personas que conocen vuestra resurrección; únicamente los que estuvimos reunidos anoche aquí.

—¿Queréis seguirme?

—Si os hago falta cumpliré ese deber.

—Al contrario, por ahora pudiérais embarazar mis operaciones.

—En ese caso partiré con el señor príncipe de Italia.

—Mejor estaréis á su lado.

—Si más adelante os hiciera falta á vuestro lado me hallaréis.

—No lo dudo.

—¿Partís hoy?

—Esta noche á las nueve.

—¿Cenais aquí?

—Sí, como he comido hoy.

—¿A qué hora?

—A las ocho. Salid ahora y decid á mi paje que entre.

Flaviano quedó solo un cuarto de hora que tardó Luisa en entrar.

Ese tiempo lo ocupó entregado á profunda meditación.

El paje le preguntó:

—¿Qué mandais, señor?

—¿En qué te ocupabas?

—En los preparativos de marcha.

—¿Qué dificultades encuentras?

—Los maestres quieren saber el nombre de la persona que les manda partir á las nueve de la noche.

—¿Qué les has contestado?

—Que obedezcan y callen ó en el acto serán desterrados de Méjico por haber abandonado sus banderas.

—¿Desconfían de tí?

—No, señor: es un pretexto para saber de vos.

—¡Qué han hecho!

—Han encargado al marqués pregunte al duque y al príncipe si pueden obedecer mis órdenes.

—¿Qué han contestado mi padre y hermano?

—Que sí, y que ellos las ratifican.

—¿Y luego?

—Se han resignado. ¿Señor, por qué no os descubrís á esos señores?

—Oye mis últimas instrucciones: á las ocho cenaremos los que partimos. Mendoza lo hará con los maestres, yo aquí como esta tarde. Un poco ántes de las nueve todos los individuos que componen la escolta de mi padre. A las nueve en punto que estén formados á la puerta de la gruta los maestres, Zalla y mis dos criados, los restantes sirvientes formarán al pie del monte. Llevaremos dos pistolas cada uno incluso mis dos criados y éstos un repuesto de cien cargas.

—¿Nada más?

—Eso solo.

—¿Os hago falta?

—No.

Otra vez volvió Flaviano á quedar solo, y de nuevo se entregó á profunda meditación.

Después entraron Julio y el duque, y ya no lo dejaron hasta las ocho que se sentaron á la mesa.

Flaviano comía solo servido por Anselmo.

Poco después de concluir preguntó al religioso:

—Voy á partir. Anselmo, ¿quereis algo de mí?

—Que Dios nuestro Señor os inspire y continúe velando por vos. ¿Os hallais bien?

—Mejor que nunca; ponedme esa media coraza y el casco. Dadme la espada, la daga y ese par de pistolas que ha dejado ahí mi paje.

Flaviano, ayudado por el religioso, se fué armando. Cuando hubo concluído lo estrechó, diciendo:

—Santo varón, hasta no sé cuándo ó hasta la eternidad.

—Dios sea siempre con el predestinado.

Salió Flaviano por primera vez de aquella parte de la gruta en la que sufrió la catalepsia, llegando á la entrada donde le esperaban de pie el duque y el príncipe.

—Padre mío,—dijo,—hermano, continuad unos cuantos días en esta gruta; yo vendré á levantaros el corto arresto que la salud de la patria se impone.

—Seguid,—añadió,—como hasta aquí. Continúo sin dar señales de vida y vosotros aquí encerrados. Abrazadme.

Los dos lo hicieron y el joven general salió con la visera del casco echada.

A la puerta halló montados á Fajardo, Mendoza,

Almeida, Zalla, Luisa y dos criados, teniendo Pérez su caballo y el de su nuevo señor del diestro.

Montó Flaviano con la misma facilidad que anteriormente.

Los allí reunidos lo miraron sin reconocerle.

De pronto levantó un sólo instante la celada.

Sus amigos iban á exhalar un grito de entusiasmo, pero el índice del héroe se fijó en sus labios imponiendo silencio, y bajando á la vez la celada, murmuró:

—A la capital.

Y picó á su potro seguido de los tres maestres, del capitán y de los dos criados. El paje se colocó á su izquierda.

Al bajar el monte se les unieron cuatro criados, con los cuales formaban un total de doce guerreros.

Quedaron á la puerta de la gruta el duque y el príncipe. El primero, al ver partir á su hijo exhaló un amargo suspiro; Julio dijo para sí:

—Fué un paréntesis que dió por resultado la reunión de todos los rebeldes de Méjico para que mi hermano los encadene primero al carro de sus triunfos, y luego los utilice para el bien y la ventura de este privilegiado país.

Y comenzó á distraer al duque, entrando con él en la gruta.

Quedaban los dos mismos centinelas, y todo debía seguir como estaba antes de partir el héroe.

Los individuos de la escolta del duque supieron que partían los maestres y Zalla, pero ignoraban la

causa y hasta supusieron que volvían á ponerse al frente del ejército.

Siguieron tomándose las mismas precauciones que anteriormente, y continuó la misma reserva.

Sigamos nosotros á los que han partido.

Una luna clarísima se extendía por los campos, montes, bosques y florestas de Méjico. Y un silencio casi sepulcral reinaba en aquella inmensa extensión cubierta de árboles, plantas y flores, y rodeada de elevadas montañas y bajos montes; silencio interrumpido únicamente por el choque de cuarenta y ocho herraduras con el duro suelo que marcaban.

Nuestros amigos iban en la forma siguiente: como los solos conocedores del camino que andaban eran Luisa y Flaviano, iban estos dos delante; les seguían los tres maestres y Zalla, y en pos marchaban los seis criados.

Los cuatro jefes iban rebosando alegría. Contemplaban curado á su general y volvía á mandarlos, que era su más grato pensamiento. La pluma negra en la parte superior del casco del héroe les decía todo lo que ellos querían saber; esto es, que iban á la guerra.

Zalla, que lo amaba tanto como Mendoza y el paje, se juzgaba en estos momentos el hombre más feliz de la tierra.

También lo habían reconocido los criados suyos, é iban satisfechos; les era igual servir al padre ó al hijo.

Los cuatro sirvientes restantes caminaban contentos, pues se habían aburrido en los alrededores de su gruta.

De los doce únicamente era mejicano el paje; los restantes españoles.

Sólo eran doce, pero es bien seguro que en caso de aprieto hubieran hecho casi tanto como el duque y sus sesenta y uno de escolta.

Flaviano iba ahora saltando zanjas, corriendo, trotando, y luego dejaba á su potro que siguiera un castellano vivo y sostenido para volver á empezar de nuevo á saltar, etc.

—¿Qué hacéis, señor?—le preguntó Luisa.

—¿No lo comprendes?

—No á fé mía.

—Me entero de la resistencia de mi potro, de todas sus cualidades, y lo acostumbro á un nuevo jinete que desea dominarlo.

—¿Tiene buena sangre?

—Excelente.

—¿Obedece bien?

—Como una fiera convertida en cordero. ¿De quién era?

—Del señor duque.

—Ya nada me extraña; mi padre fué el primer jinete de su época y lo tiene adiestrado. Un poco le falta, pero ya lo va aprendiendo.

—¿Qué le falta, señor?

—Veraslo.

Y el general le clavó la espuela, corrió, le hizo dar un salto que sorprendió á cuantos le vieron, anduvo después de costado á derecha é izquierda, tornó á galopar, dejándolo parado en lo más veloz de la carrera.

Después le hizo varias caricias y continuó al paso.

—Me habeis asustado,—le dijo el paje alcanzándole y poniéndose á su lado.

—¿Por qué?

—¡Vaya un ejercicio difícil y peligroso! No lo repitais, señor.

—¿Me ha sucedido algo?

—No, por milagro de Dios.

—Por el arte y la buena sangre de este potro. Por desgracia tendré que repetir las lecciones que le voy dando; es la única manera de estar seguro de la fiera que se monta.

—¿No os violentais, señor?

—No, estoy como antes de ser herido, Luisa, Corramos.

Y Flaviano continuó dando lecciones á su caballo y á los que le seguían.

Zalla, siguiendo su costumbre, lo estaba ya imitando é iba haciendo lo mismo con su alazán. Los restantes miraban al héroe con satisfacción y júbilo.

Mendoza decía en estos momentos á Zalla:

—Ricardo, no seas niño, eso lo hace únicamente nuestro jefe.

—Y yo. Ya lo veis.

—Te va á matar ese caballo.

—No os importe, señor marqués, si me mata poco se pierde.

—Si es verdad lo que dicen de tí se perderá mucho.

—Exageran y hasta mienten, no les hagáis caso.

—Creo que pronto lo vamos á ver.

—Esa pluma negra ..

—Es la mejor estrella que podemos llevar de guía.

—Conforme, señor marqués.

—¿Te gusta mucho la guerra?

—Tanto como á vos, por lo menos.

—¿Vas contento?

—¿Quién en el mundo no iría entusiasmado siguiendo á aquella pluma negra?

—Tiene un solo mal, Ricardo.

—¿Cuál, señor marqués?

—Que es mudo.

—Así debe ser.

—¿Por qué?

—Porque nuestra misión se debe concretar, yendo en pos de esa pluma, á obedecer.

—No te habrá sucedido lo mismo con el duque.

—También habla poco, y la diferencia consiste en que si el uno es grande, muy grande: el otro es algo más.

—¿Quién es el otro?

—El de esa pluma negra.

—Si mi padre levantara la cabeza y te oyera...

—Haría lo mismo que el duque, darme la razón.

—¿Se lo has dicho?

—Muchas veces.

—¿No se incomoda?

—Señor marqués, el duque del Imperio sabe tanto, vale tanto, que se inclina ante esa pluma negra.

Iban por una llanura, y tan cerca los maestres del general, que el paje oía lo que hablaban, y contuvo su caballo para decir á Mendoza:

—Lo siento, señor maestre, pero os acaba de dar una lección el joven capitán Zalla.

—Lo cual no sientes tú, mal paje, te alegras.

—Lo siento y deseo que no os dé otra.

—¿Nos dejas en paz?

—No.

—Entonces me voy con la pluma negra.

—Haréis mal.

—¿Por qué?

—Está muda esta noche, pero prefiero su silencio á vuestra conversación.

—Lo mismo digo, Luis.

Y comenzaron á trotar sin hablar más.

Después llegaron á un camino áspero y desigual quedando al paso. Luisa hizo varias preguntas al héroe, pero éste le contestó con monosílabos y quedó callada.

Sin descanso alguno llegaron al ser de día á un pueblo pequeño donde pensaba descansar Osorio.

Antes de entrar vieron un palo clavado en el suelo y una tablilla en la parte superior en la cual se leía:

«El general Flaviano ha muerto. Azteca, á Tabasco.»

Flaviano pidió un lapiz y añadió en el mismo idioma, que era el azteca:

«¡Ay de los rebeldes el día que resucite!»

Y continuaron dirigiéndose á casa del alcalde.

—Necesitamos,—le dijo Osorio,—doce camas, comida para los jinetes á la una, cena á las siete, y tres piensos para los caballos. Si faltáis en algo os mando en el acto ahorcar.

Y entró en la casa del alcalde, tomando posesión de la mejor alcoba.

—Haced todos lo mismo,—dijo á los que le siguieron,—vosotros,—añadió á los criados,—después que deis pienso os acostais hasta la una.

Asustado el alcalde, dió las doce camas que le habían pedido, los piensos, y dispuso la comida para todos.

Flaviano se dejó desnudar por Pérez y se metió en cama, diciendo á su paje:

—¿No te acuestas?

—Sí, esperaba preguntaros si os sentís bien.

—Perfectamente. Duerme tú también.

Los jefes se acostaron todos, y luego lo hicieron los criados.

Cuando el alcalde los vió dormidos, salió y fué recorriendo casa por casa hasta reunir veinte hombres dispuestos á seguirle. Después los armó mal, y con ellos se fué á su casa, quedando formados delante de la puerta.

Pero no sabían qué hacer, querían atacar á los dormidos y no se atrevían. Discutiendo, y sin acordar nada en definitiva, dió la una y se hallaron frente á frente de Mendoza y de Zalla. El primero cogió por el brazo al alcalde, lo levantó en alto, y al arrojarlo al suelo le rompió una pierna.

Zalla desarmó á los veinte y los echó á puntapies de aquel sitio.

El alcalde se quejaba y pedía perdón con voces doloridas.

A la una y cuarto salió Flaviano de su alcoba vestido, y enterado por Pérez de lo que acababa de suceder, exclamó:

—Que vengan los maestres, Zalla, mi paje y sírvenos la comida.

Ninguno le dijo nada de lo del alcalde y veinte mozos del pueblo, ni él tampoco preguntó.

El paje miraba á Zalla y á Mendoza y sonreía.

Al terminar la comida dijo á Pérez el general:

—Pon el casco á mi lado y cuando acabes de comer me traes al cura de este lugar, avisando antes de que entre.

No habló una sola frase más hasta que Pérez regresó diciendo:

—Señor, el cura espera.

—¿Hizo resistencia?

—Ninguna.

—Que pase.

Flaviano se puso el casco, y con la visera echada recibió al sacerdote. Era éste un anciano débil y achacoso. Les hizo una reverencia y esperó á que le preguntasen.

Flaviano le dijo:

—¿Sois español?

—Sí, señor.

—¿Cómo os hallais aquí?

—Vine en misiones, y cuando ya no pude continuar me dieron este curato que es de los peores.

—Contestad bajo juramento á todo lo que os pregunte.

—¿A quién tengo el honor de hablar, señor?

—A un general de su majestad el rey de España. Con eso debe bastaros.

—Juro decir verdad en todo lo que V. E. me pregunte.

—¿Quién es el alcalde de este pueblo?

—Un azteca.

—¿Quién le nombró?

—El sobrino del exvirrey que murió.

—¿Qué pretendía hacer con los veinte hombres que armó?

—Atacaros.

—¿Por qué?

—Porque dijo que tomasteis su casa por asalto.

—Eso es verdad, pero me dió motivo para hacerlo. ¿Qué españoles hay aquí?

—Otro y yo nada más.

—¿Qué es ese otro?

—Propietario.

—¿Buen cristiano?

—Sí, señor.

—Traedlo á mi presencia.

—Vuelvo, señor.

A la media hora regresó el sacerdote acompañado de otro anciano.

—Aquí está, señor, —le dijo.

—¿Cómo os llamais?

—Sebastián Romero.

—¿Habeis renegado de vuestra patria?

—Todo lo contrario, cada día la amo más.

—¿Quereis servirla?

—Sí, señor.

—Os van á nombrar alcalde.

—Señor, impera el elemento azteca y me matarán.

—Todo buen español debe sacrificarse por su patria.

—¿Qué hago, señor?

—Armais la gente que os sea posible, os imponeis al elemento azteca, formais causa y castigais al que se oponga, y nadie osará atentar contra vos.

—Lo haré.

—Decid: ¿quién puso la tabla diciendo que había muerto el general Flaviano y luego incitaba á la rebelión?

—Los aztecas.

—¿Todos?

—No, señor, una gran parte de ellos.

—¿Qué hizo el alcalde?

—Nada; alegrarse de que la pusieran.

—Está bien. Maestre Mendoza, destituid al alcalde, ordenad la formación de una causa criminal por incitar á una rebelión, con la complicidad de la autoridad, y luego nombrais alcalde á Sebastián Romero, facultándolo para que arme de veinte á cien personas honradas y leales. Haceis todo esto en nombre y representación del príncipe Julio. Salid los tres, pero antes de entregar esas órdenes las quiero leer.

—Señor,—se atrevió á preguntarle el futuro alcalde;—¿vive el príncipe?

—Sí.

—¿Y el héroe?

—Ya os lo dirán los acontecimientos. No quiteis el palo y la tabla que anuncia su muerte; debe quedar como se halla en estos momentos.

—Muy bien, señor. ¡Ah! ¿sabeis que al exalcalde le han roto una pierna?

—No quiero saberlo.

—Y que un capitán desarmó á veinte aztecas y los echó á patadas.

—Tampoco quiero saberlo. Tomad la lección que os deja ese capitán si alguna vez os intentan atacar.

—El cielo os guarde, señor.

El nuevo alcalde salía diciendo para sí:

—¡No le ví el rostro! ¿Quién será? ¡Oh, uno de los dos hermanos! Seré prudente.

A las siete cenaron nuestros amigos, y á las ocho y media montaban á caballo saliendo en dirección de la capital.

El camino que andaban ahora era escabroso é iban despacio.

Almeida preguntaba en estos momentos á Mendoza:

—¿Pero qué demonio hicísteis al alcalde de ese pueblo?

—Nada, romperle una pierna.

—¿Sanará?

—Sí, únicamente quedará cojo.

—¿Os parece poco?

—Más merecía. Si yo hubiera ido solo... pero esa pluma negra impone.

—¿Cómo no ayudásteis á Zalla á desarmar á los otros?

—Porque no me dió tiempo.

—¿Se daba mucha prisa?

—Parecía un huracán. Empiezo á creer lo que de él cuentan.

—Si no llevárais un apellido tan respetable yo os lo hubiera probado de otra manera,—le dijo Ricardo.

—¿Te atreverías conmigo?

—No, con vos no; pero con uno que tuviera vuestra misma fuerza y vuestro mismo valor, sí.

—Cuando estemos en campaña lo hemos de ver.

—¿Dudais de mi valor?

—No, que tienes buena sangre, pero dicen tanto de tí...

—Exageraciones, señor marqués.

—Todo es posible en ese Zalla, pero hay cosas que es necesario verlas para no dudar.

—Es verdad, pero no olvideis que en el tiempo que empleásteis vos en dejar cojo á uno, yo desarmé veinte y los hice huir contusos.

—Eso es verdad.

Sin acelerar el paso demasiado anduvieron el resto de la noche.

Todos hablaban menos Flaviano y el paje.

Cuando empezaba á amanecer vieron en lontananza las torres y edificios de Méjico, capital del antiguo Imperio de los Moctezuma.

Llevaban andadas unas veinte leguas, que era lo que próximamente distaba la ciudad imperial de la gruta famosa.

Flaviano nada veía.

Iba absorto en su meditación.

Lo que á Osorio no habían contado sobre la verdadera situación de Méjico él lo adivinaba, y ya en estos momentos le presentaba su gran talento todos los peligros, discurriendo él á la vez en la manera de esquivarlos.

Con algo más que le dijese el padre Juan de Dios tenía bastante, y es indudable que el general de los jesuítas debía decirle mucho.

Pronto lo hemos de ver.

CAPÍTULO LVI

Un reo á los pies del patíbulo.—La clemencia de un héroe.—Otra vez el padre Juan de Dios.—Diálogos importantísimos.

Era el instante en que empezaba á asomar su regia frente el rey de nuestro sistema planetario, es decir, el sol. Iba á dorar la tierra con su radiante luz, á embellecer los campos y los montes y á dar vida y calor á la naturaleza, cuando nuestros viajeros dieron vista á la puerta de entrada de Méjico.

Luisa despertó á Flaviano del letargo intelectual que lo dominaba con las siguiente frases:

—Señor, ved lo que tenemos delante. No es hora de andar por la calle, y sale de la ciudad una masa inmensa del pueblo.

—Es verdad,—dijo el héroe deteniéndose.—Comprendo; ¿qué ves á la izquierda?

—Un patíbulo.

—¿Y delante?

—Un reo que lo van á ajusticiar.

—Suerte ha tenido. Corramos.

Flaviano y su escolta se interpusieron entre la víctima y el cadalso. Venía ésta montada sobre un burro; á la izquierda el verdugo, y á la derecha tres sacerdotes.

—Alto,—esclamó Flaviano,—acérquese á mí el jefe de la escolta.

—¿Quién osa detener á la justicia?—le preguntó un teniente.

—Quien puede hacerlo.

El oficial murmuró fijándose en los que le detenían:

—¡Los tres maestres, un capitán y el paje!

Flaviano añadió:

—¿A las órdenes de quién venis?

—A las del tercer alcalde.

—Que venga aquí.

—Aquí estoy, señor caballero.

—¿Van á ajusticiar á ese desgraciado?

—Sí, señor.

—¿Cual es su delito?

—El de incitar á la rebelión, y el de haber herido á un agente que trataba de impedirlo.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco?

—No sois vos el que puede interrogarme; soy yo el que puede hacerlo.

—¿Nada más señor?

—Su alteza el príncipe Julio lo indulta de la última pena. Marqués de Abella, extended la orden de indulto en nombre y representación del príncipe, y dádsela á ese alcalde. Vos, señor oficial, lleváis el reo á la prisión de donde lo habéis sacado.

—¿No podíais, señor, levantar la visera?

—No, y ¡ay de vosotros si vaciláis! Capitán Zalla, os vais á casa de Godínez, ya os buscará el paje. Luis, Péres, Moreno, seguidme.

Y picó á su caballo abriéndose paso por entre la multitud, que exclamaba admirada:

—¿Quién será?

Uno de esos que todo lo saben, añadió:

—Quién ha de ser; el mismo príncipe que viene de incógnito y ha tomado á su servicio al paje de su hermano.

—El príncipe, el príncipe,—exclamaron todos haciendo suya la idea del sabiondo.

Era lo que convenía á Flaviano, que lo tomaran por otro cualquiera para asegurar su incógnito.

A escape, para que nadie pudiera seguirlo, atravesaron varias calles y plazas hasta detenerse á la puerta del convento de jesuítas.

Acababan de abrir la portería, echaron pie á tierra y entraron en el gran patio del edificio. Dos frailes se acercaron preguntándole:

—¿Qué deseáis?

—¿Tiene cuadra el convento?

—Sí, señor; pero...

—Llevad uno á mis dos criados á que dejen en ella los cuatro caballos; les dais cuanto necesiten, inclusa habitación, y el otro que me acompañe á la celda del padre Juan de Dios.

—El general está en el coro.. .

—Le avisaïs, pero antes acompañadme á su celda.

—Señor, no se si debo.... ¡Ah, el paje!

—¿Podéis ó no?

—Puedo; vaya, si puedo. Seguidme, señor.

Y los llevó á un salón extenso, diciéndoles:

—Aquí recibe el general. Sentaos, que voy al coro á avisarle. ¿Quién tengo el honor?...

—Anunciadle la llegada de dos caballeros que no tienen la costumbre de esperar. Y añadid que venga solo.

—Al momento, señor.

Ayudado por Luisa se quitó el casco, la coraza y las espuelas, luego se dejó caer en un sillón de cuero de Córdoba, exclamando:

—Bien alojado está el padre Juan, Luisa.

—Magnífico edificio.

—No es eso solo; la Virgen que está á mi derecha es de Murillo, aquella imagen, del *Españoleto*, ese Redentor parece de Miguel Angel, aquella figura es un retrato de San Ignacio hecho por Velásquez, y el tallado de todos estos muebles es de un mérito extraordinario. Nuestro padre Jesús era pobre de solemnidad, sus discípulos pidieron limosna; pero estos otros discípulos...

—Señor, si os oyen...

—¿Qué me harán, paje?

—Van á creer que sois ateo.

—Ateo es el que no cree en Dios, y yo digo eso por creer demasiado.

—Veréis con qué grave lentitud se os presenta...

—Es natural; la forma es una cosa y el fondo otra.

—¡Jesús!—exclamó el padre Juan de Dios entrando y reconociendo á Flaviano.—¡Gracias, Dios santo! Señor, dejadme que bese vuestra mano, que os admire, que bendiga á Dios que os devuelve á la tierra para bien de la humanidad, para el triunfo completo de nuestra santa religión.

—Haced y decid lo que os plazca, Juan de Dios; pero no olvideis que he muerto, y el que diga lo contrario será sentenciado á muerte por mi padre y por mi hermano.

—Excelente idea, señor; por nosotros nadie lo ha de saber. Beso vuestra mano gloriosa, ¡con qué gusto! y bendigo á la Providencia que se digna devolvernos nuestro héroe. ¿Pero qué veo? ¡Y en mi celda! Señor, estoy infringiendo mi orden.

—¿De que modo?

—Aquí no puede entrar mujer alguna, y ese paje...

—Vaya si puede. Ya lo veis.

—Señor es en mí una falta gravísima.

—Padre Juan, es la menos grave que todas las que habeis cometido. ¿Queréis que lo demuestre?

—Señor, por caridad...

—Vengo con mi paje, sea su sexo el que quiera, ante el mundo no es otra cosa que mi paje. Y no os mo-

lestéis con ridículas consideraciones; antes que mi paje se vaya, prefiero echaros á todos vosotros de aquí y que venga á servirme un tercio entero.

—Vaya si sois capaz de hacerlo; pero no es necesario; he protestado y con eso basta. Es mucha la honra, señor, de teneros en este santo asilo.

—Me alegro.

—Reviviendo vos todo se ha ganado.

—Eso luego lo veremos. Por el pronto os voy á hacer andar en un pie.

—Todo cuanto queráis, señor.

—Necesitamos mi paje y yo dos cascos y dos petos con espaldar de oro, esmaltados de negro, que no pesen mucho, pero que tampoco tengan poca resistencia.

Antes de dos horas estarán haciéndolos.

—Los pagará Godínez.

—O mi compañía, es igual.

Sólo me dejaré ver de los tres maestres que me han acompañado, del capitán Zalla, de Godínez y de dos religiosos que os merezcan confianza absoluta.

—De los habitantes de mi convento nada temáis.

—Mandad decir á Godínez que venga al momento. No hemos dormido en dos noches, pero antes de acostarme quiero hablar con el corregidor.

—Ahora mismo.

Juan de Dios tocó un timbre, y en el mismo instante se presentó un religioso. Le dió dos órdenes en latín y desapareció.

—Que dispongan habitación para mí y para mi paje.

—Vos en ésta, señor; aquella es vuestra alcoba; al paje lo alojaré en la habitación contigua.

—Eso es.

—¿Qué más deseais de mí, señor?

—Poco á poco, padre Juan de Dios; ahora eso; luego descansaré cuatro horas, comeremos mi paje y yo, y al concluir hablaremos bastante.

—Cuanto vos querais.

Un cuarto de hora después le decía el religioso:

—Ha llegado Godínez; os dejo solo con él y el paje. No os extrañe que retiren de aquí esos arreos militares; deberán servir de medida para hacer los otros.

—Muy bien.

—Sslió el general de la orden y un minuto después entró Godínez.

No sabía el corregidor que vivía Flaviano; habló con los maestres, pero éstos no contestaron á sus preguntas. Creyó que iba á hablar con Juan de Dios, y al encontrarse frente á Flaviano quedó inmóvil, sin acción ni frases. Su alegría embargó todas sus facultades.

Cuando pudo exclamó:

—Señor, dejadme besar vuestra mano. ¡Qué ventura, qué placer!

—Godínez, soy un muerto que ha resucitado para algunos, muy pocos en verdad; ¿lo comprendéis?

—Con saberlo yo tengo bastante y me concretaré á secundar vuestros pensamientos con todo el interés de mi alma.

—¿Qué piensan en esta capital?

—Que habeis muerto. También yo lo creía hasta hace un instante.

—¿Y en el resto de Nueva España?

—Os juzgan muertos á los tres.

—¿Y de mi padre, qué cuentan?

—Que al ver muerto á su hijo quedó inerte para todo.

—Muy bien; así convenía á todos. Necesito que desde hoy os ocupeis de alhajar el palacio del virrey. Lo va á ocupar mi padre y deseo que nada eche de menos en él.

—¿Como virrey?

—Sí.

—Otra felicidad.

—Nos harán corazas y cuanto podamos necesitar; lo pagais todo y que os lo abone mi padre. Es hoy uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Ya lo creo.

—Pues añadid á lo que tenía cien arrobas de oro que le han regalado.

—Entonces, señor, es el hombre más poderoso de la tierra.

—Posible es.

—¿Qué más deseais?

—Que traten bien á los maestres y al capitan Zalla. Os advierto que el último es el joven más valiente que existe y el más osado. Discípulo mío, abusa de su destreza y habilidad. Es hombre de mucho cuidado, Godínez.

—Me alegro saberlo.

—Comeré á las dos; que estén aquí á esa hora los maestres y Zalla.

—Muy bien.

—¿Habeis librado de la última pena al reo que iban á quitar la vida hoy?

—Sí, señor; irá á galeras por toda su vida.

—Nada más necesito por este momento; venid á verme dos veces al día.

Godínez marchó; Luisa se retiró á la estancia que le habían destinado, entró Pérez para desnudar á su amo, y poco después dormían paje y señor.

La convalecencia de Osorio estaba siendo castigada por el hambre y el insomnio. Graves cosas debían ocurrir en Méjico para que nuestro joven, tan sábio y entendido, prescindiera casi por completo de su tan castigada materia.

Cuatro horas durmieron el paje y su señor.

Después se sentaron á la mesa en el salón destinado al uso de Flaviano, y dos religiosos comenzaron á servirles una espléndida y admirablemente condimentada comida.

A los postres llegaron los maestres y Zalla.

Cruzaron con el general algunas frases y al terminar la comida dijo Flaviano al maestre Fajardo:

—¿Quedaron en la guarnición de Méjico algunos de los marinos que tragísteis del navío *Invencible?*

—Sí, señor, mi general.

—¿Podremos disponer de treinta?

—Creo que es el número de los que aquí quedan.

—Me alegro; necesito de todos ellos.

—Vuestros son, señor.

—Que queden libres de todo servicio, que les compren treinta caballos y con casco y medias armaduras, que se preparen á partir con nosotros. Os advierto, maestre, que tendrán probablemente que batirse en tierra unas veces y trabajar en el mar otras.

—Para ambas cosas sirven.

—Aquí llevan una vida indolente y traquila, desde mañana que monten á caballo y desarrollen sus fuerzas; les esperan días de prueba.

—Los convertiré en leones, señor.

—En leones, eso es necesario.

—¿Qué más deseáis?

—Con vos he concluído. Ahora os toca á vosotros, Mendoza, Almeida y Zalla. Salís lo menos posible, no habléis con nadie de este país, y hasta conviene que os vean tristes, cabizbajos y pesarosos. El enemigo se vale de toda clase de armas para destruir nuestra obra, preciso es que nosotros, dentro siempre de la guerra noble y hasta humanitaria, usemos los que estén á nuestro alcance. Dejé el país antes de ser herido en completa paz y en el mejor orden, pero estaba tan reciente la modificación y son aquí tan populares las rebeliones, que bastó mi supuesta muerte y vuestro abandono é indolencia para que la ignorancia y el fanatismo se revolvieran contra nosotros y llevaran este hermoso país á nuevo conflicto.

—Con vos, señor, pronto sucumbirán todos los rebeldes,—le dijo Fajardo

—Quién sabe, maestre, pongamos todos los medios

y que el cielo acuerde lo más acertado. Zalla, si preciso fuera te dejas pegar.

—¡Pegar!... Muy bien, mi general y querido maestro, por vos sufriré hasta que me peguen.

—En esta primera parte de nuestra campaña es necesario que lleguemos hasta la cobardía.

—¿También vos?

—Yo el primero.

—Hermano,—dijo el jigante con su voz de trueno. —Haremos cuanto tú quieras y llegaremos donde tú mandes. Lo difícil era que tú volvieras á la vida, logrado esto ha de ser facilísimo lo demás.

—Por cierto, querido Rogelio, que tus fuerzas de jigante nos han de ser á mi juicio muy necesarias. ¿Han menguado en estos días?

—No; y en cuanto las ejerza con la ira y coraje que los malvados han ido acrecentando en mi pecho superarán con mucho á las de mi padre. ¿Quieres una prueba?

—¿Qué prueba?

—Fija tu mirada en esa lámpara que enmedio de este salón pende del techo. Es de bronce y termina con cuatro brazos, cada uno de los cuales tiene tres pulgadas de espesor. Tres pulgadas de bronce macizo en cuya parte superior se apoyan las cuatro bombas que ves- Pues con tres bombas tiene bastante esta habitación, la cuarta desaparece de ahí.

Y Mendoza cogió uno de los brazos quebrándolo con pasmosa facilidad.

—¡Admirable!—exclamaron los cinco.

—Basta,—dijo Osorio,—nos has demostrado que eres un nuevo Sansón, pero el hecho no ha de agradar á los padres jesuitas.

—Si me lo permiten les regalaré una lámpara de plata de más peso que esa de bronce.

—No, quede así para memoria y ejemplo de lo que puede hacer el sucesor de un invencible, que de un tajo mataba cuatro hombres.

—Ese era mi padre, Flaviano, yo de un solo golpe con mi mandoble maté cinco.

—Me complace saberlo y no he de tardar en pedirte esfuerzos mayores. Os vuelvo á repetir que salgais lo menos posible de día, y si de noche os aburrís venid á cenar conmigo desde mañana. Poco hemos de permanecer aquí, á lo sumo ocho días. Vos, Fajardo, ya es distinto, instruid á los treinta marinos, pero no estorbará que lleveis casco y la visera caida.

—Así lo haré, mi general.

—No os importe que hablen mal de nosotros; llegad, como os he dicho, hasta la cobardía. Vuestro indiferentismo me es tan necesario ahora como en un tiempo, no lejano, vuestro patentizado valor.

Poco más hablaron, retirándose los cuatro para ser reemplazados por Godínez.

Quedaron solos Flaviano, Luisa y Godínez.

—¿Qué se cuenta por la ciudad, corregidor?—preguntó Osorio.

—Señor, comentan el indulto del reo que habeis librado esta mañana.

—¿Qué dicen?

—Suponen unos que ha llegado de incógnito vuestro hermano y otros, los menos creen que ese indulto le ha inspirado el miedo y lo he concedido yo.

—Eso es lo que nos conviene. Cuanto más cobardes os crean más seguro es el triunfo.

—Así lo haremos.

—¿Hay en esta capital elemento alguno de revolución?

—No, señor; hoy domina mi policía, tiene acobardados á los menos tímidos, y se concretan á hablar solamente y con el mayor recato.

—¿Teneis hombres bastantes?

—Sí, señor.

—¿Os sobran?

—Me sobran, en efecto.

—En ese caso elegid uno por uno cien hombres que hablen con perfección el azteca, sean ó no de este país, eso me es indiferente; lo importante es que se presenten como indios, que pasen por indios, y que sean valientes, leales y decididos. No regateeis la paga. ¿Podrá ser?

—Sí, señor. ¿Para cuando los quereis?

—Sólo os puedo conceder ocho días.

—Me bastan.

—¿Quién los va á mandar?

—Yo.

—¿Cuántos jefes se entenderán con vos?

—En primer lugar será capitán de esa compañía Juan Oaxacay, primo de Luisa, que quedó con mi padre y pronto se incorporará con ellos; en segundo dos

tenientes que nombrareis vos, y un alférez que dejo también á vuestra elección.

—Es decir, cien soldados, un capitán, que ya teneis, dos tenientes y un alferez. Total ciento cuatro.

—Sí, eso es.

—¿Qué traje?

—Cota de malla ceñida á la ropa interior y encima traje de indio.

—Con eso me basta.

—Con ciento cuatro caballos.

—Se entiende.

—Lo más ilustrados posible.

—Elegidos uno por uno.

—Muy bien. ¿Tendrá mi padre el palacio?...

—En los ocho días que me habeis concedido quedará todo concluido.

—Me mandais todo el equipaje que al partir á la guerra dejamos en vuestra casa Luisa y yo.

—Mañana estará aquí.

—Por hoy nada más necesito.

—¿Puedo retirarme?

—Sí.

—Quedad con Dios, mi general; paje, que el cielo te guarde.

—Y á tí te haga hombre de bien.

—¿No lo soy, Luis?

—No. Si me equivoco que me rectifique tu patrona.

—¡Ah! Hasta mañana.

Y quedaron solos Luisa y el héroe.

Ya era de noche cuando se retiró Godínez, y era

admirable el silencio que reinaba en el gran edificio de los padres jesuitas. Ni una voz, ni el ruido de pasos, nada se percibía; no obstante, haber más de cuarenta hombres.

Ni en el cementerio se disfrutaba de más torturadora tranquilidad.

Cerca de las habitaciones de Osorio se hablaban los padres por señas, y en el resto del convento casi al oido.

Eran aquellos benditos tan discretos para callar como hablar.

CAPITULO LVIII

Otro diálogo entre Flaviano y el padre Juan de Dios, más importante aun que los anteriores.—Un descubrimiento.—Temores.—Lorenzo Alejandro.

Quedaron solos como hemos dicho Flaviano y Luisa.

El primero miró á su paje con bastante interés diciéndole luego:

—Infeliz, cuánto debes haber sufrido en la gruta de Cacahuamilpa.

—Bastante, señor, pero menos que vos.

—Sí, me molestaron mis heridas, pero las del cuerpo no se sienten tanto como las del alma, y de éstas últimas no sentí ninguna.

—Pues las mías todas fueron en el alma. ¡Cómo sospeché la desgracia que hemos sufrido!

—Y yo.

—¿Por qué no la evitasteis?

—No pude, Luisa; me estaba impuesta y tuve que resignarme.

—¿Quién os la impuso?

—El destino.

—Explicadme eso, señor, porque yo no lo comprendo.

—Presentía lo que sucedió, pero no me era posible retroceder.

—¿Quisísteis hacerlo?

—Varias veces me decidí á tomar tus consejos que eran los prudentes y entendidos; eran además los de mi inspiración y ninguna pudo dominarme. Un poder superior me arrastraba hacia Cacahuamilpa. Cansado de luchar con él sucumbí y continué indiferente y sin más oposición de mi parte.

—¿Qué deducís de ese poder, de aquellas heridas, luego de la catalepsia y ahora de vuestra salud?

—Si soy, como dicen el príncipe de Italia y Anselmo, predestinado, tuve que sufrir lo que has visto para llenar el todo de mi misión.

—¿Pero qué falta hacía lo que habeis padecido para concluir de modificar este imperio?

—He dado con mis males y muerte aparente tiempo bastante y ánimo suficiente á todos los espíritus rebeldes de Méjico para que se unan, se subleven y se lancen á la pelea. Ya no son los sublevados los de Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, es decir, los de Mediodía; ahora son esos y los del Norte, Este y Oeste, que antes no tomaron parte alguna.

—Empiezo á comprender.

—Lo peor es que no obstante, los consejos del príncipe de Italia y los de mi propia conciencia, me siento inclinado, más inclinado que nunca á la pelea, al derramamiento de sangre humana, á barrer este bello país de tanta escoria como se abriga en el mejicano y extranjero.

—Pues limpiad, señor; ninguna mano mejor que la vuestra.

—El mismo poder que me llevó á la gruta me empuja ahora á la lucha.

—Pues vamos á ella, que si Dios lo dispone así, no podemos ni debemos oponernos á que se cumplan sus altos designios.

—Eso tendrá que suceder.

A las ocho le sirvieron la cena, que fué también espléndida como la comida, y á las nueve apareció el padre Juan de Dios.

—Muy ocupado andais hoy,—le dijo Osorio.—No os he visto desde las primeras horas de la mañana.

—Señor,—le contestó el sacerdote.—He supuesto que ocuparíais el día dando órdenes y disponiendo vuestra partida. He supuesto que me íbais á hacer infinitas preguntas, á todas las cuales deseo contestaros. Y he supuesto que tenemos toda la noche por nuestra, dejando ultimado cuanto necesitais para lograr el triunfo más completo que consiguió el héroe más elevado que existió.

—Si demostrais al contestar tanto talento como al hacer esas suposiciones, seréis digno de igualaros en fuerza moral á lo material que demostró el marqués

de Abella al ensayarla esta tarde en el brazo de esa lámpara que teneis á la derecha.

—¿Con la mano lo ha roto?

—Sí.

—Ni su padre.

—Eso es, ni su padre.

—¿Que deseais saber, señor?

—Iremos, si os parece, pregunta por pregunta; el asunto es harto importante.

—Sea; preguntad.

—¿Está en Méjico el almirante lord Yoon?

—Si, señor.

—¿Vino con tres galeras?

—Si, señor.

—¿Y tres mil seiscientos hombres?

—Sí, señor.

—¿Qué número de indios hay frente á la plaza de Tabasco?

—Tienen bloqueada la ciudad más de 10.000. Puede que pasen ya de 20.000.

—¿Cuántos ingleses hay con ellos?

—Tres mil.

—¿Qué armamento?

—El de los ingleses, reformado, excelente; el de los indígenas malo; pocos arcabuces, algunos picos, varias espadas y la mayoría flechas y lanzas con espina de pez por moharra.

—¿Hasta qué número podrán reunirse si les damos tiempo?

—Es posible que pasen de 30.000.

—¿Quién es el jefe superior?

—En la forma Moctezuma, que es poco entendido; en el fondo el almirante Yoon, que sabe...

—Menos que vos.

—Yo en asuntos de guerra...

—Por eso.

—Afirman lo contrario.

—Mi padre le llama ignorante y sabe más que todos nosotros.

—Si el señor duque del Imperio lo afirma, es indudablemente cierto.

—¿Quién está en el campo con los rebeldes?

—Moctezuma.

—¿Y Yoon?

—En la casa Amarilla, desde donde todo lo dirige.

—¿Quiénes le acompañaban?

—Dos oficiales de órdenes y seis criados.

—¿De quién es la casa Amarilla?

—De la viuda del cacique Monclova, muerto por los cristianos en Tabasco.

—Decidme lo que sepais de esa viuda.

—Es joven, bella, apasionada y rica. Nos odia cuanto es posible.

—¿Por qué alberga al almirante inglés?

—Porque es nuestro contrario, y porque sólo hay en la casa una cama para los dos.

—Entre todos, ¿qué número de personas componen?

—Nueve ingleses, ocho indios y seis indias, total 23.

—¿Son precavidos?

—Hasta ahora no.

—¿Qué hacen las tres galeras inglesas?

—Se hallan ancladas cerca de la desembocadura del río.

—¿Qué fuerza conservan?

—Doscientos hombres cada una. Desde allí mandan al campamento todo lo que les hace falta.

—¿Quiénes pagan?

—Trece caciques y los ingleses.

—¿Qué se proponen los últimos?

—Desmembrar el poder español y en su dia explotar á los indígenas.

—¿Cuándo creeis que acabarán de reunirse frente á Tabasco todas las fuerzas rebeldes?

—Antes de un mes.

—¿Qué hacen nuestras tropas dentro de la plaza?

—Esperan que lleguen los maestres.

—¿Nada más?

—No; pero es imposible que permanezcan así.

—¿Por qué?

—Se hallan bloqueados y antes de treinta días, acaso de veinte no tendrán qué comer.

—¿No se hicieron fuego?

—Ni un solo tiro se oyó ni una estocada...

—Todo parece providencial.

—¿En contra nuestra?

—Qué torpe sois en asuntos de guerra, padre Juan.

—No lo niego, ¿pero vos creeis que vamos ganando?

—Sí, mucho.

—¿Qué ganamos, señor?

—Que se reunan allí todos los rebeldes de Méjico,

con los ingleses, enemigos de toda humanidad que no es inglesa, para que yo, con más facilidad, acabe con todos.

—¡Con todos!

—¿Os parecen muchos?

—¡Más de treinta mil! Antes no pasaron de veinte mil y no tenían ingleses.

—Pero estaba yo vivo.

—¡Ah! ¡Qué idea! ¡Por eso vuestro incógnito!... ¡Cuánto valeis, señor!

—¿Cuento con vosotros?

—Y con cuanto tenemos.

—Por Dios que os he de pedir poco y á la postre me lo cobrareis caro.

—Lo último es posible; por eso os aconsejo que vos pidais mucho.

—No me hace falta. Dadme vuestra opinión sobre los aztecas.

—Era la clase más ilustrada cuando llegó Hernán Cortés. Son despejados y tercos. La mayoría se hizo cristiana y son los mejores soldados, empleados y ciudadanos, porque del pueblo indígena se presentan como lo más culto é inteligente. La minoría embotan su saber en la ruda corteza de una terquedad que los lleva al atraso, á la pelea y á la muerte. Su entusiasmo idólatra regenera en un fanatismo que la embrutece y la pierde.

—Muy bien, pobre Juan, hablando así apareceis sabio, pero expresándoos como militar sois nuestra verdadera antítesis. Ya sé bastante.

—Con poco tiene de sobra el héroe.

—Las adulaciones,—dijo Flaviano,—empequeñecen vuestro talento.

—¿Porque os llamo héroe?

—Sí.

—Diré entonces...

—No quiero oirlo, callad.

—Me inclino, señor.

—Ya sé cuanto necesitaba. Ahora vamos con lo que me hace falta.

—Pedid

—Quiero en ocho días á lo más, cuatro ó seis limas capaz cada una de ellas de cortar un hierro que tenga tres pulgadas de diámetro.

—¿Manejada esa herramienta por el brazo que cortó mi lámpara?

—Es posible.

—Las tendreis, aun cuando no comprendo...

—Es asunto militar y en ese no dais bola.

—Pero si vos me lo dijéseis...

—No. Necesito un dibujo perfecto del interior de la casa Amarilla.

—Lo tendreis.

—Y necesito tres rutas distintas para ir desde aquí á Tabasco.

—¿Sin la vuestra que es la mejor?

—Esa es ya del enemigo.

—Ciertamente.

—Mañana os las daré.

—Basta por esta noche, padre Juan de Dios.

—¿No quereis oir una noticia que os interesa más que todo lo hablado anteriormente.

—Ya lo deseo y juzgo que ha de tener suma importancia si me interesa más que lo expuesto hasta ahora.

—La tiene.

—Hablad.

—¿Recordais á Lorenzo Alejandre?

—Sí, un desgraciado.

—Cierto; pues es el caso que no ha muerto.

—¿Dónde se halla?

—En esta capital.

—Mal debe andar de miembros.

—Muy mal; no le queda ya más que el brazo derecho. Lleva perdidas las dos piernas, un ojo y el brazo izquierdo.

—Infeliz.

—Desea vivir para vengarse.

—Lo creo. ¿Pero qué puede hacer ese infortunado?

—Con dinero...

—Es verdad.

—Pretende matar ó que maten al príncipe de Italia, al duque del Imperio, al príncipe Julio, al héroe don Flaviano y á ese paje que ahora me mira con tanta atención. Por la muerte del primero ha ofrecido mil ducados; por la del segundo quinientos, por la del tercero ochocientos, por vos nada, toda vez que os juzga muerto y por el paje cuatrocientos.

—No valen mucho, adelante.

—Alejandre salió herido de la plaza Mayor la noche de la revolución y tiene tan mala encarnadura, que su—

frió la amputación de la segunda pierna. Casó después con su patrona, á la cual castiga diariamente con crueldad. Llegó el príncipe de Italia y hospedóse en el convento de su Orden, desde que tuvo conocimiento de su llegada, el malvado tomó á sueldo dos escapados de galeras, los dos, por desgracia españoles, y estos le obedecen hasta el extremo de atreverse á asesinar á ese modelo de caridad y de sublime abnegación

—¿Pero está aquí el príncipe?

—Estuvo, partió luego y ha vuelto esta noche.

—¿Podrán asesinarlo hoy?

—Sentaos, señor; ni hoy ni nunca. A los asesinos los vigilan dos dependientes de Godínez, y al príncipe de Italia dos jesuítas que no le pierden de vista.

—Mi padre adoptivo sale á media noche...

—Lo sé; va de desgracia en desgracia extendiendo la caridad, sin que le detengan peligros ni nada en el mundo.

—Me tranquilizais, Juan de Dios.

—Además de la habitación que tenía Alejandre, tomó un cuarto bajo en una calle excusada, frente al postigo del convento, por donde sale y entra el príncipe cuando ejerce los actos de caridad por la noche.

—Estoy seguro, padre Juan, que sale esta noche.

—Ya ha salido; en cuanto llegó, y un momento antes de llegar yo aquí lo espiaba Alejandre desde la ventana de su habitación.

—¿Qué daño le hizo ese santo?

—Ninguno, pero el malvado Alejandre tiene bastante motivo con saber que es padre del príncipe Julio.

que es hermano adoptivo del duque y que su muerte la ha de sentir todo el que no es un miserable.

—Esta noche, al regresar de su ocupación caritativa...

—Os repito que nada temáis. Intentarán asesinarlo mañana á última hora, lo más pronto.

—¿Estáis seguro?

—Casi puedo asegurarlo, como puedo afirmar que esta noche nada ocurrirá al príncipe.

—Con que mañana al retirarse...

—Eso es; después de la media noche.

—Gracias, padre Juan; me acabáis de prestar el servicio más importante.

—Aun cuando no vivieran ni su hijo, ni su hermano, hubiera hecho lo mismo; porque no se trata de un príncipe ni un general, sino de un Santo, y ya no hacen falta mártires, los hubo en abundancia.

—¿Puedo dormir tranquilo?

—Completamente tranquilo.

—En ese caso me retiro á descansar. Luis, tú también, que debes estar rendido.

Media hora después todos dormían.

El padre Juan de Dios, salió á esa hora del convento.

En el edificio reinaba un completo silencio.

A las siete se levantó el paje, y cerca de las ocho, su señor.

Ambos tomaron un ligero desayuno y hablaron hasta que fueron interrumpidos por Godínez, que entró diciéndoles:

—Dios defienda vuestras vidas todo lo que ellas merecen.

—*Amén*,—le contestó el paje,—pero que no te dé á tí lo que mereces, porque entonces lo pasarás mal, libertino.

—Calumnia, que algo quedará,—exclamó el sabio griego.

—¿Me traéis alguna noticia, corregidor?—le preguntó Osorio.

—Continúan corriendo del Norte, Sur y Oeste muchos indios hacia Tabasco.

—¿Nada más?

—En la ciudad siguen los temores.

—Que no espantaréis

—Hemos convenido en que llegaremos á la cobardía en la forma.

—¿Qué más ocurre?

—Sigo cumpliendo vuestros mandatos y antes de ocho días todo estará dispuesto.

No tardó el corregidor en ausentarse, tornando á quedar solos el general y el paje.

Casi todo el día lo pasaron hablando, con la sola excepción de dos horas, que empleó Flaviano en escribir.

A las ocho de la noche entraron los maestres y Zalla.

Sólo Fajardo había salido en cumplimiento de las órdenes del general.

Quiso Osorio que cenasen con él y permanecieron á su lado hasta las diez de la noche que los despidió.

Solos otra vez, preguntó el general á su paje:

—¿Ha mandado Godínez lo que dejamos en su casa?

—Todo.

—¿Lo tiene Pérez?

—Sí, señor.

—Necesitamos dos mantos negros, dos chambergos de sirviente, las espadas, las dagas y las pistolas.

—¿Vamos á salir?

—Sí, lo antes posible.

—Vuelvo con todo.

Minutos después salían embozados hasta los ojos Flaviano y Luisa.

El preguntó á su paje:

—¿Conoces el convento donde habita el príncipe de Italia?

—Sí, señor.

—Pues dirijámonos á él. ¿Dista mucho?

—No, señor.

Y se encaminaron al paraje indicado sin que se les pudiera ver otra cosa que los ojos.

La noche estaba serena, clara y por sus calles transitaba poca gente.

Al llegar Flaviano y Luisa frente al convento eran las diez y media de la noche.

CAPITULO LVIII

Observaciones importantes,—La mejor policía.—Padre é hijo,—Cuatro tiros.—Los miserables.—Hasta otra.

Osorio y Luisa dieron la vuelta al convento, que ocupaba una manzana, deteniéndose en una calle estrecha y de ningún tránsito, junto á la ventana de una casita de mal aspecto, pequeña y casi ruinosa. Por algunas rendijas que tenían las maderas vieron luz y el joven general aplicó el oído.

Oía hablar dentro, pero no percibía los conceptos, pues se expresaban en voz baja.

De pronto un acento ronco y destemplado exclamó:

—Julián, ¿están los arcabuces cargados?

—Sí,—le contestaron.

—¿Con mucha metralla?

—Sí.

—Pues va siendo hora, apaga la luz, abre la venta-

na y arma al brazo esperemos los tres la ocasión. Veamos si os ganais esta noche los mil ducados.

Al expresar esta última frase, Osorio se echó atrás y sin hacer ruído alguno se fué calle abajo con Luisa.

Al extremo de aquélla había dos embozados. Osorio se acercó á ellos diciéndoles:

—Tienen preparados los dos arcabuces y es conveniente que descarguen para cogerlos *infraganti*, pero no sé si vosotros os atrevereis á hacer lo que yo os mande.

—¿Quién sois vos?—le preguntó uno de los dos embozados desnudándose la daga.

—Descúbrete. Luis.

—¡El paje!—exclamaron los dos reconociéndolo y quitándose los birretes.

—Cubrios,—añadió Osorio,—y veamos si es posible lo que yo deseo.

—Hablad, señor; disponed de nuestras vidas; creemos que sois el señor príncipe don Julio y aquí nos manda el señor alcalde para salvar al padre de V. A.

—Todo eso está bien, pero yo quisiera más; yo deseo que esos hombres disparen.

—Pueden dar al señor príncipe de Italia.

—A ese lo cubriré yo con mi cuerpo.

—Menos á V. A.

—Oid; he reparado que la ventana donde ya están colocados los asesinos tiene una vara desde los hierros hasta la entrada de la habitación. No pueden en consecuencia ver lo que hay á derecha é izquierda de la reja, y si os atreviérais uno á cada lado á levantar los

cañones al ir á disparar los tiros, no tendrían blanco y quedaba cumplido mi deseo.

—Señor, yo no me atrevo: con hacerlo un instante antes me matan á mí y un instante después os matan á vos si cubrís con vuestro cuerpo el del Santo.

—Digo lo mismo, señor.

—Pues van á hacer fuego contra vosotros. Esos hombres querrán morir matando.

—Ya lo vemos, pero es preferible lo último. Reparad, señor, la hora que es, puede llegar el príncipe y á la distancia que nos hallamos de los malvados...

—No, el príncipe cuando ejerce la caridad no acaba tan pronto.

—Dejadme que yo arregle esta cuestión,—dijo el paje.

—¿De qué modo?—le preguntó Osorio.

—Esperad un momento.

Sin más frases, corrió Luisa, llevando preparadas una pistola en cada mano.

De ese modo llegó á la reja que ya estaba abierta, vió tres hombres y sin darles tiempo para nada les descargó los cuatro tiros.

Osorio iba corriendo cuanto podía detrás de ella, en pos los dos polizontes, pero ya era tarde cuando llegaron. Miraron por la reja y sólo vieron dos arcabuces en el suelo y tres hombres en tierra nadando en su sangre.

—¿Qué has hecho?—preguntó Flaviano á Luisa con disgusto.

—Sacaros á los tres de un apuro en que estábais. Por

infinitas razones ha podido el príncipe retirarse temprano y entonces... He ahí la prueba; vedlo. Un minuto más y lo asesinan.

—Es verdad,—dijeron los tres viendo asomar al fraile trinitario.

—Salidle al encuentro y acompañadlo; yo me ocuparé de lo ocurrido ahí dentro,—dijo el paje á su señor.

Flaviano se acercó al príncipe y lo abrazo sin bajarse el embozo, exclamando:

—¡Padre mío!

Dos embozados que seguían al príncipe fueron á caer espada en mano sobre Osorio, pero al oir ¡Padre mío! se echaron atrás quedando con el sombrero en la mano.

—¿Qué es eso, hijo?—le preguntó Julio.—¿Por qué á estas horas en esta calle tan mala? ¿Me buscabas? ¿Qué tiros han sido esos que acabo de oir?

—Padre mío, ya acabó todo.

—¿Pero qué es ese todo?

—Señor, os iban á asesinar y mi paje...

—¿Quién me iba á asesinar?

—Lorenzo Alejandre.

—¡Desgraciado! ¿Qué hizo tu paje?

—Todavía no lo sé; iba á entrar cuando os ví llegar y me dirigí á vos.

—¿Pero esos tiros los disparó tu paje?

—Sí, señor.

—¿Están allí enfrente las víctimas?

—Sí, señor.

—Entremos; socorramos á esos infelices si aun es tiempo.

—Dejad, señor, que yo solo...

—No; pueden necesitar auxilios espirituales. Corramos.

Y el trinitario se precipitó seguido de Osorio en el cuarto bajo, que ya la policía y Luisa habían abierto y encendido luz, contemplando con amargura dos hombres con el cráneo roto: eran los sicarios; á Alejandre con un balazo en el brazo, único que le qûedaba, y otro en la boca. Es decir, dos cadáveres y un herido sin miembro alguno útil en su cuerpo.

La mirada del príncipe se fijó en los tres, y notando que Alejandre vivía, se echó sobre él, diciéndole:

—¡Hijo mío!, dónde estás herido, yo te curaré.

Alejandre lo reconoció, y con la mano del brazo que tenía atravesado por la bala, tiró de su puñal, dirigiendo el golpe al corazón del religioso que se había inclinado para reconocerlo y curarlo.

Felizmente Flaviano iba al lado del príncipe, sabía de todo lo que era capaz aquel malvado y más rápido que el asesino, le puso su daga entre el pecho del religioso y su mano, viniendo á clavársela en la muñeca con el propio esfuerzo que hizo Alejandre para matar al príncipe.

Es decir, que el postrer golpe que intentó dar aquel miserable, fué para clavar su muñeca en la afilada hoja de la daga de Osorio.

A la vez el joven general tiró de un brazo del religioso, y lo echó hacia atrás, diciéndole:

—Venid, señor; ese malvado no tiene cura ni lengua con que poder confesar.

Y lo sacó en vilo á la calle, entrándolo casi por fuerza en el convento, á cuya puerta le aguardaba su lego.

—¿Pero qué haces conmigo, hijo?—le preguntó el príncipe.

—Evito, señor, que el más malo de los hombres mate al mejor de los nacidos.

—Podía confesarlo...

—Ni puede ni quiere confesarse. ¿Cómo pretendeis confesar á un hombre que tiene atravesada la lengua por una bala? ¿Y cómo quereis que se confiese un alma entregada por completo á Lucifer? Quería contestar á vuestra noble acción, clavándoos su acero en el pecho. ¿No lo visteis?

—¡Sí, desventurado!

—Entrad, señor, en vuestro convento; si algo se puede hacer por él, yo lo haré.

—Perdona, hijo mío, olvida y paga con caridad las ofensas que te hagan. Y vos, misericordia divina, inspirad á ese desventurado que dejo bañado en su sangre, que acaso va á expirar, no lo abandoneís, Señor, piedad para él, piedad...

Así exclamaba el santo, entrando en un pasillo del convento empujado por Flaviano.

—Lego—gritó,—cierra la puerta,—y no se separó de allí hasta que oyó correr los cerrojos de aquel postigo.

Luego embozado hasta los ojos, entró de nuevo en

la casa de Alejandre, buscando con la vista á su paje. Este miraba á Alejandre, que quería clavarse su puñal en el corazón, y no tenía fuerzas para realizarlo. A la vez pretendía hablar y daba aullidos en vez de voces. La bala del paje le llevó todos los dientes de adelante y un pedazo de lengua. Más que ser humano, parecía un fenómeno de la naturaleza de forma repugnante y asquerosa.

Flaviano se acercó á su paje, preguntándole al oido:

—¿Te estás gozando en tu obra, desdichada?

—No, impido que ese hombre se mate, para que pague en este mundo todas las que ha hecho.

—¿Quiso matarse?

—Lo ha intentado varias veces, pero á la primera, lo inutilicé y no lo ha conseguido, como veis.

—Salgamos de aquí, terrible paje.

Y fueron á hacerlo, siendo detenidos por el segundo alcalde, que vivía no lejos de allí, y acudió al ruido de los tiros.

Venía acompañado de varios individuos de la policía, y quedó á la puerta de la casa, enterándose de lo que había ocurrido por los cuatro embozados que ya conocemos.

Al ver que intentaban marcharse Flaviano y el paje, les cerró el pasó, diciendo:

—¡Alto y daos preso!

—¿Quién se atreve á prender al paje del general Flaviano?—le preguntó Luisa.

—El general ha muerto, y vos no teneis facha de paje,—le dijo el alcalde que no le conocía por hacer

poco tiempo que había llegado de fuera.—¿No es ese muchacho el que ha muerto á esos hombres?—preguntó el mismo.

—Sí,—le contestaron,—pero os odvierto, que fué el paje del general cuya vida todos lloramos. Le conozco bien.

—Entonces sería el paje, ahora es un asesino.

—Y vos un bárbaro, que ni sabe lo que dice ni lo que hace.

—¿A la autoridad decís eso?

—A la autoridad no, á vos, que no sabéis ser autoridad.

—¡Preuded á ese muchacho!—gritó el alcalde.

Pero ninguno se atrevió á hacerlo.

Luisa estaba con el embozo caído, despidiendo fuego sus ojos.

Furioso el alcalde, alargó la mano para coger por la trusa á Luisa, pero Flaviano, que estaba al lado de ella con el embozo hasta los ojos, le dió un golpe con el cañón de una de sus pistolas, diciéndole:

—Abajo esa mano, bárbaro; el que toque al paje del general Flaviano, caera muerto á mis pies.

—Soy la autoridad, y me habéis dejado inútil esta mano.

—Juzgad lo que os va á suceder si llegáis á tocarlo, cuando por solo la intención os he deshecho la muñeca.

—¡Individuos del corregimiento, á mí, sujetad á esos dos hombres!—volvió á gritar.

—Señor alcalde, el príncipe de Italia ha llamado hijo á ese embozado. Yo lo oí.

—El santo llama hijos á todos los que se acercan á él

—Señor; que ese caballero es el príncipe Julio.

—¿Eh? ¿Qué decís? No puede ser; que se descubra.

—¿Y sino quiero?

—Entonces yo lo haré.

Y fué á quitar el embozo á Flaviano, pero en vez de manto se halló con la daga de Luisa, que le cortó dos dedos de la mano.

—¡Maldición! Me ha herido, y no puedo tirar de la espada. ¡Favor á la autoridad! ¡Favor!

—A mí los del convento de padres jesuitas,—exclamó Osorio.

Los dos embozados que seguían al príncipe de Italia se le presentaron, y daga en mano, le dijeron:

—Señor, disponed hasta de nuestras vidas.

—Uno, desarmad á ese que fué alcalde, y ya no lo será nunca, y encerradlo con esos cadáveres y heridos hasta que venga el corregidor. Y el otro que avise á Godínez para que vaya á verme al convento.

—Al instante, señor.

—Y vosotros, individuos del corregimiento, si toleráis que alguno se oponga á lo que acabo de de mandar seréis castigados en el acto.

—Ninguno faltará á vuestra alteza, señor.

—Luis, al convento.

Y ambos, sin impedimento alguno, se dirigieron tranquilamente á su morada.

A la puerta del convento les esperaba el padre Juan de Dios, impaciente y desasosegado.

—Señor, decidme por favor qué ha ocurrido,—preguntó el fraile á Osorio.

—Que debieron asesinar al príncipe de Italia, y mi paje lo impidió matando á dos é hiriendo á otro.

—¡Terrible paje, señor!

—¿Preferíais que hubieran muerto á mi padre, á un santo?

—Eso no, pero el paje es tan...

—Subamos, Juan, y medid vuestras frases, porque me basta una para mandar ahorcar al que lastime á mi paje.

—No es eso, señor. Yo lo admiro y considero cuanto él merece, pero asombra su valor, su sangre fría, su entereza y el arrojo con que cae en medio de sus contrarios y mata sin que haya medio de impedírselo por la energía y rapidez con que lo ejecuta.

—Esta noche le debemos la preciosa vida del príncipe de Italia. Vos, Godínez y hasta yo mismo, anduvimos torpes é indolentes. Su inspiración, su arrojo, su valentía enmendó nuestra falta. Cuando conozcáis el hecho en todos sus detalles lo admiraréis todo lo que él merece. Esperad á que llegue Godínez y entonces sabréis á lo que debemos la vida de ese sublime santo.

Entraron en el salón, Flaviano se dejó caer en un sillón de cuero de Córdoba, el padre Juan de pie, frente á él lo miraba con respeto y silencio, y el paje con indiferencia y naturalidad mandó á Pérez que cargase sus pistolas y las entrara en su habitación con las de su amo, comenzando á pasear por la estancia dirigiendo á Osorio miradas de interés y afecto.

Así permanecieron media hora que tardó el corregidor en presentarme en el salón.

Al verlo Flaviano, se incorporó, preguntándole con viveza:

—¿En qué os habéis ocupado esta noche?

—Señor, en alhajar el palacio del señor duque del Imperio, en examinar y elegir aztecas y en todo lo que me habéis mandado.

—¿Ignorábais que intentaban asesinar al príncipe de Italia?

—Por completo, señor. Ese descubrimiento lo hizo el padre Juan de Dios, se ha entendido con mi segundo y eso ha motivado el lance de esta noche.

—¿Quién es vuestro segundo?

—Un hombre recto, leal, buen español, pero tan rigorista que llega á la exageración.

—¿Es el alcalde que se me presentó esta noche?

—Sí, señor.

—Lo juzgo torpe.

—Recien venido de Colombia os desconoce á todos.

—¿Quién lo nombró segundo alcalde?

—El príncipe don Julio.

—¿Por recomendación vuestra?

—No, señor, por informe del presidente de la Audiencia. Nada extrañéis, señor, vuestro incógnito y el traje que usábais esta noche contribuyeron á las faltas que habéis podido notar. Unos os tomaron por el príncipe y otros vacilaron y no es poco que en la duda desobedecieran á la autoridad y no atentasen contra vos ni contra Luis. Todos son hombres de corazón y sino

les hubiera contenido la presencia de vuestro paje y el respeto que al príncipe inspira, pudo haber un verdadero conflicto. Señor, ahora que estáis delante debo decir al reverendo padre Juan que se contraiga en lo sucesivo á denunciarme todas las averiguaciones que haga, las cuales suelen ser muchas y muy importantes; pero que no tome parte en ningún acontecimiento. Quiere hermanar el rigor con la caridad, esto no es posible y resultan torpezas lamentables impropias de su mucho talento. En cuestiones militares y de policía es tan ignorante como sabio en lo demás.

—No lo niego,—contestó el jesuita,—y en adelante seréis obedecido por mí, señor corregidor.

—Tampoco me explico la causa de retirarse esta noche tan temprano mi padre. Cuando ejerce ese acto de caridad en Madrid no vuelve al convento hasta la madrugada.

—No se retiraba, señor, volvía por dinero, el que llevaba se le acabó pronto esta noche.

—Ahora me explico mi torpeza é indolencia. ¿Qué habéis hecho con el segundo alcalde y con Alejandre?

—Siguen encerrados en la casa del último hasta que vos dispongáis lo que he de hacer con ellos.

—¿Qué tiene el alcalde en la mano?

—Un golpe y una cortadura que le coge dos dedos.

—¿Resulta de gravedad?

—No, señor.

—Que lo curen inmediatamente dejándolo en libertad. Luego que haya sanado decid al presidente de la Audiencia que no sirve para el puesto á que fué desti-

nado; que propongo una colocación análoga á su lado decís á mi padre que le otorgue el nombramiento para que sea propuesto por el presidente; que yo os lo he mandado. Ocupaos mañana en elegir un segundo que os pueda reemplazar dignamente. Para ese cargo estorba un rigorismo tan absoluto; ese es bueno para la Audiencia.

—¿Qué hago de Alejandre?

—Que lo lleven al hospital y que lo curen, pero en el acto quitadle todo el dinero que lleve encima y tenga en su casa. Con él formáis una renta á su mujer con la única condición de que no vuelva á ver á su marido ni le mande un marevedí. Si Alejandre vive que le den alimentación, ropa y casa en el hospital. Necesita un hombre que le dé de comer y lo vista, designadlo vos y no consintáis que pueda disponer de dinero alguno.

—Comprendo vuestro deseo y lo cumpliré con exactitud.

—¿Vive alguno de los dos sicarios?

—No, señor, cayeron en tierra con los cráneos rotos y exánimes.

—Ahora con vos, padre Juan. Aun cuando con alguna torpeza contribuísteis esta noche á evitar que asesinaran á mi amado padre el Santo. Vuestras noticias nos encaminaron á mi paje y á mí al sitio de la catástrofe y os doy las gracias por vuestro descubrimiento, pero en adelante os prohibo que os mezcléis en asuntos de esa índole. Bueno que vuestros excelentes emisarios averigüen é inquieran, espero os concretéis á hacer las

denuncias y que el corregidor disponga lo demás.

—Sereis obedecido, señor.

Todavía continuaron hablando media hora más sin que el paje tomase parte en la conversación ni hiciera otra cosa que oir, ver y callar, comtemplando á su señor con el entusiasmo que sabía hacerlo.

Las últimas frases de Flaviano á Godínez son las siguientes:

—Procurad, corregidor, que no se hable del acontecimiento de esta noche. Si los que me vieron me equivocan con mi hermano Julio, dejadlos, es conveniente que todos crean en mi muerte. Y retirémonos á descansar que es más de media noche.

CAPÍTULO LIX

Sorpresa.—El hijo se impone al padre.—Un santo y un héroe
Los preparativos de marcha.

Se hallaban todos de pie é iban á retirarse, Godínez á cumplir con las órdenes del general y los tres restantes á sus dormitorios, cuando fueron sorprendidos con la inesperada aparición del príncipe de Italia.

Entró, grave, severo y dirigiéndose á Osorio le dijo:

—Tu paje es un ángel para tí; un diablo para los demás. Ha muerto á dos esta noche y á herido á otros tantos. Tú estabas á su lado y no lo has impedido. Flaviano, ¿qué fué de tu caridad, de tu abnegación?

—Por lo visto, padre mío, al volver al mundo, gracias á vuestros ruegos al Altísimo y al poder que tiene mi abuelo adoptivo Alberto, se quedaron en la otra vida, puesto que, como vos, he notado que regreso sin ellas.

—¡Qué idea, santo cielo!

—Padre, siento deciros que vinísteis decidido á imponeros á mí y vos tan santo, tan sublime, tan digno de todo mi respeto y obediencia vais á ser el impuesto contra mi voluntad.

—¿Qué dices, hijo?

—Lo vais á ver. Venis contra mi paje y ¿cuándo? cuando ha sido un ángel para vos, cuando os ha salvado la vida. Señor. vuestra excesiva caridad, vuestra santa abnegación os perturban. Mi paje fué siempre un ángel para mí, para la justicia, para la humanidad, para vos. Las muertes que hizo están bien justificadas; las muertes que hizo evitaron infinitas desgracias. Ven á mi lado, Luisa, déjame, ángel puro de Dios, que te estreche y te defienda contra un santo, al que amo más que á mi vida, contra un santo que ha olvidado por un momento que soy yo, el predestinado. Eso es, te abrazo y besas mi mano; es la unión de una virtud, de una pureza, de una castidad que sobreponen á las de ese admirable santo. Seguid, padre mío, Luisa y yo desafiamos vuestras reprensiones, rechazamos vuestros sabios consejos por innecesarios, por estériles. ¿No hablais?

Asombrados estaban el padre Juan y Godínez mirando y oyendo á Flaviano; su rostro, bello como el de un serafín estaba imponente, severo; su mirada dominadora, irresistible. Las frases que vertía con acento inimitable parecían ecos casi divinos y tan sonoros y gratos como la verdad oculta á los hombres hasta aquel momento.

Tambien el Santo le oía y miraba con asombro.

Luego inclinó su venerable cabeza y después de meditar un minuto le contestó:

—¡Te has dejado en el otro mundo la caridad, la ab negación!

—Creo que sí, y de no equivocarme las arrancó de mi espíritu vuestro padre Alberto.

—¡Mi padre!

—Sí, vuestro padre; mi eterno compañero que me sigue á todas partes, que me inspira, que me defiende, que guía y defiende á mi paje.

—¡Te acompaña, te defiende!... Sí, ese es. En todo tienes razón, hijo mío. Eres el predestinado, eres el que debe mandar. Habla, te has impuesto á mí, ¿qué debo hacer?

—Lo primero, besar la inmaculuda frente de ese ángel, de Luisa, y luego su mano que os defendió esta noche guiada por Alberto.

—¡Por Alberto! hija mia, obedezco con placer á tu señor.

Y le besó la frente y las dos manos. Flaviano continuó:

—Padre mío; porque vos y el rey lo quisísteis y por entrega de poderes de mi hermano Julio y de mi padre el duque mando en Nueva España con poder absoluto.

—Es verdad, hijo, yo lo aplaudo.

—Mando también en vos.

—En todos.

—Pues oidme; os tengo encerrado ya dentro del si-

guiente dilema: O salís ahora mismo para España acompañado del corregidor y del padre Juan hasta que os dejen embarcado, ó no volveis á dar un solo paso por Méjico sin ir acompañado de la persona que yo os designe. Elegid.

—¿No hay remedio?

—Ninguno; eso ha de ser.

—Hijo mío, te suplico me permitas elegir el hombre que me ha de acompañar. ¿Me concedes esa gracia?

—Sí. Vais á elegir á vuestro lego; estoy conforme; fué soldado, es muy valiente y lo acepto. ¿Me he equivocado?

—No, mi lego era.

—Está muy bien. Godínez, acompañais á mi padre hasta dejarlo esta noche encerrado en su celda, y no salgais del convento, padre mío, hasta que regrese mañana vuestro lego. Direis á éste, corregidor, que se me presente á las nueve de la mañana para recibir órdenes.

—¿Me puedo retirar?

—Sí, pero antes dejadme abrazaros, héroe de ayer, santo de hoy; con vos, señor, está mi pensamiento, parte de mi vida, y no quiero que nos asesinen á los dos.

Se estrecharon tiernamente; Flaviano se fué deslizando hasta caer de rodillas para besar dos veces la mano del trinitario.

—¿Qué haces, hijo?

—Ya lo veis, señor, arrodillarme ante el ministro del altar, ante mi amado padre.

Y volvió á abrazarlo, llevándole de este modo hasta la salida del convento.

Godínez iba detrás.

El padre Juan y Luisa quedaron en medio del salón absortos y mudos.

Cuando regresó Flaviano le dijo el jesuita:

—¡Ah, señor, hasta esta noche no os he conocido bien! ¡Qué mágico poder abarcais en la tierra, qué grande sois!

—Un átomo, padre Juan, comparado con Dios que es mucho mayor que toda su creación.

—¿Qué seré yo entonces?

—Otro átomo más ó menos pequeño. Tu frente Luisa, y vamos á descansar.

Flaviano la besó.

Casi á la vez cada uno besó la mano del héroe y se retiraron á sus respectivas alcobas.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando Flaviano y Luisa se desayunaban en medio del salón.

Al concluír se presentó ante ellos el lego que servía al príncipe de Italia.

—Adelante,—le dijo Flaviano.—Acércate más. Pedro, ¿tú fuiste soldado?

—Sí, señor.

—Y valiente.

—Iba siempre detrás de mi señor, siempre pegado á él.

—¿Te queda algo de aquella fuerza que mereció los elogios de los *Invencibles*.

—Si, señor, para mi edad me queda mucha.

—¿Te enseñó tu señor á tirar con pistola?

—Tiro bien, excelencia.

—¿También como yo?

—Vos tirais mejor que los seis *Invencibles*, y valeis solo más que todos ellos juntos.

—¿Quién dice eso, Pedro?

—Mi señor.

—No es tanto. Quedamos en que tiras bien.

—Puedo matar á veinte pasos.

—Me basta. ¿Sabes que mando en Méjico como el rey en España?

—Como el rey, sí, pero mejor que el rey.

—¿Sabes que tengo más potestad que tu señor, que mi padre y que mi hermano Julio?

—Erais niño inocente, os tenía sobre mis rodillas y ya lo decía. Ros,—exclamaba,—nuestro niño Flaviano es de la madera de los reyes. Sí,—me contestaba Ros,—no ha nacido monarca pero llegará á rey. Juzgad si conozco de antiguo vuestro poder.

—Pues, óyeme con atención: Anoche han querido asesinar á tu señor.

—Lo libró vuestro paje, lo sé.

—Es que desde hoy vas tú á ser el que lo libres de todo peligro.

—No lo permitirá él.

—Qué remedio tiene, lo mandaré yo y él y tú obedecereis.

—Mandad, señor, lo deseo.

—Desde hoy no dará tu señor un solo paso sin que vaya acompañado de su lego.

—Eso quería yo.

—Y ese lego llevará siempre escondidas ese par de pistolas pequeñas, veinte cargas, y el puñal que verá al lado.

—Con ese, ni veinte pueden conmigo.

—Siempre detrás de tu superior, siempre alerta, siempre velando por su preciosa existencia; al que quisiera ofenderle lo matas. Lo matas sin compasión. Dices al que te pregunte, que lo has muerto por orden mía. Y si el santo, la autoridad ó el mismo rey te preguntan, les contestas: todo lo que hago es por orden terminante del general Flaviano de Osorio. Das esa sola contestación.

—Me basta señor, me basta.

—Castigo te impondré si en algo faltas á la orden que acabas de recibir.

—El que vos querais, porque no he de faltar.

—Pareciéndome poco la pena de muerte, te impongo el destierro, muy lejos de tu señor, por el resto de tu vida.

—Es la pena más cruel que inventaron los hombres. ¿Y si no falto?

—Si no faltas, que no faltarás, puesto que ni oro necesitas ni otra cosa que estar al lado de mi padre, te faculto para que estreches mi mano cuando quieras.

—¡Vuestra mano! ¡Oh, qué ventura! Sí, también acepto esa gran recompensa.

—¿Quieres algo más?

—No, señor. Me guardo las pistolas, escondo cargas y puñal, y ahora vuestra mano.

—Tómala y este abrazo, leal y valiente Pedro.

El lego besó repetidas veces la mano del héroe, luego una sola vez la del paje, y corrió por los claustros exclamando:

—¡Ya soy feliz, feliz, feliz!...

Tres minutos después entraba Godínez.

—¿Habeis dormido esta noche?—le preguntó Flaviano

—No, señor.

—¿Toda ella trabajásteis?

—Toda.

—Tiene sus contras el corregimiento de Méjico.

—Muchas contras y un rey absoluto que adivina, y con el cual no cabe descuido alguno.

—¿Cómo se halla el exsegundo alcalde?

—Mejor, le molesta más el golpe recibido que las heridas.

—Sí, se lo dí yo, y quise dejarle un recuerdo para que sepa respetar á mi paje.

—Dice que ha ganado, y que el príncipe, pues os equivocan con él, hace su felicidad trasladándole á la Audiencia

—¿Es letrado?

—Sí, señor; estudió en Alcalá.

—¿Qué habeis hecho con los muertos?

—Mandar que los entierren antes de amanecer.

—¿Quienes eran?

—Dos escapados de galeras.

—¿De malos antecedentes?

—Ladrones y asesinos. Con matarlos hizo el paje un bien á la humanidad.

—Contadme lo acontecido con Alejandre.

—Ese malvado, señor, se halla peor mil veces que si le hubieran aplicado el tormento y la muerte. Lo llevaron á presencia mía al hospital, hice que lo desnudaran, y al ver los cintos de oro que llevaba rodeados al pecho mandé quitárselos todos. Daba aullidos, rugía, y más que sér humano parecía un reptil grande. Todo se lo reconocieron hasta dejarlo sin una sola moneda. Se lo entregué á los médicos y practicantes; junto á él quedó un encargado de mi confianza y me fuí á su casa.

Dormía su mujer tranquilamente, la hice levantar; se reconoció toda la casa sin hallar más dinero que once ducados. Alejandre no se fiaba de nadie; cuanto tenía llevaba encima. Dije á la esposa lo que era su marido, lo que acababa de ocurrir, y le propuse una renta buena. fundada con el producto del oro que tenía su marido, con tal que nó volviera á verlo. Aceptó; quiere entrar en un convento; hoy lo conseguirá con la influencia mía, y mañana entregaré á la abadesa los títulos de la renta que la esposa de Alejandre cede á la comunidad. Unicamente me ha pedido y le dí 200 ducados en oro.

—¿Qué cantidad tenía Alejandre?

—Lo suficiente para dar fin de todos nosotros. Aun le quedaban 30.000 ducados.

—¿Qué dicen del acontecimiento de anoche los mejicanos?

—Que el príncipe llegó de incógnito, que trae á vuestro paje, con el cual se quedó. y que sabiendo que

iban á matar á su padre, entre ambos dieron muerte á los tres asesinos.

—Todo menos que sospechen mi resurrección.

—Eso hacemos. Con la supuesta llegada del príncipe, el espíritu público se ha reanimado y el temor va desapareciendo. Esperan ahora ver al duque del imperio, al cual desean hacer un gran recibimiento, y la capital volverá á su antigua animación y confianza.

—Sí, que obsequien á mi padre y hermano lo que quieran; no impidáis manifestación alguna en ese sentido.

—Los dos quedarán asombrados de lo que van á hacer por ellos.

—¿Y los indios?

—Tengo admitidos veintidos.

—¿Y el palacio?

—Avanzan las obras.

—Todo el lujo posible.

Lo tendrá.

—Mi hermano vivirá con mi padre.

—Se entiende.

—¿Deseáis algo más?

—Vuestro permiso para retirarme.

—Espera, —le dijo Luisa.

—Qué quieres.

—¿Cómo está María?

—¿Mi patrona?

—Tú sabrás si debes darle ese solo nombre.

—Se halla buena, llora aún la muerte de don Flaviano y llama ingrato á su paje.

—¿Por qué no fué á verla?

—Claro es.

—Decidle que el príncipe no me deja.

—Eso hice.

—¿No suspira por ingratitudes de su infiel amante?

—No.

—Lo dudo.

—Pero yo no lo creo.

—Hacéis mal.

—Cuando menos lo pienses te encuentras casado con ella.

—¡Con María!

—Sí.

—¿Con una pupilera?

—Tú la has elegido.

—Para esposa jamás.

—Pues tendrás que cargar con ella.

—Está en Méjico mi antiguo jefe y protector señor duque del Imperio.

—Manda en todos el señor general Flaviano.

—Si eso hicieras conmigo merecías que te odiase.

—Tu odio me importa menos que la triste situación de María.

—¿Y la mía?

—Es la de un libertino.

—Es la de un caballero.

—No basta nacer, es preciso serlo.

—Yo no hago nada indigno.

—Cásate con María y entonces podrás decir eso...

—Cuidado que es empeño...

—No lo sabes tú bien.

—Luisa, por favor.

—Deja que volvamos de la guerra y hablaremos.

—Tengo bastante con el plazo que me ofreces.

—¿Para qué?

—Para convencerla de que una pupilera no puede ni debe aspirar á la mano de un caballero.

—Vaya si puede. Cuando volvamos te lo demostraré.

—Señor, el paje me está robando un tiempo precioso.

—¿Para qué te lo dejas robar?

—Cierto que tengo yo la culpa, pero me gusta tanto hablar con él.

—Déjalo que se vaya.

Por fin se ausentó el corregidor con sentimiento del paje que gustaba ponerlo en aprieto, lo cual conseguía siempre que lo hallaba cerca.

Flaviano estuvo escribiendo hasta que le avisaron que era llegado el momento de comer.

Por la tarde hizo lo mismo hasta cerca de anochecido que acabó de dictar las últimas órdenes.

Luisa en tanto leía cerca de su señor.

A las nueve de la noche dió principio á la cena hallándose acompañados de Mendoza, Fajardo, Almeida y Zalla.

El marqués dijo al paje:

—Luis, anoche según cuentan has hecho otra diablura que ha debido castigar en tí severamente mi hermano.

—¿Qué diablura?

—Casi nada, matar á dos y herir á otros dos.

—¿Lo habeis creído?

—Sí.

—Vos, señor marqués, creeis todos los cuentos que escuchais en la ciudad.

—Pardiez, pues si no ando por ella...

—¿Quién os lo contó?

—Godínez.

—Qué charlatán y qué bromista.

—¡Conque fué broma! Como yo fuera corregidor ya te diría si fué broma ó veras.

—¿Qué haríais?

—Prenderte.

—¿Y luego?

—Castigarte.

—¿Y luego?

—¿Qué luego?

—Cuando yo os encontrara mano á mano.

—No ocurriría nada.

—¿Ni un tirito, ni una estocada?

—Nada, nada.

—Qué desgraciado sois, señor marqués, ni alguacil os quieren hacer.

—Eso vas ganando.

—Si yo pudiera os nombraba cuarto alcalde.

—No hay más que tercero.

—Por eso; para que desempeñárais una plaza que no tiene desempeño.

—Esa para tí.

—Estoy mejor riéndome de vos.

—Ni mejor ni con más propiedad.

—Veo que os vais alistando.

—Desde que no me reuno contigo.

—Desde que estais al lado de María la pupilera.

—Qué desgraciada es.

—Casaos con ella.

—¿Oyes, Flaviano, lo que dice tu paje?

—Y lo que tú dices.

—No me tiene respeto ni consideracion alguna.

A las diez se retiraron los maestres y Zalla, y poco después salieron con chambergo y embozados con mantos Flaviano y Luisa.

Anduvieron varias calles sin encontrar transeuntes ni ver alma viviente.

Y se retiraron á las doce, hablaron un poco con Juan de Dios, le dió Osorio por escrito varios encargos y después se acostaron.

Desde el día siguiente se dedicaron á estudiar todo lo que había encargado Flaviano, según se lo iba llevando, y en disponer su partida que debía tener efecto á los ocho días de haber llegado.

Osorio mandó comprar seis mulas para cargar los equipajes, y todos los caballos que les hicieron falta para el completo de su escolta, que era el doble que la de su padre.

Juan de Dios, Godínez y Fajardo no descansaron hasta tener dispuesto cada cual los encargos de Osorio.

Pronto sabremos si desempeñaron bien su cometido.

Aquel mismo día, con asombro de Luisa mandó Flaviano un correo al hermano de Líbana con pliegos en azteca, órdenes y encargos muy importantes.

—¿Qué intentais, señor?—le preguntó el paje.

—Preparo el porvenir.

—Pero si no conoceis á ese indio.

—Le conoce mi padre, leo ya en lo futuro, contribuyo á la gran obra empezada por el duque, y voy á formar de aquella isla un oasis que á todos nos ha de convenir. Ya lo verás.

CAPITULO LX

Contintúan los preparativos de marcha.—Instrucciones y despedidas.

Desde el día siguiente se dedicaron Flaviano y Luisa en reconocer caballos, estudiar los jinetes y á examinar todo lo que les iban mandando de lo mucho que tenían encargado.

Unas cosas las hacían dentro del convento y otras fuera; para las últimas llevaban el rostro cubierto los dos, é iban acompañados de Fajardo y Godínez.

El incógnito de Flaviano continuaba en su período álgido.

Los hombres que examinaba el héroe con gran detenimiento, desechando al que no reunía todas las condiciones que él deseaba, y los caballos los montaba, corrió en ellos y tampoco aceptaba los que le ofrecían la más leve duda.

Hasta reconoció cuidadosamente seis mulas que mandó comprar para llevar los equipajes.

Era un estudio el que hacía tan entendido y prolijo, que al terminar debía ofrecerle el más feliz resultado.

Se enteraba además de los nombres, de las fisonomías, y con lapiz y papel apuntaba la aplicación que podía dar á cada uno.

Cuando estuvieron las limas construídas, hizo que Mendoza cortase con una un pedazo de hierro de tres pulgadas de diámetro, teniendo delante el reloj para saber lo que había tardado.

Y de cuanto hacía procuraba que solo se enterasen los que únicamente debían hacerlo.

Hasta el padre Juan de Dios y Godínez ignoraban la mayor parte de lo que hacía, y claro es que ninguno pudo comprender su pensamiento ni la aplicación que iba á dar á lo mucho que sacaba de Méjico.

Luisa le decía:

—Señor, trabajáis demasiado.

—No puedo prescindir.

—Estáis convaleciente.

—No, estoy sano.

—Débil aún.

—Más fuerte que nunca.

—Pues no lo entiendo.

—Yo sí.

—Explicádmelo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo vas á comprender.

—Lo mismo me sucedió días atrás cuando dijísteis al príncipe de Italia que habíais vuelto á la vida sin caridad y sin abnegación.

—Era la hipérbole; con menos caridad y menos abnegación quise decir.

—¿Y la causa?

—Que no las merecen mis contrarios.

—Muy malos son.

—Debe convencerse á los hombres con razones, pero hay casos en que para llegar á ellos se atraviesa por un río de sangre.

—¿Ahora va á suceder eso?

—Es posible.

—Os suplico me digáis vuestro plan.

—Eres la única persona á quien no tendría inconveniente en manifestárselo, pero no puedo.

—¿No podéis?

—No, se halla tan sujeto á modificaciones, que sería lo mismo que referirte una fábula.

—¿Tenéis seguridad en triunfar?

—No; grandes esperanzas.

—¿Llegaremos tarde?

—Al contrario.

—¿Por qué os dais tanta prisa?

—Por mi padre y mi hermano.

—¿Quereis sacarlos de la gruta?

—Sí, lo deseo vivamente.

—Sin vos deben aburrirse.

—Y conmigo también; el paraje no es poético ni hay fuera de la gruta nada que estudiar.

—Había un bosque y caza en abundancia, pero ardió, y solo queda la mancha negra que lo carbonizó.

—Ardió, es verdad, pero fué porque una mano cruel le prendió fuego.

—¡Una mano cruel! No: una mano justa, intransigente con la maldad.

—¿Era malo el bosque?

—No, los que lo habitaban; aquellos miserables que nos mataron dos criados, tres caballos é hirieron al hombre más noble y generoso que existe.

—¿Qué culpa tenían los árboles?

—Yo no os puedo contestar á esa pregunta

—¿Pues quién?

—El viento alisio que propagó el incendio con su potente soplo.

—Como tú hubieras querido evitarlo...

—Aun vais á sostener que debí abandonar á un moribundo para evitar que ardieran unos cuantos árboles.

—Unos cuantos millones de árboles.

—Es igual.

—Tiempo había para todo, vengativo paje.

—Menos para sanar el dolor que sentía mi alma, y ya curada, entretenerme en evitar el incendio.

—¿Cuánto tiempo duró?

—No fué mucho; los vientos alisios son terribles; y lo propagaron con pasmosa rapidez.

—En esos momentos, y por causa de ese mismo aire estuvo á punto de naufragar mi padre.

—Noche horrible y calamitosa.

—La mejor de mi vida si hubiera muerto en ella.

Pero los salvajes me querían demasiado mal, y por esa causa no apuntaron bien, y tú me querias demasiado bien y no pudiste curarme mal.

—¡Qué días y que noches pasé á vuestro lado! —dijo Luisa.

—Más me hacíá sufrir eso que mis heridas.

—Lo suponía y muchas veces disimulé.

—Pero yo lo comprendía.

—Lo siento.

—Vamos á trabajar un poco.

—Descansad más.

—¿Y mi padre y mi hermano?

—Un día más poco aumenta la suma, parece que el lego trinitario cumple bien vuestro encargo.

—Ni un solo instante deja solo al príncipe.

—Vuestras órdenes fueron, como de costumbre, acertadísimas; debe socorrerse al desgraciado, pero sin exponer la vida. ¿Y Alejandre?

—Ha querido suicidarse en el hospital tirándose á un pozo, pero lo evitaron.

—Acabará por eso. ¿Curará?

—Es posible quedando sin lengua y sin brazo.

—La cuarta parte de un hombre.

—En materia, conservando su alma completa.

—Para mayor amargura.

—¡Cuánto debe sufrir!

—Todo lo merece. ¿Qué sabeis de su mujer?

—Se encerró en el convento, y no volverá á salir en el resto de su vida.

—¿No la llamó el marido?

—¿Con qué? ni tiene lengua, ni manos ni pies.

—Es verdad. ¿Cómo se componía antes con un solo brazo?

—Lo llevaban en un carrito.

—¿Y ahora en que lo van á llevar?

—En nada. Sin dinero ¿quién le hace nada? Le darán casa, comida y ropa, porque yo lo he mandado y nada más.

—Hará bien en suicidarse.

—No se lo permitirán.

En este momento entró Pérez diciendo á su señor:

—Los padres os mandan el quinto correo.

—¿Es un andarín?

—Como los otros cuatro.

—¿Dónde está?

—En el claustro.

—Toma, le das este pliego para el señor duque del imperio que hallará en la gruta de Cacahuamilpa.

—¿Le doy algo más?

—Le dices que espere en la mencionada gruta mi llegada.

—¿Nada más?

—Si le hace falta dinero se lo das. Ponte el casco, Luisa, y vamos al cuartel.

—¿No es pronto?

—Me estás entreteniendo con pretextos sin fundamento, y vas á dar lugar á que parta solo.

—No será en mis días. Cuando gusteis.

Y los dos salieron llevando caída la visera del casco.

Era el sexto día de los que llevaban nuestros amigos en la capital. Flaviano y Luisa, cansados del mucho trabajo del día, se retiraron á las ocho y media de la noche con ánimo de no volver á salir del convento hasta el día siguiente.

A las nueve fueron los maestres y Zalla, cenaron juntos y permanecieron hablando hasta las once que se retiraron para que el general y el paje descansaran.

Lo iban á realizar, cuando entró el padre Juan de Dios, diciendo al general:

—Señor, os traigo una mala noticia.

—Pues sentaos como lo estamos nosotros y decid la que es.

—Acabo de recibir un correo de Tabasco.

—¿De San Juan Bautista?

—No es de la capital, ya sabéis que está bloqueada; es de las inmediaciones.

—¿Correo andarín?

—Sí, señor.

—¿Qué dice?

—Oidlo, general. Deben empezar á escasear algunos artículos en la plaza de San Juan. Con este motivo salió fuera de ella una barcaza de las que allí existen mandada por un oficial de la marina española.

—Sí, del navio *Invencible*; dejé varios allí.

—Y tripulada por dos españoles y diez indios. La salida fué fácil, con la corriente del río Tabasco les bastó. La cargaron en Cruz y quisieron volver de noche á la plaza, pero ni la vela ni los doce remos que llevaban bastaron contra aquella terrible corriente. Al

amanecer los vieron los ingleses de una galera próxima á la barra, les echaron seis botes con cuarenta hombres que apresaron la barcaza y se la llevaron á la galera.

—Todo eso es muy natural, padre Juan.

—Falta lo grave.

—Decidlo.

—El mismo día de apresar la barcaza arcabucearon á los tres españoles y mandaron al campamento enemigo los diez indios.

—¿Los ingleses?

—Sí, señor.

—Todo ello es natural.

—¿También la muerte impuesta por unos extranjeros á los españoles que no están en guerra con ellos?

—También, porque ya estamos en guerra.

—¿Cuándo se ha declarado?

—La guerra se declara unas veces y otras no. Podemos muy bien estar en guerra con esos piratas sin que ellos ni nosotros la declaremos.

—Ya lo veo, porque eso que han hecho solo en tiempo de guerra puede hacerse.

—Ni aun entonces cuando hay humanidad; pero nos dan ese ejemplo y habrá que tomarlo.

—Apresurad vuestra partida, señor.

—No veo el motivo.

—La plaza empieza á carecer de alimentos y si no tienen comida bastante los indios pueden sublevarse.

—Que lo hagan.

—Matarán á todos los españoles que hay en aquel ejército.

—No se dejarán ellos.

—Por lo menos habrá rebelión.

—Eso deseo.

—No lo comprendo.

—Necesito conocer bien á todos los leales.

—Aumenta considerablemente el número de indios rebeldes que hay ya frente á San Juan Bautista.

—Me alegro.

—Pasan ya de veinte mil.

—Según vuestra opinión deben pasar de treinta mil.

—Me ratifico en la idea.

—Así conviene que todos los rebeldes se vayan á Tabasco.

—¿Llegaremos tarde, señor?

—¿Para qué?

—Para socorrer al ejército.

—Qué disparates decís cuando hablais de cosas militares, padre Juan de Dios. Es él el que puede socorrernos, porque él es la fuerza.

—Pero si los soldados no tienen que comer...

—No puede faltarles nada.

—Cuando se les acabe, ¿de dónde lo sacan?

—¿No tienen á cuatro pasos al enemigo?

—Sí señor.

—¿No se halla éste bien abastecido?

—De todo le sobra.

—Recordais lo que hicieron Alberto de Silva y el marqués de Pescara en Italia durante el sitio de Pavía?

—Quitárselo al enemigo.

—Eso es.

—Señor, no están allí Silva ni Pescara.

—Pero hay capitanes que conocen la historia del ejército español y ayudados por el hambre, no se dejarán matar por ésta.

—¡Ay señor, veo nuestro porvenir muy oscuro!

—Ved como mi paje se rie de vos.

—Quien tuviera su ánimo.

—Todo aquel que yo le merezca confianza.

—Yo la tengo en vos absoluta.

—Padre Juan, lo disimulais.

—La tengo desde que llegueis á Tabasco.

—Reverendo señor; todavía permaneceré dos días en esta capital; llegaré sin prisa á la gran gruta y allí me detendré algún tiempo sin otra razón que la de esperar el momento oportuno.

—¿Qué momento, señor?

—El de entrar en Tabasco con ciento y pico de hombres.

—¿Todo ese ejército llevais?

—¿Os parece pequeño?

—¿Contra más de treinta mil contrarios?

—Sí.

—Eso no es ejército.

—¿Pues qué es?

—A lo sumo una escolta.

—¿Ignorais lo que hacen los Osorios con su escolta?

—Por lo que hizo vuestro padre antes de llegar á la gruta puedo calcularlo.

—Y en otras muchas ocasiones.

—Treinta mil hombres, y de ellos tres mil ingleses perfectamente armados, son mucha gente, señor.

—No me asustais, padre.

—Eso ya lo sé yo; me proponía haceros adelantar la partida.

El paje soltó una carcajada, diciendo al jesuita:

—¡Pero qué bobalicones son estos hombres de talento!

—¡Bobalicón!

—Confesais que no entendeis nada de cosas militares, y os atreveis á cuestionar con el primer militar del mundo. ¿No es esto una bobada?

—Yo...

—Contestad á mi paje, padre Juan.

—Posible es que los dos tengais razón, pero á los que no entendemos de esas cosas nos asusta el porvenir que vemos acercarse. Y como vos, señor, sois tan reservado.

—¿Debo contar á todo el mundo mi pensamiento? ¿Un pensamiento que no he dicho á mi padre, á mi hermano ni á mi paje? ¿Creeis por ventura que he venido á Méjico á ilustrar jesuítas? La primera condición buena de un general es la reserva. ¿Sabeis las vidas que puede costar una sola frase escapada imprudentemente? ¿No pasais vosotros por los más reservados del mundo?

—Todo eso es cierto, señor; perdonad una curiosidad alimentada por el interés que me inspira la religión, la patria y vuestro propio prestigio. No volveré á haceros pregunta alguna.

—Entre otras cosas por lo inútil.

—Me sucede con vos una cosa extraña; veo todo lo que haceis, recibo antes que vos las noticias, estoy en el secreto de cuanto acontece y no comprendo nada de lo que pensais ni de lo que vais á hacer. Dicen que sentimos crecer la yerba, y la verdad es que en vuestro campo ni áun los árboles distinguimos.

—Padre Juan, desgraciado Méjico si adivináseis mi pensamiento; pobre país aquel que se halle gobernado por un hombre que no sabe esconder sus ideas entre los pliegues de su entendimiento incontrastable á los restantes entendimientos.

—Me habeis vencido hasta la saciedad, señor; pero he visto lo que me era desconocido, y con eso tengo bastante.

—¿Qué habeis visto, padre Juan?

—Al resplandor de una idea he visto el genio en el que creí, no tan grande como es, no como yo ignorante me lo había figurado. Deseais descansar, ¿es cierto?

—Sí.

—Os diré para concluír, que os han traído barras de hierro, con argolla, cadenas y cuanto encargásteis al mejor herrero de esta capital.

—Mañana las examinaré. ¿Y las corazas y cascos?

—Pasado mañana estarán concluídos.

—¿Dice ese andarín que llegó esta noche, si andan por los caminos muchos indios en dirección de Tabasco?

—Ya han llegado todos los del Este y Oeste, ahora empiezan á cruzar los del Norte que están á mayor distancia que los otros.

—¿Cometen fechorias?

—Donde pueden, sí, señor.

—¿Qué hacen?

—Tirar por el suelo las imágenes sagradas, robar y otros excesos.

—¿Y en lo conquistado en Chiapas y puntos extremos de Tabasco?

—Allí los reciben á tiros y huyen. Eso mismo les sucede donde llegan y hay cristianos armados.

—Es decir, que van sueltos y mal armados.

—En grupos de diez á ciento lo más.

—¿Qué proclaman?

—A Moctezuma por emperador, y al paganismo por religión

—Pretenden retroceder cerca de un siglo.

—Exactamente.

—Buenas noches, padre Juan.

—Dios Nuestro Señor os conceda un tranquilo sueño.

Y los tres ocuparon sus respectivas camas.

Antes de amanecer del noveno día de la llegada de Flaviano, vistieron y armaron á éste; saliendo al salón donde le esperaban su paje, el corregidor y el padre Juan de Dios.

Osorio dió á los dos últimos instrucciones sobre la llegada de su padre y sobre otros asuntos, estrechó sus manos y salió montado con su paje y dos criados por el patio del convento.

Poco después partían y no tardaron en llegar á las puertas de la ciudad, donde les esperaban los maestres Zalla, treinta marinos y ciento tres indios, todos á ca-

ballo, con más las seis mulas que conducían equipajes y otras cosas.

Al salir de la capital comenzaba á amanecer.

Despacio al principio, por la falta de luz, y más vivo, después que apareció el sol, caminaba en dirección de la célebre gruta de Cacahuamilpa.

Iban delante los indios con sus dos tenientes á la cabeza; después Osorio, su paje, los maestres y Zalla, y formando la retaguardia los treinta marinos llevando del diestro las seis mulas.

De este modo anduvieron sin detenerse ocho leguas, en las cuales emplearon seis horas.

CAPITULO LXI

Ultima visita á la gruta de Cacahuamilpa.— El padre, el hijo y el hermano.—Despedida.—Ensayos.—El andarín correo.

A las cuatro de la mañana salieron nuestros guerreros de la capital, y á las diez entraron en un pueblo regular en abastecimientos y número de habitantes.

En él se detuvieron cuatro horas, descansaron ese tiempo, los caballos comieron dos piensos y los jinetes una abundante comida.

Flaviano todo lo pagaba al doble de lo que valía, y por esta causa encontraba abundancia y buena calidad.

A las dos de la tarde volvieron á montar á caballo y anduvieron, en otras seis horas, ocho leguas, llegando á las ocho de la noche.

Tampoco era mala población, y les fué fácil hallar camas para todos, cena y para tres piensos á los caballos.

Se acostaron á las diez, volvieron á montar á las cinco.

Solo les quedaba que andar poco más de cinco leguas, que las cruzaron en cuatro horas.

Es decir, que á las ocho de la mañana, ó muy poco después, Flaviano estrechaba á su padre y hermanos, dentro de la renombrada gruta.

Todos los individuos de la escolta del duque estaban formados, tenían los caballos del diestro, y se hallaban dispuestos á partir.

Después de estrecharse los tres jefes, dijo Flaviano:

—Julio, firma este nombramiento y devuélvemelo.

Cuando el príncipe se lo dió, Flaviano se lo alargó á su padre, añadiendo:

—Ya sois virey de Méjico, dispuesto teneis el palacio, y nada os faltará en la capital de Nueva España. Gobernad como os dicte vuestra conciencia, como os inspire vuestro talento. El sistema que establecimos mi hermano y yo, puede mejorarse y aun variarlo por completo. Para que no halleis competencia alguna, yo iré á la guerra por tierra y mi hermano por mar. A ambos os he escrito estas instrucciones que podeis seguir, si os gustan, ó romper y adoptar las que más os convengan. Tomad.

Y á cada uno le dió un largo escrito lacrado.

—Todo eso está muy bien, hermano,—le contestó Julio,—pero nos vamos á separar y eso no me gusta.

—Ni á mí,—le contestó Flaviano,—pero el enemigo viene esta vez por tierra y mar, y es necesario atacarlo por ambas partes.

—¿Estaremos cerca?

—Tu en Cruz, y yo en San Juan Bautista.

—Un paso.

—Eso es.

—Acepto con gusto.

—Tienes los navíos *Invencible* y *San Juan*, la galera pirata, que encontrarás bien armada y la que trajo tu padre. El enemigo dispone tres solas galeras con treinta cañones entre todas. Mi padre los ha visto y puede darte razón de ellas. Mis instrucciones añaden lo restante.

—¿No partes á la vez que nosotros?—le preguntó el duque.

—No, padre mío; aguardo aquí un correo.

—¿Cómo está Méjico, Flaviano?

—Muy bien, padre amado. Nuestros triunfos anteriores y la imposición del catolicismo en todos los pueblos de Nueva España, exasperando á los aztecas ignorantes y la supuesta muerte de Julio, de mi paje y mía, los envalentonó, se rebelaron y en vez de sublevaciones parciales que nos hubiera sido largo, penoso y molesto sofocar, se han ido á Tabasco, que es lo mismo que meterse el lobo en la más hábil trampa.

—¿Tienes seguridad en el triunfo?

—No lo he dudado un solo instante.

—¿Cuantos serán?

—Más de treinta mil.

—Lo peor son los ingleses.

—Al contrario; arrastrados por los indios entrarán también en la trampa.

—¿Hijo, qué trampa es esa?

—La que merecen los ignorantes aztecas, y esos extranjeros que de una manera hipócrita y malvada pretenden minar nuestro poder.

—Las galeras que yo ví eran buenas, y la gente que iba en ellas aguerrida y diestra.

—Me sería igual que fuesen Salomones. No volverán á Inglaterra ni un barco de esos, ni un solo hombre. Van á llevar la lección que merecen.

—¿No podrás equivocarte?

—Señor, solo Dios vino infalible a la tierra.

—¿Tú nada temes?

—¿Eso preguntais á un Osorio?

—Me refiero á alguna contrariedad con la que no contases.

—No.

—¿Vas lo suficiente ilustrado?

—Sí.

—¿Ese casco y coraza son?...

—De oro.

—Bien hecho. ¿Y el color negro quiere decir?...

—Nada; que es baqueta ó hierro.

—¿Pero la pluma?

—Esa dice que España acepta la guerra contra ingleses y rebeldes y que no quiere cuartel.

—Pero tú lo darás.

—Yo cumpliré con mi deber, padre mío. Os advierto que está parada la fábrica de moneda de Méjico. Era ocasión de que mandáseis fundir vuestras cien arrobas, las veinticinco de vuestra protegida, la de Za-

lla y la que algún otro quiera convertirla en monedas.

—Es buena idea y la aprovecharé. Pídeme cuanto necesites, la mitad es tuyo, y si te hace falta la otra mitad también.

—¡La mitad es mía!

—Sí, yo te la he regalado.

—¿Para qué señor?

—Para tí y para tu paje.

—Entre vos y yo no hay tuyo ni mío.

—Tienes razón.

Todavía continuaron hablando una hora.

Después montaron á caballo el duque y el príncipe, dieron la orden de partir á la capital y desaparecieron.

Admirados iban los dos jefes al recordar lo que era y suponía la escolta que llevaba Flaviano.

Ya en la gruta Osorio, Mendoza, Zalla y Luisa, dijo el primero á la última.

—Luisa, entérate de si hay ó no bastante alimentación para todos.

—Ya lo hice y hay suficiente.

—¿Cuentas con que somos ciento cuarenta y seis, y para piensos ciento cincuenta y dos?

—Sí, señor; sólo me falta saber qué tiempo vamos á estar aquí.

—Hasta pasado mañana al salir el sol.

—Muy bien.

—¿Habrá camas bastantes?

—Sí.

—Quiero que al partir nosotros pasado mañana, tu tío, tus primos y gente del pueblo donde habitan, se

lleven cuanto hay en la gruta y sus alrededores, para que no quede señal alguna de nuestra permanencia en estos sitios.

—Quedará como el bosque que yo incendié.

—A todo el que algo trajo, muebles, ropa ó alimentación le recompensas con esplendidez.

—Lo haré.

—Hoy descansamos, pero mañana ocuparemos el día en maniobras y ensayos; quiero adiestrar más á esos marinos é indios. De esto te encargas tú, Rogelio.

Y continuaron hablando.

Despues fueron los maestres Fajardo y Almeida, y en unión de los otros tres reconocieron toda la gruta.

La habitación en que sufrió Flaviano la catalepsia estaba en la misma forma en que la dejó el heroe. Allí vieron la cama de hojas con la sábana y la colcha y hasta el Cristo, á cuyo pie rezaban el trinitario y el franciscano.

A las dos comieron, y á las cuatro pasearon por el monte, yendo Flaviano con el casco y la visera caída.

Cenaron á las ocho y media, y á las diez todos dormían.

Flaviano se acostó en su antigua cama, y Mendoza en la que fué de su paje cuando aquel estaba herido, y después ocupó Julio de Silva.

A las cinco se levantaron y salieron al campo ciento treinta; los dieciseis restantes eran los encargados de hacer la comida y la limpieza, y no montaron á caballo.

Estuvieron maniobrando hasta las dos, volvieron á

comer, y continuaron hasta el anochecido que regresaron á la gruta.

Flaviano volvía complacido y satisfecho de la gente que había sacado de Méjico. Hablando de esto con Fajardo le dijo el último:

—Son hombres como elegidos por vos, servirán para todo y no hay entre ellos un rostro cobarde, pero les falta algo; yo no sé lo que es, pero no regreso satisfecho del todo.

—No les falta nada, porque vos lo que echais de menos lo tienen escondido.

—¿Qué es señor?

—El entusiasmo.

—Cierto. ¿Cómo lo van á adquirir, mi general?

—Os repito que lo tienen, y saldrá á la luz del día en el momento que yo, delante de ellos, alce la visera de mi casco.

—Eso es; ahora lo comprendo bien.

—Con esos hombres, Fajardo, se puede ir á todas partes, y es hasta posible atravesar con ellos por medio de un ejército enemigo.

—Os doy la razón por completo.

Cenaron á las ocho y media.

Al terminar dijo Pérez á su señor:

—Mi general; un correo de los padres espera hace media hora.

—Sí, el mejor andarín que tienen.

—Dice que quiere hablar con el guerrero de la pluma negra.

—Ponme el casco y que entre.

Flaviano se bajó la celada y recibió al andarín, diciéndole:

—¿Vienes de Tabasco?

—¿Puedo contestaros delante de estos señores?

—Sí.

—De Tabasco vengo.

—¿Recorriste todo el Estado?

—Formé la cruz, con lo cual me bastó.

—Refiéreme todo lo que has visto.

—Señor, fuera de la capital y sus alrededores hay completa paz. Los españoles é indios cristianos se hallan bien armados y reciben á tiros á los paganos que se acercan, por cuya razón ya no se aproxima ninguno.

—¿Qué sucede dentro de la ciudad?

—Nadie lo sabe, porque con nadie se puede comunicar.

—¿Les faltan alimentos?

—Deben empezar á escasear algunos.

En confirmación de su idea, refirió el andarín lo que ya sabemos sobre los tres españoles arcabuceados.

—¿Qué más puedes decir de los bloqueados?

—Aceptaron una prórroga de treinta días para romper las hostilidades.

—¿Quién la propuso?

—Los de fuera, los sitiadores.

—¿Qué se proponen unos y otros?

—Los de dentro que vayan sus jefes, y los de fuera que acaben de llegar los paganos.

—¿Donde están los de fuera?

—En el mismo sitio en que estuvo el general Fla-

viano con su ejército cuando sitiaba á San Juan.

—¿Han hecho obras ó defensas?

—No señor; solo han llevado tiendas de campaña los ingleses, y ahora se disponen á transportar veinte cañones de los que tienen en sus buques.

—¿Dieron armas á los indios?

—Todas las que les sobraban. Como mil arcabuces y muchas hachas y picas.

—¿Quién es el Moctezuma que está con ellos?

—Un joven de veinticinco años llegado del Norte.

—¿Valiente?

—Mucho, pero solo valiente.

—¿Se llevan bien los indios con los ingleses?

—Hasta ahora, sí señor. No pueden cuestionar.

—¿Por qué?

—Se hablan por señas porque tienen idiomas diferentes.

—¿Dónde está el general inglés?

—En la casa Amarilla.

—¿No sale de ella?

—Poco.

—¿Donde vá?

—A sus galeras y al campamento. Pero pocas veces, lo más una á la semana. Dicen que está enamorado de la dueña de la casa.

Todavía le hizo Flaviano varias preguntas, concluyendo por decirle:

—Que te den de cenar y cama. Por la mañana te vuelves á Tabasco y te dedicas á observar lo que pasa en la casa Amarilla. Dos ó tres días después de tu lle-

gada por la noche, oirás un silbato, acudes, yo te saldré al encuentro y contestarás á las preguntas que te haga. Este encargo es importante y debes enterarte con el mayor cuidado é interés.

—Lo haré, señor.

—Procura averiguar todo lo más que puedas sobre lo que sucede en la casa Amarilla, si es preciso ganar á algun indio de los que sirven á la viuda del cacique, lo ganas. ¿Qué dinero necesitas?

—Cien ducados.

—Que te den doscientos, y cuando yo llegue recibirás lo que me pidas.

—Gracias, señor.

—¿Cuando vas á partir?

—Al amanecer.

—Vete á descansar.

Salió el correo y los maestres quedaron mirando á Osorio el cual nada les demostró en su rostro ni con la mirada. Después les dijo el general:

—Descansemos, señores, que ya es hora. Mendoza, acuéstate que yo aún tengo que examinar á un capitán. Luisa, parte á tu habitación, diciendo antes á tu primo Juan que entre.

—¿Lo vais á recibir con casco y celada?

—No.

—Me alegro. Hasta mañana, señor.

El marqués se acostó, entrando en la gruta Juan Oaxacay.

No obstante ir preparado por su prima, el joven capitán fué á prorrumpir en exclamaciones de júbilo al

ver vivo al héroe; pero éste le impuso silencio con las siguientes frases:

—Juan, sella el labio que quiero aparecer muerto ante los demás.

—¡Señor, qué dicha!

—Vamos á lo que importa, que es tarde.

—Lo que V. E. mande.

—Mañana partiremos en dirección de Tabasco. Por ahora te quitas y escondes esa banda de capitán. Quiero ver en tí un indio, ¿lo oyes? sólo un indio. Mandarás la compañía que has visto, y para que llenes bien tu difícil misión te aprendes de memoria las instrucciones que hallarás escritas en este papel. Voy á ver si en esta ocasión eres digno de llamarte Oaxacay y de ceñir un día esa banda que te ha concedido mi padre.

—Imposibles haré, señor.

—Pronto lo veremos.

—Cuanto antes mejor.

—Vas á mandar la vanguardia. Te adelantas con veinte hombres y nos vas preparando cuanto podamos necesitar durante la marcha.

—¿Viene el itinerario en estas instrucciones?

—Sí, ahí va todo lo que necesitas saber. Te advierto que los ciento tres indios que vas á mandar, fueron elegidos por mí uno por uno.

—Serán lo mejor de este país.

—Hallarás en ellos bravura, mucha resistencia y una aplicación ilimitada. Quiero que sirvan para todo.

Hablaron media hora más, saliendo Oaxacay más alegre y satisfecho que lo había estado jamás.

Por fin, Osorio fué á dejarse desnudar para buscar el lecho, cuando vió en el interior de la gruta un resplandor que hubo de llamar su atención.

—Aguarda Pérez,—dijo al criado, y se dirigió al sitio donde veía el resplador.

La luz aquella lo atraía á la estancia donde aun estaba la cama de hojas de árboles y de flores.

Llegó hasta la puerta, viendo con sorpresa arrodillado y en actitud de orar al padre Anselmo.

En el momento de llegar decía el religioso, postrado á los pies del Redentor:

—¡Velad por él, Señor!

—Dios nuestro Señor,—le dijo Flaviano sin poderse contener,—oiga la súplica de su digno siervo Anselmo y lo tenga siempre en su gracia.

El religioso se puso en pie y el general lo recibió con los brazos abiertos.

—¿Cómo en este sitio, padre, á esta hora y rogando á Dios por mí?

—Ah, señor, tuve que cumplir una misión que me encargó mi superior el príncipe de Italia; regresaba por cerca de este lugar y he querido dormir en la cama que vos dejásteis vacía, pedir á Dios por el héroe que defiende la causa de nuestra religión y despedirme de vos.

—Gracias padre. ¿Donde vais ahora?

—A la capital.

—¿Con el príncipe de Italia?

—Sí, señor.

—Pues continuad vuestro rezo después de despediros de mí.



—Velad por él, Senor.

—Hijo, hareis triunfar la causa del cielo, no cabe duda, pero tened caridad de tanto desgraciado como va á rodar delante de vuestro acero.

—¡Ay, padre Anselmo, contra mi deseo correrá sangre humana y no podré evitarlo, no; la misión que voy á llevar es la más penosa que puede confiarse á ser humano!

—Sí, hijo, sí, pero perdonad siempre que podais.

—Os lo ofrezco. Estrechadme y hasta que Dios se digne permitirme hablaros otra vez.

Flaviano lo abrazó, el religioso besó su mano y ambos se separaron.

Nuestro general dormía media hora después con sueño tranquilo; el sacerdote oraba y el buen Mendoza respiraba tan profundamente que la salida de su alien-imitaba el ronquido.

Al aparecer el sol todos montaron á caballo y desaparecieron de allí.

Anselmo los miraba desde una roca próxima á la gruta.

Poco después, el tío de Luisa, sus primos y hasta cincuenta hombres más deshacían las casas de madera y cargaban en carros tablas, muebles y cuanto había en la gruta y sus alrededores.

Todo se lo llevaron, todo lo limpiaban y con tanto acierto y cuidado trabajaron, que al día siguiente ni aun señales quedaban de haber albergado la entrada de la gruta al héroe Flaviano de Osorio.

Puesto que allí ni aun las hojas de árbol y de flores depositadas por dos santos pueden verse, nos ire-

mos nosotros también con el general y su escolta, que sin precipitar el paso se dirigen á la capital de Tabasco en la forma siguiente:

Salieron una hora antes á buen paso Juan Oaxacay con un teniente y veinte soldados indios. Media hora después partieron otros veinte hombres con un teniente azteca y luego el resto de la fuerza como sigue:

En forma de vanguardia iban sesenta indios con un alférez; después Osorio, los maestres, Zalla y el paje, y á retaguardia los treinta marinos y las mulas con los equipajes.

Caminaban como escalonados, y según ya hemos dicho, no llevaban tanta prisa como al dirigirse á la gruta.

Todos tenían prisa menos Flaviano.

CAPITULO LXII

La marcha ordenada —Sin accidente.—Un nuevo correo.—El puerto de salvación.

Sigamos al héroe sin abandonarle ya hasta que averigüemos si los destellos de su genio se apagaron con las dos graves enfermedades que acababa de sufrir ó por el contrario aparecen más brillantes y potentes que lo fueron antes.

Empezaron su larga y penosa marcha con un tiempo primaveral y un sol purísimo y radiante que les permitía distinguir hasta los átomos que se cernían en el espacio.

Ninguno de los que acompañaban á Flaviano conocía el camino que ahora llevaban.

Nuestro héroe hizo primero un estudio teórico con Anselmo, otro después prácticamente y luego con los

mapas, antecedentes y noticias que tenían los jesuitas acabó de conocer el terreno que ahora pisaba como si lo hubiera andado cien veces.

Llevaba además un itinerario en forma de mapa hecho por él, en el cual se hallaban dibujados los bosques, las campiñas, los montes, los cortados, los caminos, los senderos, los pueblos, las aldeas y hasta las casas aisladas que se alzaban aquí y allá. Y todo con tal precisión, que nada faltaba para poder cruzar el terreno con completo conocimiento de lo que hacía.

A Juan Oaxacay le dió un itinerario tan perfecto, que no le podía ofrecer duda alguna. Le señalaba el camino, las poblaciones en que debían detenerse, el número de habitantes que cada una tenía, la riqueza y medios de alimentación de todos y con él, el talento y conocimientos que Juan tenía de Méjico y la idea de que era guiado por el sabio general, no podía hallar ninguna dificultad insuperable.

Por separado le daba instrucciones de la conducta que debía observar si hallaba fuerza armada. Y como iban escalonados y á no gran distancia unos de otros, claro es que debía serles fácil combatir toda sorpresa ó peligro que pudiera salirles al encuentro en tan larga caminata.

Sorpresa y peligro difíciles de hallar, pues unas veces iban por senderos, pocas por caminos y muchas á campo traviesa y por sitios aislados.

Todos suponían que caminaban hacia Tabasco, pero ninguno lo sabía de cierto porque Flaviano á ninguno se lo había dicho, ni había allí persona capaz de di-

rigir al genio una sola pregunta sobre cosa que el genio no quería decir.

Lo que más admiraba á todos era la calma de Flaviano. Sabían que empezaban á faltar provisiones en San Juan, que el hambre quebranta la fuerza moral y material de los ejércitos, esto les decía que era preciso volar y la verdad es que el paso que llevaban no era el más á propósito para llegar pronto.

Pero los influyentes con él lo contemplaban sereno, reflexivo y meditabundo y no les era dable dudar de lo que escondía aquella hermosa frente oculta entre las planchas de oro de un casco negro en su parte exterior.

Flaviano guiaba su caballo llevando inclinada la cabeza ó dirigiendo afectuosas miradas á su valiente paje.

Parecía que no veía otra cosa, y llevaba ante su vista moral veinte leguas á derecha é izquierda y doscientas delante. Con un pensamiento en su elevado cerebro y un millón de ideas que solo cabían en su portentosa masa encefálica.

A las dos comieron en una aldea, y á las cinco continuaron su ruta hasta las ocho de la noche que llegaron á un pueblo de relativa importancia, en el que debían pernoctar.

Se acababa de sentar Flaviano cuando se le presentó Juan Oaxacay diciéndole:

—Señor, vuestro itinerario es infalible.

—¿Dudas de algo?

—De nada; es claro y sabio como hecho por vos.

—¿Hallaste indios?

—Pocos.

—¿De dónde son?

—Del Norte.

—¿A dónde van?

—A Tabasco.

—¿Qué te dijeron?

—Que si llevábamos el mismo camino que ellos.

—¿Qué contestaste?

—Que sí.

—Eso es. ¿Algo más añadieron?

—Que eran ya muchos y que su triunfo lo tenías por seguro en todo Méjico.

—¿Cómo ellos se han retrasado tanto?

—Son del punto más distante del Norte.

—¿Los dejaste atrás?

—No, señor, tomaron el camino de la derecha que creen con razón más corto.

—¿No os invitaron á seguirlos?

—Sí, señor, pero les contesté que la caballería iba más de prisa que ellos y por sitio distinto.

—¿Nada más?

—No, señor.

—¿Qué deseas?

—Recibir órdenes.

—Nada hay nuevo, mañana como hoy.

—Señor, no hemos andado más que diez leguas en todo el día.

—Bastan.

—Podíamos casi doblar la cantidad; en los llanos que ahora son muchos se podía galopar.

—Lo sé.

—¿Qué hago?

—Pregúntale al itinerario; ese sabe más que yo.

—Hasta mañana por la noche, señor.

—Adios, Juan.

Nuestros amigos cenaron, quedando media hora de sobremesa.

Estaban reunidos allí los tres maestres, Zalla, el general y su paje.

—Buen camino llevamos,—dijo Fajardo,—por una gran parte de él somos los primeros que cruzamos.

—Quién sabe, maestre,—le contestó Flaviano.—En este país hubo muchas guerras desde la antigüedad, y es posible que otros lo hayan andado antes.

—La mayor parte lo cruzamos á campo atraviesa.

—Sí, de este modo nos ven pocas personas, y escalonados como vamos no hay quien pueda adivinar quiénes somos ni dónde vamos ni qué nos proponemos.

—Cierto; tan grande es el incógnito que ni aún nosotros lo descubrimos.

—Con tal que sea bueno, con uno que lo sepa basta, maestre.

—Pero, señor, ¿quién os enseñó ese camino?

—La verdadera sabiduría, que es la ciencia.

—Gran estudio habéis hecho, señor, de la geografía de este país.

—Maestre, por desgracia, como soy el que todo tiene que mandarlo, soy el que tiene todo que saberlo.

—Por desgracia para vos, para los que os obedecen es una suerte.

—Aún así llega de continuo la duda á nuestros cerebros.

—Cierto, señor; pero aun en esas luchas morales del entendimiento y la insuficiencia humana triunfais.

—¿Qué triunfo es ese, Fajardo?

—Concluímos todos diciendo: sabe más que nosotros, debe tener más razón que nosotros. Y con eso apagamos toda duda.

—Es ingénita en el ser humano la duda, porque ella es la representación más lógica y clara de nuestra ignorancia.

—Bien definida está la duda, señor; sinónimo de ignorancia. Pero bien veis, mi sabio general, que os vamos siguiendo 145 personas por el limbo.

—¿Qué limbo es ese?

—El camino de pájaros que llevamos, señor.

—¿Es malo?

—Excelente, pero es mudo.

—¿Qué quereis que os diga?

—Donde vamos.

—¿Para qué quereis saberlo?

—Para saber algo.

—Vamos á la casa Amarilla.

—Me habeis hecho descender al sótano del limbo.

—Cuando os lleve al cielo os alegrareis.

—Señor, nuestro general nos inspira á todos, ¿lo oís? á todos sin excepción alguna, una confianza ciega, completa, sin más allá, pero es tan reservado...

—¿Qué queréis saber?

—Quisiera saber algo, porque no sé nada.

—Fajardo, no estudias para general ó sois muy desaplicado.

—No os comprendo, señor.

—Mi pensamiento es uno solo, que se compone de muchas partes ó sean ideas. Si os lo digo no soy buen general, porque la reserva en cosa tan grave la impone la necesidad, la conveniencia, el talento. No aspira al puesto de general el que desconoce la reserva en casos como el presente, y si aspira no lo será nunca. Si os doy alguna parte, alguna idea, destrozo el pensamiento y hasta lo humillo. Fajardo, es costumbre que el general reuna á los maestres, les consulte y les tome parecer en todo aquello que dude; pero entiendo que esos no son generales, son parodias de general. Si aspirais á ser de estos últimos, os aconsejo que os quedeis de maestre de campo.

Quedó Fajardo con el peso de un cargo que lo abrumaba, su general lo había confundido.

Risueño el paje, alegre y muy satisfecho por la lección que Flaviano acababa de dar al maestre le dijo:

—¡Ah, señor Fajardo, que cara se paga á veces la curiosidad!

—Sí, paje, muy cara.

—La lección no ha sido mala.

—Fué muy buena, me ha enseñado á estudiar para general en otro libro distinto de aquel en que yo leía.

—Lo malo es, amigo mío, que por mucho que estudieis en el hermoso libro, abierto por el héroe, no llegareis ninguno al maestro que os acaba de dar tan sabia lección.

—Paje, con que podamos imitarle tenemos bastante.

—Luis,—dijo Flaviano con gravedad;—te prohibo, como á todos los restantes, que volvais á llamarme héroe; borrad la frase de vuestro entendimiento. El mayor daño que podeis hacerme, es recompensar mis sacrificios con adulaciones.

—Yo no puedo obedeceros, señor; ni quiero tampoco. Vuestros subordinados ya es otra cosa. Dirigíos á ellos.

—¿Por qué no puedes ni quieres obedecerme?

—Porque yo conozco bien, muy bien, el castellano, según me habeis dicho, y quiero y debo hablarlo con propiedad.

—¿Y si yo te ruego que no me des ese nombre?

—No os haré caso.

—¿Y si castigo tu insolencia?

—Estaréis en vuestro derecho. Soy, más que vuestro paje, vuestro esclavo.

—Me horroriza la frase. ¡Esclavo tú! No quiero esclavo ninguno ni tolero la esclavitud, pero antes consentiría serlo yo que hacerte á tí mi esclavo.

—Pues lo soy por mi sola voluntad.

—¿Desobedeciéndome en todo lo que te place.?

—Sí.

—Podrá gustarte la propiedad en el lenguaje, pero huyes de la lógica como del diablo.

—¿Os proponeis darme otra lección como la recibida por Fajardo?

—No, me propongo que descansemos. Hora de salida, mañana al aparecer el sol en Oriente.

Todos se retiraron á sus alcobas.

El día inmediato amaneció claro y sereno como el anterior. La marcha, no obstante el buen camino que llevaban, continuaba lenta.

Comieron á la una y á las cuatro volvieron á montar á caballo, no echando pie á tierra hasta las ocho próximamente.

Casi todo el trayecto lo habían recorrido á campo atraviesa, siendo singular la precisión con que á las horas de descanso se aproximaban á las poblaciones sin dar rodeos ni perder tiempo ni terreno.

Descansaron aquella noche como en la anterior, después de haber andado doce leguas.

Habían dejado atrás veintidos.

En los dos días siguientes anduvieron catorce cada uno. Era el término del cuarto y llevaban andadas cincuenta leguas.

Cuando Juan Oaxacay se presentó al general, le dijo éste:

—A las diez de la noche vuelve.

La población en que ahora descansaban era grande, moderna y todos sus edificios tenían buen aspecto. Había allí un capitán al mando de cien hombres; pero reconociendo éste á los tres maestres, se concretó á ofrecerse á ellos y se retiró.

Flaviano pidió la cena y al cuarto de hora de llegar ya estaban comiendo.

—Buen apetito trae mi hermano esta noche, Luis, —dijo Mendoza al paje.

—No lo creais, señor marqués, el general no se cuida jamás de su materia, debe ser otra cosa.

—¿Qué opinas tú?

—Nada, no cabe opinión tratándose de ese privilegiado ser.

—Es verdad. ¿Pero tú esperas algo?

—Sí; sentémonos que ya lo hizo él.

La cena empezó muda; Flaviano se hallaba más grave que en los días anteriores y ante aquella severidad ninguno desplegaba sus labios.

Y terminó así la cena que duró hasta un poco antes de las nueve de la noche.

Diez minutos después entró Pérez diciéndole:

—Señor, un andarín correo de los Padres.

—¡Qué precisión y qué bien servidos están esos benditos! — exclamó Osorio.—Que entre Pérez.

No tardó en presentarse un mejicano muy alto y muy delgado, y dirigiéndose á Flaviano que ya estaba con su casco y su celada caida, le dijo:

—Señor, he cumplido todos vuestros encargos.

—¿Bien?

—Si, señor.

—Habla, no omitas nada, absolutamente nada.

—¿Delante de todos estos señores?

—Sí.

—¿No dirán los padres?...

—Los padres callan siempre que yo hablo. Empieza.

Todas las miradas se fijaron con ansiedad en el andarín. El único que parecía indiferente era Osorio.

El correo exclamó:

—Llegué frente á San Juan Bautista y á las doce de la noche en punto me desnudé, vuestra carta quedó

aprisionada entre mis dientes y atravesé el río á nado de la única manera que puede hecerse eso. De soslayo.

—¿Cuántas brazas nadastes?

—Más de mil.

—Mucho habrás luchado con la corriente.

—Varias veces creí ahogarme.

—No me extraña. Pero al fin...

—Al fin, me hallé con las puntas de dos aceros en mi pecho, y oí varias voces que me decían:

—Vas á morir, traidor.

—No tanto,—les contesté.—Traigo una carta para el señor capitán Gonzalo; vedla, esta es, y vengo de parte del maestro señor marqués de Abella.

—Eso es otra cosa,—dijo un oficial que también acudió.—Sígueme.—¿Pero señor, le contesté, he de ir en cueros?

—Tienes razón. Traedle un manto; me embocé en él y le seguí.

El capitán don Gonzalo trabajaba cuando llegamos, le dí la carta y después de hacerme varias preguntas la leyó. Temblaba de alegría, convulso, quiso abrazarme, pero yo me eché atras y él exclamo:

—¡Dios mío, bendita sea tu misericordia! Correo,—añadió, —¿que quieres: cenar, dinero, ropa, pídeme cuanto el deseo...

—Señor, le interrumpí; yo no quiero otra cosa que la contestación y volver á cruzar el río para estar donde me han mandado.

—¿La contestación? Sí, espera.

Y escribió esta carta que saqué entre los dientes como había llevado la otra.

—¿Qué viste en San Juan?

—Nada. Centinelas.

—¿Qué oistes?

—Silencio profundo.

—¿Y luego, qué sucedió?

—El señor capitán me acompañó hasta la orilla del río, tiré el manto, les dí las buenas noches y me arrojé á nado. Otra horrible lucha y otra media hora peleando sin cesar con aquella fiera corriente. Por fin, el ángel de la Guarda corrió en mi auxilio y pude ponerme en pie. Pero salía á media legua del sitio en que dejé la ropa. Trabajo me costo hallarla; gracias á que se me ocurrió colocarla sobre una gran piedra y poner encima la camisa, con lo cual pude verla á pesar de la oscuridad de la noche, debajo de un árbol dormí hasta que el sol me despertó, y en poco tiempo me planté en Cruz. Allí busqué al gobernador, le dí la carta que me dijo firmaba S. A el príncipe, que creo sois vos, noble señor, y después de meditar un rato exclamó:

—S. A. será obedecido en todo lo que me manda; cuando le veas le dices que no faltaré en nada; que cuente conmigo como su primer servidor.

—Muy bien, ¿tienes algo más que decirme?

—No señor, sólo me resta esperar las órdenes de vuestra alteza.

—Pérez,—llamó el General.

—¿Qué mandais, señor?

—Da á este correo trescientos ducados y de cenar.

Y tú partes cuando quieras á Méjico dando al llegar un recuerdo mío á tu jefe.

—¿Nada mandáis?

—No. Parte.

—Ya empiezo á comprender, señor,—le dijo Fajardo.—¡Qué talento tenéis!

Y quedaron los tres maestres mirándolo con asombro.

CAPITULO LXIII

—

Peripecias.—Continúa la marcha.—Empieza un nuevo diluvio.—El último correo.

Flaviano leyó la carta del capitán Gonzalo sin que sus amigos notasen en él impresión alguna buena ó mala. Aquel bellísimo y varonil rostro seguía tan mudo como la tumba.

Después habló con los maestres de cosas indiferentes, hasta que volvió Juan Oaxacay diciéndole:

—Señor, espero vuestras órdenes.

—¡Ah! capitán, llegais á tiempo.

—Ordenadme lo que tengais á bien.

—Llevamos andadas cincuenta leguas y he notado que tres ó cuatro caballos cojean. No tenemos prisa, ¿lo ois? al salir mañana el sol buscais á los tres maestres y reconocéis todas las caballerías. Seguidamente se cambian por las mejores que haya aquí las que des-

echeis. Los veintidos podeis comer á las doce y partir; nosotros comeremos á la una y saldremos á las dos. Recordad que este retraso está señalado en el itinerario que teneis.

—Ya lo he visto.

—¿Te ofrece alguna dificultad?

—Con lo que vos mandais no ofrece nunca.

—Pues ya lo habeis oído todos y vamos á descansar.

No tardaron en repetir las órdenes de Flaviano y en acostarse todos.

Al día siguiente sólo anduvieron ocho leguas.

Las caballerías reemplazadas unas y con el largo descanso otras, iban bastante bien.

Llegaron á otra población pequeña antes de las ocho, cenaron y á las diez se acostaron.

Se pusieron en pie al amanecer y prosiguieron su interrumpida marcha.

En un momento en que Flaviano y Luisa caminaban algo distante de los maestres, preguntó ella á Flaviano:

—Señor, ¿qué os dice el capitán Gonzalo?

—Qué está bueno.

—¿Qué más?

—Que celebra haya yo curado y que todos me creen muerto.

—Sobre la plaza, ¿que añade?

—Que no ocurre nada de particular.

—¿Tienen bastantes alimentos?

—No me habla de eso.

—¿Los atacan?
—No, los bloquean.
—¿Llegaremos tarde?
—¿También tú?
—Sí, yo también.
—No.
—¿Os parais?
—Sí.
—¿Por qué?
—Para ir más cerca de los maestres.
—¿Para que no pueda preguntaros?
—Claro es.
—Y el gobernador de Cruz, ¿cumplirá su palabra?
—Ya lo veremos.
—¿Qué le encargais?
—Yo, nada.
—¿Qué le encarga el príncipe?
—Ya lo verás.
—Llegan los maestres.
—Me alegro.

Y ambos se callaron.

Aquel día anduvieron catorce leguas y al siguiente lo mismo.

Llegó el octavo, dejaron atrás otras catorce y á las ocho de la noche se sentaron á la mesa.

Concluyeron de cenar á las nueve y en el mismo instante se hizo anunciar otro correo andarín.

Flaviano lo recibió preguntándole:

—¿De dónde vienes?
—De Veracruz.

—¿Qué ocurre allí?

—Nada de particular.

—¿Y por el camino?

—Tampoco.

—¿Le diste la carta al gobernador de Veracruz?

—Sí, señor.

—¿Qué te contestó?

—Dí á S. A. que mañana mandaré á Cruz en una galera mercante todo lo que me ordena.

—¿Nada más?

—No, señor.

—¿Tienes algo más qué decirme?

—No, señor.

—Que te den de cenar y cien ducados.

—Gracias, señor. ¿Puedo partir á Méjico?

—Sí.

—Nada me manda V. A.?

—Un recuerdo para el padre Juan.

Salió el correo, y los maestres se volvieron á mirar, sin comprender nada de lo que habían oído. Sólo se explicaban el que los correos creyeran que Flaviano era el príncipe, toda vez que los dos hermanos se habían facultado para afirmar el uno por el otro cuando así conviniera, y ahora lo estaba haciendo Osorio respecto de su hermano Julio. Pero de la contestación del gobernador de Veracruz nada sacaban en limpio.

Llevaban ocho días de caminar, y cien leguas andadas. Ni apuraban los caballos ni los tenian ociosos, era una marcha viva y nada más.

Al noveno día corrieron doce leguas y al décimo

otras doce. Llegó el día doce de camino, y entre éste y el anterior anduvieron veinticuatro.

Dejaban atrás ciento cuarenta y ocho. Les quedaba la cuarta parte de camino próximamente.

A las nueve de esa noche se presentó otro correo, al cual preguntó Flaviano:

—¿De donde vienes?

—De la costa de Tabasco y del golfo de Méjico.

—¿Qué has hecho?

—Estudiar lo que pasa en las tres galeras inglesas.

—¿Qué has observado?

—Se hallan ancladas en la bahía que forma la desembocadura del río Tabasco y Frontera.

—Buen sitio han elegido.

—No lo hay mejor en esa costa.

—¿De dónde se surten?

—De El Carmen.

—¿Como proveen el campamento?

—Con botes que vacían á la orilla del mar, y llevan por el puente veinte carros que han comprado.

—¿Cuántos viajes hacen á la semana.

—Uno solo.

—¿Tienen día fijo?

—Sí, señor, el sábado.

—¿Estás seguro?

—Hasta ahora sucedió eso.

—¿Sólos veinte carros mandan á la semana?

—Y cada quince días quinientos carneros.

—¿Qué hace la gente de mar?

—Comer y beber hasta embriagarse.

—¿Cuánto tiempo están borrachos?

—Casi todo el día.

—¿Tendrán muchos botes?

—Seis, y diez lanchas que han comprado.

—¿No desembarcan?

—Algunos, pero por poco tiempo. Otros pescan con botes en la mar.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Que espero vuestras órdenes.

—Que te den de cenar y doscientos ducados. Sales lo antes posible para Veracruz, y cuando llegue el príncipe don Julio, si no ha llegado á tu arribo, le refieres todo lo que sabes de las galeras inglesas.

—¿Nada más?

—Contestas con exactitud á todas sus preguntas.

—De parte de quién le hablo, señor?

—Del guerrero de la pluma negra que va acompañado del paje del general Flaviano y de los tres maestres de campo.

—¿Nada más?

—Que el cielo te guarde.

—Y á vos os defienda.

Salió el andarin, y Fajardo exclamó:

—Cero y van cuatro, mi general.

—¿Qué cuatro y qué cero son esos?

—Cuatro correos, señor.

—¿Os admira?

—En vos no admira nada.

—Porque si os parecen muchos no cerreis la suma.

—¿Aún faltan?

—Sí.

—Cuando lleguemos á Tabasco conocereis de antemano la situación de San Juan y de los sitiadores tan admirablemente como el camino que andamos por vez primera.

—Me propongo, amigo Fajardo, que al acabar no os pese haberme seguido.

—Al infierno se puede ir con vos. Un camino tan endiablado y cómo le habeis buscado las vueltas para sin dar rodeos evitar pantanos, montañas y precipicios.

—Todo eso y más se consigue estudiando, Fajardo.

—Con un cerebro como el vuestro con poco hay bastante.

—Podrá ser así, pero me he pasado más de la mitad de mi vida estudiando.

A las diez buscaron el descanso y se levantaron al amanecer.

Flaviano estaba ya en la plenitud de todas sus fuerzas y robustez.

Descansaron y comieron en una aldea, y á las cuatro entraron en una cordillera que iba poco á poco elevándose.

Flaviano había vuelto la cabeza varias veces y ahora parecia estudiar el horizonte.

Cuando estuvo en lo más elevado del monte detuvo su caballo y prosiguió su estudio.

Al acabar le rodearon los maestres, preguntándole Fajardo:

—Mi general, ¿tendremos ciclón?

—Mejor era.

—¿Un ciclón?

—Sí, porque ese pasa pronto, aquí hay barrancos y cuevas donde guarecerse, y lo que viene es más largo, por lo que no podemos dejar de sufrirlo.

—¿Qué es señor?

—Un diluvio.

—¿Sólo agua?

—Pero tanta que os ha de admirar.

—Será divertido llevar los caballos con agua al pecho.

—¿Sucederá eso?

—Creo que sí.

—¿Muchos días?

—Una semana por lo menos.

—¿Cuando empezará?

—Con seguridad no puedo decirlo; de mañana á pasado mañana.

—Corramos señor.

—Buen terreno para correr y buenos van nuestros caballos para esa fatiga. Pero aun cuando el camino fuese llano y los potros estuvieran descansados no adelantaría un solo minuto nuestra marcha.

—¿Por qué, señor?

—Yo obro siempre que puedo matemáticamente.

—¿Y no podemos llegar ni antes ni después?

—No debemos y no llegaremos.

—¿Pero y los accidentes imprevistos?

—Fajardo, la Providencia nos concede mucho, pero no abdica su poder.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Que al trazar el mejor plan hay que dejar algo á eso que vosotros llamais suerte.

—¿Vos, no?

—Jamás. No creí en la casualidad. Si ésta existiera sería la negación del destino. Pero abreviemos en lo posible.

Bajaron varias cuestas, llegaron al llano y continuaron hasta las siete y media que entraron en un pueblo pequeño, pero bien abastecido, y en él les tenía dispuesto Juan Oaxacay todo lo que podían necesitar.

Era este el día 13 de su marcha y llevaban andadas 160 leguas. Les quedaban jornadas para sólo tres días.

Nada les ocurrió en el siguiente, pudiendo andar doce leguas sin inconveniente alguno.

Entraron en el penúltimo día de marcha.

Según avanzaban se iba cubriendo el espacio de negras y apiñadas nubes, pero llegaron al pueblo donde debían comer y descansar sin mojarse.

Sólo estuvieron tres horas y salieron avivando el paso donde podían.

Al anochecer empezó á caerles un agua menuda que á la hora los tenía calados. Pero entraron en la población en que debían cenar y dormir, teniendo que empezar por secarse.

Luego cenaron y un poco antes de las nueve anunció Pérez otro correo, que entró cubierto con un capuchón, calado de agua y con lodo hasta las rodillas.

—Ve á la cocina, — le dijo Flaviano, — sécate y vuelve.

Regresó un cuarto de hora después, diciendo:

—Aqui estoy, señor.

—¿Llueve mucho por el camino que has traído?

—Un diluvio, señor,

—¿Los caminos intransitables?

—Si, señor.

—¿Se podrá ir mañana desde aquí á Cruz?

—A caballo, puede.

—¿Y á la casa Amarilla?

—Ese es peor camino.

—¿De dónde vienes?

—Del campamento azteca,

—¿Cuando saliste de él?

—Esta mañana.

—¿Cuantos indios hay?

—Sobre treinta mil.

—¿Y extranjeros?

—Tres mil.

—¿Qué hacen?

—Esperan que se rinda San Juan por el hambre de sus defensores.

—¿Tan mal están de alimento?

—Ayer sólo comieron frutas y pescados.

—¿Y los caballos?

—Hierba.

—¿Se han pasado algunos de la plaza al campamento?

—Hasta ahora no, señor, pero no tardarán.

—¿En qué te fundas?

—En que hasta las frutas se les acabarán y no es posible pescar lo suficiente para tantos hombres y mujeres.

—¿De dónde cogen la fruta?

—Señor, sitiados y sitiadores se han dividido la isla por mitad, han puesto mojones y ninguno llega á ellos en dos varas.

—¿Cuantos días quedan de tregua?

—Ocho.

—¿Qué fortificaciones han levantado los indios y los extranjeros?

—Ninguna, las que había. Todos esperan y nada hacen.

—¿Qué distancia hay de aquí á la casa Amarilla?

—Diez leguas.

—¿Y á Cruz?

—Lo mismo.

—El campamento debe estar convertido en estanque.

—Mucha agua tiene en la parte baja.

—¿Y la lancha?

—Señor, la hemos pasado anoche por encima del puente veinte hombres, y la hallareis entre arbustos á la orilla izquierda de Tabasco.

—¿Grande?

—Si, señor.

—¿La has dejado bien sujeta?

—No puede llevársela la corriente.

—La habrán visto desde el campamento.

—Imposible. Lo bien que la situamos y la lluvia

que ha caido y cae impiden que se pueda ver desde el campamento.

—¿De donde la llevaste?

—Río arriba hay varios pescadores; por allí no lleva tanta corriente, y la compré con la condición de que la habíamos de pasar por encima del puente. Es grande, pero ligera, y entre los veinte que éramos pasó bien.

—¿Desde qué distancia la llevásteis?

—Poco más de tres leguas.

—¿No avisarán los dueños y los que ayudaron á los del campamento?

—Son todos cristianos, señor.

—¿Les pagaste bien?

—Lo que me pidieron.

—¿Qué dinero te ha sobrado ó faltado?

—Me quedan diez y nueve ducados.

—Que te den cena y cama, doscientos ducados y cuando termine el temporal regresas á Méjico.

—¿Qué más deseais de mí?

—Contesta: ¿qué centinelas dejan al pie del puente los rebeldes?

—Ninguno.

—¿Cómo es eso?

—Son tantos, que sólo hay guardia en la parte interior de la isla.

—¿Para qué esa guardia?

—Es de ingleses y no permiten que los indios entremos donde están ellos. Yo intenté hacerlo anoche, después de colocada en su sitio la lancha, y me dieron un golpe.

—¿Quién?

—Un centinela. La parte de la isla que los ingleses y los caciques dejan libre, la ocupan casi todos los indios; por eso éstos no tienen centinelas.

—¿No siguen llegando más?

—Ni ayer ni anoche llegó ninguno, según me dijeron esta mañana.

—Retírate que sé bastante.

El correo fué reemplazado por Juan Oaxacay, al cual dijo Flaviano:

—No dispongas nada hasta mañana que os daré nuevas órdenes. Tendremos probablemente que dividirnos á las dos horas de salir. Nos levantaremos al amanecer. Y si no amanece por lo grave del temporal, á las cinco.

—Qué abandono, señor, el del enemigo—dijo Fajardo al general.

—Para eso son más de 33.000.

—De los indios no era posible esperar otra cosa, pero los ingleses...

—Están todos tan descuidados porque yo me hallo difunto. Su único enemigo es el ejército, lo han sitiado por hambre y esperan tranquilos á que se le vaya entregando. Veremos lo que sucede después que yo resucite.

—En poco nos tienen.

—¿A quién?

—A los maestres.

—Suponen que muerto yo no volvereis.

—¿Y la llegada del señor duque?

—La ignoran.

—¿Y la insurrección del príncipe?

—La ignoran también.

—Todo lo ignoran.

—Así convenía, que son muchos.

—Para vos, no.

—Para mí y para todos.

—Señor...

—A dormir, Fajardo.

Con estas frases terminó el general la velada y se retiraron á descansar.

CAPITULO LXIV

—

Continúa el diluvio.—La última jornada.—La casa Amarilla.

A las cinco se levantaron nuestros amigos, y por orden de Flaviano montaron á caballo.

Continuaba lloviendo de una manera torrencial, y ahora iban los ginetes del siguiente modo:

Delante caminaban Juan Oaxacay, los dos tenientes con el alférez, seguían los cien indios, luego Osorio, su paje, Zalla, los tres maestres, y cerraban la marcha los 30 marinos y las seis mulas con los equipajes. Es decir, que iban todos juntos sin más separación que la indispensable para caminar unos detrás de otros.

A la hora de ir andando ya pisaban los potros sobre una cuarta de agua.

Renunciamos á describir lo que iban sufriendo potros y ginetes por entre aquel diluvio, en el cual no

se distinguían los objetos á dos varas de distancia, porque se tendría por una exageración describir el valor y sufrimiento que aquellos hombres iban demostrando.

Llegaron á la cruz de los caminos; Flaviano dió algunas órdenes á Fajardo, y éste se dirigió por la izquierda al puerto de Cruz, seguido de cincuenta indios, los dos tenientes, el alférez y diez marinos.

Los restantes con Flaviano á la cabeza continuaron su marcha por peor camino que Fajardo, pero sin vacilar ni detenerse.

Tenían que atravesar un monte bajo y lo subieron al trote, bajándole más despacio para evitar caídas.

Estas dos leguas de monte fueron las menos malas de aquel camino.

Luego entraron en un llano que era casi una laguna, sitios había en que llegaba el barro á las rodillas de los potros y el agua á la barriga.

Flaviano le preguntaba á Luisa:

—¿Puedes?

—Como vos.

—Sufrirás mucho.

—Ya no; me he connaturalizado con el agua. Si este piso fuese más duro, como el del monte que dejamos atrás...

—Entiende Luisa, que desde que salimos esta mañana vamos por lo que se llama carretera.

—Me gusta más vuestra desconocida ruta á campo atraviesa.

—Ahora no se puede ir por ella; necesitamos carretera y muy conocida para no caer y no perdernos.

—Apenas os entiendo, señor.

—Lo impide el ruido del agua. Vamos por una laguna.

—¿Llegaremos, señor?

—¡Quién lo ha de impedir?

—Tanta agua.

—Llevamos andadas cinco leguas, es decir, la mitad del camino; como hemos andado esta, ¿por qué no hemos de andar la otra?

—Va aumentando el agua de esta laguna, como vos la llamais.

—En este momento vamos por un terreno muy bajo.

—Parece que frente á nosotros oscurece más.

—No, es que empieza ya el bosque. Son las doce del día.

—Cerca de siete horas para cinco leguas.

—Y no es mucho; hoy, Luisa, hay que dejar á los caballos que nos guíen y que anden lo que puedan.

—Qué instinto tan noble el de esta clase de animales, van sobre el agua y no pierden la carretera; en las pocas alturas que vamos dejando atrás lo he notado varias veces.

—Vamos á entrar en el bosque y me alegro.

—¿Por qué?

—Aun cuando aquí los caballos perdieran el camino lo notaríamos por la calle que forman los árboles.

—El potro de un indio ha caído.

—No me extraña; échate un poco á la derecha no te suceda lo mismo.

—¡Cómo se ha puesto ese infeliz!

—Buenos vamos todos.

—Hermoso día, señor.

—Si no es peor la noche.

—Bella esperanza me dais.

—¿Crees por ventura que hemos venido á divertirnos?

—No, pero jamás conté con un día como éste.

—En diez y seis días que llevamos de camino, alguno había de ser peor que los otros.

Hablando así cuando el ruido del agua se lo permitía, continuaron su dificilísima marcha.

No les era posible guiar los caballos ni éstos podían andar más de prisa que á razón de hora y media por legua.

—Aquellas diez leguas últimas eran más penosas y difíciles que cuarenta de las otras.

Después de haber caído varios indios y marinos y de atravesar una laguna tras otra, pues eso era el camino que traían, por fin ya entrada la noche distinguió Flaviano una luz que debía ser de la casa Amarilla.

—¡Alto!—gritó,—que venga Oaxacay.

—¿Qué mandais señor?—le preguntó el capitán llegando.

—Sugetad vuestro caballo á un árbol y á pié, y con precaución para que no seais visto, enteraos si aquella luz que tenemos de frente es de la casa *Amarilla*,

—Que no se moleste, señor,—le dijo un hombre saliendo de entre los árboles.

Era el correo que debió hallar Flaviano cerca de la casa que buscaba. El mismo añadió:

Llegasteis antes de la hora señalada y os he visto por casualidad, casi os he adivinado.

—Ah, ¿eres tú, correo?

—Si, señor.

—Llegamos antes, pero consiste en que hemos andado las diez leguas sin descansar ni comer.

—¡Qué resistencia, señor!

—La de los españoles en campaña. ¿Es esa la casa Amarilla?

—Si, señor.

—¿Quiénes están dentro?

—Todos.

—¿Qué hacen?

—Se disponen para cenar.

—Vuelve á reconocer la casa, entérate de si están ya cenando y veas lo que debemos hacer para sorprenderlos y entrar.

—Pronto vuelvo.

Flaviano añadió, dirigiéndose á los suyos:

—Sujetad todos los caballos y mulas á los árboles y seguidme bajo este grande que está á mi derecha.

Fué obedecido y á los pocos minutos le rodeaban cuantos le seguían. El árbol que ahora los cubría era muy ancho y formaba un cono que los resguardaba algo de la lluvia.

Distaba la casa Amarilla de aquel sitio menos de medio cuarto de legua; solo se veía á intervalos una luz; nada más se distinguía.

A los quince minutos regresó el correo y acercándose á Osorio le dijo:

—Señor, he pedido hospitalidad, me la han concedido y logrado dejar una puerta abierta por la cual podeis entrar.

—¿Qué hacen?

—La dueña y tres ingleses cenan en la planta alta, les sirven dos criados y los restantes se hallan en la planta baja hablando unos en azteca y otros en inglés.

—Señores,—dijo Osorio con tono solemne,—este primer acontecimiento es de tal importancia que depende de él el principio de un gran triunfo. Hay en esa casa quince ó veinte personas que vamos á sorprender y á dejar presas. Para el logro de este fin, si es necesario herir se hiere; si matar, se mata; todo menos consentir que se escape ninguna. Los veinte marinos y veinte indios con Almeida á la cabeza rodean la casa para que no pueda escapar ninguna. Los restantes indios con Oaxacay toman la parte baja y prenden y sujetan á cuantos hallen allí; Rogelio, Zalla Luis y yo subiremos; para los que haya arriba bastamos los cuatro. En nombre de España, del derecho y de la justicia, adelante. Correo, á mi lado; yo con él delante de todos.

Y se dirigieron á la casa de cuatro en cuatro, á pie, haciendo el menos ruido posible. El poco ruído que hacían con sus pisadas lo apagaba el fuerte del agua que caía.

En este momento bendecía Flaviano y daba por bien empleada el agua torrencial que venía bañándolo todo el día; estaba siendo en este instante un poderoso auxiliar del gran acontecimiento que iba á tener lugar.

Sin calma, pero también sin precipitación, marcha-

ban los españoles y los indios, imitando en cuanto podían á su valiente sereno general.

De este modo llegaron á la puerta que empujó el correo, dejándola abierta de par en par.

Por ella se precipitaron Osorio, Mendoza, Luisa y Zalla. Todos llevaban tabardo con el cual cubrían las espadas, las dagas y las pistolas.

Detrás de estos cuatro, espada en mano, entró Oaxacay con sus indios, poniendo la punta del acero en el pecho á todos los que hallaron, amenazándoles con la muerte si hablaban; seis soldados ingleses que ahora servían de criados al almirante inglés, quisieron defenderse y gritar y en el acto fueron acuchillados y muertos.

Fuera de la casa había formado Almeida una muralla de acero por entre la cual no era posible que atravesara nadie.

Flaviano, Luisa, Mendoza y Zalla subieron de dos en dos los escalones, y antes que los cuatro que cenaban se pudieran apercibir de la sorpresa de que eran víctimas, se hallaron con la inesperada visita de nuestros cuatro españoles.

No esperaban los ingleses aquella repentina entrada; y al ver á nuestros amigos calados de agua y cubiertos de lodo, que aparecían de aquella manera, se pusieron en pie, gritando lord Yoon en inglés:

—Las pistolas.

—Las pistolas, —repitió Osorio en español, pues era el único que conocía el inglés de los cuatro que habían subido.

Luisa se colocó en un ángulo y Zalla en otro; desde allí dominaban el salón.

Osorio y Mendoza quedaron en medio.

Yoon oyó ruído de espadas y ayes en la parte baja, á la vez que decía Flaviano:

—Traidor inglés, soy un general español que te hace el honor de prenderte.

—¡Fuego! —gritó el almirante inglés oyendo la carrera de sus oficiales de órdenes que llegaban con las pistolas.

Pero al aparecer en la puerta se oyeron tres tiros; casi á la vez rodaron los tres ingleses con los cráneos rotos.

Luisa había muerto á los dos oficiales de órdenes antes de que hiciesen puntería. Zalla tiró al almirante diciéndole:

—Muere, asesino de los tres marinos españoles.

Un momento después subieron Oaxacay y diez indios, preguntando, espada en mano:

—¿Qué ocurre allí?

—Nada,—le contestó el general.—¿Y abajo?

—Tampoco. Quisieron resistir seis ingleses y los mandamos al otro mundo. Los restantes criados fueron maniatados y abajo esperan vuestras órdenes. Sólo queda viva y suelta esta señora.

—¿No quedó un solo inglés, Juan?

—No, señor.

—¿Ni herido?

—Ni herido.

—Y de tus soldados.

—Todos están sanos.

Flaviano se dirigió á la dueña de la casa, preguntándola:

—¿Teneis cuadras para mis caballos en vuestra vivienda?

—No,—contestó con ira,—para los españoles no tengo nada más que odio y rencor.

—Oaxacay, esta mujer que vaya maniatada con los otros; bajadla vos mientras vuestros soldados retiran de aquí esos tres cadáveres. Luego subid.

Osorio se sentó, sacando de su escarcela el dibujo de la casa Amarilla que le había dado el padre Juan de Dios.

Luisa, Mendoza y Zalla también se sentaron.

Poco después entró Oaxacay diciendo:

—Mi general, todos los presos quedan encerrados en la habitación más segura de esta casa, con dos centinelas á la parte afuera, pues he cerrado la única puerta que tiene aquella estancia.

—¿Y los nueve cadáveres?

—En otra habitación pequeña.

—¿Habeis reconocido bien la casa?

—Sí, señor.

—¿Estais seguro de que no queda nadie en libertad y de que no se ha escapado ninguno?

—Muy seguro.

—Lo primero que haceis entre todos es traer los caballos y mulas; cuadras hay en esta casa, pero no las suficientes; las plazas que falten las improvisais en la parte baja menos habitable. Luego dad un pienso á esos

animales que tan gran servicio nos han prestado. A la vez registrad los cadáveres de los nueve ingleses, trayéndome los papeles que tengan encima. Luego, que los saquen al campo y los quemen. Que entren ya Almeida y los que rodean la casa, el primero, que suba, los restantes que os ayuden. Cuando acabeis, volved.

No tardó en subir Almeida diciendo:

—Nadie se ha escapado, mi general.

—Lo he supuesto.

—Acabo de ver nueve muertos.

—No había más ingleses.

—¿Se defendieron?

—Quisieron hacerlo, pero estos muchachos son tan vivos que no les dieron tiempo.

—¿A cuenta de los tres marinos que ellos arcabucearon?

—Sí, á cuenta.

—Con vuestro permiso me voy á sentar, que ya empiezan á resentirse mis piernas.

—Poco es eso para lo que hoy habeis trabajado todos los que me seguís.

—Y yo, hermano, con tu permiso voy á probar este pastel,—dijo Mendoza.—Estoy en ayunas y desfallecido.

—Sí, hermano, come y bebe, que aun te queda mucho que trabajar esta noche.

—No me importa, comiendo me hallo dispuesto á todo.

—Comed también vosotros, que estais en ayunas.

—¿Y vos, señor?—le preguntó Luisa.

—Yo como esta noche en San Juan Bautista.

—Y yo.

—Pues todos.

—Menos Mendoza que tiene que trabajar antes, y menos Almeida que se queda aquí.

—Si os empeñais cenaré yo solo,—añadió Mendoza.

—Llevais ya medio pastel, don Rogelio,—le dijo el paje.

—Y acabaré con todo, y con esta botellita de vino de Jerez. No quiero más.

—Ni creo que os hace falta.

—Almeida,—dijo Flaviado al maestre.—Os vais á quedar en esta casa. En cuanto salgamos nosotros haced lavar la sangre que haya teñido el suelo con esas nueve víctimas, después alojais toda la fuerza que os deje y cuidando todo lo que conviene á los presos que aquí tenemos para que ninguno se escape ni hable con los de fuera, defendeis esta casa hasta acabar con cuantos la quisieran tomar. Posible es que nadie venga en son de guerra toda vez que juzgan hospedado aquí al almirante inglés; vendrán, y esto es lo más probable, á recibir órdenes de él. Si son pocos los dejais presos, si fuesen muchos decidles que el almirante ha salido y que no volverá en algunos días. No dais más explicaciones. De lo que os pueda hacer falta os proveéis en Cruz que está á dos leguas de aquí. Esto para el porvenir, vamos con el presente: dad si es posible de cenar á la fuerza que aquí quede y que duerman luego donde y como puedan; pero desde mañana que nada les falte. Yo partiré con Luis, Mendoza, Zalla, los marinos y

nuestros criados antes de una hora y volveremos cuando se pueda. Quedais responsable en unión del capitán Oaxacay de todo lo que aquí pueda ocurrir. He ahí mis instrucciones en extracto; en este papel las hallaréis detalladas.

—Podeis partir descuidado, mi general, respondo con mi vida del exacto cumplimiento de cuanto acabais de ordenarme.

—Conviene que empeceis ahora mismo á reconocer la casa y dais de cenar á todos los que se vienen conmigo esta noche. A la vez examinais el equipaje que tendrán aquí los ingleses y me entregais todos los escritos que encontreis.

—El edificio parece grande.

—Sí, lo es, creo que podreis alojar la fuerza con holgura, pero os advierto que mañana se os unirán los indios que se llevó Fajardo. El gobernador de Cruz tiene orden de entregaros cuanto le pidais. Al efecto habrá recibido ya de Veracruz gran abundancia de provisiones.

—¿Habrá que habilitar muchas cuadras?

—Sí, pero hallarais á mi juicio terreno bastante. Si es posible haced que todos los caballos estén bajo cubierta. Y por último, no olvideis que nosotros sorprendimos esta casa y no debemos dejar que nos sorprendan. Hacedlo todo con habilidad y recato.

Salió Almeida y quedó Flaviano con Mendoza, Luisa y Zalla.

La sorpresa y muerte del almirante Yoon, era el primer golpe que el héroe daba á la rebelión contra

España; golpe tan acertado, potente y trascendental que estaba ya demostrando todo lo que era, lo que valía y lo que era capaz de hacer el genio de Flaviano. Cinco minutos después de llegar ya había cortado la cabeza á la rebelión, pues el almirante Yoon lo era sin duda alguna. Sin cabeza ya veremos lo que va haciendo lentamente de aquella gran sublevación.

CAPITULO LXV

—

Más sobre la casa Amarilla —El temporal no cesa.—Otro acontecimiento notable.

—¿Por qué no cenais?—preguntó Osorio á Luisa y á Zalla.

—Cuando vos,—le contestó la joven.

—Digo lo propio,—añadió Ricardo.

—Tarde y mal será, que vamos á un pueblo en el que es posible que nos sitie el hambre.

—No será por mucho tiempo, señor.

—Por si acaso, me vais á hacer el favor de beberos cada uno una copa grande de Jerez.

Y Mendoza les obligó á tomarlas. Tan pesado estuvo que no cesó hasta que el mismo Flaviano la apuró.

Nuestros amigos llegaron á las ocho á la casa Amarilla y á las nueve tenían ya tomado el edificio, fuera de combate el poderoso jefe enemigo y los que allí le obedecían y casi convertida en cuartel la gran

casa mandada edificar por el un día poderoso cacique Monclova.

Antes de las diez de la noche entró Oaxacay diciendo al general:

—Señor, he terminado mis operaciones de esta noche.

—¿Donde están las caballerías?

—Dentro del edificio comiendo.

—¿Cuantas plazas hallásteis?

—Ciento.

—¿Cuantas habeis habilitado?

—Unas cuantas más, pero tengo sitio para añadir cincuenta á las ciento.

—Muy bien. ¿Hallasteis bastantes piensos?

—Para seis días.

—¿Qué caballos tenía Yoon?

—Tres y cuatro la viuda para un carruaje.

—¿Qué hicísteis con los nueve cadáveres?

—Quemarlos.

—¿Y los papeles?

—Se los he dado al maestre Almeida para que los una á los que él halló en los equipajes de los muertos.

—¿Qué hacen los presos?

—Temblar de miedo á excepción de la viuda que maldice y desea hablar con vos.

—Otro día: esta noche no puede ser.

—Esa mujer no grita, pero habla pestes de los españoles.

—No ofenderla y que diga lo que quiera. Ya tiene suficiente castigo.

—Es verdad, señor.

—¿Habrá cena para todos?

—Y comida para dos ó tres días. Abundan mucho las viandas en esta morada.

—Es rica la viuda y los ingleses son espléndidos para comer. ¿Qué hacen los indios y los marinos?

—Comen y beben. ¡Qué hambre demuestran! Y como hallaron hecha la cena de los criados...

—Pero no habrá para todos.

—Les ha dado el maestre más de lo que pueden comer.

—¿Y vosotros?

—Hemos bebido Jerez y más tarde cenaremos.

—Oaxacay, cuando acaben de cenar entregais á los marinos la maroma, los hierros con anilla, las barrenas y una linterna ó farolito con luz bastante para dos ó tres horas.

—Todo eso está ya dispuesto, señor.

—¿Marchó el andarín?

—No, señor, secó sus ropas, ha cenado y espera vuestras órdenes.

—Decidle que suba.

Cuando le tuvo delante le preguntó el general:

—¿Tienes conocimiento de una barca que otro andarín de la compañía dejó entre unos arbustos en la noche anterior?

—Sí, señor, les ayudé á pasarla por el puente.

—Darás con ella fácilmente.

—Sin duda alguna.

—Espera abajo y nos acompañarás á la orilla del río. Dí á Oaxacay que dé de cenar á los criados.

—Todos están cenando, señor.

—Espera abajo.

Poco después entró Almeida diciéndole:

—He reconocido todas las habitaciones de la casa; es muy grande, tiene varios sótanos que pueden servir de prisiones, un cuerpo separado para poder encerrar más de ciento cincuenta caballerías, muebles de lujo y ordinarios, infinitos colchones y ropas de camas y puede transformarse en un excelente cuartel con departamentos para los jefes.

—Me complace la noticia; conocía su extensión por un dibujo bien hecho que traje de la capital y vuestro relato ha confirmado con exceso la idea que tenia formada. ¿Son esos los papeles que hallasteis al enemigo?

—Todos estos.

Flaviano los leyó guardándolos en un bolsillo de su tabardo.

—¿Qué hago, señor, del mucho oro y alhajas que he hallado?

—Son del enemigo, cojidos en campaña y hay que confiscarlo todo; haceros cargo de cuanto halleis, lo inventariais y después se entregará á las arcas del rey, si bien puede gastarse en la guerra lo que sea necesario. El enemigo, Almeida, nos ha sitiado por hambre y es necesario que sea él el que la sufra. ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Los marinos y criados esperan, señor,—dijo Oaxacay entrando.

—Son las diez,—añadió el general,—la hora que yo

esperaba. Por Dios que estamos ejecutando todo lo que me había propuesto con una precisión admirable. Almeida, Juan, cenais y á dormir todos. Nosotros vamos á desempeñar ahora una misión, no menos importante que la que acabamos de llenar.

Y salieron de la casa, yendo delante el correo con un farolito y luz encendida, detrás Flaviano con Luisa y de dos en dos Zalla, los marinos y criados.

Mendoza quedó hablando con Almeida, pero no tardó mucho en colocarse al lado de Zalla.

Continuaba el temporal con más furia que por el día. Iban sobre una cuarta de agua y media de lodo.

El río distaba media legua de la casa *Amarilla*, y tardaron en llegar cerca de una hora.

Salieron frente al puente.

Nada se notaba en el campamento enemigo ni nada se veía. Verdad es que en aquellos momentos era tal la inmensidad de agua que caía que ni aun la luz que llevaba el correo se podia ver á más de cincuenta varas.

Se hallaban nuestros amigos á trescientas varas de sus contrarios y con solo un puente de barcas por separación. ¡Si ellos hubieran podido adivinar lo que tan cerca estaba de ellos y lo que el héroe hizo y lo que intentaba hacer, en átomos hubieran convertido á Flaviano y sus compañeros!

Pero sus dioses estaban mudos esta noche ó se habían ocultado á todo el mundo por temor al diluvio que caía.

Tomó el correo la orilla izquierda del río y en pos de él siguieron desde el héroe hasta el último criado.

—Qué noche, señor,—le decía Luisa, cogiéndose al brazo de su jefe.

—Ni hecha de encargo, paje. ¿Te parece que iríamos bien por esta orilla con tiempo sereno y una clarísima luna?

—Es verdad, ya nos hubieran mandado cien balas.

—Y de este modo no hay otro peligro que el de caer al suelo y llenarse de lodo.

—O el de anegarse con este diluvio.

—Irás débil ¿es cierto?

—Como vos, hemos comido lo mismo.

—Pero yo soy más fuerte.

—Hoy, señor, admira vuestra fortaleza: hoy sois, sin que yo me explique la causa, tan fuerte como Mendoza.

—Es preciso y por eso lo soy.

—¿Basta querer?

—En mí ya lo ves; pero cógete mejor, que resbalas

—Si este piso parece de greda.

—Pon el pie sobre las plantas del campo.

A los diez minutos se detuvo el correo diciendo:

—La barca, señor.

—Veamos. Es bastante grande y tiene ocho remos. Al agua,—dijo á los marinos,—los veinte sugetadla para que no se la lleve la corriente.

Entre todos la arrastraron hasta echarla al agua con presteza.

—Ya está, señor.

—Embarcad una barrena y un hierro con argolla.

—Ya están.

—Ahora coged la punta de esa maroma y vais guián-

dola todo lo lentamente que os permita la corriente. Sugetadla si es posible á la proa.

—A la tabla de abajo, descolgándola por la proa.

—Muy bien, que quede bien sujeta.

—No hay temor de que se escape.

—Bueno es además que las lleveis dos cogida con las manos; si se escapase, todo el trabajo sería inútil.

—Os respondemos de que no se escapará.

—De ese modo si anda la barca demasiado, el maestre Mendoza la sujetará tirando del otro extremo de la maroma, que os seguirá por esta orilla del río.

—Muy bien, señor.

—Os vais inclinando á la plaza y al llegar al ángulo saliente de ella la sujetais; gente habrá allí que os ayude. En el mismo ángulo haceis un barreno y vais metiendo la barra de hierro hasta la argolla; en esta meteis la maromà y cuando mi silbato toque tres veces, vais corriéndola hasta que quede á flor de agua. Sugetadla después cuanto se pueda, os embarcais los veinte, ocho remais hasta llegar á la orilla opuesta y los doce restantes vais corriéndoos cogidos á la maroma por el lado izquierdo para que no os lleve la corriente. ¿Comprendeis la idea?

—Admirable, señor; vamos á convertir en puente esa maroma.

—Eso es un puente interino.

—Lo haremos bien.

—Embarcaos también vosotros,—dijo Flaviano á los cuatro criados,—y esperadme en la plaza. Allí encontrareis, esperándoos, al capital Gonzalo; decidle

que pronto lo estrecharán el maestre Mendoza y el caballero de la pluma negra. Rogelio, coge la maroma y vete andando y dejando que corra para que la barca vaya, á ser posible, siempre enfrente de tí. Delante correo con la luz. Dad principio. Ve deslizando la maroma, Zalla.

—Ya lo hacía, señor.

La barca empezó á moverse, y Mendoza, detrás Zalla y luego Luisa cogida del brazo de Osorio comenzaron á andar.

El gigante dejaba correr por entre sus dos manos la maroma, deteniendo el curso de la barca cada vez que se enredaba aquella. Contra sus fuerzas no había corriente posible.

La tan repetida maroma estaba formada con cáñame tegido con un alambre de bronce, delgado y fuerte, bañado en cola y brea después, ofreciendo una resistencia más que suficiente al objeto á que se la destinaba. Tenía más de doscientas varas de larga, y no era gruesa, pero eso no amenguaba su resistencia extraordinaria.

El correo llevaba en una mano el farol y en la otra la barra con la argolla y la barrena.

El temporal continuaba deshecho, y era tan grande el ruido del agua que caía que no era posible llegase al campamento ni voz ni luz.

Tenía razón Osorio; la noche parecía hecha de encargo.

Quinientas varas tuvieron que andar por la orilla del río después de haber partido la barca. ¡Con qué

trabajo cruzaron aquel camino salpicado de arbustos, de plantas y barro! Más de diez veces estuvieron expuestos á caer al río.

Flaviano tuvo que ponerse al lado del correo para ver dónde ponía la planta, y Luisa iba cogida á su brazo con las dos manos.

Zalla, desenredando la maroma y tirando de ella, cayó tres veces.

Para el único que no había cuidado posible era para Mendoza; su cuerpo era un muro y sus manos dos grandes pedazos de bronce movidos por la fuerza de tres caballos lo menos.

Más de una hora tardaron en llegar al fin de aquella difícil y peligrosa marcha por la orilla del río.

La barca llegó al punto de la plaza donde debía detenerse casi á la vez que Mendoza se detuvo á la voz de Flaviano, que le dijo:

—Correo, deja el farol en el suelo. Zalla y tú coged la punta de la maroma; meted las manos en la argolla que tiene.

—Ya están.

—Sujetad el hierro.

—No hacen tiro los de la plaza.

—No importa; os puede sorprender un movimiento ó la fuerza de la corriente y arrancárosla de las manos. ¿Estais bien?

—Sí, señor.

—Coge, Rogelio, esa barrena que ha tirado el correo y ven aquí con ella.

—Vamos.

Osorio tenía ahora el farol en la mano, examinó el suelo, y después de haber hallado lo que buscaba, añadió:

—Rogelio, donde señala mi pie, haz un barreno.

—¿Profundo?

—De toda la barrena.

—Pronto acabo.

—Zalla, ¿tira mucho la marona?

—Bastante, pero no se nos escapa.

—No descuidaos un solo instante. ¿Ves bien, Rogelio?

—¿Para qué quiero yo la luz? Lo que necesito es fuerza, y esa no me falta.

—¡Por San Juan que no ví cosa igual! ¿Llevas ya una vara?

—¿Pues qué creíais! Como cené bien, es decir, un solo pastel.

—Que tenía dos aves,—añadió el paje.

—Sí, lo menos, pero me bastó aquel pastelito y una botella de Jerez.

—¿Os quedásteis con apetito?

—No, era buena ración.

—¿Está duro?

—¿El suelo este?

—Sí.

—No. ¿Cuánto tiene la barrena?

—Dos varas.

—Pues ya están Flaviano.

—No saques la barrena. Yo cogeré la barra, y al sacar tú ese hierro meteré yo este otro para que no se

llene de agua el agujero que acabas de hacer. Ahora saca.

—Mete un poco nada más. Basta. Quita, que yo la haré entrar con más facilidad que tú. ¿Ves? Se ha colado por el taladro.

—¡Qué barbaridad!—exclamó el paje.—No he visto fuerza mayor. Ni Sansón.

—Hermano; ¿cómo entró una argolla dentro de la otra? Eso sí que no lo entiendo yo.

—Con la barrena golpea desde dentro en la parte superior de esta argolla que está en el suelo y coge el pedazo que salga.

—Comprendo. Esto es. ¡Qué fuerte está! Dos, tres... Al tercero salió. ¿Y ahora?

—Acercaos vosotros; dad esa otra orgolla al maestre, pero sin soltar la maroma; correr las manos hacia abajo. Coge la argolla, Rogelio.

—Ya la tengo.

—No solteis vosotros la maroma. Mete esa argolla dentro de ésta, hermano.

—No entra.

—Toma, golpea con la barrena. Sujétala con la mano izquierda y dale con la derecha. Fuerte.

—Ya entró.

—Mete ahera el pedazo este de argolla.

—Venga.

—Golpea también con la barrena.

—Qué precisión; esto es matemático. Uno, dos... y basta, ya entró todo el pedazo.

—Soltad ya la maroma.

—Sí, lo que es ahora no se escapa.

—¿Qué hacemos?

—Esperad á que acaben la operación los de enfrente y vengan por nosotros.

Y tocó tres veces su silbato.

—Tampoco cae agua; esto no es llover.

—¿Pues qué es, Rogelio?

—Venirse el mar sobre nosotros.

—Dí, Rogelio, ¿qué llevas en los bolsillos del tabardo que te abultan tanto?

—Cargas, pañuelos y muchas cosas.

—También abultan los de Zalla.

—Oye, hermano, mira tu pobre paje qué dócil y angustiado está.

—Buen día tuvo.

—No estoy del todo mal. Más me ha fatigado la venida desde la casa *Amarilla* hasta este sitio que las diez leguas anteriores.

—Y todos. Son tres cuartos de legua infernales.

El paje volvió á cogerse al brazo de Flaviano, y ahora tenía su cara apoyada al hombro del héroe. La infeliz no podía tenerse en pie. Anduvo 190 leguas, diez luego con agua torrencial y tres cuartos de legua después por un barrizal dificilísimo, y llevaba más de 24 horas sin haber tomado más que una copa de Jerez.

Su resistencia en esta ocasión había superado á todo cálculo.

Al cuarto de hora de estar esperando dijo el correo, que se había sentado al lado de la maroma:

—Ya vienen por nosotros.

—¿En qué lo notas?

—En el tiro en que hace la maroma.

—La estarán sujetando á la argolla.

—No, señor, eso lo hicieron antes, ahora se apoyan en ella.

—Sí,—exclamó Osorio—debe ser lo que dice el correo. Y lo es ciertamente; al través del agua se ve un resplandor. Eso es que han colocado una luz en la proa de la barca. ¿La veis?

—Sí, la veo.

—Se nota que avanza.

—Ya se ve más clara.

Diez minutos después llegó la barca con dos remos más, es decir, con diez.

—¿Habéis trabajado mucho?—preguntó Flaviano á los marinos.

—Bastante, señor, pero es una gran idea, y la maroma tiene una resistencia admirable.

—Al regresar ahora trabajaréis menos, y mañana mucho menos aun. Rogelio, á la proa, coge la maroma y haz avanzar la barca cuanto puedas. Saltad Zalla y correo. Ahora tú, Luis. Esperad, que os dejáis aquí la barrena. Tómala, correo. Rogelio, adelante.

La fuerza de Mendoza dió á la lancha un doble empuje del que le daban antes los 20 marinos. Se había sentado en la tabla para nivelarse con la maroma, y á cada esfuerzo que hacía avanzaba dos varas.

—Bravo, señor maestre, le decían los marinos;—vamos á llegar á la mitad del tiempo que tardamos en venir.

—Eso deseo.

—Ya se acerca el centro del río.

—¿Qué importa eso?

—Tiene más fuerza la corriente.

—Veamos. ¡Viva España! ¡Viva el héroe muerto ó como esté! Allá va este por el paje.

A cada frase de esas hacía el gigante un nuevo esfuerzo, y la barca arrollando la corriente y haciendo inútiles los remos avanzaba rápidamente.

—No hemos visto nada igual,—decían los marinos admirados.

—Todavía es poca mi fuerza; se desarrolla ejerciéndola. Veamos ahora. ¡Viva mi patria! ¡Vivan los españoles!

—Ya hemos pasado el centro, y ahora todo es más fácil.

Cinco minutos después entraban en una rebalsa que apenas si la movía la corriente.

Todos se echaron fuera de la lancha.

Flaviano alargó los brazos á Gonzalo, luego lo estrechó el marqués, diciéndole al oído:

—Mi hermano, Luis y ese otro capitán vienen en ayunas. Yo traigo encima manjares, pero si saben que yo los conduzco no los comerán.

—Dádmelos luego.

No hablaron más.

En aquel pequeño muelle no vieron más que al capitán Gonzalo, á dos centinelas y á sus cuatro criados.

Dejaba Flaviano en aquella maroma, argollas y lan-

chas, un puente por el que en breve debía ser abastecida la plaza de cuanto le hacía falta. Era la Providencia que llegaba en forma de un sér humano. Era el genio de la guerra que no hallaba dificultades y obstáculos invencibles. Decíase que representaba un ejército, y era y valía más que dos.

CAPITULO LXVI

La cena.—San Juan Bautista.—El campamento.—Acaba el día y todos comen.

Osorio tendió una mirada por el pequeño muelle y,
—Descansad esta noche,—les dijo,—que buena falta os hace; pero en cuanto os levantéis mandáis hacer seis argollas que tengan el doble de diámetro que esa maroma. Son para fijarlas en esas tres barcas que veis dos en cada una para que pueda ir pasando por ellas la maroma. Los barcos irán amarrados uno con otro y de este modo el cruce por el río podrá hacerse sin remos y con gran facilidad. Por el día que fijen las seis argollas, que deberán tener la mayor resistencia posible, y por la noche se echarán al agua á presencia mía. Tenemos que transportar veinte carros de víveres y deseo que sea en el menos tiempo posible para no pasar otra mala noche.

—La idea es excelente, señor, pero va á hacer toda la fuerza la maroma y no se yo si podrá resistir tanto.

—Resiste el doble.

—En ese caso se les pondrán las argollas y lo haremos como vos mandéis.

—¡Gonzalo!

—Señor.

—Que den á estos veintes marinos, que debéis cono cer, buen alojamiento; también á este correo.

—Entremos en la plaza.

Y todos se dirigieron al palacio que habitó el príncipe Julio.

Todavía no era la media noche.

Cuanto dirigía Osorio llevaba el sello del acierto, de la precisión y de la sabiduría.

Lo que acaba de realizar ahora bastaba para elevar la inteligencia humana á su grado máximo.

Desde que salieron los ciento cuarenta de la gran gruta, caminaban de sorpresa en sorpresa hasta llegar en estos momentos á la maravilla.

Los marinos iban diciendo:

—¿Quién será el de la pluma negra, compañeros?

—Si no es el general Flaviano se parece á él.

—¡Qué acierto!

—De no haber muerto juraría yo que era él.

—¡Qué ideas!

—No hay hombre como ese en el mundo.

—¿Pero quién será?

—¿Por qué no se descubre?

Y de este modo lo iban admirando, sin hacerle otra cosa que justicia.

Delante marchaban Gonzalo, con Mendoza y Zalla, detrás Luisa cogida al brazo de su señor, luego los criados y el correo, y seguían los marinos.

—Ya os he dicho,—hablaba Mendoza á Gonzalo,—que mi hermano viene en ayunas. Entre Zalla y yo traemos tres aves, dos panes, muchos dulces y dos botellas de Jerez. ¿A quién se las damos? Os advierto que si sabe que hemos traído nosotros esto, no lo comen ni Flaviano ni su paje.

—¿De dónde son, señor maestre?

—De la casa Amarilla.

—¿Quién os lo dió?

—El derecho de conquista.

—¿Qué decís?

—Ya lo habéis oído.

—¿Pero no vive allí el almirante inglés?

—Vivía.

—¿Se fué á la escuadra?

—No, al otro mundo.

—¿Estáis en vuestro juicio?

—Lo hemos muerto y á sus dos oficiales de órdenes, y á sus seis criados.

—¡Cuando lo sepan en el campamento!

—Allí había mucha gente.

—Gonzalo, los que no murieron quedaron hombres y mujeres prisioneros de guerra, y la casa *Amarilla* es ya un cuartel que manda el maestre Almeida.

—¡Pero con qué sangre fría, con qué indiferencia lo decís! ¿Comprende el señor marqués la importancia que tiene eso?

—Por lo visto, el que no conoce á mi hermano sois vos. ¿Tiene menos importancia el casi puente que acabamos de poner sobre el río Tabasco, por el cual pasarán mañana por la noche veinte carros cargados de víveres?

—¡Veinte carros! Tenéis razón, señor marqués, nuestro hermano es una maravilla.

—Sí, una maravilla que se va á morir de hambre y no me decís á quién damos estas viandas.

—Al entrar las dejáis en el recibimiento de arriba junto al estrado. ¿Qué psrsonas van á comerlas?

—Mi hermano, su paje y este capitán. Los restantes cenamos en la casa Amarilla.

—¿Quién mató al almirante?

—Este capitán.

—¡Tan jóven!

—Sí, fiaos en los años. Es además discípulo de mi hermano, ahijado del duque del Imperio y protegido de ambos, porque lo merece por sus hechos.

—Buenos serán, compañero, cuando ese merecen de los Osorios. Tengo mucho gusto y mucha honra en ofrecerme á vos.

—Gracias,—contestó con indiferencia Zalla.

—Decid, Gonzalo, ¿qué cena preparabais á mi hermano?

—El caldo de dos aves que ha muerto hoy el mejor tirador que tenemos, esas dos mismas aves asadas con

su sustancia, pues no había otra, y un pescado asado también en parrillas.

—¿Todo eso teníais?

—No queda ya en la isla caza ni comemos otra cosa que pesca y frutas; y de esta pronto daremos fin.

—Pronto sobrará de todo.

—¿Por qué guarda todavía el incógnito el general?

—No lo sé; probablemente porque nos reserva otra sorpresa mayor que las conocidas.

—Ya hemos llegado, entremos todos.

Al llegar exclamó Gonzalo:

—Señor, aquí tenéis la alcoba que usó el señor príncipe y la ropa que vos dejásteis, mudaos de todo, que os sequen las carnes vuestros criados y pasad luego al comedor donde os servirán la cena. Luis, esa otra es nuestra alcoba; ahí tenéis también la ropa que os dejasteis, haced lo mismo, y en el comedor os espero. Señor maestre, aquí, la vuestra y ropa para mudaros de la que usásteis en el campamento. Y vos, capitán Zalla, también tenéis ahí alcoba, y pronto os entrarán ropa mía para que os mudéis.

—Gonzalo, dad á mis criados la ropa de los otros que mataron, y que á los marinos les faciliten lo que necesiten.

—Señor, cuidaos de vos únicamente, de los demás me corresponde á mí esta noche.

—Sea.

Y cada uno se fué á su alcoba seguido de su criado á excepción de Luisa que se encerró sola.

Gonzalo dió ropa á los sirvientes ínterin preparaban la cena, mandó que entregaran á los marinos lo que pidieran, y luego pasó al comedor donde fueron yendo Zalla, Mendoza, Flaviano y Luisa.

Pronto sirvieron á los tres que no habían comido caldo con sopas, cinco aves, un pescado, postres de dulce y frutas, y dos botellas de Jerez.

—Espléndida cena,—dijo el héroe mirando la mesa. —Demos principio. Pero cenad con nosotros, Gonzalo.

—Señor, ya he cenado.

—Os ruego que volvais á cenar conmigo. Hay para todos.

—Obedezco, señor. Traedme otra taza de caldo, yo echaré las sopas.

Empezaron á comer diciendo Flaviano:

—Capitán Gonzalo, parece, y lo aplaudo, que cenais con más apetito que nosotros, no obstante hallarnos los tres en ayunas.

—Puede, y no os extrañe, tengo estos días más ganas de comer que cuando estábamos en el campamento.

—Ves qué cosa más rara, al capitán Gonzalo se le despierta el apetito cuando hay menos que comer.

—¿Menos? ¿Qué podeis pedir á esta cena?

—A esta nada; me refiero á las otras.

—¡A las otras! No comprendo.

—Sí, á la de anoche, anteanoche y atrasadas.

—Vos adivinais, señor.

—¡Qué buen color teneis ahora! Tomad esta copa de Jerez, y tú, Rogelio, bebe esta otra y danos tu opinión, creo que en vinos eres inteligente.

Flaviano llenó las cinco copas y mientras trinchaba dos aves le preguntaba á Mendoza:

—¿Qué te parece este vino, Rogelio?

—Excelente.

—¿De dónde es, Gonzalo?

—De Jerez.

—Eso no cabe duda, quiero decir en qué punto de Méjico lo habeis adquirido.

—En Cruz.

—Pues es igual al que bebía el almirante Yoon. ¿No es cierto, Rogelio?

—Sí, hermano, igual. Lo tomaría también en Cruz.

—No; me consta que se surtía en El Carmen.

Gonzalo y Mendoza estaban ya como dos tomates.

—Y estas aves,—preguntó el implacable Flaviano, —¿son cazadas en esta isla?

—Sí, señor.

—¡Cosa más rara! ¿Aquí hay capones volátiles?

—Serán..., serán...

—No, Gonzalo, no serán, son capones. ¿También tú, Zalla, te pones colorado?

—Son los efectos del Jerez, mi general.

—Pues mi paje y yo no hemos podido notar esos efectos.

—Dejadlos comer, señor,—dijo Luisa.—Ya no tiene remedio.

—¿Qué es lo que no tiene remedio, Luis?

—El que Zalla y el marqués hayan cargado con todas esas viandas en la casa *Amarilla*.

—¿Pero es cierto?

—Creo, señor, que fuisteis el primero que lo notó.

—No culpes de nada al capitán, hermano,—dijo Mendoza;—fuí yo el que cogió todo eso, y no pudiendo llevar tanto en mis bolsillos le rogué á Ricardo que me ayudara y accedió á mi deseo por sólo complacerme.

—Por complacerte, no; porque Luisa y yo tuviéramos que cenar esta noche. La misma idea que te obligó á ti á traer manjares contra mi voluntad.

—Verdad es, hermano.

—Con permiso del general le voy á imponer un castigo para que podais perdonar una falta tan grave. ¿Me autorizais, señor?

—Si.

—Señor marqués, os impongo la pena de comer ese tercer capón.

—Ya he cenado, Luis.

—Por eso, si tuviérais hambre no sería castigo.

—¿Y vosotros mañana?

—Podremos no comer, maestre, pero la cena creo tenerla segura.

—O te lo comes ó ayunas en todo el día de mañana por tarde y noche.

—Hombre, eso sería una crueldad.

—Pues obedece.

—¿Me lo mandas además?

—Sí.

—Pues voy con él.

—No está mal este pescado para hallarse hecho con su sola sustancia, Gonzalo.

—Cierto, señor, hemos tenido que ingeniarnos.

—Come de él, Rogelio, que de estos hay muchos en el río Tabasco.

—Sí, lo probaré.

—Y puesto que hay abundantes frutas y dulces, será preciso que los pruebes también.

—¿Te empeñas?

—Claro es.

—Pero, ¿y mañana, hermano?

—Ya hará otro milagro el capitán Gonzalo. Comeremos capones de esta isla.

—Si yo le ayudo, positivamente.

Continuaron cenando hasta dar fin Mendoza de todo lo que no quisieron los otros.

—Señor marqués,—le dijo el paje,—si no llegais á cenar en casa de la viuda de Monclova os sucede algo esta noche y á nosotros también.

—Claro es; lo que dice mi hermano, cuando hay menos alimentos se abre más el apetito.

—¿Quedasteis satisfecho?

—Sí, Luis, no comería más aun cuando me trajesen los primeros alimentos del mundo. ¿Y tú?

—Yo, tampoco.

—¿Te sientes ya fuerte?

—Sí.

—Pues si todos estamos bien, retirémonos á descansar, que no es mucho pedir, después de andar doscientas leguas y sufrir un diluvio como el de Noé.

Media hora después todos dormían.

Hasta el paje dió en esta ocasión pruebas de una fortaleza impropia de su sexo y de su edad.

Al despedirse Osorio de Gonzalo le dijo:

—Avisad al jefe de zapadores que venga á verme mañana á las nueve. No decidle que soy yo; quiero sorprenderlo.

En el campamento no carecían de alimentación como en la plaza; en cambio vivían sobre una laguna sin que hubiera señal ni esperanza de que cesara el furioso temporal.

¡Qué distantes se hallaban los enemigos de suponer lo que estaba sucediendo!

En estos momentos no contaban con un verdadero jefe, toda vez que Moctezuma no tenía capacidad y el almirante Yoon dormía el sueño eterno, gracias á la acertada puntería y no escasa inteligencia de Ricardo Zalla, ni la mucha gente que se había aglomerado en torno del campamento podía hacer frente á nuestro ejército y mucho menos al sabio general que lo dirigía.

Ved hoy á nuestros soldados hambrientos, sin esperanza de mejorar de situación y si un capitán cualquiera les hubiera dicho: ¡la patria peligra, salvemos la patria!, como un solo hombre hubieran corrido al combate, débiles, por la falta de alimentación, y fuertes por el deseo de un triunfo que su honra militar les pedía, el cual lograrían, sin duda alguna, aun cuando perecieran la mitad.

Al entrar Flaviano en San Juan, sólo Gonzalo sabía que el héroe, lejos de morir, se hallaba frente al

enemigo, haciendo, como decía Mendoza, milagros reservados á su genio.

Se propuso no aparecer resucitado hasta que tuviera dominado al enemigo, y ya ven nuestros lectores que sólo se ha dado á conocer á contadas personas y esto por lo indispensable que le era la obediencia de aquellos á quienes se había descubierto.

Ningún otro capitán de San Juan lo sabía; sólo Gonzalo, y éste porque fué elegido por sus compañeros jefe único hasta que regresaran los maestres.

También tenía que darse á conocer al jefe de zapadores, pero no pasaría de ahí hasta que llegara el momento dado.

Pensaba realizar el mayor milagro que imaginarse puede, y hecho esto, dejar caer en la balanza su nombre, para que el fiel cayese de su lado y no volviera á levantarse.

El único elemento de verdadera resistencia que tenía enfrente Osorio, era el inglés, por esta causa pensaba darle una verdadera lección; pensaba dejarlo sin ganas de volverse á meter en casa agena á *desfacer* agravios que á él nadie le había hecho, y pensaba por último, levantar el pabellón español tan alto, cuanto que ninguno hubiera llegado al sitio donde quería elevarlo.

¿Conseguirá todo lo que se propone? ¿Vencerá tantos obtáculos como han de salirle al encuentro?

Pronto lo hemos de ver; temor no tiene, al contrario, lejos de temer á sus enemigos, lentamente lo ha ido encerrando en el campamento que levantó su genio

y en el cual se hizo el invencible, para que no hubiese más que una pelea y un triunfo.

Pelea dudosa, toda vez que en el escondido pensamiento del héroe estaba borrada la palabra pelea.

—Quisieron rendir á mis soldados,—se decía,—sin la fortaleza del plomo, sino con la debilidad del hambre; no supieron hacerlo y les voy á enseñar á realizar esas cosas.

Ese era el verdadero pensamiento de Silva, por más que, como experto general, no abandonase la defensa de la plaza por lo que pudiera ocurrir.

CAPÍTULO LXVII

Reconocimiento.—Las nuevas obras en proyecto,—Otro Trinitario.—Acabó el hambre.

A las nuevo de la mañana del día siguiente salió Flaviano al salón contiguo á su alcoba, en el cual le esperaban ya su paje, Mendoza, Gonzalo y Zalla.

El héroe los miró atentamente, y después de cambiar con ellos algunas frases, dijo á su paje:

—Luis, unas veces se castiga á los seres humanos por sus faltas, otras por sus virtudes.

—No os comprendo, señor, por que eso que decís no es otra cosa que la indicación de la justicia y de la injusticia humana. ¿Que tiene que ver eso con nosotros?

—Hay ocasiones en que se recompensa la virtud y los más grandes merecimientos, castigando en la forma al que los practica.

—Ahora os comprendo menos, señor.

—Luis, anoche te retiraste á tu alcoba con fiebre.

—Pero ya estoy bien.

—Quiero que estés mejor.

—¿Para qué, señor?

—Para que no sufras ni peligre tu vida.

—Nada temáis por mí, me hallo bien.

—Temo y voy á hacer lo que debo. Luis Oaxacay, te arresto en este palacio por tres días. Zalla, no perderéis de vista á mi paje durante ese tiempo, con la sola excepción de las horas de descanso, que le encerrareis en su alcoba. Vos, Gonzalo, y tú, Rogelio, le acompañareis también en las horas que el servicio os lo permita. Os advierto que mi paje no ha cometido falta alguna, que su persona es sagrada para mí y para todos los que me obedecen, y que no toleraré jamás que se le falte en poco ni en mucho.

—Pero yo no puedo obedeceros, señor.—exclamó el paje con entereza,—á no ser que vos quedeis también arrestado.

—Eres tú sólo el arrestado, y á lo sumo tu carcelero Zalla.

—Yo no soy soldado.

—Ya lo sé.

—¿Con qué derecho me imponeis ese castigo?

—Entre otros, con el de la fuerza.

—¿No es injusto eso?

—Jamás estuve más justo ni más acertado.

—¿Qué os proponeis, señor?

—Ay, Luis, desde que he resucitado para algunos, me veo en la necesidad de encerrarme entre secretos y misterios hasta para las personas más allegadas. Tene-

mos frente á nosotros más de treinta y tres mil enemigos que desean acabar con todos los que me obedecen; detrás hay una escuadra poderosa que los apoya y defiende, y nosotros carecemos hasta del alimento necesario á la vida. Hoy ni el general en jefe comerá. Respeta, Luis, todos mis actos, y tú, que tantas pruebas me tienes dadas de afecto, lealtad y valor, da ejemplo de subordinación y obediencia en momentos tan críticos. Si es preciso, yo te lo ruego.

—No es necesario, señor, sin ruego os obedezco y soy el primero en acatar vuestras órdenes.

—Eso esperaba de tí. Gonzalo, que no entren en este palacio más personas que aquellas que yo llame. Si podeis proporcionar algún alimento, dad una parte á los que ahora me rodean, yo no quiero nada. Luego salid con Mendoza, que es vuestro superior, ved á los capitanes, al ejército, al pueblo, y les pedís que sufran y resistan sólo el día de hoy. A las diez de la noche habrá alimentos para todos y hasta manjares para los jefes. Y añadid, que desde mañana no les faltará nada. ¿Vino el jefe de zapadores?

—En el despacho que fué del príncipe os espera.

—Que me lleven allí el casco. Regresaré al medio día y pasaré la tarde con vosotros.

Sin decirles más desapareció.

El jefe de zapadores, que era una de las personas que mayores y más importantes servicios había prestado á Osorio, se hallaba sentado en un sillón, grave, ensimismado y tan contraída su frente, que domostraba hallarse entregado al más acerbo pesar.

De pronto se halló con Flaviano que le alargaba los brazos, y dando un salto quedó de pie, tan sorprendido y confuso que sólo acertó á decir:

—¡La Providencia!

Osorio lo estrechó, le hizo sentar á su lado y le dijo:

—Por Dios, que si yo fuese la Providencia no merecíais el abrazo que os acabo de dar.

—Pero señor, ¿es posible lo que veo? ¡Vos vivo; vos en San Juan Bautista!

—Sí.

—¡El genio aquí!

—No, un hombre y nada más.

—Un hombre que acabará con el hambre en tres días..

—No, esta noche.

—Un hombre que romperá ese cerco antes de un mes.

—No, mañana por la noche.

—¡Mañana! ¡Y sois un hombre! Convenid, señor, en que si sois un hombre no os pareceis á los demás.

—Igual en todo con más ó menos suerte.

—No os puedo contradecir, señor.

—Me alegro.

—¿Y vuestro inimitable paje, mi general?

—Arrestado.

—¡El! ¿No os salvó la vida otra vez?

—Sí.

—¡Y lo arrestais!!

—Y lo arresté.

—Sois, señor, incomprensible. ¿Qué ha podido hacer que merezca ese castigo?

—Tanto trabajó ayer; tal resistencia opuso á los males con que la naturaleza le castigó, que anoche tuvo fiebre y quiero que descanse y se reponga. Quiero además que no le vea el ejército para que ninguno descubra mi incógnito hasta que yo lo quite.

—Arresto sabio, como todo lo vuestro.

—Hablemos de la ciudad.

—De lo que vos dispongais.

—¿Sabeis que el enemigo ha llevado á su campo 20 cañones?

—Los ví entrar, señor.

—¿Qué habeis hecho para recibir sus balas?

—Una doble trinchera interior.

—¿Nada más?

—Creo que basta, y ahora que estais vos aquí, creo que sobra.

—¿Teneis que denunciarme algo, que enterarme de algunos asuntos?

—Lo que puedo deciros, ya lo sabeis. El abandono de los maestres y la ausencia del príncipe. Gonzalo y yo hicimos cuanto era posible y siempre esperando al uno ó á los otros, nos concretamos á animar á los oficiales y soldados, logrando, señor, que hasta el hambre lo sufrieran con paciencia. Nada más os tengo que decir.

—Vamos á reconocer la muralla y la ciudad.

—Señor, llueve á mares.

—Lo mismo sucedió ayer y anteayer, y os puedo

asegurar que no conseguí llegar á la plaza por encima de las nubes.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general.

Flaviano bajó la visera de su casco y con su pluma negra y caida por la mucha agua que la había bañado, subió con el jefe de zapadores, reconociendo detenidamente todo el muro de la plaza que daba frente al campamento.

Mandó añadir dos trincheras en los ángulos, y exclamó:

—Está bien; con eso bastará. Al amanecer que empiecen las obras y queden terminadas por la noche.

—Pueden dar principio hoy.

—No, hoy lo poco les costará gran trabajo; mañana podrán hasta con lo más difícil. ¿Olvidas que están débiles? ¿Qué van á comer hoy?

—Pescado, señor. Desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho, logramos coger más de cincuenta arrobas. Ha sido el día de más pesca desde que estamos en San Juan.

—¿No tienen fruta?

—Por orden de don Gonzalo salieron de madrugada para coger toda la que estuviese madura.

—Eso es.

—Pero ignoro la cantidad que habrán traído.

En estos momentos se acercó á ellos Pérez, diciendo:

—Señor, don Gonzalo os ruega vayais á tomar una taza de caldo y una piña.

Su amo le contestó:

—Llévale ambas cosas á mi paje, y le dices á Zalla que le obligue á que tome las dos cosas.

—Señor, iba á comer pescado.

—Primero el caldo, luego el pescado y después la piña.

Y le volvió la espalda seguido del zapador.

A la segunda calle que recorrieron se halló Flaviano frente al convento de Trinitarios.

La puerta de la iglesia se hallaba abierta, y ambos entraron, permaneciendo media hora de rodillas delante de la imagen de Dios.

Luego entraron en la sacristía y se hicieron conducir á la celda del prior. Este reconoció al jefe de zapadores, no á Flaviano, por llevar el rostro cubierto con la celada.

Ambos se sentaron.

El prior les preguntó:

—¿En qué puedo complaceros, señores?

Osorio le contestó:

—Os voy á dar varias noticias, padre superior, y luego os las voy á cobrar.

—No os comprendo, caballero.

—Oidme: se halla en Méjico el general de vuestra orden, señor príncipe de Italia.

—¿Estais seguro, señor?

—He hablado con él varias veces. También se encuentra en la capital el duque del Imperio.

—Tampoco lo sabia. ¿Con que el padre del héroe, vino?

—Yo no he dicho eso: os participé que estaba en

Méjico, y ahora añado que fué nombrado virrey el duque del Imperio.

—¿Pero no es lo mismo? ¿El señor duque no era padre de don Flaviano de Osorio?

—Es padre de Flaviano, pero no del héroe.

—Cada vez os comprendo menos; don Flaviano de Osorio era el héroe que desgraciadamente murió, y fué hijo del duque.

—Eso lo decís vos; pero la verdad es que ni Flaviano murió por más que estuvo á la muerte, ni fué héroe, sino un hombre como yo.

—Señor jefe de zapadores, ¿qué decís vos contra las afirmaciones de vuestro compañero?—le preguntó el religioso.

—Digo, padre prior, que este caballero no mintió jamás, aun cuando no esté conforme con él en eso de que don Flaviano no sea héroe, por más que resulta, en efecto, un hombre como él.

—¿Que no murió don Flaviano? ¡Oh, si eso fuese cierto ya estaría en San Juan!

—¿Quién os ha dicho que no esté?—le preguntó Flaviano.

—Dejadme meditar... Sí; el héroe vive y se halla en San Juan Bautista.

—¡Qué pronto cambiais de opinión!

—Vuestras frases, caballero, mejor dicho, vuestras noticias y la maroma que atraviesa el río me han abierto un horizonte...

—Poca cosa es, superior, una cuerda que atraviesa un río.

—Caballero, esa maroma es un puente, un equivalente, y sólo ha podido ponerla el héroe.

—Dale con el héroe. No hablemos más de él y continuad oyendo mis noticias. ¿Qué, os poneis de pie?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

—Haced lo que os agrade.

—Hablad, señor, yo os lo suplico.

—¿Volvereis á dudar de mis frases?

—Dios nuestro señor me libre de semejante disparate.

—Me alegro, pues sabed, padre superior, que anoche llegaron el maestre Mendoza, el capitán Zalla, el paje de Flaviano, un correo de los padres jesuítas; yo y...

—Continuad, señor, yo os lo suplico.

—Os va á costar muy cara la noticia.

—Añado á todo lo que me pidais mi vida.

—Nuestro Señor la conserve muchos años para ejemplo vivo de caridad y santa abnegación.

—¿Y la noticia, señor?

—¿No quereis que os diga antes lo que os voy á llevar por ella?

—No, señor. Después lo que querais, inclusa mi vida.

—Pues oidla. Desde esta noche á las diez en adelante, reemplazará la abundancia al hambre que hoy aflige á San Juan.

—¿Desde esta noche á las diez? ¿Y luego, señor?

—No me he propuesto deciros hoy más que eso.

—En cuyo caso lo diré yo. Después, al soplo divino del héroe, huirán esos paganos y San Juan Bautista quedará como al marchar de aquí el genio de la guerra.

—Ahora soy yo el que no os comprende... No vale mentir, no quiero comprenderos. Y os advierto, padre prior, que yo os dí las noticias y vos no pagais.

—Pedid, señor.

—Por el pronto poca cosa, luego será algo más.

—Ya lo sabeis, hasta mi vida.

—Que nos sirvan dos tazas de caldo con sopas y una copa de vino.

—Lo haré yo por egoismo.

—¿Por egoismo?

—Sí, señor; quiero tener la honra de serviros: esa no se la cedo á nadie.

—Gracias, padre superior.

Salió el fraile, diciendo al zapador:

—Ya veo que no fuísteis con vuestro paje tan generoso como creí al principio. ¡Qué talento teneis! Vuestra mirada penetra al través de los muros y ve lo que hay hasta en la despensa de los conventos.

Más de un cuarto de hora tardó en volver el religioso.

Por fin entró, cargado con una bandeja que apenas podía sostenerla. En ella llevaba pan tierno, caldo de ave, un pollo asado, un pescado, frutas en dulce, frescas, bizcochos rellenos, algunas otras cosas, con vino añejo y agua.

Cuando todo lo hubo colocado sobre un velador, dijo al héroe:

—Señor, comed cuanto el apetito os pide.

—Buen almuerzo, prior.

—Mañana os lo podré ofrecer mejor, gracias á vos.

—¿Por la milagrosa cuerda?

—No, señor; por el puente que vuestro genio colocó sobre el río.

—Dale con el héroe y con el genio. No habladme de ese modo ó me marcho.

—No, por Dios. Os hablaré de mi amado superior el príncipe de Italia y de vuestro... No, del señor invencible duque del Imperio.

—Eso ya es otra cosa.

—¿Creeis, señor, que vengan á San Juan Bautista S. A. el príncipe de Italia y S. E. el duque?

—Es posible.

—Será una dicha para mí.

—¿Los conoceis?

—A los dos.

—¿De Madrid?

—Sí, señor. ¿Por qué no os levantais del todo la celada ó visera del casco? Comeríais con más comodidad.

—Estoy bien así, *pater*.

—Quién pudiera, señor, ofreceros los banquetes con que obsequia, según dicen, el almirante Yoon á sus amigos.

—¿En el infierno?

—No, en la casa *Amarilla*.

—No, en esa casa se halla hospedado el maestre Almeida, y no está de humor de dar banquetes.

—¿Dónde se halla el almirante, señor?

—Os lo iba á preguntar, padre prior.

—¿A mí?

—Claro es, ¿dónde opinais que esté, en el cielo, en el purgatorio, en el limbo ó en el infierno?

—¡Ha muerto!

—Con los ingleses que le rodeaban.

—¿Cuándo llegásteis, señor?

—A la casa *Amarilla* á las ocho y media próximamente, á San Juan á la media noche.

—¿De ayer?

—Sí.

—¡Qué energía, qué talento!

—¿Os referís al que ha condimentado estas viandas? Porque están deliciosas.

—No, señor, me refería al hijo del príncipe de Italia y del duque del Imperio.

—No debe ser bueno. Ya sabeis que Cervantes decía: Un hijo de dos padres tiene que ser malo.

—Se refería, si no recuerdo mal, á una obra escrita por dos autores, y yo me contraigo á otra cosa.

—Ah, eso es diferente. Comed, amigo mío—añadió Flaviano al zapador.—Todo es bueno, y hoy no volvereis á comer. Porque lo más pronto será después de la media noche.

Ambos almorzaron cuanto quisieron.

Flaviano se puso en pie diciendo al prior:

—Vamos con la segunda parte de la deuda que habeis contraído conmigo.

—Lo que querais.

—Es indispensable que, con la brevedad posible, ha-

gais que todos los conventos y sacerdotes de San Juan repartan entre el pueblo sin distinción de personas ni categorías cuantos alimentos tengan; ¿lo oís? todos. Quiero que apagueis vosotros, únicos que podeis hacerlo, el hambre que hay en esta plaza. Desde esta noche en adelante yo os daré á todos cuanto necesiteis. Y oid un consejo: no hableis á nadie de mí, porque pudiérais equivocaros ó perder la vida si acertais.

—Seré mudo y cumpliremos vuestra orden en el acto.

—Con la mayor brevedad.

—Dad por hecho, señor, que antes de dos horas no hay hambre en San Juan Bautista.

—El cielo os guarde, padre prior.

—Y á vos siga concediendo su poder y su gracia; nadie más digno de ellos.

Ambos salieron.

El zapador preguntó:

—¿Dónde vamos, señor?

—A vuestro cuartel.

—Cerca está.

—Pues abreviemos.

Llegaron al edificio donde estaban alojados los zapadores, dando la orden para que salieran todos y fuesen mandando á los conventos á todo el que tuviese hambre, fuese paisano ó militar sin distinción de sexo ni de categoría.

Los zapadores obedecieron en el acto á su jefe.

A las dos horas todas las despensas de los conventos y restantes de otros sacerdotes se abrieron, y todo el que tuvo hambre comió.

Con otra idea acababa de alimentar Flaviano á aquel pueblo hambriento.

El prior trinitario recorrió en persona toda la población, y todos los religiosos le obedecieron hasta dejar sus despensas y depósitos vacíos.

Satisfecho Flaviano de su obra, dijo al zapador:

—Retiraos y volved á buscarme á las siete.

—¿Nada más quereis de mí? Aun no es medio día.

—Con este diluvio nada más podemos hacer hoy.

Y volvió al palacio.

En el salón estaban su paje, Mendoza, Gonzalo y Zalla.

Le obligaron á que cambiase de ropa interior y exterior, y luego que volvió al salón le preguntó su paje:

—¿Habeis comido, señor?

—He almorzado espléndidamente, Luis.

—¿En dónde, señor?

—En el convento de trinitarios. Y ya, capitán Gonzalo, en este momento come en San Juan todo el que tiene hambre.

—¿Otro milagro, señor?

—Otro.

—¿Cómo lo hicísteis?

—Nada más fácil. Las despensas de los conventos son muy precavidas; tendrán de todo, y en mi obsequio las están vaciando y comiendo lo que hay en ellas todos los habitantes de San Juan.

—¿Os disteis á conocer?

—No, á fe mía. Pretendió reconocerme el prior, y

eso bastó para que él se encargase de ofrecer en unión de sus dignos compañeros todo lo que hay en los conventos.

—¡Ay, Flaviano!—exclamó Mendoza.—Yo sólo he comido un pescadito y unos cuantos plátanos!

—¡Jesús! Un pescadito de cinco libras y trece plátanos!

—No exageres, Luis.

—No exagero,—señor marqués.

—¿Qué era eso para mí?

—Casi nada; para otro un exceso de comida.

—No tanto, paje.

—¿Teneis de veras apetito?

—¡Mucho!

—Dios os lo conserve muchos años.

Y continuaron hablando.

CAPITULO LXVIII

Otra vez la casa Amarilla.—Embarque nocturno.—A la vez se practica el reconocimiento más importante.

Condoliéndose estaba el marqués de Abella de lo insustancial de la comida que le había ofrecido don Gonzalo, Luisa se burlaba de él como de costumbre y Flaviano sonreía oyéndolos, cuando entró Pérez diciendo á su amo:

—Señor, dos legos trinitarios traen una cesta grande con viandas para el caballero de la armadura negra, el paje del señor general Flaviano y el maestre Mendoza.

—¿Qué oigo? ¿Qué dices, Pérez?—exclamó Rogelio dudando.

—¡Gonzalo!—interrumpió Osorio sin hacer caso al jinete,—haceos cargo de esa banasta y dad las gracias á esos benditos, en nombre de los tres á quienes se la mandan.

—Gracias á Dios que vamos á comer algo de provecho,—añadió Mendoza entusiasmado.

—Come bien, hermano si te mandan bastante,—le contestó Osorio,—que esta noche tienes que trabajar mucho.

—Lo haré, descuida.

—Con ese consejo va á reventar, señor.

—Te metes en lo que te importe, paje castigado.

Luego entró Gonzalo al cual preguntó el héroe:

—¿Qué mandan los padres, capitán?

—Cuatro aves, cuatro panes, varios embutidos, una torta grande, dos pasteles, como una arroba de dulce y frutas en abundancia; añaden doce botellas de vino.

—Muy bien, comed los cuatro y lo que os sobre se lo dais á los marinos y al correo; tienen que reponer sus fuerzas que habrán de emplear esta noche con provecho. Yo no tomaré nada, que he almorzado bien, y nada quiero hasta última hora.

Poco después comieron los cuatro y aun quedó bastante para los veinte marinos y el correo.

Poco antes de las siete llegó el jefe de zapadores, y poniéndose en pie Flaviano le dijo á Gonzalo:

—Capitán, tened dispuesta la lonja para depositar en ella lo que os irán llevando esta noche. Mandais al muelle mil hombres para que puedan recibir los fardos y cajas, y en el depósito otros tantos para que vayan abriendo y desenfardando todo lo que recibais.

Cuanto viene en los veinte carros lo paga el rey, y después de cubrir las necesidades del ejército y parte oficial por dos días, regaláis lo demás con equidad y

acierto. Desde pasado mañana entrará todo en su estado normal, y los proveedores y tenderos podrán comprar y vender como antes del sitio.

—Muy bien, señor.

—Luis, tu frente.

Y después de darle un beso salió en compañía del jefe zapador y de Mendoza.

En el portal le esperaba el correo que siguió detrás.

Los marinos estuvieron trabajando en el muelle desde antes de las seis.

Era ya completamente de noche cuando Flaviano llegó á la orilla del río.

El diluvio continuaba como en la noche anterior y como todo el día.

Los veinte marinos estaban dentro de los barcos esperando al guerrero de la pluma negra.

Debieron haber comprendido perfectamente el pensamiento de Osorio, incluso el herrero que lo ejecutó bien siendo así que el héroe reconoció las argollas, la unión de las tres lanchas, y exclamó:

—Perfectamente; Rogelio, vete á la proa de la primera barca á trabajar con fuerza y rapidez.

Un poco torpes estuvieron al principio, pero bien pronto guardaron regularidad en sus esfuerzos, y las tres lanchas, sujeta la proa de una con la popa de la otra corrieron cruzando la maroma por las anillas con bastante rapidez.

No llevaban remo alguno ni hacían otra cosa los veintiuno que correr las manos por la maroma, apo-

yando los empujes en esta, y de ese modo ni agua ni corriente detenían el curso de las barcas.

Como las lanchas iban unidas una tras otra y la maroma pasaba por las argollas que tenían clavadas en el extremo superior del casco, ó sea en la banda estribor, bastaba la fuerza de los veintiuno para hacer correr á las lanchas, las cuales eran cortas y muy anchas para ofrecer menos punto de choque á la corriente. La primera llevaba un farol en la proa, y la tercera otro en la popa. El correo iba en la del centro con una linterna en la mano.

Y Flaviano en la última, con el reloj en la mano, junto al zapador.

—¡Alto!—gritó Mendoza,—llegamos.

—Nueve minutos,—añadió Osorio guardando el reloj,—poco menos hubiéramos tardado en cruzar á pie por el puente. Amarra, Rogelio, y quietos todos. A tierra, correo.

Le siguieron Osorio y el zapador. Aquél dijo á Mendoza:

—No tardarán en llegar Fajardo, la fuerza que le siguió y veinte carros cargados de víveres. Que descarguen entre todos, embarquen luego y vosotros transportais, yendo tú siempre delante y con la rapidez posible. Si acabáseis antes de que yo vuelva, me esperais todos, incluso Fajardo y los que le siguen. Que os ayuden á los veintiuno los diez marinos que llegaron con el maestre en el trabajo de correr las argollas por la maroma. Ahora llevarán más peso las tres barcas, pero con los treinta y uno debe sobrar fuerza para cruzar el río. ¿Estás bien enterado?

—Sí, hermano, vete tranquilo y no tardes; hasta que regreses estaré con cuidado.

—Nada temas por mí; cuida sólo de que esas operaciones que encargo á tu discreción y esfuerzos, se hagan bien. Vamos nosotros.

Y avanzaron por la orilla del río, Osorio, el zapador y el correo.

A los doscientos pasos dijo Flaviano deteniéndose al zapador:

—¡Alto! Coged vos la linterna; y tú, correo, sigue por la orilla del río, llega al puente, lo cruzas y observas desde donde puedas lo que sucede en el campamento enemigo. ¿Te atreverás?

—Sí, señor.

—¿Podrás llegar sin luz alguna?

—Me sirve de farol y guía el río, señor.

—Bien; después de hechas tus averiguaciones te vienes al extremo del puente y en él esperas nuestro regreso. En cuanto veas la luz nos sales al encuentro.

—Asi lo haré.

—Sé cauto para que no te cojan como espía.

—Id descuidado, señor.

Flaviano se cogió al brazo del zapador, diciéndole:

—Vos alumbrais para que veamos dónde ponemos el pie, yo os guiaré y cogidos evitaremos más fácilmente una caída.

—¿Vamos muy lejos?

—Media legua.

—¿Llegaremos por esta laguna enlodada?

—Sí, como anoche nosotros.

—Señor, ¿no sentís un ruido extraño?

—Es el de los carros, que de Cruz llevan los víveres á San Juan.

—¿Lo oirán en el campamento?

—Imposible; nosotros lo sentimos porque son veinte carros y están encima, pero los del campamento con el agua que cae no pueden percibir nada á la distancia que cruzan de ellos.

—¡Con qué precisión llegan!

—Irá Fajardo con el reloj en la mano como yo lo he llevado antes.

—Lo que no comprendo, señor, es que podamos volver como hemos venido.

—¿Por qué?

—Creo imposible que la maroma, por fuerte que sea, pueda resistir otro viaje.

—Os equivocáis: esa maroma resiste veinte y acaso más.

—¿De qué es, señor?

—De alambre de bronce, de otro hilo casi tan fuerte como el hierro y un betún inventado por mí. Resiste cien veces más que todas las conocidas hasta ahora.

—La fuerza de la corriente va en aumento y temo...

—He ahí la frase que no tiene mi diccionario; yo en vez de temer creo dos cosas: que mi maroma puede resistir muchos embarques, muchos, y luego nos servirá para otra cosa. También creo que el aumento de esa corriente nos ayudará poderosamente para otra operación más difícil y expuesta que la de la maroma.

—¡Más expuesta! ¿Qué va á brotar, señor, de ese primer cerebro del mundo?

—Casi nada, una idea.

—¿Será la operación tan útil como difícil y expuesta?

—Infinitamente más.

—¿Puedo saberla, señor?

—Sereis el primero, mas no de una vez; la ireis comprendiendo poco á poco.

—¿Pronto?

—Una parte esta noche; el resto mañana.

—¿Nos lloverá como ahora?

—Lo mismo; es la gran defensa que el cielo nos envía para asegurar nuestro triunfo.

—Es demasiada agua, señor. ¿La temeis?

—Por vos.

—Haceis mal; yo lo bendigo y deseo continúe.

—Pero esta laguna, este barrizal.

—No vamos de baile.

—Debeis sufrir mucho, señor.

—Nada, cumplo un deber y no hay dificultad alguna que quebrante mi espíritu.

—¿Y la fuerza material?

—¿Para andar entre agua y lodo? Ha cruzado este trayecto mi pobre paje y nada le sucedió.

—Qué grande sois; hasta venceis á los más fuertes, careciendo de la fuerza material que ellos tienen.

—Habeis resbalado por tercera vez; no os distraïgais que vais á caer y me hareis rodar á mí.

—No hablo más.

Ambos callaron continuando su difícil marcha sobre aquella laguna, y sufriendo á la vez el diluvio que las nubes dejaban caer sobre ellos.

Llegaron á un sitio en que les llegaba el agua á las rodillas.

A la hora distinguió Osorio una luz.

Era en efecto de la casa *Amarilla*.

Osorio cogió la linterna y corrió su luz de derecha á izquierda y de frente.

Nada vió ni escuchaba otra cosa que el ruido del agua que caía.

Llegaron á la puerta y Flaviano llamó.

Un silencio profundo reinaba en la casa *Amarilla*; nadie hubiera creído que había en aquella casa tantos soldados, jefes y presos.

Se abrió un ventanillo y asomaron los largos bigotes de un soldado indio, que preguntó:

—¿Quién es?

—Abre,—le dijo Flaviano.

—¿Qué quereis?

—Soy vuestro jefe, dí á Juan Oaxacay que se acerque.

El ventanillo se cerró volviéndose á abrir dos minutos después.

—¿Quién es?—volvieron á preguntar.

—Abre, Juan.

Flaviano se alzó un poco la visera de su casco, y al reconocerlo Oaxacay exclamó:

—Al momento, señor.

Los dos entraron volviéndose á cerrar la puerta.

Flaviano miró en torno, hallando á Almeida enfrente y hasta veinte indios, que espada en mano esperaban las órdenes de su jefe.

—Retiraos todos,—dijo Osorio, preguntando á Almeida:—¿Os han mandado un carro de provisiones de Cruz?

—Sí, señor.

—Dad la orden para que nos hagan cena al comandante de zapadores y á mí. Que abrevien; y vos, Almeida, acompañadme. Vos, comandante, quedaos con el capitán Oaxacay; cuando esté la cena salid.

Los dos se dirigieron al piso principal, y sentados frente á frente preguntó Flaviano:

—¿Qué ha ocurrido en estas veinticuatro horas que faltó de aquí Almeida?

—Algo, señor.

—Hablad.

—A las ocho de la mañana trajeron un parte del campamento dirigido á lord Yoon, y sin esperar respuesta marchó el inglés que lo traía.

—¿Pudo comprender algo de lo que ha ocurrido aquí?

—No, señor.

—Eso es. ¿Qué dice el parte?

—Siguiendo vuestras instrucciones lo leí, y se concreta el jefe del campamento inglés á dar parte á su jefe de que allí no ocurre novedad, que los indios murmuran por estar convertido en laguna el campamento, y que en la plaza están hambrientos por carecer ya hasta de lo más indispensable. Con algunas preguntas sobre el servicio.

—¿Nada más?

—No, señor.

—¿Y después?

—Vinieron tres ingleses de la escuadra.

—¿A caballo?

—Sí, señor, echaron pie á tierra, quedó abajo con los potros del diestro un soldado y subieron los dos restantes. Eran el contralmirante de la escuadra y un oficial de órdenes.

—¿Qué pretendían?

—Ver á Yoon.

—¿Hablais bien el inglés?

—Bien no, pero me hago entender.

—¿Qué le dijísteis?

—Que eran prisioneros del rey de España. Estábamos solos los tres y me atacaron. Dí la voz de alarma, acudió Oaxacay y murieron en lucha igual.

—¿Y el soldado que quedó á la puerta?

—También murió. Los indios...

—Sí, lo comprendo.

—¿Qué hicísteis con los cadáveres?

—Sacar los papeles que llevaban los dos primeros y quemar á los dueños. Aquí teneis, señor, los documentos hallados y el parte del campamento.

—¿Y los presos?

—Los sirvientes resignados; la viuda maldiciendo á los españoles.

—¿Están sin ligaduras?

—Sí, señor; ya quedaron anoche sueltos, pero ella sola en una prisión y todos sus criados en otra.

—¿Qué más tenéis que decirme?

—Hice un detenido reconocimiento, y además de los muebles y de los alimentos hallé un carruaje, varios caballos, á los cuales he añadido los tres de hoy, veinte pipas de vino, y en moneda mejicana é inglesa ciento diez y seis mil ducados, con algunas alhajas de la viuda. Hay dos de mucho valor. Aquí tenéis, señor, el inventario.

Osorio guardó en su escarcela todos aquellos papeles y dijo á Almeida:

—Me olvidé del vino, y es lo probable que en el embarque de esta noche no vaya ninguno á San Juan. Puesto que habéis cogido una provisión tan buena, quedaos con el que podáis necesitar, y el restante lo mandais á la plaza ahora mismo para que sea embarcado esta noche. Que lo lleven en las pipas y en mulas y caballos. Frente al muelle hallaréis á Fajardo y Mendoza. Ordenad á la vez que abrevien nuestra cena.

—Vuelvo al momento.

Interin evacuaba Almeida el encargo de Flaviano, quedó éste leyendo los escritos que habían cogido á los ingleses. Al acabar se los guardó exclamando:

—¡Qué hipócritas! ¡Qué malvados! Inglaterra llegará á ser un reino poderoso, pero jamás un pueblo grande. ¡Oh, todo lo que hagamos contra ellos está ya justificado! Como yo pueda, ni una de esas tres galeras, ni uno solo de los que en ellas han venido, regresará á su país.

Y quedó meditando hasta que vino á distraerle Almeida, diciéndole:

—Señor, están cargando las pipas en mulas y caballos y no tardarán en salir. Respecto de la cena he mandado que aumenten dos platos, y tomaréis lo que teníamos dispuesto para Oaxacay y para mí, cenando los cuatro juntos.

—Muy bien, pero pronto. Oid, Almeida; el campo está intransitable, que nos tengan ensillados dos caballos para ir desde aquí al puente, y que nos acompañen dos soldados para que al llegar allí regresen con nuestros potros.

—Muy bien, señor; vos llevaréis mi caballo y el comandante el de Oaxacay.

Quince minutos después cenaban los cuatro. Osorio no hablaba, y los tres restantes se concretaron á comer viendo el silencio de su general.

Terminado aquel acto, montaron á caballo Osorio y el zapador, y seguidos de dos soldados, partieron.

El comandante llevaba la linterna.

Cerca ya del río, cuyo ruido de la corriente les avisó que estaban cerca de él, echaron pie á tierra, dando á los soldados las bridas y la orden de que se retirasen á la casa Amarilla.

Quedaron solos, y en medio de un barrizal, Osorio y el comandante. El primero dijo al segundo:

—Nos hemos detenido á la izquierda del puente y á más de doscientas varas de él.

—Creo lo mismo, señor.

—Decidme, comandante, ¿en los días que estuvimos en el campamento os fijásteis en la unión del puente á los muros de los estribos ó machones á que está sujeto?

—Sí, señor.

—Explicadme cómo está esa unión.

—Es grosera, no buscó el autor otra cosa que resistencia. Se unen las barcas á los muros, que apoyan los machones ó estribos con argollas, cadenas y ganchos. No hay otra cosa.

—¿De qué son los estribos?

—De piedra groseramente labrada.

—Es necesario que, tendido en el suelo, reconozcais si esa unión está ahora como la dejásteis. En la unión primera podéis hacer el examen con la linterna, puesto que su luz con este temporal no puede llegar al campamento, pero en la segunda la habréis de hacer palpando.

—No comprendo vuestra idea, pero haré lo que mandais.

—Busquemos el puente.

Cuando se hallaron frente á él se acercó á ellos el correo, diciendo:

—Señor, en el campamento no se oye una mosca.

—¿Estuviste dentro?

—Sí, señor.

—¿Qué viste?

—Indios que dormían debajo de los árboles, otros en chozas y los más debajo de un inmenso tablado que han ido haciendo estos días.

—¿Viste centinelas?

—Cerca del puente no hay ninguno.

—¿Los primeros indios á qué distancia se hallan del puente?

—A cien varas próximamente.

—¿No ronda ninguno?

—No los he visto.

—¿Y los ingleses?

—Se hallan en el extremo opuesto en casas de madera y en tiendas de campaña.

—¡Qué imprevisión! Es decir que el comandante y yo podemos llegar al extremo del puente próximo al campamento.

—Sin cuidado alguno. No se distinguen los objetos á cinco varas. El temporal arrecia cada vez más.

—Comandante, vamos á hacer el estudio más importante que se hizo hasta ahora; depende de él la más completa victoria y la salvación de la vida de millares de infelices.

—Señor, no sé lo que es, dirigidme y dispuesto me hallo á realizar cuanto me mandéis. Mi vida es de mi patria.

—Pues adelante.

Y se encaminaron al puente.

CAPÍTULO LXIX

Un estudio con luz y otro á tientas.—El talento y el valor armonizados.—Río abajo.—Medida y retirada.

Llegaron á la entrada, dejaron al correo con la linterna, y ambos cruzaron el puente.

El rùido del agua que las nubes arrojaban y el de la corriente eran allí tan fuertes, que ni las pisadas ni las voces podían escucharse á más de cinco ó seis varas.

Con valor y serenidad admirables cruzaron el general y el comandante todo el puente, se tendieron en el suelo, realizando á tientas el estudio y reconocimiento que deseaba Osorio.

Luego al oido del comandante dijo:

—Sentaos ahí y esperadme.

Y Flaviano entró en el campo enemigo andando por él un cuarto de hora.

El comandante se decía:

—Qué hombre tan extraordinario es ese; se tiende sobre el lodo y el agua, hace lo mismo que yo, y luego con valor superior á todo elogio se mete en medio de sus enemigos y entre ellos lleva ya un cuarto de hora. Su padre se metía tambien entre sus contrarios, pero iba disfrazado y con precauciones que el sabio y valeroso hijo desdeña. ¡Qué hombre, cielos, qué hombre! Vale él solo más que un ejército.

Así se hallaba reflexionando el comandante, cuando oyó la voz de Osorio que le decía:

—Tomad la punta de esa cinta, y sostenedla fuertemente pegada al canto de la piedra en que se apoya el puente. Vamos á medir éste con la mayor exactitud. Cuando yo acabe os reemplezará el correo que voy á buscar. Sujetad la cinta con las dos manos; no aflojeis tire yo lo que quiera.

—Partid, que la tengo bien sujeta.

—Procurad que sobre el canto de la piedra esté el doblez que marca el número uno.

—Así está.

El resto de una larguísima y fuerte cinta lo llevaba Osorio liado en un palo corto y delgado que hasta entonces ocultó en uno de los dos grandes bolsillos de su tabardo.

Sin precipitación, con calma y mucho cuidado, fué desliando la cinta hasta llegar á donde estaba el correo.

—Dirige la luz á esa piedra que sostiene el puente, —le dijo.—Así; quieto—y sacando un lapiz marcó una

línea negra que señalaba perfectamente el sitio en que terminaba su medida.

Sobre ella clavó además un pedacito de acero con punta.

—Ahora,—dijo al andarín,—vas donde está el comandante y coges la punta de la cinta que él tiene con la mano izquierda. La rodeas al dedo índice hasta que el doblez que verás en ella á una cuarta de su extremo quede encima de tu dedo. Hecho esto te diriges á San Juan Bautista por aquella orilla de río, despacio y siempre encima de la orilla del agua el dedo en que llevas rodeada la cinta. Te advierto que me propongo medir el ancho del río desde aquí á la plaza. ¿Lo has comprendido bien?

—Sí, señor.

—Con otro dedo sujetas el rollito de la cinta para que no se te escape.

—Comprendido.

—He recorrido esa parte del campamento y puedes ir sin que nadie te lo impida. En el caso improbable de una ronda ó un accidente cualquiera te entregara á nuestros enemigos, tiras la cinta al río.

—Lo haré.

—Cuando llegues al muelle nuestro, fijas el doblez de la cinta en el canto del muro que baña el río y tocas este silbato tres veces.

—¿Podreis oirlo?

—Tiene un sonido tan agudo y vibrante que no podrá apagarlo el ruido de la corriente y del agua que cae. ¿Lo has comprendido todo bien?

—Sí, señor.

—Pues parte. Deja la linterna en el suelo donde no la apague el agua.

—Aquí.

—Vas á ayudarme á salvar la patria querida.

—Pondré en juego mis cinco sentidos, señor.

—Y harás tu suerte y la de tus hijos.

—Dios me inspirará.

Y desapareció por el puente, siendo reemplazado al poco tiempo por el comandante que le preguntó:

—¿Qué hago, señor?

—Coged esa linterna, poneos á mi izquierda y alumbrad. Bueno será que con la mano derecha me cojais el brazo izquierdo y me guiéis; tengo que ir marcando esta cinta y no puedo ver dónde pongo el pie.

—¿Es esto?

—Sí. Andemos, que ya lo hace el correo.

—¿Pero qué hacemos, señor?

—Medir el ancho del río.

—¿A tientas?

—Casi á tientas, pero no es posible de otro modo.

—¿Va el correo paralelo á nosotros?

—Sí.

—¿En qué lo conoceis?

—En la línea que forma esta cinta.

—Veo que ensancha aquí bastante.

—Sí, pero luego estrechará y os recomiendo que no mireis la cinta, basta con que yo la vea; fijaos en el piso porque es posible, si nos descuidamos, que los dos rodemos al agua.

—En poco ha estado ya una vez.

—Es verdad.

—Vais tan á la orilla...

—Así debe ser.

—¿Qué ocurre, señor?

—Que ha caído el correo.

—Como va á oscuras.

—Ya anda, sigamos.

Flaviano iba marcando en su cinta con lápiz los anchos y estrechos del río Tabasco.

De esa manera continuaron hasta llegar á la maroma.

Flaviano no hizo caso de las frases que le dirigía Fajardo ni de la mucha gente que le rodeaba en estos momentos. Atento á la orilla esperó á que el correo tocase el silbato las veces que le había dicho Osorio. Oyó claramente los silbidos, fijó su cinta á nivel de la argolla de la maroma, señaló con lápiz; luego puso dos pedacitos de acero como el anterior y desliando cincuenta varas de cinta dijo al comandante:

—Alumbrad bien.

Y estudió todas las señales que había hecho en ella, volviéndola á liar. Entonces miró por primera vez á Fajardo, le alargó su mano y le preguntó:

—¿Ocurrió algún accidente?

—Nada, señor. Luchamos con las dificultades de un camino convertido en laguna y lodazal.

—Pero saldríais con anticipación para llegar á la hora señalada por mí.

—Así fué.

—¿Qué falta embarcar?

—Seis toneles de vino.

—Cuando partan vais con ellos liando esta cinta con mucho cuidado, hasta llegar al otro extremo que lo tendrá el correo.

—¿Me la traigo aquí?

—Sí.

Luego buscó un punto de apoyo, sacó papel y lápiz y trazó un dibujo, que le ocupó media hora. En aquel tiempo hicieron el último embarque y al levantar la cabeza Flaviano vió á Fajardo que le alargaba el abultado rollo de cinta y á Mendoza que en la proa de la primera lancha se limpiaba el sudor, no obstante hallarse en mangas de camisa.

El héroe cogió la cinta y dijo á Mendoza:

—Rogelio, acaba de vestirte que vas á enfermar.

—No temas...

—Te mando que te vistas.

—Voy, hombre.

—Vos, Fajardo, ¿habeis dejado todas las instrucciones al gobernador de Cruz?

—Sí, señor.

—¿Empezarán á venir carros desde pasado mañana por la tarde?

—Sin duda alguna.

—¿De día?

—Sí, señor.

—En ese caso que se vuelvan á Cruz los carros con veinte indios y un teniente. Vos os vais á la casa Amarilla con Almeida y puesto de acuerdo con él seguís mis instrucciones que él os enseñará.

—¿El teniente y los veinte soldados deben acompañar el convoy?

—Todos. No harán otra cosa.

—¿Os quedais con todos los marinos?

—Sí, necesito los treinta.

—Buena noche, mi general.

—Dios os acompañe, maestre. A San Juan,—añadió; —salid, comandante.

Y por última vez aquella noche comenzaron á correr las barcas, sujetas á la maroma por las argollas.

—¿Cuántos viajes habeis hecho?—preguntó Osorio á un marino.

—Veinte, señor.

—Y la maroma ¿cómo está?

—Como al hacer el primero.

—¿Lo oís, comandante?

—Sí, señor; y opino que además del hierro y vegetal que tiene, la pasta que habeis inventado para unir y dar resistencia debe ser de oro. No ví nada tan fuerte.

—Os ofrezco la receta.

—Le daré aplicación.

—Marino, ¿ha trabajado mucho el maestre?

—Su fuerza, señor, es prodigiosa, y esta noche la aplicó toda.

Poco después llegaban á la otra orilla y pronto desembarcaron.

Flaviano mandó al correo que le alumbrara, y sobre el muro del muelle hizo otro dibujo que le ocupó un cuarto de hora.

Después se volvió á los marinos, preguntando á uno de ellos:

—¿Sois treinta?

—Sí, señor.

—Cenais ahora, dormís después y durante el día de mañana os proporcionais treinta y una varas del tamaño más largo que podais. No ha de tener ninguna menos de diez varas, y si las hubiera de más, mucho mejor. Con ellas estaréis aquí á las siete. Si en la ciudad no encontrais esas varas, salís al bosque con hachas y las cortais. El vivero de la derecha tiene de sobra.

—¿Nada más, señor?

—Id con Dios. Correo, alumbra con la linterna. Comandante, maestre, al palacio.

Poco después llegaron. Osorio preguntó al andarín:

—¿Fué siempre tu dedo índice por la orilla del río mientras llevaste la cinta?

—Siempre, menos unos instantes que caí y me levanté.

—Correo, acuéstate y hasta mañana.

En la escalera le aguardaban su paje y Zalla.

—Gracias á Dios,—le dijo el primero.

—¿Por qué, Luis?

—Con tanto tardar me teníais con cuidado. ¿Dónde estuvísteis, señor? ¿Me lo quereis decir?

—Sí, en la casa Amarilla, en el puente y en el campamento.

—¡Me lo había figurado! ¿Por qué os exponeis tanto, señor?

—Luis, las heridas no llegan cuando uno se expone sino cuando el destino las envía. ¿No lo recuerdas ya?

—¡En el campamento enemigo! Sois terrible.

—Lo que tú sientes es no haberme acompañado.

—Lo que yo siento es que os expongais vos de ese modo; yo nada supongo ni tengo apego á la vida.

—Ni yo.

—¡Pero cómo venís! Pérez, Moreno, secad las carnes de vuestro amo y cambiadle toda la ropa.

—¿Me espero, señor?—le preguntó el comandante.

—Sí, os lo ruego.

Después que Flaviano hubo cambiado de traje, se encerró en su despacho con el comandante, al cual dijo:

—Dormid esta noche tranquilamente, porque mañana teneis mucho que trabajar y por la noche no dormireis nada.

—No importa, señor, os obedezco con entusiasmo; no hay para mí mayor dicha que la de cumplimentar vuestras órdenes.

—Me he descubierto á vos, lo cual hice con pocas personas, y ahora necesito que os concreteis á obedecerme sin hacerme pregunta alguna ni entrar en averiguaciones que podían serme enojosas.

—Lo haré, señor.

—Entro en materia; figuraos, comandante, que quiero establecer un puente de barcas igual al que acabamos de ver, pegado á la maroma que atraviesa el río desde el muelle de esta ciudad.

—¿Igual exactamente?

—Sí, lo mismo, con la sola diferencia de tener que ser una vara más largo que el otro.

—Que es el mayor ancho que tiene el río por este lado.

—No, el río por ese lado es mucho mayor; pero el saliente del muro que forma el muelle lo estrecha hasta dejarlo casi igual, con la sola diferencia de una vara muy escasa.

—Pero, señor, la construcción de barcas será obra de dos meses.

—No quiero tampoco que me hagais reflexiones.

—Muy bien, no las haré.

—Ved estos dos dibujos.

—Muy bien, eso es fácil hacerlo; un muro á la parte opuesta; en esta de este lado, dos planchas de hierro y nada más. Luego las cadenas, argollas y ganchos, después las barcas y ya está e lpuente.

—Eso es. En cuanto amanezca mandais hacer el muro y las planchas de hierro con las argollas en ambos lados. Las cadenas con ganchos y las barcas yo las haré, y mañana por la noche quedará el puente colocado.

—No os comprendo, señor.

—De otro modo, os mando que para las siete de la noche tengais hecho y colocado lo que marcan esos dibujos, cueste lo que quiera. No os metais en más averiguaciones ni en réplicas que me incomodan.

El comandante examinó más detenidamente los dos dibujos y después de meditar exclamó:

—Mañana quedarán estas obras terminadas.

—Contestadme siempre de esa manera.

—No volveré á hacerlo de otro modo.

—Segunda cuestión: ¿Cómo habeis hallado el puente del campamento?

—Lo mismo que lo dejamos.

—No, yo hallé torcidos los eslabones, gastados y bien, muy bien las anillas.

—Sí, eso es, pero nada hicieron, se han gastado los hierros, pasando 20 caños y con el movimiento natural de 33.000 hombres. Señor, ¿puedo retirarme ya?

—Sí, comandante, si alguna duda se os ofreciera, aquí me hallareis, pues no salgo hasta las siete de la noche. Que se queden con vos los herreros.

—Está bien, señor, hasta mañana.

El jefe zapador cogió los mapas y salió de allí.

Flaviano entró en el salón, hallando en él á Luisa, Mendoza y Zalla.

—¿Qué hacéis?—les preguntó.

—Esperándoos, señor—le dijo el paje.

—¿Cómo no has entrado en mi despacho?

—Mientras esté arrestado no debo acompañaros á ninguna parte.

—¿Habeis cenado?

—Esperamos el regreso de don Gonzalo.

—¿Pero no mandó alimentos?

—La despensa está llena, pero como faltabais vos y él, os esperábamos.

—Yo he cenado ya y él vendrá tarde.

—No tenemos prisa.

—Yo sí, Luis, que esta noche he trabajado más que nunca,—dijo Mendoza.

—Es verdad, hermano; pero aquí llega Gonzalo y podeis cenar con él.

El capitán entró diciendo:

—Mi general, es necesario que os deis á conocer.

—¿Qué acontece?

—Que me achacan á mí vuestros milagros, me aplauden y hasta me han besado.

—Si no es más que eso sufridlo con paciencia. Decidme. ¿Os hicísteis cargo de todo lo desembarcado?

—De todo.

—¿Y luego?

—Acabo de hacer entrega á la administración militar.

—¿Dísteis mucho?

—La cuarta parte, y el ejército y el pueblo aún me están victoreando. Señor, yo no puedo tolerar...

—Vos hareis lo que yo os mande y ahora os ordeno que calleis. Id á cenar, que ya es media noche.

—Vamos,—exclamó Mendoza levantándose.

—Señor,—le preguntó el paje,—¿no nos acompañais?

—Sí, mi querido Luis. Cógete á mi brazo que quiero estar en el comedor á tu lado.

—Con esa educación, hermano, sólo se justifican sus insolencias y mala educación,—dijo Mendoza; pero nada le contestó Luisa, reservaba su venganza para después.

Dió principio la cena que era rica y abundante y hablaron sólo del cambio que había sufrido San Juan desde el momento que llegó el héroe.

Callaron y el paje aprovechó aquella tregua para preguntar á Osorio:

—¿Tanto ha trabajado el señor maestre Mendoza, mi general?

—Mucho, Luis; causó la admiración de los más forzudos y bravos.

—Lo creo, señor, tiene la fuerza de un oso.

—Bonita comparación, paje.

—Pues no es exacto, debiera haber dicho como un hipopótamo.

—¿En qué me parezco yo á ese animal?

—En la boca.

—Eso es broma.

—Os he visto sorber media pechuga.

—¡Sorber!

—Sí, no he visto que la mascáseis.

—Niño, esta noche estás, además de impertinente, ciego.

—No, á fe mía, lo he visto bien.

—¿Quieres dejarme comer?

—Comer sí, engullir no.

—Hermano, aplaudo el arresto de ese chiquillo; tú jamás te equivocas.

—Y yo el trabajo de molinero á que os sentencio esta noche.

—¿Lo oyes?

—Empujando las barcas y luego comiendo ¿cómo ver en vos un marqués, y menos aún un grande de España?

—Pues qué, ¿nosotros debemos ser tan débiles como tú y tan sobrios como el padre Anselmo?

—¿Vais con el segundo capón?

—Sí.

—¿Después de un pescadito de cuatro libras?

—Sí.

—¡Bendito sea Dios, y qué tragaderas manda á la tierra! Ni Eliogábalo.

—Indio bravo, ¿qué entiendes tú de eso?

Continuaron de ese modo hasta concluír y retirarse á descansar.

Buena falta hacía á Flaviano lo último. En aquella noche había hecho un estudio tan peligroso como importante. Lo último no hemos de tardar en verlo para comprender lo primero; baste decir que hasta habló en inglés con un centinela, y le pidió noticias de la escuadra, que el otro dió, creyéndole compatriota suyo.

No vió los cañones porque estaban muy retirados, pero no tardará en verlos.

CAPITULO LXX

Un día de descanso para Osorio.—La predicción.—El héroe intenta realizar hasta lo inverosímil.

Eran las nueve de la mañana siguiente, cuando el paje paseaba por el salón en que estaba la alcoba de Osorio, demostrando impaciencia y desasosiego.

En un grupo del mismo salón se hallaban Mendoza, Zalla y don Gonzalo mal humorados y como ansiosos de un bien que esperaban y no venía.

Fastidiado Mendoza, se acercó al paje diciéndole:

—Mi hermano se levanta lo más tarde á las ocho; son las nueve y algo le ha sucedido para continuar encerrado en su alcoba.

—Eso digo yo.

—Hagamos algo, Luis.

—¿Pero qué hemos de hacer?

—Entrar en su alcoba.

—Yo no puedo.

—Ni yo; si nos hemos equivocado, temo molestarle.

—Me decido; ved lo que hago.

Y el paje comenzó á dar golpes á la puerta de la alcoba, y no paró hasta escuchar la voz del héroe que le decía:

—¿Quién es?

—Vuestro paje.

—¿Qué quieres, Luis?

—¿Estais enfermo, señor?

—No, ¿por qué?

—Son más de las nueve de la mañana.

—Qué bien y cuanto he dormido. ¡Luis!

—Señor.

—Dí á Pérez que entre á vestirme.

Pérez aguardaba cerca de allí y en el acto entró.

Un cuarto de hora después salió Flaviano, y acercándose al corro que cerca de su alcoba formaban sus amigos, les dijo:

—Gracias, señores, por vuestro interés; fué la pasada una de las noches que más he dormido en mi vida y con más gusto. Ah, mi querido hermano Rogelio, tú quieres que vayamos al comedor á desayunarnos.

—No, hermano, lo que anhelaba era verte sano, como gracias á Dios lo estás; pero no hay inconveniente en que nos desayunemos.

—¡Con qué candor lo dice! Yo creí que comísteis anoche para un mes,—dijo Luis.

—Si yo me pareciese á tí en la estatura, en las car-

nes y en esa esbeltez con que imitas al sexo bello tendrías razón...

Luisa se puso encarnada y Osorio dijo al gigante sonriendo:

—Vamos al comedor, Rogelio, y no empeceis ya.

Flaviano se asomó á un balcón exclamando:

—Continúa el temporal.

—Más fuerte aún hoy que ayer,—le contestó don Gonzalo.

—Bendito temporal; es el mejor defensor que tienen las armas españolas en Méjico.

—Si tuviéramos un puente como el enemigo, poco podría importarnos.

—Mejor era quitárselo á nuestros contrarios, Gonzalo, y tenerlo nosotros y ellos no.

—Eso no se puede conquistar, señor, ni se puede obtener; por eso me conformaba yo con otro.

—Le hablé ayer de eso al comandante de zapadores y me pidió dos meses. ¿Dónde estaremos nosotros pasados sesenta días?

—Es verdad.

—Pero sois muy egoista, don Gonzalo; nosotros tenemos casas donde guarecernos, camas y algo más, dejadles á ellos siquiera un puente para que tengan algo.

—Yo pido lo que me hace falta, que ellos pidan lo que quieran.

—¿Para qué queríais el puente? ¿Qué os falta?

—Hoy nada, pero el día que esa maroma se rompa, volveremos á pasarlo mal.

—Eso es cierto, mas os repito que todo no puede ser, conformémonos por ahora con las casas y lo que teneis en la ciudad; mañana será otra cosa.

Al terminar el desayuno preguntó Flaviano al capitán:

—¿Estais ocupado esta mañana?

—Mi primer deber, mi más sagrada obligación es obedeceros; ¿qué mandais, señor?

—Necesito para las siete de la noche cien hombres de fuerza y lealtad probadas.

—Los tendréis.

—Se compondrán de dos grupos de á cincuenta, cada uno con su capitán á la cabeza.

—Muy bien.

—Irán sin armas: para nada las necesitan y pudieran estorbarles.

—Sin armas irán.

—A la hora indicada estarán en el muelle.

—Perfectamente.

—Y necesito dos maromas de 80 á 100 varas cada una para la misma hora.

—Las tendréis.

—Y nada más.

—Por si no hallase maromas hechas de esa longitud voy á encargarlas.

—Comeremos hoy á las tres de la tarde.

—¿Mandais algo más?

—Que esté á las siete el correo en el muelle.

—Ahora mismo le daré la orden.

—También irán doce hombres con hachas de viento.

—¿Al muelle?

—Sí.

—¿Cuántas hachas lleva cada uno?

—Con dos habrá bastante. Partid.

Quedaron Flaviano, Mendoza, Luis y Zalla.

El paje dijo á su señor:

—Ninguno de los que os obedecen sabe lo que hace.

—Hay ocasiones en que el general necesita hombres para ejecutar, autómatas para obedecer.

—Con vos sucede eso siempre.

—Siempre, no.

—Casi siempre.

—No es mi misión en el mundo vender secretos, Luis.

—Ni se dirige bien enterando á todo el mundo del pensamiento que se va á realizar.

En este instante apareció Pérez diciendo á su amo:

—Señor el reverendo prior de la orden de Trinitarios desea la honra de que lo reciba el caballero del casco y la pluma negra.

—Tráeme ambas cosas y luego que entre.

—¿Os pongo primero el casco?

—Sí.

Mientras Pérez se lo ponía le dijo su señor muy quedo:

—Tendrás dispuesto para el amanecer un traje completo de armadura y mi caballo de guerra.

—¿Para vos?

—Sí. Que entre el religioso. Vosotros no moveos.

Entró el trinitario y después de cambiar los saludos con todos los presentes, dijo á Flaviano:

—La ciudad de San Juan bloqueada y hambrienta, tiene hoy abundantes víveres.

—Dicen eso.

—Un santo varón, digno émulo del venerable Anselmo, lo predijo hace tres días.

—Muy bien, padre prior.

—Predice hoy que se halla entre nosotros el libertador de San Juan Bautista.

—Yo sé, reverendo padre, que en el claustro se encierra todavía mucho talento, mucho saber y bastante discreción, pero no obsta para que mi espíritu se rebele contra todas las predicciones. No pude jamás arrancar de mi mente la idea de que sólo Dios lee en lo porvenir.

El religioso quedó cortado al oir las palabras de Flaviano. Hizo, sin embargo, un esfuerzo y añadió:

—El santo varón á que me refiero añade, que hay en esta plaza un gran pecador capaz de vender á la patria amada y hasta de renegar de su santa religión.

—Es posible, pero si oculta el nombre de ese pecador poco ó nada nos dice.

—Sostiene que, inspirado por Satanás, estuvo dos veces en el campo enemigo y una de ellas en la casa *Amarilla* en la que le ofrecieron la banda de general.

—Será jefe aquí.

—Capitán.

—¿Su nombre?

—No lo dice.

—Pues debemos estar de enhorabuena los leales; si después de un bloqueo tan riguroso, de tanta hambre y de tanta debilidad sólo resulta un traidor, un solo traidor entre 10.000 combatientes y otros tantos ciudadanos, la patria debe enorgullecerse ante una lealtad y abnegación tan prodigiosas.

—Hay más, señor.

—Decidlo todo, reverendo señor.

—A eso he venido.

—Nadie os lo estorba.

—Continúa la predicción. El abastecimiento de la plaza, la generosidad con que se están repartiendo toda clase de viandas y las seguridades de que en el porvenir San Juan no ha de carecer de víveres y le han de sobrar triunfos para la santa religión y las glorias de la patria, ha exasperado al terrible pecador y en la noche de este día romperá una maroma que equivale á un puente y matará al libertador, corriendo después al campo enemigo en compañía de Lucifer.

—Eso es muy grave, padre prior.

—Por eso os lo venge á decir.

—¿No pudiera estar el traidor oyéndoos?

—¡Aquí, junto á vos! Aquí solo hay un angel, un héroe y dos cristianos tan audaces como valientes.

—¿Por qué no os habéis dirigido al señor maestre de campo marqués de Abella que es el jefe del ejército?

—Vuestra conciencia contesta por mi á esa pregunta.

—¿Mi conciencia?

—Sí; ella os dice, que las predicciones verdaderas deben elevarse á lo más alto.

—¿Soy yo el más alto aquí?

—Si, señor.

—¿Os lo ha dicho el santo?

—Me lo dice todo lo que he visto.

—Gran observador sois, padre superior. Y decidme: hace mucho tiempo que el pecador estuvo en el campo enemigo?

—Ocho días.

—Estais seguro de que no lo ha intentado después?

—Lo intentó anoche, sí, pero hubo quien lo evitara.

—¿Y no salió?

—No pudo salir.

—¿Quién lo evitó, podéis decírmelo?

—Un religioso, un oficial y los centinelas.

—Comprendo. Dios os pague lo que hacéis en bien de la humanidad y de vuestra patria.

—Él os inspire esta noche, él os defienda, él os eche su divina bendición como yo lo hago.

Y después de bendecirlo salió murmurando:

—La Providencia sea con él y con este afligido pueblo. Dios nuestro Señor derrame sobre su noble y elevado espíritu toda clase de dones.

No se pudo oir más. Había desaparecido en dirección de su convento.

El hecho que acabamos de describir era tan propio de aquella época que hasta el sabio Flaviano se sintió en algunos momentos dominado por las frases del sacerdote.

Quedaron los cuatro mirándose. Osorio bajó la cabeza y meditó.

Luisa le dijo:

—¿Qué vais á hacer esta noche?

—Cumplir mi deber.

—¿Tomaréis precauciones?

—Ninguna.

—Vos no creeis en esas predicciones.

—Yo, Luis, ni las creo ni las niego.

—Haced algo, señor.

—Paje, me debo á mi patria, me debo á mi religión; por ellas haré todo lo que puedo y debo, por mí no.

—¿Y por vos por qué no?

—Nada; yo nada supongo ante la religión y la patria.

—Sois su primer baluarte.

—Soy un ser humano como tú y valgo lo mismo que tú.

—Sois el héroe.

—Me voy á trabajar; esos delirios vuestros me molestan mucho.

Y se encerró en su despacho.

—Rogelio—le dijo el paje con afán,—¿vos ireis esta noche á su lado?

—Pues no he de ir, y al que intente amenazarle lo mato.

—¿Qué armas vais á llevar?

—Mis hercúleas fuerzas. ¿Os parece poco?

—Es bastante; con ellas y vuestro desmedido valor tiene algo el héroe, pero como no estorbamos Zalla y yo...

—¿Me vais á obligar á que le desobedezca? dijo Zalla.

—No, á que me ayudeis á salvar su vida; pero si vacilais no os necesito, pasaré por cima de vos y de todos los enemigos.

—Bien dicho, Luis, con los dos tiene bastante; tú con tu puntería infalible y yo con mis manos...

—No es eso, señores,—dijo Zalla,—por mi general doy la vida; pero le amo tanto, que una reprensión suya... Qué importa; lo primero es velar por él. Paje, haremos lo que querais.

—Así os quiero.

—Pero sin que él lo sepa.

—Se entiende.

—Unidos los tres ni un tercio puede con nosotros.

—Silencio, que viene don Gonzálo.

Llegó éste diciendo:

—Ya está todo dispuesto. ¿Y el general?

—Escribe. Decidme, capitán,—le preguntó el paje;—¿habeis elegido con mucho cuidado los cien hombres que os ha pedido mi señor?

—Los de más fuerza que hallé.

—¿Y los capitanes?

—También son forzudos.

—¿Y leales?

—Entre nosotros no hay traidor alguno.

—¿Estais seguro?

—Sí, Luis.

—¿No podeis equivocaros?

—No.

—¿Conoceis á fondo á esos capitanes?

—Sí.

—¿Pertenecen á sus respectivas compañías los 50 hombres que han de seguirles esta noche?

—¿Quién lo duda?

—Está bien, ello dirá.

—Me poneis en cuidado; ¿qué ocurre, Luis?

—Nada, esta noche lo sabremos; pero no estará demás que hableis á esos cien soldados é imprimais en ellos la idea de que ante todo y por encima de todo obedezcan al caballero de la pluma y el casco negro.

—Lo haré, pero no comprendo.

—Yo os mando, señor capitán, que lo hagais,—le dijo Mendoza.

—Muy bien, señor maestre, ahora mismo.

Y salió de allí en cumplimiento de lo que acababa de ofrecer.

Flaviano estuvo trabajando hasta que le avisaron que la comida estaba dispuesta.

Acabó la tarea que se había impuesto, y entró en el comedor con semblante risueño.

Según comía hablaba indistintamente con los cuatro que le rodeaban.

Cuando hubo terminado aquel acto dijo á don Gonzalo:

—Añadid, capitán, á los encargos que os tengo hecho, seis hachas fuertes y cortantes que deberán llevar los marinos.

—Lo haré.

—Necesito además cuatro hombres de inteligencia y fuerza en el muelle.

—¿No bastan los cien que irán por orden vuestra? Os advierto que éstos serán de los marinos del navío Invencible que tenemos en la playa.

—Buena elección, Gonzalo.

—¿Los cambiásteis?—le preguntó el paje.

—Sí, eso acabo de hacer, me ofrecen más confianza que los indios elegidos primeramente.

—¿Y los dos capitanes?

—Esos no he podido cambiarlos porque lo tomarían á desaire, tienen la misma categoría que yo y debo evitar todo disgusto.

—Habeis hecho bien—le contestó Flaviano.—Luis, no seas supersticioso como ese pobre vulgo mísero é ignorante.

—Muy bien, señor.

—Gonzalo, está bien vuestra lección, y puesto que esos cien marinos son inteligentes y forzudos no necesito más. Rogelio, esta noche me acompañarás como ayer y necesito de todas tus fuerzas.

—Tuyas son, hermano.

—No llevaremos armas. ¿Para qué? Es de tal importancia el asunto que vamos á evacuar que si Dios nos niega su gracia todo será inútil.

—Iré sin ellas; con mi fuerza tengo bastante.

Luis y Zalla cambiaron una mirada inteligente.

Osorio continuó:

—Gonzalo, no durmais esta noche, y si algún acontecimiento funesto nos inutilizara á Rogelio y á mí, defended la plaza hasta perecer, avisando á mi padre y hermano, que estarán el uno en Méjico y el otro en Veracruz.

—Me poneis en cuidado, señor.

—No hago otra cosa que prever.

—¿Por qué no os acompañan dos ó tres tercios?

—Lo que vamos á intentar no es asunto de guerra, es principalmente de inteligencia. Para la cuestión de fuerza nos bastan los 130 hombres, Mendoza, el comandante zapador y yo. Nuestra lucha será, á no dudarlo, con la brava corriente del caudaloso Tabasco, con esa corriente furiosa ahora como las olas del mar en muchas ocasiones. Le dieron fuerza y brío el aumento de sus aguas, y vamos á convertirnos en marinos que lucharemos con los elementos, con valor y abnegación. Creo que venceremos, pero si así no fuese, nada tan glorioso como morir por la patria amada que tanto necesita y espera de sus mejores hijos.

—¿Me permitís que os acompañe?—dijo Gonzalo.

—No.

—Lo siento.

—Haceis aquí falta.

—Por lo menos dejadme llegar con vos al muelle.

—Os lo iba á mandar; no para que me ayudeis á nada, sino para que acompañeis á Luis y Zalla y os los traigais luego aquí. Quiero permitirles que vayan al muelle para evitar una desobediencia, que de realizarse tendría que imponerles un severo castigo. Por lo mismo que son dos seres de los que más estimo, me había de ofender tanto más que dieran ese ejemplo.

Al oir estas frases Mendoza soltó una carcajada exclamando:

—Conspirad, amigos míos, contra el héroe; chico,

dicen que te conocen y ya ves como los has cogido.

—¿Luego era cierto?...

—Tú no te equivocas nunca.

—Ahora siento acertar.

—Zalla no quería, pero ese endiablado paje es más temerario que yo en medio de nuestros enemigos. Yo me puse al principio de su parte, porque tiene el don de seducirme, pero luego que reflexioné me dije: insensatos; en cuanto mi hermano los mire á la cara comprende lo que piensan y hasta lo que han de imaginar después. ¡Ja, ja, ja! Mira, Flaviano, qué cara pone tu paje; ese tigre con forma humana parece una bellísima señorita ruborizada y vergonzosa.

Flaviano tuvo que reir.

Las frases de Mendoza dichas con naturalidad y hasta con candor debían excitar la hilaridad de todo aquel que estuviera en el secreto.

El paje y Zalla se callaron.

Don Gonzalo dijo al gigante:

—Siento, señor maestre, que hayais descubierto al paje y á mi compañero.

—Yo no he descubierto á nadie, capitán; los ha descubierto mi hermano Flaviano. Ni al demonio se le ocurre conspirar contra él.

—Vos habeis confirmado, por lo menos, el descubrimiento.

—He tenido dos razones poderosas; la primera que nada se ganaba ni perdía haciéndolo, porque el ojo de mi hermano jamás se engaña, y la otra porque necesi-

taba vengarme de ese insolente paje que continuamente se burla de mí.

—¿Y Zalla?

—Ya he dicho que él no tiene culpa alguna, la idea fué de Luis y hasta se opuso á ella en un principio; pero al oír exclamar al paje con ese acento insolente que siempre halla á mano: Pasaré por encima de vos y de...

—Está bien, señor maestre,—le interrumpió Luisa. —Influiré para que por los méritos y servicios que estáis prestando como gañán os nombre general mi señor.

—Vaya si influirás, estoy seguro.

—Para que os quiten el grado de maestre que debéis á mi bondad.

—A mucha honra, á tí te lo debo, como espero deberte en su día el de general.

—Os estáis haciendo ilusiones.

—Imposible, tigrecito mío, poco que nos queremos los dos.

—Esta tarde os odio.

—Otro imposible; estoy seguro de que si fuéseis mujer me dábais un beso.

Ahora soltó la carcajada Flaviano y hasta Luisa sonrió.

El candor y la naturalidad de Mendoza se elevaron á lo sublime.

Así continuaron el resto de la tarde.

Flaviano, á pesar de las predicciones del fraile, se hallaba satisfecho y alegre.

Cuando se aproximó la hora, se fueron poniendo los

cascos Flaviano y Luisa, bajando las celadas. El primero solo llevaba una daga, la segunda, espada, puñal y dos pistolas escondidas en los bolsillos de su tabardo. Zalla llevaba lo mismo; Mendoza un traje ligero para poder emplear bien todo su esfuerzo, y otra daga. Don Gonzalo llevaba su traje y armas usuales.

De este modo salieron del palacio á las siete en punto.

El temporal continuaba arreciando cada vez más y era, como decía bien Flaviano, el gran auxiliar de las armas españolas. Sin él no hubiera podido obrar Osorio con la rapidez y acierto que lo estaba haciendo.

CAPITULO LXXI

El muelle de San Juan Bautista.— Un traidor desenmascarado.— Mendoza volteando hombres.—El primer lado del río Tabasco.

Flaviano guardó en los bolsillos de su tabardo las tres limas que con tanto esmero le hicieron en la capital y rompió la marcha por bajo aquel diluvio que seguía cayendo.

Delante iba él, detrás sus amigos y en último término el correo andarín.

San Juan Bautista no está levantado precisamente á la orilla del río Tabasco, le faltan algunas varas y desde la ciudad se llega al muelle por un orden de muros que dejan encerrada una parte de la orilla derecha del río en el radio de la ciudad. Para construír el muelle robaron al río una gran parte de su terreno y esto motivaba una entrada del muro en el agua que ahora iba á ser mucho á Flaviano.

Hecha esta corta digresión, diremos que nuestros

amigos llegaron al muelle, en el cual hallaron dos grandes grupos de cincuenta hombres con un capitán cada uno y otro de treinta, cada uno de éstos con una larguísima vara en la mano y tan resistente como larga.

Eran estos últimos los treinta marineros que venían acompañando á Osorio desde Méjico.

Flaviano se acercó al primer grupo de cincuenta y quedando frente al capitán, único que iba armado de los ciento, le dijo después que lo hubo mirado con atención:

—¿Sois español?

—No,—le contestó,—colombiano.

—¿Pero servís al rey de España?

—Sí.

—¿Desde cuando?

—Hace poco.

—¿Quién os admitió al servicio de S. M.?

—Don Gonzalo.

—¿Cómo fué eso?

Gonzalo le contestó:

—Murió poco antes de marcharse los maestres un capitán, solicitó su plaza, probó haber servido bien en su país y en Guatemala y lo admití como aspirante hasta que regresaran el señor Príncipe ó el General Osorio.

—¿Estáis seguro que este capitán trae documentos propios?

—¿Pues cómo habían de ser?

—Falsificados ó cogidos á algún desgraciado

—¿En qué os fundáis para dirigirme ese insulto?

—No os dirijo nada, digo solamente lo que ha podido suceder; lo que aconteció en otras ocasiones.

—Ahora no sucede eso.

—Yo me alegraré mucho.

—¿Habeis concluido?

—Sí.

—A mi vez os pregunto yo: ¿con qué derecho me habéis interrogado? ¿Con qué derecho hacéis preguntas sobre mí á mi compañero don Gonzalo? ¿Quién sois?

Desde que empezó este diálogo, Luisa y Zalla se habían subido á una pequeña altura que dominaba la parte de muelle en que debatían aquellos.

Mendoza con las manos metidas en los bolsillos de su tabardo se colocó al lado de Flaviano. Gonzalo se hallaba al otro lado; es decir que entre el capitán y el maestre tenía en medio al héroe.

El capitán de la cuestión se había separado dos pasos de los 50 hombres que mandaba y sólo tenía al lado un robusto indio, el cual pretendía ocultar un hacha muy afilada que llevaba cogida del mango.

Flaviano contestó al capitán:

—Soy un superior vuestro y os pregunto con el derecho que me da la superioridad.

—¿Teneis nombre?

—Sí.

—¿Podeis decirlo?

—No.

—Bueno será él cuando tanto lo ocultais. Levantad siquiera la visera del casco.

—Soy yo el encargado de mandar, vos el de obedecer.

—Yo no obedezco al que oculta su nombre y rostro.

—¿Y el maestre Mendoza que teneis enfrente, le obedeceis?

—¿Es éste?

—Sí.

—Lo creí un marinero.

—Pues es el señor marqués de Abella, grande de España y maestre de campo.

—¡También de incógnito! Empiezo por declarar que los dos sois unos farsantes y una mentira esa maroma, y á todos os voy á descubrir y á castigar. Julio, rompe esa maroma con el hacha: señores, acabemos con los farsantes. ¡Viva la verdad!

Y tiró de la espada á la vez que el indio levantó el hacha para cortar la maroma.

En el mismo instante se oyeron dos tiros, y se vió volar á un hombre que fué á caer á veinte varas río adentro.

Mendoza había arrojado al indio por los aires antes de que su hacha tocara la maroma, y el capitán recibió dos balazos en el cráneo, uno de Luisa y otro de Zalla.

El herido no llegó á caer en tierra; antes que á ella llegara lo volteó Mendoza, cayendo en el río cerca del sitio donde se sumergió su compañero.

Ambos fueron precipitados por la corriente, bajando instantes después al fondo del abismo.

Fueron á caer á la derecha de donde estaban la maroma y las barcas.

De este modo nada pudo detener la vertiginosa carrera con que los arrollaron las aguas.

Flaviano miró la escena casi con indiferencia; los treinta marinos armados de palos levantaron estos contra el capitán, y los cien hombres que esperaban órdenes, vieron que Luisa alzó su celada para hacer mejor su puntería la reconocieron y empezaron á gritar:

—¡Viva el paje de nuestro inolvidable general!

—¡Viva! ¡viva!

—Tan valiente como antes.

—Con puntería infalible.

—¡Qué hermoso es!

—¡Viva la sombra del héroe!

—¡Viva el jigante don Rogelio!

—¡Viva España!—gritó Mendoza,—y silencio.

Contestaron al viva último, y todos se callaron.

Flaviano en tanto reconocía el muro del muelle, la obra que habían hecho en él, y las argollas que habían puesto.

—Muy bien,—exclamó después de su reconocimiento:—esto es lo que yo quería y veo con placer que las argollas tienen toda la resistencia que necesitamos. Marineros,—añadió,—á las barcas, con las hachas, los palos y las maromas esas que veis ahí. Embárcate, Rogelio, y ocupa tu puesto. Correo, coge las linternas y á las lanchas. Esperais todos á que nos embarquemos los restantes para maniobrar. Don Gonzalo, en castigo de la ligereza con que admitisteis á un traidor en nuestras leales filas os sentencio á que ocupeis su puesto.

—Más merezco, señor.

—Sólo eso ha de ser.

—Obedezco.

—Oidme todos con atención, y estad seguros que la suerte de San Juan depende de la exactitud y precisión con que me obedezcais. ¿Me escuchais todos con el interés que la patria os pide?

—Sí,—contestaron sin excepción.

—Pues oid. Cincuenta con don Gonzalo á la cabeza os quedais aquí. Al llegar yo con los otros cincuenta á la otra orilla del río, romperé esas lanchas, y la corriente se las llevará al mar. Cuando termine, tocaré mi silbato tres veces: en ese mismo instante soltais la maroma y la estirais entre todos cuanto se pueda para que quede encima del agua. Luego le sujetais en la argolla tan fuertemente que no haya posibilidad de que se auelte, ni aun de que baje una línea. Es preciso que esté tan estirada como sea dable. ¿Lo habeis comprendido bien?

—Sí, señor.

—¿Lo hareis?

—Sí, sí.

—Oid ahora los cien: un poco antes de la media noche encendeis las hachas de viento, y cuando os tiren una gruesa maroma os cogeis á ella los cincuenta de un lado y de otro, y sosteneis y tirais para que la mole que viene enganchada á la maroma no baje más, es decir, que teneis que contener la fuerza que haga la corriente en la mole que vendrá. Luego la ireis dejando llegar á mi voz con lentitud hasta que yo diga: ¡basta!

Instantes después todos habremos concluído. ¿Y esto lo habéis comprendido bien?

—Sí, señor.

—Que Dios y la patria os lo premie si lo hacéis con el interés que la segunda os pide. Caiga la maldición del cielo sobre el que falte. Que me sigan los cincuenta que van al otro lado. Coged la mitad de ese montón de hachas y partamos.

Poco después preguntaba:

—¿Estamos todos?

—Todos,—contestaron.

—Mendoza, marineros, adelante...

Y los tres barcos empezaron á correr, movidos por la fuerza de treinta hombres cogidos á la maroma y por la hercúlea del gigante Mendoza.

Los cincuenta que quedaron á la parte acá del río, decían:

—¡Esa voz!

—¡Ese modo de mandar!

—¡Esa estatura!

—No puede ser otro.

—¡Silencio!,—exclamó don Gonzalo;—respetad el incógnito de ese general, ó mando á un calabozo al que no lo haga.

—¡Un general!

—Y lo llamó farsante ese traidor.

—¡Pero el paje!...

—¡Siempre el paje!

—¡Viva el paje de nuestro general!

—Basta de voces. Entremos en esa casamata de la

izquierda, hasta que escuchemos los tres golpes del silbato.

Todos obedecieron.

Zaila decía en este momento á Luisa:

—Vámonos, paje.

—¿Dónde?

—Al palacio.

—¡Qué locura!, yo no me voy.

—Me ha hecho señas el general para que nos retiremos.

—Yo no lo he visto.

—¿Me creéis capaz de mentir?

—Si es que no quiero irme.

—Luis, no me comprometas otra vez.

—Idos vos; yo me quedo.

—¡Habrá chiquillo más testarudo!

—Vaya un hombre de veinticuatro años.

—No, veinticinco.

—Lo mismo da.

—Que no me comprometas.

—Me quedo.

—Ira de Dios, que si no fuérais el paje de mi general, ya estábais en medio del río.

—Ira de la Virgen, que si no fuérais el protegido y discípulo de mi señor, ya estábais en el otro mundo.

—Os vais á ahogar con este diluvio que cae.

—No es cuenta vuestra.

—¿Pues á quién os han confiado, quién responde de vos?

—Zalla, cuando no quiero hacer una cosa, ni á mi señor abedezco; ¿lo ignorais?

—Por desgracia, es verdad.

—Pues si á él no le obedezco, ¿cómo quereis que á vos os haga caso?

—Yo aquí no os dejo; es peor que estar dentro del río. Entremos en ese cuerpo de guardia que hay de frente.

—Eso ya es otra cosa. Vamos.

Y los dos desaparecieron en la forma expuesta.

Aquellos hombres habían visto con la mayor impasibilidad rodar un hombre y luego correr rio abajo, y á otro con el cráneo roto correr el mismo camino para ser arrojados los dos cadáveres á las playas vecinas si antes no servían de pasto á los peces.

Sólo les llamó la atención el reconocimiento del paje de Flaviano y su acertada puntería.

Como los dos tiros fueron á la vez, no comprendieron que el muerto llevaba dos balas en su cráneo, aunque una le entró por la frente mandada por Luisa, y otra por la sien derecha que le dirigió Zalla.

O tenían aquellos hombres menos instinto de conservación, ó lo que es más probable, se habían connaturalizado con el combate, el peligro y la muerte, y veían aquellas cosas como nosotros vemos un simulacro ó una riña sin consecuencias.

Pero habrán notado nuestros lectores que el instinto de aquellos pobres soldados se había igualado al talento y fácil comprensión del inteligente prior de los Trinitarios de San Juan Bautista. Los unos y el otro

habían adivinado que bajo aquel casco negro, siempre con la celada caída, se ocultaba el primer cerebro del mundo.

Trabajo le hubiera costado al héroe continuar guardando por mucho tiempo aquel incógnito.

Verdad es que su modo de obrar y de discurrir lo denunciaban con harta claridad.

Cualquier observador tenía bastante con una sola idea del héroe para reconocerlo.

Era sabio ese incógnito; el mismo capitán que acababan de mandar al otro mundo, de saber que estaba entre ellos el héroe que todos juzgaban muerto, se hubiera corrido al campo enemigo á costa de todo para contar á los ingleses la inmensa desgracia que les amenazaba, y es indudable que le hubieran puesto al héroe grandes contrariedades.

CAPITULO LXXII

—

El segundo lado del río Tabasco.—Hernán Cortés quema sus naves, Flaviano las destruye.—Río arriba entre lodo y agua.—El puente que se corta.

Sigamos á Flaviano en el gran acontecimiento á que ha dado principio.

Le hemos visto saltar á los barcos en los que ya había más de ochenta hombres, con maromas, palos y otras cosas. Es decir, que iban como sardinas en banasta.

No corrían las lanchas, pero andaban y era todo lo más que podía pedírseles á los treinta y uno que cogieron la maroma.

De los cincuenta marinos pudieron entrar cinco en la faena, y anduvieron las lanchas un poco más deprisa.

Flaviano iba de pie en la popa de la última. Cuando lo juzgó conveniente reemplazó á los treinta y cinco

marinos con otros tantos de los cuarenta y cinco descansados, y variando así no tuvieron ni un segundo de detención.

El único irreemplazable era Mendoza; ese no se cansaba por tan poco, como él decía, y representaba la fuerza de tres caballos.

Por fin la primera lancha tocó tierra, se dió la voz de alto y comenzó el desembarque de hombres y objetos.

Flaviano exclamó:

—Queden los seis que tienen las hachas únicamente. Todo lo demás, hombres y objetos á tierra. Encended tres ó cuatro linternas y alumbrad á los de las hachas. Vosotros rompeis la madera de la primera barca, donde están clavadas las argollas; entre todos sacadlas á tierra; luego haceis lo mismo con la segunda, y después con la tercera. Cuando estén en tierra las tres las echais al agua por el otro lado de la maroma, y que se las lleve la corriente.

En este momento se acercó á él el comandante de zapadores preguntándole con asombro:

—Pero ¿qué haceis, señor? ¿Qué orden es esa?

—Comandante,—le contestó,—mi ascendiente Hernán Cortés quemó sus naves en la costa vecina, yo entrego las mías á esa furiosa corriente para que las destroce. No quiero ni aun tomarme la molestia de quemarlas.

—Señor, tengo en San Juan Bautista todos mis parientes y amigos.

—Pues hasta mañana no podreis verlos.

—¿Qué decís? ¿Mañana podre?...

—Mañana, si vuestra obra es perfecta. Correo, enciende las linternas que queden y veámosla.

El comandante le fué enseñando el muro construído; el machón ó estribo y luego las argollas.

—¿Qué resistencia ofrecen estas argollas?—le preguntó.

—La máxima del hierro, señor.

—¿Están frente á las del otro lado en línea recta?

—Sí, señor.

—Si es así, mañana os desayunareis en San Juan.

—¡Qué dicha, señor!

—¿Qué gente teneis aquí?

—Cinco herreros y un maestre.

—¿Dónde están?

—Debajo de un árbol. ¿Veis aquella luz?

—Sí.

—Pues allí tienen la fragua debajo de un techo de madera que los cubre del agua.

—Correo,—añadió Flaviano.—Coges una linterna y vas á la casa *Amarilla*. Le pides á Almeida todo el hierro y alambres que yo dejé, que te den mi caballo, montas y lo traes todo sobre el arzón. Cuida que nada se te caiga.

—¿Qué hago después?

—Entregas todo lo que te den al comandante y me esperas. El caballo lo sujetas á un árbol ó lo tienes del diestro hasta que yo vuelva. Parte. Comandante; estudiais todo lo que os dé el correo, que al volver ya le daremos aplicación.

—Sois incomprensible, mi general.

—Lo siento por vos.

—Era preciso adivinar.

—Pues se adivina ó se tiene paciencia para esperar.

—Eso último haré.

—¿Despachásteis á los canteros y albañiles?

—Sí, señor; pero hay dos herreros que entienden de ese oficio.

—Me alegro.

—Que tengan preparado yeso y cal.

—Quedó bastante y ahí están.

—Luego emplearemos también ese betún. ¿Y las planchas de hierro?

—Aquí están.

—¿Nada falta de cuanto os encargué?

—Nada.

—¿Donde está Rogelio?

—Ayuda á los marinos.

—Hace bien; ese, de cada hachazo romperá una barca.

Un cuarto de hora más tarde se acercó Mendoza, diciéndole:

—Quedan las anillas en la maroma y las barcas corren río abajo. ¿Qué hacemos?

—Esperar.

Flaviano dió tres golpes en su silbato, largos y sostenidos.

—Veas, Rogelio, si la maroma empieza á estirar. Tardará un poco.

Y continuó hablando con el comandante.

Diez minutos más tarde le decía Mendoza:

—La maroma está ya como cuerda de guitarra.

—¿Levanta mucho?

—¿Sobre el agua?

—Sí.

—Una cuarta.

—Es lo bastante.

—¿Qué hacemos?

—Capitán, os quedais con el comandante hasta que yo os eche la maroma. Después que la tengais ya sabeis lo que os toca hacer.

—Sí, señor.

—Vos el primero, detrás uno en pos de otro, los cincuenta hombres. Tendreis que luchar contra la fuerza de la corriente, pero sois tantos que podreis fácilmente con ella.

—¿Las hachas de viento...?

—Esas las mandais encender un poco antes de la media noche; que los alumbren luego con ellas los herreros que tiene ahí el comandante.

—¿Cómo vamos á volver, señor? Yo tengo en San Juan mujer é hijos.

—Si cumplis bien, dormireis esta noche con ellos.

Y sin esperar respuesta, gritó:

—Cada uno con su palo los treinta, en dos de ellos meted el rollo de las dos maromas y llevadlas al hombro. ¿Cuántas linternas tenemos?

—Tres.

—¿Encendidas?

—Sí, señor.

—Pues partamos.

Osorio cogió una linterna, otra el que iba en el centro y otra el último.

La vara ó palo de Mendoza la llevaba un marino.

—Tu brazo, Rogelio,—le dijo Flaviano y echaron delante.

Iban uno detrás de otro y á todos los guiaba Osorio que ya conocía bien el camino.

El capitán preguntó al zapador cuando se hubo quedado solo con él.

—¿Quién es ese hombre que manda á lo rey, le conoceis?

—Sí.

—¿Podreis decidme quién es?

—Dios me libre.

—¿Qué se propone esta noche?

—No lo sé, capitán; lo que yo me habia figurado, lo único que cabe en mi cabeza lo juzgo un imposible.

—Entonces será un delirio.

—¡Qué disparate! En la cabeza de ese ser extraordinario solo caben grandes ideas, pensamientos elevados; todo lo que abarca el genio, nada de lo que nosotros concebimos.

—Vamos, otro Osorio.

—Una cosa parecida.

—Pero no tanto.

—Sí, tanto.

—Recuerdo haber oído ayer que su padre estaba en Méjico. ¿Será su padre?

—No, vale mucho más que el duque del Imperio.

—Pues si con todo su valor nos quedamos sin poder pasar á San Juan nos vamos á divertir.

—¿Qué os ha dicho sobre eso?

—Que si cumplo bien dormiré esta noche con mi esposa.

—Pues eso será.

—¿Sabeis lo que ha ocurrido al otro lado del río?

—No, ¿qué fué?

—Que el capitán Morales le faltó y en el acto el paje que fué de don Flaviano le metió una bala en el cráneo.

—¿Sí?

—Y el maestro gigante arrojó al río, primero al criado y luego al amo herido ó muerto.

—Pues no olvideis el cuento, capitán, al hablar de ese caballero. La menor indiscreción cuesta la vida.

—Estamos solos y aquí podemos decirlo todo.

—Dios os libre, ese señor se halla en todas partes.

—¿Pero aun aquí?

—¿No estoy yo? Pues basta para atravesar vuestro corazón.

—¡Ah!

—¿Y esos cincuenta soldados, y esos herreros? Tomad mi consejo y elogiarlo ó callaos.

—Es indudable que desde que él ha venido cambió la faz de San Juan Bautista.

—Más cambiará aún.

—Sólo elogios merece, y sólo la idea de que nos quedaremos aquí indefensos, sin recurso alguno, lejos de nuestra familia, y á merced del enemigo me hizo dudar.

—Hasta la duda que pueda referirse á él es una falta

gravísima. Con que vámonos debajo de esas tablas, y allí esperaremos su vuelta.

Unos debajo de las tablas y otros de los árboles esperaron el regreso de Flaviano. Mucho antes que éste llegó el correo, sujetó al caballo de Osorio á un árbol y luego entregó al comandante cadenas de hierro, ganchos y otros objetos, con un rollo grande de alambre de bronce.

El zapador estudió todo aquello exclamando:

—No lo comprendo; era preciso adivinar y no tengo ese don.

Dejó preparadas las hachas de viento debajo del tablado, encargó al maestro herrero que tuviera siempre la fragua encendida, puso en orden lo que le habían entregado por orden de Flaviano, y esperó su regreso para descifrar el enigma que no había podido comprender aún.

Sigamos nosotros á los valientes y en esta noche temerarios españoles.

El uno con su genio y los otros de un modo inconsciente pretenden realizar casi un imposible.

Veamos si logran salir adelante en tan árdua empresa.

Iban por la orilla izquierda del río, lloviendo á mares, y sobre la laguna y barrizal que ya conocemos, aumentados considerablemente.

Por esa causa caminaban despacio y con todas las precauciones posibles.

No hablaban, y no obstante hallarse cerca del puente, tardaron en llegar más de un cuarto de hora.

Por fin vieron el puente, quedando parados á la entrada.

—Esperad aquí,—dijo Flaviano á los treinta.—Sígueme, Rogelio.

Y cruzaron todos el puente.

—Aguárdame aquí, hermano,—añadió el héroe.

—¿Dónde vas?

—Vuelvo al momento.

—No llevas pistola ni espada...

—No me hacen falta.

—Quiero...

—Calla y obedece.

Se marchó Flaviano, volviendo á los diez minutos que fueron diez horas para Mendoza.

—Ven aquí,—dijo al gigante.—Tiéndete en el suelo como yo. Dame la mano. ¿Qué tocas?

—Una cadena de hierro.

—Límala por el eslabón que engancha en la argolla. No toques á ésta.

—¿A la argolla?

—Sí.

—No tocaré.

—Toma la lima.

—¿Empiezo?

—Sí.

—¿Esto es lo mismo que lo que hice en la capital?

—Sí, aquello fué el ensayo y esta es la obra. ¿Limas bien?

—Mucho mejor; aquel era hierro nuevo y este es viejo, desgastado y no tan grueso.

—Sigue sin cesar, que pronto vuelvo.

Y corrió Flaviano al otro extremo del puente.

—A ver, dos de vosotros que tienen más fuerza,—dijo á los treinta,—ó que sepan limar mejor.

—Yo, que fuí cerrajero.

—Y yo, que sigo al maestre en fuerza.

—Pues los dos. Tendeos en el suelo. Poned las dos linternas.

Y les hizo las mismas advertencias que á su hermano.

—¿Lo habeis comprendido?

—Sí, señor; vaya una lima excelente, señor,—le dijo el que había sido cerrajero.

—Bueno, continuad, que no tardaré en volver. Vosotros entrad esas maromas y los palos dentro del puente.

Y volvió á donde estaba su hermano.

—¿Qué tal, Rogelio?

—Chico, llevo ya una pulgada. Este hierro de la cadena es muy malo. No sé yo como ha resistido tanto.

—Continúa que ahora volveré.

Y con inaudito valor se metió otra vez en el campo enemigo y llegó hasta las tiendas inglesas.

Un silencio sepulcral reinaba en el campamento; no había otro ruido que el del agua que chocaba en los árboles y en las tiendas.

Dió media vuelta al campamento y se volvió.

Estuvo enmedio de todos sus enemigos llevando al cinto una sola daga, que ni de ella se acordaba.

—¿Para qué quiero armas,—se decía,—un hombre solo contra treinta y tres mil? Para nada. O me descubren ó no. Si lo primero, nada puedo hacer contra tanto malvado; si no me descubren, todas las armas me sobran. Lo único que yo siento es perderme; la oscuridad es completa. Ella y el mucho ruido del agua son los que me han de salvar, pero la primera puede perderme. Voy haciendo un semicírculo. ¡Cuánto darían por cogerme y saber quién soy! Pero durmiendo como ellos lo hacen no se coge á nadie; se coge sólo la muerte.

Se detuvo, tendió la vista y logró distinguir la blanca faja del extenso río.

—Oh,—añadió,—allí está mi salvación, allí.

Y anduvo deprisa llegando con toda felicidad al lado de su hermano.

—¿Cómo anda eso?—le preguntó.

—Muy bien. Una, dos y tres. Ya está la primera.

—Anda con la otra; á la derecha.

—Sí, ya la toco. ¿Por dónde has andado tú?

—Por el campo enemigo.

—¡Por la Virgen, no hagas eso!...

—Me he enterado de si era posible que nos descubriesen ó no.

—¿Y bien?

—Como todos nos creen muertos de debilidad por el ayuno y sin medios para venir por este lado, no hay cuidado por aquí.

—¿Entraste muy adentro?

—Sí, llegué hasta las tiendas inglesas y ví el cuer-

po de guardia, á cuya luz reconocí lo que había en torno. Después me vine haciendo un semicírculo.

—Con esta oscuridad tan grande has podido perderte.

—Pues ya ves que no me he perdido.

—Una casualidad.

—Acierto, le llamaría yo si tú lo hubieras hecho.

—Hermano, por la memoria de tu madre te ruego que no vuelvas á entrar solo en el campamento.

—Atenderé tu ruego.

—Basta con el susto y la pena que ya nos costaron tus heridas y muerte aparente.

—Serás complacido por todo eso y porque ya no tengo que hacer nada ahí.

—Me alegro.

—Sigue limando que voy á ver á los otros.

—¿Liman también?

—Sí. Hasta luego.

Y se llegó á los otros preguntándoles:

—¿Ceden esos hierros?

—Muy poco nos falta para acabar la primera.

—El maestre ya la tiene concluida.

—Su fuerza no es comparable á nada.

— Ni su voluntad tampoco.

—¿Son muchos, señor?

—Ocho, cuatro en cada lado.

—Cuestión de dos ó tres horas.

—Eso es.

—¿Habeis estado en el campo enemigo?

—Dos veces.

—¿Duermen?

—Sí, y por este lado como nada malo esperan no hay ninguno.

—De modo es que podemos estar tranquilos.

—Sí, muy tranquilos.

—Señor, ¿para qué hacemos esto?

—Para salvar á nuestra patria. Limad mucho y bien que luego veréis lo restante.

—Yo acabo con ésta,—dijo el que fué cerrajero.

—Yo estoy acabando el mío,—añadió el otro.

—Acto continuo os poneis con los otros dos.

—Vosotros todos á trabajar.

—¿Qué hacemos, señor?

—Lo primero atar esta maroma al extremo del puente para que, contenido por nuestra fuerza, no se lo lleve la corriente en un momento dado.

—¿Damos la vuelta á la maroma?

—Claro es; quedando lo sobrante hacia arriba.

—Es decir, á la derecha.

—Sí, al lado contrario de aquel por donde va la corriente.

—Vamos entre todos.

—Para dar la vuelta, sujetad la maroma á la punta del palo más largo y pasarlo por bajo. Ahí viene una cuerda delgada para atarla.

—Ya la veo, esto es fácil.

Un cuarto de hora después le decían:

—¿La apretamos mucho?

—Cuanto podais para que no se escurra. Más aun, más; ya está bien, atadla fuertemente. No aflojeis ninguno.

—No temais, que va á quedar bien.

—Puesto que hay cuerda sobrante, atad ese nudo para que por mucho que se tire de la maroma no pueda aflojarse.

—Venga la mitad de la cuerda. Córtala con una daga.

Cinco minutos después le decían:

—Probad, señor.

—Veamos. Alumbrad. No está mal.

—Imposible que se afloje.

—Tirarán de ella cincuenta y un hombres...

—Eso no importa; yo creo más fácil que se rompa la maroma; soltarse ó aflojarse, no.

—Es indispensable hacer lo mismo en la otra parte del puente.

—No hay dificultad.

—Es que no podeis llevar luz ni hablar.

—¿Por qué?

—¿Olvidais que está encima el campamento?

—Es verdad.

—Pues no hablaremos y se hará á tientas.

—Entre dos la maroma, uno la vara más larga y otro el pedazo de cuerda que queda.

Y se fueron al otro lado del puente, dando principio á su difícil y penoso trabajo.

CAPÍTULO LXXIII

El puente que vacila.—El puente que quiere pasarse al enemigo. —El puente que pretende hacer un viaje feliz.

Flaviano se acercó á los limadores preguntándoles:

—¿Avanza ese corte?

—Mucho; los dos estamos ya con las últimas. Este hierro, señor, fué muy malo cuando nuevo, y no se comprende como siendo ya viejo pudo resistir tanto. Un mes más de estar aquí y el puente se va río abajo.

—Eso es bueno para vosotros.

—Sí, señor, se lima perfectamente.

—Soy de parecer que descanseis un cuarto de hora.

—Excelente idea. De esa manera, cuando volvamos á empezar, pronto acabamos.

—Sepamos como andan las limaduras del maestro.

Y se fué al otro lado del puente.

Llegó donde estaba Mendoza, preguntándole:

—¿Te queda mucho?

—Estoy acabando la tercera.

—¿Llevas guantes?

—Si, es el segundo par que rompo.

—¿Oiste algo en el campamento?

—No; sólo escuché el ruido del agua que cae y el de esa furiosa corriente.

—Aumentó su fuerza de una manera extraordinaria.

—¿Qué ha de suceder con el diluvio que ha caido y cae?

—Es verdad.

—Hermano, si vamos á destruir este enemigo, ¿no era mejor tirarle barrenos?

—No.

—¿Las hachas esas que mandaste llevar, son para hacerlo pedazos?

—No.

—¿Qué vas á hacer con él?

—¿Te cansas?

—Eso no.

—Pues trabaja y calla.

—¿Sí? Pues mira, ya está la tercera cadena y voy con la cuarta. Esta es más gruesa.

—Sí, es la que recibe el golpe de la corriente. Lo mismo sucede en el otro lado. ¿Resiste la lima?

—Sí, la hicieron á conciencia. Tiene un temple su acero que nada igual ví.

—¿Cuánto tiempo podrás tardar en limar ese eslabón?

—Una hora.

—¿Las argollas que quedan pegadas al puente se hallan en buen estado?

—Esas no han trabajado y están como nuevas. Lo deteriorado y ya casi inservibles son las cadenas.

—Así lo juzgaba yo.

—He notado que este puente es grosero, pero muy fuerte.

—No te has equivocado.

—Es lástima romperlo, porque todavía tiene años de vida; con quitar estas cadenas desgastadas y de mal hierro quedaba perfectamente.

—Lo tendré en cuenta.

—Debe ser temprano.

—Cerca de las once.

—A la media noche podemos estar en San Juan.

—Con entrar yo á las cinco me daré por satisfecho.

—¿Tanto tenemos aun que trabajar?

—Sí.

—¿Qué nos queda?

—Ya lo verás.

—Cuidado si eres reservado.

—Lo que debo.

—No lo dudo, tú obras siempre con mucho talento. Tu padre no fué así con el mío.

—Eran otros tiempos aquellos y otra clase de guerras.

—¿Hermano, me harás general?

—Sí.

—¿Pronto?

—Cuando lo ganes.

—¿Te parece poco el que un grande de España, rico y maestre de campo esté haciendo estos oficios?

—Me parece mucho.

—¿Y el ser hermano tuyo?

—Eso me coarta, Rogelio.

—Lo comprendo. Cuando tú quieras, no te violentes por mí.

—Esas frases te acusan, hermano.

—Lo que más importaba era que curases; eso lo hemos conseguido, y con que así sea estoy satisfecho.

—Gracias, futuro general.

—¿No te resientes de nada?

—Estoy mejor que antes de ser herido.

—Tu salud es á prueba de agua.

—Y la tuya.

—Podemos decir que vivimos en un continuo baño.

—Á él vamos á deber parte de nuestros triunfos.

—¿Al agua?

—Sí, al diluvio que está cayendo desde antes de que llegáramos.

—Si no hiciera este temporal ya hubieras tú sacado partido de otra cosa.

—Mejor es esto que nada.

—¿Has pensado en la manera de trasladarnos á San Juan?

—Sí.

—¿Tienes resuelto el problema?

—Creo que sí.

—La idea de las tres barcas era excelente.

—Trabajabas mucho, y con la corriente que hay ahora se iba á reventar alguno.

—O á romperse la maroma ¿Has inventado una cosa más fácil?

—Con la cual no habrá necesidad de que desciendas á esos oficios y desdoro.

—¿Qué aplicación me vas á dar?

—La de maestre de campo.

—¿Batiéndome?

—Sí.

—Lo deseo.

—Desde mañana lo conseguirás. Estos marinos se mueven mucho, voy á saber lo que hacen.

Y acercándose á uno de ellos, le dijo:

—¿Podeis?

—La falta de luz nos perjudica, pero lo haremos.

—¿Bien?

—Creo que como el otro lado.

—¿Os queda mucho?

—No, señor; ya está hecho lo principal, que era pasar la maroma por debajo del puente.

—Os recomiendo quede tan sujeto el nudo como el del otro lado.

—A eso aspiramos.

—Seguid, mientras yo vuelvo á espiar el campo enemigo.

Y entró veinte pasos aplicando el oído.

Sólo el ruido del agua percibía, pero como la operación que estaban haciendo iba tan adelantada siguió escuchando un cuarto de hora para adquirir la seguridad de que podrían terminarla sin ser descubiertos.

Era un acontecimiento aquel en el cual Flaviano

jugaba su vida y la de los pocos que le acompañaban por el éxito de su difícil y arriesgada empresa.

Pudo haberse llevado cuatro ó cinco mil hombres, y tenerlos cerca para en el caso de ser descubierto, hallar entre sus aguerridos soldados una retirada segura, pero no quiso, le pareció más conveniente confiarlo todo á su talento, á su habilidad, á una gran reserva, al disimulo y al diluvio que caía, el cual apagaba todos los ruidos y no permitía lucir bien ninguna luz.

Aceptando la frase vulgar diremos, que jugó el todo por el todo, y como él decía:

—Mi vida no vale más que la de tantos millares de seres. Si me descubren y matan, dejo en la plaza alimentos y una maroma, por la cual podrán intruducir cuanto les haga falta, batirse luego y hasta lograr un triunfo, pues se halla el enemigo sin los dos jefes principales, muertos en la casa *Amarilla*, y hasta sin la escuadra que no debe tardar en caer en manos de mi hermano Julio. Esto es lo más grave que podia ocurrir al ejército español, y su suerte no era ni con mucho desesperada; pero si hoy triunfo, entonces seré dueño de San Juan, del campamento y de la revolución. Todos tendrán que acatar mi ley y acaso logre el más grande de los triunfos, vertiendo ó haciendo verter poca sangre humana. Esta noche acaba mi incógnito, si mi plan no se malogra, y algo contribuirá mi nombre y resurrección á aterrar á mis contrarios.

Esto se decía el héroe y no era posible rebatirle una sola frase.

Después de observar cuanto creyó conveniente el

campamento, entró en el puente y recorrió la maroma en su lado derecho.

La halló bien atada, recogida luego para poder arrojarla como estaba la otra, y se retiró al lado opuesto donde estaban ya los 30, diciendo antes á Mendoza:

—¿Cuanto tardarás, Rogelio?

—Llevo más de la mitad de la última, tardaré media hora escasa.

—Descansa un poco y continúa; lo mismo son quince minutos más ó menos.

—Lo haré.

—Te quedas solo.

—No importa. Con el agua que cae tengo bastante.

Flaviano se llegó á los otros limadores preguntándoles:

—¿Cuanto tardareis en acabar?

—Poco, señor, estamos con los últimos y yo creo que será cuestión de media hora.

—Descansad un poco y terminemos.

—Diez minutos, con eso tenemos bastante.

—¿Tiene la última el que fué cerrajero?

—Si, señor.

—¿Es más gruesa que las otras?

—Mucho más, pero se halla muy desgastada. Llevo limadas más de la mitad. ¿Notais como se mueve el puente?

—Sí; más se moverá cuando acabeis.

—Entonces se lo lleva el agua; la fuerza de esa corriente es espantosa.

—Eso conviene, que se lo lleve.

—Qué chasco se va á llevar el enemigo cuando vea mañana que su puente se ha ido al mar.

—Un poco menos.

—Sí, quedará atravesado en la parte más estrecha del río.

—No, la parte más estrecha es esta; quedará en otra parte.

—O hecho pedazos con la endiablada corriente.

—Si continúa mucho este temporal se desbordará pronto el Tabasco.

—¿Cuanto ha subido, señor?

—Más de dos varas.

—¡Más de dos varas!

—Y continúa subiendo.

—Claro es.

—Solo falta una vara para que revase el puente.

—Algo más.

—Vara y media.

Flaviano oyó que los veintiocho marinos que quedaron desocupados cuestionaban en un corro que habían formado allí.

—¿Qué acontece?—les preguntó.

—Señor—le dijo uno,—hablamos de V. E.

—¿Qué tratamiento es ese?

—No os extrañe, os hemos oido llamar hermano al señor marqués.

—¿Y qué deducís?

—Que pudiera ser V. E. otro distinto del que creíamos.

—¿Qué creísteis?

—Que érais un maestre ó general muy entendido llegado de España hace poco.

—¿Y ahora qué creeis?

—¿Me permite V. E. que le diga la verdad?

—Sí, dí lo que quieras.

—Pues creimos, señor, que sois el héroe ó uno que sabe y vale tanto como él.

—Figuraciones vuestras.

—Señor, el grande de España, y marqués, y maestre, con más fuerzas que un león y más valiente que el Cid, don Rogelio Mendoza, á vuestra voz se tiende sobre el agua y barro, coge una lima y trabaja como nosotros, mejor que nosotros, pero en oficio bajo.

—Lo hace porque se lo pide su patria, y la voz de ésta la obedece ciegamente todo buen español.

—Eso es verdad, pero aun así creemos que V. E. es más de lo que parece.

—¿Queréis hacerme un favor?

—¿A vos, señor? La vida que tenemos...

—Gracias, yo os ruego que no os ocupéis de mí. Concretaos esta noche á obedecerme. Vamos á salvar el honor de la patria, á defender nuestra veneranda religión y á castigar como merecen esos enemigos que querían matar de hambre á nuestros hermanos y y dar fin de todos nosotros. Os he traido de la capital muy principalmente para hacer lo poco que os resta esta noche. No pensad en otra cosa que en obedecerme con el mayor interés y yo os ofrezco que desde mañana todos sabréis quién soy.

—Mandad, señor, todos lo haremos con entusiasmo.

—Eso deseo, eso os piden vuestra patria y vuestra religión.

—Pues eso será ó moriremos todos.

—Silencio ahora, coged cada uno su vara larga y estad preparados, que ya poco falta. La del maestre dejadla aquí donde él la coja.

Desde aquel momento iba y volvía Flaviano de un extremo al otro del puente, examinaba los adelantos de las limas y dirigía la operación para que acabaran los cortes de uno y otro lado en el mismo instante.

Antes que llegara ese momento reunió á los 31 y les dijo:

—Rogelio y todos vosotros, oidme con toda vuestra atención: rotas las cadenas, lo cual sucederá brevemente, correrá esta mole hacia San Juan á impulsos de la corriente. Pues bien, es necesario que evitemos el choque con la ribera; para eso son las varas. Apoyando estas en la orilla ó en el suelo por donde va menos agua, guiais el puente, yendo este torcido hacia la derecha para que no encalle en las orillas. Si, como es probable, al quedar libre de la sujeción que ahora lo retiene sube una vara ó más entonces no es necesario torcerlo mucho, acaso nada porque flotará sin riesgo á que encalle. Si va muy deprisa lo contenéis, si despacio lo ayudais con vuestro empuje. Será un barco excepcional, al que debemos defender de todo choque y de que encalle, dirigiéndolo con habilidad é imprimiendo en él una marcha lenta y regular. El timón son vuestras varas, mi voz la dirección del capitán. Todos sois marinos y habéis debido comprenderme bien. ¿Me he equivocado?

—Señor, ¿y cuando el río estreche?

—Eso no llegará nunca. En cuanto andemos seis varas, el río ensancha mucho y continúa así hasta cerca del muelle de San Juan.

—Entonces no hay peligro alguno y vuestro pensamiento que, lleno yo de asombro, creo adivinar, será coronado por un éxito completo.

Otro añadió:

—Si tuviéramos luz, la difícil operación sería fácil.

—Luz tendréis.

—¡Qué grande sois, señor!

—Hay, sin embargo, un inconveniente que es preciso salvar.

—¿Cuál, señor?

—Los recodos del río.

—Los salvaremos.

—¿Estais seguros?

—El gran peso de esta mole y la fuerza de cuarenta hombres, pues la del maestre equivale á la de diez, dominarán esa corriente y haremos que este barco improvisado por el genio de un hombre que no tiene rival en el mundo, vaya por donde nos acomode y mejor dirigido que todos los barcos del mundo. Con el capitán que tenemos esta noche se desafía y se vence hasta el más fiero ciclón.

— Hijos,—añadió Osorio,—menos entusiasmo por lo que no lo merece y haced uso únicamente de vuestra inteligencia, de vuestra fuerza y de vuestra habilidad. Coged unos los palos, otros las limas y acabemos. Fijais los palos en la orilla para que el puente al quedar

libre no vaya como la corriente quiera llevarlo, sino como á nosotros nos convenga. Adelante y que Dios nos proteja.

Mientras le obedecían, Osorio sujetó con unas cuerdas delgadas que llevaba las tres linternas á la baranda del puente.

Una estaba en el centro y las otras dos á los costados, un poco retirada la de la derecha para que su luz no pudiera ser vista en el campamento.

Los rayos de las de los costados iban dirigidas á las orillas del caudaloso Tabasco.

Los tres que manejaban las limas empezaron á cortar lo poco que les quedaba. El puente oscilaba ya mucho. Y catorce varas á cada extremo clavadas en la orilla del río por forzudos marinos, esperaban el momento de imponer al puente la voluntad de Osorio, contra el ímpetu de la corriente apoderada de él.

Ninguno hablaba ni se movía á excepción de las tres manos que limaban.

Flaviano miró el reloj: eran las doce de la noche menos cinco minutos.

Quería empezar su extraordinaria y nunca vista navegación á la media noche, y tan hábiles estuvieron todos que lo iba á conseguir.

Sonrió mirando el reloj, murmurando:

—Hay algo providencial en cuanto llevo hecho desde el momento que salí de la gran gruta, y ya no dudo de que mi pensamiento va á ser coronado por el éxito. Los triunfantes ayer, los hartos, los que nos condenaron al más inhumano bloqueo, sentenciándonos á mo-

rir de hambre, van á ser desde mañana los bloqueados, los hambrientos, los débiles, los que sucumbirán ante la potente garra del león español y mejicano. ¡Ah! leopardo inglés, tu brío, sagacidad y potente fuerza, van á quedar esta noche pisoteados por mí, por un español que puede ya más que todos los leopardos ingleses.

Y volvió á sonreir, guardó el reloj y esperó tranquilo el momento de ver el puente que se dirigía donde él mandaba.

Los treinta y un ayudantes que tenía eran inmejorables como fuerza y como habilidad, pero no sabemos lo que va á suceder en el instante que el puente quede libre de las gruesas cadenas que lo aprisionan, y la rugiente fuerza de una aterradora corriente se haga dueña de él y lo empuje hacia el embravecido Océano Atlántico.

El pensamiento de Osorio era gigantesco, casi imposible de realizar. Sólo su genio pudo concibir una idea que de llevarla á cabo debía llenar de asombro á las generaciones presentes y venideras.

Antes de continuar, descansaremos un poco para prepararnos á presenciar un hecho que raya en lo inverosímil.

Poco valía cuanto llevaba realizado el héroe, comparado con lo que intentaba en estos supremos instantes.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

Capítulos. Págs.

Capítulos. Págs.

Capítulos. Págs.

Capítulos. Págs.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

ADVERTENCIA

La plantilla para la colocación de las láminas la publicaremos al final de la obra.

